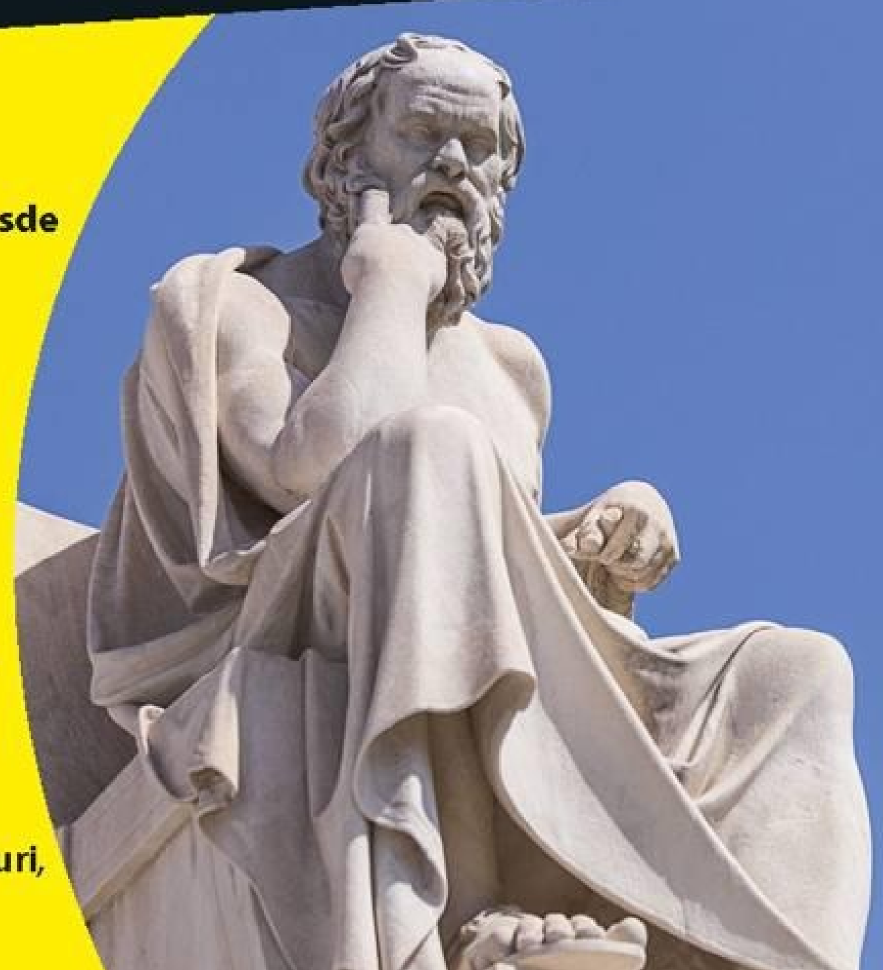
¡El libro sobre filosofía *para todos*!

Filosofía

PARA DUMMIES®



Aprende a:

- **Descubrir la historia de la filosofía desde la antigüedad hasta nuestros días**
- **Identificar las ideas clave de la lógica, la ética, el saber, la conciencia y la política**
- **Leer en profundidad los principales textos filosóficos y su verdadero significado**
- **Convertirte en un pensador filosófico**

Martin Cohen

Traducido por Ferran Caballero *y* Blanca Llorca, *filósofos, y revisado por* Gregorio Luri, *Dr. en Filosofía y profesor*



Martin Cohen

Traducción Ferran Caballero y Blanca Llorca



La fórmula del éxito

Tomamos un tema de actualidad y de interés general, añadimos el nombre de un autor reconocido, montones de contenido útil y un formato fácil para el lector y a la vez divertido, y ahí tenemos un libro clásico de la serie *...para Dummies.*

Millones de lectores satisfechos en todo el mundo coinciden en afirmar que la serie ...para Dummies ha revolucionado la forma de aproximarse al conocimiento mediante libros que ofrecen contenido serio y profundo con un toque de informalidad y en lenguaje sencillo.

Los libros de la serie ...para Dummies están dirigidos a los lectores de todas las edades y niveles del conocimiento interesados en encontrar una manera profesional, directa y a la vez entretenida de aproximarse a la información que necesitan.



www.paradummies.es
www.facebook.com/paradummies
@ParaDummies

¡Entra a formar parte de la comunidad Dummies!

El sitio web de la colección *…para Dummies* está pensado para que tengas a mano toda la información que puedas necesitar sobre los libros publicados. Además, te permite conocer las últimas novedades antes de que se publiquen.

Desde nuestra página web, también puedes ponerte en contacto con nosotros para comentarnos todo lo que te apetezca, así como resolver las dudas o consultas que te surjan.

En la página web encontrarás, asimismo, muchos contenidos extra, por ejemplo los audios de los libros de idiomas.

También puedes seguirnos en Facebook (www.facebook.com/paradummies), un espacio donde intercambiar tus impresiones con otros lectores de la colección *…para Dummies.*

10 cosas divertidas que puedes hacer en www.paradummies.es y en nuestra página en Facebook

1. Consultar la lista completa de libros …para Dummies.
2. Descubrir las novedades que vayan publicándose.
3. Ponerte en contacto con la editorial.
4. Suscribirte a la Newsletter de novedades editoriales.
5. Trabajar con los contenidos extra, como los audios de los libros de idiomas.
6. Ponerte en contacto con otros lectores para intercambiar opiniones.

7. Comprar otros libros de la colección a través del link de la librería Casa del Libro.
8. ¡Publicar tus propias fotos! en la página de Facebook.
9. Conocer otros libros publicados por el Grupo Planeta.
10. Informarte sobre promociones, descuentos, presentaciones de libros, etc.

Sobre el autor

Martin Cohen es escritor y editor de libros de folosofía. Ha enseñado e investigado en varias universidades del Reino Unido y de Australia, pero es más conocido por sus libros, en los que promueve y desarrolla un método de enseñanza de la filosofía a veces conocido como “modularidad”. Se trata de una técnica (muy apropiada para el estilo de la *Filosofía para Dummies*) en la que los problemas grandes y complejos se descomponen en fragmentos, de manera que cada uno de ellos es, en la medida de lo posible, independiente y autónomo. Cohen adoptó a este enfoque gracias a George MacDonald Ross, para quien investigaba en un ambicioso proyecto que pretendía cambiar la manera de enseñar filosofía en las universidades del Reino Unido en la década de los ochenta, para hacerla menos pesada y más práctica. Entre sus libros anteriores destacan: *101 Problemas filosóficos*, *101 dilemas éticos*, *Filosofía Política*, *El escarabajo de Wittgenstein y 25 experimentos mentales más*, *Cuentos filosóficos* y *Juegos mentales*.

Además de haber sido profesor e investigador, Martin también es maestro y ha trabajado en las escuelas de Yorkshire y Staffordshire, con niños a partir de siete años. Sigue siendo un defensor de la filosofía para niños, y sus libros de los 101 son muy apreciados por los profesores.

Aunque su libro *Cuentos filosóficos* presenta una imagen más bien desagradable de Karl Marx, Martin considera que, como dijo ese pensador, el sentido de la filosofía no es interpretar el mundo sino cambiarlo, y ha participado activamente en varias controversias éticas y medioambientales.

Índice

Introducción

¡F*ilosofía para Dummies*! ¿Qué te parece? No suena muy bien. Filosofía para gente inteligente, a lo mejor. O filosofía para genios. Me gusta. Pero filosofía para *dummies*, no. Porque la filosofía tiene cierto caché: tiene cierto estatus, cierto prestigio. ¿No crees? ¿A cuántos geógrafos o químicos o astrónomos antiguos se cita cada día con cariño, no sólo por su interés histórico, sino como autoridades? En cambio, sí que se cita a los filósofos. ¿Cuántos tipos pueden sobrevivir simplemente reimprimiendo antiguos ensayos sin tener que crear nuevo material? Pero la filosofía es así. Preferimos leer las palabras de un filósofo antiguo, o al menos de uno muerto muy respetado, que oír las últimas ideas de algún profesor actual a quien muy probablemente no se recordará dentro de mil años.

Así que sí, la filosofía tiene un lado serio, grave, y sienta muy bien a tipos serios y pesados. Pero ésta es sólo una parte. También es un asunto sorprendentemente atractivo. Después de todo, ¿cuántos cafés geográficos hay? ¿Cuántos encuentros informales de jóvenes discutiendo de geografía en los bares? No muchos. Pero sí que hay cafés filosóficos. ¿Y cuánta gente sigue cursos de, digamos, química para niños? Pero la filosofía para niños (menores de siete años) ha despegado con fuerza; ¡y a los pequeños les encanta!

Lo más sorprendente es que los pequeños son realmente muy buenos filósofos. Y por eso la filosofía para *dummies* no es una idea tan tonta. Las auténticas cuestiones y las auténticas ideas de la filosofía nos pertenecen a todos. Y si tradicionalmente la filosofía ha quedado excesivamente confinada en su pedestal, con palabras en latín y demás, mayor motivo para bajarle un poco los humos y devolverla a donde empezó, a la arena pública como una actividad popular. Al final de este libro espero haberte convencido de que tú también puedes filosofar. Y, algo igual de importante, que algunos de esos aburridos expertos filosóficos cuyos aburridos libros te habrán intimidado alguna vez, a lo mejor no están tan por encima como creen. ¿Subversivo? Pues sí. Pero eso es la filosofía. Y por eso es importante; y por eso todo el mundo debería probarla.

Acerca de este libro

Filosofía para Dummies ofrece dos cosas. En primer lugar, los hechos esenciales (las tuercas y los tornillos) de tres mil años de filosofía. Y en segundo lugar, una caja de herramientas, de métodos y técnicas, para hacer frente a problemas y preguntas difíciles. Estas herramientas son lo que realmente hace valiosa a la filosofía. Porque pueden usarse también en nuestro día a día, y no sólo en los problemas filosóficos tradicionales.

Convenciones utilizadas en este libro

Para ayudarte a sacar el máximo provecho de este libro, sigo una serie de convenciones:

- ✔ La cursiva subraya y pone de relieve las nuevas palabras o términos extraños que voy a definir...
- ✔ Los recuadros (las casillas grises que te encuentras de vez en cuando) contienen extractos de jugosas obras filosóficas clásicas. Se basan normalmente en las traducciones contemporáneas estándares, pero en ocasiones las he reformulado un poco para que se lean con más naturalidad.
- ✔ No siempre doy fechas, por ejemplo, de los filósofos o de sus libros, excepto cuando creo que son útiles para el pasaje.

Lo que puedes dejar de leer

El libro está dividido en cinco partes, además de la habitual parte de los decálogos de los *Dummies*. Éstos, igual que los capítulos, se pueden leer en cualquier orden. Del mismo modo, dentro de cada capítulo, el uso frecuente de barras laterales, títulos y subtítulos permite y al mismo tiempo invita a entrar y salir del texto. No hay necesidad de recorrer el libro de principio a fin, basta con ir tomándolo idea por idea, debate por debate. Y, por supuesto, ¡hay que pararse a pensar a menudo!

También verás un montón de iconos de texto que puedes usar o ignorar: espero que disfrutes el icono de “mala idea”, que, por supuesto, es un poco irónico, y que eches un vistazo a los experimentos mentales cada vez que aparezca el icono.

Algunas suposiciones:

Al escribir este libro, he hecho algunas suposiciones sobre quién eres:

> ✔ Eres curioso y estás motivado para aprender más sobre filosofía, aunque quizá no estés totalmente seguro de cómo hacerlo.
>
> ✔ Tienes una mente abierta, y aún no la has llenado de opciones rígidas, especialmente opciones filosóficas.
>
> ✔ Estás interesado en oír hablar de los vínculos entre las diferentes tradiciones e ideas filosóficas.
>
> ✔ Estás abierto a la idea de que la filosofía es un campo muy amplio, que se mueve a través de las ciencias naturales y la sociología, así como de los temas tradicionales de los cursos universitarios habituales.

Espero no haber asumido demasiado. Este libro es para ti, tengas siete años o setenta, y seas un doctorando o un diputado del Parlamento.

Cómo está organizado este libro

Un poco más sobre las seis partes de *Filosofía para Dummies*:

Parte I: ¿Qué es la filosofía?

¡Por aquí hay que empezar! Pero, honradamente, explicar qué es la filosofía es más difícil de lo que debería. Mi interpretación no es como la de muchos otros filósofos, aunque no soy el único en defender que la filosofía, en realidad, es un instrumento práctico para tratar problemas reales. Esta parte esboza los propósitos y el alcance general de la filosofía, asegurándonos de devolver a lo que ahora llamamos ciencia al lugar que le corresponde; al centro de la cuestión. Y la parte I termina con la presentación de algunas de las técnicas que necesitarás para empezar realmente a hacer filosofía, a practicar la filosofía como actividad.

Parte II: La historia de la filosofía

Esta parte incluye todo lo que necesitas saber sobre lo que han dicho, argumentado y pensado los filósofos del pasado. Desde los orígenes de muchos debates filosóficos, en la Antigua Grecia así como en China, hasta los últimos y confusos *ismos* (como el existencialismo o el utilitarismo), esta parte presenta claramente los debates y los pone en contexto.

Parte III: Las tuercas y los tornillos de la filosofía

Ésta es la parte del cómo: cómo usar la lógica eficazmente, cómo descubrir cosas (en lugar de equivocarse creyendo haberlas descubierto) y cómo separarte de todo lo que se ha descubierto para descubrir que todavía no se sabe. Esto puede sonar un poco como aflojar las tuercas y tornillos de tu kart filosófico, pero también es bastante útil. El problema es que (todavía) nadie sabe muy bien cómo volver a juntar todo lo que “solíamos saber”.

Parte IV: La mente, la conciencia y la moralidad

Ésta es sin duda la parte más valiosa del libro. ¿Por qué digo esto? Porque tiene que ver con los valores. Y aunque suene un poco a sermón (¡vete a tu casa, párroco!) cuando lo hayas leído creo que a lo mejor tendrás ganas de llamar al sacerdote, sentarte a tomar unas galletitas con él y discutir muchas de las cuestiones aquí planteadas, desde qué es el arte hasta si las fuerzas económicas trabajan siempre a favor de lo mejor.

Parte V: Filosofía y ciencia

Los filósofos son un poco desdeñosos para con la ciencia. De hecho, muchas introducciones a la filosofía y unas cuantas universidades consideran que la filosofía de la ciencia no es propiamente filosofía y seguramente crean que debería tratarse en otro libro (o en otra clase) muy distinto de éste. Ésta es una visión bastante tonta, como esta parte demostrará. Y, de hecho, hoy en día la ciencia anda cada vez más por el filo de la filosofía, y los filósofos tradicionales intentan participar cada vez más en los debates de sus colegas supuestamente prácticos. ¡No te quedes atrás! ¡Lee esto y únete a los grandes debates del presente!

Part VI: Los decálogos

Todo libro para *dummies* tiene una parte con decálogos. En ésta hay dos pequeños pedazos del tamaño de capítulos llenos de tentadores enigmas filosóficos y sabrosos bocados de textos filosóficos.

Iconos utilizados en este libro

A lo largo del libro te encontrarás con varios iconos que te guiarán en tu camino. Los iconos son una manera *para Dummies* de llamar tu atención sobre cosas importantes, cosas interesantes y otras cosas que debes tener en cuenta.



Piezas clave de información que ofrecen una mirada más cercana.



Algo que puedes guardar en la memoria; los grandes éxitos de la filosofía.

A los filósofos les encanta usar una terminología oscura y una jerga exclusiva. Este icono te ofrece traducciones claras y distintas.

Y la otra cara de la moneda (lo que querrías borrar de la memoria); pero no caigas en la tentación, porque estas ideas siguen siendo muy influyentes y todavía forman parte de la historia de la filosofía.

Éstos son los escenarios imaginarios que investigan los problemas de filosofía de una forma más “científica”.



Pequeñas dosis de información para facilitar la comprensión.



Toma buena nota de los consejos de este icono, y evitarás algunas calamidades.



Cosas de filósofos...



Esto es importante, deberías recordarlo.

¿Y cómo continuar a partir de aquí?

He organizado este libro para que puedas entrar y salir de él como quieras. No está escrito con la intención de que sea leído de principio a fin, aunque si quieres puedes hacerlo. Pero, por lo general, probablemente buscarás lo que quieres leer en el sumario o en el índice e irás directamente al apartado que te interese. O, si prefieres leer de un modo más convencional, la lectura de la parte I te dará las bases para iniciarte en la filosofía desde cero y te guiará hacia los lugares, más adelante en el libro, a los que puedes ir para encontrar información más detallada sobre los temas en los que estés particularmente interesado.

Muy buena suerte, y... ¡feliz filosofar!

Parte I

¿Qué es la filosofía?



En esta parte...

Filosofía es un nombre bastante elitista para una materia bastante elitista. Una materia de la que podrías pensar que muchos de nosotros no necesitamos saber nada. Jardinería, conducir coches, hoy en día quizá algo de informática, pero... ¿filosofía? ¡Despiértame cuando se haya largado el profe!

Pero la filosofía no es en absoluto aburrida ni inútil. Esta parte explica por qué puedes encontrar sumamente útil leer el resto del libro, y por qué puede resultarte divertido descubrirlo todo acerca de estas extrañas cuestiones, rompecabezas e ideas filosóficas. ¿Listo? ¡Vamos allá!

Capítulo 1

¿De qué va la filosofía?

En este capítulo:

- Arrojamos luz sobre algunos malentendidos habituales.
- Ofrecemos una idea de algunas de las grandes ideas.
- Hurgamos en la historia antigua y exploramos los orígenes de las ideas filosóficas clave.

En este capítulo descubrimos qué es la filosofía, y también lo que solía ser (que no es exactamente lo mismo). Inmediatamente resolvemos uno de los mayores problemas de la filosofía, el problema del conocimiento, y nos fijamos en las experiencias de un pollo avaricioso y un calcetín agujereado.

Definición del trabajo

> *La filosofía es tierra de nadie entre la ciencia y la teología, y está expuesta al ataque de ambos lados.*
>
> Bertrand Russell

O, como prefieren decir los filósofos, la ciencia y la religión son en realidad dos rebanadas de pan, y la filosofía es algo así como la parte sabrosa del medio. Los científicos reducen el mundo a la materia, convierten el mundo en una máquina y destruyen el libre albedrío y el sentido. Por otro lado, los tipos espirituales, que buscan el sentido y quieren la libertad para encontrarlo, se sienten atraídos por las religiones y por todas las actividades irracionales, como la astrología y la televisión; y no sienten la necesidad de hacer nada. ¡Parece que entre estos dos campos no queda mucho espacio para la filosofía!

Pero entonces, desde fuera, la filosofía parece ser un tema un poco peculiar, por no decir inútil, lleno de enigmas y preguntas sin respuesta como: ¿el rey de Francia es calvo? o ¿existe esta mesa? Preguntas que no haría nadie en su sano juicio.

De hecho, los cursos de filosofía a menudo empiezan (pretenden refutar la crítica, pero la refuerzan sin darse cuenta) preguntando qué es la filosofía, una pregunta que no se plantea ninguna disciplina que se respete a sí misma. ¿Qué es la química? ¿Qué es la cocina? ¿Qué es la geografía? Sin embargo, no hay duda que a los filósofos les gustan las preguntas del tipo "qué es", y les parece que lo que hay que hacer es preguntarlo también sobre su propia materia. Después de todo, para ellos la cuestión es hacer preguntas, no responderlas.

Así pues, ¿qué es la filosofía?

La *filosofía* es una materia que no tiene un contenido en particular ni cubre ninguna área específica. Es, más bien, una especie de cemento que intenta unir el resto del edificio intelectual (por decirlo de un modo un poco rimbombante).

O dicho de otro modo (menos rimbombante), la filosofía es una especie de abono. Amontónalo y se pudrirá y olerá mal. Espárcelo y resultará sorprendentemente fértil. Ésta era la opinión de algunos de los defensores de la filosofía a finales del siglo pasado. En el mismo tiempo, la gente de todo el mundo occidental se preguntaba qué sentido tenía la filosofía y decidía que no lo tenía. La gente estaba empezando a ver que los departamentos de filosofía, que entrenaban a la gente para plantear extrañas preguntas sin respuesta o para repetir oscuros fragmentos de antiguos textos, les hacían perder el tiempo. A la fría luz de las crisis económicas, los críticos considera los esfuerzos de los filósofos para investigar los siguientes problemas sagrados de la filosofía y otros parecidos como un gasto inútil:

> ✔ ¿Cómo sé que existo?
>
> ✔ ¿Cómo sé que Dios existe?

- ✔ ¿Cómo sé que el mundo existe?
- ✔ ¿Es blanca la nieve?
- ✔ Si un árbol cae en un bosque y no hay nadie allí para oírlo, ¿hace ruido?

Así pues, ¿cuál es el sentido de la filosofía?

Pero, por otro lado, los esfuerzos de la gente práctica para dar sentido a sus útiles materias (de los médicos, abogados, astrónomos, físicos, químicos, historiadores, lingüistas... lo que sea) parecían volver siempre a algunas cuestiones paradójicas o difíciles que, en esencia, son también filosóficas. Así que, aunque echasen por la puerta la filosofía como pasatiempo de las clases acomodadas, por la ventana les entró la filosofía como estudio práctico, en forma de minicursos filosóficos de ética médica, ética empresarial o pensamiento crítico y, para los científicos, en forma de teorías del espacio y el tiempo.

MÁS DE CERCA Y de algún modo esto fue un retorno a las raíces de la filosofía, porque para los antiguos griegos (que inventaron la palabra pero que, a pesar de lo que puedas leer por todos lados, ¡no inventaron la actividad!), la filosofía es fundamentalmente una guía para la acción, para ayudar a responder la eterna pregunta: ¿qué debo hacer?

Amar la sabiduría

Para mucha gente de mentalidad filosófica de hoy en día tiene mucho sentido evitar el uso de la palabra “filosofía” y estudiar cuestiones prácticas en su lugar.

Quizá el médico se plantee preguntas como:

> ✔ ¿Cuándo empieza la vida?
>
> ✔ ¿Qué es la conciencia?

Los empresarios pueden querer resolver dudas como:

> ✔ ¿Cuándo las empresas de éxito se convierten en monopolios?
>
> ✔ ¿Están las organizaciones obligadas a distribuir la riqueza?

Y los físicos y químicos se preguntan:

> ✔ ¿Puede el tiempo fluir hacia atrás?
>
> ✔ ¿Hay alguna forma de agua en Marte, formada por tres átomos de hidrógeno y dos de oxígeno (H3O2 en vez de H2O)? Y, si es así, ¿todavía es agua?

Al cabo de un rato, la gente empieza a preguntarse:

> ✔ ¿Los unicornios tienen uno o dos cuernos?
>
> ✔ ¿Todos los solteros son (realmente) hombres no casados?

Pero ¡espera! ¿Esto no se parece cada vez más a los viejos y tradicionales cursos de filosofía? ¡Las preguntas no son en absoluto prácticas! ¿Qué ha cambiado? Y la respuesta es, por supuesto, que nada ha cambiado. A los filósofos, después de todo, no les gusta el cambio. Les gustan la verdad y la certeza. Les gustan los problemas en los que pueden ser los únicos expertos. Sin embargo, aunque los filósofos profesionales son reacios al cambio, cuando la gente práctica le echa un vistazo al tema los fundamentos de la filosofía se vuelven más claros.

Guías recientes sobre qué es la filosofía

¿Te preguntas qué es realmente la filosofía? Estos cuatro autores ofrecen algunas de las respuestas más populares:

> “¿Qué es filosofía? Ésta es una cuestión muy difícil. Una de las maneras más fáciles de responder es decir que la filosofía es lo que hacen los filósofos y, a continuación, señalar los escritos de Platón, Aristóteles, Descartes... y otros filósofos famosos.”
>
> Nigel Warburton en *Filosofía: los fundamentos*
>
> “Filosofía, nombre. El tema de este diccionario. Aquellos que la estudian aún no están, en la actualidad, de acuerdo en cómo deberían definir su campo.”
>
> Geoffrey Vesey y Paul Foulkes

en su *Diccionario de Filosofía*

"La filosofía es pensar sobre el pensamiento."

Richard Osborne en *Filosofía para principiantes*

"¿Qué es filosofía? Muchas personas que han estado estudiando y enseñando filosofía desde hace años no estarían de acuerdo en una definición... Así como sólo puedes aprender a nadar entrando en el agua, sólo puedes saber lo que pasa en la filosofía entrando en ella. Sin embargo, para describir la filosofía, vamos a intentar al menos una sugerencia plausible que cubre la mayor parte, si no todo, de lo que la gente que se dedica a pensar y a escribir sobre el tema hace constantemente. La sugerencia es que la filosofía es el estudio de la justificación."

John Hospers en *Introducción al análisis filosófico*

De todas ellas, la primera es lo que los verdaderos filósofos llaman un *argumento circular,* y plantea inmediatamente la pregunta: si la filosofía es lo que hacen los filósofos, ¿qué es lo que hace que alguien sea un filósofo? Esto es, claramente, hacer filosofía. Así que la única respuesta posible a esa pregunta es que lo que hace de alguien un filósofo es hacer filosofía. Parece plausible, pero en realidad la respuesta sólo nos lleva a dar vueltas en círculo.

La segunda respuesta es, francamente, una excusa. Sin embargo, ¡el escritor nos ahorra un montón de molestias! (Yo también he optado por esta respuesta cuando he editado un diccionario.)

La tercera respuesta es más artística, pero es falsa.

La cuarta respuesta es más complicada, pero básicamente dice que la filosofía es el estudio de las razones que tiene la gente para pensar como piensa, para profundizar un poco más en cualquier otro tema. Y así, tal vez, aunque parezca pasada de moda, la última respuesta puede todavía ser la mejor. Porque es la única respuesta que queda en pie cuando hemos echado las otras por tierra.

MÁS DE CERCA

La filosofía no es un cuerpo de conocimientos con una serie de respuestas a los problemas comunes que deben aprenderse de memoria. La filosofía es una técnica, una forma de distanciarse y de examinar la realidad de modo que no sólo se entienda un poco mejor sino que también podamos actuar de una forma un poco más eficaz y alcanzar más completamente nuestros objetivos; vivir un poco mejor. Y no es una contradicción que nos encontremos que en nuestros días los auténticos filósofos no están en los departamentos de filosofía escudriñando revistas mal llamadas de filosofía, que se dedican a trocear el lenguaje (donde se discute sobre definiciones de palabras) o a hacer unos ejercicios matemáticos bastante raros (la lógica filosófica), sino en los hospitales, los tribunales de apelación, los laboratorios de física... en cualquier lugar a excepción de las torres de marfil.

Qué cuenta como conocimiento real

Evidentemente, los filósofos profesionales también pueden ayudarnos a encontrar respuestas, cuando quieren. De hecho, los filósofos pueden tener un papel especial, como de árbitro o de juez de línea, en las disputas que surgen del fondo de las investigaciones o las prácticas de otras áreas y materias. Pueden entrar en otra área sin el estorbo de las presunciones excesivas y aclarar sus fundamentos. ¿Y qué podría ser más fundamental que decidir qué es lo que cuenta como conocimiento, en contraposición a la simple creencia o superstición? Porque a nadie le gusta creer que sabe algo si existe la posibilidad de que alguien pueda demostrarle más tarde que estaba equivocado. Muchos hechos son así; son cosas que piensas que conoces, pero, en realidad, sólo lo crees porque confías en la persona (o en el libro, o en el programa de televisión) que lo ha dicho, en lugar de saberlo de verdad. Existen muy pocas cosas que podamos conocer por nosotros mismos, directamente.

Cojamos por ejemplo el hecho de saber que se puede morder una manzana, porque es fresca y crujiente, a diferencia de una roca, que es muy dura, o saber que el Sol saldrá mañana. Parece que ambos son ejemplos muy seguros de cosas que sabemos pero, aunque no lo creas, los filósofos discuten incluso sobre ejemplos como éstos. Lo que les preocupa es que los dos supuestos no se basan en nada más que en experiencias pasadas, y las experiencias pasadas son una guía poco fiable.

El filósofo británico del siglo XX Bertrand Russell cuenta una bonita historia sobre unos pollos para ilustrar este problema. Estas aves domésticas viven en un pequeño gallinero fuera de la casa y todas las mañanas la esposa del granjero llega y les tira un puñado de grano. Tiene sentido, por lo tanto, que cada mañana se apresuren a salir del gallinero, dispuestos a pegar el primer picotazo al sabroso grano. Al menos ésa es la teoría que tienen los pollos sobre el asunto. Pero un día (y eso los pollos no lo saben) la esposa del granjero tiene la intención de hacer caldo de pollo. ¿Tiene sentido que esa mañana salgan corriendo a recibir a la esposa del granjero?

De hecho, para el pollo esa mañana no tiene sentido hacer otra cosa más que esconderse en los rincones más profundos del gallinero, pero no hay ninguna evidencia que el pollo pueda extraer del pasado que pueda alejarlo de su suposición ¡y sí que hay, en cambio, muchas pruebas a favor de su hipótesis! Esto es lo que los filósofos llaman el *problema de la inducción*, que es un modo complicado de referirse al supuesto de que lo que ya has visto te informa de lo siguiente que verás. La gente lo supone constantemente, pero filosóficamente no es válido; de hecho, es bastante ilógico.

CONSEJO

¿Por qué actuamos de forma ilógica? La respuesta es, porque (como dice Locke) no tenemos elección. Si sólo actuásemos en función de lo que sabemos seguro, seguro que es cierto, no podríamos hacer demasiadas cosas.

Un diálogo entre pollos

Imagina una conversación entre dos pollos que una mañana se preguntan si se debe abandonar la seguridad de su gallinero.

Pollo 1: Yo no salgo de aquí (a por el grano), no me fío de los granjeros.

Pollo 2: ¿Por qué no? Yo confío en ellos. Ayer nos dieron grano, anteayer nos dieron grano, el día antes nos dieron grano... ¡Nos han dado grano durante tanto tiempo que ya ni recuerdo cuándo empezaron a hacerlo! Yo creo que hoy también nos van a dar un poco de grano.

Pollo 1: Bueno, no sé, ésos son sólo hechos pasados. No prueban nada sobre lo que va a pasar esta vez. No es ningún tipo de demostración lógica, ¿verdad?

Pollo 2: Me parece recordar que he oído en alguna parte que el filósofo británico John Locke dijo una vez: “El hombre que en los asuntos ordinarios de la vida no admita más que la demostración directa, de lo único que puede estar seguro sobre el mundo es de que morirá pronto.”

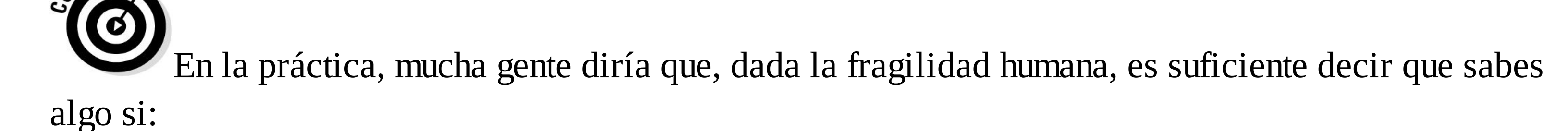
Pollo 1: (Impresionado) Bueno, sí, pero ¡tengo el presentimiento de que hoy los granjeros planean matarnos! Yo no salgo hasta que puedas convencerme de que es totalmente seguro.

Pollo 2: Bueno, mi cobarde amigo, yo tengo una teoría que llamo el Principio de Conservación de las Convicciones, que dice que puedes aceptar ciertas creencias básicas sin una prueba absoluta si para deshacerte de ellas tienes que tirar a la basura muchas de tus otras creencias. Las creencias son el mapa indispensable de la realidad que nos guía a través del día. El conocimiento, por otro lado, es más que nada un soporte adicional.

(El pollo 2 sale del gallinero y le parte el cuello la mujer del granjero, que prepara la comida del domingo.)

Unos cuantos filósofos famosos decidiendo qué cuenta como conocimiento real

El filósofo francés René Descartes distinguía las creencias claras y distintas de las otras, y las llamó conocimiento. Un filósofo del lenguaje más reciente, J. L. Austin, de Oxford, sugirió que decir que sabes algo es dar tu palabra de que es así, hacer un tipo especial de promesa. Por otro lado (y los filósofos siempre tratan de ver el otro lado de la cuestión), Francis Bacon, el filósofo inglés a quien se atribuye la frase “el conocimiento es poder” (en referencia al conocimiento práctico), dijo una vez: “Si uno empieza con certezas, terminará con dudas; pero si acepta empezar con dudas, terminará con certezas.”



En la práctica, mucha gente diría que, dada la fragilidad humana, es suficiente decir que sabes algo si:

- ✔ Crees que es así.
- ✔ Tienes una razón buena o relevante para creer lo que crees.
- ✔ Lo que crees que sabes es realmente como crees; así que ¡tienes razón!

Éste es el conocimiento en el sentido en que los filósofos llaman al conocimiento “una creencia cierta y justificada”. Se dice que, porque lo creemos, esto es una creencia; y que si tenemos razones para nuestra creencia, ésta es una justificación, y si además es cierta, ésta es la verdad. ¡Descifrar el conocimiento es fácil! Sin embargo, en muchos casos, como el del pollo 2 (lee el recuadro anterior), algunas afirmaciones satisfacen las tres condiciones y, no obstante, es posible que aun así no cuenten como conocimiento real; necesitamos alguna cosa más para estar absolutamente seguros. (En el capítulo 9 veremos qué puede ser esta otra cosa.)

Tres tipos de conocimiento

Existen muchas formas distintas de saber algo. Podemos conocer un hecho, conocer a un amigo, y podemos saber pintar o atarnos los cordones:



- ✔ Saber que esta fruta es sabrosa, que dos más dos son cuatro o que mañana hará buen tiempo.
- ✔ Saber cómo leer, montar en bicicleta o formular argumentos lógicos.
- ✔ Conocer el mejor modo de llegar a la ciudad en hora punta, conocer una tienda de quesos muy buena o conocer a los vecinos.

El primer tipo de conocimiento es el que más interesa a los filósofos, aunque discutan sobre qué cuenta como conocimiento a diferencia de la mera creencia o del simple juicio de valor.

Razones para la acción

Los hechos están muy bien, pero todo el mundo sabe que no son lo que nos guía en nuestro día a día. En lugar de seguir algún largo sistema de deducciones lógicamente válido, la gente sigue sus caprichos y sus prejuicios.

Sus acciones se ven afectadas por una compleja mezcla de emoción, sospecha y simples prejuicios. ¿Puede la filosofía ayudar a mejorar esto? No creas.

Se han escrito una gran cantidad de cosas complicadas y absurdas sobre esto, pero en el fondo, según un punto de vista generalmente aceptado, y como les gusta decir a los filósofos profesionales (léase aburridos), lo que guía nuestras acciones son nuestras creencias y deseos. ¡No hay lugar para los hechos!

creencia + deseo → acción

Por ejemplo, la creencia de que el dinero hace feliz a la gente, más el deseo de querer ser feliz puede conducir a la acción: “Voy a robar un banco.”

Pero ¿qué pasa si también creemos que robar bancos está mal? Entonces tenemos un conflicto de creencias que debemos resolver. Y aquí es donde entra en juego otro gran uso de la filosofía: el de decidir qué es lo correcto (exploro esto en el capítulo 13). ¡Es una lástima que la gente no use más este aspecto de la filosofía!

Puedes creer que separar los hechos de la opinión es bastante simple, pero espera hasta haber leído el periódico de hoy, o hasta haber leído un poco más de filosofía. Puedes creer, por ejemplo, que tu ubicación en el espacio y el tiempo es bastante segura, pero muchos físicos dirían que, estrictamente hablando, no hay una respuesta absoluta o verdadera y que se trata más bien de una cuestión convencional. O puedes creer que el hombre del tiempo que dice que mañana lloverá en realidad no sabe si lloverá o no, pero si al final tiene razón, entonces ¿qué? ¿lo sabía realmente?

Los filósofos tienden a reducir la tarea de definir el conocimiento a las afirmaciones más simples, incluso si resulta que son poco más que tautologías (lo mismo dicho dos veces). Prefieren que la gente diga cosas como “las manzanas son manzanas”. Aléjate de estas afirmaciones simples y te equivocarás. Por ejemplo, “las manzanas son frutas” sólo puede afirmarse con seguridad porque todo

el mundo está de acuerdo en..., bueno, en que las manzanas son frutas. Pero ¡ay de ti si dices que las fresas son frutas! Limítate a “las fresas son fresas” y no te equivocarás...

Cuando se llega a este punto, la búsqueda del conocimiento trata realmente acerca de dar sentido a diferentes tipos de creencias. Y, para decirlo así, está claro que hay diferentes tipos de conocimiento como hay diferentes tipos de creencias. Quizá la distinción más importante para la filosofía es la que existe entre hechos y opiniones o, para usar la jerga habitual, entre las afirmaciones objetivas y subjetivas:



- ✔ *Las afirmaciones objetivas* son sobre las cosas de “ahí fuera”, del mundo que conocemos a través de los sentidos, a través de la experiencia y a través de la medición. Esto es lo que los filósofos llaman el *conocimiento empírico*.
- ✔ *Las afirmaciones subjetivas* se basan en cosas como las opiniones personales, los valores, los juicios y las preferencias. Éstas son las afirmaciones que otorgan a la vida sentido y valor, aunque, por lo general, desde Platón, los filósofos han dado a las afirmaciones subjetivas un estatus más bajo que a las supuestamente objetivas.

Explorar el mundo físico que nos rodea

La gente suele pensar en los filósofos como en gente que se ocupa sólo de ideas y abstracciones, y deja el mundo físico a gente menos inteligente como, por ejemplo... los científicos. Y puede rastrearse este prejuicio (porque eso es lo que es en realidad) hasta la figura más importante de la filosofía antigua: el propio Platón. Pero Platón no logró convencer a Aristóteles, que pasó casi veinte años estudiando bajo su tutela, de que se ocupase sólo de las ideas. El método de Aristóteles para obtener conocimiento era, en cambio, el de buscar a su alrededor, tanto en la evidencia física como en las opiniones convencionales de la época (algo que su maestro, Platón, despreciaba sobremanera).

Uno de los experimentos más influyentes de Aristóteles consistía en decidir si la Tierra se encontraba, o no, fija e inmóvil en el centro del universo.

En realidad, hace más o menos dos mil años, la mayoría de la gente creía que la Tierra era plana y estaba fija en el espacio. ¿Por qué pensaban eso? Bueno (¡no te lo vas a creer!), pues porque algunos filósofos los habían convencido con sus argumentos. Bueno, la verdad es que otros, el sabio Eratóstenes, por ejemplo, sí sabían que la Tierra era redonda e incluso muchos negaban que estuviese inmóvil en el espacio. Ahora todo el mundo dice que la Tierra es una esfera que da vueltas alrededor del Sol. Si crees que esto es correcto, al menos debes contarlo como un ejemplo de como "todos" pueden estar equivocados. Y como una muestra de lo influyente que puede ser la filosofía, para bien o para mal.

Pero, en realidad, ya había habido entre los antiguos algún debate sobre la cuestión, porque uno de ellos, Arquímedes, había explicado (en *El contador de arena*) que había oído que un tipo llamado Aristarco había escrito un libro que contenía ciertas hipótesis, entre las cuales había algunas tan sorprendentes como éstas:

> ✔ Las estrellas y el Sol no se mueven.
>
> ✔ La Tierra gira alrededor del Sol en la circunferencia de un círculo, el Sol yace en el centro de la órbita.
>
> ✔ La distancia entre la Tierra y las estrellas fijas es enorme.

El libro de Aristarco, sin embargo, se perdió en la batalla de las ideas, incluso a pesar de que su teoría del movimiento de Tierra tuvo una gran influencia sobre un ex boxeador llamado Cleantes, que, entre otras cosas, era el jefe de los estoicos en la Antigua Grecia (los estoicos fueron un grupo de filósofos cuyo nombre ha acabado significando, en el lenguaje corriente, ¡gente que aguanta bien el dolor!). Cleantes recomendó el enjuiciamiento de Aristarco...

> *"... acusado de impiedad por poner en marcha el corazón del universo [y] suponer que el cielo permanece en reposo y la Tierra gira en un círculo oblicuo, mientras que rota, a la vez, sobre su propio eje..."*.

Afortunadamente, Aristarco nunca fue procesado, aunque su libro pareció desaparecer. En cambio, fue la confusa teoría de otro grupo de filósofos antiguos, los pitagóricos, la que, poniendo a la Tierra y al Sol a orbitar alrededor de un "fuego central", desafió la impresión cotidiana de que los seres humanos

vivían en una roca inmóvil con los cielos y el Sol dando vueltas a su alrededor. Platón estaba muy influenciado por los pitagóricos, e incluso da indicios (en el *Timeo*) de la idea, entonces bastante chocante, de que la Tierra podría estar rotando sobre su eje.

Comprobar si la Tierra se mueve

La idea de Aristarco de que la Tierra puede estar moviéndose ¡estaba calando! Por supuesto, ya sabemos que Aristarco estaba en lo cierto, y Cleantes y todos los demás estuvieron equivocados durante siglos. La historia de cómo la filosofía llevó a la gente a pensar que la Tierra (y por lo tanto la humanidad misma) se encontraba realmente fija e inamovible en el centro del universo nos sirve de advertencia.

Todo se reduce a un simple argumento filosófico planteado por Aristóteles en un texto especialmente incoherente llamado "Sobre el cielo". Comienza por recordar a sus lectores que los pitagóricos piensan que

> *"... que en el centro hay fuego, mientras que la Tierra, que es vista como una de las estrellas, se mueve en un círculo que produce el día y la noche...".*

Y después descarta rápidamente la idea como "imposible". Puede verse, explica Aristóteles, al considerar la evidencia de los ojos, sobre todo la de que una roca lanzada verticalmente hacia arriba cae verticalmente hacia abajo, en lugar de un poco de lado, como haría si la Tierra se estuviese moviendo. En cambio, todos los objetos se comportan de un modo muy similar y sensato, y no hacen más movimientos que los imprescindibles para volver al centro del universo. Para Aristóteles, esto demostraba que "la Tierra y el universo tienen el mismo centro", y dedujo que la Tierra no debe ser sólo inmóvil en el espacio, sino también inmóvil en su eje.

Por supuesto, las rocas (y otras cosas) caen hacia abajo, pero no por la razón que da Aristóteles. Tiene que ver con la gravedad, pero en aquel entonces tal concepto ni siquiera se había inventado. Esto ilustra el importante principio filosófico de que lo que observas no sólo depende de lo que está "ahí fuera" (los hechos), sino de lo que está "aquí dentro" (en tu cabeza). Es decir, lo que observas depende de tus conceptos y sí, también de tus creencias. Ésta es una idea a la que siempre acabas volviendo en cualquier parte de la filosofía que estudies.

Por el momento, baste decir aquí que cuando (unos cuatrocientos años más tarde), el astrónomo Ptolomeo construyó su imagen cosmológica, colocó la Tierra en el centro, inmóvil como una roca, tal y como parece ser en la vida ordinaria. Y allí permaneció durante miles de años hasta que otro filósofo-astrónomo, Galileo, sacudió las cosas argumentando lo contrario.

Puede parecernos fácil reírnos de la gente que pone la Tierra en el centro del universo y hace que el Sol y las estrellas pululen obedientes a su alrededor, pero, por diversas razones, ésa es la forma más sensata de actuar. Después de todo, piensa por un momento en tu propia posición en el universo. ¿Dónde estabas exactamente hace un minuto? ¿En el mismo lugar? A lo mejor, si estás en un tren, puedes decir (astutamente): "No, estaba a unos 20 kilómetros de distancia!" Pero si estás tranquilamente sentado en algún sitio, parece extraño decir: "Estaba a 100 kilómetros de distancia, debido a la rotación de la Tierra sobre su eje." Y más extraño aún decir: "Estaba a 1.000 kilómetros de

distancia debido a la rotación de la Tierra alrededor del Sol." ¡Y esto dejando de lado la rotación del sistema solar alrededor del centro de la galaxia y la expansión de la galaxia alejándose del lugar del Big Bang!

En realidad, a lo largo de los siglos, este modelo centrado en la Tierra ha sido una herramienta valiosa para barcos y navegantes, e incluso para la predicción de fenómenos celestes como los eclipses. De hecho, científicamente hablando, para hacer que tenga sentido hablar de los planetas como girando alrededor del Sol tienes que aceptar todo tipo de extrañas ideas que tienen que ver con lo que el gran físico del siglo XX Albert Einstein describió como objetos celestes cayendo a través de un espacio-tiempo curvo; lo cual no es en sí mismo una suposición de sentido común.

Puedes leer más sobre algunas de las impresionantes (y no tan impresionantes) conclusiones de Aristóteles en los capítulos 4 y 8, pero la idea de que el conocimiento real tiene que estar basado, en última instancia, en la percepción sensorial no es sólo de Aristóteles. Uno de los filósofos más sensatos de Gran Bretaña, John Locke, que escribió en la Inglaterra del siglo XVII, tenía puntos de vista igual de sensatos. El hijo sensato de una familia de sensatos comerciantes de clase media de Somerset, estaba particularmente influenciado e impresionado por los nuevos descubrimientos de la filosofía natural (que es lo que hoy llamamos física); especialmente por los de su compatriota inglés Isaac Newton.

¿Cómo conforma nuestro mundo la filosofía de Newton?

La gran idea de Isaac Newton es que el mundo físico se compone de un montón de objetos que rebotan y chocan entre ellos, reaccionando a fuerzas como el impulso y la gravedad. Todo el mundo conoce su invención de una nueva ley, la gravedad, para explicar por qué las manzanas se caen de los árboles. ¡Es difícil imaginar cómo se las arreglaron antes de él sin la gravedad! Sin embargo, tómate un minuto y verás que en realidad la idea es bastante extraña, porque la gravedad actúa instantáneamente, de forma invisible y a través de grandes huecos vacíos de espacio. Es la filosofía, no la ciencia, la que suele salirnos con este tipo de cosas.

Una de las visiones de sentido común de Locke fue que "reunimos todos los materiales del conocimiento humano" del mundo que nos rodea (es decir, todos los hechos y opiniones que compartimos sobre el mundo y sobre cómo funciona) a través de la percepción sensorial o, indirectamente, a través de nuestro mundo interno por *introspección*; es decir, pensando (o medio recordando) las cosas que hemos visto, olido o probado antes. Pero ¿es eso cierto? Puedes echar un vistazo a algunas de las razones que nos llevan a pensar que, después de todo, la recopilación de conocimientos no es tan simple en los capítulos 10 y 11. No obstante, para Locke, todo es coser y cantar. Él creía que el cerebro es una especie de tabla rasa de cera en la que los objetos externos van dejando sus marcas. Locke lo expresa así:

> *"Todos esos sublimes pensamientos que se remontan por encima de las nubes, llegando hasta el mismo cielo, nacen y tienen su base aquí; en toda esa vasta extensión por la que va divagando en alas de esas remotas especulaciones que parecen elevarse hasta regiones sublimes, la mente no se mueve ni en línea más allá de aquellas ideas que la sensación o la reflexión han suministrarlo a la*

contemplación."

Las ideas de Locke han tenido una gran influencia. Mira, por ejemplo, la distinción que hizo entre cualidades primarias y secundarias:



- ✔ Las *cualidades primarias* son de alguna manera fundamentales e inseparables del objeto; como la solidez, la extensión, la forma, que el objeto esté en reposo o en movimiento, y el número.
- ✔ Las *cualidades secundarias* (los colores, olores, sonidos y demás), como dice Locke en el libro II de su clásico *Ensayo sobre el entendimiento humano*, no son "en verdad" nada que esté en los objetos mismos, sino simplemente "poderes de producir en nosotros diversas sensaciones". Una calidad secundaria del fuego, por ejemplo, es que produce dolor. (En ciertas circunstancias; en otras produce calor.) El dolor no es una parte esencial de fuego, ni (¡atención!, los filósofos *adoran* este ejemplo) ser blanco una parte esencial de la nieve.

Las cualidades secundarias son propensas al error, debido a unas gafas azules, a un resfriado o a lo que sea. (¡Oye!, hoy todo se ve azul, y mi tarta de manzana no huele demasiado bien...) Pero, como rápidamente señaló otro británico (irlandés, para ser exactos), el obispo George Berkeley, lo mismo puede decirse de las cualidades primarias, como el peso y el tamaño. Por ejemplo, los objetos pueden parecer más pequeños cuando están lejos, y cuando estás cansado puede parecerte que la bolsa de la compra pesa más de lo habitual.

CONSEJO El objetivo del obispo era recordarle a la gente que el sentido común se equivoca a menudo. Sin embargo, la opinión de Locke de que el mundo físico consta solamente de materia en movimiento se convirtió en la base aceptada de las teorías del sonido, el calor, la luz y la electricidad. Y aún hoy, cuando la mecánica cuántica funciona sobre principios por completo distintos, la mayoría de la gente sigue pensando como él, equivocadamente (basándose en falsas creencias) o no.

En busca del calcetín de Locke

Pero el sentido común tiene sus límites.

EXPERIMENTO MENTAL John Locke lo reconoció cuando propuso una hipótesis relacionada con su calcetín favorito, al que se le hace un agujero. Se preguntaba si el calcetín seguía siendo el mismo después de coserle un parche. De ser así, ¿seguiría siendo el mismo calcetín después de un segundo parche o incluso de un tercero? En efecto, sería todavía el mismo calcetín muchos años más tarde, incluso después de que todo el material del calcetín original hubiese sido reemplazado por parches.

El problema del calcetín le preocupaba, por lo menos un poco, porque si el calcetín es el mismo a

pesar de todos esos cambios prácticos, sólo podía ser porque existía algo más allá del calcetín físico, “perceptible por los sentidos”, y definido por su ubicación en el espacio y el tiempo.

No mucho tiempo después, leyendo la teoría de Locke, Berkeley escribió (en *Los principios del conocimiento humano*) que

> *“... en general, me inclino a pensar que la mayor parte de las dificultades, si no todas, que han distraído hasta ahora a los filósofos y les han cerrado el camino hacia el conocimiento se deben por completo a nosotros mismos, que primero levantamos una polvareda y luego nos quejamos de que no podemos ver”.*

En un intento de disipar parte de esta “polvareda filosófica”, el buen obispo se acercó a una de las teorías filosóficas más extrañas, más citadas (y menos entendida) de todas. Ideó la doctrina de que *esse est percipi* (“ser es ser percibido”). En otras palabras, los objetos materiales, todo en el mundo que nos rodea, sólo existen al ser percibidos por seres conscientes. A la objeción de que en ese caso un árbol en un bosque, por ejemplo, dejaría de existir cuando no hubiese nadie alrededor, Berkeley respondió que Dios siempre lo percibe todo. En su opinión, se trataba de un argumento definitivo, pero *era* un obispo.

Pongámonos místicos con el obispo Berkeley

Los mejores escritos de George Berkeley son los diálogos al estilo de Platón, y los escribió cuando aún estaba en la veintena. En un libro titulado *Diálogos entre Hylas y Philonus* (publicado en 1713) se encuentra su mejor argumento contra los científicos y el mundo de la materia opaca e inerte. El libro empieza con dos tipos discutiendo como lo harían en un taxi: Hylas, que habla como un taxista y en nombre del sentido científico común, y Philonus (un infeliz pasajero), que presenta la visión del propio Berkeley. Después de algunos comentarios amables al estilo de Sócrates y Platón, Hylas dice que se ha enterado de que su amigo cree que no hay tal cosa como la materia. ¡¿Puede haber algo “más fantástico, más repugnante al sentido común o una pieza más evidente de escepticismo que esto”?!, exclama.

MALA IDEA

Philonus trata de explicar que los datos sensoriales son, de hecho, mentales, como lo demuestra la experiencia diaria del agua tibia. Pon una mano fría bajo un chorro de agua y ésta parecerá caliente, pon la mano caliente y el agua parecerá fría. Hylas acepta este punto, pero se aferra a la realidad de otros casos cotidianos de la experiencia sensorial. Philonus dice luego que los gustos son o bien agradables o bien desagradables, y por lo tanto mentales, y que lo mismo puede decirse de los olores.

Hylas se atrinchera en este punto, y dice que los sonidos no viajan a través del vacío. De esto concluye que deben ser “movimientos de moléculas de aire” y no algún tipo de cachivaches mentales, como su amigo está tratando de hacerle creer. Philonus responde que si éste es realmente el sonido real no se parece en nada a lo que él conoce como sonido, con lo cual el sonido, después de todo, puede resultar ser también el fenómeno mental. Hylas sigue el mismo argumento en una discusión sobre los colores,

cuando se da cuenta de que ellos también desaparecen en determinadas condiciones, como cuando ves una nube dorada al atardecer, pero de cerca es sólo una niebla gris.

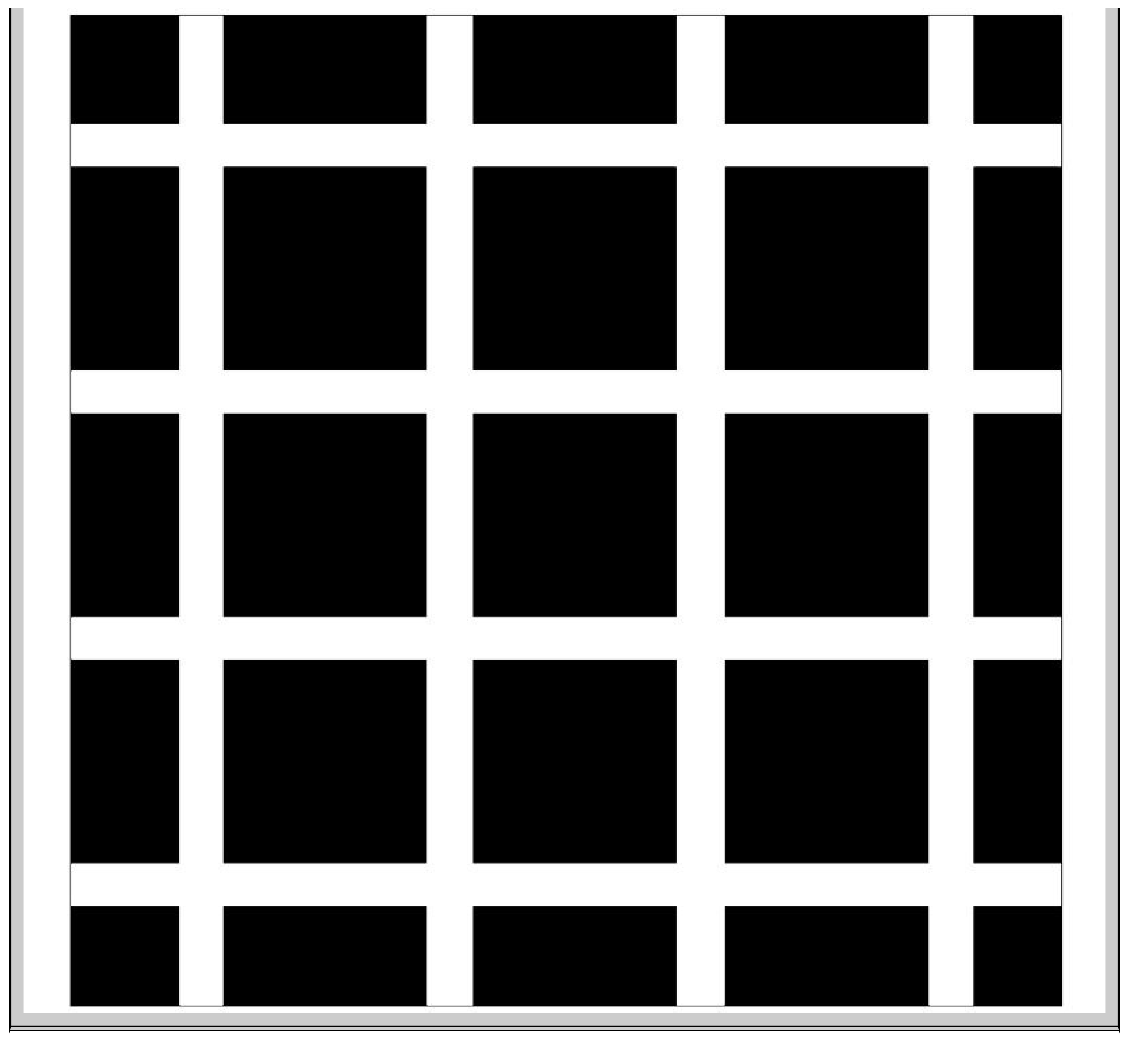
Incluso algo como el tamaño varía en función de la posición del observador. Aquí Hylas, el hombre de paja de Berkeley, trata de defender amablemente el sentido común al decir que se debe distinguir entre el objeto y la percepción, aceptando que tal vez el acto de percibir se da todo en la mente, pero que aun así todavía existe un objeto material por ahí fuera. Philonus salta rápidamente, respondiendo: "Todo lo que se percibe de inmediato es una idea: y ¿puede una idea existir fuera de la mente?". En otras palabras, la percepción, por ejemplo de un árbol, sólo existe en la mente; no "ahí afuera". Incluso el cerebro de Hylas, Philonus indica descaradamente, ¡sólo existe en la mente!

La conclusión de Berkeley es que existen razones lógicas e imperiosas para concluir que el mundo físico es una ilusión y que en realidad sólo existen las mentes y los eventos mentales. Pero, si empiezas a pensar que todo esto es demasiado disparatado para tomarlo en serio y que es mejor atenerse a la ciencia, puede que te interese saber que el más grande científico del siglo XX, Albert Einstein, explicó (en 1938) que se había dado cuenta de que:

> *"... los conceptos físicos son creaciones libres de la mente humana y, a pesar de lo que pueda parecer, no están determinados únicamente por el mundo exterior".*

¿Son reales los colores?

Para los filósofos hay al menos dos problemas bastante complicados sobre el color. Uno de ellos es el de si realmente está "ahí fuera", o sólo "aquí dentro". ¿Está en la mente del espectador, o está formado por pequeñas vibraciones electromagnéticas? De todos modos, ¿qué diferencia existe entre una verdadera sensación de color y una imaginaria? (Las manchas grises en la imagen de abajo, conocidas como "la ilusión de la rejilla", son reales o imaginarias?) No hay que olvidar a los daltónicos, que ven el verde como rojo, ni a la mayoría de los animales, que apenas ven ningún color. Peor aún, lo que es cierto de los colores también es válido para todas las otras percepciones sensoriales, incluso si John Locke y otros han tratado de señalar el color como un caso especial de conocimiento poco fiable.



Einstein llegó a ofrecer su propia metáfora del tictac de un reloj para explicar el problema de darle sentido al mundo:

> *“En nuestro empeño por comprender la realidad somos algo así como un hombre que intenta comprender el mecanismo de un reloj cerrado. Ve la esfera y las manillas en movimiento, e incluso escucha su tictac, pero no tiene forma de abrirlo. Si es ingenioso puede formarse una imagen de un mecanismo que podría ser responsable de todas las cosas que observa, pero nunca puede estar muy seguro de que su imagen sea la única que podría explicar sus observaciones. Nunca será capaz de comparar su imagen con el mecanismo real y ni siquiera puede imaginar la posibilidad o el significado de tal comparación”.*

De hecho, como dice Einstein, la única manera de acercarse a las verdades fundamentales de la

realidad es a través de la filosofía. El mundo es verdaderamente más complejo de lo que la gente por lo común cree. No es sólo que los filósofos inventen misterios.

Capítulo 2

Por qué la filosofía es importante

En este capítulo:

- Lo que es capaz de hacer un poco de filosofía cuando la aplicamos.
- Una nueva perspectiva sobre la ciencia.
- Una visión ordenada del mundo.
- Abrazar la incertidumbre.

"¿Y cuál es, Sócrates, el alimento del alma?"

"Sin duda —dijo Sócrates—, el conocimiento es el alimento del alma."

Platón

Hasta finales del siglo XVIII, lo que hoy llamamos ciencia no era más que una rama de la filosofía; la filosofía de la naturaleza, estudiada por gente como Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon y Descartes. Hoy en día, sólo los dos últimos figuran en los libros de filosofía, y los tres primeros se consideran astrónomos, pero todos hicieron un poco de ambas cosas.

De la misma manera (aunque sea algo confuso), lo que la gente llamaba entonces "ciencia" lo llamamos ahora "filosofía" o "conocimiento de lo que es necesariamente cierto". De hecho, en muchos aspectos la ciencia empezó con Isaac Newton, que además de hacer varios descubrimientos excelentes estableció un nuevo sistema de formas de clasificar y nombrar las cosas que, a su modo, sería tan influyente como el que estableció Aristóteles dos mil años antes. Gracias a Newton hoy el mundo no sólo tiene *physika* (como lo escribía él), sino también ciencia.

Las bases de la ciencia

La premisa central de la ciencia es que el mundo sigue reglas que se pueden investigar e identificar. La más importante de estas reglas es la de causa y efecto. El mundo es ordenado y coherente, y la gente asume que condiciones idénticas producen resultados idénticos. Pero en realidad todo esto es teoría filosófica. La idea es que cuando se identifica una regla o ley de la naturaleza, se pueden hacer predicciones exactas. La predicción de fenómenos como las apariciones de los cometas o las mareas se consideraba un gran logro de la filosofía aplicada.

Tales se ensucia las manos

Una de las cosas que a la gente le gusta decir acerca de la filosofía es que parece ofrecer una oportunidad de alejarse de los detalles aburridos y de la decepcionante realidad del mundo cotidiano. A menudo se usa la palabra en ese sentido —se dice que hay cosas más filosóficas y cosas más prácticas, o que alguien que hace caso omiso de alguna desgracia es filosófico—. Si lees sus libros y sus artículos, pensarás que los filósofos de hoy en día se preocupan casi en exclusiva de ideas abstractas y distinciones oscuras. Pero las raíces de filosofía estaban firmemente arraigadas en el mundo cotidiano, el mundo natural, y los antiguos filósofos griegos tenían claro que no sólo estaban hablando de abstracciones, todos sino tratando de llegar a enfrentarse con la realidad y de comprender cuestiones prácticas.

Un buen ejemplo de este antiguo gusto por la filosofía práctica es el de Tales. Tales vivió hace alrededor de dos mil quinientos años en lo que ahora es Turquía, y se le describe a menudo como el primer filósofo auténtico (aunque es una afirmación bastante discutible). Pero, ciertamente, tiene el honor de contar para los escritores posteriores como uno de los siete sabios del mundo antiguo, admirado en particular por su sabiduría matemática y astronómica, de la que hizo un buen uso práctico.

Entre sus logros se cuenta la predicción del eclipse del 585 a. C., que dejó a la región en una oscuridad casi total y que, además, tuvo lugar durante una batalla; podemos imaginar a los pobres y aterrados soldados dando tumbos en la oscuridad. Otra hazaña, narrada por Aristóteles, cuenta cómo una vez Tales usó la filosofía para predecir una buena temporada de cosechas y alquiló con antelación todas las prensas de aceite de Mileto. Cuando ese año realmente hubo una excelente cosecha de aceituna, pudo realquilar las prensas a cambio de un beneficio considerable.

Pero los filósofos admiran menos a Tales por su pronóstico del tiempo que por ser pionero en el estudio de las *esencias*. En otras palabras, Tales empezó la moda filosófica de definir las cosas por sus características esenciales y no por sus apariencias superficiales, a menudo engañosas y poco fiables. Tanto Tales como, un poco más tarde, Aristóteles, preferían identificar las propiedades naturales, en lugar de crear grandes y nuevas entidades teóricas. Por ejemplo, Tales concluyó que la cualidad esencial del mundo era el agua, y que la esencia del alma humana era su capacidad de actuar como una especie de imán, ejerciendo una atracción invisible sobre el cuerpo y haciendo que se moviese.

Consideramos la causalidad

Entender lo que causa las cosas no sólo es el principal objetivo de la investigación científica, sino que es fundamental para las teorías filosóficas de la percepción (¿cómo lo ves?) y la ética. Una pregunta relacionada y muy espinosa (que todavía deja perplejos a los metafísicos) es cómo puede ser que algo no físico, como la mente, puede afectar a la materia. Tomemos el libre albedrío, por ejemplo. ¿Alguien es realmente libre de tomar una decisión, por ejemplo, de comer, si la química de su cuerpo lo obliga a querer comer algo? O, dicho de otra manera, ¿alguien que está a dieta es realmente libre de pasar del postre si la química de su cuerpo está “obligándolo” a comer un poco más de tarta de manzana?

No es extraño que uno de los primeros filósofos, Demócrito, dijera que preferiría descubrir “una verdadera causa” que ganar el reino de Persia. Más recientemente, Samuel Alexander (1859-1938) sugirió que la causalidad era la esencia de la existencia misma, y agregó que “ser real” es tener “poderes causales”. ¡Como una bruja!

La noción de *esencia* está relacionada con la importancia que Platón y sus seguidores daban a la búsqueda de las definiciones de las cosas. Tales y otros filósofos naturales antiguos centraron sus esfuerzos en descubrir la “constitución” de las cosas, es decir, de qué está hecho el mundo. Se pensaba que la constitución del mundo explicaba los efectos visibles del mundo (hay más información sobre esto en el capítulo 17). Sin embargo, Platón nos cuenta una historia bastante diferente en el *Teeteto*, uno de sus sainetes; la historia de un Tales mucho menos práctico. Describe a un sabio que, por estar tan ocupado mirando las estrellas, una noche se cayó en un pozo, donde al pasar lo vio una joven muchacha Tracia y se rió de él. Ésta es la imagen caricaturizada que la mayoría de la gente tiene de los filósofos. Pero es una caricatura. De hecho, la reflexión filosófica es una parte inseparable de la vida.

Los filósofos pasan el rato sin encontrar nada

Otro concepto importante muy debatido por los filósofos, del que difícilmente podríamos prescindir, es el tiempo. Porque cuando lo piensas (no es algo que muchos hagamos habitualmente; tenemos poco tiempo...), el tiempo es una cosa más bien extraña.

En palabras del escritor T. S. Eliot, hay algo extraño en el tiempo, en que consiste en una “sucesión de momentos”. Todo depende de este momento infinitamente breve del presente, la fuente donde el río del tiempo mana de la nada, produciendo la laguna sin fondo del pasado. Los eventos, habiendo nadado en la existencia y alejándose flotando, son eternamente reales, y el futuro no existe en absoluto.

GRAN IDEA

Platón, de un modo bastante poético, llamó al tiempo “una imagen móvil de la eternidad”, una frase que aunque sea muy bonita no es demasiado útil. Sin embargo, Aristóteles discutió la naturaleza del tiempo con más detalle, diciendo que el tiempo es el resultado del cambio en el mundo material. Dado que los objetos que nos rodean cambian de forma suave pero constante (las plantas crecen, tienen flores, se marchitan y mueren, y vuelta a empezar), dedujo que el tiempo también debe de fluir de manera suave y continua. Por supuesto, como Plotino, un filósofo romano, señaló un par de siglos más tarde, esta definición del tiempo incluye una referencia a lo que se está discutiendo, algo

característico de una mala definición. (Aristóteles utiliza la noción de cambio, que es, por definición, alteración a través del tiempo.)

Un poco de espacio

Si el tiempo sigue siendo una criatura resbaladiza, ¿qué pasa entonces con esa otra extraña entidad que es el espacio? No hablamos en particular del espacio exterior lleno de estrellas y galaxias. Hablamos, simplemente, del espacio vacío. La nada. El vacío. Aunque la filosofía del espacio sea un área de estudio olvidada en los actuales departamentos de filosofía, en el pasado tuvo importantes seguidores.

Ya en la antigua Grecia, Demócrito había dicho simplemente que el vacío era "lo que no era". Aristóteles dijo que el espacio era sólo una característica que se desprende de la presencia de objetos reales. Pero como siempre, en éste como en tantos otros asuntos, Platón tuvo la última palabra. Él pensaba que el espacio era una cosa muy especial, que no estaba hecho de materia como el resto del universo, y que tampoco era totalmente abstracto como las ideas y los conceptos. Era algo intermedio. O, al menos, eso dice Timeo, el amigo de Sócrates, en el diálogo de Platón que lleva su nombre: "Una cosa invisible y sin características, que recibe todas las cosas y comparte de un modo sorprendente todo lo que es inteligible".

La única manera de investigar las propiedades del espacio es "un tipo de razonamiento huérfano (con huérfano, Timeo quiere decir que el razonamiento carece de cualquier base racional) que no implique la percepción sensorial"; por ejemplo, a través de un trance onírico.

Explorar el espacio con el poder de los sueños

Éste no es el método que tienen en mente muchos investigadores actuales. En general, los filósofos lo han evitado. Y, de hecho, también lo han evitado los físicos, hasta Einstein, que tuvo sus mejores ideas soñando, o en el baño.

Por el contrario, Descartes pensaba que la razón pura era suficientemente buena para informarnos sobre el espacio. De hecho, en el siglo XVII, en los inicios de la era científica, Descartes propuso la teoría de que en realidad el espacio era una especie de objeto físico, un objeto real hecho de un tipo inusual de materia carente de las cualidades habituales de la materia, como las de ser sólida o tener dimensiones.

Espacio-tiempo

Nuestra concepción moderna del espacio, basada en la teoría de la relatividad general de Einstein, prescinde por completo de las elegantes verdades de la geometría que tanto impresionaron a antiguos como Platón. Su teoría, en cambio, propone que la geometría o la curvatura del espacio (o más exactamente, del espacio-tiempo) depende de los cuerpos sumergidos en él. ¿Confundido? ¡Pues prepárate!

Einstein propuso que, aunque el espacio sea el material en bruto subyacente a la realidad, no es independiente y absoluto, sino flexible y dinámico, enredado con el tiempo y relativo. Así que no pienses más en el espacio como independiente del tiempo. El espacio y las relaciones espaciales son meras manifestaciones de espacio-tiempo, dependiendo del punto de

vista del observador. Dicho de otra manera, el espacio es relativo, pero el espacio-tiempo es absoluto: es un algo.

Un siglo más tarde, Kant también pensaba que la razón pura era la manera de explorar el espacio, aunque algunos de sus hallazgos (como la teoría de que existe vida inteligente en todos los planetas y que la inteligencia disminuye a medida que nos alejamos del Sol) no fueron muy impresionantes. (Pero la mayoría de los filósofos que se enfrentaban a la cuestión también tenían sus propias teorías disparatadas.) No obstante, Kant también tuvo algunas ideas bastante más influyentes. Una de ellas era sobre si el espacio era fijo y absoluto (y, por lo tanto, proporciona un marco para el resto de la realidad), o subjetivo y relativo (dependiente de los objetos que se encontrasen en el espacio y del punto de vista del observador). Dicho de otra manera, desde el punto de vista del Sol y las estrellas, la Tierra gira alrededor del Sol en un gran círculo. Sin embargo, desde el punto de vista de la Tierra, el Sol y las estrellas giran a nuestro alrededor. ¿Hay algo en el universo que no sea relativo a otra cosa?

EXPERIMENTO MENTAL

Kant examinó esta cuestión imaginando un universo formado por una sola cosa: un guante. No existe nada más. Y lo crucial de los guantes es que son exactamente iguales; tienen cuatro dedos y un pulgar, y todas sus proporciones son idénticas. Como dice Kant, puedes girar un guante tantas veces como quieras, que si es un guante izquierdo seguirá siendo siempre un guante izquierdo. ¡Coge un guante y pruébalo tú mismo! El problema de Kant es el de si en un universo que constase de un único guante todavía sería posible saber si se trata de un guante izquierdo o derecho; ¿o no sería posible? Si Kant tiene razón, su experimento mental muestra que al menos algunas cosas no son relativas y dependientes de otras o del punto de vista del observador.

GRAN IDEA

No obstante, el enfoque original de Platón ha sobrevivido a las versiones de Descartes y de Kant de un espacio invisible pero tranquilizadoramente permanente y fijo. Esto es porque la idea de Platón contiene elementos de relatividad. Cuando los objetos se imprimen en el flujo, como dice Platón de una manera un tanto misteriosa (pero en un lenguaje que se adapta cómodamente a nociones de gran actualidad, como los campos de energía) el flujo cambia, y en el cambio afecta de nuevo a los objetos. "Se equilibra de forma irregular en todas las direcciones, ya que estas cosas lo sacuden, y al ponerse de nuevo en marcha las sacude a su vez." La materia actúa sobre el espacio y el espacio actúa sobre la materia. La idea de Platón es, más o menos y en pocas palabras, la teoría de la Relatividad General de Einstein, ¡dos mil años antes de que Einstein la propusiera!

Las paradojas del espacio-tiempo de Zenón

Uno de los filósofos del espacio y el tiempo más accesibles fue Zenón de Elea, que vivió en el siglo v a. C., justo a tiempo para conocer a Sócrates (es decir, una generación antes que Platón). La filosofía de Zenón se expuso en un libro que incluye muchas de esas divertidas historias que todavía se explican. Una de estas historias es la de una carrera poco probable entre Aquiles y una tortuga.

En la carrera, la tortuga sale con ventaja. Aquiles, el famoso atleta, corre, muy rápido, sin duda, hacia donde antes estaba la

tortuga. Pero mientras corre, la tortuga se mueve un poquito más lejos. Así que Aquiles también tiene que correr un poco más. Pero mientras lo hace, la tortuga vuelve a avanzar un poco más. De hecho, ante el asombro de Aquiles, parece que no importa lo rápido que corra hacia donde estaba la tortuga, porque nunca puede llegar a atraparla.

Evidentemente, la realidad no es así. Pero el argumento de Zenón es que las suposiciones más firmemente asumidas de la gente sobre el espacio y el tiempo conducen a contradicciones e imposibilidades lógicas. Así que hay que replantearse algunas de sus suposiciones.

Llegar a conocer el mundo físico

Naturalmente, la filosofía no trata sólo de teorías físicas y de la comprensión del espacio y el tiempo y cosas por el estilo. También está detrás de las teorías de la biología y la sociedad. Piensa en la influencia de la teoría de Darwin de la selección natural, la teoría biológica que presenta el mundo como una especie de campo de batalla en la que el mejor adaptado sobrevive y los demás, probablemente no. Si quieres entender cómo la ciencia y la filosofía están estrechamente ligadas, éste es un magnífico lugar para empezar.

Esta teoría es tan práctica que hoy en día rara vez se la considera filosófica. De hecho, en Estados Unidos es muy polémico que en los colegios y universidades se la trate siquiera como una teoría en lugar de como un hecho absoluto, indiscutible. Sin embargo, es una teoría, que ya se sometió a una revisión exhaustiva y que es probable que (en la mejor tradición científica) sea modificada y revisada también en el futuro, ¡quizá incluso completamente rechazada! Igualmente, la selección natural como teoría es más un testimonio del poder de las ideas filosóficas que de la fuerza de la observación metódica. Aunque Darwin también hizo una excelente labor pionera en ese ámbito, con la esperanza de aportar pruebas en apoyo de su teoría.

Imponer el orden en un mundo desordenado

Otra parte de la búsqueda filosófica para entender el universo es el esfuerzo por descubrir las leyes que lo rigen (o por lo menos, las que la gente piensa alegremente que deberían gobernarlo). Se trata de las leyes de la naturaleza. Se supone que son absolutamente ciertas, *ceteris paribus*.

GRAN IDEA

"Cert-er-is-¿qué?", te oigo preguntar. *Ceteris paribus* en latín significa "en las mismas condiciones". Todas las leyes científicas tienen una cláusula *ceteris paribus* implícita.

Darwin (y el darwinismo)

Charles Darwin (1809-1882) nació en Shrewsbury, Inglaterra, y su primer amor fueron las rocas y la química, no la biología. Empezó a interesarse en cómo cambian los animales después de estudiar unos invertebrados marinos no muy sugestivos en la Universidad de Edimburgo y de su interesante y largo viaje, en el que no sólo descubrió las tortugas gigantes, sino lo que para él eran distintos tipos de seres humanos. Plasmó sus conclusiones en su célebre libro Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida (1859).

En su obra utiliza muchos ejemplos de especies recién descubiertas o poco conocidas para tratar de ampliar una teoría ya existente y demostrar que las especies relacionadas tuvieron en algún momento un ancestro común. Su teoría era que prosperando gracias a un proceso exitoso de adaptación o muriendo por no haber logrado adaptarse, las especies evolucionaron lentamente hacia las formas que vemos hoy en día.

Darwin amplió abiertamente su teoría para incluir la especie humana, desafiando muchas de las suposiciones de su tiempo. Incluso incorporó los valores morales como otra forma de conducta generada aleatoriamente y cuyo efecto fue el de mejorar las posibilidades de preservación de la especie. Para algunos filósofos esta aplicación de la teoría de selección natural a la sociedad y la cultura humana es inapropiada. Pero sea inapropiada o no, la teoría ha sido aplicada a menudo, y a menudo con las peores de las intenciones. Hitler la usó para justificar su limpieza étnica en Europa, y en no hace tanto, en la década de 1970, el Gobierno de Estados Unidos la usó para justificar la esterilización de los indios americanos.

En realidad, hay controversia acerca de si realmente existe alguna ley de la naturaleza. Newton realmente formuló unas cuantas, como la ley de la gravitación, que parecían funcionar, pero esto exigió un poco de invención creativa por su parte, en particular en los conceptos de espacio absoluto y tiempo absoluto. Sin esto, su teoría de la mecánica no podría funcionar.

En Alemania, su rival contemporáneo, el polímata (sabelotodo) Gottfried Leibniz, se burló de ese planteamiento (el de inventar cosas para hacer que la teoría funcione) en una carta al secretario de Newton, Samuel Clarke:

> *“Para concluir. Si el espacio (que el autor imagina) vacío de todos los cuerpos no está vacío del todo; ¿de qué está lleno entonces? ¿Tal vez está lleno de espíritus extensos, de sustancias materiales que se extienden y se contraen a sí mismas; que penetran en sí mismas y en las otras sin inconveniente, como las sombras de dos cuerpos penetran una en la otra sobre la superficie de una pared. El principio de la falta de una razón suficiente aleja por sí solo estos fantasmas de la imaginación. Los hombres caen fácilmente en ficciones por no hacer un uso correcto de este gran principio.”*

Hoy en día, desde la teoría de la relatividad general de Einstein, nadie piensa que las “ficciones” de Newton existan realmente. ¡Fíjate tú!, a pesar del nombre de la teoría de la relatividad general, el objetivo de Einstein seguía siendo (al igual que el de muchos de los filósofos) imponer el orden en el universo. Él también empezó, después de todo, haciendo que la velocidad de la luz fuese la misma en todas partes y en todo momento, y su teoría concluye con una nueva entidad teórica llamada *espacio-tiempo*. El espacio-tiempo es tan absoluto como cualquier cosa en la ciencia clásica.

El libre albedrío y el determinismo

Los *deterministas* creen que los acontecimientos, incluyendo las acciones de la gente, no se suceden por casualidad, sino que son causados, o predeterminados, por algo ya decidido. La cadena de acontecimientos nos hace retroceder hasta necesitar una causa primera, que la gente suele creer que es de carácter divino. La teoría implica, por supuesto, que todo el futuro está decidido. Los griegos tenían la noción de los *destinos*, las personificaciones del destino vestidas de blanco y normalmente representadas como ancianas o viejas brujas (que es a la vez sexista y edatista, pero esto era en la Antigua Grecia).

Sin embargo, Epicuro ofreció a la gente un rayo de esperanza. Modificó el atomismo de Demócrito para incluir el viraje azaroso y no determinado de las partículas de la vida. Pero después, Newton (en el siglo XVIII) demostró elegantemente que se pueden explicar y anticipar los misteriosos movimientos del cosmos con mediciones matemáticas. Al parecer, el universo se redujo a un juguete de cuerda y con él la humanidad pareció perder de nuevo su libertad para actuar.

En nuestros días, la mecánica cuántica trata de explorar si realmente podría haber algo cierto en el viraje de Epicuro. Pero en las cuestiones más amplias del determinismo, el debate sobre qué es y qué



no es realmente posible hacer de otra manera se mantiene firmemente como una cuestión filosófica y no científica.

Inventar los sistemas y la lógica

La naciente filosofía griega llegó hasta el cielo sobre las alas de la matemática, por decirlo así, y la matemática ha seguido fascinando a los filósofos desde entonces; aunque no menos que los esfuerzos de los lógicos para reducir el pensamiento humano a una especie de notación simbólica. Pitágoras enseñó que todo aprendizaje era, en última instancia, sobre los números, y los *Elementos* de Euclides, en los que establece definiciones y axiomas para demostrar un montón de datos geométricos, se convirtió durante mil años en el brillante ejemplo de conocimiento puro tan deseado por los filósofos.

Euclides pone las reglas

Euclides inventó no tanto la geometría como un sistema matemático para demostrar la verdad de algunas afirmaciones. Como tal, es responsable de mucho sufrimiento en los colegios.

Los axiomas de Euclides, basados en las teorías egipcias, partían de cinco premisas necesarias sobre las que puede construirse una geometría bastante buena:

- ✔ Cosas iguales a una misma cosa son iguales entre sí.
- ✔ Si se añaden iguales a iguales, los todos son iguales.
- ✔ Si se sustraen iguales a iguales, los restos son iguales.
- ✔ Las cosas que coinciden una con otra son iguales entre sí.
- ✔ El todo es mayor que la parte.

Si estas premisas no te gustan mucho, tampoco te gustarán mucho las pruebas formales. Pero el enfoque de Euclides de plantear sus hipótesis, demostrar a continuación por qué algunas afirmaciones matemáticas eran ciertas, de pe a pa, resultó muy atractivo para muchos filósofos posteriores; por no hablar de todos los profesores de matemáticas que vinieron después.

Los griegos imaginaron que la geometría de Euclides era el ejemplo de conocimiento puro, con sus reglas inviolables como la que dice que las líneas paralelas nunca se cruzan, o esa de que los ángulos de un triángulo siempre suman 180 grados, entre otras. Sin embargo, la geometría euclidiana realmente sólo es un tipo posible de geometría y podemos ver las cosas de otro modo, de manera que las líneas paralelas sí que se crucen y que los ángulos de un triángulo sumen más de 180 grados. Piensa en volar alrededor de la Tierra, por ejemplo. Los ángulos de los triángulos dibujados en un globo suman más de 180 grados, y dos aviones que vuelan en rutas paralelas a la larga corren un riesgo considerable de acabar chocando.

Los hechos matemáticos no son tan seguros, después de todo. Los filósofos con intereses matemáticos, como Henri Poincaré, han aceptado que no sólo hay muchas geometrías posibles, sino que son mutuamente incompatibles y que sólo podemos elegir entre ellas por convención.

La palabra griega *axioma* significa literalmente “digno de respeto”, y los axiomas aseguran

serlo. La lógica, las matemáticas y los argumentos filosóficos en general se basan en ciertas suposiciones subyacentes, sin las cuales no hay progresión posible. Lamentablemente, estos supuestos a menudo son cualquier cosa menos ciertos.

Fíjate en los números, por ejemplo. ¿Qué son esas tonterías? No puedes tocarlos ni verlos, por no hablar de comerlos... Bueno, parece que los primeros números que se escribieron fueron los enteros positivos, I, II, III, IIII, IIIII, que surgieron de señales en montones de piedras o de marcas en palos, y que sólo más tarde se expresaron en la notación árabe como 1, 2, 3 y demás. Los enteros positivos son muy útiles y prácticos para mantener registros, como el de las ovejas que posee un pastor, y para medir campos y edificios. Los egipcios y los mesopotámicos complicaron pronto las cosas al decidir que ellos necesitaban fracciones que, junto a los enteros, forman el conjunto de los *números racionales*, con la inevitable consecuencia de que poco tiempo después Pitágoras y sus seguidores descubrieron los *números irracionales*; éstos son números que no pueden expresarse con exactitud, ya sea como una fracción o como un decimal, por mucho que te entretengas a juguetear con el número, como en el caso de la raíz cuadrada de 2. Cuenta la leyenda que a un miembro de la escuela lo ahogaron por revelar la existencia de estos números desordenados a un público horrorizado.

MÁS DE CERCA Las matemáticas no pudieron avanzar demasiado antes de la invención del 0, que es un número realmente extraño. Fueron matemáticos indios quienes sistematizaron su uso alrededor del siglo VII, y poco después ya fue posible trabajar con números negativos e incluso con los primeros *números imaginarios* (la raíz cuadrada de un número negativo se denomina un número imaginario). Newton y Leibniz incluso inventaron números tan pequeños que no se pueden expresar (*infinitesimales*), para poder crear las matemáticas de cálculo. Y la manipulación del infinito, que pronto se dividió en variedades contables e incontables, se llevó a cabo en el siglo XIX, en gran parte como resultado de la obra de otro filósofo matemático, Georg Cantor.

La mayoría de las paradojas de Zenón (mira el cuadro gris dedicado a Zenón) y mucha de la filosofía del espacio y el tiempo implica la teoría de números. Y al igual que Zenón desafió las suposiciones de su tiempo con sus paradojas del movimiento, gran parte de la ortodoxia de la filosofía y la matemática moderna se basa en ciertas convenciones numéricas aceptadas, que no son tan antiguas ni quizá tampoco tan inevitables como nos hemos acostumbrado a creer. Por ejemplo, que en matemáticas el número de puntos de una recta sea siempre el mismo, ¡sin importar lo larga que sea la recta! O que en física el movimiento sea una complicada mezcla de tres cosas: la posición, el tiempo y el lugar, del cual todavía no hemos descubierto la receta exacta.

Las leyes del pensamiento

La filosofía occidental se ha fundado en gran medida sobre leyes del pensamiento. La gente cree que su pensamiento debería esforzarse por eliminar ideas vagas, contradictorias o ambiguas, y la mejor manera de hacerlo, y con ello de fundamentar su pensamiento en ideas claras y distintas, es seguir estrictamente las leyes del pensamiento.

¿Qué son las leyes del pensamiento? Son reglas lógicas como:

> ✔ La ley de la identidad (A es igual a A).
>
> ✔ La ley de la no contradicción (A no es igual a no-A).
>
> ✔ La ley del tercero excluido (A o no A, pero no A y no-A al mismo tiempo).

¡Uf! ¡Qué receta intelectual tan indigesta! Pero, dicho de otra forma, las leyes dicen:

> ✔ Todas las manzanas son manzanas.
>
> ✔ Si hay algo que no es una manzana, no puedes considerarlo una manzana.
>
> ✔ Algo no puede ser una manzana y al mismo tiempo no ser una manzana.

A pesar de lo poco que las leyes del pensamiento parecen decir, también han tenido sus críticos, y filósofos desde Heráclito hasta Hegel han presentado poderosos argumentos contra ellas. Volviendo a sus orígenes, fue Parménides, uno de los filósofos presocráticos del siglo V a. C., quien ideó la ley de no contradicción: "Nunca prevalecerá esto, que lo que no es, sea." Platón tomó nota de ello en su diálogo *El sofista*: "El gran Parménides, de principio a fin, testificó... "Nunca podrá demostrarse que lo que no es sea." ¿Puedes repetirlo? Por supuesto. "Algo no puede ser una manzana y no ser una manzana al mismo tiempo."

Puede antojarse extraño que el principio de no contradicción tuviese que ser inventado, pero parece que antes de Parménides la forma natural de pensar era que todo era un poco de ambas cosas. Como lo expresó Heráclito: "Las cosas frías se calientan, lo caliente se enfría, lo húmedo se seca, lo árido se humedece."

Hacer que todo fuese un poco de ambas cosas tenía sentido para Heráclito porque pensaba que para que algo pueda cambiar ya tiene que contener la semilla de lo que llegará a ser. Por ejemplo, el agua no es dura como una roca, pero es dura cuando se congela. Así que el agua es dura y no dura, dependiendo de la temperatura. Sin embargo, Platón y Parménides ponían su mirada sobre cosas mejores que el agua terrenal. Querían hablar del agua "verdadera", de la esencia del agua. Y ésta es, ciertamente, húmeda y acuosa, y no dura.

Buscamos el conocimiento "real" con Platón

Los pitagóricos, la antigua escuela filosófica, también creían que el verdadero conocimiento tenía que ser sobre cosas que no cambian. Querían objetos del pensamiento que fueran puros, fijos y eternos. Y creyeron haberlos encontrado en el mundo abstracto de las matemáticas. Los pitagóricos elaboraron las cualidades esenciales de los números de 0 a 10 con fervor religioso, decidiendo que nada podía evitar que el 1 fuese la totalidad, el 2 fuese la dualidad, y así sucesivamente.

Su idea de que los números existen en una realidad paralela y superior inspiró a Platón para buscar entidades similares, "perfectas e inmutables", en el mundo abstracto de las formas (o ideas). De hecho, en *La República*, uno de sus diálogos más célebres, Platón hace que Sócrates asegure firmemente que: "Es evidente que una misma cosa nunca producirá ni padecerá efectos contrarios en el mismo sentido,

con respecto a lo mismo y al mismo tiempo.” Así que Platón protegió su autoridad con dos leyes más: las leyes de no contradicción y del tercio excluido.

No preguntes para qué sirve la filosofía

Se cuenta una historia sobre Platón que lo presenta como duro y dogmático, pero también idealista. Cuando un alumno le preguntó por la aplicación práctica de los cursos que estaba impartiendo, Platón le pidió a otro alumno que le diese una pequeña moneda, “para que pudiera apreciar mejor el valor del conocimiento”, y lo echó de la escuela.

Pero Platón no era tonto. Comprendió los problemas que tenían las leyes en la práctica. En otro de sus diálogos, el *Eutidemo*, Dionisodoro (piensa en *dinosaurio*) se burla de una de las leyes al decir que si fuera cierta, ¡Sócrates sería padre de un perro! Así es como lo “prueba”:

1. **De acuerdo con las leyes del pensamiento, algo no puede ser una cosa en particular y no serla al mismo tiempo (ser a la vez A y no-A).**
2. **Sócrates es un padre.**
3. **El perro tiene un padre.**
4. **Algo no puede ser un padre y no ser un padre al mismo tiempo.**
5. **Conclusión: Sócrates tiene que ser el padre del perro.**

En realidad, en caso de que estés preguntándotelo, Sócrates no era el padre del perro, pero aquí es adonde nos lleva la ley. Y tampoco es que sea muy obvio dónde está el fallo. Platón intenta arreglarlo diciendo que la ley es correcta, pero que los objetos de nuestra realidad terrena están todos entremezclados. Así que el problema es que el tipo de padre que era Sócrates era distinto del tipo de padre que tenía el perro. O sea, que hay dos tipos de padre. Pero vaya, esto es un poco confuso.

La búsqueda de las esencias

Al igual que Platón, Aristóteles creía en las leyes del pensamiento, y consideraba que proporcionaban una base sólida para el pensamiento correcto. Trató de arreglar un poco las leyes para hacer que fuesen más rigurosas y sólo se aplicasen en determinados contextos y en determinados momentos. Propuso una nueva forma de pensar los diferentes tipos de cosas del mundo (como los distintos tipos de animales) que implicaba una mejor comprensión de su esencia. De hecho, aproximadamente una cuarta parte de los escritos de Aristóteles están dedicados a categorizar la naturaleza en general y los animales en particular. El hombre, en la mente de Aristóteles, es un tipo particular de animal; un animal racional, porque una persona es una especie animal y lo que las diferencia del resto de los animales es su racionalidad. Bueno, eso es lo que pensaba Aristóteles. De hecho, mucha gente diría que a menudo los animales también son racionales (que saben lo que les interesa y usan este conocimiento para huir de los depredadores o construirse un pequeño refugio) y que por lo tanto necesitamos una esencia distinta. (Algunos han dicho que el hombre es un animal moral, por ejemplo.)

Con el desarrollo de las máquinas en el siglo XVII, y con la moda filosófica de comprender el universo

en términos mecánicos, la búsqueda de las características esenciales tomó una dirección ligeramente distinta. En su *Ensayo sobre el entendimiento humano* John Locke retoma de nuevo la cuestión de las esencias con el ejemplo de una fresa.

¿Qué tienen de importante las fresas?, ¿un sabor agradable?, ¿un color rojo brillante?, ¿su aroma? Locke no se fijó en nada de esto. Pensó que la característica importante de una fresa no tenía nada que ver con su sabor, su color o su olor, porque todas estas cosas son *subjetivas*; es decir, dependen del espectador. Hay quien piensa que las fresas son dulces y sabrosas, y quien piensa que saben a uvas agrias. En cambio, Locke pensaba que la forma de la fresa (su color, no tanto) era objetiva; todo el mundo debería estar de acuerdo en su forma.

La inflexible lógica de las leyes del pensamiento llevó a los filósofos a tratar de crear un nuevo tipo de mundo en el que pudiesen imperar y tener una autoridad indiscutible. Pero ¿qué clase de mundo era éste?

Comprender las misteriosas formas

La teoría de las ideas de Platón es una de las más importantes de la historia de la filosofía. Es extraño, pero en realidad no ha sido muy bien entendida. Aunque quizá por eso es tan influyente.

GRAN IDEA La mejor manera de entender la teoría es teniendo en cuenta que Platón estaba diciendo que la gente es consciente de dos tipos de realidades:

- ✔ Una que cambia y es imprecisa, que es el mundo de las cosas a nuestro alrededor, transmitidas por impresiones de los sentidos.
- ✔ Una que es fija y eterna, aunque también es bastante imprecisa, y que es la de nuestros conceptos e ideas.

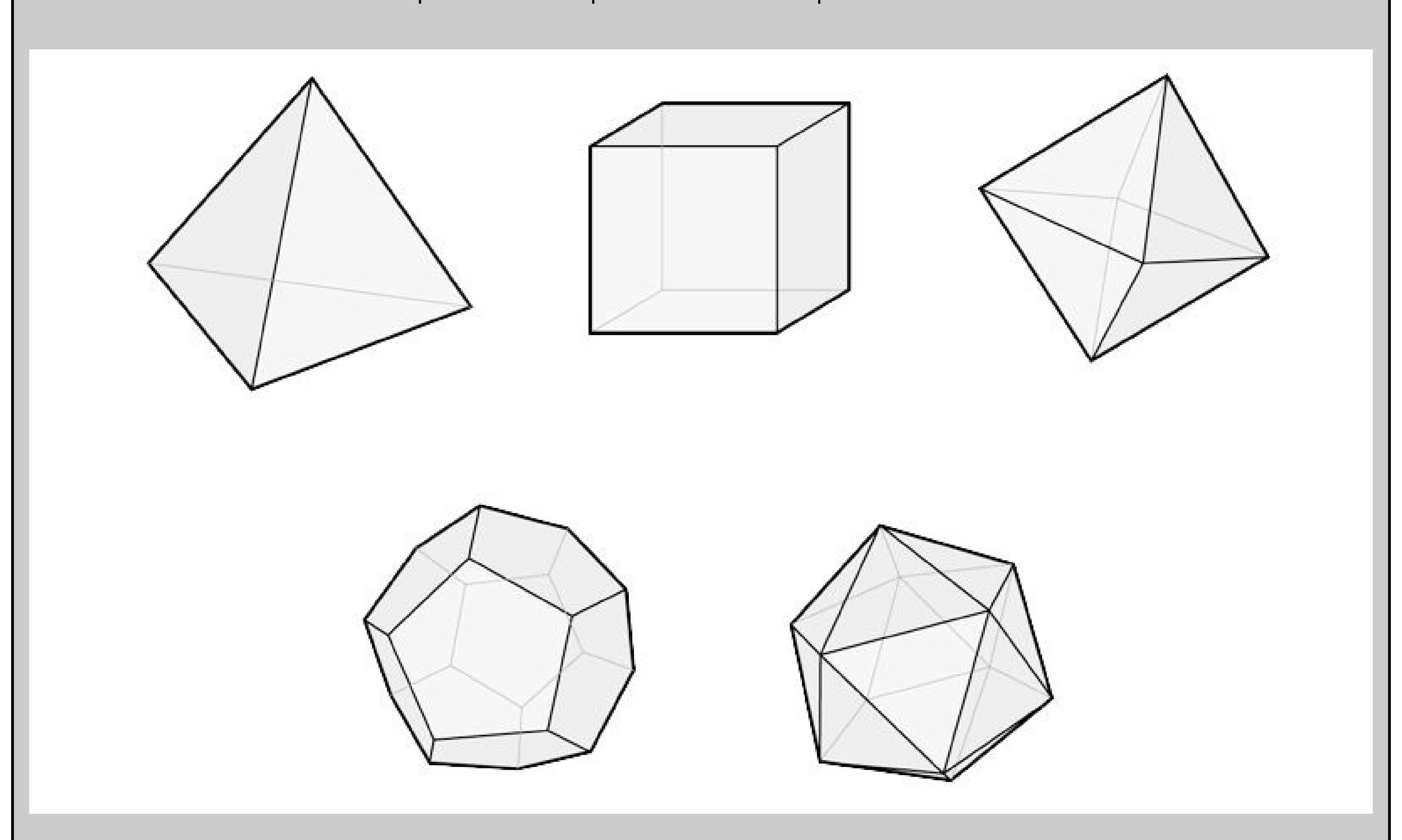
Platón utiliza muchos ejemplos para tratar de explicarlo, pero tal vez el de la belleza es el más fácil de comprender. Podemos ver muchas cosas bellas (como flores o algunas montañas) pero, inevitablemente, estas cosas “reales” son imperfectas. Las flores se marchitan, y las montañas las puede atravesar una línea eléctrica. Y, de todos modos, ¿qué es lo que tienen en común las dos cosas? ¿Qué es lo que las hace bellas? Platón dice que tenemos que tener en mente algo separado, con lo que comparamos las impresiones de los sentidos. Algo que vemos (Platón prefiere decir que reconocemos) en las flores y en las montañas; la cualidad de ser bellas. Platón lo llama una *forma*, pero la gente suele referirse a ello como una idea o un concepto. Pero lo único seguro sobre la forma es que no existe en ningún sentido cotidiano, material. Existe en un reino eterno al que sólo puede accederse por la razón, o lo que Platón llama la *intelección* o *noesis*.

¿Qué sentido tienen las cosas que no existen en ningún sentido material, sino sólo en este modo como de cuento de hadas? ¿No se las apañan bastante bien los científicos sin estas cosas? De hecho, los científicos son incluso más dependientes que cualquier otra de estas entidades imaginarias para unirlo todo y darle sentido. Ideas como el tiempo y el espacio, y conceptos matemáticos como los números o

el infinito son tan misteriosos y directamente incognoscibles como cualquier cosa del extraño universo paralelo de las formas de Platón.

Platón sobre las matemáticas

Sobre la puerta de entrada a la Academia de Platón estaba el famoso escrito: “Que no entre nadie que no sepa matemáticas.” Por esta razón, la historia (en el diálogo Menón, del que encontrarás un extracto en el capítulo 3) de Sócrates desenredando el teorema de Pitágoras con un joven esclavo, aparentemente ignorante, es una crítica social muy importante. Ofrece una definición más sutil e inclusiva de la competencia educativa, y demuestra que incluso un esclavo que nunca había ido a la escuela había nacido con importantes conceptos matemáticos impresos en su mente.



Pero también aquí Platón deplora el hecho de que “la gran masa de la humanidad” considere las descripciones geométricas y mecánicas de los fenómenos como “las causas únicas de todas las cosas”. Porque tales causas son “incapaces de cualquier plan o inteligencia para ningún propósito”. Platón cree que debe buscar las verdades más profundas en el misterioso mundo paralelo de las formas.

El diálogo de Platón del Timeo se hace eco de esta perspectiva, con cinco objetos o formas geométricas que representan los cuatro elementos del fuego, el aire, el agua y la tierra, además del universo considerado en su conjunto. Los astrónomos griegos hicieron un montón de observaciones (por supuesto, sin telescopios), pero asumieron que los cielos mostraban la geometría de los dioses, y por eso era necesario insistir en que las estrellas y los planetas rodeaban la Tierra en unas esferas perfectas de cristal, haciendo música al girar (de aquí viene la expresión “la música de las esferas”), incluso mucho después de que las observaciones hubieran socavado la hipótesis.

La historia intelectual de Occidente ha sido el intento de crear un entendimiento basado en leyes universales. Con el fin de crear este tipo de leyes universales, la gente ha tratado de eliminar todos los objetos del pensamiento a los que dichas leyes no se aplicasen universalmente. Y esto es irracional,

porque a menudo hay excepciones incluso a las más brillantes y mejores de nuestras reglas. Por ejemplo, la regla de que la misma causa produce siempre el mismo efecto en realidad no se cumple ni en la ciencia ni en la vida social. Pensemos, por ejemplo, en un médico que trata con éxito a un paciente de cáncer dándole aspirinas. Esto sería un ejemplo de efecto placebo, porque la aspirina en realidad no cura el cáncer, aunque el simple refuerzo psicológico de tomar pastillas (como a menudo ha confirmado la investigación) puede hacer que la gente mejore. Cosas como el efecto placebo son irracionales, sí, pero reales.

En el siglo XVIII las leyes todavía causaban tantos problemas a los filósofos que llevaron a Immanuel Kant a publicar "un intento de introducir el concepto de las cantidades negativas en la ciencia". En su libro, Kant trató de identificar las contradicciones internas de varias teorías, muy abstractas y muy metafísicas, derivadas de la lógica pura (es decir, teorías que lidiaban con cosas que nunca podrían ser vistas o medidas). En esencia, Kant señalaba que aunque en la lógica o A o no-A son ciertas, en la realidad algo puede ser al mismo tiempo A y no-A. Por ejemplo, un cuerpo puede estar a la vez en movimiento y no-en-movimiento, porque depende de quien lo esté mirando. Hoy en día los trenes nos ofrecen un buen ejemplo de esto. Siéntate en un tren y pon una taza de café sobre la mesa. Para ti, la taza no está en movimiento. Pero para alguien que ve pasar el tren, no hay duda de que sí.

Hegel, el sucesor alemán de Kant, también vio el problema y volvió a la posición de Heráclito, que era que el cambio, y en particular la contradicción y el conflicto, era la verdadera realidad, y que el mundo estático e inmutable de las leyes del pensamiento era el falso.

GRAN IDEA Hegel incluso atacó la ley de la identidad, señalando que dice muy poco por sí misma. El hecho es, expone, que afirmar que A es igual a A no es más que una tautología y no tiene mucho sentido. (Una tautología, después de todo, es lo mismo dicho dos veces.) Saber que algo es exactamente lo mismo que sí mismo no nos dice casi nada sobre ese algo. La única manera en que una cosa asume verdaderamente su identidad es a través de su otredad, es decir, de lo que no es.

Duda de todo lo que no sabes

La búsqueda de la certeza y de las cosas que podamos saber seguro es una antigua preocupación de la filosofía. Pero también lo es perseguir a los demás cuando aseguran saber cosas.

Incluso durante los embriagadores días de Platón y Aristóteles, los griegos eran escépticos, tanto sobre el conocimiento que tenían (¿era realmente bueno?) como sobre la posibilidad de llegar a conocer las cosas. Dos escuelas, los escépticos y los cínicos, se preocuparon por los enigmas y las paradojas insolubles y comenzaron a enseñar que era imposible dar con la verdad. Puedes encontrar más detalles sobre los escépticos en el recuadro de más abajo “El escepticismo y los escépticos”, y sobre las dos escuelas en los capítulos 7 y 10.

Uno de los más cínicos de entre los cínicos fue Diógenes (de Sinope, por aclarar, ya que en aquel momento había tres Diógenes famosos) que trató de escandalizar a los aristócratas griegos viviendo “como un perro”. Eso significaba vestir con harapos y dormir en un barril de vino, y en una célebre ocasión masturbarse en la plaza pública explicando “que la vida sería mucho mejor si fuera tan fácil librarse del hambre frotándose el estómago”. Otras de sus manifestaciones filosóficas consistían en abrazarse a una estatua de bronce en pleno invierno (para enseñarle a su cuerpo a ignorar el frío) o insultar a la gente para fortalecer sus sentimientos. Todo esto llevó a Platón a llamar a Diógenes un “Sócrates enloquecido”, en lo que probablemente implicaba también algo de crítica de Sócrates.



El escepticismo y los escépticos

El escepticismo deriva de la palabra griega skepsis, “una cuidadosa consideración”, pero hoy en día el escepticismo implica no creerse las cosas. La evidencia de los sentidos siempre ha sido parcialmente sospechosa. Los antiguos escépticos griegos como Arcesilao de Pitane y Carnéades de Cirene fue tan lejos como para decir que no se puede justificar la afirmación de nuestro conocimiento de nada en el mundo, sino que sólo pueden hacerse afirmaciones ingenuas y optimistas.

Otro grupo de antiguos, conocidos como los estoicos, insistían en que hay maneras de diferenciar el conocimiento y los datos de los sentidos y de distinguir el sinsentido de la evidencia bien fundada. Pero éste no fue nunca el punto de vista de los auténticos escépticos. Hoy en día el debate sigue abierto, con la posición convencional de que el conocimiento es la “creencia verdadera justificada”. Platón es bastante escéptico y ofrece muchas razones para no creer en las cosas a la vez que rechaza ese punto de vista del conocimiento.

Pero el mayor escéptico de todos los filósofos es, sin duda, René Descartes, que vivió dos mil años más tarde. Descartes dice que para diferenciar el conocimiento real de las habladurías, las ilusiones ópticas y los engaños de otras personas (incluso de genios malignos) tienes que asumir que todo lo que te dicen, todo lo que oyes o lo que ves todo aquello de lo que no puedas estar absolutamente seguro es un engaño. Veremos algunos de sus influyentes experimentos mentales en el capítulo 10.

Pero Descartes admite que sólo estaba jugando a dudar de todo para encontrar la certeza. Fueron los antiguos escépticos griegos quienes se especializaron realmente en la duda, y su conclusión fue que nadie puede estar seguro de nada. Por eso se llaman *escépticos*. Descartes es famoso porque, en un momento en que todo el conocimiento humano parecía haber sido reducido a meras conjeturas

optimistas y convenciones, presentó con un gesto dramático algo que aseguró que era absolutamente fiable y cierto. Algo de lo que realmente podemos estar seguros. Ésta es probablemente la cita más famosa de la filosofía (ve al capítulo 5 para mucho más sobre ella).

Capítulo 3

Convertirse en un pensador filosófico

En este capítulo:

- Algunas técnicas filosóficas.
- Degustación de algunos textos filosóficos clásicos.
- Algunos consejos y trucos para filosofar.

En cuanto a mí, yo sé que no sé nada. Pero otros saben todavía menos.

Sócrates

¿Cuál es la receta secreta de los grandes filósofos? Son un colectivo diverso, y no siguen ningún método o camino en común. Algunos defienden la lógica y la racionalidad, y otros las rechazan como mito e ilusión. Algunos son muy científicos y parten de observaciones del mundo, mientras que otros las dejan deliberadamente de lado y miran hacia adentro en busca de revelaciones. Platón sentía un gran desprecio por los seguidores de “sentido común”, pero Aristóteles consideraba que era el punto de partida esencial. Del siglo XVIII, son dos de los que indudablemente se cuentan entre los más grandes filósofos, uno, David Hume, usaba el sentido común para orientar sus célebres investigaciones, mientras que el otro, Georg Hegel, lo rechazaba sofisticadamente.

En este capítulo observamos algunas de las formas que tienen los filósofos de usar argumentos, de plantear preguntas y de examinar los problemas como parte del desarrollo de sus ideas. En el proceso, vemos las similitudes y diferencias entre los enfoques de Platón y Sócrates, defendemos la importancia de la imaginación, incluso en los pensamientos más abstractos, y por el camino tomamos nota de algunas de las muchas trampas intelectuales.

Mantener una conversación filosófica

Desde que la gente empezó a estudiar cualquier cosa, por no hablar de la filosofía, ha existido una tensión entre dos formas distintas de afrontar la búsqueda del conocimiento. En la Antigua Grecia, estos dos enfoques contrapuestos se resumen en los diferentes estilos de sus dos grandes figuras fundacionales, Platón y Sócrates. Equivocadamente, la mayoría de la gente conoce a Sócrates a través de lo que Platón cuenta de él, como la estrella de sus diálogos. Pero Sócrates tenía sus propios puntos de vista, y hay otras fuentes históricas que describen sus ideas, por ejemplo los escritos de Jenofonte (435-354 a. C.).

Debatir con Sócrates

El estilo de Sócrates fue el de los antiguos sofistas griegos, que eran expertos en las artes de la retórica, la oratoria y el debate. A diferencia de Sócrates, en general los sofistas cobraban por compartir sus conocimientos, y tenían su principal mercado entre los acomodados ciudadanos que esperaban mejorar su actuación (como políticos o abogados) en las asambleas públicas, que eran un elemento central de la vida en la Antigua Grecia. Así, el método de Sócrates es parecido al de un abogado en un tribunal o un político en un debate. Recoge los argumentos de sus oponentes, y se entretiene en ellos, normalmente tratando de demostrar que tienen consecuencias ridículas o que entran en conflicto con algo de lo que han dicho antes. Sócrates utiliza a menudo la analogía de los deportes de combate (como el boxeo) para la práctica de la discusión filosófica; usa un sparring, pero el objetivo no es realmente hacer daño a la otra persona, sino mejorar sus defensas y sus habilidades. Para Sócrates, el mejor resultado posible es cuando el alumno llega a ser más listo que el maestro.

Otro aspecto importante del *método socrático* es que lo que se dice no es tan importante como la forma como se dice. El debate no se refiere a hechos o casos particulares (aunque puedan estar presentes), sino que es libre y es esencialmente imposible de predecir qué temas pueden surgir en él. Los sofistas y Sócrates no consideraban muy útil la escritura ni la lectura, pero valoraban la rapidez y la agilidad en el discurso. Sócrates, por lo que se sabe, nunca escribió nada; de hecho se supone que tenía muy mala opinión de la escritura por considerar que embotaba la mente y la hacía perezosa.

MAZAZO A LA JERGA

Otro nombre para el método socrático es *elenchus*, uno de los palabros a los que se aferran los filósofos latinos; y el otro término que se utiliza para describirlo es el de *razonamiento dialéctico*. Sin embargo, todos ellos describen la técnica que ejemplifica Platón en su descripción de los debates de Sócrates con otros atenienses. Se caracteriza porque ambas partes emprenden una búsqueda conjunta de la verdad, y el procedimiento de la investigación consiste en que una persona presenta una idea y la otra persona la cuestiona sugiriendo que contiene un fallo o problema. Esto obliga a la primera persona a refinar o mejorar su propuesta original.

En la Europa medieval, este tipo de debate era muy popular. El público contemplaba entusiasmado cómo expertos polemistas abordaban cuestiones filosóficas hasta que uno de ellos se contradecía a sí mismo, momento en el que el público consideraba que había perdido.

Un ejemplo de la época medieval, es el de un debate sobre por qué una lanza sigue volando por el aire después de que alguien la haya tirado. El problema parecía ser que, después de haber dejado la mano del lanzador, la lanza siguiese avanzando sin nada que la empujase. Hoy en día nos sentimos cómodos con la idea de la inercia, que es lo que hace que las cosas siga en movimiento a menos que algo las detenga, pero en la época medieval la influencia de Aristóteles hizo de éste un tema controvertido, porque él decía que las cosas dejan de moverse de inmediato al dejar de ejercer presión sobre ellas. Así que, en un debate, un aristotélico trató de sugerir que las lanzas se mueven a través del aire (después de haberlas soltado), porque las moléculas de aire presionan con más fuerza por la cola que por la punta y así crean una especie de empuje. La respuesta fue pedirle al público que imaginase a alguien arrojando una lanza que estuviese afilada por ambos extremos. Entonces el aristotélico se preguntó si esa lanza sería capaz de volar o si caería inmediatamente al suelo, porque es evidente que las moléculas de aire presionarían por ambos extremos por igual. El argumento, como los mejores argumentos, es al mismo tiempo comprensible y convincente. Los debates modernos, por el contrario, son en realidad discursos ensayados previamente, en los que las preguntas son ignoradas dando preferencia a la presentación de pequeños discursos enlatados.

Imaginar con Galileo

Otra forma de utilizar con eficacia las preguntas para defender nuestra propia postura es ofrecer ejemplos imaginarios o experimentos mentales. Unos de los más importantes en la historia intelectual fueron los del astrónomo Galileo. Con ellos, demostró efectivamente, y sólo a través del poder de las palabras y las ideas, el principio fundamental de la relatividad; que todo movimiento es relativo a un fondo estable.

Sócrates y el arte de la conversación filosófica

En este extracto de *La república* de Platón, vemos a Sócrates enzarzado en un debate muy serio sobre la naturaleza de la justicia.

Trasímaco: ¡Mirad! Ésta es la sabiduría de Sócrates: no quiere enseñar nada, y anda de un lado para otro aprendiendo de los demás sin darles siquiera las gracias.

Sócrates: Dices verdad, Trasímaco, en eso de que aprendo de los demás, pero faltas a ella en lo de que no correspondo con mi agradecimiento; pues lo hago con lo que puedo, esto es, con mis alabanzas, ya que dinero no poseo. Y lo hago lleno de buena voluntad cuando alguien habla como debe, según comprobarás al instante, luego que tú respondas, ya que creo que lo harás adecuadamente.

Trasímaco: Escucha, entonces. Para mí lo justo no es otra cosa que lo que conviene al más fuerte. Pero ¿por qué no das tu aprobación a esta respuesta? No querrás, seguramente.

Sócrates: No dudes que la daré si llego a entender lo que dices; pues en este momento todavía no lo sé. Dices que lo justo es lo que conviene al más fuerte. ¿Y qué quieres decir con esto, Trasímaco? No querrás decir, por ejemplo, que si Polidamante, el campeón de lucha, es más fuerte que nosotros y a él le conviene comer carne de vaca para sostener su cuerpo, ese mismo alimento será también conveniente y, a la vez, justo para nosotros, que somos inferiores a él.

Trasímaco: Hablas con desvergüenza, Sócrates, y tomas mis palabras por donde más daño puedes hacerles.

Sócrates: De ningún modo, querido amigo, pero explica con más claridad lo que quieres decir.

Trasímaco: ¿No sabes, acaso, que unas ciudades son gobernadas tiránicamente, otras de manera democrática y otras, en fin, por una aristocracia?

Sócrates: Claro que sí.

Trasímaco: ¿Y no ejerce el gobierno en cada ciudad el que en ella posee la fuerza?

Sócrates: Indudablemente.

Trasímaco: Por tanto, cada gobierno establece las leyes según lo que a él conviene: la democracia de manera democrática; la tiranía, tiránicamente, y así todos los demás. Una vez establecidas estas leyes, declaran que es justo para los gobernados lo que sólo a los que mandan conviene, y al que de esto se aparta le castigan como contraventor de las leyes y de la justicia. Lo que yo digo, mi buen amigo, que es igualmente justo en todas las ciudades, es lo que conviene para el que detenta el poder, o lo que es lo mismo, para el que manda; de modo que para todo hombre que discurre rectamente, lo justo es siempre lo mismo: lo que conviene al más fuerte.

Sócrates: Ahora entiendo lo que dices; si ello es verdad o no, es lo que tendré que examinar.

En este punto, Platón ha presentado un argumento de peso y nos preguntamos cómo se ocupará de él Sócrates. Característicamente, Sócrates hace mucho menos para abordar la cuestión que para demostrar que el punto de vista de su oponente adolece de contradicciones. Por supuesto, ¡esto también hace que su oponente quede en ridículo!

Sócrates: Estoy de acuerdo contigo, por lo pronto, en que lo justo es algo que conviene, mas tú añades y vienes a decir que lo que conviene al más fuerte, cosa que yo desconozco y que, por consiguiente, debe ser examinada.

Trasímaco: Pues examínala.

Sócrates: Eso haré. Pero dime: ¿no afirmas también que es justo obedecer a los que mandan?

Trasímaco: Ciertamente.

Sócrates: ¿Y esos mismos que mandan son incapaces de equivocarse en cada ciudad, o pueden verse Trasímaco en el error?

Trasímaco: Pueden, por completo, caer en él.

Sócrates: Entonces no hay duda que al intentar dictar leyes, unas las harán bien y otras mal.

Trasímaco: Cierto.

Sócrates: Pero, ¿el hacerlas bien es hacerlas que convengan a ellos mismos, y el hacerlas mal que no les convengan? ¿O qué es lo que quieres decir?

Trasímaco: Eso mismo.

Sócrates: ¿Y las leyes que ellos dictan han de cumplirse por los gobernados, y es eso precisamente lo justo?

Trasímaco: Claro que sí.

Sócrates: Así, pues, según lo que tú dices, no sólo es justo el hacer lo que conviene para el más fuerte, sino también lo contrario: lo que no conviene.

Trasímaco: ¿Qué es lo que dices?

Sócrates: Sólo repito lo que has dicho, creo.

Sócrates gana, como es costumbre. Pero fíjate en su método: hace preguntas, con el objetivo de llevar a su adversario a una contradicción.

El objetivo del experimento del barco de Galileo, que figura en sus *Diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo* (del que puede que no hayas oído hablar, pero que en realidad es uno de los libros más importantes de la historia de la ciencia y sigue siendo muy divertido de leer) era explicar por qué, si el mundo es una esfera que gira alrededor de su eje en el espacio, no nos damos cuenta de ello. En 1632, la idea de que vivimos en una roca que gira a toda velocidad alrededor del Sol era bastante

difícil de tragar, y lo que ahora es la experiencia común de un movimiento suave y constante en una dirección (por ejemplo en un tren) era todavía algo muy raro.

El barco de Galileo pone de manifiesto que sólo al salir del marco local, es decir, en este caso, del barco, tienen sentido nuestras afirmaciones sobre qué es lo que se mueve y qué está quieto. Para detectar el movimiento de la nave, por ejemplo, tendríamos que mirar por el ojo de buey cómo se alejan los acantilados, o el Sol. Para ver el movimiento de la Tierra, debemos mirar el cielo nocturno y el movimiento de las estrellas.

Posteriormente, otros físicos han recuperado este experimento de distintos modos parecidos para sacar más ideas útiles acerca de la naturaleza del universo. En 1907, Einstein se dio cuenta que la extensión de los mismos principios a una nave espacial en aceleración constante demostraría la imposibilidad de diferenciar entre el impulso de la aceleración constante y el de la fuerza de la gravedad, y así llegó a la teoría de la relatividad general.

(Salvatius cuenta el experimento en el elegante diálogo de Galileo citado en el próximo cuadro gris “El barco de Galileo demuestra los principios de la relatividad”.)

Paso a paso con Platón

En el siguiente extracto, de uno de los diálogos de Platón llamado el *Menón*, por su personaje principal, Platón hace adoptar a Sócrates un estilo muy diferente con el fin de ilustrar que ciertos conocimientos “se encuentran dentro” de todos nosotros, aunque podamos necesitar ayuda para redescubrirlos o “recordarlos”. Nadie sabe si la versión de Platón de estas conversaciones socráticas es la correcta, o si sólo sirven para ilustrar los puntos de vista del propio Platón, pero no hay duda de que aquí el estilo es más parecido al de un maestro o profesor.

Lo importante es que el aprendizaje se divide en pequeños pasos, cada uno de los cuales debe ser plenamente comprendido y aceptado. Véase más adelante el cuadro gris “Sócrates y Platón ofrecen una demostración geométrica”.

La Academia de Platón

Sócrates era sin duda un gran conversador, pero Platón, en cambio, era a la vez un gran escritor y un agudo profesor, ansioso por exponer sus propias teorías y compartir sus descubrimientos. Él inventó la academia, una especie de universidad situada en un parque a las afueras de las murallas de la ciudad de Atenas, que a menudo se dice que es el arquetipo de todos los campus universitarios modernos. (De aquí es también de donde viene el término “académico”.) En la Academia de Platón, la principal forma de enseñanza era la conferencia, que los estudiantes escuchaban pasivamente. Los libros de Platón pretenden ser una especie de apuntes de clase.

Aunque todos están escritos como diálogos, muchos de los debates son poco más que

monólogos en los que Sócrates (algo que es un poco confuso si tenemos en cuenta que el sistema educativo de Sócrates era bastante distinto al suyo) se presenta como la estrella y ofrece el punto de vista de un experto, mientras que los otros personajes sólo presentan sus puntos de vista distintos para que puedan ser rápidamente descartados.



El barco de Galileo demuestra los principios de la relatividad

Como parte de una especie de conversación socrática, Salvatius le propone a su amigo probar una especie de experimento mental.

Enciérrate con algún amigo en la estancia más grande bajo la cubierta de algún gran barco y encierra allí también mosquitos, moscas y otras pequeñas criaturas aladas. Lleva además una gran pecera llena de agua y pon dentro algunos peces; cuelga también una botella con agua que gotee en otra botella de cuello estrecho colocada debajo.

Con el barco quieto, observa que estos pequeños animales alados vuelan con parecida velocidad hacia todas las partes de la estancia, que los peces nadan indiferentemente hacia todos los lados y que todas las gotas caen en la botella situada debajo. Y lanzando cualquier cosa hacia tu amigo, no necesitarás arrojarla con más fuerza en una dirección que en otra siempre que las circunstancias sean iguales, y saltando con los pies juntos llegarás tan lejos en una dirección como en otra.

Cuando hayas observado estas cosas detenidamente (aunque no hay duda de que mientras el barco permanezca quieto, deben ocurrir de esta manera), haz que el barco se mueva con la velocidad que quieras, siempre que el movimiento sea uniforme y no oscile en una y otra dirección. No serás capaz de distinguir la menor alteración en todos los efectos citados ni podrás colegir por uno de ellos si el barco se mueve o está quieto. Al saltar, llegarás tan lejos como antes en todas direcciones y no darás saltos más largos hacia la popa que hacia la proa aunque el barco se mueva muy rápidamente, a pesar de que mientras estés en el aire el suelo bajo tus pies irá en una dirección opuesta a la de tu salto. Al lanzar algo hacia tu compañero, no necesitarás más fuerza para alcanzarlo en dirección a la proa que en dirección a la popa.

Las gotas caerán como antes en el recipiente de debajo sin que ninguna caiga hacia la popa, aunque mientras las gotas estén en el aire el barco avance un buen trecho. Los peces en el agua nadarán hacia adelante sin mayor esfuerzo que hacia atrás e irán con la misma facilidad hacia un cebo colocado en cualquier lugar alrededor de los bordes de la pecera. Por último, las mariposas y las moscas continuarán sus vuelos indiferentemente hacia cada lado y no sucederá nunca que se concentren en la popa, como si estuviesen cansadas de mantenerse al día con el curso de la nave, de la que han estado separadas durante largos ratos manteniéndose en el aire...

De *Diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo* (1632)

En el diálogo de Platón *La República*, la enseñanza de la filosofía se coloca en la parte superior de la jerarquía de la formación educativa, que se inicia en la juventud con actividades físicas (como el deporte y la formación militar) y que sólo incorpora la filosofía cuando la gente llega a los cincuenta años. Se espera que el profesor de filosofía sea más mayor aún, y de hecho tiene algo del aire de un “barbagrís”, como lo llaman los chinos, o de un viejo sabio y juicioso.

Mientras Sócrates esperaba mejorar la manera de pensar en los problemas de la gente que participaba en la vida pública, Platón tenía como objetivo alejar a los “mejores cerebros” de las preocupaciones prácticas y conducirlos hacia las verdades filosóficas abstractas. En gran parte por la influencia de Platón la educación ha mantenido un prejuicio contra las habilidades prácticas y en favor de la teoría pura. Sócrates ofrece sus conocimientos a todos, pero Platón imagina que la contemplación de “la verdad, la belleza y la bondad” sólo es posible para una élite muy formada.

Mezclar los dos planteamientos

Hoy en día, las universidades tienen elementos tanto de la filosofía educativa de Sócrates como de la de Platón. Hay conferencias, pronunciadas por expertos y complementadas con el aprendizaje de memoria, pero también hay seminarios y oportunidades de discutir e interactuar. Este modelo surgió en la Edad Media, en las universidades medievales, y se ha mantenido desde entonces. Sin embargo, a lo largo de los siglos, se ha ido distanciando de la oralidad y acercándose a la literalidad; dicho de otra manera, se aleja de esas habilidades de hablar y escuchar que tanto apreciaba Sócrates, y se acerca a la producción de material escrito. Hoy en día, se espera que los estudiantes de filosofía obtengan sus ideas más importantes de los libros, y las aprendan resumiéndolas en forma de ensayos. El debate casi no juega ningún papel. Así es como la filosofía se enseña en las universidades. En los colegios es (afortunadamente) un poco más activa.

CONSEJO

Por supuesto, hasta la invención de la imprenta, y de hecho durante mucho tiempo después, los libros se escribían laboriosamente a mano y sólo los podían tener las bibliotecas de los monasterios y los más ricos aristócratas. Así que la filosofía tenía que estudiarse a través de los debates y el diálogo. Pero hay otro cambio a favor de Platón y en contra de Sócrates que es más difícil de explicar por simple evolución tecnológica: el creciente énfasis en la excelencia individual en detrimento de la actividad cooperativa y la búsqueda en común de respuestas.

Algunas de las diferencias más importantes entre los dos principales planteamientos para convertir a la gente común en pensadores filosóficos figuran en la tabla 3-1.

Sócrates y Platón ofrecen una demostración geométrica

Sócrates: Ya te dije, Menón, que eres muy astuto. En el acto mismo en que sostengo que no se aprende nada y que no se hace más que recordar, me preguntas si puedo enseñarte una cosa, para hacer que inmediatamente me ponga así, en contradicción conmigo mismo.

Menón: En verdad, Sócrates, no lo he dicho con esa intención, sino por puro hábito. Sin embargo, si puedes demostrarme que la cosa es tal como dices, demuéstramela.

[convocan a un joven esclavo]

Sócrates: Dime, joven: ¿sabes que esto es un cuadrado?

Esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Y sabes que el cuadrado tiene estas cuatro líneas iguales?

Esclavo: Ciertamente.

Sócrates: ¿Y estás de acuerdo que estas otras líneas que he dibujado por el medio también son iguales?

Esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Y que un cuadrado puede ser de cualquier tamaño?

Esclavo: Sin duda.

Sócrates: Si este lado fuese de dos pies y este otro también de dos pies, ¿cuántos pies tendría el todo? Considéralo antes de esta manera. Si este lado fuese de dos pies, y éste, de un pie sólo, ¿no es cierto que el espacio tendría, una vez, dos pies?

Esclavo: Sí, Sócrates.

Sócrates: Pero, como este otro lado es igualmente de dos pies, ¿no tendrá el espacio dos veces dos?

Esclavo: Sí.

Sócrates: Luego, ¿el espacio tiene dos veces dos pies?

Esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Cuántos son dos veces dos pies? Dímelo, después de haberlos contado.

Esclavo: Cuatro, Sócrates.

Sócrates: ¿No podría formarse un espacio doble que éste, y del todo semejante, teniendo como él todas sus líneas iguales?

Esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Cuántos pies tendría?

Esclavo: Ocho.

Sócrates: Vamos, procura decirme cuál es la longitud de cada línea de este otro cuadrado. Las de éste son de dos pies. ¿De cuánto serán las del cuadro doble?

Esclavo: Es evidente, Sócrates, que serán dobles.

Sócrates: [a un lado] Ya ves, Menón, que yo no le enseño nada de todo esto, y que no hago más que preguntarle. Él imagina ahora saber cuál es la línea con que debe formarse el espacio de ocho pies. ¿No te parece así?

Tabla 3-1: Dos formas distintas de acercarse a la filosofía

	Aprendizaje activo	*La Academia*
Orígenes históricos	Los sofistas griegos ejercitando sus habilidades y manteniendo debates científicos.	La Academia original de Platón en Atenas, con Platón a la cabeza.
Métodos de enseñanza	El aprendizaje activo a través de un debate de final abierto; el método socrático. Los estudiantes y los profesores son iguales, no hay jerarquía. El objetivo es que los estudiantes y los maestros discutan y exploren juntos los temas.	El aprendizaje pasivo. Platón estaba a su vez influenciado por el estilo reservado y monástico de Pitágoras y sus discípulos, que se veían obligados a aprender de memoria verdades matemáticas y filosóficas muy preciadas, en completo silencio. La atención se centra en el progreso individual.
Técnicas	Conversación, discusión y argumentos	La copia, la memorización y el aprendizaje de métodos y hechos.

Echemos un vistazo a la mente de los filósofos

Entonces, ¿qué hay en la mente de un filósofo? ¿Piensan de manera diferente que el resto de nosotros, realmente ven el mundo distinto?

Lo primero que se aprecia en los grandes filósofos es que no son tan distintos del resto de nosotros. Son egoístas, son dogmáticos, son simples ignorantes. Pero, en cierta medida, se trata de personas que han intentado elevarse por encima de esta herencia común de la humanidad y usar en sus vidas algunas poderosas técnicas de pensamiento.

Y aunque los hechos filosóficos (¿quién era Hegesias de Cirene?, ¿cuál es la definición de una idea clara y distinta?) no importen demasiado en ningún lugar a excepción de los departamentos de filosofía, las habilidades filosóficas son harina de otro costal. La tabla 3-2 muestra algunas de estas habilidades de las que los filósofos afirman ser capaces. Aunque podemos dudarlo.

Tabla 3-2: Habilidades filosóficas

Habilidades racionales	*Habilidades sociales*
Análisis y síntesis de conceptos e ideas (descomponerlas en pequeños trozos o juntar fragmentos de ideas para crear ideas nuevas). Identificar las ideas principales y las premisas ocultas. Señalar defectos en el razonamiento o en la lógica de los argumentos. Abstraer la información e identificar la estructura de los argumentos. Inventar y pensar a través de casos complicados y contraejemplos para poner las ideas a prueba.	Escuchar y dar sentido a los distintos puntos de vista (bueno, esto es lo que los filósofos dicen hacer...). Trabajar de forma cooperativa en equipos, pero también ser capaces de trabajar de forma independiente. Reflexionar sobre sus propias ideas e hipótesis. Dar un paso atrás frente a las cuestiones y sugerencias y situarlas en un contexto social y ético más amplio.

Las tres A

Otra forma de pensar en el pensamiento filosófico es como en un conjunto de herramientas. Podríamos resumirlas como las tres A:

- ✔ Análisis. Descomponer los temas complicados y examinar los trozos cuidadosamente para comprender mejor la cuestión o el problema. Cuando funciona, es una gran herramienta, capaz de desatar nudos mentales y separar lo que es importante de lo que no lo es, de temas secundarios y cuestiones irrelevantes.
- ✔ Apreciación. Sobre todo una vez que un asunto ha sido dividido en los trozos que lo constituyen, los filósofos también necesitan establecer la valoración y apreciación de las afirmaciones y elegir entre explicaciones rivales y opuestas. El mundo actual está lleno de tales afirmaciones rivales y de fuentes de información en conflicto. Debemos tener especial cuidado al tratar con ellas.
- ✔ Argumento. Probablemente lo que la mayoría de nosotros asociamos con los filósofos. Conozco muchos ejemplos de grupos de filósofos profesionales que fracasan al tomar decisiones tan simples como adónde ir a tomar una copa, porque no pueden evitar convertirlas en un argumento. Sin embargo, es argumentando como se desarrollan las ideas. Y las discusiones sobre argumentos

filosóficos no deben ser meras peleas, sino más bien ocasiones en las que la gente presenta razones claras para sus creencias y demuestra que las conclusiones se siguen o (lo que es igualmente importante) no se siguen de sus premisas.

Es mucho más fácil enseñar hechos que enseñar a la gente a pensar. No obstante, incluso aunque la filosofía pudiera limitarse a tratar de inculcar en los alumnos un conjunto de hechos históricos o técnicos (tal vez para que puedan aprobar el examen del mes siguiente), hacerlo sería una táctica muy ineficaz y contraproducente. Los filósofos de la educación saben, porque así se lo han demostrado a menudo los estudios de investigación, que, por lo que respecta al aprendizaje, el método de las clases magistrales es extraordinariamente ineficaz. Practicada de manera correcta, la filosofía puede ser un gran antídoto contra las formas habituales de pensamiento y aprendizaje, que casi siempre se trata de escuchar pasivamente la información que se nos proporciona. Piensa en esto: después de las clases, sólo hemos retenido el 5 % de la información que se nos ofrecía. O sea, que si la clase dura una hora, ¡sólo aprovechamos tres minutos!

Peor aún. No es que mucho de lo que se dice nos entre por un oído y nos salga por el otro, sino que ni siquiera llega a entrar. Gran parte de la conversación filosófica es así: las ideas salen de los altavoces bucales y vuelan directamente hacia el cielo filosófico sin ser interceptadas por ninguno de los asistentes.



Cuando el miedo acecha en el aula de filosofía

Wittgenstein, ese célebre icono de la filosofía, una vez le pegó un puñetazo a una estudiante obstinada, haciéndola sangrar por la nariz, por no haber entendido uno de sus argumentos. Éste es un ejemplo extremo, pero ¿cuántas veces he visto usar los términos filosóficos como armas para intimidar o incluso para humillar a los demás? Incluso el miedo, que acechaba en las aulas de una universidad en la que enseñaba, cuando llegaba el momento de la clase de lógica. En la gran sala de conferencias, los estudiantes se agrupaban en las últimas filas por miedo a ser elegidos para responder las preguntas del profesor. Por supuesto, la opción más segura era faltar a clase.

Los auténticos filósofos, como Sócrates, siempre agradecen los puntos de vista diferentes.

Pero ¿qué pasa si el profesor utiliza pequeñas anécdotas, un proyector de transparencias, música, vídeos, invitados famosos, o el libro *Filosofía para Dummies* como ayuda? La evidencia es que los mejores y más diestros oradores, maestros y profesores, pueden aumentar lo que se retiene a cerca del 25 %. Eso significa que tres cuartas partes del tiempo la audiencia no lo sigue o está dormida.

La calidad de las preguntas

Incluso cuando un profesor guía a un estudiante a través de un debate que no tiene mucho que ver con él (como Sócrates conduce a Menón y a su esclavo a través del famoso teorema de Pitágoras), es de gran ayuda hacer el tipo adecuado de

preguntas. No deben ser demasiado simples ni tampoco demasiado complicadas, para que el estudiante pueda participar del sentimiento del descubrimiento.

A veces el mejor tipo de preguntas son las que tienen un final abierto y una cantidad de respuestas lo más amplia posible, y no aquellas en las que el profesor ya sabe la respuesta. Son aquellas en las que el maestro o profesor también debe ser capaz de sorprenderse y acabar el día con un punto de vista distinto al que tenía cuando lo empezó.

Por eso la mejor manera de aproximarse a la filosofía no es la que la toma por un cuerpo de conocimientos, sino la que se centra en las preguntas y el preguntar. Después de todo, éste era el estilo de la filosofía en la China y la Grecia antiguas, y el que se encuentra en el corazón de la mayoría de las grandes obras de la filosofía, de los diálogos de Platón en adelante.

CONSEJO

La realidad es que sólo con la participación activa tenemos alguna posibilidad de alcanzar más del 50 % de retención o comprensión de los debates filosóficos. Por eso aproximarse a la filosofía a través de cuestiones reales, paradojas, dilemas éticos, problemas personales, misterios y problemas del mundo real, es más eficaz que hacerlo a través de una colección de términos técnicos disociados y curiosidades históricas. Aunque, por desgracia, ésta es la forma en que se enseña y se examina, a casi todo el mundo.

Desconcertantes paradojas

A los antiguos griegos les encantaban los enigmas (como el del mentiroso, el que básicamente se pregunta si podemos creer a alguien que nos dice que siempre miente. Y tampoco hay que olvidar los de Zenón que hemos mencionado en el capítulo 2). Los usaban como punto de inicio de los debates sobre las grandes cuestiones y por eso solemos encontrarlos en el centro de las grandes obras de la filosofía. Tanto Platón como Descartes se las tuvieron con esas cosas raras que en un sentido parecen ser siempre iguales pero que, en otro sentido, cambian radicalmente. Como, por ejemplo, la cera, que pierde rápidamente su forma al calentarse, o el agua, que parece algo muy distinto cuando se congela y cuando hierve. Cambian de forma pero nos gusta decir que siguen siendo lo mismo, que siguen siendo cera y agua. Pensar en estos casos extraños alentó a los filósofos a suponer que la mente era más fundamental que la materia física. Y otros filósofos también han utilizado tanto acertijos como rompecabezas para presentar sus posiciones. Los argumentos de Kant, bastante secos y técnicos, tienen en su centro cuatro rompecabezas, o antinomias, y algo parecido se encuentra en el corazón de la filosofía escéptica de David Hume.

Las auténticas paradojas, por su propia naturaleza, son irresolubles, pero los filósofos las valoran de todos modos; en parte como ejercicios, y en parte como estímulo para nuevas ideas. Como dijo Bertrand Russell una vez: “Una teoría lógica puede juzgarse por su capacidad para enfrentarse a los acertijos, y es bueno, al reflexionar sobre la lógica, llenarse la mente con tantos acertijos como sea posible.”

Del mismo modo, en la ética (en el capítulo 13 encontrarás una descripción detallada), y más generalmente en la definición de términos y conceptos, las paradojas pueden ser empleadas para volver a examinar los términos y las definiciones. Tomemos, por ejemplo, el caso del capitán de un

barco con exceso de carga que poco a poco se hunde entre las olas. ¿Es su deber lanzar a uno o dos de los pasajeros por la borda? La paradoja es que si no hace nada, es responsable de que todos los del barco se ahoguen, lo cual es malo; pero si hace algo sigue siendo responsable del asesinato de inocentes, que también es algo bastante malo. En este caso, hay quien podría decir que el interés de la mayoría hace que un mal menor sea aceptable, pero otros podrían argumentar que hay ciertos principios y valores que no podemos saltarnos.

CONSEJO

Hay muchos problemas que pueden aclararse presentando casos muy difíciles, *o casos límite*, como a veces los llaman los filósofos.

Esto, explica Schopenhauer, se debe a nuestra "vanidad innata, que es particularmente sensible con respecto a nuestras capacidades intelectuales". Por supuesto, una manera de escapar de este conflicto de intereses es asegurarnos que nuestras afirmaciones están bien fundamentadas, que son firmes. Pero para esto, como señala Schopenhauer, la gente debería pensar antes de hablar. Y como para mucha gente "la vanidad innata va acompañada de la locuacidad y la ausencia de honradez innatas", tienden a hablar mucho antes de pensar, y aunque poco después comiencen a percibir que lo que acaban de decir está mal, quieren que parezca lo contrario. "Así que, en aras de la vanidad, lo que es verdadero tiene que parecer falso, y lo que es falso tiene que parecer verdadero."

Buscar regularidades en los datos

Una de las ideas más interesantes de la filosofía es que el mundo se nos presenta como un gran torrente de impresiones de los sentidos, sin sentido por ellas mismas, que tenemos que ordenar por medios intelectuales. Hoy en día, los especialistas en neurología (o la ciencia de cómo funciona el cerebro) están de acuerdo: las formas, los colores y los olores están íntimamente relacionados con la forma de trabajar de nuestros cerebros, de modo que cuando algo va mal (por ejemplo cuando un árbol cae sobre la cabeza de alguien), la gente puede empezar a interpretar los datos de maneras muy extrañas. En un famoso caso descrito por Oliver Sacks, un hombre incluso comenzó a tener problemas para diferenciar a su esposa y su sombrero. No, en serio: ¡trató de ponerse a su esposa en la cabeza!

El arte de tener razón

"Si la naturaleza humana no fuese tan deplorable —escribió el filósofo alemán Arthur Schopenhauer en su libro El arte de tener siempre razón— en cada debate no deberíamos tener otro objetivo que el de descubrir la verdad." No deberíamos preocuparnos lo más mínimo de si la verdad favorece nuestra posición o la de nuestro adversario en el debate. Si ganamos o no "deberíamos considerarlo un asunto sin importancia, o en todo caso, de una importancia muy secundaria. Sin embargo, ésta es la principal preocupación".

¿Cómo puede confundirse a una persona con un sombrero? Parece que ambos eran redondos y vestían de negro. Casos como éste ponen de relieve cómo funciona el cerebro, y es un asunto mucho más

filosófico de lo que el sentido común suele admitir.

Hoy en día, no sólo los filósofos sino los biólogos y los físicos suponen que las estructuras conceptuales a las que llamamos “conocimiento” las construimos activamente, al conformar nuestro pensamiento tanto con lo que experimentamos como con lo que creemos experimentar. El mundo que percibimos cada uno de nosotros, para bien o para mal, es único para nosotros; y las implicaciones que esto tiene son muy corrientes: no afectan sólo a la gente que tiene problemas para hacer ciertas cosas, como recordar algunos hechos, reconocer a algunas personas o caminar en línea recta.

Para convertirnos en pensadores filosóficos, lo primero que debemos hacer es tratar de darnos cuenta de que todo lo que sabemos, todo lo que vemos y todo lo que pensamos que pensamos está formado por una serie de procesos mentales automáticos, afectados a su vez por lo que hay ahí fuera. Esta voluntad de dar un paso atrás ante nuestros valores y creencias es el primer paso hacia nuevas ideas y perspectivas.

Parte II

La historia de la filosofía



—NO SALGÁIS, VUELVE A SER DARWIN.

En esta parte...

¡Ah, la historia! Es siempre una buena manera de acercarse a algo que parece complicado. Porque muchas cosas empezaron de forma simple y luego se fueron empantanando cada vez más con detalles, complicaciones y pegotes (llámalos como quieras). Sin embargo, por extraño que parezca, la filosofía no es así. ¡Ha sido complicada y confusa desde el principio! Si puedes entender lo que discutían los antiguos griegos, entonces puedes entender lo que ahora hacen, o tratan de hacer, los más recientes eruditos.

De hecho, la historia de la filosofía es mucho más importante que, por ejemplo, la historia de la química o la historia del cine, o la historia de la historia. La historia de la filosofía es también el tema de más rabiosa actualidad en el estudio de la filosofía. Saber lo que los filósofos solían pensar y decir es saber cuáles son los problemas actuales, y también muchos de los posibles argumentos y estrategias para abordarlos.

Y en esta parte, después del paseo habitual por las antiguas piedras de Grecia, hacemos un viaje especial al Lejano Oriente para ver que un montón de ideas filosóficas en realidad se originaron allí. Después dibujo una especie de mapa filosófico de esas alucinantes piezas de la jerga filosófica; los ismos filosóficos, precisamente para evitar que alucinemos.

Capítulo 4

Un vistazo a las filosofías antiguas

En este capítulo:

- Llegamos a conocer algunos de los grandes nombres de la filosofía.
- Profundizamos en la historia antigua y exploramos los orígenes de las ideas filosóficas clave.
- Lo organizamos todo en una secuencia clara y ordenada.

Cuanto más atrás puedas mirar, más adelante verás.

Winston Churchill

La filosofía es algo peculiar porque no tiene realmente un calendario; parte del encanto de la asignatura es la calidad intemporal de las discusiones. ¿Dónde más podrías estudiar textos antiguos, escritos por hippies y raritos de hace tres mil años, con el mismo respeto (de hecho, con más respeto) que los últimos libros que los mejores profesores universitarios publican como churros? Bueno, supongo que hay otros lugares, quizá hasta religiones enteras.

Pero la filosofía es distinta a la religión, y más cercana a las ciencias, porque, de algún modo, se construye sobre sí misma. Y aunque los debates filosóficos no tengan respuestas obvias sino sólo puntos de vista, siempre es bueno que los filósofos recuerden lo que otros dijeron antes. En este capítulo explico lo que los antiguos pensaban de la vida y el universo porque es un punto de partida crucial para las filosofías posteriores.

Los primeros filósofos griegos sientan las bases

Una de las cosas curiosas de la filosofía es que cuanto más se retrocede en el tiempo, más interesante se pone. Por supuesto, hay dos razones muy poderosas para empezar por los antiguos griegos:

- ✔ Ellos inventaron la palabra "filosofía", aunque no inventasen exactamente la actividad.
- ✔ Casi toda la filosofía posterior remite a sus debates.



La palabra "filosofía" proviene del griego *filia*, "amor", y *sophia*, "sabiduría".

Pero es importante recordar que los griegos no eran los únicos que se planteaban las grandes cuestiones que conforman la filosofía. Por extraño que parezca, en la época en que los griegos comenzaron a filosofar en Europa, los indios y los chinos también hacían lo mismo. (Puedes verificarlo en el capítulo 6.)

Los antiguos griegos, aunque es cierto que eran antiguos, no eran realmente griegos. De hecho, se encontraban esparcidos alrededor del Mediterráneo, desde Turquía hasta el norte de África e Italia. Pero vivieran donde viviesen, los primeros filósofos europeos estaban vinculados entre ellos por la floreciente cultura marítima griega. "Antigua Grecia" es un término que cubre una área mucho más grande que la Grecia actual. Y en sus viajes, los griegos entraron también en contacto con las últimas ideas e invenciones de alrededor del mundo, como la geometría de los egipcios, la astronomía de los persas y la filosofía del Lejano Oriente.

Todos los filósofos que se presentan en los siguientes apartados vivieron antes de Sócrates y por eso se los conoce como los *filósofos presocráticos*. Presentaron teorías que a menudo eran interesantes y (como en el caso de Anaximandro) muy adelantadas a su tiempo, pero la mayoría de sus escritos se han perdido. Sólo quedan algunos fragmentos. Hasta Platón y Aristóteles (más o menos un siglo después) no empezamos a encontrar trabajos y debates filosóficos plenamente documentados.

Tales y su aprendiz Anaximandro

Uno de los primeros filósofos griegos antiguos fue Tales, un político y geómetra del puerto de Mileto, en la actual Turquía. Además de por sus inteligentes ocurrencias para ganar dinero (que hemos mencionado en el capítulo 2), también presentó sus credenciales como amante de la sabiduría al predecir correctamente el eclipse del año 585 a. C. (¡nadie sabe cómo!). Empezando una tendencia que traería cola, unificar las distintas teorías científicas, afirmó que todo el mundo (refiriéndose al universo) estaba hecho de... ¡agua! Puede que no suene como una teoría filosófica muy seria, pero al menos muestra que los filósofos pensaban el mundo antes incluso de que apareciese la ciencia.

Otro de los primeros filósofos importantes fue Anaximandro, una especie de aprendiz de Tales. Se le recuerda por sugerir que los hombres habían evolucionado a partir de los peces, lo que lo sitúa a unos

dos mil años de ventaja respecto a la teoría de la evolución de Darwin, mucho más conocida que la suya.

El enigmático Heráclito

Otro de los primeros filósofos importantes fue Heráclito. Vivió justo después de Anaximandro (alrededor del 540-475 a. C). y era un aristócrata de la costa jónica de Grecia. Por su preferencia por la composición de dichos filosóficos cortos, casi contradictorios, se ganó más tarde el apodo de "el Oscuro". Entre sus muchos aforismos se encuentra uno sobre ríos que desató la mayor polémica conocida hasta entonces: "No puedes bañarte dos veces en el mismo río." Este dicho se presenta a veces, con mayor precisión, como: "Las aguas que corren sobre los que entran en el mismo río serán distintas."

GRAN IDEA

Pero ¿qué tiene esto de importante? Bueno, algunas personas dicen que esto quiere decir que no hay nada en el mundo físico que se mantenga siempre igual, porque, por ejemplo, una flor se marchita y muere pronto, mientras por otro lado aparece, por ejemplo, un volcán. Afirman que esto sugiere que si quieres encontrar el verdadero conocimiento necesitas pasar por alto el mundo que te rodea (percibido por los sentidos). Independientemente de si eso es lo que realmente quería decir Heráclito, su influencia llevó a Platón a rechazar la información obtenida del mundo cotidiano a través de los sentidos, y por lo tanto a formular la teoría de las ideas. (En el capítulo 1 hay más información sobre esa teoría filosófica, de enorme importancia.)

Y como muchas de las ideas, por lo demás bastante oscuras, de los antiguos filósofos, Heráclito reaparece de nuevo dos mil años más tarde, cuando el filósofo alemán Hegel encuentra en el aforismo de Heráclito el núcleo de una nueva "filosofía mundial" (dirígete al capítulo 5 para más información sobre este tema).

Resumen de Pitágoras

Probablemente el presocrático más famoso de todos es un hombre con el que casi seguro te habrás encontrado, ¡quizá sin quererlo!, en la clase de álgebra: Pitágoras.

Además de matemático, Pitágoras fue un filósofo influyente. Nació en la isla de Samos, seguramente alrededor del 570 a. C. (aunque nadie lo sabe con certeza). Era un poco sabelotodo. No sólo hizo importantes contribuciones en la música y la astronomía, la metafísica, la filosofía natural, la política y la teología, sino que también fue la primera persona que trajo los conceptos de reencarnación, cielo e infierno al mundo occidental. Pitágoras creía que estas doctrinas eran una revelación personal que le hacía Dios.

Por desgracia para él, un gobernante local llamado Polícrates decidió que era un tipo subversivo y obligó a Pitágoras y a sus seguidores a abandonar la isla. Así que Pitágoras se fue a Italia, donde estableció una especie de comunidad filosófica basada en el vegetarianismo, la pobreza y la castidad;

así que ni carne, ni dinero, ni sexo.

Cenar con Pitágoras

Uno de los alumnos de Pitágoras dejó constancia de que Pitágoras consideraba la matanza de animales un asesinato y comerlos, un acto de canibalismo. Esto se seguía de la creencia de Pitágoras en la reencarnación. Ciertamente, imploró a los hombres que no comiesen animales. Las comidas de Pitágoras, en cambio, consistían en panales de abeja, mijo o pan de cebada y verduras. Pitágoras incluso pagaba a los pescadores para que devolviesen sus capturas al mar y, al parecer, una vez incluso le pidió a un oso feroz que comiese cebada y bellotas en vez de humanos.

Pitágoras no sólo mostró respeto por los animales, sino también por los árboles, e insistía en que la gente no debería dañarlos a no ser que no hubiese absolutamente ninguna alternativa. Las plantas menores también fueron objeto de sus desvelos: en una ocasión le ordenó a un buey que no pisotease un campo de judías. No sabemos si el buey obedeció. De todos modos, puedes ver por qué en su época Pitágoras podría parecer un poco excéntrico.

El hecho crucial de la vida de Pitágoras fue una invasión de Egipto en el 525 a. C. mientras que él estaba allí de visita, aprendiendo de los sacerdotes, arquitectos y músicos. Lo llevaron a Babilonia (que es una zona de la actual Iraq) como prisionero de guerra, pero no parece que fuese una experiencia muy mala; mientras esperaba a que alguien pagase su rescate, se sumergió en una rica tradición de sabiduría geométrica y matemática.

Lo importante de todas estas matemáticas era el método de deducción. La tradición moderna de la demostración matemática, la base de la ciencia occidental, se remonta en una línea bastante recta (a través de Platón) hasta Pitágoras. Si no hubiera sido por ellos, la filosofía y la búsqueda del conocimiento habrían quedado en manos de los místicos. Pero este nuevo enfoque mostró que hasta el conocimiento muy especializado era accesible a todo el mundo, sólo con que pudieran aprender a pensar de forma sistemática. Y eso es, por supuesto, lo que los filósofos se enorgullecen de hacer.

De antiguos como Pitágoras nos llegaron las creencias filosóficas de que se puede investigar y explicar el mundo a través de la razón humana, y que se pueden deducir las leyes de la naturaleza usando únicamente el pensamiento. Incluso el filósofo y científico Isaac Newton, en el siglo XVII, se refirió a Pitágoras. La filosofía está detrás de la mayor parte de la ciencia moderna, y los físicos modernos todavía discuten sobre la extraña filosofía griega antigua. La idea clave es que la filosofía es una investigación racional (lo que más tarde llegó a llamarse “a priori”).

Pitágoras fue matemático, y esto influyó significativamente en su filosofía. Él creía que las matemáticas ofrecen la visión de una realidad perfecta, un reino de los dioses que nuestro propio mundo refleja imperfectamente. También pensaba que las almas humanas habían quedado atrapadas dentro de cuerpos imperfectos en un mundo imperfecto. Otra creencia fundamental de los pitagóricos

era que los números eran la clave para comprender toda la creación. Lo demostró enseñando que cuerdas de diferentes longitudes producen distintos sonidos y la misma veneración hacia los números aparece muchas veces en las últimas obras de Platón y Aristóteles.

Un plato de Platón (con Sócrates de acompañamiento)

En general, la gente considera a Platón (427-347 a. C.) el más grande de todos los filósofos. Platón nació, estudió, enseñó y murió en Atenas, aunque mientras tanto también viajó un montón. Como parte de sus viajes visitó los centros comerciales griegos de África e Italia, donde conoció las extrañas ideas de los pitagóricos, como que los números eran más reales que los palos y las piedras, y luego, en el año 387 a. C., regresó a Atenas.

Una leyenda cuenta que fue capturado por los piratas para pedir un rescate. Independientemente de si esto es cierto o no, la segunda mitad de su larga vida fue mucho más plácida, cuando Platón estableció su famosa Academia para el estudio de la filosofía en los suburbios al oeste de Atenas. La Academia era un parque al aire libre en el que Platón peroraba sobre sus ideas. La gente de hoy considera la Academia como la primera universidad de todos los tiempos.

Aunque Platón era sobre todo un erudito, y no un político, hizo una excepción a su existencia académica. Durante la década de los años 360 viajó dos veces a Siracusa, la capital de la Sicilia griega, para asesorar al nuevo rey, Dionisio II. Tal vez esto fue un intento de poner en práctica los ideales esbozados en *La República*. Sin embargo, la realidad fue desastrosa. Platón cayó en desgracia ante el monarca, quien prefería sus propias opiniones, y se las arregló a duras penas para escapar de la situación y volver a la relativa tranquilidad de la vida de director de la Academia. Se dice que murió mientras dormía a los ochenta años, después de disfrutar de la fiesta de bodas de uno de sus estudiantes.

La conexión entre Sócrates y Platón

Sócrates aparece en todas las obras pequeñas de Platón; es la estrella. Eso está bien, porque el verdadero Platón aprendió filosofía del verdadero Sócrates. Pero es un poco exagerado pensar que Platón registraba realmente los puntos de vista de Sócrates.

De hecho, nadie sabe demasiado sobre el verdadero Sócrates, y casi todo lo que se sabe de él es lo que Platón "decía" que Sócrates decía.

A Sócrates no le gustaba la escritura (pensaba que era enemiga del pensamiento), así que la única manera de saber algo sobre él es a través de lo que otras personas nos cuentan; y comparando estos relatos vemos que hay importantes desacuerdos. Pero como Platón hizo de Sócrates su portavoz en los diálogos, la mayoría de los que hablan de él están de acuerdo en que Sócrates fue el más influyente de los filósofos. ¡Aunque nadie está muy seguro de lo que dijo (y mucho menos de lo que pensaba)!

Los historiadores consideran que Diógenes Laercio es la fuente más fiable, de hecho la única fuente fiable de los hechos del Sócrates histórico, pero Diógenes vivió unos quinientos años después,

así que, ¿cuán fiables son sus relatos? Además, todos los relatos dicen más acerca de las preferencias del autor que acerca de Sócrates.

Reyes filósofos

La familia de Platón era una distinguida familia ateniense con conexiones políticas, y tenía linaje aristocrático. Su verdadero nombre era Aristocles, pero en el colegio recibió el apodo de "Platón" (o sea, amplio) por sus anchos hombros, y así es como lo ha recordado la historia. Como era costumbre en aquel momento, Platón se formó como soldado al mismo tiempo que lo aprendía todo acerca de la poesía. De hecho, escribió algunos poemas muy buenos, pero es más recordado por haber propuesto la prohibición de la poesía en su gran obra La República.

No hay duda de que Platón tenía ambiciones políticas, y La República no es sólo un texto central en el pensamiento filosófico occidental, sino también un manifiesto político. En él deja claro su desprecio por la democracia, que condena como el gobierno de la imprudencia. Explica, en cambio, que es mucho mejor que gobierne la ciudad una selecta élite de filósofos. Como en aquel momento Atenas era una "democracia" (para los hombres griegos adinerados), las opciones de Platón en su patria estaban limitadas, y en el año 399 a. C. salió de la ciudad y declaró que las cosas nunca irían bien hasta que "los reyes fuesen filósofos o los filósofos fueran reyes". Creo que es justo decir que Platón era un filósofo bastante presuntuoso.

De todos modos, por encima de todos los demás que escribieron sobre Sócrates, la imagen platónica ha creado el Sócrates que los filósofos conocen y adoran. Platón, él mismo un idealista, nos ofrece un ídolo, casi un santo filosófico, el profeta del Dios Sol, que más tarde sería condenado como hereje por sus enseñanzas por el rencoroso Gobierno de Atenas.

La República de Platón y otras obras

Aunque las ideas de muchos filósofos antiguos se han perdido en la historia, todavía existen cinco volúmenes grandes y modernos de la obra de Platón. Muchos estudiosos posteriores las han considerado no sólo como la mayor obra filosófica, sino también como una de las más grandes obras de la literatura.

Las obras de Platón consisten en una serie de pequeños sainetes protagonizados por Sócrates, en los que se registran las conversaciones entre Sócrates y otros personajes, a menudo ingeniosas y siempre sutiles. Platón no aparece nunca en ninguno de los diálogos, y es imposible decir qué opiniones se defienden realmente ni dónde se hace. ¿Los sainetes transmiten las ideas de Platón o las de Sócrates, o las de Pitágoras o...? Hoy en día, el diálogo más famoso de todos los de Platón es *La República*, donde se esboza una teoría del gobierno, y la mayoría de expertos creen que al menos este es el punto de vista del propio Platón. Pero, sea realmente su punto de vista o no, nadie se ha tomado nunca su receta política muy en serio.

De La República de Platón, un poco del debate sobre la justicia

El estilo único de Platón es increíblemente intemporal, y sin tecnicismos. Sin embargo, detrás de la charla pasan un montón de cosas. Quizá demasiadas, me parece. No es extraño que los filósofos profesionales sigan investigando los textos para tratar de explicarlos. En este fragmento, Platón recuerda una supuesta conversación entre Sócrates y un aristócrata griego

llamado Glaucón. El tema es más o menos cómo hacer funcionar la sociedad.

Sócrates: Cuando dos cosas, una mayor y menor, son llamadas por el mismo nombre, ¿son similares o distintas, en la medida en que se llaman igual?

Glaucón: Son iguales.

Sócrates: Entonces, el hombre justo en ese momento, si consideramos sólo la idea de justicia, ¿será semejante al Estado justo?

Glaucón: Lo será.

Sócrates: ¿Y no consideramos el Estado justo cuando las tres clases que lo componen hacen su propio trabajo; y también que es moderado y valiente y sabio en razón de otras afecciones y cualidades de estas mismas clases?

Glaucón: Cierto.

Sócrates: Y así, de la persona; ¿podemos suponer que tiene los mismos tres principios en su propia alma, que se encuentran en el Estado, y que puede ser descrito correctamente en los mismos términos, porque está afectado del mismo modo?

Glaucón: Por supuesto.

Sócrates: Una vez más, entonces, amigo mío, hemos descendido a una pregunta fácil, la de si el alma tiene estos tres principios o no.

Glaucón: ¡Una pregunta muy fácil! Pero Sócrates, el refrán sostiene que lo bueno es difícil.

Sócrates: Muy cierto, y no creo que el método que se emplea sea en absoluto adecuado para la solución exacta de esta cuestión; el verdadero método es otro y más largo. Pero todavía es posible llegar a una solución que no está por debajo del nivel de la investigación anterior.

Glaucón: ¿No podemos estar satisfechos con eso? Dadas las circunstancias, estoy muy contento.

El extracto es de Libro V de *La República*. Muy típico de Platón, la discusión sólo apunta a lo complicado que es todo.

Los escritos de Platón son tan importantes en filosofía que a menudo la gente se refiere no sólo al diálogo en particular sino al libro, la sección, la subsección, el número ¡y la línea! Es interesante, de hecho, lo mucho que se habla de todo esto, teniendo en cuenta que el libro tiene ahora dos mil trrescientos años. El estilo de debate es más bien amistoso, no una gran discusión una o dos excepciones, Platón siempre hace ganar a Sócrates todos los “debates” con demasiada facilidad, y sus oponentes parecen estar de acuerdo con él casi todo el rato. De hecho, los personajes, incluyendo a Sócrates, son sólo portavoces convenientes para ciertos puntos de vista que Platón quería presentar de una manera animada.

Sus diálogos, que aparentemente registran conversaciones históricas entre Sócrates y varios ciudadanos de Atenas, tratan en gran medida de la distinción entre mente y materia, de la que Descartes se hizo eco más tarde (más información en el capítulo 5); de la extraña teoría de las ideas divinas, o “formas”. Esto queda claro por el lugar especial que Platón da a la “forma del bien”, y su muy citada, pero bastante ambigua, metáfora de la caverna (ambas en *La República*), donde explica que los prisioneros encadenados sólo pueden liberarse cuando dejan que la luz que desprende el conocimiento del bien ilumine su miserable existencia terrenal.

Normalmente los diálogos de Platón se dividen en tres períodos principales:

✔ Los filósofos creen que los primeros, los diálogos tempranos, son los que escribió en su juventud, cuando se supone que seguía reflejando la influencia de Sócrates. Creen que éstas son las

descripciones más reales del auténtico punto de vista de Sócrates. El diálogo fundamental de este período es la *Apología*, escrita aparentemente poco después de la ejecución de Sócrates.

- ✔ El segundo período, los diálogos medios, incluyen las obras que los filósofos consideran ahora que son las más importantes, con un Platón en la cima de su esplendor. Éstos son los diálogos de *La República*, *El banquete* y *Fedro*. *La República* no sólo trata del diseño y la organización del Estado ideal, sino también de la naturaleza del conocimiento y las formas; *El banquete* se ocupa de la naturaleza de la belleza, el amor y el sentido de la vida, y *Fedro* se articula en torno a la cuestión de la inmortalidad y del alma.
- ✔ El tercer período se compone de diálogos en los que Platón parece cambiar de rumbo y se entretiene con las críticas a opiniones expresadas en obras anteriores, y deja de lado al pobre viejo Sócrates. Se considera que los últimos diálogos son *Critias*, *Las leyes*, *Filebo*, *El sofista*, *El político* y *Timeo*.

No puedes tomarte a Platón al pie de la letra. Aunque en *La República* hay una condena aparentemente clara de la poesía e incluso del sexo (en el estado ideal los niños se producen de un modo más controlado y lógico), en *El banquete*, Platón da una visión completamente distinta. Aquí, después de describir las fiebres psicológicas que puede provocar la presencia física de un amante (las fiebres que en *La República* condenaba grandilocuentemente describiéndolas como un tirano), Platón hace decir a este Sócrates que sólo el amor evita que las “alas del alma” se hagan áridas y secas, y procede, de manera escandalosa, a presentar a eros (el amor sexual) ¡como un dios!

Lo único que parece claro sobre las opiniones del propio Platón es que él (al igual que otros griegos, especialmente Pitágoras) tenía una jerarquía del conocimiento en la que la ética estaba en primer lugar, la matemática pura en el segundo y el conocimiento práctico, que se obtiene en gran medida mediante la experimentación, en el último.

RECUERDA

La obra de Platón incluía en realidad el pensamiento de varios filósofos de la antigüedad; no se limitaba a presentar las opiniones del verdadero Sócrates. Las obras de Platón incluyen las teorías pitagóricas y agrupan varias líneas del pensamiento antiguo. Pero no olvides que se contradice a sí mismo y que genera nuevas ideas en cada obra, así que no existe una única teoría platónica.

Discutir con Aristóteles

Aristóteles (384-322 a. C.) nació justo a tiempo para conocer a Platón. Trató de organizar todos los temas con gran celo. Aristóteles, al igual que los otros filósofos griegos, no hizo ninguna distinción entre las investigaciones científicas y las filosóficas. Estuvo particularmente interesado en la observación de la naturaleza, y mucho más tarde su biología fue muy admirada, entre otros, por Charles Darwin.

Han sobrevivido cantidades sustanciales de la obra de Aristóteles e históricamente han sido muy influyentes. En realidad escribió incluso más obras de las que ahora existen, entre ellas algunos diálogos aparentemente muy animados al estilo de su ilustre predecesor. Pero ninguno de ellos se conserva, y sólo nos ha llegado una colección de notas y teorías pseudocientíficas. A pesar de esto, fue el pensador más influyente en Europa durante la Edad Media, mucho más que Platón y que cualquiera de los otros griegos. Era tan importante que sólo durante el siglo XIII el Papa en Roma prohibió sus libros ¡al menos cinco veces! Al igual que con los movimientos políticos actuales, que las ideas de Aristóteles fueron tenidas por ofensivas es menos importante que el hecho de que se considerase que merecían ser prohibidas.

Todo tiene un fin

La teoría favorita de Aristóteles es que todo en la naturaleza tiene una función o propósito, y que si descubres cual es, entonces puedes entenderlo todo. Por ejemplo, él dijo que si ves que los brotes de una planta se inclinan hacia la luz, entonces la explicación es que están buscando la luz. Suena bien. Pero ¿qué pasa con la gente? La función de la humanidad es, según él, la razón, porque esto es en lo que la gente es mejor que cualquier otro miembro del reino animal. Como dice él mismo, “el hombre es un animal racional”. Pero este enfoque contrasta con el de los científicos de hoy, que tratan de explicar las cosas en función de mecanismos. Dicen que las plantas se doblan hacia la luz porque las células en el lado soleado se encogen, y eso hace que el tronco se incline y demás.

Aristóteles marca el cenit de la filosofía griega antigua; después de él todo fue un poco cuesta abajo. Había nacido quince años después de la ejecución de Sócrates (399 a. C.) y tuvo la suerte de estar en la Academia de Atenas bajo la dirección de Platón. A pesar de que tenía la esperanza de convertirse en el sucesor de Platón, de hecho fue el sobrino de éste, Espeusipo, quien tomó el relevo.



La dudosa teoría política de Aristóteles

En muchos aspectos, la Política de Aristóteles es un poco rara. Se define al Estado como una colección de un cierto tamaño de ciudadanos que participan en los procesos judiciales y políticos de la ciudad. Pero entre sus ciudadanos no contaba a muchos de los habitantes de la ciudad. No consideraba en esa categoría a los esclavos ni (a diferencia de Platón) a las mujeres, a quienes considera irracionales y a las que comparaba con los animales domésticos. “Algunos hombres —escribió Aristóteles— pertenecen por naturaleza a los demás”, y así los esclavos tienen que ser como bártulos (propiedades, como un libro o un lápiz).

Para Aristóteles, la libertad era fundamental para los ciudadanos, pero es un tipo peculiar de libertad, incluso para esos miembros privilegiados de la sociedad. Pensaba que el Estado debe reservarse el derecho de asegurar el uso eficiente de la propiedad, en su propio interés. También estaba de acuerdo con Platón en que el Estado debe controlar la producción de niños para asegurar que los nuevos ciudadanos tengan la mejor psykhé (Platón lo presenta en términos más generales, diciendo que debe usarse para "mejorar la naturaleza"). Y, también como Platón, Aristóteles quería que todos fuesen educados como determinase el Estado. Dijo: "los asuntos públicos deben ser de gestión pública; y no debemos pensar que cada ciudadano se pertenece a sí mismo, sino que todos ellos pertenecen al Estado". Aristóteles incluso llegó a elaborar una larga lista de formas en las que el Estado debe controlar la vida de los ciudadanos. Para él, el Gobierno debe ser como el padre en un hogar bien regulado: los niños (los ciudadanos) deben tener "afecto natural y disposición a obedecer".

Sin duda, muy indignado después de esto, Aristóteles partió de Grecia y se fue a Turquía, donde durante los siguientes cinco años se concentró en el desarrollo de la filosofía y de la biología. Luego regresó a Macedonia, en el norte de Grecia, para ser tutor de un joven aristócrata, el futuro Alejandro Magno (un prodigioso militar que conquistó gran parte de Europa y de Asia suroccidental). Esta podría haber sido para él una oportunidad para difundir sus ideas políticas, que figuran en un libro llamado *Política*, pero parece ser que a Alejandro no le interesaba demasiado la filosofía.

Nos sumergimos en el mundo islámico

Aunque los historiadores a menudo tratan a Aristóteles como la mano derecha de Platón, durante toda su vida y durante muchos años después, se le consideraba un poco zoquete. De hecho, el escéptico Timón de Fliunte se burló de "la triste cháchara del vano Aristóteles", y otro griego, Teócrito de Quíos, escribió una rima bastante desagradable en la que lo llamaba cabeza hueca. Lo más probable es que estos críticos no estuviesen de acuerdo con las opiniones políticas de Aristóteles y no que viesen las debilidades de sus teorías científicas y lógicas. O a lo mejor simplemente se dieron cuenta de algunos pequeños errores que cometió, como decir que las mujeres tienen menos dientes que los hombres, algo que evidentemente cualquiera puede comprobar con sólo contarlos.

Por fortuna para Aristóteles, sus escritos fueron mejor recibidos y ampliamente estudiados en el mundo islámico, donde los estudiosos lo aclamaron como "el Sabio" o "el Filósofo" (con "F" mayúscula). Los puntos de vista de Aristóteles sobre los orígenes y el funcionamiento del universo encajaban bien con las enseñanzas islámicas, y su consideración de las mujeres como de segunda clase no dañó precisamente su popularidad. Por otro lado, los filósofos islámicos también cogieron y seleccionaron los textos de Aristóteles; los usaron como autoridad cuando convenía a sus propósitos y rechazaron sus teorías como "ciencia extranjera" cuando no lo hacía. Lo único seguro, sin embargo, es que gracias a aquellos eruditos islámicos sus ideas se mantuvieron vivas y pudieron ser redescubiertas por los estudiosos monjes católicos de la Edad Media, cuando fueron muy influyentes. Y de hecho siguen siéndolo.

El camino hacia el reconocimiento

En general, los filósofos dicen que el mayor logro de Aristóteles fueron sus leyes del pensamiento (puedes leerlo en el capítulo 2 para más información), que formaban parte de su intento de dirigir el

lenguaje cotidiano por los caminos de la lógica. Como muchos filósofos contemporáneos, consideraba que la lógica nos proporciona la clave del progreso filosófico. Para Aristóteles, la *lógica* es un conjunto de reglas que explican cómo razonar correctamente y cómo evitar errores. Trata de cómo discutir, no de qué discutir.

Todo esto suena razonable. Su libro, llamado *Analíticos anteriores*, es el primer intento de crear un sistema de lógica formal, y en los *Analíticos posteriores* intenta usarlo para sistematizar el conocimiento científico.

Aunque los nombres de los libros de Aristóteles suenen muy grandilocuentes, en realidad son muy simples. Los *Analíticos* son como una colección de cosas que ha analizado, los *Analíticos anteriores* se llaman así porque hay que leerlos antes que los otros y los *Analíticos posteriores* porque son los que los siguen, como los postres siguen a la comida.

De hecho, aproximadamente una cuarta parte de las escrituras de Aristóteles tratan de crear sistemas y categorías, y sus mayores y más exitosos logros (que se continúan aprovechando hoy en día) son los relacionados con la naturaleza, particularmente con los animales. Menos útil es su catálogo de las diferentes formas que toma el alma en las distintas criaturas. También hay un montón de cosas influyentes sobre la esencia del espacio y el tiempo, pero las dejo para la Parte V. Baste con decir que gracias a Aristóteles durante mil años la gente pensó que la Tierra estaba quieta mientras el Sol, los planetas y todas las estrellas giraban a su alrededor.

Hoy esto parece ridículo. Pero todavía muchas personas se toman los puntos de vista de Aristóteles sobre el bien y el mal muy en serio. Éstos se encuentran en dos libros llamados *Ética a Nicómaco* y *Ética a Eudemo*. La *Ética a Nicómaco* es uno de los libros más influyentes de la filosofía moral, e incluye una lista de las que los griegos consideraban las grandes virtudes. En este sentido, Aristóteles presentó un “hombre de gran alma” que hablaba con voz profunda y calma que sabiamente recuerda a los lectores que “sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todos los otros bienes”. La idea principal es que ser bueno es actuar virtuosamente. Lo trato con más detalle en el capítulo 13.

Encontrar la verdad

Aristóteles dice que el “fin propio de la humanidad” (es decir, la única cosa que todos los hombres deberían perseguir) es la búsqueda de la felicidad. Esto suena muy bien pero, en realidad, él usa la palabra *eudaimonia*.

Eudaimonia es una palabra griega para designar un tipo muy particular de felicidad. Tiene tres aspectos: el de mero placer, el de honor político y el de recompensa por la contemplación. ¿Qué tipo de contemplación? ¿La contemplación del paisaje? ¿De la televisión? No. Sólo, por supuesto, la contemplación de la filosofía.

Muchas de las ideas que se atribuyen a Aristóteles, particularmente la de cumplir con nuestro fin, la de

cultivar las virtudes y la del término medio entre dos extremos, son, en realidad, mucho más antiguas. De hecho, Platón también presenta todas estas ideas. Pero existe una importante diferencia entre Platón y Aristóteles. Es la que se apunta en el famoso cuadro de los grandes filósofos del pintor italiano Rafael. En el cuadro, Platón señala hacia arriba, como para indicar sus formas celestes. Pero Aristóteles gesticula hacia abajo, como si dijera: “No, ¡tenemos que mirar a nuestro alrededor!” Y la mayor influencia de Aristóteles es su idea de que la observación y el análisis de la evidencia física de nuestro alrededor es lo que nos permitirá encontrar la verdad sobre cómo funciona el universo.

Capítulo 5

De la Edad Media a la actualidad

En este capítulo:

- Hacemos pasar a Dios por el aro de la filosofía.
- Hacemos pasar a la filosofía por unos aros muy escépticos.
- Tratamos de transformar a los filósofos en máquinas pensantes.
- Vemos que los filósofos analíticos se pasaron a las matemáticas.

> *El concepto "Dios", inventado como concepto antitético de la vida —en ese concepto concentrado en horrorosa unidad todo lo nocivo, envenenador, difamador, la entera hostilidad a muerte contra la vida.*
>
> Nietzsche

La filosofía antigua es la filosofía pura, en la cual el pensamiento es lo primero, la mirada lo segundo y donde parece que todo vale. Por eso los mil años de apogeo de la Antigua Grecia son, para muchos filósofos, la edad de oro de la filosofía. Pero las edades de oro, como las lunas de miel, llegan a su fin, y este capítulo nos acerca a lo que sucedió después.

Durante mil años después de la caída del Imperio romano, la vida en Europa fue mucho menos ordenada. Las carreteras romanas se desmontaron para construir casas a prueba de bandidos, y en Europa la filosofía se refugió en los monasterios, ya que los monjes eran los únicos que todavía leían libros e intercambiaban teorías. Y, naturalmente, las preocupaciones de los monjes se centraban en Dios. Los pensadores religiosos encarrilaron la filosofía, una situación que empezó a frustrar a los filósofos por el siglo XVII, ya que les parecía que los nuevos inventos y las ideas prácticas (como las que trataban del gobierno) eran más interesantes que nunca. Entre los siglos XVII y XIX, el foco de los debates filosóficos se desplazó hacia abajo, del cielo volvió a la tierra, con pensadores como David Hume, que rechazaban de pleno los antiguos modos de pensar.

Pero aunque la filosofía se separó de nuevo de la orientación religiosa, trató de encontrar otro tipo de certeza, la de las matemáticas y la lógica.

Demostrar la existencia de Dios en la Europa medieval

Si miramos la mayoría de los manuales de historia de la filosofía, parece que después de la edad de oro de los griegos la llama del pensamiento filosófico se extinguió durante mil años, mientras las hordas bárbaras se propagaban por Europa. Pero, evidentemente, esto no fue exactamente así. La filosofía siguió, pero bajo una nueva dirección, la de las órdenes religiosas de la Iglesia cristiana. Y estos nuevos filósofos, a pesar de ser filósofos, tenían unas prioridades un poco distintas. En particular, querían demostrar que Dios realmente existía y querían mostrar cómo ir al cielo.

La tabla 5-1 presenta algunos de argumentos de los filósofos para suponer que realmente tiene que haber algún tipo de Dios allí arriba.

Tabla 5-1: Bueno, ¿existe Dios?

Argumento	*¿Quién lo empezó?*	*¿Qué dice?*
Argumento de la existencia	Agustín	Nosotros no determinamos cómo son las cosas, así que lo hace otro. Y este otro tiene que ser Dios.
Argumento ontológico	Anselmo	El ser perfecto existe siempre. Tiene que existir siempre, para ser perfecto.
Argumento cosmológico	Quizá Aristóteles	Algo fuera del tiempo y del espacio tiene que haber creado el tiempo y el espacio.
El primer motor	Aristóteles y Aquino	Alguien tiene que haber empezado el universo.
Argumento de grado	Quizá Platón; Agustín usa una línea similar	Sólo puedes concebir la bondad porque la bondad suprema existe en algún lugar.
Argumento del diseño	Los antiguos estoicos	El universo es demasiado complicado para haber surgido por casualidad.

San Agustín y el autocontrol

Agustín de Hipona (354-430 d. C.) fue un filósofo muy raro, y muy influyente. Se le recuerda por la muy franca exposición de sus propios hábitos personales, entre los que encontramos un exceso de relaciones sexuales y el robo de unas peras. Pero ¿cuánto sexo es demasiado? Cualquier cantidad es demasiada. Al menos, si como él, quieres acabar siendo santo. Nació en el norte de África, por aquel entonces parte del Imperio romano, y su primer trabajo fue enseñar filosofía en Roma y Milán. Se convirtió al cristianismo (como su madre, santa Mónica), en el año 387. Entonces regresó a África para combatir las otras religiones, consideradas como peligrosas herejías. Por su excelente trabajo fue nombrado obispo de la ciudad de Hipona en 395, y allí murió, mientras la ciudad estaba rodeada por los vándalos (me refiero a la tribu alemana, no a los grafiteros).

El celo de san Agustín en la lucha contra la herejía se explica en parte por el hecho de que, de joven, él mismo se había visto tentado por una secta radical conocida como el maniqueísmo, que ofrecía a sus seguidores cómodas explicaciones de los problemas doctrinales, como que el cuerpo de Jesús era sólo una ilusión, como si Dios se limitase a llevar el cuerpo humano como una manta. Pero lo que más le llamaba la atención era su explicación sobre el problema del mal, algo que a Agustín le preocuparía

durante toda la vida.

Para los creyentes en Dios, el mayor problema con el mundo es que parece estar bastante podrido. Si, como dice la Biblia, Dios es completamente bueno, sabe todo lo que puede saberse y puede hacer todo lo que quiera (si es benevolente, omnisciente y omnipotente), ¿por qué a cualquiera pueden sucederle cosas malas? Por ejemplo, ¿por qué los bebés recién nacidos, que no pueden haber hecho nada para ofender a Dios, enferman y a veces hasta mueren?

Para los cristianos radicales, como los maniqueos, la explicación es que el bien y el mal son dos fuerzas opuestas y las almas humanas son su campo de batalla. En realidad, esto también era un poco el punto de vista de Platón, aunque le añadieron la idea, bastante poética, de que las almas son partículas de luz que han quedado atrapadas en la oscuridad del mundo material. Todo esto le gustaba a Agustín, como explica en su obra más influyente, las *Confesiones* (lee el recuadro "El sexo y la religión no ligan" si quieres saber más sobre este texto).

GRAN IDEA La idea de Agustín de que las cosas malas le suceden a la gente de apariencia normal, porque Dios está enfadado en ellos, ha sido muy influyente. Y también lo ha sido otra parte de su búsqueda de una solución al problema del mal. En el libro VII de las *Confesiones* Agustín dice:

> *"Sabía que tenía voluntad del mismo modo y en el mismo grado en que sabía que estaba vivo. Por lo tanto, cuando quería o no quería algo, estaba completamente seguro de que nadie sino yo quería o no quería".*

La famosa sentencia filosófica de Descartes, "Pienso, luego existo", proviene en realidad de san Agustín. Y no es por ninguna extraña casualidad, sino porque Descartes fue educado por monjes agustinos.

El sexo y la religión no ligan

Las Confesiones de Agustín empiezan explicando cómo descubrió su malvada naturaleza a los dieciséis años. "Este mismo año, decimosexto de mi vida, la falta de recursos familiares me obligó a dejar la escuela y a vivir ocioso en casa de mis padres. Las zarzas de mi lascivia subieron hasta cubrir mi cabeza, sin que nadie me echara una mano para arrancarlas." (Imagínate... Tiene dieciséis años y sus padres están fuera...)

A continuación, introduce con delicadeza el tema de las erecciones no deseadas:

> *"Cierto día advirtió (mi padre) en los baños públicos los signos de una virilidad activa que aparecía en mí, en mi inquieta adolescencia. Esto fue suficiente para complacerse ya en los nietos. Corrió a contárselo a mi madre lleno de alegría, producida por la embriaguez con que este mundo se olvida de vos, su Creador, y le lleva a amar las cosas que vos habéis creado en lugar de amaros a vos. Porque el mundo está borracho del vino invisible de su perversa y terrena afición a las cosas."*

Afortunadamente, su madre, Mónica, católica devota a diferencia del resto de la pecadora familia, no estaba tan contenta.

Mónica (que más tarde se convertiría en santa Mónica)

> *"... se alegró con un santo temblor y temor, pues aunque todavía yo no había sido bautizado, temió que siguiera los torcidos caminos de los que no quieren miraros y os vuelven las espaldas.*

> *"¡Qué presuntuosidad la mía atreverme a decir que vos callabais, Dios mío, mientras yo me alejaba cada vez más de vos!*

Pero ¿es verdad que vos callabais entonces conmigo? ¿Y de quién eran sino vuestras aquellas palabras que cantaban en mis oídos por medio de mi madre, vuestra fiel sierva? Con todo, ninguna de ellas penetró en mi corazón para ponerlas por obra.

"Quería ella —y recuerdo con qué insistencia me lo pedía en secreto— que no fornicara y sobre todo que no cometiera adulterio con la mujer de otro hombre."

¡Ay!, como le han reprochado muchos comentaristas, a los dieciséis años no pudo contener su lujuria y pecó. Pero más tarde Agustín cambió de parecer y decidió que no le gustaba la idea de que Dios no es omnipotente, y desde entonces su afición favorita fue la de tratar de evitar el mal. A partir de entonces, todas las cosas malas que le ocurren a la gente, incluso a los bebés, en realidad sólo son castigos por sus propios pecados, ya sea en la vida actual o en una anterior. El mundo todavía está podrido (lleno de cosas malas), pero ¡así es como lo quiere Dios! No es de extrañar que Agustín diga que Dios sólo quiere a unas pocas personas en la próxima vida, en el cielo.

El principal argumento en favor de la existencia de Dios que ofrece Agustín comienza preguntando si sabemos que existimos, señalando que, para poder argumentar que no existimos, tenemos que existir. Sigue diciendo que si estás de acuerdo con esto, entonces debes ser capaz de razonar, qué es diferenciar un buen argumento de uno malo. Los buenos argumentos y los malos argumentos son distintos. Pero ¿quién los hace ser así? Nosotros no. Igual que 12 y 12 suman 24 independientemente de si sabemos sumar o no, lo que es verdad no lo decide la gente, sino que está determinado por Dios. O al menos eso dice. De este modo Dios se convierte en una especie de árbitro cósmico, juzgando todos los juicios.

A san Agustín también se le tiene en muy alta consideración por otro libro, llamado *La ciudad de Dios*. Ha sido particularmente alabado por los filósofos por suponer que la historia tiene un patrón que tiende hacia esta ciudad; a pesar de que el historicismo (como se le conoce) ha alentado desde entonces a los dictadores y también a pesar del hecho de que en realidad la historia no responda a ningún patrón. También fue muy interesante su discusión sobre el tiempo, donde se llega a la famosa conclusión de que sólo existe el momento presente. Lo preocupante del caso es que el momento presente siempre se está desvaneciendo en el pasado. Que el presente es, literalmente, vano.

¡Maldito bebé codicioso!

En la Edad Media, los expertos como san Agustín consideraban la vida humana esencialmente como un tipo de examen moral bastante desagradable, y que lo desagradable era una parte necesaria para alcanzar la santidad. Agustín creía (de forma bastante negativa para el gusto moderno, como dijo una vez Bertrand Russell) que la humanidad es una masa de corrupción y pecado que avanza, inevitablemente, hacia el infierno. En el libro I de las Confesiones, describe el mal que ya está presente en el bebé recién nacido, antes de mostrar que el adulto no es mejor.

"Yo he visto y conocido a un niño que aún no sabía hablar. Tan celoso y envidioso estaba que miraba a un hermano suyo de leche lívido y con cara amarga. (..). Ciertamente, no se puede llamar inocencia —cuando la leche mana abundante desde su fuente— oponerse al que está desesperadamente necesitado del mismo socorro y cuya vida depende del mismo alimento."

Con una escritura como ésta, no es de extrañar que Agustín fuese el mayor filósofo de Europa durante ocho siglos, hasta que otro santo, Tomás de Aquino, lo bajó del pedestal al reemplazar sus versiones recalentadas de Platón (lo que los filósofos llaman el "neoplatonismo") por las teorías mucho más emocionantes de Aristóteles, cuyos manuscritos se habían redescubierto recientemente.

La existencia de Dios: el argumento ontológico

Fue san Anselmo (1033-1109), sacerdote italiano que acabó siendo arzobispo de Canterbury en el siglo XI, quien presentó el argumento ontológico. El argumento, que Anselmo presentó muy devotamente en forma de plegaria a Dios, comienza con una descripción de Él como "algo de lo cual no puede pensarse nada mayor".

La lógica del argumento es que, como todo el mundo acepta, por definición, Dios es el ser más grande posible, y acepta, en segundo lugar, que Dios existe al menos en la gente que tiene este concepto de él (esto es, Él existe "en el entendimiento"), sólo se necesita un paso más para darnos cuenta de que Dios existe también en la realidad. ¿Cuál es este pequeño paso? Bueno, el tercer paso del argumento, muy ingenioso, dice que "algo que existe en la realidad, y también en la teoría, es mayor que algo que existe sólo en el entendimiento".

En una frase: porque Dios es el más grande, y porque no existir no es tan grande como existir, Dios tiene que existir en la realidad así como en el entendimiento.

Eso es todo. Los monjes consideraban esta demostración de la existencia de Dios como un triunfo. Pero la debilidad del argumento es que Dios existe sólo por definición.

Examinemos las pruebas con santo Tomás de Aquino

Un problema del viejo argumento ontológico (consulta la sección anterior) es que puede ser más perfecto existir como idea abstracta que existir en la sucia realidad. De hecho, parece bastante probable que sea más perfecto existir de este modo.

MÁS DE CERCA

Debido a esta debilidad, y a otras dudas persistentes, Tomás de Aquino (1225-1274) decidió que la gente necesitaba un montón de nuevos motivos para creer en Dios. Así que hizo un resumen de otros varios argumentos filosóficos:



- ✔ Argumento cosmológico: En realidad es más una manera de ver el problema que una solución particular. Como de costumbre, Platón ya había presentado su propia versión en uno de sus pequeños sainetes. Pero santo Tomás de Aquino hizo una limpieza general del argumento. Su versión puede resumirse diciendo que tiene que haber habido un tiempo anterior a la existencia del universo, y que, como las cosas físicas existen, debe de haber habido algo no-físico que las hiciera existir. Este algo tiene que ser no físico, porque estamos hablando de antes de que existiesen las cosas físicas. Hay gente que a esto lo llama una "regresión al infinito".

  Una regresión al infinito es un argumento que da vueltas y más vueltas sobre sí mismo. Y, sí, hacer eso con los argumentos es malo.

- ✔ Primer motor. Esta idea se basa en la premisa de que podemos ver que hay movimiento en el universo y que sabemos que nada se mueve si no hay nada que lo mueva. Este argumento también se parece a una regresión al infinito. Es un argumento muy poco convincente, porque hoy en día todo el mundo acepta que las cosas, de hecho, siguen moviéndose a menos que algo las detenga (la fricción, por ejemplo). La cuestión de por qué se mueven las cosas del universo se resuelve sin necesidad de demostrar la existencia de Dios.

  Tomás de Aquino desarrolló este argumento a partir de la ciencia poco fiable de Aristóteles, que no era un creyente religioso, sino un biólogo con inclinaciones filosóficas. Él creía que, igual que las piedras se quedan quietas en el suelo a menos que alguien les pegue una patada, así debe de pasar con todo lo demás que hay en el universo, que está quieto a menos que algo lo patee.

- ✔ Argumento del grado. Otro de los argumentos de Tomás de Aquino, que el filósofo de la ciencia contemporáneo Richard Dawkins (pero casi nadie más) llama el "argumento del grado", es que los hombres pueden ser tanto buenos como malos, por lo que no puedes encontrar la forma más pura de bondad en ellos. Por lo tanto, debe existir algo más que sea pura bondad, y a esta bondad suprema la gente la llama "Dios".

  Pero, de nuevo, este argumento sólo parece referirse a las ideas e ideales: el ideal de la bondad, pero también la idea de ser una mesa, o ser una silla, o incluso de ser un número como el 2. Dios acaba existiendo en el mundo mental alternativo de la teoría platónica de las formas (lee el capítulo 2), ¡no en el universo!

- ✔ Argumento del diseño. Este argumento dice que el mundo es tan complicado que alguien tiene que haberlo diseñado. No podría haber ocurrido por casualidad, ¿no? Y aquí es donde entra Charles Darwin, con su subversiva explicación de cómo las formas de vida complejas pueden desarrollarse simplemente por ensayo y error. (Hay más información sobre esto en el capítulo 18.)

RECUERDA

Para los teólogos, como santo Tomás de Aquino, el problema era conseguir que el Dios que sólo existe en el mundo mental también existiese en el mundo físico.

Tratar de prescindir de Dios

En algún momento la gente decidió que sería mejor dejar a Dios fuera de la filosofía porque era muy difícil probar su existencia. Hoy en día, este cambio es muy elogiado como la Ilustración, pero el movimiento tenía realmente muy poco de ilustrado. Fue más bien una respuesta práctica a los nuevos e impresionantes inventos de la era de la ciencia; cosas como los primeros relojes mecánicos en los campanarios de las iglesias, los telescopios capaces de mostrar las montañas de la Luna y, por supuesto, las armas de fuego. Todo esto hizo que dedicarse al pensamiento científico y matemático fuese mucho más prestigioso que dedicarse a estudiar de viejos y polvorientos textos religiosos en busca de pistas para fundamentar la realidad.

Varios filósofos, empezando por Descartes, intentaron elaborar argumentos para creer en el universo, que requerían lógicamente que Dios también existiera.

Dudamos con Descartes

Vamos con René Descartes (1596-1650), con quien, según dicen los libros y cursos de filosofía, apareció la auténtica filosofía. "Aquí por fin llegamos a casa", escribió Hegel, el famoso filósofo alemán, un par de siglos más tarde en su pesada *Historia de la filosofía* (el estilo nos recuerda que no sólo era filósofo sino profesor de escuela): "Como un marinero después de un largo viaje en un mar tempestuoso, podemos gritar '¡Tierra!', porque con Descartes, comienza realmente la cultura y el pensamiento de la época moderna."

Así pues, ¿qué es tan importante de Descartes para que tan a menudo ocupe el centro de los cursos de filosofía? Los filósofos lo alaban por dos cosas:

- ✔ El método de la duda.
- ✔ El dualismo.

Método de duda

Descartes dice que para separar el conocimiento real de los rumores poco fiables, las ilusiones ópticas y los engaños (incluso los de genios malignos), debemos sospechar de todo lo que creemos saber, no creer en nada de lo que veamos o escuchemos y que incluso debemos asumir que todo es, o bien un sueño, o bien un engaño perverso.

Las largas mañanas de Descartes

Al igual que Sócrates, Descartes es una leyenda filosófica. Y podemos entender la obra del caballero militar, que escribió *Meditaciones* y *Discurso del Método,* como el producto de un egotista tanto como la obra de un genio. Así fue que a la joven edad de veintitrés años, Descartes predijo con confianza que descubriría una "ciencia completamente nueva", y anunció su intención de revelarla toda en un libro. Pero, siempre preocupado por no hacer el ridículo, no pudo cumplir su compromiso y el libro, después de años de revisiones, se quedó por el camino. La misma suerte esperaba a su siguiente proyecto, *Reglas para la dirección de la mente* y también al siguiente, *Elementos de la metafísica*. Tal vez su incapacidad para terminar un proyecto se debe al hecho de que tenía la costumbre de no salir de la cama antes de las once (decía que pasaba el tiempo

leyendo). Pero lo cierto es que a mediados de su vida Descartes todavía no había publicado nada y se rumoreaba que era muy prometedor, alguien que prometía mucho pero no producía nada.

Pero Descartes todavía no estaba acabado. En una carta a su amigo monje Marín Mersenne, escribió que, si bien por necesidad tuvo que modificar, abandonar y reiniciar las obras anteriores mientras adquiría nuevos conocimientos, ahora tenía una obra que estaba por encima de cualquier modificación posible, “sea cual sea el conocimiento que pueda adquirir en el futuro”. Irónicamente, este libro se tituló *Discurso del método* y se anunció en su momento como una introducción al método de la duda.

Descartes murió pocos años después de la publicación de su obra magna, *Meditaciones*, en Suecia, esa “tierra de osos entre rocas y hielo”, como la describió sin mucho cariño. Se dedicó a sus escritos hasta el final, pero no (como puedan creer los educados en la leyenda de Descartes) a grandes tratados filosóficos, sino a terminar una comedia y un ballet para entretener a la reina de Suecia y a sus cortesanos. De hecho, parece que lo que acabó con él fue tener que levantarse muy pronto cada mañana para darle a la reina su clase de filosofía. Así, al fin, Descartes, demostró una verdad importante: para algunas personas es malo madrugar.

Como he señalado en el capítulo 2, Descartes estaba lejos de ser el primero en preguntarse todo esto. Los antiguos escépticos griegos también se lo habían preguntado, y su conclusión fue que no podemos estar seguros de nada en absoluto. Pero Descartes es famoso porque, en un momento en el que todo el conocimiento humano parecía haber sido reducido a meras convenciones y conjeturas optimistas, presentó algo que decía que era absolutamente verdadero, algo de lo que realmente podemos estar seguros. Ésta es probablemente la cita más famosa de la filosofía: “Pienso, luego existo.” Nadie, dice, puede dudar de que esto sea cierto.

El Cogito

A los filósofos les gusta el “pienso, luego existo” de Descartes. Lo curioso es que esto no es exactamente lo que dijo Descartes. Para quienes quieran impresionar a alguien, la frase original del texto en latín de 1641 es: “*Ego sum, ego existo, quoties a me profertur, vel mente concipitur, necessario esse verum*”. Pero, como era francés, también escribió una versión en su lengua madre y allí su famosa frase fue: “Je pense, donc je suis” (que también vale si quieres impresionar a algún francés). De entrada, ésta se parece más a la versión en castellano. Si esto te parece confuso es porque lo es, y, de hecho, desde entonces ha sido muy mal entendido en la filosofía.

Dualismo

La segunda cosa por la que se recuerda a Descartes es el dualismo: separó el pensamiento de las experiencias.

El *dualismo* es la jerga filosófica que presenta el mundo como compuesto de dos cosas: la mente y la materia. Descartes pensaba que todo el mundo tenía mente y cuerpo, pero que, en cambio, los animales sólo tenían cuerpo; incluso diseccionó a algunos para probar su teoría. Efectivamente, no encontró ninguna mente en su interior. A la Iglesia le gustaba su enfoque porque encajaba bien con la idea de las almas. Descartes incluso encontró una pequeña glándula (la glándula pineal, aunque no vale la pena que lo recuerdes) en los humanos que no parecía servir para nada, así que sugirió que allí era

donde residía el alma humana, dirigiendo el cuerpo.

Ésta es una pésima filosofía, y una ciencia tampoco muy buena. La glándula pineal sólo es una glándula. Pero incluso si esto fuera cierto, todavía habría un gran problema con la teoría. Si las mentes y las almas no tienen ninguna parte física, ¿cómo pueden tener efectos físicos? ¿Cómo puede mi alma pura (sea lo que sea) decirle a mi brazo, de carne y hueso, que pase la página?

En busca de Spinoza

Spinoza era un pulidor de lentes holandés, no exactamente un fabricante de lentes como lo presentan algunos libros, que rechazó una cátedra de filosofía en la prestigiosa Universidad de Heidelberg para continuar puliendo lentes.

Spinoza creía que Descartes (del que hemos hablado en el apartado anterior) se equivocó al dividir el mundo en dos tipos de cosas y, en lugar de juntarlas de nuevo, dijo que todo está hecho fundamentalmente de la misma cosa. Afirmó que la mente y el cuerpo son sólo dos aspectos de otra cosa que tiene muchos aspectos, incluyendo el de ser Dios.

El núcleo de las ideas de Spinoza procede de la tradición filosófica oriental, especialmente del taoísmo (lo trato en el capítulo 6). Los filósofos de hoy admiran mucho los escritos de Spinoza, que supuestamente son una serie de pruebas al estilo euclidiano o matemático (y era el filósofo favorito de Einstein), aunque su influencia no ha tenido el mismo alcance.

Spinoza no estaba de acuerdo con otras ideas clave cartesianas (es decir, que tienen que ver con Descartes). No creía ni en la mente ni en el alma, y de hecho ni siquiera creía en la materia bruta. Decidió que la impresión que tenemos de que elegimos hacer cosas es una ilusión; dicho de otra manera, Spinoza no creía en el libre albedrío. En su *Tratado teológico-político* (1670) examina subversivamente la Biblia, a la que trata como un texto que los estudiosos deberían analizar en vez de pensar en ella como revelación divina. Creía que los estudiosos deberían examinar y analizar la Biblia sin asumir necesariamente que es la verdad.

En 1656, cuando Spinoza tenía apenas veinticuatro años, los ancianos de la sinagoga ya habían tenido suficiente. Lo expulsaron de la comunidad judía. El decreto oficial habla de “opiniones y actos diabólicos”, “herejías abominables” y “actos monstruosos”. ¡Suena muy emocionante! Pero, por desgracia, el decreto no registra hechos concretos, así que desde entonces los filósofos han tenido que contentarse con especular al respecto.

Lo que cuenta Locke

El británico John Locke (1632-1704) nació en un pueblo tranquilo de Somerset en el período bastante menos tranquilo de la guerra civil entre el Parlamento y los Realistas.

Como un joven y brillante sabueso, cambiaba constantemente de intereses, y su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, publicado en 1689, demuestra un interés por las nuevas máquinas y otros inventos científicos de la época al detallar cómo la mente incorpora “ideas simples o complejas” a

través de los sentidos para construir el conocimiento. Él creía que el mundo complejo se construye a partir de pequeñas impresiones simples de los sentidos. Los bebés, jugando con formas y colores, toman conciencia del espacio y del tiempo, del problema del mal, la relación de causalidad... ¡de todo en general!

Locke limita la libertad

En *Dos tratados sobre el gobierno civil* John Locke dice que "inicialmente, la tierra y todas las criaturas inferiores" pertenecían a todos en común, con una excepción importante. Las personas son propietarias exclusivas de una cosa, son propietarias de sí mismas. En el "estado original" (que es como él piensa que vivía la gente antes de que hubiera gobiernos) nadie tenía ningún derecho al cuerpo de nadie. Y añade: "Es sólo esta propiedad la que da libertad a las personas."

Pero, más importante, Locke agrega un nuevo requisito para poder ser libres. La libertad de una persona a seguir su propia voluntad está ahora "fundada en el hecho de tener razón, con la que es capaz de instruirse en esa ley con la que se gobernará a sí mismo". Este requisito adicional permitió a Locke justificar la propiedad de esclavos, e invertir él mismo en una compañía de comercio de los mismos.

Esto fue radical, porque Platón había dicho que las personas nacen con una gran cantidad de conocimientos innatos, preparadas para hacer cosas complejas como las matemáticas y, de hecho, hasta para hablar, como ha argumentado el pseudofilósofo estadounidense contemporáneo Noam Chomsky.

GRAN IDEA

Sin embargo, la teoría de Locke que con el tiempo ha sido más importante es su teoría política, que figura en *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1690). Como la de Platón, esta teoría se inicia con una búsqueda de autoridad moral. Y al igual que Platón, Locke dice que la conciencia humana sólo debe tener en cuenta a Dios para juzgar todas las cosas; así sitúa el juicio individual muy por encima del de la Iglesia y el del Estado, y limita el papel de este último a la protección de la propiedad. "Siendo todos iguales e independientes, nadie debe dañar a otro en su vida, su salud, su libertad o sus posesiones", proclama Locke. ¿Te suena? Debería, es la base del sistema político de Estados Unidos.

John Locke se ajustó tan bien a los tiempos (aunque Bertrand Russell lo describió como el "apóstol de la Revolución de 1688") que los políticos y pensadores contemporáneos adoptaron activamente su filosofía. El filósofo francés del siglo XVIII Voltaire usó en sus escritos las ideas de Locke para inspirar los principios de la Revolución francesa. Los estadounidenses se sintieron alentados por el pensamiento de Locke para declarar que ellos también tenían "derechos fundamentales" (o al menos, que algunos estadounidenses los tenían).

En sus escritos, Locke crea una imagen del mundo en el que la máxima autoridad es la racionalidad, no Dios, y todavía menos la fuerza bruta, como pretendía el filósofo inglés Thomas Hobbes. Locke sostiene que las personas tienen ciertos derechos fundamentales, y también intenta devolver a la otra mitad de la raza humana, la femenina, a su propio lugar, igual que el del hombre, en la historia, la

familia y el gobierno.

La gran tripleta inglesa

Locke, Berkeley y Hume son los tres británicos que tuvieron mayor influencia en la filosofía británica. ¡Los filósofos los adoran! Pero también formaron una buena tripleta teorética. Locke dijo que el conocimiento viene de las cosas que hay ahí fuera a través de los sentidos; Berkeley dijo que todo procede de ideas de la mente, porque todo lo que realmente sabemos es lo que pensamos que sentimos; y Hume dijo que, de hecho, no sabemos nada en absoluto.

Es una pena que su trabajo diario para el Gobierno fuese la organización del comercio de esclavos. ¡No hay derechos para los esclavos!

Verlo con Berkeley

George Berkeley fue un obispo irlandés que vivió en el siglo XVIII.

Tenía una visión muy extraña del mundo. Creía que los objetos materiales, como las piedras o incluso los perros de compañía, sólo existen como complejos de ideas al ser percibidas. A la objeción de que si esto realmente fuera el caso, un árbol en un bosque, por ejemplo, dejaría de existir cuando no hubiera nadie alrededor, él respondió que Dios siempre lo percibe todo. En su opinión, éste era un argumento de peso.

MAZAZO A LA JERGA Los filósofos suelen expresar esta teoría, como el breve "*Cogito ergo sum*" de Descartes, en latín: "*Esse est percipi*". (Será mejor que lo apuntes, porque de lo contrario podría dejar de existir.)

La conclusión del obispo Berkeley es que tenía motivos excelentes, perfectamente lógicos, para mantener la opinión de que sólo existen las mentes y los eventos mentales. Esto no era todavía suficiente para muchos de sus feligreses, que tenían ropa que lavar y alimentos que cocinar, pero fue lo suficientemente bueno para que Hegel y otros filósofos posteriores lo adoptasen en su propia filosofía. (La sección "Marchando con Hegel al compás de la razón dialéctica", trata de esto más adelante en este capítulo.)

Despertamos con Hume

El escocés David Hume (1711-1776) y el obispo Berkeley no se hubiesen llevado muy bien, a pesar de que Hume nació en una familia presbiteriana muy devota. A partir de los diecisiete años empezó a trabajar en un gran proyecto filosófico que desafiaría las viejas ideas, tanto de la ciencia como de la religión, y "despertaría al mundo de su sueño dogmático", como diría más tarde con gran acierto el famoso filósofo alemán Immanuel Kant. (Hay más información sobre él en la próxima sección "Despertando a Kant de su sueño dogmático".)

La mente por encima de la materia

Berkeley escribió sus principales obras siendo un veinteañero: *Una nueva teoría de la visión* en 1709, *Los principios del conocimiento humano* un año más tarde y los *Diálogos entre Hylas y Philonus* en 1713. Es en este último libro donde mejor presenta su argumento de que las mentes son reales y la materia es imaginaria. Hylas (todos los nombres tienen un significado especial) defiende el sentido científico común, y Philonus defiende el punto de vista del propio Berkeley. Después de algunos comentarios amables, a la manera de Sócrates y Platón, Hylas dice que ha oído que su amigo cree que no hay tal cosa como la materia. ¡Puede haber algo más fantástico, más repugnante al sentido común o un pedazo de escepticismo más manifiesto que esto!, exclama.

Philonus trata de explicar que los datos sensoriales son, de hecho, mentales, como lo demuestra la experiencia diaria del agua tibia. Pon una mano fría en el agua y parece caliente, pon una mano caliente y parece fría. Hylas acepta este punto, pero se aferra a la realidad de otros casos cotidianos de la experiencia sensorial. Philonus dice luego que los gustos son o bien agradables o bien desagradables, y por lo tanto mentales, y que lo mismo puede decirse de los olores.

Hylas se atrinchera en este punto, y dice que los sonidos no viajan a través del vacío. De esto concluye que deben ser “movimientos de moléculas de aire” y no algún tipo de cachivaches mentales, como su amigo está tratando de hacerle creer. Philonus responde que si éste es realmente el sonido real no se parece en nada a lo que él conoce como sonido, con lo cual el sonido, después de todo, puede resultar ser también el fenómeno mental. Hylas sigue el mismo argumento en una discusión sobre los colores, cuando se da cuenta de que ellos también desaparecen en determinadas condiciones, como cuando ves una nube dorada al atardecer, pero de cerca es sólo una niebla gris.

Incluso algo como el tamaño varía en función de la posición del observador. Aquí Hylas, el hombre de paja de Berkeley, trata de defender amablemente el sentido común al decir que hay que distinguir entre el objeto y la percepción, y aceptar que tal vez el acto de percibir se da todo en la mente, pero que aun así todavía existe un objeto material por ahí fuera. Philonus salta rápidamente, respondiendo: “Todo lo que se percibe de inmediato es una idea; y ¿puede una idea existir fuera de la mente?” En otras palabras, para que algo sea percibido, en algún lugar debe haber una mente que lo perciba.

A los veintitrés años Hume dejó su Escocia natal por La Fleche, un pequeño pueblo de Francia, que alberga el colegio de los jesuitas al que había asistido Descartes un siglo antes, y puso en papel la mayor parte de su *Tratado sobre la naturaleza humana*. Algunos filósofos comienzan jóvenes.

En su introducción al *Tratado*, David Hume aconseja al lector desconfiar de los filósofos que “insinúan una alabanza a sus propios sistemas y critican todos los que se han propuesto antes”. Entonces denuncia los débiles cimientos de todos los demás sistemas filosóficos, repletos de “incoherencias” que son “una desgracia para la filosofía misma”, y propone en su lugar su propio sistema completo de las ciencias.

Hume es un pensador profundamente moderno. Basa sus argumentos exclusivamente en el razonamiento abstracto o experimental:

> *“Si tomamos en nuestras manos cualquier volumen de metafísica o teología, por ejemplo, déjanos preguntar: ‘¿Contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad o el número?’ No. ‘¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de cuestiones de hecho y existencia?’ No. Lánzalo entonces a las llamas, porque no puede contener nada más que sofismas e ilusiones.”*

La religión no tiene ningún lugar ni ningún papel en su filosofía. El conocimiento, la ética y Dios están obligados a volver a la Tierra para el escrutinio de Hume.

Hume ve a la gente esencialmente como animales, con la capacidad adicional de un lenguaje sofisticado. La razón es meramente un producto del uso del lenguaje, y los animales también pueden

razonar, aunque de formas más sencillas. Ofrece explicaciones sobre las ideas y las emociones como si las personas fuesen esencialmente máquinas, movidas por el placer y el dolor, o bien, como había dicho antes el subversivo filósofo británico Thomas Hobbes, por los “apetitos y aversiones”. La observación de Hume de que “ser no implica deber” también hace hincapié en que, tarde o temprano, la gente se apoya en sus sentimientos para cualquier elección.

Ni causas, ni efectos

Hume rechazó la noción de causa y efecto, algo bastante drástico, diciendo por ejemplo que cuando ves un hecho al que constantemente le sigue otro infieres que el primer hecho causa el segundo. Sin embargo, “no podemos penetrar en la razón de la conjunción”. Por ejemplo, si comes manzanas, esperas que tengan cierto sabor. Si muerdes una y sabe, digamos, a plátano, te parecerá muy raro. Pero Hume dice que la suposición de que las manzanas deben saber a manzana es un pensamiento perezoso. Es, de hecho, otro aspecto del problema de la inducción. “La suposición de que el futuro se parece al pasado no se funda en argumentos de ningún tipo, sino que se deriva totalmente de la costumbre.”

GRAN IDEA

Más adelante, Hume aceptó la etiqueta de escéptico, y así es realmente como lo vieron sus contemporáneos. La primera víctima de su planteamiento era la conciencia, o el yo, ese sentimiento que tenemos de existir. Hume dice que no podemos estar seguros de que existimos. Esto es porque la conciencia es siempre conciencia de algo, de una impresión de algún tipo (de ser caliente, frío o lo que sea), así que tú (y yo) no eres en realidad más que un conjunto de estos sentimientos o percepciones. Nadie puede percibir el yo, como tal, y aún menos en los demás. Hume fue entonces un paso más allá que el obispo Berkeley, que había demostrado que no existía la materia, demostrando que tampoco existía la mente.

Teniendo en cuenta toda esta incertidumbre, parece que tengamos que llegar a la conclusión de que todo conocimiento es imperfecto y que no tenemos ninguna razón para creer en nada que esté más allá de nuestras impresiones sensoriales y de las ideas simples en nuestra memoria, derivada de estas impresiones. Hume lo ve, pero, a la manera del filósofo caballeroso que era, sugiere que “el descuido y la falta de atención” ofrecen un remedio. Debemos omitir las debilidades de nuestros argumentos y seguir usando la razón cuando nos sea conveniente. Así, la filosofía sigue siendo sólo una forma agradable de pasar el tiempo, no una razón para cambiar nuestras opiniones.

Hume podría haber encontrado una carrera agradable en la filosofía de no haber sido por la controversia suscitada por su crítica de la religión. Pero su gran amigo Adam Smith (en aquel tiempo un filósofo mucho más famoso que él) respondió a una solicitud de referencias para la candidatura de Hume al puesto de profesor de ética y filosofía neumática (no me preguntes por qué era neumática) en Edimburgo, ¡declarándose en contra del nombramiento de su amigo! Éste es el precio que hay que pagar por decir que la filosofía no son más que tonterías.

David Hume nos lleva a una especie de parada teórica, conduce a la filosofía al pantano. Pero esto no enojó a los filósofos. De hecho, sólo provocó a que redoblaran sus esfuerzos; particularmente el de pensar y actuar como máquinas.

Pensar como máquinas

Durante el siglo XVIII, una serie de pensadores abordó el problema de desarrollar una forma mecanizada de pensamiento, formalizando el razonamiento humano en una serie de cálculos lógicos. Entre estos filósofos, interesados también en las matemáticas y las primeras máquinas de calcular, se incluían Leibniz, Pascal, Hegel y Kant.

Leer a Leibniz

Gottfried Leibniz (1646-1716) nació en Berlín y pronto se convirtió en uno de los grandes intelectuales del siglo XVII y en un lógico famoso. Cuando era apenas un niño pequeño, aprendió latín por su cuenta gracias a un libro ilustrado, y con sólo quince años ideó el que sería el primero de muchos sistemas: "Sobre el arte de la combinación", un sistema por el cual se reducen todos los razonamientos a una complicada red de números, sonidos y colores. Éste fue el comienzo de su búsqueda de un "lenguaje universal", para el que más tarde trató de construir lo que habría sido el primer ordenador.

De hecho, Leibniz, igual que muchos filósofos antes y después de él, estaba realmente enamorado de los números. El tema se puso serio cuando, mientras esperaba para empezar la universidad, descubrió la filosofía matemática de los pitagóricos y en particular su idea de que los números son la realidad última. ¡Qué gran idea, pensó! Pitágoras le reveló el universo como un todo armonioso, basado en simples relaciones matemáticas, como las de los intervalos fundamentales en la música (la armonía de las esferas). La filosofía de Leibniz refleja ambas perspectivas.

MALA IDEA

Debido a que la estructura fundamental de la realidad parecía ser matemática, el lógico Leibniz pensó que era posible y deseable construir un lenguaje artificial para investigar cuestiones filosóficas complicadas. El primer paso era hacer el mundo en sí mismo más racional sugiriendo una manera de reorganizar el universo (o, mejor dicho, de pensar en él) en hechos simples, eternos y fundamentales, o átomos lógicos, para usar el término que más tarde acuñó Bertrand Russell. Estos átomos lógicos se convirtieron para Leibniz en los últimos bloques de construcción de la realidad, y les dio un nombre especial: las *mónadas*. El conocimiento del universo era para él esencialmente una cuestión de analizar estos bloques de construcción de la realidad.

Debido a este tipo de creencia en el poder de la mente humana para resolver las grandes cuestiones simplemente con el poder de la razón, Leibniz es recordado hoy en día como un filósofo racionalista clave, junto con Descartes y Spinoza. (Para más información sobre estos dos, consulta la sección "Tratar de prescindir de Dios", un poco antes en este mismo capítulo.)

Como individuo, sin embargo, Leibniz vivió una existencia de soltero relativamente modesta; trabajaba como secretario personal del arzobispo de Maguncia y más tarde en la corte del elector de Hannover. Sin embargo, era un gran escalador social, "un hombre elegante con una peluca empolvada", como lo describió un contemporáneo suyo, y usó sus posiciones como base para intercambiar constante correspondencia con la mayoría de los otros grandes pensadores europeos del momento, así como con muchos hombres de la alta sociedad. "Me encanta Leibniz —dijo uno de ellos, el escritor y filósofo

francés Voltaire—. Es sin duda un gran genio, aunque es también un poco charlatán... además, sus ideas son siempre un poco confusas." Pero no todo el mundo lo adoraba; es célebre su pelea con el científico más famoso de la época, el inglés Isaac Newton, sobre cuál de los dos había sido el inventor del cálculo.

El único libro que Leibniz publicó en toda su vida, *Teodicea* (1710), no tenía nada que ver con las matemáticas, sino que se ocupaba del problema del mal. Ésta es la obra que presenta su opinión, parodiada por Voltaire en su novela *Cándido*, de que todo lo que sucede en este mundo sucede para bien, porque vivimos en "el mejor de los mundos posibles". Pero, ¿cómo puede ser así cuando en el mundo hay tanto dolor y sufrimiento? En el ensayo *Los principios de la naturaleza y la gracia, basadas en la razón*, Leibniz explica esta aparente contradicción:

> *"De la perfección suprema de Dios se desprende que eligió el mejor plan posible para crear el universo, un plan en el que se encuentra la mayor variedad junto con el mayor orden... El plan más cuidadosamente trabado de la tierra, el espacio y el tiempo, el mayor efecto producido por los medios más simples; la mayor energía, conocimiento, felicidad y bondad en las cosas creadas que el universo podría permitir."*

Desde una perspectiva divina, las cosas que parecen podridas no son malas en absoluto, ya que son necesarias para crear más felicidad en otra parte. El mundo actual es el mejor mundo posible. Su argumento, por supuesto, tiene implicaciones políticas, y Leibniz se consideraba tanto un aristócrata como un snob.

Pero ¿qué hay de su máquina de pensar? En realidad, Leibniz era un experto inventor. Ideó un aparato para calcular la posición de un barco sin necesidad de utilizar una brújula u observar las estrellas. Diseñó un barómetro aneroide e inventó diversas mejoras para el diseño de lentes, por no hablar de un motor de aire comprimido para propulsar vehículos y proyectiles, o de los planos para un barco que podría sumergirse para no ser visto por el enemigo. A su manera, Leibniz era un poco Leonardo da Vinci, no sólo interesado en las artes y las ciencias, sino lo suficientemente práctico como para querer poner en juego sus ideas.

Pascal aplica un poco de matemáticas

Blaise Pascal (1623-1662) nació en Clermont-Ferrand, en Francia, y pronto se convirtió en un célebre filósofo, y sus Pensées ("pensamientos") fueron recopilados y publicados poco después de su muerte. A pesar de ser matemático, o quizá precisamente por serlo, sus ensayos filosóficos son un modelo de elegancia y precisión. (En una ocasión le escribió a un amigo en tono de disculpa para explicar que su carta era tan larga "porque no tenía tiempo de escribir una corta".)

El tema central de sus escritos es la naturaleza miserable y pecadora de la vida humana. Aunque así es como veía su propia vida, hizo importantes contribuciones a la geometría, a la teoría de números y la probabilidad, y elaboró un tipo de ordenador embrionario.

Otra forma en la que aplicó las matemáticas a las cuestiones filosóficas de la vida humana tenía que ver con la antigua cuestión de si Dios existe o no. Hay quien presenta la "apuesta de Pascal" como un argumento en favor de la existencia de Dios, pero no es eso, sino meramente un argumento para creer en Dios; o, dicho de otro modo, un aviso a las personas egoístas sobre el mejor modo de proteger sus intereses. ¡Vigilad, porque a lo mejor Dios no quiere a gente como vosotros en el cielo!

Pascal creía que los fundamentos de conocimiento se basaban en la fe en lugar de en la razón. Esto convierte todo el conocimiento en incierto, y el ejemplo obvio es el conocimiento de Dios. Su apuesta se debe a que, aunque no podemos estar seguros de que Dios existe realmente, debemos asumir que sí que existe porque en este caso las consecuencias del error son inexistentes, pero si asumimos que Dios no existe y nos equivocamos... ¡la consecuencia es la condena eterna!

De entre todos sus inventos tal vez el ordenador fue su logro más característico (y más impresionante). En 1673, Leibniz presentó su "máquina de calcular" a la Royal Society de Londres, que inmediatamente lo eligió como miembro, lo cual provocó el enfado de Newton. En sus propios escritos en 1685, Leibniz relata del siguiente modo su momento de inspiración para este invento:

> *"Cuando, hace varios años, vi por primera vez un instrumento que, cuando lo lleva encima, registra automáticamente el número de pasos que hace un peatón, de golpe se me ocurrió que la aritmética entera podría someterse a un tipo similar de máquina, de modo que no sólo fuese posible contar, sino también sumar y restar, multiplicar y dividir, mediante una máquina convenientemente dispuesta, fácil, rápida y con resultados seguros."*

Sin embargo, como en su disputa con Newton sobre cuál de ellos había inventado el cálculo, Leibniz tampoco fue el primero en idear el ordenador. El filósofo-matemático francés Pascal había fabricado una máquina de calcular una generación antes para ayudar a su padre, un inspector de Hacienda, a hacer sus tediosas sumas. Aunque la máquina de Pascal podía sumar números de cinco cifras, no podía hacer ningún otro cálculo. Era muy cara de fabricar y se atascaba fácilmente. Probablemente, nunca se fabricaron sino algo más de una docena. (El recuadro superior de "Pascal aplica un poco de matemáticas" contiene más información sobre Pascal.)

Leibniz y el primer lenguaje de ordenador

Como parte de su búsqueda original de un lenguaje universal que sirviera para ordenar el pensamiento, Leibniz se dio cuenta de que las lenguas están mal estructuradas, son ilógicas y, por lo tanto, muy poco adecuadas para una reflexión profunda. Por esta razón, se dedicó a la creación de un nuevo lenguaje lógico (basado en latín); una empresa digna del propio Aristóteles. De hecho, a veces se llama a Leibniz "el Aristóteles de la Edad Moderna".

Y ¿cómo funcionaba? Él hubiera preferido que una frase como "Leibniz inventó el cálculo", por ejemplo, se expresase como "Leibniz es el inventor del cálculo". De hecho, Leibniz había decidido que había que desechar todos los verbos a excepción de uno: ser. Y algo todavía más importante (al menos para Leibniz), deberíamos reescribir expresiones como "Todos los A son B", como, por ejemplo, "Todos los Leibnizes son grandes inventores" como (A no es B) no es posible, o, por ejemplo:

"(Leibniz NO es un gran inventor) ES (no posible)".

Los expertos dicen que todo esto es precursor del sistema finalmente producido por George Boole (1815-1864), que es central para la informática actual. Boole manipula las afirmaciones a las que se da valor de verdad, pero Leibniz trata de ir un paso más allá y transformar los conceptos en números, que es mejor para manipularlos de manera mecánica. Curiosamente, como los lógicos posteriores, consideró que todos los conceptos se componen de otros más simples que ya no es posible descomponer más, algo parecido a como los números se componen de factores, a excepción de los propios números primos (8 es también 2 × 4, pero, por ejemplo, el pobre 13 está condenado a ser sólo 13 durante toda la eternidad).

El padre de Leibniz no era un recaudador de impuestos como el de Pascal, sino un filósofo moral, y la máquina de Leibniz fue muy oportunamente diseñada para automatizar la solución de los problemas

morales. Utiliza:

> *"... un método general en el que todas las verdades de la razón se reducirían a una especie de cálculo. Al mismo tiempo, éste sería una especie de lenguaje universal, pero infinitamente diferente de todos los imaginados anteriormente, ya que sus símbolos y palabras dirigirían la razón, y los errores (salvo los errores de hecho) serían simples errores de cálculo."*

Leibniz vivió antes de la electricidad, y mucho antes de la electrónica. Así que, inevitablemente, su máquina resultó ser un sueño vano. Pero podría haber tenido más éxito si hubiera seguido estudiando el sistema binario, y de hecho habría sido uno de los primeros matemáticos en hacerlo. Estaba fascinado por la forma en que se puede expresar el conjunto de la aritmética con sólo dos números (o símbolos), el 1 y el 0, y consideró que, del mismo modo, todo el universo se había generado a partir del ser puro y la nada. "Dios es el ser puro: la materia es un compuesto de ser y nada", escribió.

Marchando con Hegel al compás de la razón dialéctica

Aunque aparentemente el comunismo y el fascismo son muy distintos, de hecho ambos deben sus orígenes a Georg Hegel (1770-1831), maestro de escuela y ex profesor de filosofía. Las ideas de Hegel no sólo provocaron que Marx saliese cada día de la British Library en busca de las huellas de la dialéctica materialista, sino que también inspiraron a Nietzsche, Gentile y muchos otros con su discurso sobre una nueva era a la que se llegaría a través de la guerra y la destrucción. Según Hegel, y por lo tanto según los marxistas y los fascistas, la nueva era inevitable no era nada más que la meta de la historia.

MAZAZO A LA JERGA

El *materialismo dialéctico* es la versión marxista de la *razón dialéctica* de Hegel. Suena complicado pero no lo es. La idea en ambos casos es que dos fuerzas opuestas (las ideas o argumentos para Hegel, las clases sociales e incluso las naciones para Marx) entran en conflicto, y en el proceso se destruyen entre sí dando lugar a una nueva idea o una nueva etapa.

MÁS DE CERCA

Hegel considera a los seres humanos como engranajes de una máquina cósmica impersonal e irresistible, que tritura las sociedades para producir... la pura racionalidad. Los seres humanos no son capaces de ser completamente racionales, porque son meras criaturas de carne y hueso, pero los gobiernos o los Estados sí que pueden serlo. En *Filosofía del Derecho*, Hegel explica, de un modo excelente y magistral, que los individuos deben entender que el Estado no existe para ellos, sino que son ellos los que existen para el Estado. Escribe: "En el escenario de la historia universal, donde podemos observarlo y comprenderlo, el espíritu se manifiesta en su realidad más concreta." Y, por una afortunada casualidad, la realidad concreta era también el jefe de Hegel, ¡el rey de Prusia! Hegel termina con esta gran promesa:

> *"El espíritu alemán es el espíritu del Nuevo Mundo. Su objetivo es la realización de la verdad*

absoluta como la ilimitada autodeterminación de la Libertad."

Hegel advierte en contra de permitir cualquier restricción a este naciente espíritu alemán, como las de las organizaciones internacionales con la tarea de prevenir conflictos, y explica (de nuevo en *Filosofía del Derecho*) que la guerra es crucial:

"Así como el soplo de los vientos preserva el mar de la inmundicia que resultaría de una calma prolongada, así también la corrupción en las naciones sería el producto de la paz prolongada, y más aún de la paz perpetua."

MÁS DE CERCA

A los expertos les gusta decir que el pensamiento de Hegel representa la cumbre del idealismo filosófico alemán del siglo XIX. Después de él comenzó el declive. Primero llegó el materialismo histórico del joven hegeliano Karl Marx. Es decir, la opinión de que la historia es la historia de personas que luchan entre sí por la comida, la tierra y el dinero. Luego vino la nueva filosofía del fascismo en Italia, España, Austria y Alemania. El fascismo se basa en la idea de que la gente lucha por ideales abstractos, como la nación y la grandeza.

En 1831 el cólera era endémico en Berlín (Schopenhauer, colega y enemigo intelectual de Hegel, a pesar de ser un célebre pesimista, o precisamente por serlo, abandonó rápidamente la ciudad en busca de los climas más saludables de Italia), pero Hegel se quedó, quizá por patriotismo, contrajo la enfermedad y murió.

Despertando a Kant de su sueño dogmático

Immanuel Kant (1724-1804), o el chino de Königsburg, como lo apodó Nietzsche más tarde, dedicó toda su carrera a elaborar normas y a ejercer como profesor universitario (fue uno de los primeros grandes filósofos que cobró por filosofar). Aristóteles ya había escrito las leyes del pensamiento, pero Kant añadió unas cuantas más (están en el capítulo 13). Estas reglas, rígidas e inflexibles pero que supuestamente también son la manifestación de la razón misma, son las que hacen que el pensamiento de Kant sea tan característico. Quizá una de las más conocidas es la que él llama el imperativo categórico. Dice así:

"Obra sólo de forma que puedas desear que la máxima de tu acción se convierta en ley universal."

Esto es un poco como el viejo lema cristiano de "haz a los demás sólo lo que te gustaría que te hicieran a ti", que cubre el Nuevo Testamento como el moho cubre el queso azul. Y cuando la versión de Kant aparece en la *Metafísica de las costumbres* (1785) se ofrece para decidir todas las cuestiones morales. Pero curiosamente, la regla parece derrumbarse ante las pruebas más sencillas. Por ejemplo, permite cosas que sin duda deben ser prohibidas, pero prohíbe cosas que no parecen tener mucha importancia.

Por ejemplo, una ley que dijese que cualquier persona que derrame una taza de té sobre un libro *Para Dummies* debe ser apaleada y hay que cortarle la lengua sería una ley aprobada por la regla porque es universalizable (es decir, porque es lógicamente posible aplicar esta regla en todos los casos), pero el endeudamiento está prohibido porque si todo el mundo tomase prestado esto provocaría el colapso de los bancos. Kant debería condenar, por ejemplo, a las organizaciones benéficas que conceden microcréditos a los agricultores del Tercer Mundo para comprar semillas y palas.

Kant afirmaba que debemos seguir los principios morales sin condiciones y sin tener en cuenta las consecuencias. Eso es lo que hace que su imperativo sea tan categórico. Dice, por ejemplo, que hay que decir siempre la verdad, incluso a un loco que persigue a tu abuela para matarla; si el tipo te pregunta hacia dónde escapó tu abuela, ¡tienes que decirle la verdad! (Kant dice que si luego el loco la mata es su responsabilidad, pero que mentir sería la tuya.) Por otro lado, alguien que nunca hace nada para provocar daño a los demás no es una buena persona si sus acciones se deben sólo a que tiene miedo ir a la cárcel. En cierto modo, esto es ética antigua y, a la vez, un esfuerzo moderno por construir un código (o incluso una máquina) moral para lidiar con esas complicadas preguntas sobre lo correcto y lo incorrecto. (Valoro el éxito del imperativo con más detalle en el capítulo 13.)

A pesar de sus intereses científicos, Kant critica el conocimiento obtenido por los sentidos y sugiere que es mejor obtenerlo por “deducción trascendental”. Por desgracia, nadie ha sido nunca capaz de averiguar de qué va la cosa. Pero, ciertamente, la mente es mejor que la materia, que en cualquier caso sólo toma la forma que toma porque tú estás mirándola. Aunque ésta es una historia filosófica muy vieja, Kant tuvo la audacia de describir su idea, en el prólogo a la segunda edición de *Crítica de la razón pura*, como “una revolución copernicana” en la filosofía. Y por si no quedaba claro, añadió: “Me atrevo a afirmar que no queda ni un solo problema metafísico sin resolver o sin que por lo menos ya se haya proporcionado la llave para su solución.”

Kant hizo un intento valiente e importante para mostrar las respectivas contribuciones de las dos facultades humanas, la percepción de los sentidos y la razón, en la formación del conocimiento humano. Pensó, igual que Locke, que todo conocimiento del mundo se deriva de las impresiones sensoriales (a las que sin embargo llama de un modo algo confuso “intuiciones”) y no puede ir más allá de éstas. Pero insistió en que tales impresiones, para aportar conocimiento sobre los objetos estables, deben estar organizadas en conformidad con los conceptos proporcionados por el entendimiento. La deducción trascendental era parte de un proyecto para identificar qué conceptos particulares eran necesarios para organizar nuestras impresiones en el conocimiento de objetos.

GRAN IDEA

Una gran parte de *Crítica de la razón pura* está dedicada a exponer los errores que se derivan de no entender la verdadera naturaleza del espacio y el tiempo. Es un poco como Zenón con sus paradojas, y de hecho la parte más interesante de las setecientas páginas del libro es la corta sección dedicada a “las antinomias”, que trata de demostrar cuatro ejemplos de razonamiento paradójico:

- ✔ El mundo debe haber tenido un comienzo tanto en el tiempo como en el espacio, y no puede haber sido creado.

> ✔ Todo debe estar compuesto de partes más simples, y no existe nada simple en el mundo.
>
> ✔ La causa y el efecto son totalmente mecánicos, y no lo son.
>
> ✔ Dios existe necesariamente, y Dios no existe necesariamente.

A pesar de lo mucho que Kant tomó prestado de los debates de Zenón y los antiguos, no hay duda de que causó una fuerte impresión en Georg Hegel, quien construyó toda su filosofía usando el mismo estilo de una tesis seguida por la antítesis. (Para más información sobre Hegel, puedes leer “Marchando junto con Hegel al compás de la razón dialéctica”, un poco antes en este mismo capítulo.) Hegel, sin embargo, resuelve los enigmas añadiendo una supuesta síntesis (una respuesta obtenida por la combinación de los dos puntos de vista opuestos), mientras que Kant, al igual que Zenón, se contentó simplemente con desacreditar ciertas formas de pensar. Así que tal vez la influencia más importante de Kant no fue una de sus reglas, sino uno de sus métodos, una especie de sistema propio de razonamiento automático.

Kant va todavía más allá en *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1793), donde echa por tierra rotundamente todas las teorías populares sobre la existencia de Dios. A causa del revuelo que provocó, Federico Guillermo II, entonces gobernante de Prusia, le prohibió que volviese a hacerlo.

Las matemáticas sustituyen a la filosofía

El sueño de los filósofos de crear un lenguaje lógico para convertir la resolución de los problemas de la filosofía en una cuestión de cálculo y evitar los debates sin fin dio un enorme paso adelante (o eso creían) en 1890, cuando el filósofo británico Bertrand Russell conoció al famoso lógico italiano Giuseppe Peano en una conferencia de filosofía en París.

Peano inspiró al joven Russell para tratar de dar a las matemáticas un fundamento lógico. Igual que el de Gottlob Frege, su contemporáneo alemán, el objetivo de Russell era demostrar que las matemáticas se podían reducir a la lógica, y que esto no dependía de nada más que de la razón pura. Al principio las cosas fueron muy bien. De 1907 a 1910, Russell trabajó en su estudio en Cambridge de diez a doce horas al día, escribiendo teoremas lógicos bajo la supervisión benevolente de Alfred North Whitehead, de quien la historia recuerda que cada tarde ofrecía unos tes legendarios. Con el tiempo, se convertirían en el magistral (léase muy técnico y complicado) *Principia Mathematica* (me refiero a las notas de Russell, no al té de Whitehead).

Las matemáticas del conteo de perros

El libro *Principia Mathematica* es muy largo y aburrido y hoy en día poca gente lo lee. Pero todos los principios se pueden resumir en una sola frase: la lógica es más importante que las matemáticas, las cuales, en realidad, se reducen a sólo unos pocos principios lógicos.

Russell revela, por ejemplo, que los números, tan queridos por los matemáticos, son simples adjetivos. Tres perros, por ejemplo, es sólo otra manera de referirse a algunos perros que tienen la cualidad de ser trinos. ¿Ves ese grupo de perros de allí? Pertenece a la clase trinidad, junto con el número de hojas que tiene el trébol, el número de oportunidades que tendrás para pegarle a la bola cuando juegues a béisbol, a las tres primeras esposas de Russell... a cualquier otro grupo de cosas que tengan esta efímera calidad. Pero ¿qué pasa con un grupo de seis perros? ¿Pertenece también al grupo de las tres cosas? Porque contiene *dos* conjuntos de *tres* perros.

Pero esto ya se está complicando. Ya se parece a ese tipo de cuestiones que tenemos que dejar en manos de expertos. Entonces, ¿por qué se considera que el enfoque de Russell es una mejora? Porque, para muchos filósofos modernos, lo es. Creen que el lenguaje ordinario se expresa mucho mejor formalmente, usando la lógica. (Para más información sobre esto, mira en el capítulo 11.) Debes liberar las frases de sus "supersticiones caníbales" para revelar su esencia lógica (para usar la frase, políticamente incorrecta, que usa Russell en su libro *Mente y materia*).

Russell cree que la gente debería dejar de usar palabras que anteceden a los nombres, como *algo*, *no*, *un* y *cada*; o cuantificadores, como los llama él. Esto se debe a que en realidad, como los unicornios y el rey de Francia, no representan nada. Sócrates es Sócrates, y la palabra "filósofo" hace referencia a ciertos atributos académicos de una persona, pero en la frase "Sócrates es un filósofo", ¿qué quiere decir "un"? Una cantidad, claro, pero esto complica las cosas. Porque decir que un unicornio tiene un cuerno en realidad no quiere decir que exista ningún unicornio ni que éste tenga un solo cuerno.

Tenemos que aclarar incluso frases tan simples como “La nieve es agua congelada”, porque ¿qué tipo de verbo es el verbo “es”?

(Ya lo hemos usado dos veces seguidas.) ¿Es este “es” un “es” como en algo que existe? ¿O “es” este “es” como un “es” (y ya van tres) entre iguales? ¿O “es” el “es” como en la descripción de un propiedad de la nieve? ¿Qué “es” es éste?

Otro problema desagradable fue el de los negativos. Decir que “Sócrates es un hombre” es complicado, pero decir que “Sócrates no es una mujer” lo es mucho, mucho más. Russell quería prohibir también estas afirmaciones negativas. Quería hacer simples todas las declaraciones, relacionándolas directamente con verdades lógicas o empíricas. ¿Y cómo haces una referencia directa a algo que no existe? Es evidente que los negativos no pueden hacerlo. O quizá debería decir, es evidente que sólo lo podrán hacer los positivos.

De todos modos, éste es el tipo de preguntas filosóficas que discutían en el siglo XX los filósofos analíticos como Russell. Él decidió que todo lo que dices debe consistir sólo en afirmaciones (quizá combinadas) sobre las cosas de las que tienes conocimiento directo inmediato: de las que conoces, básicamente, por la percepción de los sentidos.

Porque incluso después de todo este endurecimiento de las reglas del pensamiento y el lenguaje, Russell se encontró con un problema, un amargo problema que resultó ser demasiado grande. De hecho, y en justa correspondencia, este problema llegaría a convertirse en su monumento filosófico, conocido para siempre más como “la paradoja de Russell”. Se expresa en lenguaje matemático como el problema del conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos, y el problema es simplemente el de si es un miembro de sí mismo o no. Pero lo entenderemos mejor fijándonos en el caso del peluquero de la región del Hindu Kush.

Érase una vez, en la lejana región del Hindu Kush, un peluquero que supuestamente cortaba el pelo a todos los del pueblo que no se lo cortaban solos. Para el peluquero, el abanico de posibles clientes era bastante simple porque, o bien la gente suele cortarse sola el pelo (y no irá a que se lo corte el peluquero) o no suele hacerlo (e irá a que se lo corte). Pero ¿qué pasa con su propio pelo? Si el peluquero no suele cortárselo él mismo, entonces podrá cortárselo. Pero si eso es así, entonces estaría cortando el pelo de una persona que suele cortárselo a sí misma. Así que el peluquero no puede cortarse el pelo a sí mismo. Pero si no se corta el pelo, entonces está claro que forma parte de la categoría de gente a quien le puede cortar el pelo.

Y así va dando vueltas y más vueltas hasta acabar en un gran fiasco inútil y autorreferencial. Así que Russell decidió salvar su excelente teoría prohibiendo todas las afirmaciones autorreferenciales (no sólo las de los peluqueros). Ésta es su *teoría de los tipos*. Naturalmente, Russell esperaba que esta gran obra recibiese una aclamación popular igualmente grande. Pero la cosa no fue así.

Al menos por esto no lo mandaron a la cárcel, como sí que le ocurrió más tarde, dos veces; porque el aristócrata conde Russell también era algo así como un inadaptado social y un político radical. Tal vez ésta era la consecuencia inevitable de aplicar la lógica a la vida cotidiana.

La filosofía analítica

Bertrand Russell escribió durante la primera parte del siglo XX, en una época en la que algunos de los filósofos más eminentes, como Ludwig Wittgenstein (que durante algún tiempo fue estudiante suyo), Gottlob Frege y G. E. Moore, también reaccionaron en contra de las especulaciones metafísicas y las grandes teorías del siglo anterior. Todos creían que había que promover la ruptura o el análisis de las afirmaciones con un método filosófico más riguroso. Todos los filósofos analíticos estaban demasiado ocupados destrozando las matemáticas y la lógica como para cambiar de rumbo, pero compartían un enfoque similar al de Leibniz, al buscar un modo de calcular las respuestas a los problemas filosóficos, y al de los filósofos antiguos por sus intentos de aplicar las técnicas que tan bien funcionaban en la geometría para resolver problemas matemáticos, a los problemas y debates filosóficos.

Al final de la segunda guerra mundial, la filosofía había cambiado un poco y Wittgenstein parodió graciosamente su propia concepción de la naturaleza del lenguaje al considerarla demasiado simplista. Gilbert Ryle discrepaba con la idea de que las así llamadas "proposiciones atómicas" sencillas (como "la nieve es blanca" o "la filosofía es complicada") que los filósofos buscaban en el lenguaje pudiesen reflejar hechos cuando la realidad no está compuesta por este tipo de cosas. Según algunos filósofos, como el estadounidense Willard Quine, el intento estaba condenado desde el principio porque el lenguaje no tiene una estructura que lo defina.

Pero, condenada o no, la filosofía siempre ha tratado de analizar las afirmaciones y, a menudo, el método que ha adoptado ha sido el de dividirlas en varias afirmaciones más pequeñas y simples. En *La República*, Platón se propone analizar el significado de la justicia entendida como armonía en un Estado ideal; Locke, Berkeley y Hume tratan de analizar el significado de los objetos físicos entendidos como ideas en la mente. Como Fred Holman dijo recientemente en su artículo "Análisis", en *Fundamentos de filosofía y ética*, "... en realidad la filosofía analítica era más un nuevo nombre que una nueva idea, y una nueva forma de presentar debates muy antiguos".

Dejando a un lado el nombre del movimiento en sí, a los practicantes de la filosofía analítica les gustaba coger términos de la química, como "atómico" o "molecular", y sugerir una analogía con los laboratorios de ciencia, en los que los químicos analizan o descomponen sustancias normales y corrientes en sus componentes básicos: átomos y moléculas.

MÁS DE CERCA

Lo que Russell y los suyos creían estar haciendo era reemplazar las demandas descriptivas del lenguaje corriente (vagas, torpes, imprecisas e insuficientemente exigentes) con las *proposiciones atómicas*, lógicamente equivalentes pero mucho más básicas. Éstas son afirmaciones de hechos muy precisas, que no pueden expresarse con más simplicidad. Irónicamente, su rechazo a las grandes afirmaciones de los filósofos del pasado ocultaba una nueva afirmación, igualmente grande: que la realidad misma consistía de entidades simples y básicas con atributos simples o en relaciones simples. Su proyecto sólo tenía sentido porque pensaban que sus proposiciones atómicas captaban mejor esta realidad y ayudaban a la gente a comprenderla, pero las ambigüedades y contradicciones del lenguaje

escondían esta realidad a la gente y convertían todas las pretensiones de conocimiento en dudosas.

A medida que avanzaba el siglo XX, un propósito nuevo y distinto se apoderó de quienes se dedicaban a la filosofía analítica. Adoptaron lo que a su manera era también un gran posicionamiento metafísico, lo que los llevó a afirmar que sólo las afirmaciones empíricas (basadas en mediciones físicas y cosas por el estilo), particularmente las afirmaciones científicas, y las afirmaciones tautológicas (los axiomas), eran significativas. Todas las demás afirmaciones, incluyendo las afirmaciones éticas, teológicas y estéticas, carecen de valor de verdad. Son, literalmente, “sinsentidos”. ¡Meros gruñidos!

Eso iba a ser el fin de la filosofía, aunque ahora los filósofos profesionales se dedicasen a ayudar a la gente a expresarse correctamente. El problema era que en ese momento, para todos los demás, parecía que los filósofos habían dejado de hablar de las cosas que preocupaban a la gente. Y, en cuanto a la lógica, en la segunda mitad del siglo XX aparecieron ordenadores capaces de hacer las manipulaciones proposicionales que querían los nuevos filósofos, ¡en milisegundos! Al menos a Leibniz le hubiese encantado.

Capítulo 6

Un vistazo a la filosofía oriental

En este capítulo:

- Vamos a China y encontramos a Confucio preocupado por cómo dirigir la sociedad.
- Exploramos la fascinación de Lao-Tse por la noción de cambio.
- Hablamos con Buda sobre el problema del sufrimiento humano.
- Reflexionamos sobre las posibilidades desconcertantes y alarmantes de la reencarnación.

Podemos alcanzar la sabiduría por tres métodos: primero, por la reflexión, que es la más noble; en segundo lugar, por imitación, que es la más fácil; y en tercer lugar, por la experiencia, que es la más amarga.

Confucio

Casi todas las introducciones a la filosofía (al menos las escritas en inglés) son en realidad introducciones a la filosofía occidental. Hace un siglo, gente como Bertrand Russell solía poner este hecho de relieve en el título, y su muy leída *Historia de la filosofía occidental* no pretende ir más allá de Occidente. Pero hoy en día, los filósofos no se dan cuenta de que existe alguna diferencia entre la filosofía oriental y la occidental, o no se molestan en reconocerla. Para ellos, la filosofía occidental es toda la filosofía. Pero ¡no tiene por qué serlo para nosotros! Puedes conseguir una comprensión mucho más profunda, no sólo de la historia de la filosofía, sino de sus ideas y problemas, si pones sobre la mesa otras tradiciones, como las de la India, Japón, África, la de los indios americanos y, sobre todo, la de la filosofía china.

Está claro que un libro *Para Dummies*, como un camarero estresado, no puede llegar a todo, pero si no tuviese al menos un buen toque de filosofía oriental sería un poco como un té sin pastas o como ir en bicicleta sin haber hinchado las ruedas. La filosofía oriental es holística. Sus sabios no lo dividen todo como hacen muchos filósofos occidentales siguiendo a Aristóteles (a quien le gustaba ponerlo todo en cajas ordenadas de categorías mutuamente excluyentes), sino que les gusta mantenerlo todo unido. Y

así tendremos que hacerlo también nosotros.

Este capítulo te ayuda a corregir el desequilibrio entre la filosofía dominante, la occidental, y todas las demás. En particular, te enseña lo que necesitas conocer de la filosofía oriental.

El misterioso tao

La filosofía occidental comenzó con la división de Descartes del mundo en dos partes: la mente y la materia. Sin embargo, las filosofías orientales consideran el pensar y de actuar como dos aspectos de una misma actividad, como dos caras de una misma moneda. La filosofía china, en particular, dice que la realidad última (*tai chi*) es una combinación de la mente (*li*) y la materia (*chi*). El objetivo, tanto para el filósofo como para todos los demás, es alinearse con el tao. (A menudo se traduce tao como “camino”). Pero ¿qué es el tao?

Lao Tse escribió en el cuarto capítulo del *Tao Te Ching* que el tao está vacío:

> *“... como un bol, puede usarse, pero nunca se vacía, no tiene fondo, el antepasado de todas las cosas, que embota la agudeza, que desata los nudos, que suaviza la luz, se convierte en uno con el polvoriento mundo, y existe para siempre, profundo y tranquilo”.*

En el clásico libro de Tintín, de Hergé, *El loto azul*, el loco intenta reunir a la gente con el tao cortándoles la cabeza con una katana. Pero será mejor intentarlo de otro modo; remontándonos a sus orígenes en uno de los libros de filosofía de la Antigua China.

El Tao Te Ching

La historia cuenta que un día Lao Tse no estaba contento en China y decidió abandonarla para viajar por el mundo. Para su desgracia (que es también la de muchos otros famosos desde entonces) un guardia lo reconoció en la frontera como “el gran sabio” y se negó a dejarlo pasar a menos que antes escribiese toda su sabiduría en un pergamino.

A pesar de ser tan sabio, o precisamente por serlo, Lao Tse logró hacerlo en sólo unas pocas semanas. El resultado fue un pequeño volumen de un poco más de cinco mil caracteres chinos. Es la obra clásica de la filosofía china. En su corazón, por ejemplo, una de las reflexiones filosóficas de Lao Tzu dice así:

> “*Antes de que existiese el mundo*
>
> *estaba el misterio:*
>
> *silencioso, sin fondo,*
>
> *solitario, inmutable.*
>
> *En todas partes y siempre en movimiento,*
>
> *la madre del mundo.*
>
> *No conozco su nombre, por lo que lo llamo tao;*
>
> *no conozco su límite, por lo que lo llamo infinito.*”

En cualquier caso, después de entregar el texto completo al guardia, Lao Tse montó de nuevo en su toro y se fue hacia el oeste. Las imágenes del sabio montado en su toro siguen siendo muy populares en China.

Este texto hoy se conoce como *Tao Te Ching* (el clásico *Libro del camino y de la virtud*). Las copias más antiguas del manuscrito datan del siglo II a. C. Como esto es unos siglos más tarde de cuando vivió Lao Tse, algunos expertos occidentales dudan de que Lao Tse realmente existiese (aunque nadie discute la existencia de Sócrates ¡y no nos ha dejado ni un solo registro escrito!). Mientras tanto, en el otro extremo, seguidores devotos de las enseñanzas de Lao Tse consideran que el texto tiene un origen divino y veneran a su autor, no sólo como un profeta, sino como un ser inmortal. Pero para los que desean situarlo únicamente allí nos permiten las pruebas históricas (como hacemos con Platón, por ejemplo): Lao Tse nació en el siglo VI a. C. en Juren, en el estado de Chu, y fue el autor original del *Tao Te Ching*.

GRAN IDEA

Pero independientemente de quién lo escribiese, el *Tao Te Ching* es un conjunto de grandes ideas. Una de ellas es la noción del yin y el yang. Éstos son dos aspectos de todo lo que existe en la realidad. El yin, el aspecto femenino, es oscuro, suave y flexible. El yang, el aspecto masculino, es brillante, duro e inflexible. Todo en el mundo se compone de los dos elementos, y todo fluye, cambiando para ser más yin o más yang.

El hombre al nacer es blando y flexible,

y al morir queda duro y rígido.

Las plantas al nacer son tiernas y flexibles

y al morir quedan duras y secas.

Lo duro y lo rígido

son propiedades de la muerte.

Lo blando y flexible

son propiedades de la vida.

Por esto, la fortaleza de las armas

es la causa de su derrota,

y el árbol robusto es derribado por las hachas.

Lo grande y poderoso caerá;

lo humilde y débil se levantará.

Esta idea de la naturaleza cíclica de la realidad volvió a aparecer en la antigua Grecia en la filosofía de Heráclito, que influyó en Platón.

El I Ching

Otro mensaje del *Tao Te Ching* es que todo sigue unos patrones determinados, “el camino”. Los seres humanos también deben seguir el camino, y dejarse llevar por los tiempos y las influencias. Juzgar y ceder a los tiempos es también el tema del todavía más antiguo *I Ching*, o *Libro de los cambios*. *I Ching* se pronuncia a menudo como se lee, pero correctamente se pronuncia *E Jing*. Fue escrito por etapas y tiene su origen en las tradiciones de la adivinación. El *I Ching* incluye comentarios filosóficos escritos hace unos cinco mil años, lo que probablemente lo convierte en el libro más antiguo del mundo. ¿Qué hacían por aquel entonces los antiguos griegos? Los arqueólogos piensan que la agricultura justo acababa de llegar a las llanuras del norte de Europa (con las sierras de dientes de sílex tallados) y, a pesar de eso, ¡la mayoría de los libros dicen que los griegos fueron los primeros filósofos!

El I *Ching* es una guía para la acción, para sacar el mayor provecho posible de cada circunstancia. El gran psicólogo y filósofo del siglo xx C. G. Jung escribió que el *I Ching* “es un libro para los amantes de la sabiduría”, y tenía razón. Pero es ante todo una guía práctica para la acción, consultada, en los últimos tres mil años, por todos los emperadores y sabios al principio, y más adelante también por los agricultores y generales. Porque, de hecho, parte de su filosofía es que “el camino” se aplica tanto a las cosas muy pequeñas como a las grandes.

Textos como el *I Ching* y el *Tao Te Ching* contienen muchas de las ideas clave de la filosofía occidental. Aunque no se puede decir que una llevó a la otra, hay que destacar que los chinos fueron los primeros en escribir sobre estas cuestiones, y lo hicieron con una gran sofisticación. Puede ser que los europeos simplemente hayan preferido olvidar su deuda intelectual con el Este, del mismo modo que reescribieron la historia de la innovación tecnológica para inventar el liderazgo occidental.

Aunque a veces podamos tener la impresión de que no es así, los pensadores del Este (especialmente los chinos) fueron pioneros en el desarrollo de la astronomía, la medicina, la imprenta y las matemáticas, por lo que sería sorprendente que no hubieran producido también obras clave de la filosofía. La reciente eliminación de los filósofos chinos de la historia de la filosofía tiene más que ver con los prejuicios políticos y sociales de los que la han llevado a cabo que con razones intelectuales, y mucho menos filosóficas.

El *I Ching* es un libro de filosofía único. Se compone de 64 extraños diagramas de seis líneas cada uno, llamados hexagramas. Cada línea es sólida o discontinua (partida en dos). Representan por lo tanto el yin o el yang. Creando al azar uno de los 64 hexagramas (lanzando monedas o palitos), por una maravillosa coincidencia (o por lo que el psicólogo C. G. Jung, que era un fan del *I Ching*, llamó “sincronicidad”) puedes situar tu pequeño ser y tus pequeñas preocupaciones en el amplio contexto del movimiento del universo. ¡No está nada mal!

Por supuesto, la interpretación es la clave. Y los hexagramas son... bueno, inescrutables. Coge el hexagrama 64, por ejemplo, que se muestra en la figura 6-1. Para ti o para mí es un bloque de seis

líneas sólidas y discontinuas, pero para los sabios de la antigua China se parece a un árbol con las ramas dobladas por arriba, lo que indica que el árbol no tiene flores ni hojas y significa “incompleto” o “todavía no”, en el sentido de que el ciclo eterno continúa.

Este hexagrama se llama “wei chi”, que quiere decir “antes del fin” (todos los hexagramas tienen un nombre). Los sabios creen que simboliza la pureza del orden y la armonía.

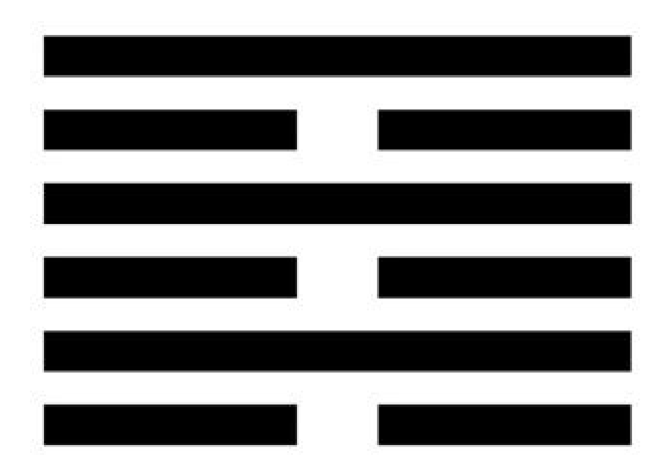


Figura 6-1: Antes del fin

Al menos para los antiguos chinos, este símbolo tiene un significado profundo, que se expresa en palabras como:

“Árboles desnudos antes de que lleguen las hojas,

atravesando el orden y la armonía.

El pasado se fue, el futuro todavía está por venir.”

En honor de Confucio

Aunque Lao Tse es poco conocido en Occidente (lee, si no lo has hecho, el apartado anterior de este capítulo), al menos los filósofos reconocen a su contemporáneo Confucio (551-479 a. C.) como un pensador importante. Confucio representó la esencia del antiguo sabio chino: un filósofo social, un educador y el protagonista de un texto muy influyente, los *Analectas*.

Confucio siempre se presentó como un transmisor, como alguien que no había inventado nada y que sólo quería aprender de los sabios de la antigüedad. En esto se parece a Sócrates, que también negaba poseer cualquier conocimiento o experiencia especial. No obstante, las fuentes indican que en total tuvo 3.000 discípulos y que “72 de ellos fueron influyentes”. ¿Qué hay de los otros 2.928? Sus enseñanzas, conservadas en los *Analectas*, forman la base de gran parte del pensamiento chino posterior sobre la educación, el gobierno y la conducta humana. También en esto la influencia de Confucio puede compararse con la de Sócrates en Occidente.

La gente reduce a menudo las ideas filosóficas de Confucio a una colección de aforismos o máximas morales, que no sirven para explicar la profundidad de la influencia del confucianismo. Porque si su filosofía no fuese más que máximas y aforismos, la influencia de Confucio hubiera sido mucho menor. Para entender los *Analectas*, como para entender toda la filosofía china, es necesario un gran ejercicio de decodificación.

En el corazón de la filosofía de Confucio se encuentran entrelazados los conceptos de los ritos o normas rituales (que él llama “li”) y la forma correcta de vida de la gente (que él llama “ren”).

CONSEJO

Hoy en día la noción de ritos puede parecer extraña, pero piensa en la importancia de tradiciones religiosas e instituciones sociales como el matrimonio, los cumpleaños ¡y los funerales!

La vida del maestro

Confucio nació en Qufu, en el estado de Lu (parte de la actual provincia de Shandong) y murió a la edad de setenta y dos años. Se dice que de niño disfrutaba poniendo jarrones rituales en la mesa de sacrificio. Su primer trabajo fue como funcionario del pequeño estado de Lu, pero pronto llegó a la posición de ministro de Justicia, donde se ganó una reputación de imparcialidad, cortesía y de amante del aprendizaje.

Sin embargo, aproximadamente a la edad de cincuenta años, viendo que no había manera de mejorar el gobierno, dio por terminada su carrera política. Comenzó un viaje de doce años alrededor de China, buscando el modo de mejorar las cosas y tratando infructuosamente de convencer a muchos gobernantes de sus creencias políticas para convertirlas en realidad.

Confucio volvió a su casa alrededor de los sesenta años, y pasó el resto de su vida enseñando y editando los clásicos antiguos. Se convirtió en lo que los chinos llaman un “rey sin trono” que trataba de compartir sus experiencias con sus discípulos y de transmitir la sabiduría antigua a las generaciones venideras.

Por la importancia que da a las reglas, Confucio se opone al espíritu del *taoísmo* (la escuela de pensamiento que sigue a Lao Tzu), que busca fundamentalmente una especie de libertad que, aunque esté integrada con el mundo, es ilimitada y totalmente independiente. Los taoístas consideran que los

ritos tradicionales son artificiales y falsos, una restricción externa sobre la vida de las personas. Lao Tse incluso llegó a afirmar que tratar de ser educado era "una expresión superficial de lealtad y fidelidad, y el comienzo del desorden". Para Confucio, los ritos eran la clave para la virtud, pero para Lao Tse eran un obstáculo para encontrar el camino.

Otra escuela, conocida como "legalismo", también se opuso a las tradiciones de Confucio y los códigos sociales que se construyen en torno a ritos especiales, pero lo hizo desde un punto de vista práctico. El objetivo de los legalistas era un Estado rico y poderoso, una visión muy distinta del ideal confuciano de un ordenado mundo de paz, armonía y una sencilla alegría. En un mundo donde grandes ejércitos se preparaban para terribles batallas, los legalistas se ofrecieron como expertos en las artes de enriquecer y fortalecer el Estado. Un elemento clave de su enfoque fue abogar por la destrucción de las antiguas distinciones jerárquicas, incluyendo la ética de Confucio, que veían como la perpetuación de los viejos valores y prácticas feudales.

Confucio y sus seguidores insistieron, sin embargo, en que el problema no estaba propiamente en los ritos o tradiciones, sino en la forma en que los ritos se cumplían y en el hecho de que la gente ya no los siguiese correctamente. Para recuperar la validez de los ritos, los confucianos decían que la gente debe ser capaz de practicarlos de manera significativa en su vida diaria. Así, Confucio desplazó el centro de la cuestión moral de las acciones a las motivaciones, de una moralidad objetiva a un sujeto moral.

GRAN IDEA

Para Confucio, al practicar un ritual debemos asegurarnos de tener la actitud correcta. Por ejemplo, al realizar un sacrificio, dijo, hay que sentir temor de los espíritus; al llevar a cabo ritos de duelo, tienes que sentir dolor por el difunto. Sin este componente emocional, el ritual se convierte en un espectáculo vacío. Confucio dijo una vez: "Un hombre que no tiene humanidad, ¿qué tiene que ver con el ritual?". No es suficiente hacer lo correcto, también hay que tener la actitud correcta. Este importante concepto ético vuelve a aparecer en los debates filosóficos occidentales entre los utilitaristas, que hacen hincapié en los resultados independientemente de las motivaciones, y entre los seguidores de Aristóteles y de Kant, con su insistencia en la virtud y los deberes personales.

Pero para Confucio es inimaginable que las reglas morales y las virtudes puedan comprenderse por separado. Sostuvo (al igual que algunos filósofos morales occidentales) que hay que ver la ética de la virtud y la ética de la norma como complementarias, en lugar de verlas como rivales.

Y el confucianismo también se opuso al legalismo en la cuestión de si se debe o no se debe tratar de forzar a las masas a ser buenas con un sistema de derecho penal severo. Como dijo Confucio:

> *"Un pueblo gobernado despóticamente y en el que se mantiene el orden por medio de castigos, puede evitar la infracción de la ley, pero perderá su sentido moral. Un pueblo gobernado por la virtud y mantenido en orden por la ley interior del propio dominio, conservará su sentido moral y progresará en el bien."*

Música confuciana

Confucio no se limitó a decir cosas interesantes, también las cantaba y tocaba el qin (una especie de cítara, una palabra muy útil para los amantes del Scrabble) mientras recitaba poesía clásica. En China, la imagen del filósofo-músico está muy arraigada.

Y Confucio tenía ideas muy claras sobre la importancia de la música. Dijo: “Deja que el carácter sea formado por la poesía, fijado por las leyes del buen comportamiento y perfeccionado por la música.” Consideraba que la música no reflejaba sólo los sentimientos de la gente, sino que también los conformaba, y que por lo tanto también podía moldear su carácter. Esperaba que la armonía (por lo menos en la música tradicional china), que es la esencia de la música, pudiese así encontrar su camino hacia las profundidades del corazón humano.

Todo esto contrasta enormemente con Platón, que sospechaba de la influencia de la música, preocupado de que pudiese engañar a la gente sencilla, guiándola hacia malos hábitos. Sin embargo, para Confucio, la formación musical es el método más eficaz para cambiar el carácter moral del hombre y mantener la sociedad en orden.

Un encuentro con Mencio

Mencio (371-289 a. C.) nació en el estado de Zou, situado en lo que hoy es la provincia de Shandong, a sólo 30 kilómetros hacia el sur de Qufu, la ciudad natal de Confucio. Si antes hemos dicho que Confucio es para la tradición oriental lo mismo que Sócrates para la occidental, diremos ahora que Mencio es como Platón. Los escritos de Platón tratan todos acerca de la idea de Sócrates sobre el bien, y los libros de Mencio tratan sobre la sabiduría de Confucio. Mencio, conocido como “el Segundo Sabio”, es el comunicador de la filosofía confuciana, conocido por su insistencia en que la naturaleza humana es básicamente buena. Sus puntos de vista, que figuran en el *Libro de Mencio* o *Mengzi*, fueron adoptados como base de los exámenes para ser funcionario chino en el siglo XIV, y se mantuvieron como sus textos básicos durante los siguientes seiscientos años.

GRAN IDEA

Mencio afirma que la naturaleza humana es fundamentalmente buena. Sostiene, por ejemplo, que si una persona ve a un niño a punto de caer a un pozo, sentirá siempre una sensación de alarma y compasión, y se apresurará a salvarlo. Y que, además, esta acción no la motiva el propósito de ganarse el favor de los padres del niño, ni la aprobación de sus vecinos y amigos, ni el temor al sentimiento de culpa por no haberlo rescatado. Es más bien una respuesta espontánea y desinteresada debida a su naturaleza humana compartida. De esto se deduce que el sentimiento de simpatía, el sentimiento del arrepentimiento, el de cortesía y el del juicio sobre lo que es bueno y malo son los cuatro principios de la humanidad, la rectitud, el decoro y la sabiduría. No hay nada que introduzca en nosotros estas virtudes desde el exterior. Son una parte integral de la naturaleza universal.

Por desgracia, mucha gente ha perdido la pista de su herencia moral. Por eso Mencio se lamentaba una vez de que “cuando alguien pierde sus aves de corral o sus perros, tiene alguna idea de cómo buscarlos, pero si pierde su corazón o su inteligencia, no sabe por dónde buscar”. Según Mencio, el objetivo la educación moral es recuperar la naturaleza innata. Éste es también el objetivo del Estado ideal que Platón intentó construir en *La República*.

El divertido Zhuang Zi

Otro de los grandes sabios de la filosofía china, Zhuang Zi (369-286 a. C.), insiste en la unidad de todas las cosas, y en la interacción dinámica de lo opuesto. El bien y el mal, señala, son como todo lo demás: relacionados e intercambiables. Lo que es bueno para el conejo (un montón de zanahorias buenas y jugosas para mordisquear) es de hecho malo para el agricultor, por poner un ejemplo mío, más bien tontito. Un libro llamado precisamente el *Libro de Zhuang Zi* (los historiadores creen que una cuarta parte del libro es obra de Zhuang) es alegre y divertido, una mezcla de cuentos, poesía y argumentos filosóficos, y desde siempre ha sido muy popular en China.

Mencio contra el utilitarismo

Una vez, cuando se enfrentaba al reto de justificar las elaboradas tradiciones funerarias, Mencio respondió:

> *"En los tiempos antiguos no se enterraba a los padres. Cuando el padre de un hombre murió, él simplemente tiró su cuerpo en una zanja. Cuando más tarde pasó por allí, vio que los zorros estaban devorando el cuerpo, que estaba lleno de moscas y mosquitos, y no pudo soportar la visión. Se le encogió el corazón. Así que corrió hacia su casa y volvió con un cubo y una pala para cubrir el cuerpo. Si cubrir un cuerpo humano era lo correcto para el hombre primitivo, también hoy en día lo correcto es que un hijo prepare el funeral de sus padres."*

Las ceremonias funerarias se han discutido mucho en la filosofía china, ¡y casi nada en la filosofía occidental! Pero, aunque pueda parecer una elección extraña para un ejemplo filosófico, no es necesariamente una mala elección. Porque éste es un tema que puede tener fuertes implicaciones sentimentales pero que no tiene, al parecer, ningún propósito práctico o utilitario. La forma más eficiente de organizar la sociedad, incluso la que maximiza la felicidad, puede sin embargo no ser la forma correcta de hacerlo.

RECUERDA

La influencia de Zhuang Zi ha sido muy profunda en todo Oriente; desde el budismo (que se basa en su enseñanza de que el sufrimiento es principalmente el resultado de negarse a aceptar lo que es) hasta la filosofía zen (que refleja su amor por las paradojas o *koans*). Y su mensaje de inconformismo y libertad rompió los grilletes que mantenían a la mentalidad china presa de un confucianismo excesivamente rígido.

Un ejemplo de su estilo argumentativo, simple pero elegante, es un pasaje en el que describe el modo como funciona el lenguaje. El lenguaje, dice Zhuang, es una red de pesca en las aguas de la realidad, útil para capturar los significados. Los pensamientos y conceptos son peces resbaladizos, y necesitamos la red del lenguaje para capturarlos. Pero la propia red es sólo un medio para un fin.

Otro ejemplo sencillo intenta mostrar la relatividad de los juicios morales. Zhuang se pregunta si matar es malo, como habían dicho algunos sabios, porque, entonces ¿también sería malo matar una liebre cuando fuese la única manera de no morir de hambre? Por supuesto que no. Entonces, ¿quizá lo malo sea matar a otro ser humano? Pero ¿y si ese ser humano es un ladrón que intenta robar y matar a una familia? ¿Seguro que es malo matar al ladrón, si ésta es la única manera de detenerlo?

De este modo, todo el conocimiento moral depende del contexto y las situaciones: es relativo. Zhuang sigue adelante demostrando que en realidad todo el conocimiento, no sólo el moral o el de los juicios

estéticos, está igualmente arraigado en su contexto, y es igualmente relativo. Lo presenta de este modo:

> *“Una vez yo, Zhuang Zi, soñé que era una mariposa y era feliz como una mariposa. Era consciente de que estaba muy satisfecho conmigo mismo, pero no sabía que yo era Zhuang. De repente me desperté y allí estaba yo, a todas luces Zhuang Zi. No sé si era Zhuang soñando que era una mariposa o una mariposa soñando que era Zhuang.”*

La filosofía occidental tiene sus raíces en la búsqueda de definiciones de la justicia, la verdad o el conocimiento. La conclusión de Zhuang Zi, en cambio, fue que debemos esforzarnos por trascender el mundo de las distinciones.

Debatir con Buda

El budismo describe un tipo de enfoque educativo desarrollado por el Buda, Siddhartha Gautama (ver el recuadro inferior, "El Buda original"). El budismo no es una religión en el sentido normal, occidental. Es una educación filosófica sobre la verdadera naturaleza de la vida. Originario de la India, el budismo se extendió gradualmente a través de Asia hasta llegar a Asia Central, Tíbet, Sri Lanka y el sudeste asiático, así como China, Mongolia, Corea y Japón, en Asia Oriental.

El Buda original

Siddhartha Gautama fue un príncipe nacido hace unos dos mil quinientos años en un pequeño reino indio en lo que hoy es el sur de Nepal. Renunció a su herencia real con el fin de escapar del ciclo humano de nacimiento, muerte y renacimiento, que él consideraba que conducía inevitablemente al sufrimiento, la pérdida y el dolor. Después de seis años de búsqueda, sometiendo su cuerpo a diversas prácticas extremas, finalmente llegó a la iluminación en su treintena. Motivado por un sentimiento de profunda compasión por los seres sufrientes, Buda compartió con ellos su sabiduría, embarcándose así en una carrera docente que duraría casi cincuenta años. Viajó por la India, enseñando a todos los que quisieran escucharle, respondiendo a las necesidades y modos de pensar de sus oyentes, y adaptando hábilmente sus enseñanzas a cada uno de ellos. De los setenta y nueve años que vivió, dedicó cuarenta y nueve a la enseñanza.

Hoy en día, hay alrededor de trescientos cincuenta millones de budistas, y un creciente número de ellos son occidentales. Pueden seguir diferentes formas de budismo, pero todas las tradiciones se caracterizan por la no violencia, la falta de dogmas o de un libro de reglas oficial, la tolerancia de las diferencias y, por lo general, la práctica de la meditación. El objetivo de las prácticas budistas es liberarse del sufrimiento y desarrollar las cualidades de la conciencia, la bondad y la sabiduría.

Pero, aunque el budismo sea esencialmente educación, lo es de un modo poco frecuente hoy en día. A lo largo de los siglos el budismo ha ido asumiendo la forma de una religión organizada. Después de todo, Albert Einstein consideraba que contenía todas...

"... las características de lo que cabría esperar de una religión cósmica para el futuro: trasciende a un Dios personal, evita los dogmas y la teología; abarca tanto lo natural como lo espiritual, y se basa en un sentido religioso que surge de la experiencia de todas las cosas, naturales y espirituales, como una unidad significativa".

Aceptar el sufrimiento: el hinduismo

Uno de los mensajes clave del budismo, con todas sus implicaciones sociales, es el de que la gente debe aceptar su lugar en la sociedad, ya sea alto o bajo, sin quejarse. Así, un acuerdo político se convierte en una obligación religiosa. Hay otra pseudofilosofía que tiene efectos similares: el hinduismo.

GRAN IDEA El *hinduismo*, como el budismo, no es del todo una filosofía ni tampoco una religión. Más bien combina las dos cosas, de manera que se convierte en un fenómeno complejo y multifacético, con manifestaciones sociales, culturales y religiosas. Tanto sus enseñanzas como sus rituales reflejan las múltiples perspectivas geográficas, sociales, raciales y lingüísticas del inmenso subcontinente indio. El hinduismo presenta algunas variedades muy intelectuales, que representan sólo una parte del profundo mundo de la filosofía india, y que investigan la naturaleza de la percepción, el espacio y el tiempo, y de la manera correcta de vivir. Junto a las versiones intelectuales existen las prácticas simples, incluso ingenuas, de millones de habitantes, y todo esto junto es lo que forma el hinduismo.

El hinduismo está lleno de contradicciones, pero parece prosperar en este antagonismo creativo. Varios textos clave se asocian con el hinduismo, como los *Vedas*, los textos antiguos y anónimos que recogen parte de una tradición oral de conocimiento entre los años 1500 y 500 a. C. Las partes más antiguas son en forma de himnos y oraciones, y los escritos más recientes, incluidos los *Upanishads* (que en el siglo XVII, en Holanda, causaron una fuerte impresión en Spinoza (del que hablamos en el capítulo 5), fueron escritos entre los años 400 y 200 a. C., y son más filosóficos en su naturaleza y contenido.

Nacer de nuevo: la reencarnación

Otra idea clave del Este que reaparece en la filosofía griega, y de la que los filósofos occidentales suelen pasar de largo como encogiéndose de hombros, es la de la *reencarnación*. Ésta es la teoría de que las personas tienen algún tipo de identidad personal por encima y más allá de su ser físico, y todavía más, que esta identidad (a la que las personas religiosas llaman el alma) puede sobrevivir a la destrucción del cuerpo físico (a la muerte). Habiendo sobrevivido, el alma va al cielo o se reencarna y reaparece en la tierra con una nueva forma; en forma de animal o, si has sido muy bueno, de hombre (no de mujer; el budismo tradicional es totalmente sexista). En realidad, para los budistas y para filósofos como Platón, el objetivo final de unos pocos afortunados es liberarse del cuerpo para convertirse en espíritu puro.

Todo el mundo sabe (bueno, bastante gente sabe) que la creencia en la reencarnación forma parte de muchas religiones orientales. Lo que menos gente recuerda es que la idea ha acompañado a la humanidad desde tiempos remotos y en muchas culturas diferentes y que aparentemente no están relacionadas entre sí.

De hecho, la creencia en la reencarnación personal forma parte de la comprensión tradicional del

universo de los aborígenes australianos y otros isleños del Pacífico, así como de muchos de los pueblos en el Círculo Polar Ártico: los finlandeses, los lapones, los daneses y escandinavos, así como de los inuit (o esquimales). Más cercanos a nosotros, también los antiguos celtas de la Galia, de Gales, Inglaterra e Irlanda asumían que la gente renacía, por lo que enterraban a las personas más importantes con todo su equipo y sus armas de caza.

Pero volviendo a la Antigua Grecia, allí los filósofos conocidos como estoicos sostenían que el alma es inmortal y se reencarna periódicamente. Y Pitágoras enseñaba que la gente y los animales comparten las mismas almas. En una ocasión afirmó escuchar la voz de un amigo en los aullidos de un cachorro que estaba siendo golpeado, y en otra ocasión se echó a llorar al ver un antiguo escudo con marcas de batalla, ¡diciendo que había sido su escudo durante la batalla de Troya!

Puede que el de Pitágoras no sea un ejemplo muy convincente para la teoría (es el mismo tipo que dijo que un río, repito, un río, lo había reconocido y lo había llamado por su nombre), pero parece que Sócrates y Platón también creían en la idea de la reencarnación y en cambio sus puntos de vista han sido muy influyentes.

El hinduismo y la vida social

El hinduismo es parte integral de la vida de sus seguidores; no es sólo una ceremonia semanal en un templo sino una guía para las acciones cotidianas que abarca a todo y a todos, desde la cuna hasta la tumba. En el pensamiento hindú, como en la filosofía oriental en general, no tiene ningún sentido desligar la reflexión de la práctica. El hinduismo no se organiza ni se enseña, pero sí las costumbres y prácticas cotidianas que rodean a cada uno desde la cuna hasta la tumba; las reglas y estructuras sociales. Y muchas de ellas son totalmente opuestas a los valores occidentales. El hinduismo permite costumbres como el matrimonio infantil, la poligamia, la idolatría, los sacrificios de animales y el injusto sistema de castas.

A pesar de sus numerosas restricciones a las mujeres, el hinduismo ofrece un gran contraste con las nociones occidentales del buen gusto por su celebración de sexo. (En realidad, también Platón alaba el sexo de vez en cuando, pero ¡sólo entre hombres!). En contraste con el cristianismo y las enseñanzas islámicas tradicionales, la sexualidad se considera una parte esencial del ser humano, y la rama medieval del *tantrismo* celebra la iluminación que se produce a través de la unión sexual imaginativa. Las imágenes hindúes representadas en las tallas de los templos que más tarde sorprenderían a los exploradores occidentales son de seres eróticos de gran potencia sexual.

Hace doscientos años, el rajá Ram Mohan Roy (1774-1833), que estaba familiarizado con la filosofía oriental y también con la occidental, intentó reformar el hinduismo. Esperaba que las filosofías liberales e ilustradas sirviesen para hacer las reformas que necesitaba la India. Y, en efecto, gracias a él el gobierno hizo bastantes reformas, al menos sobre el papel.

Sin embargo, los sistemas religiosos tradicionales son altamente resistentes a las reformas. En la India, el sistema de castas, así como la discriminación contra las mujeres en muchos países islámicos, las castas japonesas, o incluso el sistema de clases en Inglaterra, todos los cuales han apelado a la religión para justificarse, perduran a pesar de tener poco apoyo en los textos religiosos.

Platón utilizó el ejemplo de los conocimientos instintivos o innatos para argumentar que las personas heredan las mentes de las generaciones anteriores, mientras que, en sus diálogos con Platón, Sócrates hablaba de sus últimos días mientras esperaba la ejecución y se mostraba tan seguro de su renacimiento que dedicó “su última mañana a razonar sobre la distinción real entre el alma y el cuerpo, y sobre las razones para creer que el alma ni nace con el cuerpo ni muere con él”. Estos debates filosóficos han tenido una enorme influencia en la literatura y las religiones occidentales y explican en

parte por qué las obras de Platón han figurado a menudo en la lista de libros prohibidos de la Iglesia católica.

El Renacimiento en Europa significó un nuevo interés en las ideas de gente como Platón y Pitágoras, e incluso gente de mentalidad tan científica como Leonardo da Vinci en Italia y Paracelso (pionero en la vacunación médica) discutieron a fondo la idea en sus textos. Como lo expresó Paracelso:

> *“Algunos niños nacen del cielo y otros nacen del infierno, porque cada ser humano tiene sus tendencias inherentes, y estas tendencias forman parte de su espíritu, e indican el estado en el que existía antes de nacer.”*

Unos siglos más tarde, Spinoza y Leibniz (que fueron contemporáneos) también escribieron acerca de la inmortalidad humana y la reencarnación, y en Francia Voltaire declaró: “No es más sorprendente haber nacido dos veces que una; en la naturaleza todo es resurrección.”

De todo lo que en filosofía se ha publicado sobre esta teoría, lo más inesperado es el pequeño libro de Immanuel Kant sobre la reencarnación. Kant también ofrece una nueva idea: que la gente no sólo renace en este planeta, sino también en otros. Bueno, ¡¿y por qué no?! En “Star Trek” sería posible...

Sin embargo, fue Schopenhauer el primero en reunir y publicar referencias a la teoría de la reencarnación desde los primeros tiempos hasta la época moderna, añadiendo una breve introducción en la que dice que la idea “surge de las edades más tempranas y nobles de la raza humana, siempre transmitida por toda la tierra como la creencia de la mayoría de la humanidad”. O, como lo expresó su amigo, el famoso escritor Johann Goethe:

> *“Estoy convencido de que tal como estoy ahora aquí he estado mil veces antes, y espero volver a estarlo mil veces más… El hombre es un diálogo entre la naturaleza y Dios. En otros planetas este diálogo será, sin duda, más elevado y profundo. Lo que falta es el conocimiento de uno mismo. Si se tiene esto, lo demás vendrá a continuación.”*

El antiguo oráculo griego de Delfos no lo podría haber dicho mejor.

Capítulo 7

Comprender los ismos

En este capítulo:

- Presentamos algunos de los confusos ismos de la filosofía, del empirismo al idealismo.
- Decodificamos algunos de los enormes ismos éticos, como el utilitarismo y el relativismo.
- Tratamos la importancia de los ismos políticos, como el socialismo y el fascismo.

... a su propio pesar, cualquier movimiento que piensa y actúa en forma de un ismo llega a verse tan envuelto en la reacción contra otros ismos que al fin es dominado involuntariamente por ellos. Pues entonces forma sus principios por la reacción en contra de ellos en lugar de hacerlo por un estudio exhaustivo y constructivo de las necesidades reales, problemas y posibilidades.

John Dewey

Este capítulo se centra en explicar qué es un ismo, y de qué tratan algunos de los ismos clave de la filosofía. Muchos de los debates en filosofía están representados por dos lados opuestos, cada uno operando bajo su propio ismo (por ejemplo, los grandes debates entre el empirismo y el idealismo o entre el fascismo y el socialismo). Sin embargo, muchas veces las diferencias no son tan claras como parecen, y aunque es fácil etiquetar un punto de vista creando o usando un ismo, a menudo hacerlo confunde más que no ilumina. Y por abstractos que sean los ismos, estas confusiones pueden tener consecuencias y peligros prácticos y reales.

¿Qué es un ismo?

Por ejemplo, ¿qué son el imperialismo, el vegetarianismo, el monetarismo, el platonismo, el surrealismo, el posracionalismo, el utilitarismo, el nazismo, el neoconservadurismo, el fundamentalismo, el islamismo, el consumismo, el friganismo, el comunismo, el libertarianismo, el posmodernismo, el modernismo, el autoritarismo, el romanticismo, el ambientalismo...? ¡y la lista sigue y sigue! ¡Es impresionante!

MAZAZO A LA JERGA

Pero, de hecho, un *ismo* es básicamente una palabra a la que se han añadido al sufijo “ismo”.

Originalmente era una idea muy práctica. La gente añadía el sufijo “ismo” a los verbos, que describían acciones, para formar sustantivos, que describían cosas. Por ejemplo, los vicarios de la Iglesia bautizaban a los bebés y esto hizo necesario un nuevo nombre para describir la ceremonia, el *bautismo*. O piensa por ejemplo en la actividad de hacer o escribir periódicos; ¿qué mejor que llamarlo periodismo? De hecho, existen varios tipos de ismos, que la gente usa para expresar diferentes tipos de conceptos. La tabla 7-1 enumera los que interesan particularmente a los filósofos.

Tabla 7-1: Distintos tipos de ismos

Categoría conceptual	*Ejemplo*
Doctrina o filosofía	Empirismo, relativismo, hedonismo, existencialismo
Teoría desarrollada por un individuo	Platonismo, hegelianismo, marxismo
Movimiento político	Fascismo, socialismo, feminismo
Prejuicio o sesgo	Sexismo, edatismo, racismo, especismo
Movimiento artístico	Surrealismo, expresionismo, impresionismo

En realidad, los ismos empezaron a usarse a finales del siglo XVII (los diccionarios registran el primer uso conocido del término en 1680), pero una vez identificada, la palabra alcanzó pronto una gran popularidad, especialmente como forma de estigmatizar a ciertos grupos de personas. A mediados del siglo XIX, en Estados Unidos se habían hecho muy populares un montón de nuevos usos peyorativos, y los ismos eran muy útiles para ridiculizar a algunos movimientos bienintencionados como el feminismo, el prohibicionismo (que quería prohibir cosas, especialmente el alcohol) y, sobre todo, el socialismo. La mayoría de estadounidenses odia el socialismo, y una vez le has añadido el ismo la palabra se presta a un prolongado gruñido de desaprobación. En 1856, un periódico, el *Richmond Examiner*, lo explicó en una serie de furiosos editoriales titulados “Nuestros enemigos, los ismos y sus propósitos”.

MÁS DE CERCA

El diccionario te dirá que los ismos son sufijos que describen cosas: sufijos que han llegado a representar una forma de categorizar, clasificar y fusionar áreas del conocimiento. Pero en realidad los

ismos son las cosas mismas. Por ejemplo, el feminismo ahora es también un movimiento filosófico, a la vez que político, con sus propias creencias filosóficas y sus propios valores. Crear un nuevo ismo no es sólo crear una nueva palabra, sino una nueva forma de pensar sobre el mundo, incluso de revelar una forma platónica que hasta ahora había pasado desapercibida. Puede que el socialismo no exista sobre la Tierra, pero sí en el universo alternativo de Platón. Dicho de otra manera, un nuevo ismo exitoso se convierte en un ideal permanente de algún tipo, con una especie de estatus de eternidad en el mundo del conocimiento. No nos ha de extrañar entonces que los ismos se hayan convertido en una parte integral de la manera de pensar de la gente. En el misterioso mundo de los ismos no sólo existen los enormes ismos políticos, como el socialismo y el fascismo, sino también algunos ismos sociales y económicos clave, como el capitalismo y el monetarismo, junto a ismos filosóficos más tradicionales, como el relativismo y el existencialismo. Y tampoco hay que olvidar ismos artísticos y culturales como... bueno, ya los he olvidado.

Aunque durante algún tiempo fue suficiente crear un nuevo ismo para que éste fuese reconocido, hoy en día sólo algunos de ellos son dignos de atención. El fascismo es interesante, por ejemplo, por su larga historia, por su relevancia contemporánea y por la gran confusión que reina sobre su significado y sobre su naturaleza. Merece su propia palabra, aunque en realidad nadie la usa correctamente. Pero muchos otros ismos, como el platonismo, por ejemplo, por no hablar del neoplatonismo, parece que confunden más de lo que aclaran. ¡Podríamos prescindir de ellos sin problema!

Social-ismo

Fue en el siglo xix cuando los críticos de las sociedades industriales emergentes, como Robert Owen, Henri de Saint-Simon y Pierre Proudhon, usaron por primera vez el término “socialismo”. Los tres críticos compartían una preocupación común acerca de los excesos del capitalismo, como los que veían en las sombrías condiciones de los trabajadores de las nuevas fábricas, muchas veces iluminadas con luz de gas y llenas de sustancias químicas tóxicas, y querían reemplazar la producción con fines de lucro por la producción social, con el objeto de cubrir las necesidades. En su optimista visión, comunidades de trabajadores organizarían su producción social a pequeña escala.

Aunque la gente suele vincular el marxismo con el socialismo, Marx se burló de estas aspiraciones, a las que consideraba meras reformas (reformismo, de hecho) incapaces de hacer frente a los problemas fundamentales del capitalismo. En su lugar, propuso llegar al verdadero socialismo a través del comunismo, un movimiento que tiene una serie de características esenciales que Marx y Engels, colaborador suyo durante toda la vida, establecieron en su *Manifiesto comunista*. El elemento más importante es la propiedad estatal de los medios de producción. Al contrario de los reformistas, esto implica que el Estado controla y también es propietario del trabajo de la gente.

Por desgracia, existen estos ismos confusos. Pero al menos podemos decidir si queremos utilizarlos o no. El neoplatonismo, por ejemplo, describe los esfuerzos de los filósofos posteriores por reconciliar las obras de los dos grandes maestros, Platón y Aristóteles, al considerar que el enfoque práctico de Aristóteles es un camino hacia la “sabiduría superior” de Platón. ¿Podemos prescindir de él? ¡Por supuesto! Igual que el platonismo y el aristotelismo, son palabrotas mucho más útiles para impresionar a la gente que para transmitir una idea particular. Pero hay otros ismos de los que es más difícil prescindir, aunque al principio puedan parecer intimidantes. Fíjate por ejemplo en dos de los conceptos centrales de la búsqueda filosófica del conocimiento, el empirismo y el idealismo, que


describo en los apartados siguientes.

Entre el empirismo y el idealismo

El empirismo y el idealismo son dos de los conceptos clave de la historia de la filosofía.

El *empirismo*, al menos en filosofía, es la teoría que defiende que tenemos acceso directo a la realidad a través de los sentidos, y que, de hecho, construimos las grandes teorías a partir de la interacción sensorial ordinaria con el mundo. Dice que no hay nada en el intelecto a no ser que estuviese antes en los sentidos.

El *idealismo*, por el contrario, sostiene que la realidad se basa en última instancia en la mente, que de todo lo que podemos estar seguros, que todo lo que podemos conocer, son nuestros pensamientos. Este apartado explica cada concepto por separado y muestra sus principales diferencias.

Un enfoque más práctico

El empirismo contrasta con teorías como la expuesta en el Menón de Platón (léela en el capítulo 3). A un niño esclavo lo obligaron a recordar cómo calcular el área de un triángulo, lo que se supone que demuestra la idea de Platón de que las personas ya nacen equipadas con una gran cantidad de conceptos importantes. Platón dice que esto se debe a que el alma existe antes que el cuerpo y se encuentra en un “estado de comunión” con todas las ideas importantes en una especie de universo abstracto paralelo. Por desgracia (explica Platón), el nacimiento es bastante traumático para el alma, y por eso, al unirse al cuerpo en el momento del nacimiento, el alma olvida temporalmente mucho de lo que sabía. Con suerte, a medida que crecemos, recordamos (re-memoramos) las ideas perdidas y desarrollamos una comprensión cada vez mejor de las cosas que nosotros mismos (o nuestra alma) conocíamos.

Todo esto suena bastante teórico, por no decir que suena inverosímil o como de cuento de hadas, así que no es de extrañar que otras personas defendiesen inmediatamente el retorno a un enfoque más práctico. Una larga serie de pensadores, desde el estudiante de Platón, Aristóteles, hasta los neurocientíficos actuales, suponen que podemos explicar todas las sutilezas y complejidades del conocimiento a través de la simple experiencia sensorial del mundo exterior junto con la reflexión mental posterior sobre lo que hemos experimentado u observado.

Este enfoque es el empirismo, uno de cuyos grandes impulsores fue John Locke, quien (en el siglo XVII) rechazó de plano cualquier teoría de las ideas innatas (como la de Platón) y presentó en su lugar la analogía de que al nacer la mente es como un pedazo de papel en blanco esperando a que la experiencia sensorial escriba la información en él. Para él, y para otros empiristas, el mundo mental es un subproducto del mundo físico.

Que Platón nos parezca bastante anticuado y Locke mucho más científico no quiere decir que el problema esté resuelto. De hecho, en el siglo XX, el influyente filósofo Noam Chomsky propuso la teoría de que la mente humana tiene una estructura innata, como suponía Platón. Pero Chomsky prefiere caracterizarla como una especie de gramática universal, que se manifiesta en la rapidez con que los

niños pequeños aprenden a hablar, incluso antes de que hayan aprendido a hacer cosas prácticas como chutar pelotas de fútbol o apilar cajas (por no hablar de comer correctamente), y todo ello a pesar de una exposición limitada a su lengua materna.

Rellenar un pollo con Francis Bacon

Francis Bacon (1561-1626) fue abogado, filósofo y político en la corte de la reina Isabel (y más tarde del rey Jacobo) en la Inglaterra de los Tudor. Por si esto no fuera suficiente honor, se le suele considerar el primer empirista británico.

MÁS DE CERCA

Bacon personificó el renacimiento de la fe en el método científico, y se dedicó a desarrollar un sistema que combina los datos extraídos de la experiencia con un nuevo ismo espléndido y que constituye el pensamiento negativo que estos días se conoce como inductivismo eliminativista. (Por fantástico que suene no te molestes en anotarlo. Es simple jerga.) Su objetivo era proporcionar una base sólida para el conocimiento y al mismo tiempo permitir la más amplia gama posible de ideas e investigaciones. Por ejemplo, los científicos que investigan la relación entre el calor y la luz deberían estudiar casos de luz en los que hace calor, como en los rayos del sol, y casos en los que no, como en la fosforescencia. Este enfoque reflejaba la formación jurídica de Bacon, porque el derecho consuetudinario inglés se desarrolla inductivamente (teniendo en cuenta las decisiones adoptadas en casos anteriores), antes de ser aplicado en los nuevos casos como ley establecida.

Las investigaciones prácticas de Bacon también incluyen un interés en la teoría de las semejanzas naturales, la antigua preocupación de los herbolarios y curanderos (y brujos). Pensaban, por ejemplo, que las flores con manchas que parecían sangre eran buenas para la sangre; y que comer nueces (que parecen pequeños cerebros) era bueno para el cerebro. Bacon se dio cuenta de que tanto la nieve como la sal eran cristales de color blanco y presentó la hipótesis de que rellenar los pollos con nieve conservaría la carne de un modo similar a como lo hacía la sal. De hecho, no sólo presentó la hipótesis, sino que un frío invierno la puso en práctica, porque de eso va el empirismo. Por desgracia, contrajo una neumonía y murió al poco tiempo, que es algo que debería pasarles a los idealistas (de los que hablamos en el apartado siguiente), pero no a los empiristas. Por si fuera poco, dejó sin terminar su libro más importante, *Novum organum* (1620).

Identificar el idealismo

Es más fácil identificar a los filósofos empiristas que a los idealistas porque el idealismo es una doctrina mal definida. Por un lado, el *idealismo* es la opinión de que el estudio propio de la filosofía es el estudio de las ideas, porque sólo somos conscientes de las ideas y porque, de hecho, es muy posible que las ideas sean lo único que existe. El idealismo puro se opone, en particular, a lo que se podría considerar el punto de vista del sentido común, que indica que existe un mundo real ahí fuera y que, aunque de forma poco precisa, creamos las ideas a partir de él. Pero, por otro lado, el idealismo es también la opinión de que las ideas se relacionan de algún modo con el mundo de las cosas. La figura 7-1 resume la posición idealista.

Diferentes tipos de ideas innatas

Según René Descartes, hay tres tipos de ideas, que es un término que él utiliza para referirse tanto a verdades como a conceptos filosóficos:

- ✔ Las ideas *adventicias* (que entran en la mente desde alguna fuente externa) incluyen las ideas de cosas particulares; los dolores, los sonidos, los colores y otras cualidades sensibles (susceptibles de ser sentidas) que se adquieren, en último término, usando los sentidos. Tales ideas no podrían ser el material del conocimiento seguro porque los sentidos son falibles y potencialmente engañosos.
- ✔ Las ideas *ficticias* (creadas o inventadas por la mente) son productos de la imaginación y no tienen ningún papel en el conocimiento científico.
- ✔ Las ideas *innatas* son diferentes de los otros dos tipos porque son al mismo tiempo muy generales y muy claras y distintas. Esto les permite ofrecer las bases del conocimiento seguro, o al menos esto es lo que sostiene Descartes. En esta categoría de ideas se incluyen las de Dios, la libertad, la inmortalidad, la sustancia, la mente y la materia, y otros conceptos matemáticos tales como los círculos y triángulos, así como una serie de otras verdades (supuestamente) autoevidentes (que Descartes nunca explicita).

Bueno, entonces, ¿qué filósofos son idealistas? Por desgracia, aún no está claro. Platón es un buen candidato, porque sostuvo que los aspectos fundamentales de la realidad eran las ideas y que las percepciones sensoriales eran simples sombras, pero la mayoría de los filósofos insisten en que su enfoque no es estrictamente idealista porque parece creer que las ideas existen (aunque sea fuera de la mente, en un universo mental paralelo al que él llama el mundo de las formas).

El idealista ideal

La mayoría de los filósofos presentan a Descartes (1596-1650) como ejemplo de idealista, por su distinción entre el mundo de ahí fuera, el de la extensión (el de los objetos susceptibles de ser medidos porque son “extensos” en el espacio) y el mundo de los espíritus, poblado exclusivamente por las ideas.

Identificar el idealismo

Hay un mundo ahí fuera que está hecho de materia.
Por ejemplo, hay un árbol en el bosque.

Podemos percibir el mundo de la materia a través de nuestros sentidos.

Puedo verlo, tocarlo y olerlo.

La mente crea ideas sobre el mundo usando los datos que recibe.

Somos directamente conscientes de estas ideas.

Pero

La mente crea ideas sin ningún dato, por ejemplo en los sueños.

Pero

Algunas veces vemos cosas que realmente no están allí.

La única cosa que es real es la idea.

"El mundo es mi idea" es una verdad válida para cualquier criatura viviente—Schopenhauer.

El árbol en el bosque sólo está allí si es la idea de alguien o de algo.

Figura 7-1: Identificar el idealismo

Pero el término "idealismo" no aparece hasta después de Descartes. Sin embargo, independientemente de si el ismo existía o todavía no, el punto de vista de Descartes motivó a Leibniz (1646-1716) a llegar a su propia teoría, muy grande e idealista, de un universo compuesto de misteriosas mónadas (que son en sí mismas pensamiento puro). Esto era porque el mundo tridimensional de Descartes le parecía demasiado inerte, pasivo y sin vida, y necesitado, por lo tanto, de algún elemento espiritual para hacerse real.



Idealismo crítico

Immanuel Kant intentó, sin éxito, imponer alguna estructura a los idealistas (de ahí que su escuela se conozca a veces con el nombre de "idealismo crítico"), oponiéndose a los filósofos que utilizan la palabra "ideas" para referirse tanto a cosas físicas (por ejemplo, el hecho de ser rojo) como a cosas teóricas (por ejemplo, la justicia). Kant también pensaba que ciertos

conceptos, como los de tiempo y espacio, estructuran las ideas y que por eso deben ser anteriores a ellas. De hecho, escribió que todas las demás ideas se basaban en otra cosa, pero creía que esta cosa permanecía siempre inalcanzable para nosotros.

Kant vivió en Königsberg, en lo que actualmente es Rusia, pero escribía en alemán, y fueron filósofos alemanes particularmente oscuros (sobre todo Fichte, Schelling y Hegel) quienes llevaron este elemento de su filosofía hacia sus últimas consecuencias, de manera que crearon teorías cada vez más metafísicas de la realidad fundamental y de la importancia primordial que en ella tiene la mente humana.

De la misma época que Leibniz, el obispo Berkeley (1685-1710) parece representar en sus textos una forma bastante pura de idealismo puro, porque afirmó que las ideas son lo único de lo que somos conscientes, y consideró que no se puede decir que exista nada que no sea una idea: las afirmaciones contrarias son sólo eso, afirmaciones. Otros filósofos británicos (especialmente Hume y Bradley) opinaban todo lo contrario, y trataron de recuperar la percepción sensorial como productora de las ideas verdaderas, mientras que las otras ideas abstractas saldrían después de esta materia prima.

Se cuenta que el célebre autor inglés y escritor de uno de los primeros diccionarios, el doctor Johnson, conoció personalmente a Berkeley y trató con gran desprecio su teoría sobre la inexistencia de la materia; le dio una patada a una piedra y dijo: “¡Así la refuto!”.

La idea de que nuestra percepción cotidiana del mundo es directa (en vez de estar sometida a algunos intermediarios mentales, ¡por no hablar de la clase de azarosos tejemanejes con que nos entretienen algunos filósofos!) se llama *realismo ingenuo*. Afirma, tranquilizadora, que lo que la gente cree antes de estudiar filosofía es, de hecho y por lo general, correcto. La silla está realmente aquí, la nieve realmente parece blanca y, cuando chutas con la piedra, duele realmente.

Las pociones mágicas de George Berkeley

Al obispo George Berkeley generalmente se le sitúa en el extremo filosófico opuesto a Francis Bacon. En el capítulo 5 trato la teoría de que los objetos materiales existen sólo a través de nuestra percepción, lo que convierte las ideas en reales y las experiencias sensoriales en imaginarias e ilusas. Esto lo hace parecer muy poco práctico y, por lo tanto, un idealista. Pero curiosamente, al igual que Francis Bacon, Berkeley también tiene un lado práctico. Berkeley fue el primer gran filósofo europeo que vivió en América, y mientras estaba allí echó un vistazo a su alrededor y descubrió lo que dio en llamar “agua de alquitrán”. Se trata de un brebaje de savia de pino con agua, del que Berkeley creía que tenía extraordinarias propiedades medicinales. Así que, cuando a su regreso se encontró con que la gente de su país natal, Irlanda, llevaba dos años de hambruna y peste, intentó curarlos con aquel remedio para todo. ¡Y parece que funcionó!

Sentidos, datos sensoriales y sensaciones

A los filósofos les gusta inventar nuevos conceptos para explicar los antiguos. ¿Qué es exactamente lo que sienten los sentidos? ¿Por qué no llamarlo “datos sensoriales”? Un truco parecido funciona en el ismo, bastante alarmante, llamado epifenomenalismo. Esta rimbombante doctrina propone en realidad algo bastante razonable: que los estados de conciencia, incluidos los sentimientos y las emociones, son sólo subproductos de distintos estados cerebrales. O, como una vez lo

expresó con mucha elegancia T. H. Huxley, los sentimientos tienen tan poco poder para influir en el funcionamiento de los sentidos como "el silbido que acompaña el funcionamiento de la locomotora de influir sobre su maquinaria".

Pero volvamos a los datos sensoriales. El nuevo concepto se introdujo en la filosofía del lenguaje inglesa en el siglo XX, a través de los escritos de filósofos como G. E. Moore y Bertrand Russell; pero ya mucho antes otros filósofos (anglófonos, en su mayoría) habían insinuado la necesidad de una nueva entidad. Locke tenía sus ideas de sentido, Berkeley tenía sus cualidades sensibles, y Hume también conjuraba con sus impresiones.

En el siglo XIX, en Estados Unidos, William James y algunos otros pensaron que la psicología también necesitaba de esta distinción. De hecho, muchos filósofos han sostenido que lo único que perciben los sentidos son estos datos, y por lo tanto que al mismo tiempo percibimos muy bien los datos sensoriales y muy mal el mundo real.

Como he explicado en el capítulo 5, Berkeley desestimó la idea de que sentimos, por ejemplo, una piedra caliente, porque esto sería atribuir una calidad a un objeto inanimado que no le corresponde, ya que el calor es simplemente una sensación de nuestra mente. Del mismo modo, Berkeley se quejaba de que cuando nos acercamos a un árbol éste se vuelva más grande, pero en realidad no lo hace, sino que sólo parece cambiar. El filósofo Thomas Reid (1710-1796), escocés presbiteriano, afirmó rotundamente que tales cambios en las apariencias son exactamente lo que cabe esperar, ya que si estamos mirando un objeto real, éste debe cambiar a medida que cambia nuestra posición respecto a él.

Berkeley demostró que incluso los idealistas pueden ser muy prácticos cuando quieren: preparaba su agua de alquitrán para los enfermos y hambrientos mezclando cuidadosamente la resina de pino (savia) con agua; luego dejaba que se asentara y, más tarde, drenaba la mezcla y la embotellaba. Además, también encontró tiempo para escribir una guía filosófica, *Siris*, subtitulada "Cadena de reflexiones y de investigaciones filosóficas sobre las virtudes del alquitrán y otros temas relacionados entre sí y que nacen el uno del otro", que detallaba las virtudes del agua de alquitrán para curar la mayoría de las enfermedades. El ismo que él mismo había inventado antes, la teoría del inmaterialismo, reaparecía aquí, en una explicación sobre cómo funciona la medicina del agua de alquitrán. Y fue allí, en *Siris*, donde el ismo dejó realmente su huella. Ya no era sólo una polvorienta teoría filosófica, ¡el libro se convirtió en un éxito de ventas, tanto en Europa como en Estados Unidos!

Berkeley estaba tan animado por el éxito de su libro que llegó a escribir un poema, titulado simplemente "Del alquitrán", que establece una conexión entre su medicina terrenal y la verdad celestial, y que de este modo también es útil para distinguir entre el empirismo y el idealismo. Sin embargo, la mayoría de los compradores de *Siris* lo leyeron por sus consejos médicos y pasaron por alto su significado filosófico y sus reflexiones eclesiásticas. La explicación de Berkeley sobre la universalidad de los poderes curativos del agua de alquitrán en referencia a la teoría platónica de las ideas, así como de la trinidad y otras antiguas doctrinas, probablemente era un trago demasiado excelso para la gente sencilla, sobre todo cuando tenían hambre y ganas de vomitar.

Utilizar el utilitarismo

Compartiendo el *paternalismo* de Berkeley (el deseo de actuar en el mejor interés de los demás, como hace un buen padre por su hijo), el filósofo británico Jeremy Bentham (1748-1832) veía el mundo como dividido entre dos grandes fuerzas: la de buscar el placer y la de evitar el dolor. Intuyó que lo mejor sería maximizar el primero y minimizar el segundo, y que todas las demás consideraciones son irrelevantes. Esto se conoce como el *principio de la utilidad*, y los escritos de Bentham son una forma pura de utilitarismo.

La doctrina no deja espacio para las preferencias de cada cual, y tampoco por los derechos y deberes, aunque Bentham reconoce que pueden tener una función social deseable en tanto que ficciones útiles. En cambio, como él mismo dice en la primera frase de su introducción a *Los principios de la moral y la legislación* (1789):

GRAN IDEA

"El principio de utilidad aprueba o desaprueba cada una de las acciones según la tendencia que aparenta tener para aumentar o reducir la felicidad de la parte cuyo interés está en cuestión... si esa parte es la comunidad, la felicidad de la comunidad, si es un individuo en particular, la felicidad de ese individuo."

Construir una cárcel con Bentham

La obra de Bentham fue muy variada y podría parecer que también fue bastante irregular. Dedicó mucho tiempo y energía a tratar de avanzar en la vigilancia como una herramienta para una sociedad bien gobernada, e incluso elaboró planos detallados para la construcción de edificios circulares donde una sola persona, el inspector, podría ver y controlar las acciones de muchos. Consideraba que su invento era particularmente adecuado para controlar a los presos, pero los panópticos o casas de inspección también servían, y Bentham lo dejó muy claro, en cualquier tipo de edificio donde la gente esté retenida bajo inspección, como los hospitales, las fábricas, los manicomios, ¡y los colegios y universidades!

En una carta a un amigo filósofo, Bentham lo describe entusiasmado y con todo lujo de detalles.

"Para evitar el esfuerzo vocal de otro modo necesario, y para prevenir que el recluso sepa que el inspector está lejos y ocupado con otro prisionero, hay un pequeño tubo de hojalata que conecta cada celda con la caseta del inspector y que pasa por el área intermedia hasta adentrarse en la caseta por el lateral de cada ventana. Por medio de este artilugio podrá oírse hasta el más ligero susurro del recluso, sobre todo si se ha avisado al guardia para que aplique su oído al tubo."

En cuanto a la inspección:

"... puede confinarse a las horas de estudio; o puede hacerse extensible a toda la jornada, incluyendo horas de reposo, comida y recreo. Con respecto a la primera de estas aplicaciones, creo que ni la más caprichosa timidez podría aducir objeción alguna: en el caso de las horas de estudio, creo que el único deseo posible es que se empleen en estudiar. Apenas necesito señalar que aquí están fuera de lugar las rejas, los barrotes, los cerrojos y todas las circunstancias por las que una casa de inspección puede suscitar terror. Los juegos, las charlas, en definitiva, las distracciones de toda clase se eliminan a todos los efectos...".

Éste es el principio básico del utilitarismo. Sin embargo, es en un libro menos formal de Bentham, su *libro de lugares comunes*, donde encontramos la frase "la felicidad del mayor número", que realmente resume su filosofía. (Los "libros de lugares comunes" eran una especie de elegante álbum de recortes

muy populares en esa época, en los que los intelectuales copiaban sus poemas favoritos, entre otras cosas.) En realidad, esa frase la acuñó poco antes Frances Hutcheson (1694-1746), quien dijo: “La mejor acción es la que procura la mayor felicidad al mayor número.”

¿Qué tipo de persona era Jeremy Bentham? En ciertos aspectos, era un radical, iconoclasta y progresista; en otros, era un reaccionario, intransigente y aguafiestas. A menudo se usa su sistema, el utilitarismo, para justificar actos que, individualmente, son repugnantes. Tomemos, por ejemplo, el uso de animales en experimentos. Puede parecer cruel hacer que los perros fumen cigarrillos o poner champú en los ojos de los gatos, pero el fin justifica los medios, y el fin es la protección de la salud humana. Y aunque la mayoría de los argumentos filosóficos para los experimentos con animales son utilitarios (se justifican diciendo que los beneficios para el ser humano son mayores que los costes para los animales), el padre de la escuela estaba firmemente en contra de tales argumentos. En *Los principios de la moral y la legislación* Bentham dice con firmeza:

> *“Llegará el día en que el resto de la creación animal podrá adquirir esos derechos que nunca pudieron ser alejados de ella más que por la mano de la tiranía. Los franceses ya han descubierto que la negrura de la piel no es razón para que un ser humano pueda ser abandonado sin remedio al capricho de un torturador. Llegará el día en que se reconocerá que el número de piernas, la vellosidad de la piel, o la terminación del hueso sacro son razones igualmente insuficientes para abandonar a un ser sensible al mismo destino. ¿Qué más hay que pueda marcar esta línea insuperable? ¿Es la facultad de la razón, o, tal vez la facultad discursiva? Pero un caballo adulto o un perro son, más allá de toda comparación, un animal más racional, así como un animal más comunicativo, que un bebé de un día, una semana o hasta un mes. Pero suponga que fuera al revés, ¿qué avalaría? La pregunta no es, ¿pueden razonar? ni ¿pueden hablar?, sino, ¿pueden sufrir?”*

Al igual que Francis Bacon, Jeremy Bentham fue abogado (descendiente de dos generaciones de abogados), inglés y muy práctico en su enfoque. En cuanto a los debates jurídicos, pensó que lo que sus contemporáneos celebraban como derechos naturales eran poco más que derechos imaginarios, y que era la ley real la que creaba los derechos reales. Describió la *Declaración de los Derechos del Hombre* francesa como “un disparate en zancos”, advirtiendo que querer algo no es lo mismo que tenerlo, y que el hambre no es lo mismo que el pan.

¿Racionalismo o irracionalismo? Ésa es la pregunta

El racionalismo viene de la palabra latina para “razón”, y ser racional es, supuestamente, el objetivo más elevado de la filosofía. Pero en la búsqueda de la racionalidad se encuentran también juicios de valor y prejuicios. Después de todo, ¿por qué está el mundo obligado a ser racional sólo porque la gente quiera serlo? El racionalista busca aplicar sus poderes de la razón, la lógica y la capacidad de análisis para lograr la comprensión completa. El empirismo, por otra parte, a diferencia del racionalismo, afirma que no prejuzga las cuestiones, sino que simplemente toma notas, observa y deduce.

Hoy en día, no sólo los psicólogos, sino también los economistas, han mostrado cómo en realidad el animal humano no tiene nada de racional, y una rama de la filosofía conocida como “teoría de juegos” intenta explorar situaciones en las que decidir lo que es racional en diversos casos depende de lo que decide la otra persona, con todos los confusos problemas de retroalimentación que eso implica.

Desde que Aristóteles declaró que “el hombre es un animal racional”, la irracionalidad ha sido considerada como el modo de funcionar propio de los locos y deficientes. Sin embargo, los seres humanos no son para nada animales racionales; si acaso, son esencialmente un animal irracional. Los animales reúnen la información que tienen delante de las narices para encontrar comida, refugio y para reproducirse; los seres humanos hacen un poco más que eso. Por ello los sabios chinos llamaban al ser humano un “animal moral”. Platón pensaba que los más altos procesos de pensamiento no son simplemente el negocio mundano de procesar la información, aunque sólo unos pocos (los filósofos) podían lograrlo y de un modo bastante místico (irracional). Tomás de Aquino también estaba seguro de que algunas conclusiones importantes no se basan en la razón sino sólo en la fe. Como se ha señalado en otro lugar, Aristóteles distinguía entre hombres y mujeres diciendo que sólo los primeros son racionales.

Pero llegó el siglo XVIII y la Ilustración, y con ellos volvió la racionalidad; pensadores como Locke, Leibniz, Bentham y Spinoza trataron de lograr sistemas bien ordenados para procesar la información y para obtener conclusiones sólidas.

Pero, a pesar de todo, también tuvo sus propias aventuras idealistas, como su *Plan para la paz universal y perpetua* (1789). Sin inmutarse por la tibia recepción de su panóptico (busca en la página 134 el cuadro gris “Construir una cárcel con Bentham”), este plan parte del mismo principio pero a escala global, basándose esencialmente en un “ojo” supranacional para vigilar el mundo. No por la fuerza, por supuesto, sino por el libre intercambio de información, avergonzando a cualquier nación transgresora. Aun así, consciente sin duda de la falta de respuesta política a su panóptico, Bentham se convirtió en un activo defensor de la reforma del sistema político británico, argumentando en favor de la idea, por aquel entonces radical, de un hombre, un voto.

Bentham se veía a sí mismo en el papel de líder espiritual de una especie de movimiento utilitarista, y donó su cuerpo (después de su muerte) al University College de Londres (que él ayudó a fundar), donde permanece hasta hoy mismo, conservado en una urna de cristal.

Dejar pasar el rato con el relativismo

Si crees que el principio utilitarista de que el fin justifica los medios es un atropello a las libertades civiles, tienes razón, es así. El principio filosófico, tan querido por los utilitaristas, es en muchos aspectos una antimoral; se desprende de las nociones del bien y el mal y las reemplaza por lo que es útil. De este modo, el utilitarismo no se opone totalmente a otro gran ismo, el relativismo.

"El hombre es la medida de todas las cosas", dijo Protágoras, allí en la Antigua Grecia, y éste es el corazón del relativismo filosófico. Lo que es bueno para ti puede no serlo para mí, por ejemplo, si tú eres caníbal y yo soy vegetariano. Lo que es grande para ti puede no serlo para mi, si tú eres una hormiga y yo un elefante. De hecho, Protágoras estaba particularmente preocupado por este último tipo de relativismo perceptivo.

Existen muchos tipos de relativismo. Desde versiones fuertes que mantienen que todas las verdades son relativas, hasta versiones más limitadas que sólo ponen de relieve la gran variedad que existe de normas, valores y costumbres sociales.

Es fácil ver por qué el relativismo va a menudo de la mano del escepticismo. Pero el relativismo es más que una mirada escéptica; sostiene que lo mejor y lo peor, en las pruebas o resoluciones éticas, no tienen más fundamento que el de la percepción, que no llega más allá de un individuo o una cultura particulares. Platón cita al sofista Protágoras diciendo: "Las cosas son para mí tal como me parece que son y son para ti tal y como a ti te parece que son" (*Teeteto*, 152a). Y esto pone de relieve un problema del relativismo: que no puede haber tal cosa como la falsedad.



Relativismo

El *relativismo* es la idea de que los juicios, posiciones y conclusiones son propios de cada cultura, y relativos en función de situaciones divergentes y de diferentes percepciones. Niega la existencia de un criterio universal o absoluto, pero sostiene, en cambio, que lo que sabemos y lo que podemos saber es relativo: depende de nuestros propios gustos y de nuestras experiencias, culturas y actitudes. Al tratar sobre moral y sobre cuestiones más generales del conocimiento, e incluso sobre ciencia, el relativismo defiende que hoy los puntos de vista y los mecanismos perceptivos son diversos, en lugar de haber uno solo y universal.

Los antiguos eran muy conscientes del relativismo cultural. Las famosas *Historias* de Herodoto describían la variedad de costumbres que encontró en sus viajes. En una de sus historias más conocidas se refiere a las extrañas prácticas de los calacios, una sociedad que consideraba esencial, propio de un sentimiento moral sincero, comerse a los padres cuando morían. Esto contrasta con el punto de vista moral de nuestra propia cultura, según la cual comer humanos es realmente espantoso. La moraleja es que si quieres ser relativista, ¡tienes que estar dispuesto a comerte a tus padres!

Pero el relativismo ha crecido junto a una tendencia histórica. El tenor principal de las épocas moderna y posmoderna ha desafiado ideas como el animismo de la naturaleza y la autoridad última de Dios, y, en gran medida las ha derrocado, mientras empezaba a salir a la luz una enorme diversidad de

culturas y puntos de vista. (El *animismo*, por cierto, es la idea de que toda la materia, desde las rocas hasta los seres humanos pasando por los animales, contiene un aliento espiritual animado.) Al igual que le pasó a Herodoto, el conocimiento de otras perspectivas ha socavado la certeza en la existencia de una verdad universal o incondicional.

Incluso con respecto a los juicios éticos, los relativistas sostienen que las posiciones morales no reflejan verdades absolutas. Destacan, en cambio, que estos juicios se desarrollan a partir de las costumbres sociales, las tendencias culturales o las preferencias personales.

Rechazar las emociones con estoicismo

El *estoicismo* es la escuela de la filosofía griega antigua fundada por Zenón de Citio alrededor del año 300 a. C., que reconocía que los sentidos pueden engañarnos pero que creía que una reflexión serena podía solventar este problema. Fue una doctrina especialmente popular entre los romanos, y entre los estoicos italianos famosos encontramos a Séneca (una especie de dramaturgo filosófico que fue especialmente bueno representando el mal), e incluso a un emperador, Marco Aurelio.

Todos los estoicos eran materialistas, y también identificaban a Dios con la naturaleza. Creían que sólo la virtud era propiamente buena, pero reconocían que siempre es mejor ser rico que pobre, aunque ninguno de los dos estados debería alterar nuestra felicidad. Argumentaron que las emociones son inútiles porque se basan en juicios equivocados, y que debemos superar las emociones analizando nuestros juicios. En su racionalismo estricto seguían a Sócrates, y de hecho algunos de los estoicos también querían ser llamados socráticos.

Los filósofos actuales recuerdan a los estoicos sobre todo por su rechazo de las emociones (por esa razón la gente usa la palabra "estoico"). Los estoicos dijeron que las respuestas emocionales resultan de juzgar que algo malo ha pasado. Pero que, debido a que las cosas externas no tienen ningún valor intrínseco, estos juicios son un error. Si un ladrón te roba, todo lo que pierdes es lo que ellos llaman "indiferentes preferidos", que no tienen ninguna importancia. Mientras tu virtud quede intacta, no ha pasado nada malo, porque sólo ella tiene valor intrínseco.

Séneca vuelve a contar la historia de Estilbón, un estoico cuya ciudad fue capturada por los invasores, su mujer desapareció, sus hijos murieron y todas sus posesiones fueron destruidas. Pero cuando otro filósofo le preguntó a Estilbón si había perdido algo, él respondió: "Pues no; tengo todas mis cosas de valor conmigo."

Dudar con los escépticos

Aunque la palabra “escepticismo” deriva de la palabra griega *skepsis*, que significa investigación, actualmente el escepticismo significa dudar de las cosas. La evidencia de los sentidos es sospechosa, dada nuestra (ocasional) incapacidad para distinguir entre la percepción verdadera y la falsa. Antiguos escépticos griegos como Arcesilao de Pitane (aprox. 315-240 a. C.) y Carnéades de Cirene (aprox. 210-130 a. C.) insistieron en que nunca nadie podría asegurar tener conocimiento sobre nada en el mundo; sólo podría hacer afirmaciones ingenuas y optimistas.

Otros estoicos posteriores insistieron en que había maneras de separar los datos sensoriales y el conocimiento y de diferenciar las afirmaciones sin sentido de las evidencias bien fundadas. Sin embargo, éste no fue nunca el punto de vista de los auténticos escépticos. Durante el Renacimiento, mil ochocientos años más tarde, las disputas internas resurgieron con renovado interés en los escritos de Sexto Empírico (aprox. 150-210), que había discutido las posibles razones de estas diferencias entre los estoicos.

CONSEJO

Este antiguo debate estoico sigue siendo central en la filosofía actual. La posición tradicional es que el conocimiento es creencia verdadera y justificada.

El relativismo y la física

Los profesores de filosofía ven bastante mal el relativismo, como algo de lo que hay que alejar a los estudiantes. No les pasa lo mismo a los profesores de física. Desde Einstein, el relativismo ha sido fundamental para tratar de dar sentido al universo. En un artículo titulado “Geometría y experiencia”, Einstein escribió: “En tanto que las leyes matemáticas se refieren a la realidad, no son ciertas; y en tanto que son ciertas, no se refieren a la realidad.” De hecho, dijo, las matemáticas y la física funcionan con normas diferentes, y hasta cierto punto deben mantenerse separadas. La física es empírica, basada en la medición, pero las matemáticas se basan en axiomas asumidos desde el principio.

La teoría especial de Einstein reemplazó los conceptos de lo que Newton había llamado el espacio absoluto y el tiempo absoluto, siendo ambos eternos e inmutables, por sistemas más complejos y fundamentalmente relacionales. La sorprendente consecuencia de dicha teoría es que los cuerpos tienen diferentes longitudes, los relojes corren a distintas velocidades y el mismo acontecimiento puede ocurrir en tiempos distintos, en función del movimiento relativo del observador.

La teoría especial de la relatividad (que publicó en 1905) se titulaba inicialmente “La electrodinámica de los cuerpos en movimiento” y estaba destinada a hacer frente a las aparentes inconsistencias de la teoría electromagnética de otro gran físico, James Clarke Maxwell.

En ella hace dos afirmaciones radicales. La primera es que la velocidad de la luz es la misma para todos los observadores, independientemente de su movimiento relativo a la fuente de la luz. La segunda es que todos los observadores que se mueven a velocidad constante deben observar las mismas leyes físicas. Pero Einstein demostró matemáticamente que la única manera de combinar estas dos hipótesis es haciendo que el tiempo y el espacio (el tamaño de algo) sean relativos. Esto va en contra de nuestra experiencia cotidiana, en la que suponemos que el tiempo fluye a la misma velocidad en todas partes, y los objetos tienen un solo tamaño, pero desde entonces muchos experimentos han demostrado la solidez de la teoría.

El descubrimiento de Einstein de la relatividad del espacio y el tiempo llevó a otra idea, la de que la materia y la energía están fundamentalmente conectadas. De hecho, son lo mismo. Esto se resume en la famosa ecuación:

E = mc2
donde m = masa; y c= velocidad de la luz

Aunque está bastante bien, a la teoría se la llama “especial” porque no es muy completa. No incluye los efectos de la

gravedad. Para incluirlos, Einstein tardó once años más. El resultado final: la teoría de la relatividad general de Einstein.

En sus escritos, Descartes ofrece un criterio (inútil) de conocimiento como algo que se percibe de forma "clara y distinta", que a su vez descansa sobre la afirmación de que Dios no nos haría trampas. La astuta respuesta del obispo Berkeley a las afirmaciones escépticas sobre lo que la gente cree que percibe fue la de afirmar que lo que se cree que se percibe es exactamente lo que se percibe, porque no existe nada más elevado o más real que los pensamientos. (Puedes encontrar muchas más ideas acerca de lo que hace que algo sea conocimiento en los capítulos 9 y 10.)

Evitar los ismos peligrosos

Existen muchos ismos peligrosos, sobre todo cuando se empieza a entrar en el ámbito de la teoría política. Quizá el fascismo sea el más famoso. Esta doctrina política combina otros tres ismos: el nacionalismo, el militarismo y el totalitarismo. El Estado fascista suprime los derechos individuales en interés, no tanto de la mayoría, como de la nación comandada por su líder. El punto álgido de la doctrina llegó antes de la segunda guerra mundial, cuando Mussolini en Italia, Hitler en Alemania, Franco en España y el emperador de Japón eran todos orgullosos fascistas.

Pero como etiqueta política el fascismo ha llegado a tener un uso mucho más amplio, y se refiere a un enfoque político que glorifica la nación, celebra el poder militar y oprime los derechos individuales, el individualismo. Es cierto que la doctrina original del fascismo hizo todas estas cosas, pero también las hace el socialismo. De hecho, el fascismo es uno de los términos menos comprendidos del vocabulario político.

Esto es menos sorprendente cuando tenemos en cuenta que Mussolini contó para sus escritos con la ayuda de un eminente abogado neohegeliano (un profesor de filosofía llamado Giovanni Gentile, que al terminar la segunda guerra mundial fue ahorcado por los aliados). Lo que no está muy claro es si esto también convierte al neohegelianismo es un ismo peligroso o sólo al fascismo. Pero el filósofo del siglo XX Karl Popper pensaba que el problema no era ninguno de estos dos ismos, sino más bien la idea de que la historia seguía un patrón, lo que se conoce como *historicismo*. Para Gentile, como para Hegel y para muchos otros teóricos de la política (tanto de derechas como de izquierdas), el mundo sigue una inexorable marcha de progreso que es esencialmente benigna, aunque vaya acompañada de sangre, destrucción y masacre.

De hecho, uno de los aspectos del fascismo es que celebra la sangre, la destrucción y la masacre porque considera que sólo son la huella de este tipo de útil darwinismo social. El *darwinismo social* es otro peligroso ismo que enseña que es natural que los fuertes se impongan sobre los débiles. Esta teoría se ha usado para justificar programas de esterilización de las razas supuestamente inferiores, y el asesinato de niños “defectuosos” en muchos países, incluso en Estados Unidos.

Los fascistas italianos comparaban específicamente su visión con la del liberalismo clásico (con su énfasis en los derechos y libertades individuales) y lo interpretaban de forma dialéctica, como reacción frente al absolutismo (es decir, las sociedades dirigidas por poderosos monarcas absolutos, por ejemplo). Este tipo de sociedad, en la que todo el poder estaba en manos de la monarquía, había agotado su función histórica, por lo que había aparecido el liberalismo, tratando de dar todo el poder al pueblo. Los fascistas creían que los problemas de la sociedad podrían resolverse mejor con un nuevo Estado fascista, en el que el Estado fuese la expresión de la conciencia y la voluntad del pueblo.

Ésta es exactamente la misma convicción que se encuentra detrás de dos grandes ismos de izquierda (el marxismo y el comunismo), lo cual sorprende menos si se recuerda que Marx y Engels, igual que los fascistas, ¡también estaban influidos por el neohegelianismo!

Pero si crees que los ismos empiezan a tener sentido, aquí llega el nazismo, que añadió al gran teatro del fascismo (y no olvides que también se consideraba a sí mismo un tipo de socialismo, el socialismo nacional) una siniestra capa, no sólo de darwinismo social, sino también de racismo rampante. Y ahí

es adonde condujo el lado peligroso de los ismos: a los asesinatos en masa que llevó a cabo el régimen nazi en nombre de su ideología.

Parte III

Las tuercas y los tornillos de la filosofía



–SEGURO QUE ARISTÓTELES SE LO HUBIESE TOMADO CON UN POCO MÁS DE FILOSOFÍA, CARIÑO.

En esta parte...

Las tuercas son buenas, pero los tornillos son mejores, y en esta parte tenemos de ambos. Las tuercas son las de la lógica, por supuesto, y si quieres llegar a saberlo todo acerca del conocimiento tendrás que desatornillártelas. Pero ¿qué es toda esta cháchara? Es un intento de usar metáforas y analogías, y cuando hayas leído el capítulo sobre la filosofía del lenguaje sabrás que es más difícil de evitar de lo que piensas. Cuando llamas pala a una pala, cuando llamas a las cosas por su nombre, ya estás involucrado en un ejercicio social y lingüístico bastante complicado. Por eso los filósofos nunca llaman palas a las palas: prefieren llamarlas “instrumentos útiles para excavar”, que es exactamente lo mismo, metafóricamente hablando, que la filosofía.

¿Confundido? No te preocupes. Esta parte no sólo diferencia las lujosas materias de la epistemología y la lingüística, sino que lo reduce todo a una cuestión de tamaño.

Capítulo 8

Los límites de la lógica

En este capítulo:

- Vemos lo que puede hacer un poco de lógica cuando la aplicamos.
- Nos metemos bajo el capó del razonamiento.
- Probamos algunas nuevas formas de pensar.

Los poetas no se vuelven locos; los jugadores de ajedrez, sí. Los matemáticos y los cajeros también se vuelven locos; pero los artistas creadores, rara vez. No estoy, como se verá, atacando en ningún sentido la lógica: sólo digo que este peligro se encuentra en la lógica, no en la imaginación.

G. K. Chesterton

Este capítulo trata de qué es la lógica y de por qué los antiguos griegos profundizaron en ella. Y aquí es donde la obra de Aristóteles brilla con luz propia. Aristóteles vio que algunas de las maneras que tiene la gente de razonar en la vida cotidiana son poco fiables y engañosas, así que trató de establecer de una vez por todas los modos correctos de razonar. Su promesa es que, si se siguen, las reglas conducen siempre a conclusiones verdaderas, y trata también de indicar qué argumentos hay que evitar porque conducen a errores y conclusiones falsas.

Qué es la lógica

La lógica filosófica es el estudio de la estructura de los argumentos. No nos ayuda necesariamente con cualquier argumento en particular, que trate de hechos particulares y valores personales, pero nos ofrece una guía general para razonar y nos advierte contra formas de pensar que pueden conducir a errores. Al menos ésta es la idea.

Hoy en día la lógica es muy importante en los departamentos de filosofía, pero esto es en realidad bastante extraño porque ni siquiera es una rama de la filosofía. Es, de hecho, una especie de matemática, con la misma relación con los debates filosóficos que, por ejemplo, el estudio de la geometría. La idea de que cuando argumentamos estamos manipulando los hechos del mismo modo que los matemáticos manipulan los números en sus ecuaciones dista mucho de ser cierta. Pero lo bueno de las matemáticas es que después de haber demostrado algo todo el mundo queda satisfecho y admirado por la elegancia del trabajo hecho.

Así que todo el mundo quiere ser lógico, incluso más de lo que quiere ser filósofo. De hecho, si quieres insultar a alguien, siempre le puedes decir que está siendo ilógico, que se contradice o que su argumento no es válido. Todos estos insultos apelan a la lógica como una especie de árbitro en el gran juego de la verdad y la falsedad. Pero ¿cómo de imparcial es la lógica? ¿Debemos creer siempre en sus sentencias?

Los filósofos siempre han querido imponer el orden en los conceptos, el lenguaje y las ideas; sobre todo después de que Euclides presentase sus elegantes pruebas geométricas, que sin duda son mucho mejores, ¡de mucha más autoridad!, que los argumentos comunes que utilizan el lenguaje ordinario. Aristóteles proporcionó a la filosofía una mirada matemática sobre el mundo que resultó muy útil, aunque parezca en realidad muy endeble por basarse enteramente en las suposiciones que ya se tienen al empezar.

A pesar de este problema, la lógica más filosófica procede al modo de o blanco o negro, muy satisfecha de hacer frente a todo tipo de problemas. Muchos de sus defensores sólo ven la excelencia de sus pruebas y no los límites de su estrategia global. Leibniz, en particular, pensaba que la lógica permitiría a la humanidad construir una máquina para resolver todos sus problemas (“Ven, vamos a calcular”), un engaño que se ha hecho mucho más popular desde la invención del ordenador.

Valoramos las cosas que Aristóteles hizo bien

Aristóteles no fue el primer filósofo que trató de ser lógico, aunque los filósofos suelen tomar los textos de Aristóteles, especialmente los de los *Analíticos anteriores* y *posteriores*, como el primer intento serio de construir un sistema de lógica. Pero para ser justos tenemos que decir que Aristóteles construía sobre el trabajo de otros pensadores griegos, como Zenón de Elea y Parménides. En sus escritos introduce conceptos clave de la lógica, como el de las *proposiciones*, que son las oraciones que tienen valor de verdad, lo que significa que hacen una afirmación acerca de la realidad que puede ser verdadera o falsa. "Las matemáticas son divertidas" o "Todos los perros comen huesos" o "Mi pelo está hecho un desastre", por ejemplo, son proposiciones, pero "¡Mira esto!" y "¡Vayamos a la playa!" no lo son.

MÁS DE CERCA Ten en cuenta que el verbo "ser" tiene un papel especial en el lenguaje y en la lógica. Actúa como el signo de igualdad en matemáticas, señalando que las cosas a un lado son iguales que las palabras del otro lado. Hay otras palabras que también tienen funciones especiales:

- ✔ *Todos* como en "Todos los hombres son mortales".
- ✔ *Nadie* como en "Nadie puede vivir para siempre".
- ✔ *Algunos*, como en "Algunas personas viven hasta los cien años".
- ✔ *Algunos... no* como en "Algunas personas no viven hasta los cien años".

Ahora relájate mientras yo me pongo un poco más formal. Estos cuatro tipos de sentencias especiales se llaman, respectivamente:

- ✔ La universal afirmativa ("Todo S es P").
- ✔ La universal negativa ("Ningún S es P").
- ✔ La particular afirmativa ("Algún S es P").
- ✔ la particular negativa ("Alguna S no es P").

¡Ya ves que en seguida se nos acumula la jerga! Es impresionante. Y todo gracias a Aristóteles. Pero no contento con esto, Aristóteles define las proposiciones como un tipo especial de oración que tiene dos partes (que él llama términos). En el lenguaje, ambas partes están representadas por sustantivos. "Mi pelo", por ejemplo, y "un lío" son dos sustantivos. Uno de los términos es el sujeto y el otro es el predicado. Por eso aquí los lógicos usan las letras S y P: la S para el sujeto y la P para el predicado. En este caso, el sujeto es "el pelo" y el predicado, es que es "un lío". A esto hay que añadirle que hay *cópulas* (palabras como "es" que unen los sujetos y los predicados) y los operadores, como *"todos" y "no"* que, bueno, operan sobre ellos.

Extraer inferencias

Aristóteles señaló que en los razonamientos y argumentos la gente extrae inferencias de los hechos. Por ejemplo, si el neumático de tu moto tiene un pinchazo, piensas que no podrás llegar a casa a tiempo. Es decir, infieres una nueva proposición (que no serás capaz de llegar a casa a tiempo) de la primera. El hecho de que tengas un pinchazo tiene implicaciones (llegas tarde a casa, se te ha enfriado la cena, te pierdes el último capítulo de tu serie favorita) y a los filósofos les encanta hablar de cosas que implican otras cosas. Sin embargo, cuando un lógico dice algo que se infiere, no lo dice como lo hacemos nosotros en el lenguaje ordinario (donde siempre queda un elemento de duda), sino que significa que ese algo se sigue absolutamente. "Si mi moto tiene un pinchazo llegaré a casa tarde" se convierte, en la lógica, en una certeza. Éste es un problema de la lógica, porque en realidad muy pocas cosas son tan simples, e incluso si tienes un pinchazo es posible que llegues a casa a tiempo; alguien puede llevarte, puedes coger un taxi o simplemente puedes ser muy bueno reparando neumáticos.

CONSEJO

Por buena que sea la lógica, hay una brecha entre la certeza de la representación lógica de los hechos y el propio mundo.

Sin embargo, Aristóteles, como la mayoría de los lógicos después de él, estaba poco interesado en si la lógica encaja con el mundo y mucho más en la lógica como abstracción teórica.

Inspeccionar los silogismos

Aristóteles inventó una forma simple de argumento llamado silogismo, que consta de tan sólo tres proposiciones (recuerda que son oraciones con valor de verdad). Los dos primeros se llaman las premisas, y son cosas que afirmamos que son ciertas. Lo importante de las premisas es que tienen que compartir un término (llamado "el término medio"), y ésta es la clave para llegar a la conclusión y saber que la hemos deducido válidamente de las dos premisas.

Los códigos secretos de los lógicos

A pesar de que los lógicos se comportan como si todo fuese blanco o negro, en realidad ni siquiera son capaces de ponerse de acuerdo en demasiadas cosas. Por ejemplo, los lógicos no logran ponerse de acuerdo en cómo representar los "operadores" de la lógica, las cosas como "y", "no" y "o". En la tabla siguiente se muestran sólo algunos de los símbolos que usan.

No P	***~P***	***–P***	***¬P***	$\bar{P}$
P y Q	P.Q	PQ	P∧Q	P&Q
P o Q	PvQ	P∨Q	PQ	
Si p entonces Q	P⊃Q	P→Q		
P si Q (*P si, y sólo si, Q*)	P≡Q	P↔Q	P~Q	

He aquí un ejemplo:

Las manzanas son frutas.

Todas las frutas son comestibles.

------------------------ *(Por lo tanto; la imprescindible señal de la conclusión)*

Las manzanas son comestibles.

No es muy impresionante, ¿verdad? Pero lo importante es el método. Aquí, el término medio compartido es la fruta, y por lo tanto las manzanas también comparten la propiedad de ser comestibles. ¿Son todas las frutas comestibles? Me parece que no. Pero esto es lógica, y no trata realmente sobre los hechos.

Deducciones lógicas con Sherlock Holmes

La *lógica deductiva* es la que permite deducir cosas, como solía hacer el detective Sherlock Holmes, de sir Arthur Conan Doyle. Igual que hacía Holmes, pones todas las cosas que sabes en una larga lista y luego deduces alguna conclusión nueva e interesante. Holmes solía decir cosas como “el señor Wilson era un trabajador manual” (habiendo llegado a esta conclusión al observar que su mano derecha era más grande que su mano izquierda) y que “había estado escribiendo algo recientemente” (algo que deducía al observar que tenía una mancha brillante en el puño derecho de su chaqueta). Esto es clásico de Holmes. Pero coge algunas posibles observaciones reales:

✔ Hay un charco de agua y trozos de cristal en la alfombra.

✔ La ventana está abierta y la cortina se mueve.

✔ El pez *Félix* ha desaparecido.

Esto son lo que los lógicos llaman las premisas (afirmaciones con valor de verdad), que son verdaderas o falsas, pero que no son las dos cosas a la vez y evidentemente tampoco ninguna de las dos. Así pues, ¿qué se puede deducir?

Normalmente, después de haber presentado sus premisas, Holmes resuelve un horrible crimen. En el ejemplo, tenemos que contentarnos con deducir que la gata *Muñeca* se ha subido a la ventana y ha tirado la pecera para poderse comer al pobre pez *Félix.*

Aun así, éste es un ejemplo de cómo se utiliza un tipo de lógica informal para resolver problemas cotidianos. Pero no es así como se usa la lógica en filosofía. Porque, por ingeniosas que puedan ser, estas deducciones no son dignas de confianza. Existen un gran número de explicaciones alternativas para explicar la desaparición del pez *Félix*. Y los filósofos quieren certeza.

Usando esta idea básica, Aristóteles elaboró una lista de todas las maneras en que la gente podría argumentar, y dio con nada menos que 256 tipos distintos de silogismos posibles, de los cuales sólo unos pocos, suponiendo que empiecen con premisas verdaderas, llevarán siempre a conclusiones verdaderas. Éstos son sólo argumentos de tres líneas: dos premisas (frases afirmando algo que puede ser verdadero o falso), seguidas por una conclusión.

Aristóteles inventó una notación totalmente nueva para su razonamiento, pionero en el uso de letras para representar los términos, mostrando a los filósofos una forma muy sencilla de dar la impresión de

estar diciendo grandes cosas, algo por lo que los filósofos siempre estarán en deuda con él.

Sácale todo el partido a la fruta

Los *silogismos* son argumentos con dos premisas seguidas por una conclusión. En la época medieval tenían nombres como Bárbara, Festino y Baroco. ¡Es bastante ridículo! Un ejemplo de silogismo es:

Todas las manzanas crecen en los árboles.

Todas las Golden Delicious son manzanas.

Todas las Golden Delicious crecen en los árboles.

Ésta no es una gran deducción, pero ilustra el proceso de inferencia y en términos filosóficos cuenta como argumento. También usa un tipo muy común de estructura argumentativa: todo S es P, como hacen los lógicos. De hecho, Aristóteles identificó y definió cuatro tipos de “afirmaciones”:

✔ Todo S es P.

✔ Ningún S es P.

✔ Algún S es P.

✔ Algún S no es P.

Éstas pueden ordenarse de distintas formas en un silogismo, y así se llega a tener 256 argumentos silogísticos posibles. La gran mayoría no son válidos, y Aristóteles se centra en las formas válidas. Pero ¿cómo “demuestra” que las formas válidas son válidas? Después de todo, la idea original era que iba a demostrar que los argumentos son válidos porque son una de las formas válidas. No parece posible aplicarlo a la propia forma del argumento. Sin embargo, Aristóteles sostiene que, inevitablemente, hay puntos de partida en cualquier cadena de razonamiento que no pueden probarse. Estos puntos de partida son aceptables, piensa, mientras sean autoevidentes. Esta noción de ser autoevidentes es el centro de su propuesta, pero la pregunta siempre vuelve: ¿autoevidentes para quién? De hecho, decir que algo es autoevidente es más una afirmación psicológica que lógica.

Los silogismos son impresionantes, ¡sobre todo cuando se les dan nombres en latín y se presentan en 256 formas diferentes! Así que no es de extrañar que durante los siguientes dos mil años aprender filosofía significase básicamente esto: juguetear con silogismos. Pero nada de esto habría sido posible sin otro logro de Aristóteles: el de establecer las leyes del pensamiento, que era una primera etapa necesaria en su esfuerzo por situar el lenguaje cotidiano en el camino correcto (está más explicado en el capítulo 2).

RECUERDA

Como he dicho, Aristóteles necesitaba los silogismos para crear y guiar su lógica. Pero no creas que sólo porque la lógica necesite ciertos supuestos éstos sean realmente ciertos.

Después de todo, otros griegos antiguos, los filósofos estoicos, presentaron una lógica muy distinta, basada en la idea de que no hay dos tipos de enunciados (los verdaderos y los falsos), ¡sino tres! En la lógica estoica también existen afirmaciones que se encuentran entre lo verdadero y lo falso, una nueva categoría que encaja muy bien con la realidad (¿es un lago o un estanque, o un poco de cada? ¿Este centro es un chute o un fallo, o algo intermedio?). Naturalmente, tres valores de verdad son más difíciles de manipular lógicamente.

¡Abajo la informalidad, arriba los sistemas formales!

Aristóteles desarrolló sus ideas en un libro llamado *Analíticos anteriores*, que fue el primer intento de crear un sistema de lógica formal y deductiva, y a esta gran obra la siguió otra llamada *Analíticos posteriores*, que a pesar de su nombre un poco rimbombante, trata sobre formas de utilizar métodos lógicos para hacer más sistemáticos los conocimientos científicos.

Pero veamos, ¿qué es un sistema formal lógico deductivo? Vayamos pasito a pasito. ¿Por qué? Porque ésta es la clave de la lógica: hacer siempre las cosas paso a paso. Si esto suena un poco como las matemáticas es porque la lógica es un tipo de matemáticas. De todos modos, formal (en oposición a informal) significa que sigue ciertas reglas. Un sistema formal es aquel que tiene reglas, y un sistema informal el que no las tiene. Un requisito formal para trabajar en Australia, por ejemplo, es que tienes que tener un pasaporte australiano o un visado especial. Un requisito informal es que no tienes que tener miedo a las arañas.

¿Cuándo es válido un argumento?

¿Qué hace convincente un argumento? No se trata sólo de que las pruebas presentadas en favor de una afirmación sean correctas, sino que debe existir alguna razón para aceptar que la conclusión se sigue de las evidencias.



Toma este mal argumento, por ejemplo:

Todos los perros tienen cuatro patas.

Mi mesa tiene cuatro patas.

Mi mesa es un perro.

Las premisas (las dos primeras líneas del argumento) son verdaderas (o lo suficientemente para el caso). Sin embargo, la conclusión no es muy convincente. ¿Por qué pasa esto? Puedes responder de dos maneras. Una de ellas es simplemente consultando la lista de Aristóteles de los distintos tipos de argumentos, a los que llama las diferentes formas de argumentos.

La distinción más importante es la que existe entre las formas de argumentación que son válidas y las que no lo son, las no válidas. Y si miras hacia arriba verás, sin duda, que éste es un argumento no válido. La conclusión no se sigue de las premisas.

Para entender por qué, es necesario desnudar el argumento hasta dejarlo en su estructura básica, ignorando los detalles particulares. Desnudo, el argumento es algo así. Uso la letra P para referirme a la propiedad de ser un Perro, y la letra T para la de tener cuatro paTas y la M para la de ser una Mesa.

Todos los P son T.

Todos los M son T.

Todos los M son P.

El problema no es que las premisas (que los perros tienen cuatro patas y que la mesa tiene cuatro patas) sean falsas, porque son ciertas (al menos por lo que se refiere a este ejemplo). Y no hay duda de que también existe lo que parece el término medio compartido (aunque en realidad no lo es); la propiedad de tener cuatro patas. Pero la conclusión es evidentemente falsa. Mi perro no es una mesa, y sin duda alguna es falso que todos los perros sean mesas. En la lógica, un argumento con premisas verdaderas que conduce a una conclusión falsa no es válido. Eso es porque, en la lógica, las premisas verdaderas no garantizan que una conclusión sea verdadera a menos que el razonamiento (el argumento) sea válido. En este caso el argumento no es válido.

Reglas y herramientas

Las mismas cosas reaparecen en la filosofía una y otra vez, y en ningún lugar es esto más cierto que en la lógica. De hecho, la idea de exponer argumentos en sus formas generales pretende mostrar cómo muchos debates comparten la misma estructura lógica y, por lo tanto, la misma respuesta. ¡Qué gran idea! Porque cuando desnudas los argumentos, se vuelven bastante sencillos. He aquí algunos de los argumentos y deducciones asociadas más conocidos, llamados "reglas de inferencia".

Biggles utiliza la lógica

En una de las célebres historias del Capitán W. E. John, el heroico guerrero Biggles utiliza la fría lógica para explicar su indiferencia ante el peligro:

> *"Cuando se viaja en avión, todo está bien o no está bien. Si está bien no hay necesidad de preocuparse. Si no está bien va a suceder una de las dos cosas: o se estrella o no se estrella. Si no se estrella no hay necesidad de preocuparse. Si lo hace, una de estas dos cosas es cierta: que te hagas daño o que no. Si no te haces daño no hay necesidad de preocuparse. Si te haces daño, una de estas dos cosas es cierta: o te recuperas o no te recuperas. Si te recuperas no hay de qué preocuparse. Si no te recuperas no puedes preocuparte."*

De W. E. Johns *Spitfire Parade* (1941)

Quizá te sorprenda, pero cuando se combinan con unas pocas de las denominadas reglas de reemplazo, como la simplificación (según la cual si tienes P y Q también puedes afirmar simplemente que tienes P), estas reglas permiten a los lógicos afirmar que el cálculo proposicional (otro nombre de la lógica formal) es completo; eso quiere decir que los axiomas usados son suficientes para demostrar cualquier proposición verdadera o para justificar cualquier argumento válido. ¡Imagínate! La tabla 8-1 muestra algunas reglas filosóficas y sus significados.

Tabla 8-1: Reglas filosóficas

Nombre de la regla	***Forma lógica de la regla***	***Ejemplo en lenguaje corriente***	***Comentario***
Modus ponens	Si P entonces Q P ---- Q	Si llueve, entonces me mojo. Está lloviendo. Entonces me mojaré.	Sí, tienes razón. El argumento simplemente repite la afirmación original.
Modus tollens	Si P entonces Q No P/Q ---- No Q	Si hubiese leído el libro Filosofía para Dummies, hubiese aprobado el examen No leí el libro Filosofía para Dummies. Así que suspendí el examen.	¡Una lección vital muy útil!
Silogismo hipotético	Si P entonces Q Si Q entonces R ---- Si P entonces R	Si mi perro se despierta, tendré que darle de comer. Si doy de comer al perro tendré poner a hervir la tetera. Por lo tanto, si mi perro se despierta tendré que poner a hervir la tetera.	Las conclusiones pueden ser muy raras y, sin embargo, ser lógicas.
Silogismo disyuntivo	O P o Q No P ---- Q	O pescado o huevos revueltos. Pescado no. Así que huevos revueltos.	Muy útil, pero no muy impresionante.
Dilema constructivo	Si (P entonces Q) y (si R entonces S) O P o R ---- Entonces, o Q o S	Si vuelvo a llegar tarde al trabajo me harán preparar el café, y si el jefe está de mal humor me obligará a ordenar el armario del almacén. Es seguro que, o llego tarde al trabajo o el jefe está de mal humor. Entonces, o tendré que preparar el café o tendré que ordenar el armario del almacén.	¡Menudo dilema!

La contribución de Aristóteles fue ver que los argumentos tienen estructuras o formas diferentes y que sólo algunos de ellos conducen siempre y de forma fiable a conclusiones verdaderas. La lógica formal es, pues, muy simple: es el estudio de las formas de los argumentos.

En el lenguaje cotidiano se dice que los argumentos son válidos o que las conclusiones son ciertas con bastante ligereza, normalmente refiriéndose a que creen que el argumento es correcto o que la conclusión está justificada (esto es, que se apoya en la evidencia). Pero en la lógica filosófica, la validez es otra cosa. Se aplica sólo a los argumentos completos (no a las afirmaciones individuales o a las conclusiones) y significa simplemente que el argumento sigue las reglas de la lógica. ¿Y esto es importante? Pues sí, porque significa que un argumento puede ser filosóficamente válido, pero tener una conclusión falsa.

Decir la verdad a través de tablas

Una manera que tienen los lógicos y otros (las tablas de verdad son muy populares hoy en día entre los ingenieros electrónicos) de examinar un argumento es haciendo una lista de todos los valores posibles que el argumento pueda tener. ¿Confundido? No te preocupes. Las tablas de verdad son muy sencillas. Por eso son tan populares entre los ingenieros electrónicos. Una tabla suele contener varias filas y columnas; la fila superior representa las variables y combinaciones lógicas, en una complejidad creciente que conduce a la función final. Nuestra tabla no será muy compleja, no te preocupes. Sólo vamos a considerar el argumento:

¿Por qué usar símbolos?

Generalmente, en la lógica (como en las matemáticas) se usan símbolos en lugar de palabras. Esto, obviamente, simplifica las cosas y así ayuda a revelar la estructura de los argumentos, pero también hace que sea imposible aplicar el sentido común a lo que alguien dice o expone. Y se levanta la sospecha de que aquellos que gustan de presentar los argumentos filosóficos mediante símbolos también están encantados de tener un lenguaje privado con el que impresionar o incluso confundir a la gente.

Pero, para ser generoso, aquí tienes un ejemplo de un intento un tanto confuso de usar palabras para explicar la definición de validez: si un argumento es válido, entonces la proposición compuesta que consiste en la conjunción de todas sus premisas vinculadas con su conclusión por una implicación adicional es una tautología.

¡Dios mío! Ya ves que a veces los símbolos son mejores. Al menos queda claro que el uso de palabras no es garantía de claridad.

Si está lloviendo, entonces la hierba estará mojada.

Está lloviendo.

La hierba está mojada.

Lo que pasa con este argumento es que en realidad sólo tiene cuatro posibilidades. La tabla 8-2 las presenta todas. Es automático y salen las posibilidades.

Tabla 8-2: Cómo encontrar la verdad

Está lloviendo	***La hierba está mojada***	***Si está lloviendo, entonces la hierba estará mojada.***
Cierto	**Cierto**	
Cierto	**Falso**	
Falso	**Cierto**	
Falso	**Falso**	

La tercera columna se completa aplicando la regla y mirando cada línea, de cada mundo posible, para ver si funciona. La tabla 8-3 muestra la tabla completa.

Tabla 8-3: Cómo decir toda la verdad

Está lloviendo	***La hierba está mojada***	***Si está lloviendo, entonces la hierba estará mojada***
Cierto	Cierto	CIERTO
Cierto	Falso	FALSO
Falso	Cierto	FALSO
Falso	Falso	FALSO

¿Cómo he rellenado la tercera columna? Para que el argumento, o función, sea cierto, es imprescindible que esté lloviendo. Pero en la tercera y cuarta filas no está lloviendo, así que es falsa, sea cual sea el estado del césped. Dicho de otra manera, si no está lloviendo, aunque la hierba esté mojada no se demuestra que cuando llueve la hierba se moje. ¿Te parece mucha complicación para decir algo que es evidente? ¡Pues así es la lógica!

Arreglamos lo que Aristóteles hizo mal

La lógica de Aristóteles (conocida como lógica clásica) se usó sin muchos cambios durante casi dos mil años. Pero a finales del siglo xix y principios del xx los filósofos desafiaron la lógica, ya que tenía dos grandes defectos:

- ✔ Es incompleta. Sólo trata de algunos tipos de argumentos deductivos de los muchos posibles.
- ✔ No es absolutamente fiable respecto a los argumentos deductivos que trata.

na tercera objeción a la lógica clásica es que Aristóteles simplemente supuso que el sujeto de una premisa, como en "todos los gatos tienen bigotes", existía. Los lógicos posteriores han querido evitar esta suposición, y han cambiado el sentido a: para todo X, si X es un gato, entonces X tiene bigotes. Por sí mismo, esto produce una brecha entre el lenguaje común y el de la lógica.

Existe otro debate sobre si los sujetos pueden ser predicados o no. Tomemos, por ejemplo, la afirmación "Mi pelo es un desastre": "mi pelo" es igual a "desastre". En este caso, el sujeto es el pelo y la propiedad "ser un desastre" es el predicado. Pero dada esta igualdad, "ser un desastre" también podría ser el sujeto de una oración. Si pregunto "¿Qué es un desastre?", alguien quizá me puede responder "un desastre es tu habitación". ¡La distinción entre sujeto y predicado se derrumba! ¡Hurra! ¡Dejemos que todo sea igual y relativo y, por qué no, pongámonos también una flor en el pelo! Pero Frege y Russell, entre otros, creían necesario intentar solucionar esta ambigüedad, y de ahí viene la lógica moderna.

El desarrollo de la lógica moderna

La lógica moderna es, por supuesto, mucho mejor que la vieja. El sistema de Aristóteles sólo nos permite tratar con dos premisas (que constan de tres términos) a la vez. La lógica moderna nos permite ampliar hasta cualquier número las premisas hasta construir argumentos monstruosos y, de hecho, nos permite juntar cualquier número de términos en larguísimas proposiciones.

MAZAZO A LA JERGA

El nuevo tipo de lógica, la lógica moderna, se compone de varias nuevas cosas que suenan bastante desagradables, como el cálculo proposicional y el cálculo de predicados. El *cálculo proposicional* trata de cómo se relacionan las proposiciones entre ellas, y el *cálculo de predicados* se refiere a la estructura interna de las proposiciones. Pero ¡eso no es todo! Existe también la *lógica modal*, que trata sobre la necesidad, la probabilidad y la posibilidad (algo es necesario, probable o solamente posible) y la *lógica tensa* o *temporal*, que tiene que ver con el tiempo; el pasado, el futuro y el presente.

Los filósofos suelen decir que la lógica moderna se inició en 1879, con Gottlob Frege (1846-1925) y con el trabajo adicional de Bertrand Russell (1872-1970) en el siglo xx. Aristóteles estaba interesado en la estructura de las oraciones, pero gran parte de la lógica moderna intenta tratar las oraciones como proposiciones y unidades que luego pueden ser manipuladas, por lo general usando los símbolos

y la notación.

Los principales símbolos y notación que necesitas son:

- ✔ Y: o, para darle un nombre más chulo, conjunción.
- ✔ O: disyunción.
- ✔ No: negación.
- ✔ Si... entonces: condicional.
- ✔ Sii (o syss): bicondicional.

Existen un montón de símbolos extraños para representarlos, en función de las fantasías de los filósofos. En lógica, la “o” es inclusiva, permite que ambas posibilidades sean ciertas. Si un lógico te pregunta si quieres zumo de naranja o té, y le respondes: “sí, gracias” no te sorprendas si te sirve una desagradable mezcla. Y otra cosa confusa es el que el condicional, el “si... entonces”, no implica ningún tipo de relación, ni causal ni de otro tipo.

La pregunta de en qué medida la lógica es realmente el modo en que la gente razona está en el centro de la filosofía occidental contemporánea. Por ejemplo, la definición de “validez” que se usa en la lógica formal estándar es que no es posible que las premisas de un argumento sean ciertas y la conclusión sea falsa.

Según esta modesta asunción, tienes que apechugar con algunas consecuencias extrañas e incluso un poco ridículas. La primera es que ningún argumento con premisas inconsistentes es válido, independientemente de cuáles sean sus conclusiones. Por ejemplo, si la primera premisa es “la nieve es blanca”, y la segunda es “la nieve a veces no es blanca”, de ellas puede deducirse lógicamente que la luna es un globo, porque las premisas inconsistentes conducen a cualquier conclusión.

El bueno de Gottlob Frege (1848-1935)

El objetivo del lógico alemán Gottlob Frege era demostrar que las matemáticas podían reducirse a la lógica, y que eso sólo dependía de la pura razón. Se afirma que éste fue el primer sistema formal, que diferenciaba entre axiomas y reglas de inferencia. Con el fin de definir los números, hizo algunas declaraciones lógicas complicadas, como ésta sobre los números cardinales: “La clase de todas las clases que le son coordinables”, y muchos otros en los que no hace falta que entremos aquí más que para decir que en el proceso hizo una considerable contribución al estudio de los fundamentos de la aritmética. Esta definición de los números cardinales, por cierto, se limita a decir que si por ejemplo tienes tantos cuchillos en la mesa como tenedores, sabes que tienen el mismo número de unos y otros sin necesidad de contarlos.

Los lógicos consideran sus *Fundamentos de la aritmética* (1884) un clásico de la filosofía. El libro deja de lado los esfuerzos anteriores para explicar los números y las matemáticas. En el proceso de examinar la naturaleza de los argumentos deductivos, Frege también ofrece una manera de ver la naturaleza del lenguaje; él distingue entre el sentido de una palabra (que es objetivo y determina su valor de verdad) y su denotación, que es subjetiva y tiene que ver con el contexto en el que aparece la palabra. Además de eso, explora la referencia de la palabra. El ejemplo imperecedero es el planeta Venus, que por lo general aparece en el cielo nocturno dos veces, al amanecer y al atardecer, y que antiguamente era llamado tanto la Estrella de la Mañana como la Estrella de la Tarde. Por lo tanto, la palabra Venus tiene dos sentidos, pero sólo un referente.

Otra cosa fantástica es que si una conclusión es necesariamente verdadera, entonces el argumento es válido con independencia de cuáles fuesen sus premisas. Esto se debe a que no existe ninguna circunstancia en la que la conclusión pueda ser falsa y las premisas verdaderas, porque la propia conclusión no puede ser falsa. Por ejemplo, "si los gatos pueden volar en escobas, entonces los perros pueden conducir autobuses" es una inferencia perfectamente válida, porque una afirmación falsa implica cualquier conclusión posible. (Porque la única manera de hacer que "Si P entonces Q" sea falsa es encontrar una situación en la que P sea cierta y Q falsa, algo que nunca podrá suceder en este caso.)

Ordenar términos y demostrar argumentos

En la argumentación cotidiana hay mucho que puede expresarse filosóficamente.

La mayoría de los desacuerdos se centran en un hecho o afirmación, y el argumento procede volviendo hacia atrás, por así decirlo, ofreciendo razones sobre por qué la afirmación es verdadera o falsa, según el punto de vista del que habla. Los filósofos suelen presentar los argumentos como una serie de afirmaciones (proposiciones) que son verdaderas o falsas en sí mismas, junto con una conclusión. Entonces el filósofo juzga si las afirmaciones implican o necesitan lógicamente la conclusión. Esto no sólo depende de la verdad de las proposiciones mismas, sino de la estructura del argumento. Un ejemplo que les encanta demuestra que Sócrates es mortal. Hace así:

Sócrates es un hombre. (Primera proposición)

Todos los hombres son mortales. (Segunda proposición)

Sócrates es mortal.

Aristóteles examinaba la estructura de los argumentos de este tipo, y decidía si eran sólidos o no (un argumento sólido es el que preserva la verdad; es decir, que si hacemos que las hipótesis sean ciertas, hace que la conclusión también lo sea) empezando así la fascinación filosófica por la estructura de los argumentos.

¡Dios mío! ¡Me parece que se aproxima un diagrama de Venn! Echa un vistazo a la figura 8-1:

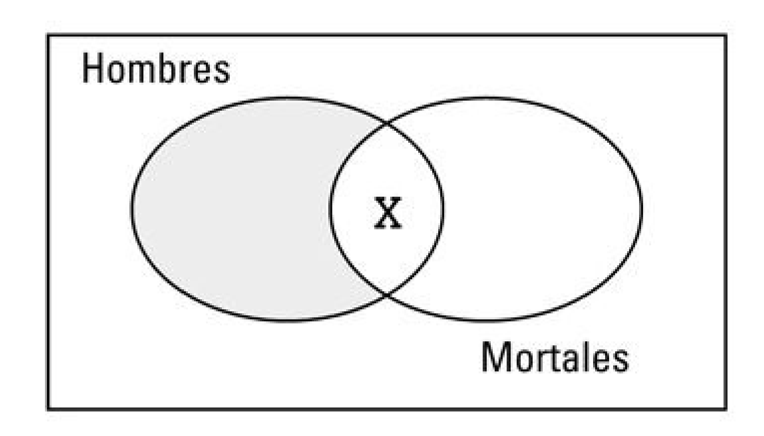


Figura 8-1: El obligado diagrama de Venn

Esto sólo dice lo mismo en forma de diagrama. Un círculo representa un conjunto, por ejemplo, el conjunto de los mortales, y podemos usar el sombreado, como hacemos aquí, para indicar que la categoría de los hombres que no son mortales está vacía; es decir, que no tiene miembros (en cambio, si la hubiésemos dejado sin sombrear, no querría decir nada). Sócrates me proporciona todos los miembros que necesito para llenar el diagrama. Está justo en el medio porque es un miembro del conjunto de los hombres y del conjunto de los mortales (lo he representado con una pequeña x). Quizá aquí el diagrama no sirva de mucho, aunque puede servir para decorar un poco los libros de lógica, pero puede que te sorprenda saber que los diagramas de Venn también pueden ser una poderosa herramienta para lidiar con la complejidad de ciertos tipos de argumentos, especialmente los silogismos un poco absurdos.

Detectar falacias

En lógica, una *falacia* es un argumento no válido, un argumento en el que es posible que las premisas sean verdaderas y la conclusión falsa. Así que está claro que hay que evitarlos. En el lenguaje cotidiano a menudo se usa la palabra "falacia" para referirse a argumentos que se consideran falsos porque no se está de acuerdo con una u otra de sus premisas. La frase: "Es una falacia decir que pagar el paro incentiva la pereza" es, probablemente, una crítica a la siguiente argumentación informal:

Si la gente gana dinero sin tener que trabajar, entonces se vuelve perezosa.

El paro es una forma de ganar dinero sin tener que trabajar.

El paro incentiva la pereza.

Falacias de la implicación material

¡Qué frase tan altisonante! Pero en realidad es bastante mundana. La *implicación material* es justo la afirmación lógica de que no puedes tener P y sin embargo no tener Q. Esto significa que siempre que P es cierto, entonces Q también lo es. P implica Q. Bertrand Russell inventó el término, y los lógicos lo odiaron por ello, porque lógicamente hablando no implica nada, ni materialmente ni de ninguna otra forma. Pero vaya, éste no es nuestro problema.

He aquí dos formas válidas de implicación material para entrenar tus habilidades simbólicas.	Si P entonces Q. Si Q entonces R. ---------- Si P entonces R.	Si P entonces Q. Si P entonces R. ------------ Si P entonces (Q y R).
Y aquí dos formas no válidas de implicación material para que nunca más vuelvas a tropezar con ellas.	Si P entonces Q. Q ---------- P	Si P entonces Q. No P ------------ No Q

¿Qué tienen de no válido estas dos últimas formas? Bueno, la primera de ellas, "Si P entonces Q", seguida de Q, es errónea porque puede ser verdad por una razón distinta a que P sea verdadero. Piensa en "Si llueve la hierba se moja", seguido del hecho de que la hierba esta mojada. Sí, es cierto que si llueve la hierba se moja, y sí, la hierba está mojada. Pero en realidad puede ser que esté mojada porque el vecino ha vuelto a encender el aspersor. El segundo argumento inválido dice que, como "no está lloviendo", entonces también sabemos que "la hierba no está mojada", pero en realidad podría estar mojada por otro

motivo, por ejemplo el riego del aspersor.

Aquí, el argumento gira alrededor de “si la gente puede ganar dinero sin trabajar entonces se vuelve perezosa”, que parece plausible cuando se entiende como “algunas veces, cuando la gente gana dinero sin trabajar, se vuelve perezosa”, pero no tanto si se entiende como que eso ocurre siempre o en todos los casos.

Pero en la lógica, “si X, entonces...” es una función absoluta y automática, igual que lo es para todos los que diseñan circuitos electrónicos o cosas así (cuando los programadores escriben “Si x = 2, entonces día = martes”, no se planean dejar abierta la posibilidad de que x sea igual a 2, pero el día resulte ser lunes).

Por cierto, ya que hablamos del tema, el filósofo británico John Stuart Mill, famoso por ser un experto tanto en lógica como en las cuestiones del bien y del mal, consideraba que este argumento en particular era realmente sólido, usándolo para alertar sobre los peligros de que el Estado tratase de ayudar a determinados grupos sociales. Existen un montón de falacias y argumentos dudosos, así que echemos un vistazo a algunos de ellos.

Falacias falaces y tácticas de la argumentación informal

La *argumentación* es el proceso de proporcionar razones para apoyar una posición. En la práctica, las razones a menudo se limitan a presentar autoridades que afirman lo mismo que se defiende; quizá sea gente importante, o libros importantes o, por supuesto, el mismísimo Dios.

He aquí media docena de tácticas legítimas:



- ✔ *Reductio ad absurdum*. Reducir al absurdo en latín. Es el proceso de coger el argumento del contrario y demostrar que conduce lógicamente a conclusiones absurdas.
- ✔ Afirmar el antecedente. En un argumento de la forma si P entonces Q (P, por lo tanto Q). Por ejemplo éste: “Si es otoño, entonces las hojas caen de los árboles.” Afirmas que es otoño; por lo tanto las hojas caen de los árboles. Aunque sea válido, el argumento no es muy diferente de la táctica ilegítima descrita más adelante como “petición de principio”. Aristóteles lo llamó *modus ponens*.
- ✔ Por otra parte, negar el antecedente (por ejemplo, diciendo que si es otoño, entonces las hojas se caen de los árboles, pero no es otoño, por lo que las hojas no caen de los árboles) es una falacia, porque los árboles pueden perder sus hojas por muchas otras razones (como una sequía, por ejemplo).
- ✔ La negación del consecuente. Un argumento de la forma si P entonces Q (P, por lo tanto Q): Si

comes demasiados pasteles de crema engordas. No estás gordo, así que no has comido demasiados pasteles de crema. A pesar de que los argumentos con esta forma son técnicamente válidos, está claro que se trata de una verdad más lógica que práctica. Aristóteles lo llamó *modus tollens*.

- ✔ Analogías. Hay quien dice que los experimentos mentales son una forma de analogía, y es cierto que se puede usar el término en este sentido. Una analogía es simplemente una comparación en la que afirmas que algo es como otro en algún aspecto importante.
- ✔ Contraejemplo: Un tipo especial de analogía que desafía o incluso demuestra la falsedad de lo que alguien ha afirmado.
- ✔ Entimema o premisas suprimidas. Éstos son los argumentos a los que hay que añadir las premisas adicionales para que sean válidos, como "Fumar en los bares afecta a la gente, ya sea fumadora o no; por lo tanto debería estar prohibido". Aquí las premisas adicionales son que "el efecto del tabaco sobre la gente es malo" y "las cosas malas tienen que prohibirse".

Y aquí doce tácticas ilegítimas que se usan a menudo:

- ✔ Afirmar el consecuente. Es un error sorprendentemente común de la forma si P entonces Q (P, por lo tanto Q). Si es otoño, las hojas caen de los árboles. Las hojas caen de los árboles; por lo tanto es otoño. Es un error porque las hojas pueden caer de los árboles por otras razones, como por una sequía. Una falacia relacionada bastante común es la que a veces se conoce como de correlación espuria, que consiste en asumir que por el hecho de que dos cosas vayan a menudo de la mano tiene que existir algún vínculo entre ellas.
- ✔ Petición de principio. La falacia de asumir la premisa que precisamente está en cuestión. Así que la conclusión es una de las premisas en un argumento que supuestamente estaba destinado a probar que eran ciertas. Es una forma de razonamiento circular.
- ✔ La falsa dicotomía. Ofreces sólo dos opciones cuando en realidad hay otras posibles.
- ✔ Equivocidad y ambigüedad. Se utiliza una palabra o frase que tiene dos o más significados como si sólo tuviera uno. Existen varios tipos de ambigüedad: la léxica se refiere a palabras individuales, la ambigüedad referencial tiene lugar cuando el contexto es poco claro y la ambigüedad sintáctica resulta de confusiones gramaticales.
- ✔ *Non sequiturs* y falacias genéticas. Del latín, significa "aquello que no se sigue". Consisten en presentar afirmaciones de un modo que sugiere que se derivan lógicamente las unas de las otras cuando en realidad no existe tal relación. La falacia genética es a la vez una especie de *non sequitur* y un producto de la ambigüedad. Se asumen ciertas cosas retrocediendo hacia el principio del argumento, aunque en realidad no se puede establecer un vínculo necesario entre la situación actual y la que se afirmaba en un principio.
- ✔ Alegato especial. Usar valores o normas contra la posición de otros que no se aplican a la propia.
- ✔ *Wishful thinking* (o Pensamiento Alicia). Asumir la verdad de ciertas conclusiones sólo porque se desea que sean ciertas. Apelar a la opinión mayoritaria para apoyar una afirmación fáctica es un

tipo de *wishful thinking*.

✔ Pistas falsas. Introducir una cuestión o argumento secundario irrelevante en una discusión y, de ese modo, permitir que la cuestión principal siga sin examinar. Al parecer, antiguamente los cazadores usaban pistas falsas para que los perros persiguiesen a los zorros.

✔ Argumentos del hombre de paja. Presentar y atribuir una posición débil o absurda a un oponente y proceder a demolerla.

✔ Ataques *ad hominem*. Del latín, “al hombre”. Éstos son comentarios que no se dirigen al tema en cuestión sino al adversario personal. (Aunque a veces también se usa para referirse a la táctica legítima de exponer una inconsistencia en el argumento del adversario.)

Otra variedad de ataques *ad hominem*, que tiene lugar antes de que introduzcas el argumento principal, es el que se conoce como “envenenar el pozo”. También existe la llamada “táctica de la mala compañía”, en la que criticas la posición del oponente por su supuesta asociación con otro punto de vista. Los nazis aparecen a menudo en los argumentos con este propósito.

✔ Humpty-Dumpty. Por el personaje en forma de huevo de Lewis Carroll que está sentado en una pared, e insiste:

“Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty en un tono de voz más bien desdeñoso— quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.”

✔ Autocontradicción. La desafortunada tendencia de un argumento pobre de dispararse, sin darse cuenta, a su propio pie.

Examinar declaraciones sin sentido

Hay un montón de posibles afirmaciones sin sentido, pero por alguna razón los filósofos se interesan en algunos ejemplos determinados. A menudo recurren a este famoso ejemplo inventado por el filósofo estadounidense del lenguaje contemporáneo, Noam Chomsky: “Las ideas verdes incoloras duermen furiosamente”. Se supone que este ejemplo demuestra que incluso cuando se siguen las reglas del lenguaje diario, ordinario (la gramática), puede suceder que las palabras no tengan sentido.

Sin embargo, los lógicos no están muy interesados en declaraciones sin sentido como ésta, sino que se interesan en aprobar o descartar ciertos tipos de temas según sean o no temas adecuados para tratarlos como argumentos lógicos. Por ejemplo:

> ✔ ¿Los seres humanos tienen libre albedrío o están programados como máquinas biológicas?
>
> ✔ ¿Somos algo más que cuerpos? ¿Los humanos tenemos alma o mente?
>
> ✔ ¿Existen los dioses? ¿Ni siquiera uno?
>
> ✔ ¿Hay vida después de la muerte, como le gustaría creer a la gente religiosa?

Estas preguntas todavía no han sido respondidas. Y tal vez tú tampoco puedas responderlas, lo que parece suficiente para que haya quien defienda que es inútil, e incluso sin sentido, planteárselas. Un grupo de filósofos conocidos como los positivistas lógicos, centrados en Viena, en Austria, poco antes de la segunda guerra mundial (y que también son conocidos como el Círculo de Viena) insistía en que estas preguntas no son adecuadas. Pensaban que los filósofos sólo deberían tener en cuenta cuestiones que, o bien la lógica o bien la ciencia empírica, pudiesen responder. Por supuesto, esto redujo enormemente la carga de trabajo de los filósofos. Pero también dejó de lado la mayoría de las preguntas que preocupan a la gente.

Capítulo 9

Comprender el conocimiento

En este capítulo:

- Buscamos un mínimo de certidumbre con Platón y Descartes.
- Discutimos con Locke y Leibniz.
- Clasificamos algunas formas diferentes de conocer las cosas.

> *La totalidad de lo que llamamos nuestro conocimiento, o creencias, desde las más casuales cuestiones de la geografía y la historia hasta las más profundas leyes de la física atómica o incluso de la matemática o de la lógica puras, es un tejido hecho por el hombre y que no está en contacto con la experiencia más que a lo largo de sus lados.*

Willard Quine, *Dos dogmas del empirismo*

En este capítulo analizamos en detalle lo que los filósofos quieren decir cuando hablan de “conocimiento”, una disciplina a la que llaman pomposamente “epistemología”, y el debate entre los que piensan que el conocimiento se puede encontrar observando y examinando cuidadosamente el entorno y los que piensan que el conocimiento proviene de una reflexión igualmente cuidadosa sobre las ideas. El gran abanderado de este punto de vista es Descartes, cuyas opiniones se exponen en detalle más adelante en este capítulo.

Establecer las bases de conocimiento

Las creencias son muy importantes. Como dice un filósofo contemporáneo, Tom Morris, son el mapa que nos guía por la vida. Como tal, es importante que el mapa sea exacto, porque si no podemos perdernos sin remedio. El problema de intentar saber si nuestro mapa vital es exacto o no es el mismo problema que de sentar las bases del conocimiento.

La mayoría de las teorías filosóficas del conocimiento tienen tres componentes esenciales. Antes de poder decir que sabes algo:

- ✔ Tienes que creer que es así.
- ✔ Debes tener buenas y relevantes razones para sostener tu creencia.
- ✔ Lo que crees tiene que ser realmente cierto.

Si cumples todos los requisitos, entonces se puede decir que sabes algo. Parece bastante seguro, ¿verdad? Pues no lo bastante.

Hace miles de años el filósofo más famoso de todos, Platón, explicó perfectamente el problema del conocimiento en su pequeña obra *Teeteto* (líneas 201c-210d, por si quieres buscarlo). El problema ha dejado perplejos a los filósofos desde entonces. En todo caso, se les ha vuelto un poco más molesto desde el interés en el siglo xx por la filosofía analítica. (Analítica es como se califica a la gente a la que le gusta examinar las cosas; en este caso, a los filósofos que gustan de examinar las frases para buscar el significado exacto de las palabras. Tienes más información al final del capítulo 5.) Casos problemáticos como el de "La vaca en el campo" sugieren que los filósofos necesitan una definición distinta de conocimiento. A pesar de que todo el conocimiento tenga que ser verdadero, también las creencias justificadas, aunque no sean todas ciertas, parecen ser conocimiento. Así que los filósofos dicen que necesitamos una explicación más complicada.

La vaca en el campo

Imagina un granjero, el granjero Romero, preocupado por su querida vaca *Paca*. Imagina que está tan preocupado por ella que cuando el lechero le dice que *Paca* está en el campo, pastando feliz, el granjero Romero le dice que tiene que saberlo a ciencia cierta. No quiere estar sólo el 99 % seguro de que su vaca *Paca* está bien, quiere poder decir que sabe seguro que su vaca *Paca* está bien.

El granjero Romero va al campo y, de pie junto a la verja, ve a lo lejos, detrás de unos árboles, una silueta blanca y negra que reconoce como su vaca favorita. Vuelve a la lechería y le dice a su amigo que su vaca está en el campo.

Pero aquí surge la duda filosófica. ¿El granjero sabe realmente que la silueta que vio entre los árboles es su vaca? Pues tal vez sí, y tal vez no.

Entonces el lechero dice que él también lo quiere comprobar y se va al campo. Allí encuentra a la vaca *Paca* durmiendo una siesta en un hueco detrás de un arbusto que no puede verse desde la verja. Ve también un enorme papel blanco y negro que se había quedado atrapado en un árbol. Esto se vuelve un poco raro. La vaca *Paca* está en el campo, como creía el granjero Romero. Pero ¿tenía razón el granjero Romero al decir que sabía dónde estaba?

Puedes pensar que la respuesta es que no, porque la creencia del granjero se basaba en una percepción equivocada, así que no puede contar como conocimiento verdadero. Sin embargo, en este ejemplo:

- ✔ El granjero Romero creía que la vaca estaba a salvo.

✔ El granjero Romero tenía pruebas de que esto era así (su creencia estaba justificada).

✔ Es cierto que su vaca estaba a salvo.

Y normalmente todo esto es suficiente para que algo cuente como conocimiento. Sin embargo, puede que sigas creyendo que el granjero no sabía realmente que su vaca estaba en el campo.

Fuente: Adaptado de *101 problemas de filosofía*, Martin Cohen (Routledge, 1999).

Los filósofos han usado la táctica de tratar de agregar una regla adicional como la de que ninguna opinión (aunque sea, de hecho, cierta) cuenta como conocimiento cuando está basada en una creencia falsa. Pero entonces, ¿cómo sabemos qué creencias son falsas? Y de todos modos, este enfoque parece descartar demasiadas de esas cosas que gustamos de llamar conocimiento porque en la práctica nos son muy útiles. Otros filósofos se han movido en la dirección opuesta y han tratado de prescindir del primer requisito (el que dice que hay que creer que algo es así), permitiendo a la gente saber cosas sin tener que creerlas necesariamente. Y todavía hay otros que han pretendido que el criterio del conocimiento sea algo más que el de ser una simple creencia, sugiriendo en cambio que lo que se requiere es que sea aceptada, sea la que sea...

La cuestión de cómo encontrar una mínima certidumbre es uno de los grandes temas fundamentales de la filosofía, tal como la practicaban los antiguos griegos y como la presenta Platón en el *Teeteto*, donde detalló los tres requisitos pero dejó a los filósofos posteriores la tarea de resolver el problema. Por desgracia, ¡nadie lo ha hecho! Y todavía tenemos que preguntarnos si la gente (o los pollos) saben realmente algo cuando afirman saberlo.

Así que los filósofos siguen preocupados por saber qué es lo que cuenta como conocimiento, y se han tenido que conformar con establecer algunas reglas:

> ✔ Ajustar los límites del conocimiento: qué preguntas deben plantearse los filósofos y cuáles deben considerar imposibles de responder.
>
> ✔ Apreciar el verdadero papel de la ciencia. Porque también aquí hay límites. Por ejemplo, ¿hasta qué punto debería ceder el sentido común ante las teorías científicas cuando éstas dicen que el colorido mundo de los objetos sólidos es en realidad un espacio casi vacío del todo y lleno de partículas incoloras?

Como dijo Willard Quine en *Los caminos de la paradoja y otros ensayos*:

> *“Soy un objeto físico sentado en un mundo físico. Algunas de las fuerzas de este mundo físico inciden sobre mi superficie. Los rayos de luz golpean mis retinas; las moléculas me bombardean los tímpanos y los dedos. Yo devuelvo el golpe, emanando ondas concéntricas de aire. Estas ondas toman la forma de un torrente de discursos acerca de las tablas, las personas, las moléculas, los rayos de luz, la retina, las ondas de aire, los primeros ministros, clases infinitas, la alegría y la tristeza, el bien y el mal”.*

Intentamos pronunciar “epistemología”

A veces se oye decir (sobre todo en las conferencias de filosofía, en los bares se oye un poco menos) que los siglos XVII y XVIII fueron los de la epistemología. Era la época de Descartes rumiando en su habitación sobre la cuestión de qué conocimiento es realmente cierto, y una época que también vivió un renovado interés en el escepticismo, en la filosofía de escépticos de la Antigua Grecia como Pirrón. Estos filósofos argumentaban que la gente sabía muy poco, y que en la mayor parte de lo que creían que sabían estaban equivocados. Tuvieron influencia en la filosofía de Platón, que por ellos tuvo que idear una distinción entre los tipos de cosas de las que creía que podíamos estar seguros y las cosas que simplemente creíamos que eran ciertas (un tipo de conocimiento al que él llamó *doxa*).

Aristóteles consideraba que el asunto era más simple, y decía que cuando tenemos razones buenas y relevantes para sostener nuestras creencias, tenemos un conocimiento fiable (que él llamaba *episteme*). Su única concesión a los dubitantes, de los escépticos a Platón, fue que las razones tienen que ser realmente buenas. De hecho, en esencia, saber algo significa creer en la conclusión de un argumento lógicamente válido.

Todo esto está muy bien, pero como los argumentos no son mejores que los supuestos asumidos al inicio, acabamos sin saber mucho más de lo que ya sabíamos de entrada; cosas como que la nieve es blanca o que 2 + 2 = 4, que Platón ya había reconocido como conocimiento (sobre todo en el diálogo de *La República*).

O sea que sí que existe algún tipo de acuerdo, algo que es bastante tranquilizador en las cuestiones sobre el conocimiento.

Saber cosas instintivamente

Llegamos al mundo equipados con un conocimiento instintivo. Sabemos cómo respirar, cómo dormir o digerir. Más tarde sabemos sonreír, hablar, reír, atarnos los cordones de los zapatos, guiñar un ojo y resolver teoremas lógicos complejos (bueno, al menos algunas personas). Pero esto no debe distraernos de la característica más importante de este tipo de conocimiento: es un tipo de conocimiento físico, considerado a veces como genético, y es sin duda un tipo de conocimiento que compartimos con los animales.

Pirrón y el cerdito filósofo

El primer gran escéptico del mundo antiguo fue Pirrón, que viajó por Europa en compañía de Alejandro Magno en el siglo iii a. C. Cuando regresó a Grecia, dio conferencias sobre su filosofía personal, que decía, en esencia, que la persona sabia es indiferente al mundo que le rodea. Una famosa historia que se cuenta de él dice que una vez, yendo en barco, se encontró atrapado en una violenta tormenta. La gente corría a su alrededor presa del pánico, mientras él se sentaba y los miraba impasible. Cuando alguien le preguntó cómo podía estar tan tranquilo, se supone que se limitó a señalar un cerdito que también viajaba en el barco y que comía tranquilamente mientras arreciaba la tormenta. El consejo de Pirrón era, por lo tanto, que los humanos tratasen de emular el sentido práctico del cerdito.

De todos modos, he aquí algunas de las diferentes maneras de saber que sabemos algo:

- ✔ Saber cómo. Es el conocimiento práctico sobre cuestiones prácticas. Existen varios niveles de conocimiento práctico. Primero tenemos las habilidades físicas (corporales), todas esas cosas instintivas, como comer o huir de los lobos. Después hay habilidades que tenemos que aprender, como esquiar o ir en bicicleta, o cuestiones tecnológicas como poner un DVD o llamar por teléfono. El *saber* cómo, por lo tanto, incluye cosas que hacemos sin pensar y cosas que tenemos que pensar para poder hacerlas, quizá memorizando reglas (como “pulsar el botón con el triangulito” o cosas así).
- ✔ Conocer hechos, amigos y la forma de atarnos los cordones. ¿Sabes cómo es un dolor de cabeza? ¿Sí? Y probablemente no es porque nadie te lo haya contado o porque hayas leído un libro sobre el tema. Del mismo modo, sabes que no te gustan las camisas amarillas pero sí que te gustan las verdes. Quizá sabes que el color verde te sienta mejor. Lo que sea. Éste es el segundo tipo de conocimiento, el conocimiento por hábito.
- ✔ Conocer por experiencia. De hecho, construimos la mayor parte de nuestro conocimiento a través de la experiencia (hábito y experiencia están estrechamente vinculados, y tal vez la principal diferencia es que el primero es más práctico y el segundo más teórico). Cuando éramos bebés pronto nos dimos cuenta de que el suelo era duro, al caernos, o que la hierba no es muy buena, al probarla. Cuando descubrimos algo así, podemos generalizarlo y puede convertirse en un conocimiento teórico o conceptual. Pero el conocimiento empezó con la experiencia.
- ✔ Saber qué. Éste es el tipo de conocimiento que interesa a los filósofos. Implica el lenguaje y los conceptos y básicamente excluye al resto del reino animal. Tu perro puede saber que cada noche encontrará su cena en un bol especial en el que pone “*Lolo*”, pero éste es sólo el tipo de conocimiento que llamamos por hábito. Los perros (al menos con lo que respecta a la filosofía) no saben nada.

En defensa de la intuición

La intuición es algo divertido. Por intuición la gente se refiere a la capacidad de obtener conocimiento sin ser capaces de presentar ninguna evidencia o razonamiento que lo respalde. Por ejemplo, “¡Yo sabía por intuición que escribir un libro para *Dummies* sería un mal paso en mi carrera!”. Suele decirse que las mujeres son más intuitivas que los hombres y hay quienes dicen que la intuición les ayuda a que les toque la lotería o a evitar accidentes de tráfico. Mucha gente dice que la intuición no es nada de lo que haya que presumir, que es mejor atenerse a los hechos. Pero también podríamos decir que la intuición es un tipo de procesamiento subconsciente de la información y los datos que tenemos, que tiene en cuenta detalles y señales mínimos en el entorno. Sería temerario depender sólo de lo que sabemos o recordamos conscientemente cuando tendemos a olvidar muchas cosas o no somos conscientes de la gran mayoría de la información que tenemos.

MAZAZO A LA JERGA

Y otro uso importante de la intuición es en la ética. Los filósofos incluso le dan un nombre especial: “intuiciones morales”. La gente puede sentir que algo está mal (o bien) sin poder explicar por qué lo siente así. A menudo la gente siente que algo está bien, pero vacila al sentir una duda, una intuición contraria. Anular todas las intuiciones morales seria propio de un filósofo temerario.

Desafío al empirismo y al racionalismo

Dedico todo el capítulo 7 a los distintos ismos. Pero aquí, para entender el empirismo y el racionalismo, es necesario tener en cuenta que existe una gran brecha que separa a los filósofos entre:

> ✔ Empiristas, que piensan que el conocimiento se obtiene a través de los sentidos.
>
> ✔ Racionalistas (a veces conocidos como idealistas), que piensan que el conocimiento se obtiene a partir de la reflexión sobre las ideas.

No digas que tal vez se obtenga de ambos, porque crearías una tercera categoría y con ella muchos más problemas. De hecho, esta brecha sólo tiene sentido de la misma manera que lo tiene dividir a los seres humanos entre una parte física y una mental que la dirige.

La cuestión filosófica tenía connotaciones religiosas y políticas. Por alguna razón, la mayoría de los empiristas eran británicos, y la mayoría de los racionalistas eran de la Europa continental, y eso da un aspecto más bien político a este debate filosófico, supuestamente abstracto.

Daremos a los empiristas el primer turno de palabra. Así que Locke da un paso al frente para defender la postura británica, sin ningún tipo de concesiones. Se supone que John Locke decidió escribir su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en 1689, después de un intenso debate entre amigos sobre un tema que no pudieron resolver satisfactoriamente. Esto explica en parte el tono firme de su ensayo. Empieza aconsejando a la gente que deje de entrometerse en asuntos que están por encima de sus capacidades naturales. Luego nos pide que supongamos que la mente es un papel blanco, limpio de cualquier inscripción, y entonces pregunta: ¿de dónde obtiene todos los materiales de la razón y el conocimiento? Su respuesta resume el punto de vista empirista: todo lo que sabemos proviene de la experiencia sensorial, y de la reflexión sobre la experiencia. Y sigue diciendo:

Racionalismo continental y racionalistas continentales

"Racionalismo" es un término paraguas que abarca una gran variedad de posiciones filosóficas. Lo único que tienen en común es la confianza en que la razón humana puede encontrar respuestas a todas las grandes preguntas filosóficas y es el camino hacia el auténtico conocimiento.

Como la mayoría de los filósofos británicos pensaban de otra forma, se empezó a usar el término "racionalismo continental" para referirse al continente europeo, excluyendo las islas Británicas. Bajo esta etiqueta se conoce a un grupo muy importante de filósofos, entre los que se encuentran René Descartes de Francia, Baruch Spinoza de Holanda, Immanuel Kant de Polonia (aunque se le suele considerar un filósofo alemán), y Gottfried Leibniz y G. W. F. Hegel de Alemania.

"Es opinión establecida entre algunos hombres, que hay en el entendimiento ciertos principios innatos; ciertas nociones primarias, caracteres, como impresos en la mente del hombre, que el alma recibe en su primer ser y que trae al mundo con ella. Bastaría, para convencer al desprejuiciado lector de la falsedad de semejante suposición, limitarme a mostrar (como espero hacer en las siguientes partes de esta obra) de qué modo los hombres, con el solo empleo de sus facultades naturales, pueden alcanzar todo el conocimiento que poseen sin la ayuda de ninguna

impresión innata y pueden llegar a la certeza sin tales nociones o principios innatos.”

Pero en seguida recibió una réplica continental. “¿El alma está vacía, como una tablilla en la que nada se ha escrito?”, se preguntaba Leibniz, en lo que muy acertadamente llamó *Nuevos ensayos sobre en entendimiento humano*. Y respondió:

“Nuestras diferencias son sobre temas de cierta importancia. Está la cuestión de si el alma en sí está completamente vacía como una tableta sobre la que nada se ha escrito [tábula rasa], como mantienen Aristóteles y el autor [John Locke], y si todo lo inscrito en ella proviene únicamente de los sentidos y la experiencia, o si el alma contiene desde el principio el origen de varias nociones y doctrinas, que los objetos externos despiertan sólo en ciertas ocasiones, como creo con Platón e incluso con los escolásticos, y con todos aquellos que encuentran este significado en el pasaje de san Pablo, donde afirma que la ley de Dios está escrita en nuestros corazones.”

A Leibniz (y a los otros) les preocupaba que si todo el conocimiento provenía originalmente de los sentidos físicos, entonces, ¡los hombres eran muy poco distintos de los animales! Como lo expresó Leibniz, en el mismo ensayo:

“... en este sentido el conocimiento humano difiere del de los animales. Las bestias son puramente empíricas y se guían únicamente por ejemplos, porque, en la medida en que somos capaces de juzgar, nunca se las arreglan para formar proposiciones necesarias, mientras que el hombre es capaz de un conocimiento demostrativo. En esto, la facultad que tienen las bestias de inferir consecuencias es inferior a la razón de los seres humanos.”

Eso es cierto: los animales son malos en filosofía.

Las impresionantes deducciones de Descartes

René Descartes nació en Poitiers, Francia, en los últimos años del siglo xvi y aunque la mayoría de sus contemporáneos tenía aficiones prácticas como las excavaciones o juguetear con sustancias químicas, Descartes era mucho más intelectual (aunque se alistó en el ejército), y prefirió continuar sus investigaciones utilizando los conocimientos de las matemáticas y del riguroso razonamiento lógico; por eso a menudo se le considera el padre de la filosofía moderna. Su libro más influyente, *Meditaciones*, describe las preguntas que se hacía a sí mismo mientras meditaba en su bonita habitación. Pensó que con el tiempo podría encontrar la respuesta a la pregunta "¿Qué es lo que sé con certeza?" en la certidumbre de la conciencia de sus propios pensamientos, resumida en su célebre *Cogito ergo sum* ("Pienso, luego existo"). Pero éste no aparece en las *Meditaciones*, aunque en su "Respuesta a las segundas objeciones" afirma: *Ego cogito, ergo sum, sive existo*, que dice más o menos lo mismo pero de un modo un poco más complicado y merecidamente olvidado.

Esta afirmación era, así lo creía René, algo que realmente sabía, y no sólo algo que creía. Ha sido muy influyente, afectando la manera que tenemos de ver el mundo, básicamente a peor, pero eso ya es otra historia, en parte ética y política, así que de momento más vale que nos centremos en el pensamiento de Descartes.

La segunda meditación de Descartes

Descartes comienza su segunda meditación (no exactamente una meditación en el estricto sentido místico, sino más bien un largo período de reflexión filosófica) sacando las conclusiones de su primera meditación, aquella en la que trata de separar en su mente las cosas que realmente sabe de las cosas que sólo cree y en la que termina rechazándolo todo.

> *"Supongo que todas las cosas que veo son falsas; estoy persuadido de que nada de lo que mi memoria, llena de mentiras, me representa, ha existido jamás; pienso que no tengo sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar son quimeras."*

Las quimeras, por cierto, son una especie de animal imaginario formado por el cuerpo de una leona con cabeza de cabra y con una serpiente por cola. ¡No querrás estar cerca de estas cosas! Entonces Descartes argumenta que incluso si todas sus creencias anteriores son falsas (y no sólo dudosas) al menos una de sus viejas creencias *tiene* que ser verdad.

> *"¿Resultará que yo tampoco existo?... hay cierto burlador muy poderoso y astuto que dedica toda su industria a engañarme siempre. No cabe, pues, duda alguna de que yo soy, puesto que me engaña; y, por mucho que me engañe, nunca conseguirá hacer que yo no sea nada mientras yo esté pensando que soy algo. De suerte que, habiéndolo pensado bien y habiendo examinado cuidadosamente todo, hay que concluir por último y tener por constante que la proposición siguiente: "'yo soy, yo existo', es necesariamente verdadera, mientras que la estoy pronunciando o concibiendo en mi mente."*

Pero Descartes no soñaba despierto, cruzado de brazos en su bonita habitación. ¡De ningún modo! Esto

es una deducción filosófica. Y el argumento formal (que él no expresa formalmente) es algo como esto:

Si no estoy siendo engañado, entonces existo.

Si estoy siendo engañado, entonces existo.

Existo esté siendo engañado o no esté siendo engañado.

------------------------ *(Por lo tanto)*

Existo.

Esto es un silogismo (en el capítulo 8 tienes más información sobre ellos). El argumento es, sin duda, muy convincente. Sin duda es válido, como vemos si usamos la misma estructura para algo menos dramático.

Si es lunes, entonces en la cafetería sirven sorpresa de verduras para almorzar.

Si no es lunes, entonces en la cafetería sirven sorpresa de verduras para almorzar.

Es lunes o no es lunes.

En la cafetería sirven sorpresa de verduras para almorzar.

El supuesto fundamental es el segundo, "Si estoy siendo engañado, entonces existo" (el otro, el de "si no es lunes, entonces en la cafetería sirven sorpresa de verduras para almorzar", no es tan importante). Éste es el supuesto interesante, pero en realidad no es original de Descartes. Lo sugirió el filósofo, muy anterior, san Agustín (354-430), quien dijo: *Fallor, ergo sum*, para quienes gustan de memorizar frasecitas en latín para impresionar a la gente. En realidad, esto no significa "Pienso, luego existo', sino 'Si me equivoco, al menos soy", que es una frase mucho más útil. Por ejemplo, cuando suspendes un examen con un 2 (que es la nota con que me parece que suspendí el de lógica), puedes escribir *Fallor, ergo sum* al final y seguro que te sientes un poco mejor.

CONSEJO Es importante ver que el quid de los argumentos de Descartes y san Agustín es que mientras piensan (da igual si están siendo engañados o si están completamente acertados en sus creencias), existen.

Esta idea es un poco ambigua, porque se podría entender que para existir hay que estar pensando, algo que obviamente no es cierto (puedes estar dormido, por ejemplo). Pero aunque le demos a Descartes el beneficio de la duda, sigue habiendo una ambigüedad que no se puede dejar de lado.

MAZAZO A LA JERGA La gran idea de Descartes, el pilar fundamental para construir un sistema fiable de todo el

conocimiento, es que, al menos, es consciente de su existencia mientras sea consciente de sus pensamientos. Pero dicho así, es obvio que no puede estar en absoluto seguro de que estos pensamientos le pertenecen. Había hecho mejor suponiendo que:

Si hay un pensamiento, entonces hay un pensador.

Hay un pensamiento.

Hay un pensador.

Por desgracia, un argumento de este tipo no prueba que Descartes existe, sino sólo que hay un pensador, que podría resultar ser otra persona. ¿Suena raro? Pues piensa en un unicornio y date cuenta de que eso no hace que el unicornio exista (al menos, en un sentido normal). Pero tal vez (como esperaba Descartes) su razonamiento podría servir como prueba de la existencia de Dios, si todo lo que necesita Dios para existir es ser puro pensamiento.

Una semana de ensueño en la bonita habitación del perezoso Descartes

Las *Meditaciones* de Descartes tenían mucho que ver con la persona de Descartes. Cuando se imprimió por primera vez, se presentó como un conjunto de gente famosa hablando sobre un nuevo ensayo, las *Meditationes de Prima Philosophia* de Renatus Des Cartes (porque Descartes, que era francés, decidió que quería firmar con una especie de floritura latina). Entre los famosos invitados a comentar los esfuerzos filosóficos de Descartes se encontraba Thomas Hobbes, el filósofo inglés, que acusó al francés de no "dudar realmente de todo" a pesar de sus pretensiones. Descartes se sacudió esta objeción a la ligera, diciendo enérgicamente que él sólo había mencionado la enfermedad de la duda con espíritu médico, y pretendía mostrar acto seguido cómo curarla, y que por lo tanto no tenía intención de dudar de todo. (Y, quizá consciente de los comentarios recibidos, Descartes añade en el prólogo de las *Meditaciones* que su libro no pretende ser conveniente para "los intelectos más débiles".)

Así que, ¿al final qué descubre Descartes tras todas sus meditaciones? Básicamente, la idea de que nuestros sentidos, después de todo, son fiables siempre y cuando seamos prudentes con las conclusiones que sacamos de ellos. Por supuesto, Descartes no soñó sus ideas en seis días de encierro en su habitación; más bien parece que se formaron lentamente durante tantos años como días que, según cuenta en el libro, le tomaron sus meditaciones. La atractiva idea de una habitación con una estufa de leña y una semana de reflexión sólo es un recurso literario, y muy exitoso, por cierto. A lo que hay que añadir que todo el proceso de iluminación tiene connotaciones religiosas (de los jesuitas) y también las tiene, muy particularmente, la elección de los seis días. Dios creó el universo en ese mismo tiempo, y Descartes, modestamente, se propone algo similar.

Así es como va el libro, en mi propia versión esquemática:

> ✔ En el primer día, Descartes entra en el terrorífico mundo de la nada al permitir que todo sea

desconocido e incierto.

- ✔ En el segundo día, calma sus temores al pensar que, al menos, sabe una cosa. Sabe, al menos, que es un ser que duda, teme y piensa: "¿Qué soy? ¿Una cosa que piensa, qué es eso? Una cosa que duda, entiende, afirma, niega, quiere, no quiere y también imagina y tiene percepciones sensoriales."
- ✔ En el tercer día, se demuestra a sí mismo que la existencia de Dios es cierta.
- ✔ En el cuarto día, se enseña algunas formas de evitar el error.
- ✔ En el quinto día, se suministra una prueba superior de la existencia de Dios.
- ✔ En el sexto y último día (de trabajo), deja de lado las dudas y se prepara para volver a entrar en el mundo, equipado con una nueva ciencia para entenderlo, una ciencia que aplica con más cuidado las herramientas de la percepción de los sentidos que había rechazado el primer día.

Los hallazgos de Descartes son una de las joyas de la corona de la filosofía occidental, aunque realmente no son gran cosa cuando los miras de cerca. Pero no dejes que esto te desanime. Tampoco se espera que la búsqueda del conocimiento dentro de la filosofía produzca gran cosa.

Como dijo Bertrand Russell en *El valor de la filosofía*:

> *"La filosofía, como todos los demás estudios, aspira primordialmente al conocimiento... Pero no se puede sostener que la filosofía haya obtenido un éxito realmente grande en su intento de proporcionar una respuesta concreta a estas cuestiones. Si preguntamos a un matemático, a un mineralogista, a un historiador, o a cualquier otro hombre de ciencia, qué conjunto de verdades concretas ha sido establecido por su ciencia, su respuesta durará tanto tiempo como estemos dispuestos a escuchar. Pero si hacemos la misma pregunta a un filósofo, y éste es sincero, tendrá que confesar que su estudio no ha llegado a resultados positivos comparables a los de las otras ciencias."*

Pero, como añade Russell a continuación:

> *"... la incertidumbre de la filosofía es, en una gran medida, más aparente que real; los problemas que son susceptibles de una respuesta precisa se han colocado en las ciencias, mientras que sólo los que no la consienten actualmente quedan formando el residuo que denominamos filosofía."*

Capítulo 10

Separar hechos y ficciones

En este capítulo:

- Diferenciamos entre el sueño y la realidad.
- Dudamos de todo con Descartes.
- Reflexionamos sobre la memoria.
- Vemos cómo interactúan la filosofía y la neurociencia.

La realidad es simplemente una ilusión, aunque una muy persistente.

Albert Einstein

La mayoría de los libros de filosofía sólo hablan de una cosa: de cómo podemos distinguir la respuesta correcta de todas las incorrectas. Porque, para la mayoría, parece que es muy importante saber hacerlo. Cojamos como ejemplo el momento de cruzar la calle. Hazlo bien y llegarás al otro lado. Hazlo mal y es posible que te atropelle un coche. ¡Es simple! O considera la compra de un medicamento contra el resfriado. Quieres uno que te cure y que no tenga peores efectos secundarios que el de un sabor desagradable. La cuestión es que estás acostumbrado a pensar en términos de respuestas objetivas y pruebas demostrables. Hoy en día la gente se educa con una visión del mundo muy ordenada y lógica, basada en hechos y pruebas, y en su regularidad.

Pero, en muchas y muchas cosas, la brecha entre realidad y ficción no sólo es limitada, sino que es inexistente. Los médicos que prescriben remedios para el resfriado, por ejemplo, saben que a menudo los resultados serán mejores si recetan un placebo (un medicamento que no tiene principios activos pero que los pacientes imaginan que tiene algún poder especial, creen que los curará). Es similar al fenómeno que hace que las personas deprimidas contraigan enfermedades. En ambos casos, los efectos físicos de la enfermedad son las respuestas a un estado puramente mental, imaginario.

Quizá alguien pueda decir que esto está muy bien, pero que el de la enfermedad es un caso un poco especial. Pero entonces, ¿qué pasa con las cosas que recuerdas que han pasado? ¿Son hechos o

ficciones? Ese gran experto en el funcionamiento de la mente humana, Sigmund Freud, descubrió que muchos de sus pacientes tenían problemas relacionados con las cosas que recordaban, y de las que él sospechaba que nunca habían sucedido. Estas personas estaban atrapadas en un mundo insatisfactorio (con unos padres horribles, o accidentes traumáticos o lo que sea) y Freud las liberó, pero no estudiando la realidad, sino investigando la irrealidad; sus esperanzas, sus miedos o sus sueños.

Como lo presentan los psicólogos, en última instancia lo que somos es un tipo de narración, una historia de ficción construida tanto por nosotros mismos como por los que nos rodean. La realidad casi no pinta nada. Este capítulo trata de cómo funciona la mente.

¿Cómo sabemos que no estamos soñando?

Los filósofos siempre han estado muy interesados en lo que la gente es capaz de hacer cuando duerme. No tanto porque la mayoría cabeceen durante las discusiones filosóficas como porque creen que en el sueño el alma se libra de las cadenas de la experiencia terrenal para alcanzar las verdades filosóficas. (Bueno, al menos eso es lo que tienes que decir si te pillan dormido en el trabajo.)

Según Platón, todo el conocimiento consiste en recordar la experiencia prenatal de las formas ideales. El gran filósofo alemán Immanuel Kant expresó con optimismo en la *Crítica de la razón práctica* que "en el sueño más profundo, tal vez la mayor perfección de la mente puede ejercerse en el pensamiento racional". Eso sí, Kant también pensaba que cada ser humano tenía solamente una cantidad determinada de este valioso tiempo de sueño y alertaba contra el peligro de gastarlo demasiado pronto, por ejemplo, durmiendo hasta tarde por la mañana.

Por otro lado, como señaló el pesimista filósofo medieval Tomás de Aquino, si un hombre inventa argumentos lógicos durante el sueño, al despertar "siempre reconoce un fallo en algún aspecto". Y el propio Platón dice que Sócrates le preguntó a Glaucón: "¿No consiste el sueño en confundir la apariencia de la realidad con la realidad misma?"

Pero fue Descartes quien se tomó el asunto más en serio. Escribió en *Discurso del Método* que "todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño", y añadió más tarde en una carta: "Tengo buenas razones para afirmar que el alma humana es siempre consciente, en cualquier circunstancia, incluso en el vientre de la madre."

Los filósofos y la ficción

La ficción plantea algunas preguntas desconcertantes a los filósofos: ¿cómo puede ser que algo no real sea importante? ¿Qué pasa cuando reaccionamos emocionalmente ante la ficción? Aristóteles pensaba que los dramas siempre deben suscitar los dos sentimientos de piedad y temor en el público. Platón creía que la ficción era, en principio, objetable, pero que si tenía que haber ficción (por ejemplo, poesía) al menos debía ser sana y edificante. Pero es san Agustín que escribe con más elocuencia en las *Confesiones*, Libro III:

> "Me atraía irresistiblemente el teatro, reflejo de las imágenes de mis propias miserias e incentivo de mi fuego interior. Me pregunto por qué los hombres querrán ver en él cosas tristes. Sin embargo, es evidente que el espectador goza sufriendo y el mismo dolor es su deleite. ¿Qué es esto sino un delirio miserable? Tanto más se conmueve el hombre con tales cosas cuanto menos libre se está de semejantes afectos. Bien es verdad que cuando uno sufre las llamamos miserias y, cuando se compadecen en otros, misericordia. Pero ¿qué clase de misericordia podemos sentir realmente en una escena imaginaria del teatro? No se invita a los espectadores a socorrer, sino tan sólo a condolerse, y cuanto más se conmueve más aplausos recibe el autor. Pero sucede que si tales desgracias humanas, sean antiguas o fingidas, se representan sin que el espectador se conmueva, éste deja el teatro molesto y criticando. Pero, si lo conmueven, se está quedo y atento y derrama lágrimas de alegría."

Los filósofos también se han peleado por la cuestión de la verdad: "El rey Lear tiene hijas ingratas" parece que sea el mismo tipo de afirmación que "La reina Isabel II tiene muchos nietos". Sin embargo, el primero, el rey Lear, no existe realmente o, como dicen los filósofos (en el lenguaje de Meinong y Frege), no hay ningún referente (no hay nada allí fuera, en el mundo) a lo que en último término puedas vincular la verdad o falsedad de la afirmación.

Curiosamente, como señaló Jeremy Bentham, gran parte de lo que pasa en realidad es, de hecho, ficción. El movimiento, la energía, e incluso la materia son obra de las personas; no están allí fuera en el mundo. David Hume también se sumó a denunciar la sustancia, el yo y el espacio y el tiempo como ficciones. (Y esto por no entrar a considerar el estado de cosas

como los derechos, los valores, los deberes y obligaciones..) En *Tratado de la naturaleza humana* Hume añade que la identidad personal no es ni más ni menos que una construcción compleja formada por las actividades vitales y la experiencia, tomadas en conjunto, no por separado.

Dudar de todo con Descartes

Finalmente, Descartes decidió en *Meditaciones* que, como Dios es "sumamente bueno y no puede errar", una persona racional tiene que ser capaz de distinguir cualquier información falsa que se le presente a su alma en las tierras del ensueño sobre el mundo (supuestamente) ordenado y coherente. Ni Leibniz ni Bertrand Russell compartían esta confianza. Leibniz decía que "no es imposible, metafísicamente hablando, que pueda haber un sueño tan continuo y tan duradero como la vida de un hombre" o, de hecho, como la vida de una mariposa, como la que describe en unos pocos versos el gran exponente de la vida como un sueño (de mariposa), el antiguo sabio chino Zhuang Zi (como explico en el capítulo 6).

Descartes dice que para diferenciar el verdadero conocimiento del poco fiable, del que tenemos de oídas, de las ilusiones ópticas y de los engaños de otras personas (incluso de los genios malignos) tenemos que asumir que todo lo que nos dicen, todo lo que oímos y todo aquello de lo que no podemos estar absolutamente seguros es un engaño. Y pregunta:

> *"¿Cómo sé que no estoy en medio de una pesadilla horrible, filosófica? Una pesadilla de proporciones inusuales, ciertamente, que sigue y sigue con notable coherencia y detalle, pero un miasma sin embargo, completamente alejada de la realidad. O, de nuevo, ¿cómo sé que no he caído en las garras de un genio maligno, intentando engañarme?*
>
> *"O tal vez un doctor maligno. Uno que ha recuperado mi cerebro después de un accidente desagradable y lo está manteniendo ahora suspendido en un tanque de productos químicos como parte de un horrible experimento médico. ¿Cómo sé que todo que estoy viviendo no está hecho de los datos de los sentidos con que se alimenta a mi pobre cerebro-en-una-cubeta, a lo largo de cables de colores: violeta para la audición, negro para el tacto, amarillo para el sabor, azul para la visión...?"*

Lo más alarmante es que nadie sabe estas cosas, sino que simplemente las asumimos. Pero Descartes resume la búsqueda filosófica de algo mejor, la búsqueda del conocimiento verdadero.

MAZAZO A LA JERGA Descartes estaba lejos de ser el primero que probó a dudar de todo. Los antiguos escépticos griegos, que tanto molestaban a Platón, se especiali-zaron en dudar, y su conclusión fue que no podemos estar seguros de nada en absoluto. Por eso se llaman "escépticos".

Podrías pensar que nunca serás engañado por un genio maligno ni por un médico. Pero hay muy poca distancia entre experimentar algo directamente y experimentarlo indirectamente. Fíjate, por ejemplo, en las experiencias que recuerdas. ¿Cómo de reales son esas antiguas experiencias?

Pienso, luego existo

Descartes es famoso porque, cuando parece haber reducido todo el conocimiento humano a meras convenciones y conjeturas optimistas, presenta algo que dice que es absolutamente fiable y seguro,

algo de lo que podemos estar realmente seguros. Ésta es probablemente la cita filosófica más famosa:

Pienso, luego existo.

Dualismo

La segunda cosa por la que Descartes es recordado es el dualismo, que consiste en ver el mundo como compuesto de dos cosas: la mente y la materia.

MAZAZO A LA JERGA El *dualismo* es la jerga filosófica que se refiere a ver el mundo formado por dos cosas: la mente y la materia.

Descartes creía que todo el mundo tiene una mente y un cuerpo. Sin embargo, creía que los animales sólo tienen cuerpos, e incluso disecó unos cuantos para probar su teoría. Efectivamente, no encontró ninguna mente en su interior. A la Iglesia le gustaba su enfoque, ya que encajaba bien con la idea del alma. Había, no obstante, un problema práctico con la teoría. Si las mentes no tienen partes físicas, ¿cómo pueden tener efectos físicos? ¿Cómo puede mi mente pura decirle a mi brazo que pase la página?

Recordar el papel de la memoria

Todo el mundo tiene recuerdos; como estatuillas de la Torre Eiffel, una de esas enormes vieiras del camino de Santiago, u otros más personales, como un trozo de cuerda de la guitarra de Bob Dylan. Pero los recuerdos que tenemos son, sobre todo, mentales.

Pero ¿cómo es posible que algo del pasado que ya no existe siga presente en la memoria? Los académicos debaten esta cuestión desde los albores de la filosofía. Platón describió la memoria como un sistema de almacenamiento hecho de cera. Siguiendo con su metáfora, Aristóteles afirmaba que la memoria se compone de las huellas físicas de las experiencias, almacenadas y representadas de algún modo. De una manera similar, los filósofos empiristas británicos (que aparecen en el capítulo 7), como John Locke y David Hume, pensaban en la memoria como un almacén de ideas copiadas de impresiones anteriores. Hume insistió en que los recuerdos sólo se diferenciaban de las impresiones perceptivas y de las ideas puramente imaginarias en su grado de vivacidad. Y es el punto de vista de Hume el que sigue siendo dominante en la actualidad.

Usar la mente como almacén

Aunque los detalles exactos de este punto de vista tradicional de la mente como almacén de la memoria se modifican constantemente por los resultados de la investigación neurocientífica, la mayoría de los filósofos y científicos cognitivos comparten el enfoque general. Por ejemplo, según el psicólogo Gestalt Wolfgang Köhler (1887-1967) y el famoso neurocientífico António Damásio (1944), nuestras experiencias se almacenan en el cerebro como huellas fisiológicas codificadas. Es decir, nuestros recuerdos se almacenan físicamente y se catalogan como “representaciones neuronales” en algún lugar en la parte posterior del cerebro. Cuando recuerdas algo, tu cerebro lo busca en el índice y luego descifra y recupera la parte relevante de los datos almacenados de la memoria.

En los siglos XIX y XX, Bertrand Russell (1872-1970) y William James (1842-1910) trataron de ampliar la teoría de Aristóteles y Hume, sugiriendo que las imágenes son una condición necesaria pero no suficiente para la memoria, y así dejaron abierto el misterio de cuál es esa parte adicional. Wittgenstein, estudiante de Russell, y otros wittgensteinianos discutieron más tarde los supuestos que hay detrás de todo este planteamiento. En su lugar, argumentaron que era una ilusión pensar que podía existir algo así como un dibujo que contenía en sí mismo su propia interpretación. Pensar algo así es como sugerir que una flecha sólo apunta porque la conectamos mentalmente con la imagen de una flecha.

Wittgenstein no estaba nunca de acuerdo con su mentor Bertrand Russell, pero en este caso éste tenía toda la razón. Cojamos por ejemplo los recuerdos de Santiago y del concierto de Bob Dylan. Las vieiras no se parecen a la ciudad, y tampoco las cuerdas rotas de guitarra hacen ningún ruido parecido a la música de Dylan. Pero en nuestra mente los unos apuntan felizmente a los otros.

No hay nada en una imagen (o situación) compleja que pueda hacer referencia a un único estado de

cosas. Aunque una imagen mental puede acompañar, digamos, una taza de café, no puede explicarla, porque al mismo tiempo deberíamos reconocer que las dos están realmente conectadas.

Cuestiones de identidad

¿Qué hace que algo sea algo? ¿Qué hace que yo sea yo, o que el barco de Teseo sea el barco de Teseo, distinto de todos los demás? Las cuestiones de identidad, sobre todo de identidad personal, han preocupado durante siglos a los filósofos y hoy en día siguen planteando nuevos a medida que los avances en medicina crean cada vez más posibilidades y, con ellas, más preguntas.

En los diálogos de Platón de *La República* y *El banquete* sólo las formas inmateriales, divinas, no cambian nunca porque son completas y perfectas. Todo lo demás, incluso las personas, está en constante cambio, tanto en el tiempo como en el espacio.

A pesar de esta realidad física, la idea de que cada persona tiene una identidad fija es fundamental en los sistemas éticos, en el derecho, la medicina y, de hecho, en las interacciones personales y sociales del día a día. Pero ¿qué es exactamente lo que sigue siendo lo mismo en una persona?

A través de los siglos, los filósofos han vuelto una y otra vez a este problema, pero se han ido centrando en diferentes aspectos. Algunos han encontrado la identidad en la naturaleza de los nombres, otros en la identidad territorial; y todavía hay otros que la han situado en el alma. Algunos se han preguntado por los elementos esenciales del cuerpo ya que, después de todo, los científicos dicen que nuestro ADN es siempre el mismo; y muchos han examinado la naturaleza del cerebro, la mente, la conciencia, la memoria y la experiencia.



Entre los experimentos mentales clásicos que trataban de esta cuestión se encuentran:

- ✔ El barco de Teseo (en la que un barco es reemplazado gradualmente tabla por tabla hasta que no queda una sola pieza física del original).
- ✔ El debate medieval sobre la supervivencia del alma que llevó al experimento mental de Tomás de Aquino sobre la familia de caníbales que parece constituirse con los átomos de las personas que los necesitan para poder entrar en el cielo.

En *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), de John Locke, aparece uno de los primeros cambios de cuerpo, en este caso entre un príncipe y un zapatero. Lo entenderás mejor si te imaginas una máquina para transferir una mente a otro cuerpo.

Los problemas no son sólo teóricos. Hoy en día, la manipulación genética, la biotecnología, la cirugía o las drogas afectan sutilmente la identidad personal. A veces la gente sufre alteraciones sustanciales, entre las que puede haber cambios de sexo, implantes de miembros biónicos o trasplantes de órganos (incluso de animales). Científicos locos mezclan encantados diferentes especies de animales en quiméricos experimentos (es decir, experimentos creados por mentes fantasiosas), y así crean monstruos patéticos y desesperados.

La máquina para intercambiar mentes

Abundan las historias de transferencia de mente y cuerpo; son un elemento básico de los cuentos populares y de la ciencia ficción, y no sólo de la filosofía. Incluso Aristóteles reflexionó sobre la esencia de Sócrates y Platón, y se preguntó si en último término podía resultar ser la misma, y John Locke utilizó la pionera historia del príncipe y el zapatero que al despertar descubren que se han intercambiado el cuerpo para mostrar que en realidad la identidad tiene más que ver con las características mentales que con las físicas.

Pero cojamos un momento un caso más reciente, de mi propio libro *El escarabajo de Wittgenstein y otros experimentos mentales clásicos* (Blackwell, 2004; todavía no traducido al castellano). Es el caso del doctor Gibb, un académico sordo y feo que descubre la existencia de una máquina para intercambiar mentes en el parque científico de su universidad. Después de un corto examen de conciencia, decide darle una oportunidad. Entra en una cabina y transfiere los diversos elementos de sus capacidades mentales a Steve, su estudiante de posgrado, un joven guapo pero no demasiado brillante, que está en la segunda cabina.

Steve piensa que implantarse algunas de las habilidades y conocimientos de su tutor le será beneficioso y está muy emocionado. Pero, de hecho, Gibb tiene intenciones más siniestras. Él quiere adueñarse del cuerpo de su joven estudiante y reprogramarlo con todos sus atributos mentales, y al mismo tiempo transferir la pobre mente de Steve a su propio cuerpo ajado. Entre las opciones que ofrece el panel de control está la de transferir todas sus habilidades, todos sus recuerdos e incluso todas sus preferencias personales y su idiosincrasia.

Con un toque diabólico, para empeorar las cosas, Gibb deja escrito a quién quiere que se mande la factura del proyecto. Al ser una factura de millones de euros, su jugarreta no es para tomársela a broma. Por supuesto, el pobre Steve no puede pagarla, así que al final hasta podría acabar en la cárcel.

O sea que Gibb es un gran sinvergüenza: se decide por la opción más egoísta de todas. Y en seguida se pone a escribir el nombre de Steve y su dirección universitaria. Pero de repente se detiene. Si él mismo se transfiere al cuerpo de Steve, ¿no debería enviar la factura al viejo Gibb, al que pronto recibirá la mente de Steve, en lugar de al nuevo Gibb, el que vivirá en el cuerpo de Steve?

Como esto es sólo un experimento mental, para saber quién es quién podemos imaginar varias posibilidades. Supongamos, por ejemplo, que Gibb eligió transferir todos sus recuerdos, sus habilidades y su carácter. En este caso, el experimento mental puede hacernos pensar que lo mejor, lo más astuto, aunque no lo más ético, sea mandar la factura (y la consiguiente sentencia de cárcel) al viejo y decrépito Gibb, que tiene las habilidades y recuerdos del pobre Steve. Mientras tanto, el Gibb real podría escabullirse en el cuerpo de Steve. Este razonamiento se ajusta a la intuición de que la identidad personal tiene que ver con los atributos mentales, no con los físicos. Así que está claro.

Pero ¿qué pensarías si la cabina no funciona bien y, después de enviar los atributos mentales de Gibb al cuerpo de Steve, los deja intactos en el Gibb original? O (peor aún) si simplemente *borrase* todos

los atributos mentales de Gibb, dejando a Steve decepcionado por no haber conseguido ninguna de las habilidades de su maestro pero, al menos, completamente intacto? Entonces puedes tener por seguro que todavía existiría un verdadero Gibb, uno que ahora se definiría sólo por su caparazón y que sería doblemente desafortunado por haber acabado arruinándose en el proceso.

Las historias del subconsciente

A finales del siglo XIX, la gente solía entender el desorden mental en términos positivistas, como algo arraigado en un trastorno del cuerpo. Positivista significa que busca en el mundo causas y efectos mesurables y hace caso omiso de cosas intangibles como los pensamientos. Los tratamientos típicos implicaban el encierro en un sanatorio y las inyecciones de varios productos químicos. Sin embargo, un médico austríaco llamado Sigmund Freud se interesó en su lugar por el tratamiento de la mente y la comprensión de su función.

Sigmund Freud (1856-1939) nació en Moravia, que entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro, en una familia muy respetable, aunque no practicante, judía (eso hizo que sus posteriores incursiones en las fantasías sexuales fuesen más escandalosas, por no decir deshonrosas).

Cuando Freud tenía cuatro años, la familia se trasladó a Viena y allí se formó como médico y vivió la mayor parte de su vida. De hecho, Freud siempre consideró que sus teorías formaban parte de la tradición científica, empírica, pero también lo consideraba Aristóteles y muchos otros a quienes los estudiosos reconocen ahora básicamente como filósofos. Freud consideraba que su trabajo profundizaba en la comprensión del ser humano, tanto el normal como el patológico (o enfermo, como solía llamarlo la gente).

Las fantasías y el complejo de Edipo

En una famosa serie de historias clínicas, Freud presenta varios pacientes y sus síntomas y describe el proceso por el cual sacaban a la luz los recuerdos asociados a sus patologías, que por lo general se remontaban a los primeros años de su infancia.

Una cosa que en seguida sorprendió a Freud fue ver cómo muchas de sus pacientes recordaban haber sido seducidas por sus padres u otros familiares masculinos. En 1897 Freud había llegado a la conclusión de que en realidad se trataba de fantasías de la primera infancia. Que eran falsos recuerdos en los que las experiencias que se recordaban no eran reales, sino imaginarias. Freud describió estas fantasías como *complejo de Edipo*, por el mito griego en el que un hijo mata a su padre y se casa con su madre, y argumentó que se trataba de una fase por la que todo el mundo tiene que pasar. ¡No literalmente! En sentido estricto, el *complejo de Edipo* es un síndrome que tienen los niños muy apegados a su madre y que odian a su padre, y las niñas tienen su propio complejo, el *complejo de Electra*, cuando se enamoran de su padre y odian a su madre. Hasta cierto punto, todos los niños se enamoran de su progenitor del sexo opuesto y se convierten en rivales del padre de su mismo sexo. Cuando todo va bien, ésta es sólo una etapa que el niño supera satisfactoriamente y de la que sale con una relación equilibrada con los dos padres y, de hecho, con ambos géneros.

El extraño caso de Anna O.

En la década de 1880, Freud y su colega Josef Breuer atendieron a varias mujeres ricas vienesas utilizando la hipnosis. El más conocido de estos casos es el de Anna O., una joven que sufría de una serie de síntomas físicos incapacitantes que parecían no tener causa alguna. Anna O. se quejaba de parálisis, que en ocasiones eran tan graves que no le permitían caminar. En otras ocasiones era incapaz de hablar en su alemán nativo, pero sí en cambio en varios idiomas extranjeros. Freud y Breuer la trataron induciéndole un estado hipnótico y sumergiéndola en sus más profundos recuerdos. Pero el tratamiento de Anna O. tuvo que ser bruscamente interrumpido cuando resultó que se había enamorado de su analista; y no sería la única.

Pero antes de este vergonzoso final, el caso de Anna O. llevó a Freud a desarrollar la teoría de que los síntomas físicos y mentales se podían tratar por igual hablando de ellos, algo que los psicoanalistas llaman la curación por la palabra (¡y que el resto de nosotros llamamos ganar un montón de pasta!). Pero el sentido filosófico está en la idea de que el yo se divide entre un yo consciente, racional y social, y un yo oculto que habita en un mundo paralelo interior, fuera de la razón o de control social, y con el que el yo del día a día, el yo consciente, está en constante batalla, tratando de reprimirlo.

La explicación de Freud fue que los seres humanos se mueven impulsados por la libido, un poderoso impulso sexual. Observó en sus pacientes que la libido podía dirigirse hacia muchos objetos, algo que a veces provocaba conflictos internos. El intento de reprimir lo que los pacientes sentían que eran deseos prohibidos podía producir varios síntomas.

El id, el ego y el superego

Más tarde, Freud decidió que, de hecho, esto era más complicado de lo que en un principio había imaginado, y que en realidad eran tres los impulsos que guiaban a la gente:



- ✔ El id. La parte irracional y primitiva de las emociones y la libido.
- ✔ El ego. La parte que trata de regular y controlar el id, que es el yo racional.
- ✔ El superego. Creado a partir del sentido individual de las normas éticas y sociales. Al igual que un director estricto, el superego se encarga de detener y castigar el mal comportamiento.

Freud decidió que los extraños síntomas de sus pacientes eran en realidad el resultado de un superego excesivamente poderoso e intolerante que trataba de reprimir su id y su ego.

En *La interpretación de los sueños* (1900) Freud describió el mundo inconsciente del id. En el inconsciente no existe la lógica, sino que todo puede coexistir y los deseos más prohibidos gobiernan sin control. El inconsciente se revela en los sueños y a través de los *lapsus linguae*. La mente consciente trata de reprimir los deseos que el superego considera moral o socialmente inadmisibles, pero el inconsciente se manifiesta de una forma distorsionada: en símbolos que hay que descifrar e interpretar.

Las ideas de Freud y el futuro

Las ideas de Freud han sido muy influyentes en el concepto moderno del yo humano y en la comprensión de cómo funciona la mente humana. Sus teorías han entrado en el lenguaje común, y sus

conceptos (las diferentes partes de la mente, y los mundos en conflicto del deseo y las exigencias sociales y morales) conforman el concepto moderno del yo. Pero, por supuesto, cada acción tiene su reacción contraria, y en la tradición de la ciencia empírica el conciudadano vienés de Freud, Karl Popper, hizo una crítica devastadora del psicoanálisis. Popper, un filósofo con un interés particular en el funcionamiento de la ciencia, se quejó de que las ideas de Freud y del psicoanálisis no cumplían ninguno de los criterios científicos habituales y no tenían ninguna base objetiva, que eran simples afirmaciones que no podían probarse.

Ego, egoísmo, egoísta

Para Sigmund Freud, la mente tiene tres partes: el id, el ego y el superego. El id tiene apetitos, pero no es racional, y es lo que Freud llamó originalmente el inconsciente. El superego, por otra parte, es la facultad moral del cuerpo, la conciencia, y es muy capaz de actuar, no en favor de los intereses del individuo, sino de un interés idealizado o general. Pero es el ego el que habla en nombre del verdadero yo; tiene que trata de decidir entre los impulsos opuestos del id y del superego. Es un poco como cuando en unos dibujos animados hay un soldado borracho mirando una botella de whisky y de golpe aparecen dos muñequitos, un diablillo con la cola y el tridente diciendo: "Vamos, un poco más no te hará ningún daño", y el otro, un angelito que le advierte: "¡Recuerda que prometiste no volver a beber estando de servicio!". Aquí, en definitiva, el ego representa la posición de compromiso dictada por la prudencia y la responsabilidad.

En ética, el *egoísmo* (a veces llamado "*egoísmo normativo"* o "*egoísmo racional*") es la creencia de que la propia satisfacción es justificación suficiente para elegir una acción sobre otra. En *La República* de Platón, Trasímaco defiende decididamente el egoísmo, y del mismo modo, el egoísmo es el principio fundamental del gobierno para Thomas Hobbes en el *Leviathan*.

La división entre la realidad objetiva, medible, y el mundo subjetivo, cambiable, del yo, que ya había señalado Platón hace mucho tiempo, se mantiene. Y aunque la neurociencia, con sus fantasiosas máquinas, capaces de mostrar la actividad eléctrica del cerebro, sea considerada por algunos como una nueva manera de precisar de una vez por todas lo que determina la personalidad y el comportamiento, la obra de Freud nos recuerda que la mente humana está llena de contradicciones.

William James y la conciencia

Otro filósofo con un profundo interés en cómo funciona la mente es William James (1842-1910), que tiene un interesante (y posiblemente confuso) árbol genealógico, siendo el hijo de Henry James, el filósofo religioso, y hermano de otro Henry James, el novelista. Era filósofo y psicólogo, enseñó en Harvard y publicó *Principios de psicología* (1890), un relato de cómo el cerebro se relaciona con la mente, o mejor dicho, con la conciencia.

Entender el inconsciente

Carl Jung (1875-1961) nació en Kesswil, Suiza y murió en Zúrich. Fue el padre fundador de la psicología analítica. Se encontró con Freud en Viena en 1907 y en un principio colaboró con él. Jung presidió la Sociedad Psicoanalítica Internacional desde 1911 hasta 1914, pero se fue volviendo cada vez más crítico con los métodos de Freud. Se separaron por completo en el año 1913 después de la publicación de *La psicología del inconsciente* de Jung.

Jung tiene una visión muy positiva de la mente, y ve la psique como un sistema autorregulado y creativo que lucha por formarse una identidad individual, algo que él llamó "individuación". Los sueños transmiten consejos prácticos del

inconsciente a la conciencia, ayudando a conseguir la individuación. En *El hombre moderno en busca de su alma,* Jung sugiere que el mundo moderno provoca la alienación al separar a la humanidad de sus raíces, que son esenciales para su crecimiento psicológico y por lo tanto para su satisfacción. Esto ha provocado niveles sin precedentes de depresión, desesperación y sufrimiento. La humanidad debe comprender sus símbolos y permitirles conformar el desarrollo creativo de la mente consciente. Por esta razón Jung dio mucha importancia a soñar, para permitir que el inconsciente se comunique con la mente consciente. Es un proceso natural.

James tomó el punto de vista de Darwin de que la conciencia tiene un origen y un propósito evolutivo y desarrolló la idea de que es un estado transitorio del cerebro que el mismo cerebro continuamente destruye y vuelve a construir. Esto se ha hecho célebre con el nombre de la "corriente de la conciencia".

Otra de las ideas influyentes de William James es la distinción entre el yo y el mí. James dice que el yo es el que piensa y que el mí está formado por el mí material, que se preocupa esencialmente por las cuestiones corporales, y el mí social, que se preocupa por cómo lo perciben los demás en situaciones sociales. La identidad personal es el yo recordando las demandas de los diversos mis.

En este sentido, James es un fenomenólogo: cree que los estados mentales están basados en procesos físicos. Sin embargo, hace una excepción. James cree que el libre albedrío es realmente libre, argumentando que el yo es capaz de elegir libremente los pensamientos que quiere pensar.

¿Qué ocurre cuando el cerebro no va bien?

El neurólogo y escritor Oliver Sacks ha descrito cómo ciertos tipos de daños cerebrales resultan en una memoria mejorada que es, de hecho, la capacidad extraordinaria para recordar, día a día, todo lo que experimenta el individuo. Conjetura que el cerebro del individuo sano contiene un registro completo de todo lo que ha vivido desde su nacimiento pero que, afortunadamente, la mayor parte es inaccesible a nuestra mente consciente.

Pero si no puedes recordar nada más allá de los últimos minutos, esto puede ser serio. Porque en la medida en que hayas perdido tu dominio sobre el pasado, es posible que no puedas arreglártelas en el presente.

El doctor Sacks y sus curiosas historias

En *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, un relato apasionante sobre los distintos tipos de desastres que pueden afectar al cerebro, Oliver Sacks describe el caso de una persona con problemas de memoria, Jimmie “el marinero perdido”, un hombre de sesenta años cuya memoria ha borrado cualquier recuerdo de lo que había pasado desde después de su trigésimo aniversario. Jimmie se sorprende continuamente por los cambios a su alrededor, tanto en el mundo como, algo mucho más horrible, en las personas que él conocía (y eso cuando las reconoce). “Supongo que algunas personas envejecen rápido”, dice tratando de explicarse lo que le sucede.

Una experiencia personal de pérdida de memoria

Una vez tuve un accidente de bicicleta. Me golpeé la cabeza y quedé inconsciente durante media hora, además de sufrir muchas otras lesiones desagradables. Me costó casi un mes estar lo suficientemente bien como para poder volver a andar alrededor de casa, y esto sólo en cuanto a las lesiones físicas y visibles. Resultó que los efectos invisibles, mentales, duraron mucho más tiempo. De hecho, resultó que había perdido la capacidad de recordar las cosas nuevas que sucedían. Me acordaba de mi infancia, pero no de lo que había pasado el día anterior. De hecho, no podía recordar por qué estaba herido, así que mi familia me tenía que explicar cada día las mismas cosas. Mi experiencia apoyaba la idea de que la memoria es una especie de almacén, que se divide en dos partes: una parte de memoria a corto plazo y una parte permanente, organizada, de memoria almacenada a largo plazo. En mi caso, mi cerebro guardaba los acontecimientos en la memoria a corto plazo y luego se equivocaba al archivarlos y los perdía.

Seis semanas después, de algún modo mi sistema de archivos se corrigió y pude recordar otra vez. Fui afortunado. Pero hay quien no tiene tanta suerte.

El Dr. Sacks trata de sustituir la falta de memoria de Jimmie proporcionándole un sencillo sistema para hacer copias de seguridad; un bloc de notas. Jimmie escribe en su diario lo que va sucediendo y luego el doctor Sacks puede pedirle que se refiera a ello. ¿Cómo funciona esto? No muy bien. Para empezar, esos trucos sirven para entrenar la memoria. Pero Jimmie simplemente no reconoce las anotaciones como suyas. “¿Esto lo he escrito yo?” o “¿Esto lo he hecho yo?”, pregunta. Cuando el doctor Sacks le pregunta a Jimmie cómo se siente, la respuesta es más bien triste. Contesta: “¿Cómo me siento? No puedo decir que me sienta mal. Pero tampoco puedo decir que me sienta bien. No puedo decir que

sienta nada en absoluto.” Y se rasca la cabeza perplejo.

El paciente del doctor Sacks está bastante mal, perdido en un mundo de diez minutos, ¡a duras penas se siente vivo! Pero en este caso, hay un rayo de esperanza. Sacks hace referencia a un pasaje de su biblia profesional, *La neuropsicología de la memoria* de A. R. Luria, que dice:

> *“Pero un hombre no consiste sólo en su memoria. Tiene sentimientos, voluntad, sensibilidad, es un ser moral: cuestiones sobre las que la neuropsicología no puede hablar. Aquí, más allá del ámbito de la psicología impersonal, podemos encontrar el modo de entrar en contacto con él y de cambiarlo.”*

Y, de hecho, el doctor Sacks observa que cuando Jimmie está en la capilla, cantando o rezando, o cuando está jugando a ciertos juegos o haciendo difíciles rompecabezas, se convierte en una persona diferente, más completa. Mientras está totalmente ocupado con el presente, su pérdida de memoria deja de molestarlo. Pero, por supuesto, no puede estar todo el rato rezando o haciendo rompecabezas.

El olor del café, ¡de nuevo!

El Dr. Sacks también describe el caso de un hombre con el sentido del olfato destruido sin remedio. El olfato es un sentido sutil, que afecta la vida cotidiana mucho más de lo que te imaginas. Pero lo interesante del caso no es tanto lo mucho que sufre y cómo se las arregla con esta pérdida, sino que un día se encuentra con una bebida que le trae de nuevo el recuerdo del rico aroma del café. Y el mismo milagro sucede cuando saca la pipa y la llena de tabaco.

Pero los hechos médicos siguen sin cambios. Su nariz no puede detectar más olores que los que pueden detectar sus orejas. Los olores que saborea están todos en su mente, pero no son exactamente imaginaciones. Son experiencias anteriores que su mente subconsciente repite fielmente en el momento correcto.

La excelente terapia del doctor Sacks es hacer que Jimmie se encargue de cuidar el jardín del hospital. Una vez allí, Jimmie comienza a hacer grandes progresos. Al principio, cada día el jardín es nuevo para él y tiene que redescubrirlo de nuevo, pero después de un tiempo empieza a recordar y es capaz de elaborar planes y estrategias para cuidarlo. Como dice Sacks, Jimmie se encuentra perdido en el espacio-tiempo, pero está cómodo cuando se le ubica en lo que él llama “tiempo intencional”. A pesar de que Jimmie es incapaz de organizar los recuerdos en el tiempo y el espacio, puede crear un nuevo tipo de mundo de la memoria basado en sentimientos estéticos, religiosos, morales y dramáticos.

La filosofía se encuentra con la neurociencia

Muchos niños pequeños realmente no pueden diferenciar entre algo inventado y algo que existe o que pasó realmente. (Los maestros saben que esto hace que los niños sean testigos poco fiables, también en cuanto a sus propias actividades.) Esto les permite tener amigos imaginarios, fiestas imaginarias y, por supuesto, vidas imaginarias. Sin embargo, la característica más encantadora del niño tiene un sombrío y desafortunado compañero en el mundo adulto de los trastornos cerebrales.

Paul Broks, un neurocientífico que reside en la fría ciudad de Plymouth, en el Reino Unido, describe en

el libro filosófico-psicológico *Into the Silent Land* (Atlantic Books, 2004, todavía no traducido al castellano) el caso de una de sus pacientes. Cuando se le pregunta a la mujer: “¿Sabes dónde estás?”, ella responde que está en Mallorca y se desabrocha el botón de la blusa a causa del calor. “Yo que tú me lo dejaría abrochado”, le dice Broks. Se da cuenta de que el cerebro de su paciente ha registrado la imagen de la postal de la isla balear que hay en su escritorio, y que ahora está muy ocupado creando una red de conexiones totalmente falsas con la información, confundiendo los acontecimientos del mundo privado, mental, con los acontecimientos del mundo público, exterior.

La vida en el mundo real

Sólo en el mundo real las acciones tienen efectos demostrables y consecuencias tangibles, como supuestamente trató de demostrar el amigo del obispo Berkeley al darle una patada a una piedra. Sin embargo, “real” es una palabra problemática. El obispo Berkeley insistió en que lo que es real en el mundo no son las piedras, sino los pensamientos. El mundo material, dice, sólo existe en nuestras mentes. Suponemos que las imágenes que tenemos en la mente, como las sensaciones aparentemente involuntarias que nos asaltan (por ejemplo, si la roca es demasiado grande o los zapatos son demasiado finos), han sido causadas por una cadena mecánica de acontecimientos que se inicia con la materia física, se transmite por medios electroquímicos a través de los diferentes sentidos y termina en nuestra cabeza como una representación mental ordenada. Pero, dice Berkeley, ¿por qué suponemos esto? ¿No sería mucho más sencillo decir que lo que tenemos en nuestro mundo mental es real y lo que creemos que debe corresponderle allí fuera es imaginario?

Gran parte de la respuesta al misterio de quiénes somos es que creamos en nuestra cabeza una historia vital, una narrativa interior cuya continuidad o sentido es nuestra vida. Podemos decir que esta narrativa somos nosotros, que es nuestra identidad (los existencialistas hablan mucho de esto. Puedes verlo en el capítulo 12).

Biológicamente hablando, las personas no son muy distintas. Son las narrativas personales las que les dan identidades distintas. Las historias vitales de alguna gente están llenas de relatos de mala suerte y represión, de cargas impuestas y oportunidades perdidas. Otras están llenas de grandes oportunidades, de habilidades excepcionales y de buena fortuna. Si estas “verdaderas” historias son realmente tan magníficas o divertidas, no es nuestro problema. La cuestión es que estos relatos tienen su propia lógica. El individuo tiene un rol determinado por su propia historia vital, y no por ningún hecho físico o acontecimiento histórico.

El romanticismo

El romanticismo es muy difícil de definir, ya que se trata tanto de un movimiento histórico como de una escuela de pensamiento. No tiene un principio claro ni un punto final definitivo, pero sí una gran influencia. Los ideales románticos han tenido influencia en escritores, pintores, músicos y filósofos.

Durante el siglo XVIII, Europa experimentó una época ilustrada en la que muchos intelectuales comenzaron a sentir que los seres humanos estaban cerca de saber todo lo que hay que saber en el mundo científico. Sin embargo, este intenso enfoque en el descubrimiento científico y objetivo también hizo que la gente se sintiese pequeña y poco importante, sin sentido y sin diseño. Este último

sentimiento llevó a un pequeño grupo *underground* de antirracionalistas a crear lo que desde entonces se conoce como el movimiento romántico.

El romanticismo, en el sentido más general, no centra su interés en la razón objetiva sino en las emociones, la intuición, la fe, la naturaleza u otros conceptos “irracionales”. También los antiguos griegos habían hecho esto. Aristóteles, por ejemplo, dedica el libro VIII de *Ética a Nicómaco* a una discusión sobre la amistad, y Platón dedica la totalidad de *El banquete* a una larga discusión sobre la naturaleza del amor. Pero el movimiento romántico del siglo XVIII es radical en su rechazo de la racionalidad. Aunque Platón y Aristóteles argumentan que el papel propio de la razón es el de controlar las pasiones irracionales, los auténticos románticos invierten estos roles.

Uno de los grandes filósofos románticos fue el excéntrico franco-suizo Jean-Jacques Rousseau, que escribió en alabanza de la gloria del hombre natural, de la superioridad del buen salvaje y en contra de la corrupción de la modernidad y la ciencia. También John Stuart Mill es a menudo considerado un filósofo romántico debido al papel central que tuvo la felicidad en su ética. Mill, que fue criado para ser estrictamente lógico, recibió más tarde la influencia de poetas románticos como Wordsworth y Coleridge. Pero probablemente el filósofo más romántico de todos sea Søren Kierkegaard. En su libro *Temor y temblor*, Kierkegaard argumenta que hay tres formas básicas de existencia, la más alta de las cuales sólo puede lograrse a través de un salto de fe totalmente irracional.

Sin embargo, como recientemente ha dicho Travis Rieder, el romanticismo filosófico nunca fue nada más que un hipo de la filosofía occidental. La sucia realidad siempre vuelve a tomar el control.

Capítulo 11

Interpretar el lenguaje

En este capítulo:

- Observamos la extraña función de las palabras en nuestros pensamientos.
- Olisqueamos los esfuerzos de los más grandes cerebros del siglo XX para hacer el lenguaje más lógico.
- Meditamos sobre las palabras más sutiles de los indios hopi.

Realmente creo que las lenguas son el mejor espejo de la mente humana, y que un análisis preciso de los significados de las palabras nos dice más que cualquier otra cosa acerca de las operaciones del entendimiento.

Leibniz

Tarde o temprano todos los filósofos tienen que abordar dos cuestiones. La primera es: ¿cuál es la relación de los pensamientos en la mente con las palabras que la gente usa para expresar esos pensamientos? Y la segunda: ¿cuál es la relación de las palabras que usa la gente con los objetos del mundo?

En todos los sistemas filosóficos, salvo tal vez en aquellos un poco chungos que se basan en la meditación, las palabras y el lenguaje o bien son el vínculo que une la mente y la materia o bien la barrera que las separa.

Este capítulo es un intento de mostrar cómo los filósofos han investigado el enigma de las palabras y el lenguaje a través de los siglos, y un resumen de las ideas más recientes sobre el tema, relacionadas con muchos aspectos de la vida moderna, desde la computación hasta los derechos de los animales.

El escritor británico del siglo XX George Orwell (el que escribió *El Gran Hermano* y advertía sobre la neolengua gubernamental) estaba perplejo por el abuso del lenguaje que veía a su alrededor. En su popular libro de 1946 *La política y la lengua inglesa*, dice:

“Cuando un escritorzuelo repite mecánicamente frases trilladas en la tribuna —‘bestial’, ‘atrocidades’, ‘talón de hierro’, ‘tiranía sangrienta’, ‘pueblos libres del mundo’, ‘marchar hombro con hombro’—, se tiene el extraño sentimiento de no estar viendo a un ser humano vivo, sino a una especie de maniquí: un sentimiento que se torna más intenso en los momentos en que la luz ilumina los anteojos del orador y se ven como discos vacíos detrás de los cuales no parece haber ojos. Y esto no es del todo imaginario. Un orador que emplea esa fraseología se ha distanciado de sí mismo y se ha convertido en una máquina. De su laringe salen los ruidos apropiados, pero su cerebro no está comprometido como lo estaría si eligiera sus palabras por sí mismo.”

Deconstruir el lenguaje

El lenguaje es filosofía. Es al mismo tiempo el medio que debe utilizarse para llevar a cabo el estudio, y el tema de este estudio.

Y así como algunos filósofos han tratado de hacer que el mundo sea sólo lo que sentimos, algunos han tratado de reducir las ideas a no ser más que las palabras que usamos. Pero para muchos otros filósofos, el problema del lenguaje es que es impreciso, y por eso un tema perenne de la filosofía ha sido la búsqueda de formas mejores, normalmente más lógicas, de expresar lo que sabemos. Ésta fue la misión de Leibniz, Russell, Frege, los positivistas lógicos y Wittgenstein, por mencionar sólo algunos.

Muchos filósofos del siglo XX, como G. E. Moore y J. L. Austin (que escribió un libro titulado *Cómo hacer cosas con palabras*, en el que invirtió muchas palabras para hacer muy poca cosa), investigaron el juego de palabras, contrastando el uso diario con el filosófico, supuestamente más riguroso. Otros (como Suzanne Langer o Paul Ricoeur) exploraron el uso de la metáfora, que en muchos aspectos es la esencia del lenguaje, que transmite significado usando símbolos. De hecho, muchas palabras, incluso las más abstractas, derivan originalmente de las que designan cosas muy tangibles o comunes.

En los últimos tiempos, la gente también se ha preocupado mucho por cómo las palabras pueden expresar prejuicios, como el racismo, el sexismo o el especismo. El especismo en lengua implica el uso de palabras o frases que presentan como aceptable la explotación animal. No hay muchas personas que se preocupen de esto, pero cuando empiezas a fijarte, en seguida encuentras un montón de casos. Por ejemplo, la gente suele utilizar la palabra “animales” en el sentido de animales no humanos, a pesar de que, estrictamente, los seres humanos son animales. De esta manera, las personas se distancian de sus hermanos animales, ¡a expensas de los animales!

¡ADVERTENCIA! Los propagandistas puede desviar el lenguaje tanto al expresar prejuicios como al minusvalorar la importancia de algunos hechos refiriéndose a ellos con eufemismos, y los resultados de estos usos se han visto una y otra vez en las peores atrocidades de la historia humana. Hitler y su jefe de propaganda, Goebbels, representan el ejemplo más sombrío. En el libro de Hitler *Mein Kampf*, repleto de largas diatribas llenas de odio, encontramos también un sofisticado análisis del uso de la propaganda en el que dice: “Las palabras tienden puentes hacia regiones inexploradas” y sigue explicando cómo usó su habilidad con las palabras para formar e inflamar una opinión pública contraria a quienes llama judíos y socialdemócratas.



Cómo hacer palabras con las cosas

El estudio de los orígenes de las palabras arroja luz sobre cómo las personas usan y desarrollan el lenguaje. Muchas palabras parecen empezar siendo bastante literales y se van volviendo cada vez más abstractas. La palabra “religión”, por ejemplo, deriva de la palabra latina para atar a la gente con una cuerda *(ligature)*, mientras que otros opinan que procede de *religare*, en referencia a la unión de los hombres con los dioses y incluso los hay que lo remiten al término *relegere*, de la relectura de los textos sagrados. Otro caso curioso es el de la palabra “asesino”. Según la versión más difundida, aunque

probablemente por motivos literarios más que filosóficos, ésta palabra deriva del nombre una secta religiosa del Islam, cuyos miembros solían cometer todo tipo de fechorías mientras se encontraban bajo la influencia del hachís. La palabra árabe para el fumador de hachís es *hashashin*. Sin embargo, lo cierto es que no hay unanimidad entre los especialistas al respecto.

También tenemos la palabra "azar", que significa algo casual, fortuito. La palabra viene del término árabe hispánico *al-zahr*, que significa *dado*.

Por último, la palabra "importante" deriva directamente de la actividad económica del comercio, de *emportas* (importar) y exportar. Lo que implica que algo importado es interesante e importante.

En *La política y la lengua inglesa*, Orwell dice lo siguiente sobre el uso político de eufemismos:

> *"En nuestra época, el lenguaje y los escritos políticos son ante todo una defensa de lo indefendible. Cosas como la continuación del dominio británico en la India, las purgas y deportaciones rusas, el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón, se pueden efectivamente defender, pero sólo con argumentos que son demasiado brutales para que la mayoría de las personas puedan enfrentarse a ellas y que son incompatibles con los fines que profesan los partidos políticos. Por tanto, el lenguaje político debe consistir principalmente en eufemismos, peticiones de principio y vaguedades oscuras. Se bombardean poblados indefensos desde el aire, sus habitantes son arrastrados al campo por la fuerza, se ametralla al ganado, se arrasan las chozas con balas incen diarias: y esto se denomina pacificación. Se despoja a millones de campesinos de sus tierras y se los lanza a los caminos sin nada más de lo que puedan cargar a sus espaldas: y a esto se le llama traslado de población o rectificación de las fronteras."*

Pero estas preocupaciones sobre el lenguaje no son las más filosóficas.

De cháchara con los antiguos griegos

Los antiguos griegos estaban preocupados por el problema de lo que ellos llamaban "universales", o entender exactamente cómo una palabra puede describir un grupo entero de cosas. Los griegos también se preguntaban sobre cómo juntamos frases y oraciones, y lo más importante, sobre cómo podemos usar correctamente las palabras para hacer afirmaciones sobre el mundo.

MAZAZO A LA JERGA

Los universales son términos como "oro" o "caliente". La palabra "Sócrates" también puede ser un universal, si quieres utilizarla como tal. Podrías decir, por ejemplo, que el filósofo contemporáneo Zenón Stavrinides es el Sócrates del norte.

Platón presenta al filósofo sofista Gorgias como el que habría planteado la importante duda filosófica sobre la brecha entre las palabras y las ideas. Gorgias dice que pedirle a alguien que piense, por ejemplo, en un perro fofo (y, por cierto, éste no es su ejemplo), no quiere decir que vaya a pensar en una cosa esponjosa o en un perro ni, evidentemente, en algo que sea a la vez perruno y esponjoso. Se puede pensar por ejemplo que la palabra significa 'gordo', y pensar en un perro gordo. O, peor aún, alguien podría pensar que un perro es un lobo y pensar en un lobo gordo. Y tampoco hay que olvidar que el que pregunta puede haber usado una palabra incorrecta. Puede haber pensado en un perro bobo,

no fofo, y haber confundido las palabras. Le puede pasar a cualquiera. Esto muestra que la palabra y la idea que tenemos en la cabeza no son una y la misma cosa. ¿O sí que lo son? Algunos psicólogos dicen que una elección aparentemente errónea de la palabra revela lo que nos está pasando realmente por la cabeza. Si alguien en la tienda de bricolaje dice “¿Tienes calvos del seis?” cuando quería decir “¿Tienes clavos del seis?”, según los expertos esto significa que estaba pensando en la calva del dependiente y en la cantidad de pelo que él mismo está perdiendo últimamente.

La teoría de la suposición

Guillermo de Ockham (1285-1347) fue un monje franciscano que nació cerca de Guildford, en Inglaterra, pero que trabajó principalmente en las proximidades de Oxford. Ha sido inmortalizado gracias al poder del lenguaje: la Navaja de Ockham lleva su nombre. No es una navaja de excursionista, sino una regla del conocimiento que también se conoce como “principio o ley de la parsimonia”. En pocas palabras, la regla dice que, dadas varias explicaciones posibles, debemos elegir la más simple. Mucha gente debería tenerlo más presente.

El enfoque contrasta con el de Aristóteles y otros, a quienes les gusta crear nuevas categorías y distinciones. Pero el aspecto de la navaja que nos interesa aquí es el acercamiento de Ockham al nominalismo, a la cuestión del uso apropiado del lenguaje. (Un *nominalista* es alguien que piensa que aquello que los perros tienen en común es el uso de la palabra, es decir, el hecho de ser llamados perros.)

La conclusión de Ockham es que muchos errores filosóficos se deben a la mala comprensión del lenguaje. En su opinión, los grandes términos filosóficos son los principales culpables. Por ejemplo, el intento de pensar en los seres humanos en general lleva a la gente a usar la palabra “humanidad”, y entonces los filósofos suponen que la humanidad es una cualidad real que poseen todos los humanos.

¡Alto ahí! dice Ockham, blandiendo su navaja. Para Ockham, la palabra “humanidad” no es más que una especie de marcador mental que se refiere a toda la gente que conoces o de la que has oído hablar menos todas sus otras características (concretas, sean individuales o colectivas). De este modo, se supone que la teoría de Ockham explica cómo las palabras que usamos en las frases, que Ockham llama términos, se refieren a las cosas. Pero no es por eso que la teoría también se llama la *teoría de la suposición*. Se le llama así porque, originalmente, en latín, la palabra “suposición” significa ‘representar’ y se aproxima a la idea de hacer referencia.

Ockham tuvo una gran influencia en las teorías sobre el lenguaje de otros filósofos ingleses, como Thomas Hobbes y John Locke. A pesar de su arduo trabajo en este y otros asuntos, fue convocado por el Papa en 1324, pero no para una charla agradable, sino para enfrentarse a una acusación de herejía. Poco después, por otras diferencias con la Iglesia se ganó la excomunión.

En otro de los diálogos de Platón, Crátilo discute con Sócrates sobre lo que se conoce como la teoría de la correspondencia; la idea de que, aunque originalmente cualquier palabra sea arbitraria, como la elección de los nombres de los recién nacidos, de los nuevos planetas o las nuevas especies (y ya sé que muchas veces la elección no es arbitraria sino muy bien pensada), usar esta palabra o nombre una vez que se ha establecido no tiene nada de arbitrario. Si a tu hijo le pones Juan, la próxima vez que lo lleves al médico querrás estar seguro de que el bebé que te devuelven es Juan, y no algún otro bebé llamado Eustaquio, Jacinto o Federica. O, por ejemplo, el nombre de scottish terrier se refiere sólo a ciertos animales. Si quieres adoptar un perro scottish en la perrera municipal no querrás que te den un dóberman o un pit bull y te digan que total, esto de los nombres es arbitrario. Será arbitrario, pero también es importante.

GRAN IDEA

Platón creía que en realidad las palabras eran signos o símbolos de las formas, objetos ideales o ejemplos de todas las cosas. (Presento esta teoría, extraña pero importante, en el capítulo 2.) Pero inmediatamente Aristóteles se quejó de que si se supone que las formas celestiales encarnan la esencia de los objetos del mundo (es decir, todos los perros, desde los scotties hasta los dobermanes, participan de la forma perro, como dice Platón), entonces todo lo que ha hecho Platón es crear algo nuevo con ciertas propiedades que a su vez tienen que explicarse. ¿Qué tienen en común la forma de perro y un perro terrenal? se pregunta. Pero sin duda esto es no haber captado la sutileza de la teoría de Platón, porque las formas no son cosas sino esencias. La idea es que todos los perros en el mundo comparten la propiedad de la "perrunidad" o, para decirlo de un modo más sencillo, de ser perros. ¡Problema resuelto! Bueno, quizá...

De este modo, la "perrunidad", a pesar de lo útil que resulta, es todavía muy abstracta. Las formas de Platón no existen en el sentido normal. Y así, desde los antiguos escépticos, los filósofos han tratado de deshacerse de estas entidades inventadas (creaciones metafísicas) y aferrarse a un universo más simple, formado sólo por las palabras y las cosas. En este mundo, las palabras son como etiquetas que van pegadas a las cosas y las ideas no tienen lugar alguno. Muy bien. Pero ¿este truco resuelve el problema? En realidad no, porque el problema de este enfoque es que las palabras pierden su significado. Así que los filósofos del siglo XVII volvieron a la noción aristotélica de los signos: hacer que las palabras sean los signos de las ideas y las propias ideas los signos de las cosas.

Todo da vueltas y vueltas (como siempre hace la filosofía) en un círculo bastante inútil.

La construcción del estructuralismo

El estudio sistemático del lenguaje y su papel en las sociedades se constituyeron en una disciplina cuasicientífica en el siglo XIX. La figura fundacional de la disciplina fue el lingüista suizo Ferdinand de Saussure (1857-1913). Saussure dijo que el lenguaje es un sistema de signos en sí mismos totalmente arbitrarios.

Sin embargo, la obra de Ferdinand de Saussure sólo se puso realmente de moda en la segunda mitad del siglo XX (¡en los locos años sesenta!), cuando surgió un nuevo ismo; el estructuralismo. (De un modo algo confuso, mucha gente llama "semiótica" al estudio de la estructura del lenguaje en lugar de estructuralismo. Éste era el término que prefería el filósofo estadounidense Charles Pierce.)

La idea original de Saussure es que es la estructura del lenguaje, más que las reglas de la lógica, la que explica cómo hablamos y pensamos. Su noción del signo y del lenguaje como un sistema, llamado "semiología", resucitaron una antigua distinción entre la estructura del lenguaje, que llamó *langue*, y las manifestaciones de la *langue*, llamadas *parole*. El juego de ajedrez es un modo de ilustrarlo: las reglas sólo existen en abstracto, pero su realización es un juego en particular. De la misma manera, el lenguaje es un sistema de signos que la gente usa para expresar ideas, comparable a la escritura, al lenguaje de signos de las personas sordas y a los rituales simbólicos. El signo, por supuesto, es arbitrario. Es sólo el sistema el que da a las señales su significado.

En el siglo XX, el filósofo y antropólogo francés Claude Lévi-Strauss redescubrió la lingüística estructural y la aplicó a la cultura en su totalidad. Creía que como el lenguje era el rasgo distintivo de la humanidad, también definía los fenómenos culturales. Si hablamos de humanidad hablamos de lenguaje, y si hablamos de lenguaje hablamos de sociedad. Los estructuralistas miraron bajo la superficie de las palabras para descubrir el sistema oculto significativo, la *langue*. Todos los problemas filosóficos se convirtieron en el problema de analizar los sistemas de signos que estructuran el mundo.

Los estructuralistas explican el mundo de nuestro alrededor diciendo que las personas cortan en segmentos la continuidad del espacio y el tiempo que las rodea porque están predispuestas a pensar en el entorno de unas ciertas maneras. Por ejemplo, la gente está determinada a ver el mundo como un conjunto de un montón de cosas distintas que pertenecen a clases con nombre, y a dar sentido al cambio en el mundo viéndolo como dirigido por un flujo unidireccional que conduce a los acontecimientos inexorablemente desde el pasado hasta el futuro.



Un sistema de signos

La idea central de la teoría de Ferdinand de Saussure es que el significado de palabras y frases tiene más que ver con su relación con otras palabras y frases que con nada fuera del sistema, como por ejemplo los objetos o acontecimientos del mundo. Él insiste en la arbitrariedad del signo. Las palabras son símbolos, como también las señales de tráfico son símbolos. Su significado proviene de su papel en el sistema o en el juego del lenguaje. (Pero no te tomes el símil demasiado en serio; las señales de tráfico no son del todo arbitrarias e incluso si lo son, es mejor no considerarlas como tales.) Saussure afirma que la lengua existe en la mente de sus usuarios, pero que es, al mismo tiempo, “bastante independiente de los individuos, es esencialmente social; presupone la colectividad”.

Otro filósofo del siglo XX, el francés Michel Foucault, llevó más allá este enfoque argumentando que el poder opera a través de complejas estructuras sociales, incorporando la opinión de que, lejos de ser fijos, el conocimiento y la verdad cambian constantemente. En muchos aspectos fue el primer postestructuralista.

Más adelante, el contemporáneo un poco más joven de Foucault, Jacques Derrida, trató de derribar el edificio estructuralista cuando escribió que sus creaciones no eran más que fantasías metafísicas. Buscar una ciencia de los signos, tratar de dar sentido a la relación de las palabras con las cosas, era tan irrelevante, dijo, como la sugerencia de Descartes (hecha para explicar cómo la mente puede influir sobre la materia, cuando supuestamente las dos cosas no tienen nada en común) de que el cuerpo y el alma corrían juntos como dos relojes sincronizados. Derrida se quejaba del modo en que los filósofos habían usado históricamente los conceptos, y consideraba que la afirmación de la filosofía de tenérselas con la verdad era simple ficción. Todo esto, sentenció, no era más que un mangoneo.

Basándose en la gramática

Suele considerarse que la filosofía del lenguaje empieza con la discusión de los antiguos griegos (¡y así acabo de hacerlo yo también!), pero probablemente el primer tratamiento filosófico del problema no viene de la tradición occidental, sino de Oriente. Ya en el año 380 a. C. toda una escuela de lógicos primitivos mostró interés en la relación entre el lenguaje y la realidad; se trata de la Escuela China de los Nombres. Y (como menciono en el capítulo 6), el célebre pensador Zhuang Zi una vez comparó el lenguaje con una red de pesca que trata de capturar significados (porque las palabras individuales son inútiles, y sólo adquieren sentido en el contexto y en combinación con otras palabras) y preguntó si había alguna diferencia entre "los píos de los pequeños pájaros" y las palabras de los hombres.

Otro filósofo chino, Kung-sun Lung (aprox. 320-250 a. C.). argumentó que un caballo blanco no era un caballo, diciendo que, como la palabra "caballo" denota la forma y la palabra "blanco" denota el color, "lo que denota el color no denota la forma. Por lo tanto, un caballo blanco no es un caballo.

¿De qué está hablando? Bueno, luego Kung-sun Lung explica que lo que quiere decir es que si un caballero pide un caballo, su escudero le llevará uno que sea, o blanco, o amarillo o negro. Pero que si le pide un caballo blanco, el escudero no le llevará ni uno amarillo ni uno negro. Esto demuestra, según dice Kung-sun Lung, que un caballo blanco no es un caballo, porque si lo fuese lo que el escudero hubiese llevado sería lo mismo en los dos casos.

Los antiguos filósofos indios también estaban confundidos por el papel de las palabras. La *Gramática sánscrita* de Panini (aprox. 350 a. C.) y el *Gran Comentario de los Patanjali*, doscientos años más tarde, fueron los primeros intentos de establecer reglas para el uso de lenguaje. Pero es con el filósofo budista Nagarjuna (que vivió alrededor de 150-250 d. C.) con quien el debate indio se vuelve verdaderamente más filosófico. Una de las ideas de Nagarjuna era que el lenguaje no se refiere a las cosas, sino que es autorreferencial. Por ejemplo, afirmar que "la filosofía es difícil" es algo *tautológico* (es decir, que dice lo mismo dos veces) porque si no hace referencia a la filosofía la actividad de ser difícil no ha lugar, e igualmente porque si le quitas la propiedad de ser difícil, la filosofía ya no es filosofía.

Jugar con las palabras

Los filósofos han jugado durante mucho tiempo con el lenguaje con la esperanza de darle sentido o incluso de remodelarlo en algo mejor. Dos de los intentos más diligentes de hacerlo fueron los de Gottfried Leibniz y (algunos siglos más tarde) Bertrand Russell. Los dos pensaban que era posible y deseable construir un lenguaje artificial para exponer mejor la forma lógica de los argumentos.



Semántica y semiótica

La semántica es el estudio de los signos lingüísticos y, en particular, la interpretación de las frases y las palabras de los distintos idiomas. En *Fundamentos de la teoría de los signos* (1938) el filósofo estadounidense Charles Morris dividió el estudio general de los signos en tres partes: el estudio de la relación de los signos con otros signos, que tiene que ver con la *sintaxis*; la comunicación o la relación de los signos con sus usuarios, que es la *pragmática*; y la relación de los signos con

las cosas que representan, que es la *semántica*.

La semiótica es la teoría general que trata de los signos, en este caso de la distinción entre los iconos, como las imágenes que se parecen a lo que se supone que representan (la típica señal de tráfico con rocas que caen y cosas por el estilo), los signos naturales (como las nubes grises, que significan lluvia) y los signos convencionales (como un trébol de cuatro hojas, que significa buena suerte).

Russell y el lenguaje artificial

En un momento en que los científicos hablaban de manera grandilocuente de crear nuevos tipos de compuestos (principalmente plásticos, por desgracia) a partir de elementos químicos, Russell hablaba de crear proposiciones moleculares a partir de átomos lógicos y Leibniz también había pasado varias décadas describiendo posibles arreglos complejos entre sus mónadas. Así que Leibniz explicó que las mónadas, entendidas como "átomos" en realidad no existen, pero que tenemos que postularlas, tenemos que darlas por sentadas, al menos en la lógica, para explicar la realidad y para comprender el significado del lenguaje.

Russell, sin embargo, advirtió contra este enorme "sistema de construcción" y destacó la necesidad de identificar la estructura lógica del lenguaje y las formas confusas en las que podría diferir de la estructura gramatical. Por ejemplo, ¿de cuántas maneras se puede utilizar un "es"? Russell declaró que era una desgracia utilizar el "es" de más de una forma. Es mucho mejor, pensaba, separar las diferentes maneras de usar el verbo más importante de todos. Y enumeró ordenadamente varios de sus usos (aunque su lista es un poco distinta de las de todos los filósofos anteriores, como las de Aristóteles, Tomás de Aquino, Duns Escoto...). Pero... ¡¿cuántas listas de los modos en que la gente usa el "es" pueden hacerse?! De todas formas, después de haber anunciado con firmeza la necesidad de desembarazarse de los extraños modos que tiene la gente de usar las palabras y el lenguaje, Russell no siguió adelante con la idea. Pero la idea se convirtió, más tarde, en el proyecto de su estudiante de doctorado Wittgenstein (mira en el apartado siguiente).

Wittgenstein y los juegos de lenguaje

De hecho, parece ser que el primero en emplear la expresión "juegos de lenguaje" fue Wittgenstein, en sus conferencias en Cambridge a mediados del siglo XX. Naturalmente, no se refería a juegos de palabras, sino simplemente a las curiosas formas filosóficas que tiene la gente de usar el lenguaje. Los ejemplos favoritos de Wittgenstein eran cosas como "dar órdenes" y "pedir, agradecer, maldecir, saludar, rezar" (como dice él mismo en su libro *Investigaciones filosóficas*, 1953). Entonces, ¿por qué llamarlos "juegos de lenguaje"? Pues porque se supone que el término pretende "poner en relieve que hablar el lenguaje forma parte de una actividad", explica Wittgenstein. Las palabras no hacen siempre lo mismo ni tienen siempre idéntico propósito. Tampoco se limitan a transmitir pasivamente ideas de una mente a otra, como pensamientos sobre el clima, el tiempo o los últimos resultados de la liga de fútbol.

Marcos lingüísticos

Rudolf Carnap (1891-1970) era un estudiante de Frege, el lógico preocupado por las cuestiones de sentido y referencia, y un miembro influyente del llamado Círculo de Viena en los años treinta. El tema que le interesaba particularmente era que los desacuerdos filosóficos se producían en realidad por diferencias entre marcos lingüísticos. Su enfoque se llama a veces *empirismo lógico*, y sus ideas aparecieron en Der Logische Aufbau der Welt (*La estructura lógica del mundo*, 1928).

Carnap creía firmemente que la gente podía discutir racionalmente cuestiones de lógica y matemáticas y obtener respuestas verdaderas, pero que fuera de estas áreas lo único útil eran los métodos de observación científica. Sin embargo, reconoció que incluso la lógica y las matemáticas se basan en suposiciones que no pueden justificarse por nada más riguroso que un juicio de orden práctico o de conveniencia, y que la ciencia también tiene sus suposiciones. En la *Sintaxis lógica del lenguaje* (1934), explica que "no es asunto nuestro establecer prohibiciones, sino llegar a convenciones".

Peter Geach, otro profesor de filosofía británico, nacido en 1916 y muy influenciado por Wittgenstein, propuso un pequeño ejemplo de cómo en realidad las palabras no significan una sola cosa. Geach era sólo la mitad de la extraña pareja filosófica que formaba con Elizabeth Anscombe (1919-2001, también conocida como G.E.M. Anscombe), cuya obra filosófica incluye (por iniciativa propia) la destrucción de textos de Wittgenstein para ocultar su homosexualidad. Pero Geach tiene una influencia más directa en la filosofía británica, al haber escrito libros y artículos, aburridos y de lenguaje técnico, como *Referencia y generalidad* (1962), en el que trató de demostrar que la palabra "todos" en afirmaciones como "todos los perros tienen cuatro patas" no hace referencia a ningún perro en especial. ¿A qué perro se refiere entonces?, podrías preguntarte. Pues *a todos los perros*, que me imagino que ya habrás supuesto que tienen esta característica.

De investigaciones filosóficas con Wittgenstein

El lugar que ocupa Wittgenstein en la filosofía del lenguaje es bastante destacado; al menos si leemos libros escritos por sus colegas de Oxbridge, en el Reino Unido. Esto es probablemente debido a que su posición en realidad es bastante confusa o, para ser más precisos, es totalmente incoherente y contradictoria.

En principio, como dice su libro de doctorado, el *Tractatus*, debería ser posible construir un nuevo lenguaje lógicamente riguroso. Por supuesto, este nuevo lenguaje se ahorraría tener que lidiar con un montón de temas porque, como dice en una célebre cita del libro, “De lo que no se puede hablar, hay que callar” y, además, porque:

> *“Las principales proposiciones y problemas que se han planteado acerca de temas filosóficos no son falsos, pero carecen de sentido. Por consiguiente, no podemos contestar a preguntas de este tipo, sino sólo afirmar su falta de sentido. La mayor parte de las proposiciones y de los problemas de los filósofos resultan del hecho de que nosotros no conocemos la lógica de nuestro lenguaje.”*

Éste es el tipo de lenguaje que ha hecho que los estudiosos posteriores hayan considerado a Wittgenstein como la inspiración y una de las grandes figuras del Círculo de Viena, el grupo informal de filósofos que trataban de que el razonamiento filosófico fuese lo más lógico y científico posible. Pero esto es un mito. En ese momento Wittgenstein era un joven don nadie, y en cualquier caso creía firmemente que existía una realidad más alta, una realidad mística, que ni el lenguaje ni la lógica podían alcanzar.

En parte debido a estas creencias, después publicar el *Tractatus*, su receta de juventud para ordenar el mundo con una estructura lógica, Wittgenstein intentó dejar la filosofía; pero, como era previsible, después de algunos años volvió a ocupar una cátedra en Cambridge, y aunque nunca volvió a entregar nada a la imprenta, muchas de sus notas, comentarios y conferencias fueron recogidos y publicados más tarde. Es en estos textos donde Wittgenstein describe la lengua como una serie de juegos de lenguaje interrelacionados, en los que las palabras y las frases pueden funcionar de muchas y sutiles formas distintas: como hechos, símbolos y órdenes. Las palabras, dijo (copiando, sin acuse de recibo, como era su estilo, al gran estructuralista suizo Ferdinand de Saussure), son como las piezas de un juego de ajedrez, que sólo encuentran su sentido en el contexto del juego.

Esto es todo un cambio. De hecho, en *Investigaciones filosóficas,* Wittgenstein reconoce con tristeza:

> *“Es interesante comparar la multiplicidad de herramientas del lenguaje y de sus modos de empleo, la multiplicidad de géneros de palabras y oraciones, con lo que los lógicos han dicho sobre la estructura del lenguaje (incluyendo al autor del Tractatus logico-philosophicus).”*

Pinta y colorea con Pinker

Con todo esto, filósofos como Ferdinand de Saussure y Wittgenstein estaban tratando de liberarse de la antigua suposición de que el lenguaje simplemente seguía al pensamiento, que a su vez dependía de las leyes de la lógica o de la razón que se suponía que eran las mismas para todos, sin importar el idioma que utilizasen. Ésta es la convicción que había llevado a Bertrand Russell a luchar para conseguir lo que él llamaba un fundamento lógico.

Pero puede ser que tú veas las cosas de otra forma y que te parezca que el lenguaje no tiene tanta importancia, y que en su lugar trates de conectar, directamente, los pensamientos con la realidad.

Pues presta mucha atención a Steven Pinker, un filósofo contemporáneo que normalmente se describe a sí mismo como un científico cognitivo (¡lo que demuestra que era muy consciente del poder del lenguaje!). En su libro *El instinto del lenguaje*, explica que la idea de que el pensamiento es lo mismo que el lenguaje es un ejemplo de lo que podemos llamar una absurdidad convencional. Pinker presenta amablemente la ciencia (despreciando el papel de la conciencia, en la que los científicos cognitivos no creen):

> *"...las células del ojo se conectan a las neuronas de una manera que hace que las neuronas respondan [a ciertos colores]. No importa cuán influyente pueda ser el lenguaje, a un fisiólogo le parecería absurdo pensar que puede meterse en la retina y volver a recolocar las células ganglionares"*.

Y de nuevo Pinker:

> *"La idea de que el lenguaje conforma el pensar era plausible cuando los científicos se movían a tientas en la investigación sobre cómo funcionan estas cosas y sobre la forma de estudiarlas. Ahora que los científicos cognitivos saben cómo pensar sobre el pensamiento."*

La hipótesis del profesor Pinker es que el cerebro humano funciona como una especie de ordenador, una máquina de procesamiento de símbolos que trata los datos, ya sean lingüísticos o sensoriales, de acuerdo con normas preestablecidas, determinadas biológicamente.

En el cerebro, puede haber tres grupos de neuronas: un tipo que se usa para representar a la persona de la que habla la proposición (Sócrates, Rod Stewart, o quien sea), uno para representar la relación lógica en la proposición (es, no es, es así, etc.), y otro para representar la clase o tipo que caracteriza al individuo (hombres, perros, gallinas, etc.). Cada concepto se correspondería con el disparo de una neurona particular; por ejemplo, en el primer grupo de neuronas, la quinta neurona podría dispararse para representar a Sócrates y la decimoséptima podría dispararse para representar a Aristóteles; en el tercer grupo, la octava neurona podría activarse para representar a los hombres y la duodécima para representar a los perros. El procesador podría ser una red de otras neuronas que alimentan a estos grupos, conectados entre sí de tal manera que reproduzcan el patrón de descarga de un grupo de neuronas en algún otro grupo... Con muchos miles de representaciones y un conjunto de procesadores algo más sofisticado... es posible que tenga un cerebro o un ordenador realmente inteligente.

Esto, dice Pinker, es la

“... teoría computacional de la mente. Según este punto de vista, existe realmente un color rojo codificado en el cerebro (en ‘mentalés’), incluso cuando no exista en el idioma que usa la gente.”

Y ahora Pinker juega su carta ganadora contra todas esas teorías rivales, que tratan de poner una barrera lingüística entre los pensamientos de la cabeza y los datos sensoriales que le llegan de fuera. Su arma secreta contra todo esto es lo que llama “El experimento de Eleanor Rosch en las Highlands de Nueva Guinea” de 1972.

Jugar con los colores

Así que a Nueva Guinea hemos de ir. Y allí, el pueblo dani, que descubrió Eleanor Rosch, que sólo tienen dos palabras para referirse a los colores. *Mola* para los colores cálidos y brillantes, y *mili* para los colores fríos y oscuros. Dado que la tribu únicamente reconoce los dos colores, algunas personas se refieren a ellos burdamente como “blanco y negro”, como hace el mismo profesor Pinker. Sin embargo, la profesora Rosch encontró que los dani eran tan buenos en discriminar el espectro de color en las pruebas que parecía que su falta de palabras para referirse a los colores era irrelevante para su percepción. Fin de la historia, por lo que a Rosch se refiere. Pero ¡no tan rápido! Porque parece que la investigación de Rosch no era muy seria. Metodológicamente, parece que sus pruebas presentan un sesgo precisamente hacia los colores típicos de las categorías lingüísticas de un anglófono (azul, rojo, verde y demás) de entre todos los que se encontraban a su alrededor. Y eran tan complicadas que sólo el 20 % de los dani fueron capaces de resolverlas.

Así que el resultado parece demostrar justo lo contrario. Que las percepciones de la gente están influenciadas por su vocabulario y su estructura lingüística.

Benjamin Whorf y los incendios

Benjamin Lee Whorf nació en Winthrop, Massachusetts, el 24 de abril de 1897, y era el mayor de tres hermanos. Su padre, Harry Whorf, era algo así como un polímata cultural, y se ganaba la vida como artista comercial, autor, fotógrafo, escenógrafo y dramaturgo. Su madre, Sarah, inculcó en Benjamin "un gran sentimiento de asombro" ante el universo, como dice su biógrafo Trager. El joven Benjamin estaba fascinado por los acertijos y rompecabezas, y leía mucho sobre botánica, astronomía, historia de México, arqueología maya y fotografía. Al hacerse mayor llegó a interesarse por la antropología a través de la excepcional vía de la física, y por un montón de cosas que suenan tan complicadas como la sincronía junguiana, la teoría de sistemas y la psicología de la Gestalt y, sobre todo, por la lingüística.

Pero Whorf sólo tenía tiempo para estudiar en sus horas libres y en sus viajes de negocios. Porque su trabajo era bastante mundano: investigador e ingeniero para la compañía Hartford, de seguros contra incendios. Pero el tiempo que pasaba en el trabajo no lo desperdiciaba en absoluto. En su trabajo se encontró con muchos ejemplos que más tarde consideraría que influían en los patrones del pensamiento, y su teoría lingüística apareció publicada en varios artículos muy influyentes que trataban sobre la prevención de incendios. La gente, comentaba en el primero de estos artículos, tiende a ser poco cuidadosa con los bidones vacíos de gasolina, que a pesar de estar vacíos de líquido siguen llenos de vapores, mucho más explosivos que aquél. Se dio cuenta de que la gente no se preocupaba de las aguas residuales industriales ni de la piedra caliza, que también son muy inflamables y peligrosas a pesar de que palabras como "agua" o "piedra" nos parezcan inofensivas.

Su libro *Lenguaje, pensamiento y realidad* no tiene un título muy interesante, y en muchos sentidos el tema de Benjamin Whorf tampoco es muy prometedor, al tratar de la estructura y naturaleza del lenguaje. Pero en pocas palabras, ésta es la esencia de la filosofía; la forma, extraña, imprecisa, pero absolutamente crucial, que tienen las tres cosas de relacionarse entre sí. El gran filósofo chino Zhuang Zi lo dijo de muy bien en una de sus metáforas: el lenguaje, afirmó, es como una red de pesca en las aguas de la realidad, muy útil para capturar significados. Los pensamientos, los conceptos son como peces resbaladizos, y necesitamos la red del lenguaje para capturarlos. Pero la red en sí misma es sólo un medio para un fin.

La filosofía china antigua no tiene mucho prestigio en los medios académicos; muchas veces me he quedado solo defendiendo su relevancia en alguna discusión con otros filósofos. Y tampoco tiene mucho prestigio el trabajo de Benjamin Whorf, que ni siquiera fue un verdadero académico, sólo un investigador de una compañía de seguros contra incendios. Los investigadores de las compañías de seguros no suelen producir teorías importantes, así que nadie se toma muy en serio las ideas de Benjamin Whorf. Su gran idea, de hecho, lo que él llamó el principio de la relatividad lingüística, sólo sobrevive porque su supervisor académico, Edward Sapir, lo rebautizó (y revalorizó) como la hipótesis de Sapir-Whorf. ¿A cuántos estudiantes de posgrado les habrán copiado sus ideas sus propios profesores? Pero en realidad, no creo que Sapir pretendiera adueñarse de las ideas de su alumno, sino que probablemente se trate más bien de un tipo de prejuicio institucional que consiste en asumir que sólo un cierto tipo de gente puede descubrir todas las ideas importantes y cambiar el mundo para hacer que encaje en ellas. Benjamin Whorf no encajaba con la imagen de un profesor de filosofía, por lo que su trabajo no podía ser muy importante. Sin embargo, su idea tenía interés; así que debía ser

de otra persona. Así que hay que cambiarle el nombre. Se coge el principio de la relatividad lingüística y se llama hipótesis de Sapir-Whorf.

Pero lo bueno (aunque un poco irónico) de todo esto es que ilustra exactamente lo que quería mostrar Whorf: que el mundo se reconstruye en torno a los términos que usa la gente. No paramos de hacerlo; cuando decimos “Las fuerzas aliadas minimizaron los daños colaterales” o “El primer ministro dio a conocer sus reformas para la ciudad de Londres” no estamos describiendo nada de forma objetiva, sino que más bien estamos transmitiendo una serie de premisas psicológicas y culturales. Éste es el mensaje que transmitió Whorf.

La relatividad lingüística entre los indios hopi

En su libro (aunque, estrictamente hablando no era un libro, sino una colección de sus ensayos que más tarde se publicaron en su nombre), Whorf examina las estructuras lingüísticas de los indios americanos. Utiliza sus estructuras para ilustrar su idea (que no tiene su origen en los idiomas de la India, sino en su trabajo investigando las causas de los incendios) de que la gente disecciona la naturaleza según los patrones establecidos por sus lenguas nativas. Dice:

> *"Las categorías y los tipos que aislamos del mundo de los fenómenos no los hallamos allí porque golpeen los ojos de cada observador; por el contrario, el mundo se presenta en un flujo caleidoscópico de impresiones que tiene que ser organizado por nuestras mentes, y esto significa largamente por los sistemas lingüísticos de nuestras mentes. Cortamos la naturaleza, la organizamos en conceptos y les damos significados tal como lo hacemos, mayormente porque somos partícipes de un acuerdo para organizarla de esa manera; un acuerdo que se mantiene a través de nuestra comunidad de discurso y está codificado en los patrones de nuestro lenguaje."*

El acuerdo es, por supuesto, "implícito y no enunciado, pero sus términos son absolutamente obligatorios; no podemos hablar más que suscribiéndonos a la organización y clasificación de los datos que el acuerdo decreta".

Todas las palabras son relativas

Benjamin Whorf no inventó la idea de la relatividad lingüística, que, en sí misma, no es una idea particularmente nueva. De hecho, es más bien vieja, más vieja que la relatividad física, que se remonta al fundador de la lingüística del siglo xix el barón Wilhelm von Humboldt, de Alemania. El barón consideraba que el pensamiento era completamente imposible sin el lenguaje, y que el lenguaje determinaba completamente el pensamiento (ésta no era en absoluto la posición de Whorf). La teoría de Von Humboldt recobró vida después de que Einstein demostrase la relatividad del espacio y el tiempo. El mismo Einstein citó la teoría de Von Humboldt en un programa de radio.

Ésta es pues la teoría, y está respaldada por una gran cantidad de ejemplos fascinantes y por una investigación escrupulosa. Es curioso, entonces, que el trabajo de Whorf sea casi universalmente rechazado. En filosofía, como he señalado en el apartado anterior, está excluido del panteón de filósofos; dentro de la disciplina nominal de Whorf, la lingüística, Noam Chomsky describe su trabajo como "totalmente prematuro" y "carente de precisión" y Steven Pinker explica que la idea de Whorf de que el pensamiento es lo mismo que la lengua (aunque, por supuesto, esto no es lo que dice Whorf) es un ejemplo de "lo que puede llamarse un absurdo convencional".

En otro de sus ensayos, Whorf añade:

> *"Desde el punto de vista hopi, el tiempo desaparece y el espacio se altera, de modo que ya no es el espacio sin tiempo, homogéneo e instantáneo, de nuestra supuesta intuición o de la mecánica clásica newtoniana. Al mismo tiempo, aparecen nuevos conceptos y abstracciones, con la tarea de describir el universo sin referencia al tiempo o al espacio; abstracciones para las que nuestro idioma carece de términos adecuados. Estas abstracciones nos parecen sin duda de carácter*


psicológico o incluso místico.”

Volver a deconstruir el lenguaje con Derrida

Jacques Derrida nació en Argel y, después de algunas accidentadas transiciones educativas, acabó en la elitista École Normal Supérieure de París, donde también dio clases. Su libro sobre el filósofo existencialista alemán Edmund Husserl, *La voz y el fenómeno* (1967), presenta la mayor parte de sus ideas, incluso su noción de deconstrucción. La década de 1960 (piensa en el *flower power* y los hippies) era, por supuesto, un momento muy bueno para que los académicos participasen en la subversión de las estructuras convencionales, aunque tal radicalismo estaba, ya por aquel entonces, un poco demodé. De todos modos, los *deconstructivistas* son intelectuales radicales que dicen que deben desechar todos los frutos de la filosofía: la epistemología, metafísica, la ética... todo el lote. Después de todo, éstos son los frutos de una visión del mundo enraizada en “falsas oposiciones”, la científica oposición entre el es/no es, la del pasado/ futuro que establece el tiempo cronológico y la oposición ética entre bueno/malo. Derrida explica que las afirmaciones y contrafirmaciones, teorías y descubrimientos de los filósofos y pensadores no son más que un elaborado juego de palabras. Han estado jugando, como él dice, al gato y al ratón con nosotros. ¡El gato y el ratón! ¡Esto es un juego de palabras! ¡No se vale!

En cambio, la deconstrucción se ocupa de la categoría de lo que llaman el “totalmente otro” y de la prevención de la “exclusión violenta de la alteridad”.

Derrida sigue el proyecto de Ferdinand de Saussure de describir el fun-cionamiento del lenguaje, y lo deconstruye para mostrar que al tratar de proporcionar una lista de las diferencias entre la escritura y el habla, el padre del estructuralismo ha producido, sin darse cuenta, algunas diferencias (arbitrarias en la forma, materiales y relativas) que se aplican tanto al habla como a la escritura. La diferencia entre el habla y la escritura se revela como nada más que una ilusión filosófica. (Ya ves cómo la deconstrucción descubre ingeniosamente las suposiciones ocultas dentro de un texto y las lanza contra él.)

Derrida trata luego de desarrollar una concepción del lenguaje que se supone que es radicalmente diferente y que parte de la “irreductibilidad de la diferencia a la identidad”, dando lugar en correspondencia a una concepción diferente de la responsabilidad ética y política.

Después de su exitosa deconstrucción de la distinción del habla/escritura trata de destruir la distinción alma/cuerpo de Descartes (tratada en el capítulo 5), para contraer la diferencia entre las cosas que conoce la mente y las que conocen los sentidos, y para rechazar las distinciones entre lo literal y lo metafórico, las creaciones naturales y culturales, lo masculino y lo femenino, y muchas más.

Otro de los filósofos existencialistas del siglo XX fue Martin Heidegger, que fue uno de los protegidos de Husserl y ejerció una gran influencia sobre muchos intelectuales franceses como Derrida. En particular, de Heidegger toma Derrida la noción de presencia. Él dice que la tarea central de la filosofía es destruir esta noción. Las huellas de Heidegger se encuentran también en el concepto de ser, y en la diferencia entre los seres y el ser, que él llama una diferencia óntico-ontológica y que describe con todo lujo de detalles en un libro llamado *Identidad y diferencia*.

¿Cuál es la diferencia entre la *différance* y la *diferencia*?

Hay mucha competencia entre los filósofos para inventar nuevos términos que suenen complicados. Y fue Edmund Husserl quien creó uno de los "peces gordos": el término "fenomenología trascendental", y señaló que:

> "La razón es el logos que se produce en la historia. Atraviesa el ser con vistas a sí, con vistas a aparecerse a ella misma, es decir, como logos, a decirse y a oírse a ella misma... al salir de él mismo, el oírse-hablar se constituye en historia de la razón por el rodeo de una escritura. Se difiere así para reapropiarse."

¡Y tú que creías que esto del lenguaje consistía en comunicarse! Consiste en embrujar. De todos modos, éste es el origen de la *différance*, el término favorito de Derrida de entre sus juegos de palabras, que juega en el doble sentido de *diferir* en la posición (en el espacio) y *diferir* de aplazar o retrasar en el tiempo. (¿Cuál es la diferencia entre la *différance* y la diferencia, como en el título de este recuadro? ¡No hay ninguna! ¡Es sólo otro tejemaneje filosófico!)

En realidad Derrida no es un gran filósofo. De hecho, es un filósofo pésimo. Pero bueno, hay un montón de gente que lo estudia, así que tratemos de tener alguna idea de su tipo de filosofía.

En *De la gramatología*, dice:

> *"Todos los dualismos, todas las teorías de la inmortalidad del alma o del espíritu, así como los monismos, espiritualistas o materialistas, dialécticos o vulgares, son el tema único de una metafísica cuya historia debió tender toda hacia la reducción de la huella. La subordinación de la huella a la presencia plena que se resume en el logos, el sometimiento de la escritura bajo un habla que sueña con su plenitud, tales son los gestos requeridos por una onto-teología que determina el sentido arqueológico y escatológico del ser como presencia, como parusía, como vida sin diferencia: otro nombre de la muerte, metonimia historial donde el nombre de Dios mantiene la muerte a distancia."*

Es un gran juego para Derrida, y no se anda con rodeos, así que admite que no sólo se inventa palabras nuevas cuando le apetece sino que usa las que ya existen de un modo distinto a todos los demás. Esto es lo que a veces se llama "Humpty-Dumtying", por el gran huevo que se encuentra en la pared Alicia en el País de las Maravillas y que dice muy convencido que las palabras significan lo que él quiere que signifiquen. Pero Derrida no cree estar haciendo lo mismo. En *Semiología y gramatología* incluso se remonta a sus antiguas raíces estructuralistas al admitir que las palabras son una red interconectada, o un tapiz, como dice jugando de nuevo con las palabras.

> *"El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo. Ya sea en el orden del discurso hablado o del discurso escrito, ningún elemento puede funcionar como signo sin remitir a otro elemento que él mismo tampoco está simplemente presente. Este encadenamiento hace que cada 'elemento' —fonema o grafema— se constituya a partir de la traza que han dejado en él otros elementos de la cadena o del sistema. Este encadenamiento, este tejido, es el texto que sólo se produce en la transformación de otro texto. No hay nada, ni en los elementos ni en el sistema, simplemente presente o ausente. No hay, de parte a parte, más que diferencias y trazas de trazas."*

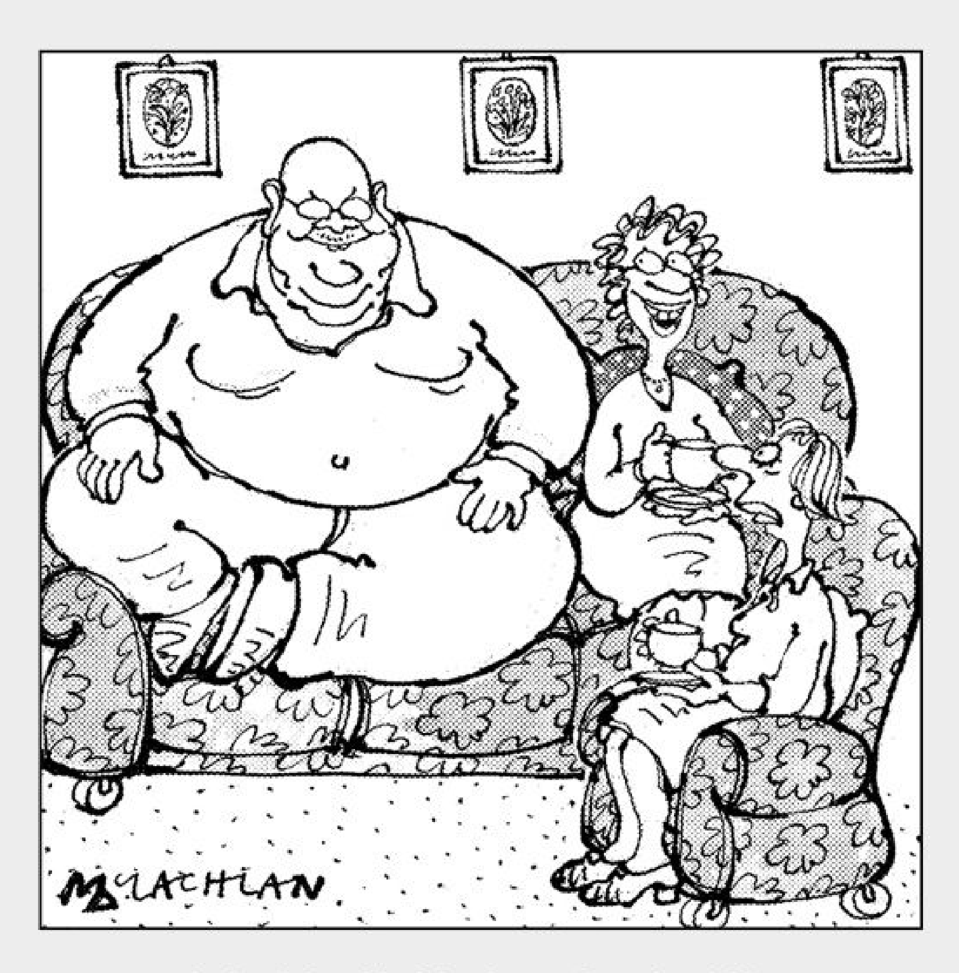
De hecho, Derrida sostiene que no puede haber significado porque nada está fijo en la gran red de la lengua ni, de hecho, de la vida y la percepción. Todo es un espejismo, o lo que es peor, una especie de polvo fino, que resulta de evaporar los supuestos político-sexuales; términos cargados como el “es” que discrimina contra el “no es”, o el “yo” que discrimina contra el “tú”. ¡Debemos destruir la red de palabras!

¿Confundido? ¿Qué está diciendo Derrida exactamente? Nadie lo sabe, ni siquiera el propio Derrida. En efecto, una vez declaró, en su “Carta a un amigo japonés”, que no es posible decir que “la deconstrucción es tal y tal cosa” o que la “deconstrucción no es tal y tal cosa”, porque la construcción de la frase ya sería falsa.

Un traductor, Alan Bass, que podría considerarse algo así como un fan suyo, dice que Derrida es “difícil de leer”. No sólo en virtud de su estilo, sino también porque “desea firmemente desafiar las ideas que rigen la forma en que leemos... Algunas de las dificultades se pueden resolver avisando al lector”.

Parte IV

La mente, la conciencia y la moral



—LA GENTE NO PARA DE PREGUNTARLE POR QUÉ SE HIZO BUDISTA.

En esta parte...

Nos acercamos al meollo de la cuestión. ¿Qué hay exactamente en nuestras cabezas? ¿Cómo encajan las teorías médicas sobre el cerebro humano con nuestras teorías filosóficas sobre mentes incorpóreas? ¿Qué diablos podría ser esta fuerza que manipula a la gente como a marionetas con hilos? Además, ¿a quién se le habría ocurrido ordenar así el mundo? ¡Por el amor de Dios! Todos estos grandes temas, desde los valores personales hasta los juicios políticos y hasta ocultos mecanismos de la economía y la vida social se exponen, revelan y explican en este punto.

Bueno, a lo mejor he ido demasiado lejos, pero empecemos de todos modos.

Capítulo 12

La extraña idea de la mente

En este capítulo:

- Despertamos a distintos tipos de vigilia.
- Reflexionamos sobre el reflexionar.
- Presentamos lo otro.

La mente es el atributo de los dioses y de muy pocos hombres.

Platón

La mente es una cosa extraña, si te paras a pensarlo. Estamos bastante seguros de tener una mente y de poder usarla, pero ¿qué pasa con las personas a nuestro alrededor? ¿Qué pasa con los animales, las plantas y las rocas? Si crees que las rocas y las plantas no tienen mente, entonces, ¿en qué punto de la escala evolutiva comenzaron los humanos a pensar? Si los seres humanos evolucionaron a partir de formas de vida más simples, ¿estas formas más simples también tenían mentes?

En este capítulo, nos fijamos en preguntas desconcertantes como: ¿Qué es lo que entendemos por “pensar”? ¿Es algo que hacen los ordenadores? ¿Y qué hay de ese sentido general del existir al que parece que todos llamamos “conciencia”? Podemos estar conscientes sin pensar, pero ¿podemos estar vivos sin ser conscientes? Éste es el tipo de preguntas que abordamos en este capítulo.

Filosofía de la mente

Según una extraña escuela de filósofos conocidos como los “pampsiquistas”, incluso las piedras tienen mente, y lo único que nos diferencia a los humanos es que con el paso de los años nos hemos vuelto más y más complejos, y lo que una vez fueron mentes simples se han convertido en la actualidad en mentes mucho más complejas e impresionantes.



Conciencia

Descartes nos dejó como legado una conciencia que era la característica fundamental del conocimiento, pero también el problema de saber si se trataba de una enfermedad mental o de un fenómeno físico. Ciertamente, la conciencia es algo difícil de definir. Parece que la idea tiene algún sentido, pero ¿es una forma de lenguaje interior o simplemente una serie de reacciones automáticas a los estímulos? El propio Descartes convirtió todo los procesos de la mente humana en actividades del alma, y por lo tanto en parte de ser conscientes, y todas las actividades de los animales en reacciones mecánicas preprogramadas. Sin embargo, no ofreció buenas razones para esta división, y hoy en día este tipo de análisis (aunque ampliamente adoptados) parecen superficiales.

La cuestión fundamental de la filosofía de la mente (como así se llama) no es el estudio práctico de cómo funciona la mente (que ahora estudia por separado la psicología), sino si hay realmente algo digno de este nombre. Si el término tiene algún sentido, entonces cuando digo “Creo que puedo ver salir el Sol” no estoy simplemente informando sobre alguna sensación de fotones que me llegan a los ojos, sino sobre un acontecimiento mental. No obstante, las dos cosas están relacionadas. El cómo lo están es algo que durante siglos ha angustiado, y mucho, a los filósofos.

Mirando el asunto desde el otro extremo, por así decirlo, los filósofos se han preguntado qué es lo que queda cuando hemos separado a la mente de todas sus fuentes de información sensorial. Si simplemente procesamos mentalmente la información sensorial, y llegamos a un punto en el que ésta se detiene (quizá después de un trágico accidente en el que, además, hemos perdido la memoria), parece que no queda mucho más a lo que en algún sentido podamos llamar mente. De una forma un tanto sombría, los médicos pueden tener que tomar la decisión de si hay o no hay algo digno de ser llamado “mente” o “ser vivo” en casos con víctimas en coma, cuando tienen que decidir si desconectar los equipos de soporte vital.

Actualmente, los filósofos de la mente también examinan cuestiones planteadas por los diferentes tipos de contenido que los fenómenos mentales pueden incluir, tales como dolores y picores; o ver los colores y oler las flores; o las impresiones que dejan las imágenes y los sueños y cosas por el estilo. Y también se preguntan acerca de los distintos tipos de pensamiento implicados en procesos mentales como la creencia, la esperanza o (¡lo más importante para mucha gente!) el deseo. Estos procesos mentales son mucho más sutiles que la mayoría de los seres sensoriales. Como saben los psicólogos, las acciones de la gente son impulsadas por una mezcla de motivaciones y la gente no siempre es plenamente consciente de estas motivaciones. El filósofo (y agitador) político Friedrich Engels lo contaba en una carta a uno de sus amigos, diciendo que “La ideología es un proceso que se opera por

el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que lo mueven, permanecen ignoradas para él; de otro modo, no sería tal proceso ideológico”. En cierto sentido, todas las conciencias son falsas.

El molesto problema de las otras mentes

Esa cita de Platón refleja sólo uno de los dos puntos de vista distintos que el antiguo maestro tenía sobre la mente. La obra de Platón está llena de declaraciones muy profundas que se contradicen entre sí. Tal vez precisamente por eso son profundas. En el diálogo llamado *Timeo*, Platón parece pensar que la característica de las mentes es que contienen el conocimiento. Por eso los dioses son los auténticos poseedores de mente.

La otra manera de pensar de la mente, sin embargo, es como cosas que sólo reciben impresiones de los sentidos, que “ponen todo en orden y organizan las cosas del mejor modo posible”, como lo presenta Platón en otro diálogo llamado *Fedón*. Éste es el punto de vista al que se adherirá Aristóteles, el joven contemporáneo de Platón y algo así como estudiante suyo (aunque recuerda que discrepa de él en casi todo). De hecho, Aristóteles convierte la mente en una especie de órgano sensorial: así como la oreja es la parte que escucha del cuerpo, la mente es la parte del cuerpo que percibe esencias. Por ejemplo, cuando miramos un tomate rojo, el ojo ve el color y los dedos perciben la forma, pero es tu mente la que ve el verdadero tomate.

En el último libro del *De anima*, que no significa “sobre los animales”, sino “sobre la fuerza animadora” (o algo así), Aristóteles escribe:

> *“La mente como la hemos descrito es lo que es en virtud de convertirse en todas las cosas, mientras que hay otro que es lo que es en virtud de hacer todas las cosas: se trata de una especie de estado positivo como la luz, porque en un sentido la luz convierte en colores reales los colores potenciales. La mente en este sentido es separable, infranqueable, sin mezclar... Cuando la mente se libera de sus condiciones presentes, aparece simplemente como lo que es y nada más, lo único que es inmortal y eterno (aunque no recordemos su actividad anterior, porque mientras en este sentido la mente es infranqueable, como pasiva es destructible) y sin lo cual nada piensa.”*

Este pasaje ha causado muchos problemas a traductores y comentaristas. Dan O’Connor, uno de estos últimos, afirma que es justo decir que nadie sabe lo que significa. Pero santo Tomás de Aquino identificaba la mente, como la describía Aristóteles, con el alma inmortal cristiana, y otros han dicho que la noción aristotélica de la mente es Dios. Naturalmente, nadie se pone de acuerdo en estas cosas, pero siempre queda bien dejarlas caer en una conversación.

La mente, más y mejor

El siguiente gran paso en la filosofía de la mente fue el que dio René Descartes. Así que saltemos casi dos mil años para encontrarnos con sus solitarias meditaciones en una pequeña habitación francesa. Por desgracia, el resultado final del pensamiento de Descartes fue hacer la mente y el cuerpo completamente independientes, lo cual creó dos terribles problemas a los filósofos posteriores:

- ✔ ¿Cómo sabemos que la otra gente (dejemos de lado a los animales, las plantas, y todo lo demás) tiene pensamientos o sentimientos? Este problema se conoce generalmente como el problema de las otras mentes.

- ¿Cómo puede lo uno afectar a lo otro? ¿Cómo puede mi mente ordenarle a mi boca que diga “Por favor, pásame la mostaza” sin tener algún mecanismo físico (por ejemplo, pequeñas señales eléctricas) para hacerlo?

Pero Descartes no permite que la mente haga pequeñas señales eléctricas o cualquier otra cosa física. Tiene que ser, por supuesto, una mente pura, puro pensamiento. Lo bueno es que, para Descartes y para muchos tipos religiosos, la mente puede sobrevivir a la muerte del cuerpo. En efecto, al ser completamente no física, difícilmente podría suceder de otro modo.

MAZAZO A LA JERGA

La idea de Descartes, después de todo, es que lo único de lo que podemos estar seguros es de que “hay pensamientos”, y que estos pensamientos aparecen en una mente, que él suponía (erróneamente, según la mayoría de los filósofos) que era la suya. Y aquí tenemos el problema de la otra mente. Si, como parece, todo lo que podemos conocer son los pensamientos en nuestra propia cabeza, entonces, ¿cómo sabemos que la persona que responde a la anterior petición (“Por favor, pásame la mostaza”) también tiene mente y ha decodificado las ondas sonoras en pensamientos y finalmente ha optado (libremente) por pasarnos la mostaza? ¿Cómo sabemos que la otra persona no es, de hecho, una máquina que responde pasivamente, químicamente o de cualquier otro modo, a los estímulos físicos?

En su día, Descartes ofreció el ejemplo de un reloj con un complicado mecanismo parecido a un ordenador, pero hoy en día podemos utilizar un ejemplo mucho más plausible: el de un ordenador en una habitación (ver más adelante la sección “El ordenador en la habitación china”). ¿Cómo sabemos que todos los que nos rodean no son sino un complicado ordenador? En realidad no lo sabemos y, de hecho, muchos de los científicos actuales creen que todos nosotros no somos más que máquinas complejas.

Pero no parece que sea así. Tú crees que piensas, y si lo haces tú, ¿por qué no va a hacerlo también la otra gente? Por eso otros filósofos, como Spinoza, decidieron que la mejor manera de resolver las contradicciones que esto plantea era hacer que todo fuese mente, y que todo fuese eterno. Las piedras y tu tía Agustina son sólo dos aspectos de la mente, y también lo es Dios: todo está hecho de lo mismo.

MÁS DE CERCA

De hecho, Spinoza argumentó que la mente y la materia (o en su terminología, el pensamiento y la extensión) eran aspectos de la Sustancia, a la que también llama “Dios” o “Naturaleza”. Esta teoría recibió su propio nombre, el de teoría del doble aspecto. ¡Muera el dualismo! ¡Vivan los dos aspectos!

El misterioso Otro

Los filósofos han encontrado una razón para pensar que los otros son como nosotros, y que tienen mente y pensamientos como nosotros, y es simplemente la de que se comportan como nosotros. Si le

das a tu amigo una chocolatina se la zampará sin contemplaciones. Si lo empujas, se quejará. Los demás actúan como tú, así que es probable que sean el mismo tipo de cosa que tú. Esto es lo que suele llamarse “argumento por analogía”. La mayoría de la gente se contenta con dejar que este argumento resuelva el problema de las “otras mentes”. Pero claro, también mi perro actúa así. Si le pongo una chocolatina en el plato se la zampa. Y si lo empujo me ladra. Y en cambio, muy poca gente cree que los perros y las personas piensen de la misma manera. Tampoco lo creía Descartes, que insistía que la analogía correcta para los perros era con las máquinas, y no con las personas.

Esto nos lleva a una de las pocas bromas que existen en filosofía, que es el argumento conductista de la existencia de otras mentes. El *conductismo* es una teoría psicológica que dice que la única forma, o la única forma útil, de saber lo que pasa por la mente de alguien es ver cómo se comporta. Así, por ejemplo, en términos convencionales deberíamos creer a un invitado cuando nos dice que le encanta nuestra coliflor con bechamel, pero si vemos que la aparta y no se la come haremos bien en tomar una postura conductista y concluir que nuestra coliflor no es precisamente su plato favorito. Los conductistas siempre están dispuestos a probar experimentos crueles, sobre todo con animales, así que obligar a nuestro invitado a comerse la coliflor podría resultar ser un buen experimento filosófico conductista. Si el invitado se pone enfermo, podemos concluir que no le gustaba por mucho que nos hubiera mentido (sin duda, en un absurdo intento de ser educado).

Pero ésta no era la broma. La broma es ésta: dos conductistas mantienen relaciones sexuales. (Evidentemente, los conductistas no hacen el amor.) Cuando terminan, el primer conductista dice: “¡A ti te ha encantado! ¿Y a mí?”. ¿Lo pillas? (Un conductista sólo puede saber qué piensa la gente al observar sus reacciones o su comportamiento.)

Mucha gente critica el conductismo. Seguramente, quien lo hace se da cuenta de que el hecho de que nos duela algo implica que sentimos dolor, y que hay una diferencia importante entre tener dolor de muelas y querer cogerse un día libre. Esto es lo que escribió sobre el asunto el filósofo británico John Stuart Mill en *Examen de la filosofía de sir William Hamilton* (1889):

> *“Llego a la conclusión de que otros seres humanos tienen sentimientos como yo, porque, en primer lugar, tienen cuerpos como yo, que sé por experiencia propia que son la condición antecedente de los sentimientos, y porque, por otra parte, presentan los actos y otros signos exteriores, que sé por propia experiencia que están causados por sentimientos.*
>
> *”Soy consciente en mí mismo de una serie de hechos conectados por una secuencia uniforme, de la que el inicio es la modificación de mi cuerpo, el paso intermedio son los sentimientos, y el final es conducta externa. En el caso de otros seres humanos, por mis sentidos tengo la evidencia del primer y el último tramo de la secuencia, pero no del intermedio. Sin embargo, me parece que la secuencia entre el primero y el último es regular y constante en los otros casos como lo es en la mío. En mi caso, sé que el primer eslabón produce el último a través del intermedio, y que no podría producirlo sin él.*
>
> *”La experiencia, por lo tanto, me obliga a concluir que debe de haber un eslabón intermedio; que, o bien debe ser el mismo que el mío en los demás o bien uno distinto: tengo que creer que están vivos o que son autómatas: y al creer que están vivos, es decir, al suponer que el vínculo es de la*

> *misma naturaleza que en el caso que conozco por experiencia propia, y que es similar en todos los aspectos, sitúo a los otros seres humanos, como fenómenos, bajo las mismas generalizaciones que por experiencia sé que es la verdadera teoría de mi propia existencia.”*

Mill era a la vez lógico y economista, así que sus explicaciones son bastante secas. En el continente europeo, la gente tenía una visión más matizada de lo que podría pasar en la mente de otras personas.

En la filosofía europea moderna (un término que no designa ningún contenido particular, pero que incluye ideas oscuras y desconcertantes como esta de Edmund Husserl) el *otro* es cualquiera excepto tú mismo, excepto el ego. El filósofo francés del siglo XX Emmanuel Levinas sostiene que la totalidad de la ética se basa en el respeto a la absoluta “alteridad del otro”. En *Totalidad e infinito* (1961) escribe:

> *“El otro absoluto es el Otro. Él y yo no formamos un número. La colectividad en la que digo ‘tú’ o ‘nosotros’ no es un plural de ‘yo’.”*

El ordenador en la habitación china

Uno de los mejores experimentos mentales filosóficos es el de la habitación china, del filósofo estadounidense contemporáneo John Searle. Aunque en realidad la idea del experimento no es de él, sino del célebre descodificador británico durante la segunda guerra mundial Alan Turing, que había liderado el desarrollo de los primeros ordenadores y que sugirió que cuando, después de un largo interrogatorio, no podemos decir si estamos hablando con una máquina o con un ser humano, debemos considerar que la máquina en cuestión es una máquina inteligente.

La prueba original, el test de Turing, en la que los ordenadores están en una habitación, unas personas en otra y un segundo grupo de personas en otra, se practica actualmente con cierta regularidad. Los examinadores sólo pueden comunicarse con los ordenadores y con las otras personas escribiendo preguntas en un teclado. Si, después de un buen rato pensando preguntas y discutiendo algunas cuestiones, los examinadores son incapaces de decir si están hablando con un ordenador o con un humano, debemos admitir que el ordenador tiene inteligencia.

Sin embargo, Searle no quiso hacer concesiones de ningún tipo a los ordenadores, así que introdujo el aspecto chino, que es poco útil porque las murallas chinas significan barreras imaginarias a la comunicación en favor de la privacidad. Se podría decir, por ejemplo, que en los bancos existe una muralla china entre el escritorio de los que conceden las participaciones preferentes y el de los reguladores.

Pero de todos modos, el experimento de la habitación china trata básicamente de ordenadores; ni chinos, ni murallas, ni habitaciones. Dicho esto, la versión de John Searle comienza con su oferta de encerrarse en una habitación imaginaria con un montón de jeroglíficos chinos. Searle nos pide luego que pensemos qué pasaría si, de vez en cuando, alguien de fuera de la habitación nos hiciese llegar preguntas en chino a través de un buzón, que también nos serviría para mandarle las

respuestas.

Searle comienza su relato diciendo que él “no sabe chino, ni escribirlo ni hablarlo” y que para él, “la escritura china es sólo un montón de garabatos sin sentido”. Así que deberíamos esperar que sus respuestas fuesen más bien al azar. Pero ahora supongamos que en la pared de la habitación hay colgadas unas instrucciones, escritas en inglés, que explican con total precisión qué jeroglífico hay que mandar como solución a cada jeroglífico que se nos mande como pregunta. Así que ahora, cuando alguien le deja una pregunta en el buzón, Searle puede devolverle la respuesta correcta. Y la persona de fuera de la habitación puede creer que la de dentro entiende el chino y entiende las preguntas.

Pero en este caso las apariencias pueden engañar, o eso quiere Searle que pensemos. Su propósito es demostrar que una persona en una habitación como ésa no entiende el chino. Por eso empezó el experimento advirtiendo que él “no sabe chino, ni escribirlo ni hablarlo”.

Y como los ordenadores funcionan de un modo análogo, Searle sigue diciendo que no es exacto decir que los ordenadores son inteligentes o que entienden cosas, aunque sean capaces de presentar respuestas que parecen inteligentes.

¿Así que el experimento muestra que los ordenadores no piensan, que no son parte del misterioso otro? El experimento es bastante convincente para demostrar que la persona en la habitación no entiende el chino. Sin embargo, como dice Searle, “desde el punto de vista externo, es decir, desde el punto de vista de alguien que está fuera de la habitación, las respuestas a las preguntas son absolutamente imposibles de diferenciar de las de un hablante chino nativo”.

Pero lo que el profesor Searle parece haber pasado por alto es que no se trata tanto de que parezca que la persona en la habitación entiende el chino como que todo el sistema (la persona en la habitación, el juego de símbolos en las tarjetas y las instrucciones pegadas en la pared) parezca entender el chino. Eso es mucho más plausible, porque, después de todo, el que escribió las instrucciones entendía el chino.

Lo que parece más probable que haya pasado en su ejemplo es que la experiencia del autor de las instrucciones se haya transferido, a través de las reglas escritas, a la persona de dentro de la habitación. Si reemplazamos la configuración por un ordenador, programado con las reglas, entonces la experiencia del hablante chino, al menos en algunos casos, se ha transferido a la máquina. Visto de esta manera, es mucho más difícil que Searle, o cualquier otra persona, niegue que el ordenador tenga alguna experiencia o incluso comprensión. Igual que hoy en día hay máquinas que pueden servir para tratar a los enfermos en los hospitales, ayudar en el asesoramiento profesional o informar sobre la localización de yacimientos de oro, que tiran bombas o que dirigen complejos sistemas de reglas y procedimientos que tienen su origen en la experiencia humana.

Inteligencia muy artificial

En la década de 1960 Joseph Weizenbaum, investigador en Inteligencia Artificial en el Massachusetts Institute of Technology desarrolló una serie de programas que incorporaban el lenguaje natural de un usuario que escribía en una máquina de escribir y respondía con lo que parecía ser lenguaje natural a

través de una impresora. El más célebre de estos programas era Eliza, un programa que se inspira en la psicoterapia. En general, Eliza respondía lo que escribía la gente en un orden ligeramente distinto, quizá al haber identificado la palabra clave. Aunque el programa era muy simple, se hizo muy popular. Los psiquiatras lo adoptaron como base para sus sesiones reales de terapia. Los usuarios también lo adoptaron y se volvieron dependientes de Eliza y los expertos tecnológicos lo citaban como un ejemplo de cómo los ordenadores podían aprender a “hablar”.

¡ADVERTENCIA!

Después de esta experiencia, Weizenbaum decidió que no debía permitirse que los ordenadores diesen respuestas que podían parecer humanas. “No me había dado cuenta de que una exposición extremadamente breve a un programa informático relativamente simple podía provocar enormes delirios en personas muy normales”, dijo con tristeza. Esta advertencia, que trata más de la naturaleza humana que de cualquier otra cosa, ha tenido poco efecto.

Weizenbaum explica todo esto en un artículo de 1964 llamado “Contra el imperialismo de la razón instrumental”. Dice que las respuestas puramente aleatorias del tipo sí o no a un paciente puramente consciente se interpretan como pensamiento profundo, lo que refleja el aura que para muchos tienen los ordenadores. Weizenbaum esperaba demostrar que puede parecer que los ordenadores hablan aunque en realidad no entiendan nada de lo que están diciendo. Éste fue el debate que suscitó el reto que Alan Turing les puso a los investigadores durante la segunda guerra mundial, según el cual cuando, después de un largo interrogatorio, no podemos determinar si estamos hablando con una máquina o con un ser humano debemos concluir que la máquina tiene inteligencia.

Filósofos como John Searle (del que hemos hablado en el apartado anterior) han tratado de ofrecer razones para que no reconozcamos cosas tan bellas en meras máquinas, pero la victoria de los ordenadores en la mentalidad pública se refleja en el hábito (que explica el psicólogo y pedagogo Jerome Bruner) que tiene la gente de compararse cada vez más con máquinas que procesan información. La gente imagina datos entrando en su unidad central de procesamiento, el cerebro, que los clasifica en varias partes de la memoria y los manipula siguiendo las normas internas, ¡igual que los ordenadores! Ya en la década de los ochenta, un cartel del gobierno del Reino Unido representaba a un ser humano como una memoria de 2.048.000 kilobytes. (Esto son sólo dos megabytes, más o menos lo que ocupa una canción en un MP3, pero en aquel momento parecía mucho).

Los intentos de desarrollar auténticas máquinas pensantes siguieron un enfoque de arriba abajo, utilizando complejas reglas programadas, en gran parte por la influencia de Marvin Minsky y Seymour Papert en Estados Unidos.

Su influencia a finales de los años sesenta, ridiculizando los intentos de modelar sistemas biológicos para hacer que el equipo imitase la arquitectura física y biológica del cerebro, junto con el *hardware* real disponible, se tradujo en la nueva ciencia de la inteligencia artificial, que intentaba emular las características del razonamiento humano.

Las redes neuronales

Pero la inteligencia artificial no tardó mucho en abandonar el enfoque ordenado y basado en normas

por un planteamiento biológico, más irracional.

Las *redes neuronales* se pusieron de moda, gracias a unos defensores que hacían magníficas afirmaciones sobre sus poderes. Una red neuronal es una serie de elementos de procesamiento simples conectados entre sí y con varias entradas y salidas. La información se introduce en estas entradas y la actividad resultante es monitoreada. Las relaciones entre las partes se ajustan hasta que ciertas entradas producen siempre la salida deseada. De esta forma, se dice que la red neural aprende. La primera red neuronal comercial, construida en Londres por Igor Aleskander y otros, se empleó con éxito para elegir componentes defectuosos en líneas de producción y para diferenciar los billetes en bancos. Los sistemas de inteligencia artificial basados en reglas, en cambio, no han funcionado demasiado bien para reconocer formas y patrones.

Ciertamente, parece que, después de todo, los ordenadores no son inteligentes, si por inteligente nos referimos a ser capaces de responder preguntas difíciles. Pero, en cambio, como ha afirmado en nombre de los seres humanos el filósofo (o científico cognitivo, si lo prefieres) contemporáneo Marvin Minsky, lo que les falta a los ordenadores es el sentido común. O, dicho de otra manera, los ordenadores piensan bien precisamente porque los seres humanos pensamos confusamente.

El existencialismo y el fantasma en la máquina de Ryle

Gilbert Ryle usó la expresión “fantasma en la máquina” en su libro *El concepto de lo mental* (1949) como parte de su ataque a lo que él llamó el mito de Descartes; es decir, la idea de que la mente es una especie de fantasma misteriosamente encerrado en una máquina, el cuerpo físico, con todos los problemas lógicos y existenciales que esta concepción trajo consigo (existenciales en el sentido de que el fantasma en la máquina de Descartes tiene que habitar en un universo diferente al del cuerpo). Esto, advirtió el profesor Ryle, es un error de categoría; es decir, el error de tratar algo como si perteneciese a una categoría cuando realmente pertenece a otra. Preguntar cómo puede la mente influir en el cuerpo es como preguntar de qué color es el número 5. La pregunta surge de un malentendido anterior y de cierta confusión sobre la cuestión. ¡Me gusta la idea!

Ryle sostuvo que las nociones tradicionales de voluntad, imaginación, percepción, pensamiento y demás están contaminadas por el cartesianismo (en particular, por la opinión de que en el universo hay dos tipos de cosas distintas: la mente y la materia) y debemos sustituir este “fantasma en la máquina” por un tipo de modelo conductista sobre cómo funciona la mente. Explica que tratar los fenómenos mentales del mismo modo que tratamos los fenómenos físicos es una especie de error de categoría, porque las acciones no se forman por las dos partes que propone Descartes, la idea mental y la acción física, sino por una única parte: el comportamiento.

Ryle, como muchos de sus contemporáneos, consideraba que estaba usando las herramientas del análisis lógico para resolver y aclarar todas las otras cuestiones, a la manera del célebre iconoclasta y filósofo rebelde Wittgenstein.

Aferrados a nuestro sentido de la identidad personal

Entonces, ¿quién eres? ¿Tu mente es tu mente o la de algún otro? Quizá todos los demás tengan mente y las personas sólo seamos una especie de autómatas que responden a sus preguntas, como Searle encerrado en su habitación (consulta en la página 227 “El ordenador en la habitación china”)? ¿Ridículo? Sí, pero la idea ha tenido un éxito considerable en el continente (particularmente en Francia y Alemania).

Nos ponemos existenciales de nuevo

Los integrantes de una de las escuelas más llamativas de la filosofía reciente, los *existencialistas*, acusan a los que no están en su bando de representar roles, de no ser fieles a su verdadero yo y de exhibir mala fe. El francés Jean-Paul Sartre (1905-1980) se burlaba de la burguesía por su cómodo sentido del deber, de los homosexuales que pretenden ser heterosexuales, y de los camareros que se apresuran demasiado. Todos ellos, dice, son esclavos de las percepciones de otras personas (tienen miedo a la mirada de los otros y por eso exhiben mala fe), no son fieles a sí mismos, sino que dejan que otras personas decidan por ellos lo que deberían ser.

Eso sí, Sartre, al igual que su mentor, Karl Marx, fue siempre un hombre de letras, no de acción. Criado en la Francia rural, Jean Paul dice haber pasado la mayor parte de su niñez en la biblioteca de su abuelo y de su adolescencia en colegios de élite de Francia, de los que salió sólo para convertirse

en profesor.

Cuando estalló la segunda guerra mundial e interrumpió su proceso de formación intelectual, Sartre se convirtió en meteorólogo del ejército, y cuando los franceses se rindieron antes los victoriosos nazis, fue hecho prisionero de guerra, aunque por poco tiempo, ya que en seguida se le concedió la libertad condicional para organizar su primera obra de teatro y volver a dedicarse a la filosofía. Cuando terminó la guerra decidió que no quería una vida de profesor, y eligió la de escritor e intelectual.

La filosofía de Sartre es característicamente existencialista porque enfatiza el uso de la imaginación. Sartre dice que es sólo en el uso de la imaginación, en el imaginar lo que podría ser, como somos verdaderamente libres.

Hace hincapié en “lo que no es” sobre “lo que es”, siendo esto último algo más bien monótono que consiste en el tipo de datos que examinan los científicos, mientras que “lo que no es” realmente es mucho más interesante. En *El ser y la nada* (1943), resume así su punto de vista (si es que resumir es un término apropiado para referirse a un escrito existencialista):

> *“La naturaleza de la conciencia es al mismo tiempo ser lo que no es y no ser lo que es. Y aquí es donde nuestra búsqueda de la identidad, la identidad personal, llega a su fin. Existimos, sí, pero lo importante es ¿cómo nos definimos a nosotros mismos?”*

Y para ilustrar la importancia de esta cuestión, Sartre presenta su famoso ejemplo del camarero:

> *“Su movimiento es rápido y decidido, un poco demasiado preciso, un poco demasiado rápido. Acude hacia los clientes con un paso demasiado ligero. Se inclina hacia delante demasiado; su voz, sus ojos expresan un excesivo interés por el pedido del cliente. Finalmente regresa tratando de imitar en su caminar la rigidez inflexible de una especie de autómata: lleva la bandeja con la impasibilidad de quien camina en la cuerda floja, la mantiene en un equilibrio perpetuamente inestable y perpetuamente mantenido, que restablece eternamente con ligeros movimientos del brazo y la mano.”*

Éste es un pasaje, para mi gusto, bastante esnob (¿burlarse del trabajador?) pero al que la gente a menudo elogia por ser un foco de atención sobre la conciencia, y ciertamente es parte de lo que hizo de Sartre un pensador original. Pero hay quien piensa que también él estaba mostrando un poco de mala fe al proclamar que había inventado la idea.

Los préstamos de Simone de Beauvoir

Curiosamente, otro libro que salió en 1943, *La invitada*, de Simone de Beauvoir, que fue confidente y compañera intelectual de Sartre durante toda su vida, también describe los diversos tipos de conciencia, y en términos muy similares a los de Sartre.

El libro de Simone de Beauvoir, mucho menos conocido, ofrece clásicas descripciones existencialistas de lo que se siente paseando por un teatro vacío (el escenario, las paredes, las sillas, incapaces de tener vida hasta que hay público) o al ver que una mujer en un restaurante ignora el hecho de que su compañero ha empezado a acariciarle el brazo (“Se quedó allí, olvidado, ignorado, la mano del hombre acariciaba un pedazo de carne que ya no pertenecía a nadie”), y también ésta:

“Es casi imposible creer que los demás son seres conscientes, conscientes de sus propios sentimientos internos, como nosotros mismos somos conscientes de los nuestros —dijo Francoise —. Para mí, es terrible cuando nos aferramos a eso. Tenemos la impresión de no ser nada más que un producto de la mente de otra persona.”

¡Parece que alguien ha estado copiando! Porque Simone de Beauvoir escribió su libro años antes que su compañero (aunque entonces todavía no estuviese publicado). ¡Así que imagina! (En realidad, Sartre incluso registra en su diario cómo De Beauvoir tuvo que corregirlo varias veces por su mala comprensión de la filosofía.) Si alguna vez te has preguntado por qué todos los filósofos famosos son hombres, éste es un ejemplo para entender lo que ha podido pasar. Sartre simplemente tomó prestadas todas las ideas de De Beauvoir y las utilizó en su trabajo sin acuse de recibo. (Si te interesa esta relación filosófica tienes que leer el libro de Kate y Howard Fullbrook de 1994, *Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre*.)

Otra explicación del generoso préstamo de Simone de Beauvoir de todas sus ideas a su pareja puede ser que De Beauvoir, a diferencia de Sartre, reconociese sus fuentes. Era consciente de que muchos de los elementos del existencialismo no eran en absoluto nuevos, sino que venían de la tradición de la filosofía oriental. Lo más importante, la noción existencialista clave de “el otro”.

MÁS DE CERCA Toma el budismo, por ejemplo. Cuando se trata de pensar en el otro, como dice el comentarista James Whitehill, el punto de vista budista en cuestiones de uno mismo y de la comunidad tiende a ser biocéntrico y ecológico. O, como sigue diciendo, el budismo no comienza con el “yo sustancial, separable y distintivo” de la filosofía y la religión occidentales. Dicho esto, más tarde De Beauvoir desarrolló la noción de clasificar a todas las mujeres como “el otro” en la sociedad dominada por los hombres que era, y ha seguido siendo, la suya.

Descubrir la voluntad de filosofar

Tradicionalmente, como les gusta decir a los profesores de filosofía, *la voluntad* es una especie de facultad mental, o atributo de la mente, que tiene la habilidad, muy útil, de tomar decisiones, de elegir, decidir e inventar. Y todavía más (tradicionalmente) los filósofos veían esta facultad como algo particularmente humano, ¡como si los animales no pudiesen tomar decisiones o tener ideas!

La razón de que los filósofos pensasen que la voluntad es propia de los seres humanos es que actividades como decidir y tener una idea parecen implicar la creación de algo nuevo y escapar de las restricciones tanto de lo que ha sido como de lo que actualmente es. No es de extrañar entonces que Immanuel Kant (que sale en el capítulo 5) enfatizase la importancia de la voluntad en sus escritos sobre el bien y el mal, diciendo que lo que importa es lo que tus acciones dicen sobre tus intenciones, y no sus consecuencias. ¡Díselo al tipo que has atropellado porque conducías demasiado rápido cuando ibas a ayudar al comedor social! De todos modos, afortunadamente, después de que Kant hiciese su pequeña aportación, la filosofía de la voluntad recibió el apoyo de otro filósofo alemán, Schopenhauer, que tuvo la suerte de nacer en medio de una época particularmente fecunda de la filosofía alemana. (Los enemigos de Schopenhauer eran mayores y mejores que él: Immanuel Kant, que vivió entre 1724 y 1804, Georg Hegel, 1770-1831 y Johann Fichte, 1762-1814. Schopenhauer vivió de 1788 a 1860.)

MÁS DE CERCA

Entonces, ¿qué es esta cosa que llamamos "voluntad"? Es el instinto, el deseo (llámalo como quieras), la fuerza básica que impulsa la vida. No hay nada detrás de ella, ninguna estrategia, ninguna razón, ningún propósito. La voluntad está fuera del espacio y el tiempo; después de todo, ella los crea, crea regularidades, apariencias. La voluntad es prioritaria, guía la percepción y dicta las acciones. Incluso impulsa la evolución, y no al revés, como suponía Darwin. Schopenhauer llega a decir que los animales reflejan su voluntad en sus formas; la timidez del conejo se manifiesta físicamente a través de sus grandes orejas, siempre listas para detectar el más leve soplo de amenaza. Del mismo modo, el cruel pico y las garras del halcón reflejan su constante deseo de destripar otras criaturas.

La voluntad también es irracional; puede crear la razón pero de ningún modo está sujeta a ella. Tanto la voluntad de vivir como el deseo de tener descendencia son irracionales, algo que Schopenhauer ilustra haciendo referencia a un tipo particularmente repugnante de hormiga que vive en Australia y que practica el canibalismo, en especial después de aparearse. El mensaje de la hormiga australiana, y de Schopenhauer, es que la vida no tiene sentido: por el contrario, la realidad es que el nacimiento debe conducir rápidamente hacia la muerte y que la única actividad útil mientras tanto parece ser la de producir niños que puedan repetir el ciclo, aunque esto no le de al ciclo ningún sentido.

De todos modos, para Schopenhauer sólo existe la voluntad. Precede y sucede al individuo; es indestructible. En realidad, también existe un elemento de libre albedrío, que emerge en los actos que elegimos libremente, en el rato libre que nos queda entre que comemos hormigas y mantenemos relaciones sexuales. Qué decisiones debes tomar es precisamente lo que tienes que descubrir, algo que después repetirían los existencialistas franceses y alemanes. (Schopenhauer afirma que el digno intento de Kant de demostrar que las personas son fines en sí mismas es mero egoísmo.) Los seres humanos,

concluye tristemente Schopenhauer, son como las moscas de mayo, que nacen un día y mueren el siguiente y todo lo que dejan en el mundo son sus huevos. La naturaleza sólo se preocupa de la especie, no de los individuos y, en realidad (¡que se lo pregunten a los dinosaurios!), a menudo ni siquiera de la especie.

Algo un poco más positivo es que incluso la muerte es una ilusión. Schopenhauer también escribe sobre la necesidad de penetrar en el velo de Maya para ver la realidad común de la voluntad, que es el Gran Mundo o *Maharakya* de la sabiduría hindú. (Schopenhauer es uno de los pocos filósofos que relacionan su trabajo tanto con obras de la filosofía occidental como de la oriental.) Por eso el dolor es la norma y la felicidad la excepción. Y del budismo viene también su solución: la nada. La nada es exactamente lo mejor que puedes obtener. "Nada", después de todo, es el significado literal de *nirvana*, que es lo que dicen los budistas que todos buscamos.

En su libro *Sobre la vanidad de la existencia*, Schopenhauer explica:

> *"La vanidad de la existencia se revela en la misma forma que asume la existencia: en la infinitud del tiempo y del espacio en contraste con la finitud del individuo en ambos; en el presente fugaz como la única forma en que la realidad existe, en la contingencia y relatividad de todas las cosas en continuo devenir, sin ser; en el continuo deseo sin satisfacción; en la continua frustración de esforzarse en qué consiste la vida. El tiempo y la probabilidad de todas las cosas que existen en el tiempo que el mismo tiempo produce son simplemente la forma en que la voluntad de vivir, que como cosa-en-sí es imperecedera, se revela a sí misma la vanidad de su esfuerzo. El tiempo es aquello en virtud de lo cual todo se convierte en nada en nuestras manos y pierde todo valor real."*

No es difícil ver que este tipo de voluntad que trata de preservarse a sí misma a través de la reproducción es muy afín a las ideas de la biología moderna acerca de cómo la genética determina el comportamiento. Sin embargo, la originalidad de Schopenhauer se ha perdido y olvidado. En cambio, hoy en día la gente atribuye la idea de un gen egoísta a la brillantez de científicos como Richard Dawkins; y la idea de la voluntad de poder a los desvaríos de Nietzsche; y la noción que se refleja en el título del libro de Schopenhauer de un mundo creado por la voluntad se ha encerrado en el bote ornamental de la filosofía existencialista.

En cuanto a este robo intelectual, Schopenhauer intenta ofrecer una perspectiva más filosófica. En su libro *El mundo como voluntad y representación*, escribe:

> *"La Tierra gira desde el día a la noche; el individuo muere; pero el Sol abrasa sin cesar el eterno mediodía. A la voluntad de vivir le es cierta la vida: la forma de la vida es el presente sin fin; da igual que los individuos, fenómenos de la idea, nazcan y perezcan en el tiempo como sueños efímeros."*

Encontrar la voluntad de vivir en la filosofía francesa

El filósofo francés del siglo XX Levinas presenta una imagen más cálida, más personal, con más

sentido, del espíritu y las motivaciones humanas que la de Schopenhauer. Levinas apunta a un sentido más sutil del otro, de la "irreductible extrañeza del otro". Los seres humanos pasan gran parte de su vida buscando a otra persona: los conductistas dicen que la gente busca a alguien para mantener relaciones sexuales, pero otros dicen que la gente busca a su otra mitad perdida para llegar a ser un todo. (El vínculo entre dos personas es más complejo y duradero que el sexual.) "Incluso antes de que me dé cuenta del color de sus ojos, el otro me obliga en silencio a no hacerle daño, a no forzarlo a cumplir con la imagen que tengo de él", dice Levinas.

MAZAZO A LA JERGA

Al describir el encuentro con el otro, Levinas emplea la palabra "trascendencia", pero no en el sentido clásico del término. Levinas no se refiere a trascender el mundo cotidiano hacia una realidad supuestamente separada, más perfecta, sino que más bien pretende poner de relieve la fuerza transformadora que el otro puede tener en nosotros. Nuestra pareja nos ayuda a elevarnos por encima de lo que de otro modo podríamos ser.

La ética como el encuentro con el otro

Según Descartes todo el mundo tiene la idea de lo infinito en su interior. Descartes hace de esto una prueba de la existencia de Dios, diciendo que en tanto criaturas finitas los seres humanos no pueden concebir el infinito por su cuenta. Sólo una entidad que sea igualmente infinita podría ser responsable de esta idea. (Por lo tanto, Dios existe.) En la versión de Levinas de este argumento, lo divino nos viene a la mente cada vez que nos enfrentamos con la inquietante presencia del otro. En todos nuestros encuentros con el otro tenemos la incómoda sensación de que algo, una presencia infinita que no es creación nuestra y que no es de este mundo (como dijo el filósofo británico contemporáneo John Caruana) desplaza efectivamente nuestro centro de atención. "De este modo la inexorable capacidad del otro de ponerme en tela de juicio insinúa lo divino sin siquiera postularlo como tal", dice Caruana. Por supuesto, volviendo por un momento a la tierra al estilo de Schopenhauer, otras personas pueden producir el efecto contrario y arrastrar a gente que, en otras circunstancias sería muy agradable, a su propio nivel, miserable y bastardo.

Pero no parece que esto se le haya ocurrido a Levinas. En cambio, él se pasó la mayor parte de su carrera describiendo la ética como "la provocación del otro", refiriéndose a que es la preocupación por los demás la que con el tiempo inspira a la gente a desarrollar y concebir costumbres, leyes y teorías morales. Con el "otro", Levinas se refiere, de nuevo en palabras de Caruana, a "la persona singularmente única que está delante de mí en la forma de un amigo o un amante decepcionado, un hijo a mi cargo, un extraño que busca orientación en mí", o incluso a la persona sin hogar de la que pasamos de largo mientras duerme en la acera. Sólo el otro, sostiene Levinas, tiene el poder de obligarnos personalmente.

Levinas dice que las teorías éticas convencionales dejan el poder de la obligación en manos de una fuerza impersonal; Platón en manos del *bien*, la *forma de las formas*, y Kant en manos del *imperativo categórico*. Pero Levinas sostiene que las ideas y los principios, por sublimes y nobles que sean,

carecen de la fuerza que les suponen los filósofos. Los principios son simplemente demasiado abstractos y generales para cambiar el comportamiento humano. En su lugar, se necesita la presencia del otro, esta extraña sensación de que nos observen o piensen en nosotros. ¡Lo que sucede en nuestra mente depende de lo que sucede en la mente de otras personas!

Capítulo 13

Un vistazo a la ética y la moral

En este capítulo:

- Examinar lo que está bien y lo que está mal.
- Desmantelar la florida jerga ética.
- Desmontar las teorías de aquellos que dicen saber más que los demás.

Decir que la felicidad es el supremo bien parece un lugar común.

Aristóteles

El estudio del bien y del mal es, en esencia, un estudio práctico. Así lo consideraba Platón y algunos filósofos políticos como Marx. La *ética* aborda la cuestión de cómo regular el comportamiento y se ocupa tanto de las acciones individuales como de las más generales, lo que supone adentrarse en el ámbito de la política. Mucha gente cree, ingenuamente, que los políticos deben mantenerse al margen de la ética. Las leyes se basan en ideas sobre lo que está bien y lo que está mal y, en último término, son los políticos los que las elaboran. Ahora bien, el proceso por el que los políticos llegan a elaborar las leyes es bastante complicado y no cabe duda de que tanto los filósofos como los líderes religiosos (así como los intereses económicos de siempre) desempeñan un papel fundamental.

Para la mayoría, casi siempre es el poder en forma de ley el que dicta lo que está bien. Considérense, por ejemplo, las relaciones sexuales. En el Reino Unido, el gobierno de Su Majestad tiene ideas muy claras sobre estas cuestiones. Nadie debe tener más de un cónyuge y existen estrictos límites de edad para contraer matrimonio —¡que sólo afectan a la edad mínima!— sin olvidar la prohibición de mantener sexo con animales o en sitios públicos, y por no hablar de cuando hay intercambio de dinero. No puede estar más claro, ¿verdad? Además, obedecer las leyes nos ahorra muchos problemas, pues así no tenemos que remontarnos a los principios fundamentales. Esto es lo que los rectos ciudadanos alemanes (¡y los franceses, y otros muchos también!) pensaron cuando la ley los obligaba a entregar a la Gestapo a todos los vecinos judíos que se ocultaban en el ático para ser transportados a un campo

de concentración y ser “procesados”.

Pero, en realidad, existen buenas razones para pensar que la ley no es una guía perfecta a la hora diferenciar lo que está bien de lo que está mal. Para empezar las leyes varían. En algunos países, por ejemplo, está permitido tener varios cónyuges y los hombres pueden casarse con niñas. En el Reino Unido las relaciones homosexuales son un derecho pero en otros países las relaciones con personas del mismo sexo se pagan con la vida. En algunos países el Estado ofrece intercambios de sexo por dinero como un servicio público más, similar al cuidado dental o a las tardes en el bingo; en otros, la prostitución es vista como una perversidad espantosa y se castiga con la prisión. Es más, lo que está mal en un sitio y en una época determinada, a menudo cambia según las costumbres y circunstancias, tal como ha ocurrido en el Reino Unido con las leyes de la homosexualidad. En muchos ámbitos de la vida, la ley no decide tanto lo que está bien y lo que está mal, sino que refleja las actitudes predominantes en la sociedad. En la Alemania nazi las leyes reflejaban el extendido prejuicio hacia los judíos, homosexuales y gitanos, así como las ideas nazis del nuevo (pero ¡no lo olvidemos, democráticamente elegido!) líder alemán. En lo que a la ética respecta, por tanto, los códigos legales no suelen ser muy iluminadores.

Empezaré este capítulo con las reivindicaciones de tipo religioso. Muchas religiones afirman haber encontrado un atajo para conocer lo que está bien y lo que está mal: poseer libros basados en la palabra de Dios. A continuación, me detendré a considerar algunas perspectivas “radicales” sobre la moral, entre ellas la de Nietzsche, que afirma que todos (excepto él) se equivocan, pues lo que consideran que está bien está mal y llaman mal al bien. Seguidamente, analizaré algunos intentos de convertir la ética en una ciencia y en último lugar trataré de modernizar la ética aplicándola a los árboles y a los animales. Bueno, ¿por qué no?

¿Qué haría Dios?

Se rumorea que el ex vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, tenía un bloque de madera en su escritorio de la Casa Blanca con la inscripción *WWGD*, siglas que responden a la pregunta: *What Would God Do?* (traducido *¿Qué haría Dios?*). Ello pese a que en Estados Unidos, tal como queda recogido en la Constitución, se supone que la religión y la política son esferas completamente separadas. Sí, ya...

La verdad es que todos los antiguos textos religiosos —la Torá de los judíos, la Biblia de los cristianos y el Corán de los musulmanes— no sólo hablan del paraíso y del más allá, sino que también estipulan el modo correcto de comportarse en cada etapa de la vida y, como si de un Estado totalitario se tratara, acompañan este "consejo" con amenazas de espantosos castigos. Desgraciadamente, todos los intentos de basar la moral en un texto religioso cuentan con dos importantes debilidades lógicas:

- ✔ **La primera es que los textos se contradicen, ya sea internamente ya sea entre ellos.** La Biblia, por ejemplo, ordena a los creyentes exterminar despiadadamente a sus rivales (hombres, mujeres y niños incluidos) al tiempo que contiene estrictas reglas sobre la necesidad de perdonar y amar a los enemigos.
- ✔ **La segunda es conocida entre los filósofos como "el problema de Eutifrón".** Este problema viene planteado en uno de los diálogos menores de Platón en el que un tal Eutifrón está pensando en demandar a su padre para, como él afirma (y para disgusto de Sócrates), complacer a los dioses. Este hecho conduce a Sócrates a poner sobre la mesa la sencilla pero profunda cuestión: ¿algo es bueno porque los dioses simplemente dicen que es bueno (en cuyo caso los dioses pueden proclamar que cualquier cosa es buena y la gente debe aceptarlo sin más) o los dioses afirman que algo es bueno porque saben que lo es? Se puede suponer que los dioses son jueces justos, pero aun cuando ellos dictaminen lo que está bien y lo que está mal, su juicio no explica por qué una cosa es buena o no.

De hecho, los textos religiosos no son mejores que los códigos legales a la hora de proporcionar explicaciones de por qué algo está bien o mal. Sencillamente, se debe tener fe en lo que afirman. Por tanto, existen razones de sobra para que el mundo necesite filósofos. Pero éstos no se ponen de acuerdo sobre la posibilidad de llegar a un punto de encuentro. Algunos filósofos todavía creen que, en última instancia, Dios decide sobre el bien y el mal. Es más, la necesidad política que tienen los humanos de diferenciar lo que está bien de lo que está mal, unida al fracaso de los filósofos para lograrlo, conduce a algunos representantes religiosos a reforzar su idea de que Dios existe. Otros, sin embargo (¡reconociendo la debilidad del último argumento!) intentan fundamentar sus sistemas éticos en la lógica e incluso hay quienes lo hacen en una especie de matemáticas basadas en el cálculo de las consecuencias de cada acción. Por descontado, algunos otros afirman que la idea de lo que está bien y lo que está mal es una ficción o una mera cuestión de gusto personal.

Ética islámica

El islam propone una guía integral que abarca todos los aspectos de la vida, tanto individual como social. Un texto conocido como el Corán (que data aproximadamente del 700 d. C.). es venerado por los musulmanes como la palabra literal de Dios, que supera a todas las anteriores revelaciones, entre ellas, la Biblia. Prohíbe el juego, el consumo de sangre animal, la ofrenda de alimentos a los dioses e ídolos paganos, comer cerdo o carroña y beber alcohol. Describe con todo tipo de detalles el castigo en el infierno y las recompensas en el paraíso. La *sharía*, o ley islámica, es cruel y parece brutal. El castigo por un robo común puede ser la amputación de una mano, por mantener relaciones sexuales antes del matrimonio cien latigazos en público y el adulterio puede costar la vida. En la sociedad islámica tradicional no había distinción entre lo material y lo espiritual, entre lo religioso y lo político; algunos musulmanes consideran que hasta los actos más insignificantes deben someterse al criterio de los expertos en ética que son, por definición, líderes religiosos. El único punto en el que el sistema se muestra flexible es en la subdivisión del bien (*hasan*) y del mal (*qabih*) en distintas categorías: imperativo, recomendado, permitido y prohibido. El Corán afirma que el objetivo de esta división es que las personas mejoren por sí mismas. Los humanos son vistos como una fuente de potencialidad, seres en un estado imperfecto pero al menos no seres caídos, como afirman las historias cristianas del Jardín del Edén, de Caín y Abel, y de Noé y el diluvio.

Existen muchas corrientes moderadas del islam y muchos musulmanes circunscriben sus creencias religiosas a la vida personal y espiritual sin permitir que éstas regulen las relaciones con sus familiares, por no hablar de las relaciones sociales. Sin embargo, los fundamentalistas islámicos apelan a la autoridad religiosa para justificar acciones que de otro modo parecen abominables, como lapidar hasta la muerte a alguien por cogerse de la mano en público o por escuchar música pop, tal como en los últimos años ha sucedido en países como Afganistán y Somalia bajo el gobierno de fundamentalistas.

Algunos de los mejores logros de los filósofos han sido famosas reglas como:

- ✔ **La utilitarista.** Esta regla afirma que la política (o acción) que debe llevarse a cabo es la que reporta mayor felicidad para el mayor número de personas. Esto es lo que suelen decir los políticos de hoy pero, en realidad, se trata de un viejo y no demasiado convincente cuento filosófico.
- ✔ **La hobbesiana**, de Thomas Hobbes. Defiende que está bien lo que los individuos más poderosos consideran que está bien.
- ✔ **La kantiana**, de Kant. Ésta es la preferida de los filósofos. Afirma que debes actuar siempre como si tus acciones pudieran convertirse en ley universal. Este imperativo categórico excluye pedir dinero sin devolverlo pero permite el suicidio.

En un apartado posterior, “Entender las principales teorías éticas”, examinaré todo esto de manera detallada pero evitando la terminología específica.

Un ideal similar acecha tras la obra del filósofo del siglo XX John Rawls, quien defiende los méritos de la política elaborada tras “el velo de la ignorancia”. Según su propuesta, es necesario asegurarse de que los hombres toman las decisiones sin saber cómo les afectarán personalmente o cómo afectarán a sus colegas, pues sólo así se garantiza que se actúa en interés de todos y no de unos pocos. Igual que Kant, John Rawls quiere acabar con las nefastas consecuencias que se siguen de tomar decisiones motivadas por el interés propio. ¿Parece sensato? Curiosamente, existe una teoría alternativa formulada por el filósofo escocés Adam Smith (siglo XVIII), según la cual el egoísmo es el elemento clave de la sociedad. Smith, de quien actualmente diríamos que es un economista ¡sostiene que el egoísmo es bueno! Destaca que es el mecanismo que permite a las sociedades complejas organizarse de modo que se genere la mayor riqueza y, con ella, el mayor número de oportunidades para sus ciudadanos. ¿Parece complicado? ¿Contradictorio? Esto es la ética.

Distinguir lo que está bien de lo que está mal

No es de extrañar que ciertos filósofos nieguen que haya un modo correcto de actuar. Algunos, como el iconoclasta filósofo alemán Friederich Nietzsche (1844-1900), incluso fueron tan lejos que afirmaron que se debe hacer precisamente aquello que los demás condenan como malo. Nietzsche se consideró a sí mismo el primer inmoral del mundo y trató de revisar todos los valores, empezando por desenmascarar al cristianismo, ese gran complot para debilitar a grandes hombres como él (pero bueno, dado que era su teoría pudo hacer con ella lo que quiso). Su objetivo era, literalmente, convertir el bien en mal. Para su desgracia, si no para desgracia del resto del mundo, no pudo completar su tarea. En 1889, cuando sólo tenía cuarenta y cinco años (más o menos la misma edad que yo tengo ahora, aunque espero que la edad y el interés por la filosofía sea lo único que compartamos) descendió a un oscuro mundo propio, sin poder ya escapar de la locura.

Así habló Nietzsche

El filósofo alemán Nietzsche es el *enfant terrible* de la filosofía. Acerca de Dios afirma lo siguiente:

En su libro *Así habló Zaratustra* un loco que lleva una linterna anuncia que “Dios ha muerto”. “¿Adónde ha ido?”, implora. “Te lo diré. Tú y yo lo hemos matado. Todos somos sus asesinos”.

En otro libro, *El Anticristo*, Nietzsche pregunta “¿Qué es lo bueno?” antes de contestar: “Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo. ¿Qué es lo malo? Todo lo que proviene de la debilidad.”

En el capítulo que cierra su libro *Ecce Homo*, en una sección modestamente llamada “Por qué soy un destino”, Nietzsche escribe sobre sí mismo:

> *“Yo conozco mi destino. Un día mi nombre irá unido a algo formidable: el recuerdo de una crisis como jamás la ha habido en la Tierra, el recuerdo de la más profunda colisión de conciencia, el recuerdo de un juicio pronunciado contra todo lo que hasta el presente se ha creído, se ha exigido, se ha santificado. Yo no soy un hombre, yo soy dinamita.”*

Friedrich Nietzsche se oponía a la moral, a la que consideraba una tendencia bastante repugnante, una forma de debilidad. Promovió lo que llamó “antimoral” en la que un gran hombre (y tenía que ser un hombre) liberado de las aburridas ideas de la responsabilidad, del deber y de la piedad, por no hablar ya de la idea de ser bueno, disfrutaba al máximo de su poder. Después de todo, tal como una vez escribió:

> *“... en el concepto de hombre bueno, la causa común se posiciona a favor de todo lo débil, enfermo, mal constituido, sufriente, de todo eso que debe perecer, invertida la ley de la selección, convertida en ideal la oposición frente al orgulloso y bien constituido, frente al que dice sí, frente al garante del futuro”.*

Se trata de una lectura bastante simplista de la teoría de la evolución de Darwin en la que las especies peor dotadas son devoradas por las especies superiores. A pesar de los seguidores con los que cuenta, Nietzsche no es muy original. Su teoría no es más que un ataque a la moral cristiana y muchos otros antes que él (en particular Thomas Hobbes) ya habían mostrado que el poder es, en cierto sentido, bueno. La extravagante prosa con la que pregona que ha trascendido todos los valores, exagera todavía

más su radicalismo, pues en realidad sólo invirtió los valores convencionales.

Nietzsche escribió que el objetivo de la humanidad no se encuentra en una supuesta estrategia o proceso general como maximizar la felicidad, sino en las actividades de los “más altos especímenes”. Estos hombres (y son sólo hombres) trascienden la historia y no están ligados a ninguna otra ley que la de su propio placer. Como afirma, “el hombre que no quiera pertenecer a la masa, únicamente necesita dejar de mostrarse cómodo consigo mismo; debe seguir su conciencia que le grita: ‘¡Sé tú mismo!’. Tú no eres eso que ahora haces, piensas, deseas”. Desde entonces, estas ideas han sido muy populares en la filosofía francesa y alemana.

La escritura de Nietzsche es en parte prosa, en parte poesía, salpicada de filosofía. Siempre egocéntrico, fue declarado clínicamente demente en 1889. La suya no es una literatura excesivamente buena, aun cuando muchos filósofos así lo creen. Tampoco su pensamiento es excelente filosofía aunque hay quienes discrepan y quienes presuponen que lo es, como ocurre entre los profanos en la materia. Sin embargo, Nietzsche es importante en el campo de la ética por haber ofrecido una postura alternativa a la tradicional y bastante mojigata postura dominante.



El anillo de Giges

La mayoría de filósofos considera que su tarea es conducir a los hombres hacia la virtud y la bondad. Buena parte de ellos, como Platón y Aristóteles, presupone que a largo plazo esto nos beneficia a todos. Aun así, Platón plantea la cuestión de si no actuaríamos mal y daríamos rienda suelta a la codicia y al egoísmo en caso de que pudiéramos quedar impunes. En su libro *La República*, el personaje de Glaucón cuenta la historia de Giges, un pastor que descubre un anillo mágico que, al frotarlo, convierte en invisible a su dueño. La historia forma parte de una discusión más amplia sobre la sociedad y se pregunta por el origen del concepto de bien y mal. ¿Acaso éste responde a algo más que a una cuestión de autoprotección y de temor a la ley?

Glaucón se sirve de la historia para ilustrar su opinión de que el origen de lo que está bien y mal tiene que ver, sobre todo, con el interés propio. Glaucón afirma que la virtud es, sencillamente, una solución intermedia entre hacer lo que nos resulta más deseable (actuar mal y no ser castigados por ello) y hacer lo que nos resulta menos deseable (sufrir el mal y no poder hacer nada para impedirlo). En este sentido, la historia del anillo de Giges es también la historia del contrato social, es decir, del pacto imaginario que los ciudadanos firman cuando intercambian libertad por seguridad. ¿Está Glaucón en lo cierto? Platón argumenta vigorosamente, por boca de Sócrates, contra la opinión de Glaucón. Afirma que todo aquel que actúa mal sufrirá un fuerte castigo ya que perderá su armonía interna y su equilibrio. La idea fundamental es que el individuo que actúa mal es como el Estado que se gobierna mal, pues tanto los individuos como las sociedades acaban destruyéndose del mismo modo. Sócrates advierte (¡¿desea?!) que alguien como Giges pronto se verá corrompido por sus propios excesos y perderá los beneficios espirituales que (supuestamente) le reportaba su antiguo modo de vida como sencillo pastor.

Ahora bien, dado que me he topado con mucha gente egoísta, avariciosa y odiosa a la que no parece importarle perder los beneficios espirituales, la respuesta de Sócrates me parece poco convincente. Pero esto sucede porque la consideramos como un consejo dirigido a un individuo. Si reparamos en el hecho de que los griegos consideraban que la comunidad era más importante que el individuo, el argumento de Platón sobre la conveniencia de mantener el equilibrio y la armonía interna podría haber resultado más convincente en aquel entonces que ahora. Las sociedades que confían en la mentira, en el saqueo y en general en métodos beneficiosos a corto plazo para lograr la felicidad parece que acaban pagándolo caro. O... ¿no?

Conseguir el equilibrio en la Antigua China

La mayoría de los filósofos considera que la vida ética es la vida equilibrada. Los beneficios que reporta la armonía interna, por tanto, constituyen un argumento definitivo para atraer a quienes se apartan de la ética. No sólo los hippies de la New Age creen que todo está interconectado y que la salud de una persona es mucho más que una máquina biológica.

Las advertencias de Platón sobre los peligros del exceso y de la avaricia resuenan en el enfoque del antiguo emperador amarillo de China. En general, las filosofías orientales hacen hincapié en lograr el equilibrio. El emperador hizo hincapié en la necesidad de la moderación y del equilibrio y sostuvo que si la gente actuaba mal era porque había enfermado o, más exactamente, porque había perdido el equilibrio. Este punto de vista está muy de moda como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de llamar a las personas malvadas personas con una mente enferma.

Cómo lograr un poco de justicia

Tradicionalmente la justicia ocupa el lugar central de la ética, pero puede ser desplazada de su trono, tal como los utilitaristas decidieron hacer en el siglo XIX. En efecto, para muchos expertos en ética práctica la justicia debe subordinarse a la utilidad (un cálculo de lo que es más útil) a la hora de elaborar las políticas. Pensemos, por ejemplo, en la donación de órganos. Los médicos deciden sobre esta cuestión teniendo en cuenta el número de años que esperan que un potencial receptor pueda vivir, más que en función de lo socialmente valiosa o noble que sea la vida del posible receptor. Hoy en día, la búsqueda de justicia tiende a concentrarse en los tribunales y, en cierto sentido, éstos han usurpado el término. Pero la justicia legal sólo es una aplicación de las leyes y las leyes tienen que ser redactadas por seres humanos que tengan sentido de la... justicia.

MAZAZO A LA JERGA Filosóficamente hablando, la justicia puede resumirse en la siguiente frase “a cada cual lo suyo”, es decir, cada uno tiene lo que se merece. Pero ¿cómo decidir lo que alguien merece? Todos creen que merecen algo mejor que lo que poseen pero seguro que más de uno se equivoca. Los abogados se preocupan de la *justicia correctiva*, es decir, del castigo; pero los filósofos morales normalmente se interesan por la *justicia distributiva*, esto es, por el complejo cálculo de leyes, derechos y felicidad.

El libro más influyente de Platón, *La República*, se interesa por la naturaleza de la justicia, la cual afecta, en primer término, a los Estados o repúblicas. Platón sostiene que es más fácil observar la justicia operando en un gran organismo (una comunidad o una ciudad) que en uno más pequeño (un individuo en solitario). Según argumenta, dado que la justicia es el resultado de la buena organización y de la completa armonía de todos los elementos, es mejor dejar que los filósofos gobiernen la ciudad y tomen el control de los “irascibles” (la policía y el ejército), quienes, a su vez, deben impedir que las masas satisfagan su tendencia natural a pelearse por los bienes materiales.

Tomar decisiones a vida o muerte

La ética no sólo se preocupa de la gestión del sistema de recogida de basura de la ciudad. También aborda la cuestión de si matar a personas o no, de si salvar vidas o no. En los últimos años, los políticos, siguiendo su sentido de lo que está bien (o, al menos, de lo que no está manifiestamente mal) han llevado a cabo la matanza de decenas o centenares de miles de civiles inocentes —gente como tú y como yo— en países como Ruanda (donde el gobierno trató de eliminar al grupo étnico rival), Líbano (donde los israelíes quisieron dar una lección de lo que les ocurre a aquellos países que permiten operar a los terroristas), e Iraq y Afganistán (donde Estados Unidos y el Reino Unido dijeron estar ¡introduciendo la democracia!).

Otro viejo tema de la filosofía es el de la guerra justa. La teoría parece afirmar que sólo se debe librar una guerra cuando se tiene una buena razón para hacerlo. ¡Gracias, filósofos! De hecho, lo que los alemanes llaman *realpolitik* (política práctica) gobierna las relaciones internacionales. Pero también dentro de los países, la gente tiene que tomar decisiones ineludibles "a vida o muerte", como las relacionadas con la eutanasia, palabra procedente del griego y que significa "buena muerte". Existen tres clases de eutanasia:

- ✔ Voluntaria**.** Alguien, puede que un enfermo crónico, pide medicamentos que le ayuden a morir.
- ✔ No voluntaria**.** Los médicos desconectan el equipo que mantiene en vida al paciente.
- ✔ Involuntaria**.** Se hace que muera una persona que no está de acuerdo en que ha llegado su hora. Normalmente a esto se le llama asesinato.

Algunas consideraciones relacionadas con la eutanasia son:

- ✔ El bienestar personal (*beneficencia*).
- ✔ El interés social. Los cálculos utilitarios, aunque no son fáciles, se realizan habitualmente en las unidades de cuidados intensivos de los modernos hospitales. ¡No olvidemos que un viejo cascarrabias al que nadie echará de menos puede no obtener el mismo tratamiento que una prometedora figura de la televisión!
- ✔ El principio de respeto de la autonomía.
- ✔ La necesidad del consentimiento informado (aunque sólo de familiares).
- ✔ El principio de la inviolabilidad de la vida.

Hoy en día, algunos países ofrecen eutanasia a sus ciudadanos, bajo un cuidadoso control de las circunstancias; destaca, entre otros, el caso de Holanda.

Un vistazo a las prácticas empresariales

La ética empresarial es un gran negocio, de ahí que incluyamos este apartado.

Tomando prestada la jerga del campo de la economía, la *microética empresarial* analiza la correcta (la justa) dirección y organización de las empresas comerciales: prácticas de trabajo, cuestiones de contratación, estilos directivos, contabilidad financiera, entre otras, así como los efectos que las decisiones particulares de estas empresas causan en los proveedores y en el medio ambiente.

La *macroética empresarial* se ocupa de las nociones de libre albedrío y de racionalidad, así como de los dictados de los derechos humanos. Contrasta con la forma de utilitarismo conocida entre los economistas con la imponente expresión *eficiencia de Pareto*, que sencillamente consiste en ordenar el mundo buscando la satisfacción del mayor número de personas.

Adam Smith (1723-1790) es un filósofo mucho más radical de lo que suele creerse. Filósofos anteriores a él, como Platón y John Locke, pensaban que la sociedad debía basarse en el altruismo o, al menos, en la supresión del egoísmo. Thomas Hobbes, quien escribió en la Inglaterra del siglo XVII, afirmó que el egoísmo era el problema principal del Estado y debía ser combatido por todos los medios. No así Adam Smith, quien sostuvo que la sociedad estaba regulada por una fuerza descomunal y no humana: la economía. Sus dos mayores obras son *La riqueza de las naciones* (publicada el mismo año que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, 1776) y *La teoría de los sentimientos morales*. Estas obras afirman que todo comportamiento moral depende de la interacción social y tiene su origen en la mutua vigilancia. Defender la justicia se convierte en la principal tarea de los gobiernos, incluso cuando son ellos quienes permiten libremente actuar a las fuerzas económicas.

A menudo, las grandes empresas de hoy cuentan con códigos éticos que incluyen normas como “está mal decir al público que el aceite de oliva está hecho con anticongelante” o “está bien chivarse de tu compañero si está viendo porno en internet a la hora de la comida”. Estas reglas éticas para los trabajadores pueden convertirse en un poderoso instrumento de control por parte de los directores y jefes, pues a diferencia de las reglas y procedimientos habituales para dirigir un negocio, estas reglas son vagas, es decir, son discutibles y dependen del contexto y de las circunstancias. Los trabajadores pueden no estar seguros de lo que se supone que deben hacer y el código puede acabar menoscabando su autonomía y su confianza como jueces individuales de sus acciones. Por su parte, las sanciones y los castigos pueden comportar una infracción de las directrices éticas.

Sin embargo, los códigos no parecen funcionar a la hora de frenar, a gran escala, las malas prácticas empresariales. Por ejemplo, cuando en 2001 se hundió la tercera compañía más grande de Estados Unidos, Enron, se destruyó abundante material interno. Una posterior investigación oficial reveló que en la empresa había coexistido una cultura del engaño y del fraude sistemático con la más mojigata y puritana cultura moral. El actual experto en ética, el australiano Trevor Jordan, afirma que la gente hace demasiado hincapié en la ética empresarial y profesional, y que concede mucha importancia a elaborar e implantar estrictos códigos éticos. Según su opinión, lo que el mundo de los negocios necesita es más gente dispuesta a actuar siguiendo lo que cree que está bien, sin preocuparse de lo que dice el libro o el manual.

Resolver el problema de la tortura

La tortura es una de esas pocas cosas en la que los gobiernos de todo el mundo se han puesto de acuerdo y han decidido ilegalizar. Desde las convenciones de La Haya en el siglo XX, la práctica ha sido declarada ilegal. ¡Lo cual no significa, ni mucho menos, que los gobiernos hayan respetado la nueva directriz de no recurrir a ella!

A lo largo de las distintas épocas, la tortura ha sido una práctica comúnmente aceptada y se han inventado técnicas cada vez más horribles. Los calabozos, ingeniosamente construidos para destruir la voluntad del prisionero, han sido parte de este proceso. Léase el siguiente informe de una destacada prisión británica llamada Newgate (Londres) en la que un par de sospechosos ladrones de carretera rehusaron responder a las preguntas:

> *"... los mandaron de nuevo a Newgate, para torturarlos hasta la muerte con una prensa; pero cuando entraron en la habitación donde estaba la prensa de tortura Phillips rogó volver a declarar; un favor que le fue concedido, pero que podría haberle sido denegado. Pero Spiggot fue puesto bajo la prensa, donde continuó durante media hora con trescientas cincuenta libras de peso sobre su cuerpo. Cuando le añadieron cincuenta libras más, él también suplicó volver a declarar".*

Spiggot se declaró no culpable, pero eso no fue óbice para que quienes estaban al mando condenaran, sentenciaran a muerte y ejecutaran a ambos acusados el 8 de febrero de 1720. El informe contiene datos curiosos sobre lo sucedido:

> *"Mientras estaba bajo sentencia de muerte Phillips se comportó de la manera más fría e impasible que pueda imaginarse; no prestó atención a nada de lo que el pastor le decía, e insultaba o cantaba canciones mientras los otros prisioneros se entregaban a actos de devoción. Cerca ya el final de su vida, cuando sus compañeros se pusieron todavía más serios, él se envileció aún más; y ya cuando estaba en el lugar en el que iba a ser ejecutado dijo que no temía a la muerte, pues no dudaba de que iría al cielo."*

Donde antes se decía "ladrones de carreteras" hoy decimos "terroristas"; como sea, una vez que se lograban las confesiones de los delitos a través de la tortura, a los condenados les esperaba una dolorosa muerte: la hoguera el método más cruel y a la vez el más fácil de llevar a la práctica.

Actualmente la tortura sigue presente en muchos países. A finales del siglo pasado, durante el conflicto de Irlanda del Norte, los británicos torturaban a los sospechosos en el Ulster. Tras los atentados de 2001 en Nueva York, como parte de lo que se llamó la guerra contra el terrorismo, el presidente de Estados Unidos firmó un documento especial que autorizaba el uso de la tortura siempre y cuando no condujese (directamente) a la insuficiencia de algún órgano importante o a la muerte; ello llevó a las autoridades estadounidenses a refinar métodos de tortura como la privación del sueño, las

palizas y la humillación sexual usados en campos de tortura especiales repartidos por todo el mundo. Filosóficamente hablando, se trata de la oposición entre argumentos utilitaristas y los enfoques contrarios, en especial aquellos formulados en términos de derechos humanos.

Un vistazo a las normas fundamentales del derecho

En la aplicación de la ley, la filosofía del castigo es bastante clara. En principio, sólo existen tres tipos de justificación ética para infligir daño a quien debe ser castigado (a lo que debe añadirse el elemento de la disuasión):



- ✔ La reforma incluye cosas como obligar a un ladrón de coches a seguir un curso de mecánica. La justificación es que así se ayuda al delincuente a ser mejor persona.
- ✔ La restitución obliga al delincuente a reparar el daño causado, poniendo así de nuevo las cosas en su sitio. No es una respuesta eficaz para muchos delitos, como los que afectan a los daños en la propiedad o al robo de bienes o dinero, pero supone una especie de justificación mínima para las multas, los trabajos para la comunidad y cosas por el estilo.
- ✔ El castigo reconoce el deseo de los rectos ciudadanos de dar su merecido a los delincuentes. Normalmente, los delitos más graves son imposibles de reparar, pues causan un profundo daño emocional y psicológico a las víctimas. Sin embargo, ciertos planteamientos utilitaristas justifican aquellos castigos que llevan a la gente a pensarlo dos veces antes de volver a cometer un delito. Con este objetivo, en la Inglaterra del siglo xix, el público podía asistir al juicio de sus compañeros —juicio del que en última instancia dependía su vida o su muerte— y presenciar las ejecuciones públicas.

Actualmente, muchos países han rechazado la pena de muerte por considerarla una de las violaciones de los derechos humanos más fundamentales, derechos que también tienen los ladrones de carreteras; sin embargo, países como China y Estados Unidos continúan aplicando esta pena, incluso en niños.

Entender las principales teorías éticas

Buena parte de la ética gira en torno a tres teorías:

- ✔ El utilitarismo. Es fácil cogerle el truco a esta propuesta, muy popular entre los políticos democráticos, pues simplemente se trata de escoger, entre las distintas políticas, aquella que reporte el mayor número de votos o la mayor felicidad (táchese lo que no corresponda).
- ✔ Las teorías éticas se basan en reglas, que pueden proceder del cielo a través de mensajeros humanos o del cielo de la filosofía a través de los lógicos. Entre estas últimas, la teoría filosófica más importante es la del imperativo categórico de Immanuel Kant, quien afirma justo lo contrario que los utilitaristas e insiste en que los hombres tienen la obligación de realizar la acción correcta *sin tener en cuenta* las consecuencias de la misma.
- ✔ La ética de la virtud afirma que la acción correcta es la que de modo natural lleva a cabo una persona virtuosa y alguien puede llegar a ser virtuoso asegurándose de que siempre realiza la acción correcta. No es de extrañar que en la actualidad, cancelándose mutuamente las otras dos teorías, muchos filósofos se hayan inclinado por esta antigua teoría de la ética de la virtud, que deriva de las ideas de Aristóteles y Confucio.

Los lectores atentos se habrán dado cuenta de que todas estas teorías pecan de cierta circularidad pues, de algún modo, presuponen lo que está bien sin describir cómo la teoría ayuda a establecer precisamente qué está bien. Por ello, no es de extrañar que los filósofos también dediquen mucho tiempo a examinar sus teorías, práctica esta conocida como "metaética".

Diferenciar la ética de la metaética

Para la mayoría de las personas, una de las cuestiones más difíciles de la ética filosófica es cómo diferenciar la ética de la sencilla y vieja moral cotidiana. Pese a los numerosos intentos por resolver la cuestión, no hay respuesta para ello.

MAZAZO A LA JERGA

La ética y la moral son dos palabras que la gente utiliza para describir el estudio de lo que está bien y de lo que está mal. A veces se dice que la ética trata de los sistemas y la moral de las acciones individuales; otras, sin embargo, la gente habla de sistemas de moral y de particulares tipos de ética, como la ética personal, la ética del trabajo, la ética del deber, etc. Así que ahórrate las molestias y utiliza ambos términos de modo intercambiable. Si alguien se queja aclara que la palabra "ética" procede del griego *ethikos*, y que la palabra "moral" procede del latín *moralis* y que, originalmente, Cicerón escogió *moralis* como expresión latina equivalente a *ethikos*.

La *ética* se centra en la búsqueda de la acción correcta. Pero la *metaética* se ocupa de las teorías éticas mismas, las examina críticamente y analiza sus conceptos clave. Plantea preguntas como: ¿qué es lo que la gente entiende por "bien"? Otro tema sobre el que los filósofos a menudo debaten es sobre el libre albedrío, es decir, la idea según la cual la gente es responsable de sus acciones.

El libre albedrío es una ficción muy útil. Afirma que cuando piensas que haces una elección, en realidad, ya has hecho una. ¿Escogiste quedarte quieto viendo cómo alguien se ahogaba en el estanque o es que no pudiste ayudarle debido a tu naturaleza apocada? Por supuesto, nadie podrá saber si esta libertad es real o es sólo una ilusión. Los deterministas afirman que todas las decisiones están determinadas por las circunstancias, los genes, la química, los libros de Nietzsche o por cualquier otra cosa. En cambio, otros autores sostienen que dado que somos libres de actuar de manera diferente, debemos ser considerados responsables de nuestras decisiones y comportamientos; e incluso si no fuéramos libres, por ejemplo, porque hemos nacido con mal carácter, debemos ser tratados como si lo fuéramos.

Entonces, ¿por qué el libre albedrío es, indudablemente, una ficción? Porque para que uno sea responsable de sus acciones no sólo tiene que tomar una decisión libremente, sino que ha de ser considerado responsable de ser el tipo de persona que, dadas todas las circunstancias, tomará precisamente esa decisión. Se le considera responsable, por tanto, de haber nacido cobarde, vago o egoísta. Y es que, para que el libre albedrío sea posible, tenemos que rendir cuentas por ser como somos. En cierto sentido lógico, la responsabilidad es infinita. Kant afirma que aunque nadie pueda entender cómo es posible la libertad humana, debe aceptarse que existe y que esa libertad pertenece al yo *nouménico* (no al yo físico de cada día); cabe decir que ese mundo nouménico está fuera de las habituales reglas de causa y efecto.

Una aproximación al utilitarismo y al consecuencialismo

El principio ético más útil a la hora de considerar las consecuencias de las acciones es el utilitarismo (aunque en realidad no es un principio ético). El utilitarismo es una vieja idea que Platón ya formuló en uno de sus diálogos, aquel en el que Protágoras sugiere que para diferenciar lo que está bien de lo que está mal hay que sopesar los placeres y dolores que pueden derivarse de determinada acción. Su idea es convertir la ética en un tipo de matemáticas, a veces llamada por los filósofos *"cálculo hedonista"* (*hedoné* es la palabra griega para "placer"; de hecho, la palabra "hedonista" sigue utilizándose).

La falacia naturalista

G. E. Moore (1873-1958), George para sus amigos, acusó a algunos filósofos de cometer lo que él llamó la "falacia naturalista", que consiste en suponer que lo bueno y lo malo existen en la naturaleza. En lugar de eso, Moore pensaba que los valores morales tenían que derivarse a través de la lógica o de la intuición. En la naturaleza no existe nada bueno o malo. Esta opinión la expone en su gran obra de 1903 *Principia Ethica*, en la que también expresa que el arte y el amor deben ser los valores decisivos del mundo no natural.

Este enfoque que identifica lo correcto con lo más placentero resultó controvertido incluso en aquel entonces. Por un lado, el respetado astrónomo Eudoxo afirmó que el placer era el único bien y que todo lo que la gente consideraba bueno era valioso en la medida que incrementaba la cantidad de placer que alguien experimentaba en algún lugar del mundo. Por otro, el antiguo sabio Euspeusipo sostuvo que el placer y el dolor eran dos caras de la misma moneda y que esto no era algo bueno, sino malo. ¡Párate a pensar sobre esta tesis! De hecho, su idea (como la de otros estoicos) era que ser indiferente era bueno.

Pero los filósofos suelen situar el origen del principio utilitarista en el pensador del siglo XVIII (e inicios del XIX) Jeremy Bentham, que defendió que la acción que debe seguirse es la que reporta la mayor felicidad para el mayor número de personas. Bentham fue el tutor de otro influyente filósofo moral, John Stuart Mill (1806-1873), quien incorporó esta teoría a su propia filosofía y rechazó las teorías morales alternativas por representar los intereses de la clase dominante y ser injustas. Aquellos que pregonaban la virtud de una vida entregada al sacrificio, escribió Mill, en realidad perseguían que los otros sacrificaran sus vidas por ellos. Mill y Bentham afirman que los hombres desean ser felices y que esto es, de hecho, lo único que desean. Cuando los deseos entran en conflicto, los utilitaristas sencillamente hacen un cálculo de consecuencias y deciden qué acción produce mayor felicidad.

En cambio Euspeusipo afirmaría que dado que el placer (y el dolor) son igualmente malos, el utilitarismo es una forma de maximizar la cantidad de mal en el mundo.

Ahora bien, parece que a la mayoría le gusta el placer, por lo que, a menudo los filósofos recurren al utilitarismo para justificar decisiones prácticas. Cabe la posibilidad, volviendo a Euspeusipo, de que él y los estoicos estuvieran equivocados al tratar de alejar a las personas del dolor. Desde una perspectiva ecológica, la idea según la cual el dolor es siempre malo y el placer es siempre bueno, no se sostiene. Después de todo, el dolor es la forma que utiliza la naturaleza para avisarnos de que tenemos que ir al dentista. Como recientemente ha afirmado el filósofo del medio ambiente J. Baird Callicot:

> *“Un mamífero que no experimente dolor tendría una disfunción letal del sistema nervioso... La idea de que el dolor es malo y tiene que ser minimizado o eliminado es una idea tan primitiva como la del tirano que manda matar a los mensajeros que le traen malas noticias porque cree que así mejorará su seguridad y bienestar.”*

Otro filósofo contemporáneo, Joel Feinberg, ha argumentado en la misma dirección:

> *“No está permitido plantear la cuestión de qué hay de malo en el dolor pero voy a plantearla. Por la presente, declaro soberbiamente que no veo nada malo en el dolor. Es un método maravilloso, perfeccionado por el proceso evolutivo, para transmitir importante información orgánica.”*

¿Quién tiene razón? ¿Todo el mundo o estos filósofos excéntricos? Estas opiniones le gustaban a aquel sabio biólogo, Darwin, quien señaló que el dolor y la ansiedad forman parte de la vida, como también la muerte, y no pueden eliminarse sin destruir el sistema natural al completo. Si la naturaleza en su conjunto es buena, entonces la muerte y el dolor también lo son.

Asegúrate de cumplir con tu deber

Si algunos filósofos piensan que el dolor es bueno, otros piensan que la felicidad es mala; o, al menos, que aumentar la felicidad es una forma de egoísmo y, por lo tanto, un reprobable motor de acción. En cambio, para algunos filósofos a veces llamados deontólogos, bastan las buenas intenciones. Su líder es el filósofo alemán Immanuel Kant, creador de una compleja terminología filosófica. Así es como se las ingenia para defender que debe llevarse a cabo una acción *pese a* las consecuencias:

> *"Aunque por una particular desgracia del destino o por la mezquindad de una naturaleza madrasta faltase completamente a esa voluntad la facultad de sacar adelante su propósito; si, a pesar de sus mayores esfuerzos, no pudiera llevar a cabo nada y sólo quedase la buena voluntad (desde luego no como un mero deseo sino como el acopio de todos los medios que están en nuestro poder), aun así esa buena voluntad brillaría por sí misma como una joya, como algo que en sí mismo posee pleno valor. Ni la utilidad ni la esterilidad pueden añadir nada ni quitar nada a este valor."*

Así pensaba Kant en su muy respetada obra la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785). Amplió su teoría en el libro *Crítica de la razón práctica* (1786), que profundizaba en el campo de la praxis. La moral, dice Kant, no obedece a las inclinaciones de nuestra naturaleza material, física. Más bien, nuestro deber es reflexionar sobre qué podría llegar a ser una norma universal para cualquier ser racional, incluido Dios.

GRAN IDEA Kant extrae la famosa fórmula del imperativo categórico. Éste es uno de esos archiconocidos eslóganes de filosofía (como el *cogito* de Descartes) que todo el mundo repite con respeto pero que en realidad no dice nada nuevo. De todos modos, aquí va. Toma nota:

> *"Obra sólo según aquella máxima que puedas querer que se convierta, al mismo tiempo, en ley universal."*

Según esta fórmula, lo crucial no es el éxito de una acción sino la intención con que se lleve a cabo, lo cual no significa que las consecuencias sean irrelevantes, pues sirven para identificar qué acciones son, en teoría, universalizables (podrían llevarse a cabo por todos). Son las consecuencias consideradas según la óptica del utilitarismo las que Kant condena. El filósofo alemán presenta el ejemplo de un mundo en el que la práctica de hacer falsas promesas según convenga ha llegado a convertirse en ley universal. En un mundo así, la costumbre de hacer promesas dejaría de tener sentido pues nadie confiaría en la palabra de los demás. Esta contradicción muestra que no es posible

universalizar la acción en cuestión, por lo que la máxima de no hacer falsas promesas se demuestra como moralmente vinculante.

Escribe Kant: “La ley moral es una ley del deber o constricción moral.” En sentido general, los deberes son obligaciones que acompañan determinado papel. En ética, los deberes son esas obligaciones que una persona de buena voluntad siente. Kant trató de mostrar que todos los deberes son, en algún sentido, lógicamente demostrables. Pensaba que este proceso lógico empezaba diferenciando los deberes que dicta la ley de los que dicta la virtud y distinguiendo entre las acciones llevadas a cabo por razones positivas y los deberes negativos (es decir, las acciones con las que tratamos de evitar llevar a cabo algo que consideramos malo).



El imperativo categórico

Kant ilustra su célebre imperativo con algunos ejemplos. Uno de ellos tiene que ver con el acto de pedir dinero prestado sin la intención de devolverlo a tiempo. Si todo el mundo hiciera esto, Kant argumenta, entonces nadie confiaría en nadie y la costumbre de fiarse de la palabra de los demás perdería todo su sentido.

Cuando las personas afirman que algo está mal lo que en realidad dicen es que es ilógico. Kant se opuso frontalmente a cualquier intento de introducir consideraciones sobre los efectos de las acciones. Para él, la rectitud de una acción no depende de sus resultados sino únicamente del principio que la justifica. El robo, el asesinato y el ser poco servicial con los demás son acciones excluidas por ilógicas... e incoherentes (autocontradictorias). Esta última posición, que se basa en una filosofía de vida poco servicial y centrada en el interés propio es, estrictamente hablando, generalizable (universalizable). ahora bien, según Kant, existe una cierta contradicción en este principio pues todos, en un momento u otro, necesitamos la ayuda de los demás.

Más concretamente, un *deber* es una acción que tienes la obligación de realizar; y tener una obligación significa sentir un tipo especial de necesidad (necesidad moral) que te lleva a realizar determinada acción. Por lo tanto, la palabra “deber” representa una acción, y la palabra “obligación” representa la necesidad moral de realizar una acción.

La ética deontológica (del griego *deon*, “deber”, o *dei*, “tú debes”) se ocupa de los deberes y considera que ciertas acciones están bien o mal en sí mismas y no en función de las consecuencias.

Otro ejemplo que Kant ofrece (al pobre no se le daba muy bien inventar ejemplos, pero al menos lo intentó) es el dilema al que se enfrenta un leal sirviente que abre la puerta a un loco con un cuchillo que busca al señor de la casa para matarlo. El dilema (Kant así lo cree) es que si el hombre del cuchillo hace una pregunta, el sirviente no puede mentir para proteger a su señor, pues mentir, como matar a alguien, nunca está bien. Mentir a un asesino en la puerta acerca de si el señor se encuentra en casa está moralmente prohibido, aun cuando decir la verdad podría poner al señor en un grave peligro. Aquí es donde te conduce la moral si eres rígidamente lógico. Kant parece darse cuenta de la escasa

plausibilidad de su directriz en este caso. Por ello, ofrece algunos argumentos (a decir verdad, bastante poco convincentes) para justificar la necesidad de decir la verdad al hombre del cuchillo. Por ejemplo, si el señor fuera asesinado porque, ignorándolo el sirviente, hubiera salido por la puerta trasera y topado después con el asesino en el momento en que éste se marchaba a casa decepcionado porque su supuesta víctima no estaba dentro, ¡entonces, ¡habría motivos para que el sirviente fuera acusado de ser el responsable!

Kant se opone firmemente a cualquier consideración sobre las consecuencias, pues piensa que esto convierte a las personas en seres egoístas y calculadores más que en personas verdaderamente virtuosas.

No está claro de dónde extrajo Kant su imperativo categórico (lógicamente hablando, pues socialmente hablando está en la Biblia); sencillamente lo enuncia en *La fundamentación de la metafísica de las costumbres* donde afirma que todo ser racional existe como fin en sí mismo. Por otra parte, lo que los seres racionales quieren (como comer a diario) son medios para satisfacer el deseo, pero en sí mismos los deseos son una molestia:

> *"... Las inclinaciones mismas como fuentes de las necesidades están tan lejos de tener un valor absoluto para ser deseadas, que más bien el deseo general de todo ser racional sería el librarse completamente de ellas."*

Y añade: "Mas si todo valor fuera condicionado y, por tanto, contingente, no podría encontrarse para la razón ningún principio práctico supremo". De modo que es mejor suponer que:



Vida, libertad y la búsqueda de la eudaimonia

¿Es la *eudaimonia* lo mismo que la felicidad? ¿Seguro? Al menos esto es lo que afirma el preámbulo de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Los Padres Fundadores tomaron de los filósofos la idea de que felicidad era algo a lo que los hombres tienen derecho. Ahora bien, lo que los filósofos tenían en mente era un tipo de felicidad bastante particular, que se especifica con el término griego *eudaimonia*. Esta palabra procede del griego *eu*, que significa "bueno", y *daimon*, que significa "demonio" (aunque se trata de un demonio bueno cuyo trabajo es cuidar a la gente; los occidentales quizá lo llamarían ángel de la guarda).

A veces la gente utiliza la palabra "felicidad" como forma abreviada de *eudaimonia*, pero de este modo se pierde el significado particular del término, según el cual la felicidad abarca el todo y no sólo esa efímera e ilusoria felicidad que se obtiene, por ejemplo, a través de los sentidos. Para Platón, Aristóteles y Epicuro, *eudaimonia* era el estado que sólo puede alcanzarse viviendo virtuosamente, lo cual suena aburrido y, sin duda, lo es.

> *"... Tiene que haber un principio práctico supremo... que nace de la representación de lo que necesariamente es un fin para todos, porque es un fin en sí mismo."*

La ley práctica moral universal, el imperativo práctico, queda pues formulado del siguiente modo:

> *"Obra de tal modo que te relaciones con la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de*

cualquier otro, siempre como un fin, y nunca sólo como un medio."

La virtud según Aristóteles

Una importante diferencia entre Aristóteles y Platón la encontramos en la *Ética a Nicómaco*. Este libro se abre con un estudio de las opiniones populares sobre lo que está bien y lo que está mal, con el objetivo de averiguar cómo la gente utiliza estas categorías. Platón mostró un claro desprecio hacia este tipo de enfoque. Más tarde, Thomas Hobbes afirmó que este método había llevado a Aristóteles por el mal camino, pues al tratar de fundamentar la ética en los "apetitos de los hombres" había escogido un criterio por el que no podía existir ninguna ley ni ninguna distinción entre lo que estaba bien y mal. Las sociedades, como las empresas, crean estas distinciones y la gente las suscribe.

En los diálogos de Platón, la fuente de la bondad es la sabiduría y describe el bien como una luz que revela la verdad. Nadie hace el mal, dice Platón de modo tranquilizador, excepto por ignorancia. Después de todo, cometer una mala acción le convierte a uno en un ser menos perfecto y menos armonioso, por lo que, ¿quién, sabiendo esto, querría actuar mal? Aristóteles añade que el camino hacia la salud ética consiste en una serie de juicios sobre el justo medio: no pasarse con el vino, no abusar de los esclavos y no hincharse a canapés. Así es como describe al verdadero hombre virtuoso (¡pues desprecia a las mujeres y las considera una especie de ganado doméstico!) en su célebre obra *Ética a Nicómaco*:

> *"De esta clase, es pues, el magnificente; en cambio, el que se excede, y el vulgar, lo hace por gastar más allá de lo que está bien, tal como se ha dicho, pues gasta mucho en objetos de poca monta y brilla fuera de tono: por ejemplo, uno que ofrece a su peña de amigos un banquete como si fuera de bodas, o si proporciona un manto de púrpura a los actores de la comedia, como se hace en Megara. Además hará todas estas cosas no con vistas al bien, sino por exhibir su riqueza y pensando que va a recibir admiración por ello; y allí donde debe gastar mucho, gasta poco, y donde poco, mucho. El mezquino, por su parte, se queda corto en todo. Y por gastar lo máximo en una pequeñez, pierde lo bueno, y también por dudar en cualquier cosa que realice y examinar cómo podría gastar lo mínimo y lamentándose por esto, y creyendo que todo lo hace en mayor escala de lo que debe."*

Propagar la felicidad

Una de las grandes ideas de la filosofía es que la acción que debe seguirse es la que aumenta la cantidad de felicidad. Pero ¿qué significa exactamente "felicidad"? En la *Ética a Nicómaco* Aristóteles describe su particular idea de ella:

> *"A juzgar por las clases de vida que llevan los hombres, parece que la mayoría de hombres, y los más groseros, identifican (no sin algo de razón) el bien y la felicidad con el placer; motivo por el cual se contentan con una vida dedicada al goce (...). La felicidad es considerada, sobre todo, una cosa que elegimos siempre por ella misma y nunca por otra cosa, mientras que los honores, el placer, la inteligencia y toda virtud los elegimos, desde luego, por ellos mismos (pues continuaríamos eligiéndolos aun cuando nada resultase de cada uno de ellos), pero los elegimos también por causa de la felicidad, por suponer que vamos a ser felices por causa de ellos. En cambio, nadie elige la felicidad por causa de éstos, ni en general por otra cosa (...). Por consiguiente, la felicidad no reside en la diversión. Además, sería extraño que el fin fuera*

la diversión, y nos afanáramos y sufriéramos penalidades a lo largo de toda la vida con el fin de divertirnos (...). Y cualquiera —incluso un esclavo— podría disfrutar de los placeres corporales no menos que el hombre más excelente; pero nadie concede al esclavo una parte de felicidad si ni siquiera la tiene de vida humana. Por consiguiente, la felicidad no reside en tales pasatiempos, sino en las actividades acordes a la virtud, tal como ha quedado antes dicho. (...) También creemos que el placer debe estar mezclado con la felicidad, y la más placentera de las actividades conformes a la virtud es aquella que es conforme a la sabiduría, según se reconoce. Su objetivo es ofrecer placeres maravillosos por su pureza y permanencia, y es razonable que el transcurso del tiempo sea más placentero para los que ya saben que para los que investigan."

Recientemente, Aristóteles ha sido objeto de una especie de *revival* y en los cursos sobre ética su teoría se conoce como "ética de la virtud". La idea fundamental es que alguien llega a ser virtuoso a través de la saludable práctica de un comportamiento virtuoso. La lección que debe aprenderse es que (como los padres bien saben) obligar a alguien a ser virtuoso acaba por convertirle en mejor persona... antes o después. A los filósofos les gusta considerar que esta aguda apreciación se diferencia bastante de las otras teorías pero, en realidad, esta idea es antigua y ya aparece en los diálogos de Platón. ¡Pobrecito, alguien le robó la idea!

Las tradiciones orientales, así como los estoicos, ofrecen un planteamiento ligeramente diferente al de Aristóteles (el explorado, por ejemplo, por Spinoza). Según ese enfoque, la buena vida es la que resulta de la adaptación y la armonización con la naturaleza y con los tiempos. Sostienen, además, que no existe la dualidad bueno/malo propia de las éticas occidentales y defienden que todo contiene elementos propios del bien y del mal. ¡Por eso resulta tan arduo diferenciar lo que está bien de lo que está mal!

Todas las virtudes

¿Qué es una virtud? Literalmente, una *virtud* es una cualidad, pero no tanto en acto como en potencia. El opio es famoso por tener la virtud soporífera. Y una persona que tiene la virtud de ser amable con los animales derrocha amabilidad cuando se encuentra con alguno de ellos. Para los antiguos griegos, una persona virtuosa es como una pala virtuosa o un cuchillo o cualquier otra cosa. Del mismo modo que una pala debe ser buena para su función, que es cavar, una persona debe ser buena para su función que, según Aristóteles, es ser racional.

Por desgracia, no todos se ponen de acuerdo acerca de las virtudes. En el siglo XII, el rabino y filósofo andalusí Moisés Maimónides (1155-1204) expuso en su *Guía de perplejos* (escrita alrededor de 1190) que la virtud simplemente es un medio para llegar a ser bueno siguiendo el código religioso. Los estoicos, por su parte, consideraban que aquellas virtudes tan importantes para Aristóteles (como ser equilibrado, honorable, magnificente, etc.,) eran valiosas sólo en la medida en que ayudaban a lograr la armonía con el mundo. Tampoco consideraban relevante la diferencia entre la virtud y el vicio, pues éstos eran estados intelectuales. La virtud resulta de aplicar la ciencia del bien y es la actividad del sabio, mientras que el vicio es el resultado de conceder un papel excesivo a las pasiones, lo que conduce a errores de juicio.

Posteriormente, el cristianismo propuso unas virtudes no demasiado diferentes de las socráticas: justicia, prudencia, moderación, fortaleza, fe, esperanza y caridad. Tanto para Sócrates como para los cristianos, el punto esencial es que la virtud tiene en sí misma su propia recompensa.

El hombre magnánimo

Según Aristóteles, el hombre magnánimo, también llamado hombre de gran alma u hombre magnificente, es virtuoso porque es excelente en todo lo que hace y está orgulloso de ello. Después de todo, como Aristóteles explica en la *Ética a Nicómaco*:

> *"... parece propio del hombre magnánimo la grandeza que hay en cada virtud: desde luego, no sería propio de un hombre magnánimo huir del peligro agitando los brazos ni cometer un delito pues, ¿para qué iba a realizar un delito un hombre para el que nada hay, en absoluto, grande?"*.

Hoy en día, hablar del hombre magnánimo (aquel que posee todas las virtudes) tiene más sentido si tenemos en cuenta que la palabra griega "virtud" *(areté)* describía una cualidad relacionada con ser bueno en aquello que se hace. La palabra "virtud" no sólo se refería a las intenciones virtuosas, como hoy día se cree (aunque todavía el énfasis se pone más en el cómo ser que en qué hacer). Aristóteles esperaba que todo hombre virtuoso fuera alto, guapo y fuerte, valores que aún hoy la gente admira en los campeones de los Juegos Olímpicos. En *Ética a Nicómaco*, Aristóteles lo expresa del siguiente modo:

> *"El movimiento del hombre magnánimo parece lento, la voz profunda y el habla reposada, pues no se atropella quien no se interesa por las cosas pequeñas ni tiene un tono agudo el que no considera importante nada. La agudeza de la voz y la precipitación se producen por la prisa y agitación."*

¡Como si fuera el ganador de una medalla de oro! Este pasaje muestra que parte de la virtud consiste, según Aristóteles, en seguir el justo medio en (casi) todas las cosas: ni mucho, ni poco. A diferencia de los filósofos orientales que, de modo radical, afirman que nada es del todo malo o bueno, Aristóteles admite que hay algunas cosas que siempre son buenas, como la justicia. El hombre magnánimo se enfada "del modo correcto y en el momento adecuado" y considera que aquellos que persiguen "ser agradables sin ninguna otra razón" son serviles, y los otros irremediablemente "intratables y pendencieros".

Una discusión en torno a la cuestión del justo medio aparece en la *Ética a Nicómaco*, Libro II. La tabla 13-1 representa esta discusión (excepto, tengo que admitirlo, las dos últimas líneas que yo mismo he inventado).

Tabla 13-1: La tabla de virtudes y vicios de Ricitos de Oro

Ámbito de aplicación	*Demasiado*	*Escaso*	*El punto justo*
Miedo	Temeraria	Cobarde	Valiente
Placer	Licenciosa	Fría	Moderada
Gastos	Derrochadora	Tacaña	Generosa
Honor	Vanidosa	Pusilánime	Magnánima
Ira	Irritable	Impasible	Paciente

Expresividad	Fanfarrona	Humilde	Sincera
Conversación	Charlatana	Huraña	Ingeniosa
Habilidades sociales	Aduladora	Cascarrabias	Simpática
Conducta social	Sinvergüenza	Tímida	Modesta
Actitud hacia los demás	Indiferente	Malévola	Noble
Potaje	Hirviendo	Frío	Tibio
Libro de filosofía	Platón y Aristóteles	Todos los demás	El libro de Martin Cohen

Aristóteles jugaba con las palabras de una manera que, miles de años más tarde, Thomas Hobbes encontraría exasperante. Afirma que la virtud tiene dos partes: una intelectual, propia de la parte racional del alma, y otra moral, propia de la parte irracional del alma. De modo que la sabiduría y la prudencia son racionales (intelectuales) y la generosidad y el autocontrol son morales (irracionales). Como suele ocurrir con las cansinas taxonomías de Aristóteles, la subdivisión de la virtud todavía va más allá. La virtud intelectual consiste en la *sophia* (que es la razón teorética y de ella procede el término "filosofía") y en la *phronesis* (que es la sabiduría práctica).

El mensaje fundamental de Aristóteles es que, para ser verdaderamente virtuoso, se requieren ambos tipos de intelecto, pues de otro modo el valiente se convierte en imprudente y el generoso en derrochador.

Emocionarse con el relativismo, el emotivismo y la antimoral

El término "emoción" procede del latín *movere*, "mover", con el prefijo *e*, 'fuera'. En el ámbito de la filosofía moral, las emociones son importantes porque la idea de bien y mal, en cierta manera. tiene que ver con la sensación de aprobación y desaprobación. De hecho, la doctrina del emotivismo afirma que las dos cosas son intercambiables: es decir, cuando afirmamos que algo está bien afirmamos que nos sentimos inclinados positivamente hacia ello, que nos gusta.

Aristóteles pensaba que la emoción era un tipo de movimiento. Describe la vergüenza como el movimiento o impulso de venganza acompañado de dolor tras haber recibido un insulto o un desprecio. Tanto Hume como Descartes caracterizaron las emociones como sensaciones, no muy diferentes, por ejemplo, de la sensación de amarillo que se obtiene al observar el color amarillo. Pero como Descartes señaló, las emociones tienen algún tipo de respuesta física adicional. William James y el psicólogo danés C. Lange llevaron esta idea todavía más lejos y afirmaron que la emoción de la pena simplemente se transforma en el estado mental paralelo a un comportamiento físico como llorar; y el miedo se transforma en el estado mental paralelo a palidecer y temblar. Por lo tanto, la sensación es secundaria respecto al comportamiento.

Relativismo

La frase del sofista Protágoras (aprox. 481-420 a. C.) "el hombre es la medida de todas las cosas" constituye el fundamento del relativismo filosófico. Los sofistas eran filósofos de la antigüedad que

viajaban por toda Grecia cobrando grandes sumas de dinero por enseñar sus opiniones filosóficas (y que incordiaban al pobre Sócrates, que lo hacía sin cobrar). Lo que es bueno para ti puede no ser bueno para mí, si resulta que tú eres un caníbal y yo un vegetariano. Lo que es grande para ti puede no serlo para mí, si resulta que tú eres una hormiga y yo un elefante. De hecho, Protágoras estaba particularmente interesado en este tipo de "relativismo perceptual" que Platón y otros filósofos de la época trataron de combatir buscando por todas partes verdades eternas e inmutables.

Filosóficamente hablando, el *relativismo* es la doctrina que mantiene que los juicios, las opiniones y las conclusiones dependen de la cultura propia, de las diferentes situaciones y de las distintas percepciones. Niega la existencia de criterios universales o absolutos, y en lugar de ello sostiene que lo que alguien conoce y puede llegar a conocer depende de sus gustos, experiencias, cultura y actitudes. El relativismo sustituye a los universales (es decir, las perspectivas y experiencias que pueden ser compartidas por todos) por la variedad de puntos de vista y por mecanismos perceptuales, ya sea en el ámbito de la moral como en el de la epistemología, incluida la ciencia. Engloba distintas versiones, desde la más radical que mantiene que todas las verdades son relativas, hasta formas más moderadas que se limitan a subrayar las enormes diferencias en relación con la etiqueta y las costumbres.

En lo que respecta a la ética, defiende que las afirmaciones morales no reflejan verdades absolutas. Insiste en que los juicios morales son un producto de las costumbres sociales, de las tendencias culturales y de las preferencias personales. El relativismo niega que haya un criterio ético único y objetivo. De ahí que, según algunos relativistas, la opinión de una persona no tenga más valor de verdad ni sea mejor que la de otra. Se puede, eso sí, rastrear el origen de las posturas morales o reducirlas a algunas de sus predisposiciones culturales o individuales.

Los antiguos eran conscientes del relativismo cultural. Las *Historias* de Herodoto, con sus descripciones sobre las extrañas costumbres que había observado a lo largo de sus viajes, les dejaron atónitos. De modo semejante, hoy debemos preguntarnos: ¿podemos seguir considerando como espantosa la práctica de comer muertos, sabiendo que hay tribus que lo hacen, y no por motivos religiosos, como por ejemplo, los cashibo de Sudamérica? E incluso cuando las culturas comparten un sentimiento religioso, las expresiones de dicho sentimiento pueden variar mucho.

Platón también cita a Protágoras cuando afirma que "tal como me parecen las cosas, tales son para mí, tal como te parecen, tales son para ti".

Hacia el emotivismo

David Hume (1711-1776) no hace más que decir disparates sobre la ética. "¡Es objeto de sentimiento, no de razón!", se burla. En su *Tratado sobre la naturaleza humana* (1740) señala que "cuando se declara una acción o carácter vicioso no se quiere decir sino que por la constitución de nuestra naturaleza experimentamos un sentimiento de censura ante la contemplación de aquél". Vicio y virtud simplemente son cualidades que ves en las cosas, como los colores. Entonces, ¿tampoco son reales los colores? ¡Qué va, sólo son percepciones de la mente!

En *De la moral*, libro III, parte 1, añade:

“No puedo dejar de añadir a estos razonamientos una observación que quizá sea considerada de alguna importancia. En todo sistema de moral que hasta ahora he encontrado, siempre he observado que el autor procede durante algún tiempo según el modo corriente de razonar y elabora afirmaciones sobre la existencia de Dios, o hace observaciones sobre los asuntos humanos; pero, de repente, me sorprendo al encontrar que en lugar de los enlaces usuales de las proposiciones, es o no es, me encuentro con que no hay proposición que no esté conectada con debe o no debe. Este cambio es imperceptible pero tiene enormes consecuencias.”

Hume no fue el primero ni el último en señalar esto. En *El origen y desarrollo de las ideas morales* (1906), Edward Westermarck describe la sociedad como una especie de escuela en la que “los hombres aprenden a diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal” (el director es la costumbre y las clases son las mismas para todos ¡atento joven Westermarck!). Señala que la supuesta objetividad de los juicios morales es una quimera y que no existe algo así como la verdad moral. La razón fundamental “es que los conceptos morales se basan en emociones y que los contenidos de una emoción quedan completamente fuera de la categoría de verdad”.

De modo parecido, en *Lenguaje, verdad y lógica* (1936), el filósofo A. J. Ayer —posicionándose a favor de los positivistas lógicos (de los que se habla en el capítulo 8)— dejó sin palabras a los académicos del siglo XX cuando afirmó que “los conceptos éticos son pseudoconceptos”. Wittgenstein también mostró interés por esta cuestión y afirmó que:

“... escribir o hablar de ética o religión [es] arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es un acto perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, sobre lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento”.

Aplicar la ética a los casos difíciles

El médico Hipócrates de Cos (siglo v a. C.) fue quien, por primera vez, afirmó que la epilepsia y otras enfermedades no eran resultado de espíritus malignos o coléricos dioses, sino que obedecían a causas naturales. Ha sido llamado el padre de la medicina y el "más sabio y grande profesional en su arte". Enseñó la santidad de la vida y exhortó a los otros médicos a comportarse según los más altos niveles de conducta ética. La antropóloga Margaret Mead ha destacado que, durante el mundo primitivo, el médico y el hechicero solían ser la misma persona y que en ellos residía el poder de matar y curar. Según Mead, el juramento de Hipócrates marcó un punto de inflexión en la historia de la civilización occidental ya que estableció una separación entre curar y matar. El juramento afirma:

> *"Juro por Apolo, médico, por Esculapio... que aplicaré los tratamientos para beneficio de los enfermos, según mi capacidad y buen juicio, y me abstendré de hacerles daño o injusticia. A nadie, aunque me lo pidiera, daré un veneno ni a nadie le sugeriré que lo tome."*

No hay lugar para la eutanasia. Y de manera similar continúa: "Del mismo modo, nunca proporcionaré a mujer alguna un pesario abortivo".

En cualquier caso, bajo la enseñanza de Hipócrates, la medicina se convirtió en el prototipo de las profesiones cultas.

¿Cuándo está bien matar?

Matar a los recién nacidos (infanticidio) es una práctica que solía considerarse aceptable. Hasta no hace mucho, sólo algunos países como Egipto y Camboya seguían la insólita tradición de criar a *todos* los niños. Normalmente se sacrificaba a las niñas recién nacidas, pero también podía suceder, como en Madagascar, que fueran sacrificados todos los niños nacidos en un "día desafortunado".

El filósofo romano Séneca sostuvo que matar a los niños "defectuosos" era una acción sabia y prudente que debía convertirse en una práctica que seguir.

Cuando los islandeses aceptaron la guía moral del cristianismo pusieron sólo dos condiciones: poder continuar comiendo caballos y sacrificando niños. Curiosamente, la idea de que los niños no deseados murieran sin bautizar fue más eficaz a la hora de cambiar la práctica que el rechazo mismo al infanticidio.

Deshacerse de los viejos

Matar a la gente mayor era una práctica extendida hasta hace poco, pero nunca fue una práctica universal. Puede que la historia más conocida sea la que relata Herodoto sobre los masagetas, un pueblo que hervía a sus mayores con ternera y se comía después el preparado. Pero existen otras muchas historias nauseabundas como ésta. Se decía que una tribu de las orillas del río Níger mataba a sus mayores, los quemaba y pulverizaba sus cuerpos, para después comprimir el polvo en pequeñas bolas con maíz y agua. Estas hamburguesas poco edificantes se conservaban durante mucho tiempo

como comida básica.

Hay quienes dicen que las matanzas reflejaban las duras condiciones de supervivencia de los pueblos. Las historias de los esquimales (como los de la bahía de Hudson que estrangulaban a los viejos, o los tupí de Brasil, que mataban a todas las personas mayores que se ponían enfermas y después se comían los cuerpos, o los tobas de Paraguay, que eran famosos por enterrar los cuerpos de sus viejos vivos) solían utilizarse para ilustrar tanto la necesidad como las buenas intenciones de las tribus.

Sin embargo, las tribus indias americanas de los poncas y los omahas inventaron un útil papel para las personas mayores y para los más débiles. Los dejaban en casa, con provisiones, mientras el resto de la tribu cazaba o se reunía. Los viejos vigilaban los campos de maíz y espantaban a los pájaros, de modo que ellos también resultaban útiles para la comunidad. Esta práctica también estuvo presente entre los incas.

Comer personas no es, intrínsecamente, algo que esté mal. Un caníbal de Miranhas les explicó a los antropólogos Spix y Martius que:

> *"... todo es cuestión de costumbre. Cuando se mata a un enemigo es mejor comérselo que echarlo a perder. La presa de caza grande es rara porque no pone huevos como las tortugas. Lo malo no es ser comido, sino la muerte... ¡Vosotros, los blancos, sois demasiado delicados!"*.

Si matar niños ahora no está permitido, no es gracias a los filósofos sino a los cambios en la sociedad. El aborto continúa suscitando opiniones antagónicas. En parte, esto sucede porque no está claro cuándo comienza la vida, lo cual también forma parte del problema sobre el tratamiento de las personas mayores. ¿Cuándo una persona "deja de ser persona"? De nuevo, los filósofos no han sido capaces de proporcionar respuestas sencillas a estas espinosas cuestiones.

Arreglar el planeta

Otro tema clásico de la historia de la filosofía tiene que ver con los esclavos, ya sean esclavos por nacimiento, conquista u otros motivos. Aristóteles y Platón justificaron la esclavitud basándose en las escasas capacidades de los esclavos, quienes eran considerados muy semejantes a los animales. Tanto el cristianismo como el islam apoyaron fervorosamente esta práctica, a pesar de que Mahoma liberó a sus propios esclavos y predicó que todos los musulmanes eran hermanos y debían ser tratados como iguales (es decir, el islam aceptaba la esclavitud, pero sólo de los no musulmanes).

Hoy en día, hay ramas del cristianismo que lideran cambios sociales, que reivindican los derechos civiles, que protegen a los nonatos, que luchan por el fin de los abusos de los derechos humanos en otros países, etc. Esto no ha sido siempre así. Hay quienes afirman que en lo que respecta a los derechos de las mujeres y a la esclavitud, la religión ha impedido el progreso social. La Iglesia nunca consideró la esclavitud como algo moralmente malo; de hecho, las iglesias protestantes de Virginia, Carolina del Sur y de otros estados del sur de Estados Unidos firmaron resoluciones a favor del tráfico de esclavos. La gente decía que la esclavitud humana era un designio, una institución divina que no era inmoral sino "fundada en el derecho".

Muchos de los versos del Antiguo Testamento que ordenan a los esclavos obediencia y sumisión, fueron utilizados para justificar la esclavitud humana (Colosenses 3:22-25; Efesios 6:5-9; I Pedro 2:18-25; Tito 2:9-10; I Timoteo 6:1-2). Lo mismo sucedió con un gran número de parábolas de Jesús que se refieren a los esclavos y con la infame epístola de Pablo a Filemón que relata la historia de un esclavo fugitivo que, dada su inequívoca condición, tuvo que ser devuelto a su dueño. Para defender la naturaleza inmoral de la esclavitud, los abolicionistas (es decir, aquellos que buscaban que los gobernantes abolieran la esclavitud), contaban con la afirmación del *Deuteronomio* según la cual "no debes entregar a su dueño a un esclavo que se haya refugiado contigo"; aun así, tuvieron que buscar fuentes no bíblicas para acabar con la esclavitud. Sirva de moraleja a los que basan sus argumentos exclusivamente en la religión.

Un examen a la ética medioambiental

Aldo Leopold (1887-1948) nació en Iowa. Mostró gran interés por la ornitología y por la historia natural y fue el primer licenciado en ingeniería forestal de Estados Unidos. Hoy está considerado el padre de la conservación de la naturaleza salvaje en América. Sus opiniones pueden resumirse del siguiente modo: consideraba que los lobos que comen hombres son buenos y que las personas son malas, pero que las personas que comen lobos no son tan malas. No nos sorprende que muriese mientras ayudaba a apagar el fuego en una granja vecina.

Las posiciones tradicionales en la ética medioambiental examinan los cambios causados por los seres humanos en la naturaleza y analizan si estos cambios benefician a los humanos. Problemas como el cambio climático, la disminución de la capa de ozono, la contaminación de los ríos, de los mares y del aire son causados, sobre todo, por los humanos. En ocasiones, la tendencia humana a destruir los hábitats, y con ellos muchas especies de animales y plantas, se analiza en términos de la pérdida que esta destrucción representa para los humanos: ¿qué ocurriría si esta y aquella planta fueran el remedio para el cáncer? ¿Cómo nos sentiríamos si no hubiera más pandas que observar, ni siquiera en jaulas? A menudo, la degradación del entorno no afecta al medio ambiente mismo sino a las posibilidades que la gente tiene de prosperar en unas inhóspitas condiciones urbanas (condiciones que caracterizan la mayor parte de los lugares en lo que la gente vive, ya que no se oye el canto de los pájaros, apenas hay espacios verdes y los coches generan mucho ruido y gran cantidad de humo). Algunos expertos en ética afirman que, bien entendido, el interés propio acaba conduciendo, inexorablemente, a un enfoque integral de respeto no sólo por los otros humanos sino por toda la creación. Sea como sea, gran parte de la ética medioambiental defiende el mismo tipo de interés propio que cualquier otra ética.

Desde una perspectiva humana, el dominio de la naturaleza es bueno y las actividades peligrosas o sencillamente inconvenientes del mundo salvaje son malas. El movimiento conocido como "ecología profunda", defiende que tenemos que apartarnos de la idea de que lo que es bueno para el hombre es, necesariamente, bueno para la naturaleza; defiende, a su vez, que debemos empezar a aplicar valores como la libertad y la autonomía a los ríos y a los animales, y el respeto a los seres humanos, a los árboles y a las montañas.

MÁS DE CERCA

El primer paso hacia una concepción más amplia del medio ambiente exige detenerse a considerar los intereses de los animales. La contaminación de los hábitats —ya sea de los ríos con aguas residuales sin tratar, ya sea del aire lleno de las partículas tóxicas que generan los procesos industriales, ya sea de los mares que contienen vertidos químicos agrícolas— y muchos otros procesos y cambios en el medio ambiente más sutiles y difíciles de detectar, afectan, en primer lugar, a los animales.

Por otra parte, la alimentación de la gente también es una cuestión importante, omnipresente y fundamental. La actitud y el enfoque integral de los hombres hacia la vida comienza con la consecución de esta necesidad básica. "No hay nada más íntimo que comer, nada que simbolice mejor la conexión de la vida, ni nada más misterioso", escribió el ecologista J. Baird Callicott.

Otorgar derechos a los animales

Hoy en día existen muchos tipos de derechos: los derechos humanos, los derechos de las mujeres, los derechos de los animales, los derechos de los árboles. Pero la verdad es que ninguno de estos derechos es realmente valioso y nadie parece ponerse de acuerdo sobre ellos. Los filósofos se han pasado siglos tratando de definir qué son los derechos reales y Thomas Hobbes fue quizá el filósofo que estuvo más cerca de conseguirlo cuando dijo que sólo existe un derecho, el derecho fundamental a la autoconservación. De este derecho derivaron otros, como el derecho a permanecer en silencio e incluso el derecho a huir en las batallas, pero este último crea muchos problemas.

En contra de los derechos de los animales

Según los filósofos americanos del siglo xx Donald Davidson (1917-2003) y John McDowell (1942) los animales no tienen pensamientos, creencias ni intenciones. Según argumentan, no se puede decir que una criatura cree (o piensa, o intenta, etc.) cosa alguna a menos que posea un lenguaje completamente desarrollado. John McDowell todavía va más lejos al afirmar que los animales no tienen experiencia interior y, por lo tanto, no tienen una auténtica subjetividad sino sólo una sensibilidad "protosubjetiva perceptual" al medio ambiente. ¿Una qué? Puedes llamarla "respuestas automáticas". Lo que McDowell dice es que los animales simplemente reaccionan como máquinas complejas a las diferentes condiciones físicas.

Estrictamente hablando, tener un derecho presupone que se tiene la capacidad de llevar a cabo una reivindicación justificada, pero los animales carecen de esta capacidad. Además, tal como ha argumentado el filósofo contemporáneo Roger Scruton, si los animales pueden tener derechos legales ¡también tiene sentido que tengan obligaciones legales! Sin embargo, Roger es un acérrimo cazador de zorros y se debe sospechar de su argumento que, en cualquier caso, no lleva a ningún sitio porque parece claro que los hombres pueden hacer una reivindicación en nombre de los animales. Las implicaciones de otorgar derechos formales a los animales son enormes pues obligaría a los hombres a revisar sus ideas sobre la agricultura comercial, la experimentación animal, el mantenimiento de los zoológicos, la gestión de la vida salvaje, las condiciones de los animales en los viajes y la utilización

de los animales para el entretenimiento, los deportes y la fabricación de ropa.

Desde la historia bíblica del *Génesis* hasta los recientes argumentos analíticos de Donald Davidson (lee el recuadro superior "En contra de los derechos de los animales"), el pensamiento occidental ha asignado un estatuto relativamente bajo a los animales no humanos. Algunos filósofos, entre los que destaca Descartes, incluso han insistido en que los animales son meras máquinas, seres incapaces de sentir y percibir, por no hablar ya de tener creencias y emociones. Sin embargo, la mayoría se inclina por admitir que los animales sienten dolor pero no tienen racionalidad, ya que carecen de lenguaje. Esta postura tiene importantes consecuencias éticas, pues según muchos sistemas de ética, para que un ser sea considerado moral es necesario que posea racionalidad, es decir, que sea capaz de utilizar la razón abstracta. Contra esta opinión se posicionaron algunos utilitaristas como Jeremy Bentham y (recientemente) Peter Singer, al afirmar que la sensibilidad (es decir, la capacidad de notar y sentir cosas) es suficiente para que los animales sean seres dignos de consideración moral. Esta tesis ha conducido a la creación del reciente movimiento de liberación animal cuyo objetivo es defender los intereses de los animales.

Otro filósofo que confía en la capacidad de la razón para explicar el mundo es Baruch (Benedicto) Spinoza (1632-1673), quien reconoció que los animales tenían sensibilidad pero no racionalidad, por lo que no podían ser considerados miembros de la comunidad moral. Esta opinión se parece a la del materialista Thomas Hobbes (1588-1679) quien, como materialista, defendió que los animales, e incluso los seres humanos son, en esencia, objetos físicos y máquinas. Esta deprimente opinión de la naturaleza humana (los hombres son salvajes y se afanan por el poder) le condujo a creer que la moral era resultado de los pactos y de los contratos sociales que los seres humanos de igual fuerza e inteligencia sellaban entre ellos. Las normas morales que nacían con estos contratos garantizaban la seguridad mutua y la consiguiente mejora de la vida. Si los animales carecen de racionalidad (como Hobbes y Spinoza pensaban) no pueden establecer ningún acuerdo con los hombres (ni siquiera lo pueden establecer entre ellos) y, en consecuencia, permanecen en un estado de guerra tanto con los humanos como entre ellos.

GRAN IDEA

Los empiristas británicos (quizá necesites ir al capítulo 7) como John Locke (1632-1704) y David Hume (1711-1776) consideraron más razonable dotar a los animales no sólo de percepción y de sensación sino también de algún grado de racionalidad, y defendieron que no existía gran diferencia entre los humanos y los animales. Compartieron esta creencia con filósofos chinos como Chu Hsi (1130-1200) así como con los nativos americanos. Hume escribe que únicamente los más estúpidos e ignorantes no reconocen que los animales poseen pensamiento y razón.

Bentham no dudó en afirmar que un caballo completamente desarrollado o un perro era, con mucha diferencia, más racional, razonable e incluso más comunicativo que un niño de un día, una semana o un mes. El motivo de este razonamiento no era que él considerase que la racionalidad y el lenguaje desempeñaran un papel moral importante sino que, al contrario, quería mostrar que las intuiciones morales podían estar determinadas por otros factores.

Las recientes investigaciones llevadas a cabo para averiguar si los animales poseen o no poder de

conocimiento han ayudado a combatir la idea de que los animales no tienen pensamientos. Científicos conductistas como Mark Bekoff han aportado pruebas para sostener que los animales poseen conciencia, conocimiento, memoria, inteligencia, pasión, devoción, celos, sentido del juego, ira y otros rasgos similares a los humanos.

Apuntarse al vegetarianismo

El vegetarianismo, que engloba un amplio abanico de dietas —desde las basadas en semillas de plantas hasta aquellas que incorporan la miel, los huevos, la leche, el queso e incluso el pescado y las aves, pero que excluyen los mamíferos— no es un tema al que se le conceda demasiado espacio en las enciclopedias de filosofía, aun cuando la gente reconoce que forma parte del debate sobre los derechos de los animales. Sin embargo, el vegetarianismo ocupa un lugar central en las antiguas filosofías orientales y occidentales, ya que muchas veces estaba ligado a la idea de la reencarnación.

Plutarco fue uno de los pocos escritores del mundo antiguo que defendió el vegetarianismo por razones que nada tienen que ver con la reencarnación, tal como expresa en su clásico ensayo literario, si no filosófico, *Acerca de comer carne*. Afirma que comer carne corrompe la moral y se opone a los carnívoros, quienes defienden que son depredadores por naturaleza y que deben proporcionarse la comida y comer la carne cruda y sin cocinar con sus propias manos.

> *“Oh, mis compañeros —exclamó Pitágoras—. No deis a vuestros cuerpos comida pecaminosa. Tenemos maíz. Tenemos manzanas que doblan las ramas con su peso, y uvas que crecen en las vides. Existen gustosas hierbas dulces y hortalizas que pueden ser cocinadas y ablandadas con el fuego. Tampoco nos falta leche ni miel de tomillo. La tierra nos entrega una inmensa cantidad de ricas provisiones, de inocentes alimentos y nos ofrece banquetes que no comportan derramamiento de sangre ni matanzas.”*

¿Desde cuándo comemos carne?

Hoy en día estamos acostumbrados a comer carne, pero esta actividad, en términos evolutivos, no es muy antigua. Georges Cuvier, quien fundó las ciencias de la paleontología y de la anatomía comparada escribió:

> *“Juzgando por su disposición, la comida natural del hombre parece consistir, principalmente, en frutas, raíces y otras suculentas partes de las verduras. Sus manos presentan facilidades para recolectarlas. Por otra parte, su pequeña pero relativamente fuerte mandíbula y sus colmillos, al ser iguales en longitud que los otros dientes, junto con sus tuberculadas muelas apenas le permiten masticar hierba, ni devorar carne, a menos que estos alimentos hayan sido previamente cocinados.”*

Como vemos, ni la dentadura ni las más ancestrales formas de comportamiento suponen un obstáculo para los cambios radicales en la dieta. Los caballos han sido entrenados para comer carne y las ovejas se han acostumbrado tanto a ella que incluso rechazan la hierba.

La mayoría de las religiones consideran natural matar animales y comerlos. En el *Génesis*, Dios

concedió a los humanos derecho absoluto sobre las bestias. Parece que este Dios permitió matar, cocinar y saborear a los animales, especialmente a los corderos. El Templo de Jerusalén debió de haber sido un enorme matadero donde corría la sangre y la grasa derretida durante la Pascua judía. Seguro que el olor a carne asada se percibía en el todo el templo de modo permanente y hacía las delicias tanto de los hombres como de los dioses.

Zaratustra fue, con mucha probabilidad, el iniciador del vegetarianismo. Vivió en el siglo VI a. C. y defendió que:

> ✔ La horticultura y la cría y cuidado de los animales son las únicas actividades nobles de la vida.
>
> ✔ Existen espíritus opuestos del bien y del mal, y dar vida o condenar a la no-vida es el dualismo fundamental.
>
> ✔ El aire, el agua, el fuego y la tierra son elementos puros que nunca deben ser profanados.

Zaratustra basó en estos principios una forma de vida vegetariana, abstemia y pacifista que se servía de los animales únicamente para el transporte y para regar su estado sagrado y completamente hortícola en el Irán oriental, donde se instaló después de haber sido expulsado de su nativa Media.

En un antiguo evangelio, Dios da las siguientes instrucciones:

“No matéis a los hombres ni a las bestias, ni tampoco la comida que introducís en vuestra boca. Porque si coméis alimentos vivos, los mismos os vivificarán. Mas si matáis vuestros alimentos, los alimentos muertos os matarán también. Porque la vida procede solamente de la vida y de la muerte siempre se sigue la muerte. Pues todo lo que mata a vuestros alimentos, mata a vuestros cuerpos también... Y vuestros cuerpos vendrán a ser lo que vuestros alimentos sean, así como vuestros espíritus vendrán a ser lo que vuestros pensamientos sean.”

Es de sobra conocido que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso un poco más adelante en la Biblia, sin importar lo afirmado en este evangelio. En la práctica, el judaísmo, el cristianismo y el islam han defendido que comer carne es algo natural para la humanidad.

Se puede encontrar un vínculo económico entre la ingesta de carne y la guerra en *La República*. Allí Platón transcribe un diálogo entre Sócrates y Glaucón en el que Sócrates ensalza la paz y la felicidad de la gente que lleva una dieta vegetariana. Los ciudadanos, afirma Sócrates, se darán un festín de cebada triturada y harina de trigo, y prepararán “nobles pasteles”; habrá sal, aceitunas y queso “como guarnición”, todo servido sobre un mantel de juncos. De postre algo de mirto, bellotas y bayas asadas, incluso higos hervidos y raíces. Éstas son las comidas que conducen a la paz y a la buena salud.

“Y con este tipo de dieta ellos pueden esperar vivir en paz y con salud hasta bien entrada su edad y legar un modo de vida similar a sus hijos.”

Sin embargo Aristóteles, discípulo de Platón, no fue partidario del vegetarianismo. Defendió que los animales existen para utilidad de los hombres. Dado que en muchas cuestiones es fácil conciliar la filosofía de Aristóteles con la de la Biblia y la del Corán, que es su derivado, Aristóteles fue el autor más influyente en el desarrollo del primer islam y del cristianismo durante la Edad Media.

Lo bueno es lo natural

A menudo las opiniones sobre lo que está bien y lo que está mal se apoyan en lo que la gente cree que es natural. Hay quienes afirman que no es natural que dos hombres mantengan relaciones sexuales (aunque en realidad la homosexualidad es parte de las actividades sexuales de muchas especies animales), ni que las mujeres escriban artículos de filosofía ni que... Con frecuencia estos argumentos son muy flojos. Pero parece que comer carne es algo bastante natural.

Contra esta opinión se posicionan los medioambientalistas radicales. Éstos señalan que los consumidores de carne o, más exactamente, los productores de carne son los responsables principales de la contaminación industrial: producen la mitad de la contaminación en Estados Unidos, son los responsables de contaminar los ríos de todo el mundo y de causar la muerte lenta de los mares con la desaparición de las zonas húmedas y la acumulación de residuos. El agua necesaria para producir un buey de poco menos de media tonelada podría sacar a flote un buque de guerra. Además, se necesitan alrededor de 100 litros de agua para producir medio kilo de trigo, pero más de 10.000 litros para producir medio kilo de carne. Hoy en día, sólo el ganado de Estados Unidos consume suficiente grano y soja como para alimentar cinco veces a la población mundial; las vacas, cerdos, pollos, ovejas y otros animales ingieren el 90 % del trigo, el 80 % del maíz y el 95 % de la avena de todo el país. Si en el Reino Unido la mayor parte de la cebada que puede verse en los campos sirve para hacer pan, menos de la mitad de las extensiones agrarias de Estados Unidos se utilizan para el consumo humano, ya que se emplean, en su mayoría, para alimentar al ganado. Recuerda también la crisis de la fiebre aftosa de 2001 en el Reino Unido. La enfermedad de la fiebre aftosa no es mortal para las vacas (es parecida a un resfriado fuerte) pero lo es para la exportación de carne. Esta crisis condujo al primer ministro a cancelar sus vacaciones, a reforzar la seguridad en puertos de entrada y aeropuertos... Costó alrededor de ocho billones de libras. Significó también la matanza de más de diez millones de animales, lo que obligó a convocar al ejército para quemar los cuerpos en grandes fosas. Hubo numerosos efectos adversos en la comunidad agrícola, en el turismo industrial, en las granjas animales, en el medio ambiente y en la calidad de vida de los ciudadanos. ¿En qué grado eso es natural? El filósofo ecologista Aldo Leopold dice que:

> *“Algo es bueno cuando tiende a preservar la integridad, estabilidad y belleza de la comunidad biótica. De otro modo es malo.”*

¡Leopold no sólo comía carne, sino que él mismo cazaba animales! ¡Lobos y otras especies! Pero sin duda, nunca hubiera apoyado la producción industrial de animales de granja. Puede que, como dijo Aristóteles, la política correcta esté en el justo medio.

Capítulo 14

Filosofía política

En este capítulo:

- Platón prefiere la autoridad a la anarquía.
- El desarrollo del totalitarismo con Hegel y los nazis.
- La lucha del marxismo contra el capitalismo.
- Imaginar las primeras sociedades humanas con Hobbes y Rousseau.

El castigo que los hombres buenos pagan por no estar interesados en la política es ser gobernados por hombres peores que ellos.

Platón

La filosofía política abarca todas las áreas de la vida social, desde la familia y las actitudes de las personas, hasta el Estado, las reglas que lo definen y sus instituciones. Muchas de las cuestiones candentes de lo que hoy en día conocemos como "ética aplicada" podrían caer dentro del ámbito de la filosofía política, así por ejemplo ¿cuáles son los derechos de las minorías religiosas en un Estado laico? O (¡igualmente importante!) ¿cuáles son los derechos de los ateos en un Estado religioso? ¿Deben las mujeres musulmanas poder llevar velos que les cubran la cara en los tribunales, incluso cuando están testificando? ¿Es razonable que en un Estado musulmán se castigue a las personas que tienen diferentes valores por beber alcohol en sus casas? Repárese también en la cantidad de opiniones diferentes que existen en relación con la muerte. Aquí el debate político viene agitado tanto por la cuestión de si hay algún caso en que la pena de muerte esté justificada, como por la cuestión de si los Estados deben dar facilidades para ayudar a la gente que quiere quitarse la vida.

Sin embargo, al convertir las cuestiones candentes de la actualidad en temas de filosofía política se pierde lo que justamente las caracteriza, su vertiente práctica. Es necesario que la filosofía política no deje de lado el ámbito de la praxis y que —como el filósofo Marx afirmó— intente cambiar el mundo.

Las discusiones en torno a la ética aplicada y el debate técnico sobre las normas e instituciones de

gobierno los dejo de lado en este capítulo. Presentaremos, en cambio, una muestra de los valiosos y bastante glamurosos textos de los grandes filósofos políticos donde se exponen sus teorías acerca de la sociedad humana.

Al encuentro de los grandes filósofos políticos

Platón, Hegel, Marx y Engels, Confucio y Mao Tse Tung eran unos entusiastas “autoritarios”. Todos ellos presentaron sistemas políticos basados en una omnisciente y poderosa autoridad. Al otro lado están los “pragmáticos”, que pueden dividirse en dos grupos. Por un lado, filósofos como Maquiavelo, Hobbes y Jeremy Bentham —que afirmaban que el fin justifica los medios, una forma de pragmatismo— y por otro, filósofos como Jean Jacques Rousseau, John Locke y el protegido de Bentham, John Stuart Mill, quienes confiaron en la naturaleza humana como garantía del buen funcionamiento de la sociedad.

Jeremy Bentham y John Stuart Mill crearon las políticas del liberalismo. Los *liberales* son personas con ciertos principios, el más importante de los cuales es el deber de proteger la libertad individual. Efectivamente, un examen a las grandes filosofías políticas de la historia plantea muchas cuestiones sobre la vida en sociedad, cuestiones que requieren opiniones sobre los derechos y las libertades de los ciudadanos, sobre la igualdad, el bienestar y la economía, así como sobre los orígenes de la autoridad del gobernante y los límites del poder del Estado; sobre la desobediencia civil, los derechos de los trabajadores y los cambios revolucionarios; sobre los sistemas de voto y la democracia.

Elegir entre la autoridad y la anarquía con Platón

Platón, sin duda el más famoso de todos los filósofos de la Antigua Grecia, formaba parte de una familia muy distinguida y siempre contó con los medios necesarios, así como con el deseo de llegar a ser un miembro de la élite gobernante. Su punto de vista sobre la política es elitista y autoritario pues piensa que la gente necesita ser organizada por un experto, por una autoridad. Su mensaje es, hoy día, tan relevante (y problemático) como lo fue en el pasado. Tal como Honoré de Balzac (el novelista francés que vivió en las décadas posteriores a la Revolución francesa) escribió:

> *"La libertad engendra anarquía, la anarquía conduce al despotismo y el despotismo trae libertad otra vez. Millones de seres humanos han perecido sin ser capaces de hacer triunfar ninguno de estos sistemas."*

Durante los años que vivió Platón (427-348 a. C.), los ciudadanos griegos (¡sólo hombres, no esclavos!) vivían en comunidades relativamente pequeñas llamadas "ciudades-Estado". Su reducido tamaño permitía a todos los ciudadanos pronunciarse sobre el gobierno de la ciudad, debatir públicamente y votar más tarde sobre importantes decisiones como si condenar a muerte al pobre y viejo Sócrates, cuándo librar una guerra contra los espartanos o, menos relevante, qué cantidad de vino podía llevarse al estadio. Allí donde los ciudadanos tenían este papel, se decía que había democracia.

Platón veía con malos ojos este tipo de acuerdos mucho antes de que sus compañeros, los ciudadanos atenienses, votaran a favor de la ejecución de su maestro Sócrates por difundir ideas subversivas. Para Platón, la democracia sólo era una forma de anarquía (ausencia de reglas) y dedicó buena parte de su vida a promover una filosofía política caracterizada por un gran número de reglas.

Se necesitan unas cuantas Thatchers

El motivo de que Platón nunca gobernara y se tuviera que conformar con exponer de qué modo hubiera organizado su sociedad ideal (aquella que ahora conocemos como *La República* de Platón) fue que, tal como expresó en forma de queja, no encontró quienes se unieran a él para compartir la carga del gobierno. Algo parecido le ocurrió a Margaret Thatcher, la primera mujer que llegó a dirigir el gobierno del Reino Unido, en la década de 1980: se comenta que una vez dijo que necesitaba seis hombres buenos y leales para gobernar el Reino Unido pero que nunca logró reunirlos. Platón señaló que la escasez de personas válidas y buenas constituía un serio problema, por lo que decidió que la educación sería el elemento clave de la sociedad. Si lo que se perseguía era llegar a contar con un número suficiente de hombres buenos (¡al menos seis!) para gobernar, era necesario que los gobernantes fueran sometidos a un entrenamiento especial, una educación que empezara desde el nacimiento y que acabara con la "licenciatura" treinta y cinco años más tarde.

Platón contaba con un sinfín de buenos consejeros. Además del mismo Sócrates, otros muchos filósofos (o al menos sus ideas) podían servirle de ayuda para diseñar su república. Por una parte, contaba con el temprano consejo de Parménides (uno de sus antiguos predecesores griegos) según el cual "la verdad debe ser eterna e inmutable"; por otra parte, con la enigmática observación de Heráclito (después de haber entrado en un río) de que "todo fluye". Estos dos puntos de vista

contribuyeron a crear una tradición en la Antigua Grecia que consideraba que el mundo terrenal y visible era ilusorio y cambiante, y el mundo del intelecto y de la verdad era superior y más valioso, pues era eterno e inmutable. Platón diseñó su Estado ideal pensando, no tanto en desarrollar y dar vida a este proyecto, sino en dibujar una estructura fija e inalterable que se mantuviera apartada (probablemente como Heráclito en aquel río) de los cambios y fluctuaciones.

Platón y su búsqueda de la sociedad justa

Las políticas de Platón se basan en esta filosófica y ética pregunta: "¿Qué debería hacer?" La preocupación de Platón por el deterioro de la moral en la sociedad griega inspiró su libro más famoso, *La República*; en esta obra afirma que no se acabará con la injusticia ni con los numerosos males de la sociedad hasta que ésta no quede bajo la guía de aquellos que han llegado a conocer el bien.

La República es un ambicioso intento de diseñar la sociedad ideal. Su principal recomendación (sospechosa procediendo de un filósofo) es que los filósofos deben ponerse al mando del gobierno. Otras ciudades-Estado ya habían confiado su gobierno a los filósofos y era una práctica común emplear a los hombres sabios para elaborar las leyes.

La República muestra cómo la justicia opera en grandes cuerpos, como ciudades o países enteros, lo cual resulta extraño a ojos modernos. Para las personas, la justicia representa un ideal de vida. Sin embargo, para la filosofía política de Platón simplemente se trata de otra forma de ética práctica. Según este filósofo, es más fácil observar cómo opera la justicia en los grandes organismos (las ciudades) que en los más pequeños (los individuos), motivo por el cual recomienda examinar primero cómo se organiza la sociedad para averiguar después cómo debe vivir el individuo. Afirma:

> *"Creemos que la justicia es una cualidad que puede existir en una comunidad y en un individuo, y la comunidad es más grande que el individuo. Posiblemente entonces, podamos encontrar en la comunidad la justicia en grandes proporciones resultando más fácil identificarla..."*

Las ideas de Pitágoras también ejercieron una enorme influencia en Platón. Por ejemplo, en un tiempo en el que estas costumbres eran poco frecuentes, Pitágoras (sale mucho en el capítulo 2) instauró como regla para todos los miembros de su secta tratar como iguales a hombres y mujeres, mantener la propiedad en común, y vivir y comer en comunidad. Estas normas reaparecen en *La República* de Platón como el tipo de vida recomendado para los gobernantes de su sociedad, a quienes Platón llama, de modo tranquilizador, "los guardianes". También aparecen otros elementos pitagóricos: los guardianes de Platón forman una clase superior, separada del resto y que toma sus decisiones en secreto (la opinión pública no es consultada ni requerida). Después de todo, para los seguidores de Pitágoras, la primera regla era el silencio. "Él, Pitágoras, lo afirma" era lo único que necesitaban conocer en su búsqueda de la sabiduría. De modo semejante, los ciudadanos del Estado ideal de Platón no debían participar en las decisiones importantes, pues las únicas preocupaciones de las masas eran las cuestiones prácticas. El mundo del conocimiento es mejor dejarlo, exclusivamente, para los gobernantes (los filósofos-guardianes).

Ingresar en la república de Platón

Platón sugiere que las comunidades, como las ciudades-Estado de la Grecia de su época, o como países enteros más tarde, nacen por razones prácticas, económicas. Ningún individuo es autosuficiente y todo el mundo cuenta con un gran número de necesidades, ya sea de alimentación y de refugio, ya de

calor y de herramientas, ya de carreteras y de caminos, ya de protección frente a los ataques. Parece entonces lógico que las personas vivan en grupos en los que puedan ayudarse unas a otras. Platón dice que llamamos “Estado” al acuerdo que se produce cuando las personas se reúnen para vivir en un lugar, ayudarse y darse mutuo apoyo. El punto de partida de su filosofía política es el libre intercambio de bienes y servicios entre las personas. En la necesidad económica y en el interés propio reside el origen de la sociedad (¡como los marxistas dijeron dos mil años después en una visión que no era tan radical como decían!). En *La República* Platón afirma:

> *“Vamos a construir nuestro Estado imaginario desde el principio. Al parecer, deberá su existencia a nuestras necesidades, siendo la primera y la más grande necesidad la provisión de alimentos para mantenernos vivos. A continuación necesitaremos tener una casa; y en tercer lugar, cosas como ropa.”*

Así, si la economía es el punto de partida de la sociedad ¿cómo podría el Estado ayudar a proporcionar las cosas que la gente necesita?

GRAN IDEA Según Platón, las comunidades prosperan cuando se dividen las tareas y las personas se dedican exclusivamente a aquella tarea que se les da mejor; es lo que se conoce como el principio de la división del trabajo. Afirma: “Necesitaremos, por lo menos, un hombre que sea agricultor, otro que sea constructor y un tercero que sea tejedor”; sin embargo, en el diálogo, Sócrates y su audiencia señalan que por lo menos dos personas más resultarían de utilidad: un zapatero y alguien que satisfaga ciertos deseos personales (aunque Platón no especifique de qué tipo).

Este Estado mínimo funciona a la perfección cuando cada miembro se dedica a realizar exclusivamente aquella tarea que se le da mejor (Platón defiende la igualdad y concede a las mujeres las mismas oportunidades de trabajo que a los hombres ya que, después de todo, la única parte importante de los seres humanos es el alma y ésta no es ni masculina ni femenina). Esta división conduce a la especialización. Como sostiene Platón: “El trabajo es más fácil y resulta mejor realizado cuando todo el mundo es liberado, en el momento adecuado, de todas las demás ocupaciones y puede dedicarse a aquella tarea para la que, de modo natural, está mejor dotado”.

Al menos en la versión de Platón, Sócrates llega a sugerir una especie de clase media compuesta por comerciantes y banqueros que gestionan y venden bienes. No es de extrañar que aparezca esta clase porque, como expone su compañero con poca amabilidad: “En general, en las comunidades bien ordenadas, los hombres no son suficientemente fuertes para desarrollar otras ocupaciones.”

Por otra parte, Platón piensa que su república será un lugar muy feliz, siempre y cuando no reine la codicia. Después de todo, como Platón resume en otro diálogo, *Fedón*, “todas las guerras se hacen para obtener dinero”. Por desgracia, Platón cree que la mayoría de la gente es codiciosa tal como lo demuestra el hecho de que la gente quiera comer carne en lugar de contentarse con nueces y alubias (e incluso llega a insinuar que el exceso de consumo puede conducir a la destrucción del medio ambiente).

GRAN IDEA

El desdén de Platón por el afán de dinero y la búsqueda de cosas materia-les lo condujeron a proponer la abolición de la propiedad privada para los guardianes (la clase dominante) y a desarrollar una estrategia general para romper los lazos parentales con sus hijos. De este modo se trataba de resolver un problema constante de todas las sociedades políticas: los favoritismos de padres a hijos. Platón defiende que todos deben criar a los hijos colectivamente, mediante los principios rectores de la eugenesia (es decir, de la cría mediante la selección de los mejores especímenes) para separar a los buenos de los no tan prometedores. Al destruir los lazos familiares, Platón cree que es posible lograr una clase gobernante más unida y evitar los peligros de la rivalidad entre los gobernantes, así como la amenaza que supone el nacimiento de una élite gobernante. (Este tipo de sociedad es lo que los griegos llamaban “oligarquía”.)

Naturalmente, Platón está convencido de que la educación es demasiado importante como para dejar que los padres se pronuncien sobre ella, y sostiene que el Estado debe entrenar y educar a todos los niños. Platón promete que el proceso no comportará ninguna amenaza, ni tampoco el adoctrinamiento por parte del Estado, pues se supone que durante el proceso de aprendizaje el niño mantiene un papel activo, no pasivo. Platón aconseja al maestro: “No utilizar la fuerza y dejar que las lecciones de los niños tengan la apariencia de juegos”, y afirma que su objetivo será tratar de mostrar al alumno la “fuente de la luz”. ¡Qué pena que generalmente los consejos educativos de Platón no hayan sido recordados!

Una aproximación al anarquismo

La palabra “anarquía” procede del griego *anarkhos*, que significa “sin gobierno”. La idea central del anarquismo es el rechazo a toda autoridad. Se trata de un movimiento con una intención constructiva pero que arranca con una fase destructiva, de ahí que muchas veces acabe aplastado antes de superar esta primera etapa. A menudo, los anarquistas han sido bien recibidos durante la etapa de las revoluciones en que se destruye el sistema político existente (como ocurrió en la Revolución rusa del siglo xx); ahora bien, cuando esta fase ha sido superada y la revolución ha tratado de pasar a la fase constructiva, los anarquistas siempre han acabado convertidos en enemigos. ¡Esto es lo que pasa cuando nadie está al mando!

Como hemos visto, Platón odiaba la democracia, a la que describió como una forma de anarquía. Sin embargo, los anarquistas mismos también desprecian la democracia, a la que consideran la esclavitud de la mayoría. Votar es un acto de traición tanto simbólico como práctico. “El sufragio universal es la contrarrevolución”, declaró el radical Pierre-Joseph Proudhon (siglo xix) en una de sus consignas menos populares. (“La propiedad es un robo”, adoptada por el marxismo, fue una de las más famosas y “Dios es el mal” también cuenta con numerosos seguidores.) Como William Godwin expuso con mayor contundencia: “Sólo hay un poder al que pueda rendir sincera obediencia, la decisión de mi propio entendimiento, el dictado de mi propia conciencia.”

A los anarquistas no les gusta el totalitarismo y, ciertamente, no les gustaba Hitler, a quien tampoco le gustaban ni los anarquistas ni los demócratas. En realidad, a él no sólo no le gustaban, sino que persiguió (y en muchos casos asesinó) a miembros de esos grupos políticos, así como a comunistas y a grupos no políticos como los judíos, los gitanos y los homosexuales.

Se puede identificar el anarquismo socialista (o de lucha de clases) a través de ciertos criterios utilizados por muchos grupos anarquistas contemporáneos. Generalmente son veganos, llevan ropa negra y no pagan alquiler. Si se quiere, éstos son los criterios prácticos; los criterios teóricos son un poco más complicados:

✔ El rechazo total al capitalismo y a la economía de mercado, que según los anarquistas crean jerarquías y, por lo tanto, interfieren en la libertad individual.

✔ La preocupación por los intereses y libertades de los demás, basada en la idea de que los individuos son, en esencia, igualmente valiosos y que las identidades personales no son fijas, sino que vienen impuestas por las fuerzas sociales.

✔ El gran punto de convergencia: el rechazo al poder del Estado y de todas las otras fuerzas opresoras.

✔ Los métodos utilizados tienen que ser compatibles con los fines perseguidos.

El último punto es el que diferencia al anarquismo socialista (o de lucha de clases) de otros movimientos socialistas que adoptan métodos injustos a fin de lograr, más adelante, una sociedad mejor. Un prominente pensador anarquista, James Guillaume, colega del revolucionario ruso Mijaíl Bakunin, consideraba que este punto marcaba la diferencia entre el anarquismo y el marxismo: “¿Cómo puede alguien querer una sociedad igualitaria y libre que surja de una organización autoritaria? ¡Es imposible!”

El anarquismo es un cuento político muy antiguo, aunque no demasiado influyente. No obstante, desde la caída del Muro de Berlín y el final de la Unión Soviética, este movimiento ha tenido un mayor impacto, tanto en las radicales campañas medioambientales como entre algunos sectores del movimiento anticapitalista y antiglobalización.

De todos modos, Platón confía en que si se siguen todas sus instrucciones, el nuevo Estado, su república, tendrá todas las virtudes importantes. Será:

✔ Sabio en el modo de gobernarse.

✔ Valiente en la manera de defenderse.

✔ Moderado (tranquilo) en el sentido de que todas las personas estarán satisfechas con su sociedad y con su sistema de gobierno.

Como habrás adivinado, la sabiduría la proporcionan los filósofos-guardianes. Por lo que respecta a la valentía, el relato de Platón no se detiene demasiado en esta virtud pues se supone que queda garantizada por un nuevo ejército especialista y profesional. Por último, la moderación, que es una virtud más sutil, se obtiene cuando existe un equilibrio entre las diversas partes del Estado —la parte gobernante, la parte administrativa o ejecutiva y la parte productiva o clase trabajadora—. En general, esta idea de equilibrar el poder es muy importante en la teoría política.

¿En qué medida la teoría política de Platón es buena? Algunos críticos han establecido paralelismos entre el enfoque político de Platón y el que gobernó la Unión Soviética. Estos críticos señalan que en los aspectos fundamentales, el sistema comunista era neoplatónico, pues en la Unió Soviética existía una élite gobernante, el Partido Comunista, y un enorme y omnipresente aparato militar y estatal que controlaba todos los aspectos de la vida de los ciudadanos. Es más, la Unión Soviética prestó rigurosa atención a la educación y a las influencias morales, a la igualdad de los sexos, al debilitamiento de los lazos familiares y a la desaprobación general de la propiedad privada y de la riqueza. El único problema era que a las masas estas normas no les entusiasmaban. Más que la virtud, lo que éstas deseaban eran las tentaciones materiales y prácticas prohibidas.

La teoría de Platón presenta todavía un problema más grave: el seguimiento ciego de los planes del líder, tal como ha sucedido en recientes sociedades como la Alemania nazi. (Puedes leer el apartado “El temor a Hitler y los cautivadores efectos de la propaganda”, un poco más adelante.)

Presentar los respetos a Hegel y al totalitarismo

Platón destacó más por las ideas que por la acción. Su libro *La República* seguramente no habría causado tantos problemas si no hubiera sido nada más que un mero ensayo filosófico. El problema es que sus ideas fueron adoptadas más tarde por otros. El hecho de que la teoría política de Platón sea mucho más célebre que la secuela del profesor G. W. F. Hegel (1770-1831) no significa que esta última no haya ejercido una enorme influencia. ¡Quizá más! Sus reflexiones inspiraron la teoría revolucionaria de Karl Marx (que centra el apartado “Alistarse a las filas marxistas”, un poco adelante, en la página 295) llamada “materialismo histórico”, así como la ideología que condujo al ascenso de los partidos fascistas de Italia, España y Alemania en la Europa de la primera mitad del siglo xx.

La dificultad de la escritura de Georg Wilhelm Friedrich Hegel es de sobra conocida. Su primera y más célebre obra, *Fenomenología del espíritu* (que quiere decir *mente*), destaca por su compleja terminología y por el gran número de oscuras referencias griegas. El filósofo contemporáneo Arthur Schopenhauer despreció la obra y la calificó de pseudofilosofía rebosante de tecnicismos.

A pesar de esta crítica, entre la confusa prosa de Hegel encontramos una antigua técnica que hoy se asocia a él y que se conoce como “dialéctica”. Hegel la introduce como un sistema para comprender la historia del mundo. Según él, la historia es una sucesión de momentos revolucionarios que inevitablemente emergen de las contradicciones o, dicho de otro modo, de los aspectos insatisfactorios del sistema anterior.

Una sangrienta batalla

Según Hegel, el origen de la sociedad se sitúa en el primer conflicto entre dos humanos, lo que él llama una “batalla sangrienta” en la que cada uno trata de que el otro le reconozca como amo y acepte el papel de esclavo. En el hegelianismo (¡otro molesto ismo! Sabrás más si vas al capítulo 7) es el miedo a la muerte lo que conduce a la sociedad y lo que originariamente obliga a una parte de la humanidad a someterse a la otra, de modo que la sociedad queda dividida para siempre en dos clases: esclavos y amos.

GRAN IDEA

No es la mera rivalidad práctica ni la necesidad material lo que conduce a una clase a oprimir a la otra, más bien se trata de un conflicto que nace, exclusivamente, del peculiar deseo humano de dominar al otro. ¿Qué fue si no la Revolución francesa (que se llevó a cabo en la época en la que Hegel era estudiante)? Según Hegel, sencillamente se trató de una sublevación de los esclavos. A diferencia de filósofos como Thomas Hobbes, que en la Inglaterra de hacía un siglo o más no aprobaba las revoluciones, Hegel es partidario de las protestas. Ve en ellas el deseo de reconocimiento. Ser revolucionario comporta peligro de muerte pero, dice Hegel, no hay otro camino hacia la libertad.

Para Hegel, los individuos pueden liberarse de sus opresores, pero todas las fuerzas sociales en lucha

(por la riqueza, el poder o la justicia) deben obedecer a una voluntad colectiva que él llama *geist* (espíritu). En su filosofía, el *geist* concentra todo el poder y autoridad. El totalitarismo consiste en dar a una persona o a un grupo el poder total. Defender que esto es, a la vez, deseable e inevitable es lo que hace Hegel, considerado el padre fundador de los dos sistemas totalitarios: el fascismo y el comunismo. Hegel escribe:

> *"La historia universal es la disciplina de la indómita voluntad natural dirigida hacia la universalidad y la libertad subjetiva."*

El absoluto

Hegel llama a la realidad el absoluto. El absoluto es algo así como Dios (un dios, hay que decirlo, bastante austero y no demasiado generoso a la hora de perdonar ni de hacer regalos en Navidad). Y como no podía ser de otro modo es alemán. Como Hegel dice:

> *"El espíritu alemán es el espíritu del nuevo mundo. Su objetivo es la realización de la verdad absoluta como la autodeterminación ilimitada de la libertad, esa libertad que tiene su propia forma absoluta como propósito."*

Paradójicamente quizá, dado que el absoluto se supone que es todo, en su obra *Filosofía del Derecho* (que contiene su particular versión sobre la marcha de la historia del mundo en su avance desde los orientales hasta los "alemanes", pasando por los griegos y los romanos) Hegel se opone a toda forma de gobierno mundial y defiende que la guerra es crucial:

> *"Así como el soplo del viento protege al mar de la suciedad que resultaría de una calma prolongada, también la corrupción en las naciones sería el resultado de la prolongada y 'perpetua' paz."*

El entusiasmo de Hegel por el conflicto y la guerra encontró apoyo tanto en Karl Marx y los comunistas, como en los fascistas y Adolf Hitler. Aunque Marx, como Hegel, era alemán, no mostró ningún interés por su teoría sobre el espíritu alemán y se opuso al nacionalismo. Pero Hitler (¡que en realidad era austríaco!) siguió con entusiasmo la teoría de Hegel sobre la superioridad alemana y sobre el papel esencial que el pueblo alemán debía desempeñar en la historia del mundo.

El temor a Hitler y los cautivadores efectos de la propaganda

Hoy en día, apenas se debate sobre el nacionalsocialismo o, como se le conoce mejor, sobre el nazismo. Pero deberíamos.

Al contrario de lo que la mayoría de la gente cree, el nazismo no es una doctrina desacreditada, pues en muchos aspectos los principios del nacionalsocialismo continúan gobernando el mundo. El patriotismo, la fuerza militar, la construcción de una nación fuerte, la sospecha y la aversión hacia los otros, el odio al comunismo, la manipulación de la opinión pública, la brutal indiferencia a los efectos de la política exterior... todas estas políticas son moneda corriente en sociedades de todo el mundo.

Desde el fin del apartheid en Sudáfrica, casi ningún país ha expresado formalmente su preferencia por un grupo racial. No obstante, es frecuente que los países proyecten sus intereses nacionales a expensas de los otros. Pero existen enfoques alternativos y la gente puede necesitar volver a ellos, en particular, a las cada vez más urgentes políticas de protección medioambiental y ecológica.

El magnetismo político de la ideología fascista

"Fascista" es un término que se ha utilizado mucho y del que se ha abusado también mucho. Los primeros fascistas eran italianos y su teoría política fue presentada (como la marxista) en una especie de manifiesto, la *Dottrina del fascismo*, escrito por el filósofo italiano Giovanni Gentile y el político Benito Mussolini. Gentile, un académico como Hegel, lleva colgada la etiqueta de neohegeliano (aquel que tiene una teoría filosófica basada en Hegel) al igual que, desde una posición contraria, Marx y Engels. Tanto el fascismo como el marxismo adoptan la idea de Hegel de que la autoconciencia individual se encarna mejor en el Estado. Dicho de otra manera: ¡tu objetivo en la vida es engrandecer a tu país! Ambos manifiestos condujeron al sufrimiento de millones de personas corrientes y no tan corrientes.

A pesar de que el término "fascismo" suela utilizarse para hacer referencia a cualquier régimen que la gente desaprueba, es más correcto identificarlo con la ideología de los fascistas italianos de la primera mitad del siglo XX liderada por Benito Mussolini. No se trata simplemente de una filosofía de derechas. En realidad, Mussolini empezó su carrera como socialista y fue un defensor de los derechos de los trabajadores. Por su parte, el profesor Gentile dotó al fascismo de un aspecto idealista y espiritual y argumentó que mientras el liberalismo y el socialismo buscaban beneficiar al individuo, el fascismo buscaba el beneficio de la nación ¡y el de todos!

El bienestar de la nación exige que cada individuo persiga un noble objetivo, un objetivo que prevalezca sobre las disputas que, por codicia, mantienen los trabajadores y los sindicatos, por un lado, y los capitalistas y los libertarios, por otro. Los primeros fascistas sintieron que este tipo de individualismo únicamente servía para dividir a la nación y debilitarla, por lo que en lugar de los sindicatos y empresas privadas propusieron una sola fuerza unificadora capaz de garantizar que las empresas y los obreros trabajaran en aras del Estado. Esta fuerza era el Partido Fascista organizado en torno a un carismático líder.

Hitler —cuyo partido nazi, recordemos, al inicio se llamaba Partido Nacional Socialista— admiraba enormemente a los fascistas italianos y adoptó tres de sus objetivos principales:

✔ Destruir los sindicatos, que eran defensores de la clase trabajadora.

✔ Dedicar los recursos de la nación al desarrollo del poder militar como instrumento de política nacional y medida de orgullo nacional.

✔ Centralizar el poder en un gobierno dirigido por una figura supuestamente carismática.

Lo original del nazismo (si se desea utilizar este término) fue su empeño por deshacerse de todos los elementos débiles que formaban el Estado. En particular, Hitler estaba obsesionado con las ideas de pureza racial. Por el contrario, los fascistas

italianos eran originariamente antirracistas pues consideraban que el racismo dividía a la nación (algo a lo que, de hecho, conduce).

La filosofía fascista —Hitler, los nazis y los partidos fascistas italianos y japoneses también— llegó a su fin tras el sacrificio de muchos millones de vidas. Fue lógico suponer, como la gente hizo, que su programa político había terminado ahí. Pero, pese a que el racismo esté desacreditado, las tres ideas principales del fascismo se han convertido en el eje de las modernas políticas. ¡Las democracias occidentales en el fondo son Estados "fascistas"!

Resulta muy extraño que los países europeos y Estados Unidos siguieran la estrategia de Hitler de sacar a los judíos de Europa, estrategia propuesta a los aliados durante la guerra para resolver "el problema judío". Tras la guerra, los aliados concedieron un Estado independiente a los judíos para compensarlos por el Holocausto y por no haber hecho lo suficiente para detener a Hitler. La tragedia de la fundación de un Estado judío es que, por definición, tenía que construirse sobre la base de la discriminación racial y religiosa (especialmente si se construía en Palestina). El hecho de que Hitler apoyara una política no significa que fuera necesariamente mala (por ejemplo, era vegetariano) pero sí que es motivo para detenernos a recapacitar sobre ella...

Mein Kampf

En muchas sociedades actuales abundan sutiles herencias de la filosofía nazi:

- ✔ El auge de la propaganda como forma de manipular la opinión y controlar a la población.
- ✔ El estudiado uso de los ritos y la creación de tradiciones para generar un aura carismática en torno al líder del Gobierno.
- ✔ El control centralizado de la educación por parte del Gobierno.
- ✔ La creación de un todopoderoso aparato policial y de seguridad secreta.

El único camino que queda para salvar la contradicción entre la supuesta derrota del nazismo en la guerra y la posterior adopción de sus ideas principales, es la frecuente apelación de los actuales gobiernos a las causas de la libertad y de la democracia. También el *Mein Kampf*, el relato en el que Hitler cuenta su "despertar" y "lucha" política para crear el partido nazi, está repleto de esas grandes palabras. Contiene también piadosas afirmaciones sobre la voluntad de servir a la gente y, más ridículo todavía, al Señor; para acabar de adornarlo, está embellecido con himnos a la belleza, a la nobleza y a la bondad.

Mein Kampf es un documento detestable. El hecho de que la gente estuviese dispuesta a apoyar a Hitler y al partido nazi, que se volcara en seguir su programa, revela algo profundo, a la par que desagradable, de la naturaleza humana. Hitler contó con un considerable apoyo entre la población, muy particularmente, entre las mujeres. A menudo los historiadores omiten este último factor. En la "revolución democrática" alemana de 1918, las mujeres obtuvieron el derecho al voto, así como diversas garantías de igualdad. Su apoyo concedió la victoria a Hitler en 1932, a pesar de que éste proclamara que las mujeres eran seres humanos inferiores no aptos para tomar decisiones políticas. ¿Prefirieron ellas la autoridad a la anarquía?

Sin duda, ésa fue la decisión de los votantes. Pero los votos siempre van a donde los individuos y los grupos poderosos deciden. En la Europa de los años treinta, y no sólo en Alemania, la realidad era que la clase dirigente —las viejas élites y los líderes de los partidos de centro-derecha, incluido el primer

ministro británico Lloyd George— se había posicionado del lado de los nazis, pese a mostrar algunas reservas ante la violencia, el radicalismo e incluso el carácter “plebeyo” (clase trabajadora) del partido nazi.

De hecho, los partidos democráticos de la Alemania de la década de los treinta estaban dispuestos a tolerar el violento intento de golpe de Estado de Hitler, el cual fracasó por la lealtad al gobierno oficial que mostraron los cuerpos estatales que hoy en día asociamos al nazismo y al fascismo: el ejército y la policía.

A diferencia de *El capital* (el largo y complejo libro de economía de Marx con el que Hitler compara su obra), el *Mein Kampf* (que se traduce como ‘Mi lucha’) es sorprendentemente fácil de leer. El relato empieza con una amena y, por momentos divertida, descripción de la llegada de Hitler a Viena. Éste había dejado su pequeña escuela de provincias para visitar la gran capital de Austria, donde estuvo dos semanas a la edad de quince años. Como él mismo cuenta:

> *“El objetivo de mi viaje era estudiar la galería de pintura del Museo de la Corte, pero prácticamente sólo tuve ojos para contemplar el edificio que albergaba el museo mismo. Transcurría la jornada entera, desde la mañana hasta la noche, recorriendo con la mirada todas las bellezas contenidas en él, aunque en realidad fueron los edificios los que más poderosamente llamaron mi atención. Pasaba largas horas ante la ópera o delante del edificio del Parlamento. El bulevar Ring parecía propio de un cuento de Las mil y una noches.”*

Éste es el afable y encantador señor Hitler que tanto impresionó a los estadistas occidentales. Es un líder que sabe contar pequeñas historias personales. Sin embargo, el objetivo de Hitler no era sólo entretener.

El nazismo

El nazismo es una filosofía con un único principio: el prejuicio. Tuvo éxito porque el prejuicio racial —por escandaloso e irracional que sea— nunca está completamente soterrado en la psique humana. Hitler lanzó sus primeras diatribas, como más tarde haría con sus guerras, contra muchas categorías de “humanos inferiores”: los eslavos, que se habían apoderado de la tierra que por derecho pertenecía al pueblo alemán; los negros, a los que acusa de ser los primeros en poner en peligro la pureza de sangre europea a través de Francia (¡están jugando dos cartas raciales a la vez!), y las “razas amarillas”, como la japonesa. Si unos años más tarde, Hitler confiaría en la alianza japonesa para su estrategia bélica, en el *Mein Kampf* tildó esta táctica de “casi imperdonable” por cuestiones raciales. Llegó a afirmar que los alemanes debían alejarse de los que más tarde serían sus aliados, los italianos, de quienes dice que tienen una sangre “irremediablemente adulterada”, sobre todo en el sur. Hitler justifica ante la opinión pública alemana el prejuicio racial con una cruda parodia de la teoría evolutiva de Darwin, por aquel entonces bastante nueva:

> *“Todo cruce de dos seres cualitativamente desiguales genera un producto de término medio entre el valor cualitativo de los progenitores; o sea, probablemente la cría sea superior respecto al progenitor racialmente inferior, pero no tan superior como el progenitor racialmente superior.*

Por consiguiente será derrotado en la lucha contra los superiores. Semejante unión es contraria a la voluntad de la naturaleza, que, de un modo general, tiende al perfeccionamiento de la vida en la procreación. La condición para que esto sea posible no reside en la unión de los elementos superiores e inferiores sino en la victoria incondicional de los primeros. El papel del más fuerte es dominar y no mezclarse con los más débiles, sacrificando así su propia grandeza."

A pesar de que la superraza de Hitler deje de lado a la mayoría de las personas, y entre ellas la mayoría de los alemanes, este tipo de filosofía atrajo a un gran número de adeptos. Resulta extraño, sí. En cierto sentido se parece a la conocida paradoja actual, según la cual, quienes defienden que la riqueza quede distribuida entre unos pocos privilegiados, pueden verse respaldados por la mayoría de la clase trabajadora que aplaude la medida con entusiasmo, aunque no vaya a ganar nada con ella, es más, aunque puede que tenga que pagar, pues prefiere imaginar que forma parte de la élite.

No cabe duda de que las recompensas que Hitler ofrecía por apoyar su programa nazi eran más bien exiguas. Hitler muestra desprecio hacia los alemanes y a menudo los critica por su supuesta debilidad y por sus defectos. Advierte a los "imperfectos" que no podrán tener hijos y de que lo único que se espera de ellos es realizar el servicio militar, morir por su país y, por supuesto, trabajar duro.

¿Fue esta reprimenda el secreto del éxito del nazismo como lo demuestra el rápido crecimiento del movimiento? ¿O fue, más bien, el calculado manejo del poder del odio? Los nazis ofrecieron una oportunidad para odiar al enemigo en la sociedad, un terrible enemigo que era la causa de la pobreza, de los conflictos y de la enfermedad. A este enemigo Hitler lo llama "socialdemocracia" y está formado por los "rojos", los sindicalistas, los pornógrafos, los discapacitados, los artistas desviados... Era una lista tan larga y confusa que no nos extraña que Hitler inventara una versión reducida: todo lo que iba mal en la sociedad alemana y en el mundo entero era culpa de los judíos.

Manipular la opinión pública a través de la propaganda

En el *Mein Kampf* Hitler admite que cuando inició su lucha en 1918 "no había nada así como un organizado sentimiento antisemita" y agregó:

"Todavía me acuerdo de las dificultades que se nos presentaron al pronunciar la palabra 'judío'. Tuvimos que enfrentarnos o a caras de espanto o a una fortísima resistencia. Nuestros primeros intentos para mostrar al público quién era el verdadero enemigo parecían estar condenados al fracaso."

En su libro, Hitler explica con orgullo que, poco a poco, empezó a "arraigar una especie de antisemitismo". Para lograr que el antisemitismo se propagara, fue fundamental su teoría de que "todas las grandes culturas del pasado perecieron porque la raza de la cual habían surgido se extinguió debido al envenenamiento de su sangre". La guerra es una consecuencia lógica de esta teoría:

"La naturaleza no conoce fronteras políticas. En primer lugar, sitúa a las criaturas vivientes en este mundo y contempla el libre juego de fuerzas. A continuación, a aquel que se sobrepone por su esfuerzo y carácter, le confiere el supremo derecho a la existencia."

Al igual que Nietzsche y Hegel (sale en el apartado de la página 285 “Presentar los respetos a Hegel y al totalitarismo”), Hitler defendió que los alemanes pueden lograr un mundo mejor a través de futuros conflictos.

Justo después viene la teoría del Estado de Hitler. Contrariamente al punto de vista filosófico convencional, Hitler rechaza que el Estado sea una institución económica que se puede gobernar en función de las exigencias del mercado. Sostiene con firmeza que “el Estado no tiene nada que ver con un determinado criterio o desarrollo económico” y considera que el Estado tiene un fin más elevado y misterioso: “el logro del objetivo asignado a esta especie por parte de la Providencia” (lo cual ya había sido enunciado por Hegel).

Sin embargo, la gran idea de Hitler es menos misteriosa que la de Hegel. Hitler es partidario de la recomendación platónica de criar a los mejores. De hecho, en su Estado ideal los anticonceptivos serán legales y la “procreación será imposible para los sifilíticos y para quienes sufren tuberculosis u otras enfermedades hereditarias, así como para los lisiados y los imbéciles”. De modo que, bajo uno u otro prejuicio, descarta la posibilidad de que la mayoría de los ciudadanos tenga hijos.

Esta idea que convertía a la mayoría de las personas en seres no aptos para tener hijos encontró una enorme oposición. Pese a ello, Hitler parecía esperanzado y se preguntaba si no sería posible inducir a las personas a hacer este sacrificio si en lugar de este precepto “simplemente se les comunica que deben poner fin al pecado original de la corrupción racial que continúa transmitiéndose de generación en generación”. Pero por desgracia, se lamenta Hitler, algunos no entenderán estas ideas: “Se burlarán o se encogerán de hombros y saldrán con sus eternas excusas: ‘Desde luego esto suena bien, pero es una lástima que no pueda llevarse a cabo’”.

El *Mein Kampf* incce largas descripciones de las políticas prácticas del nuevo Estado, en particular, la eugenesia, el adoctrinamiento y la propaganda. El libro dice, en primer lugar, que la limpieza de la cultura debe extenderse a todos los ámbitos.

> *“El teatro, el arte, la literatura, el cine, la prensa, los anuncios, los escaparates deben ser depurados de las manifestaciones de nuestro mundo en descomposición y deben ser puestos al servicio de una idea moral, política y cultural. La vida pública debe ser liberada del asfixiante aroma de nuestro moderno erotismo, del mismo modo que debe ser liberada de lo que es poco viril y de la mojigata hipocresía. El objetivo y camino de todas estas cosas debe estar marcado por la conservación de la salud, tanto física como espiritual, de nuestro pueblo. El derecho a la libertad individual cede el sitio al deber de conservar la raza.”*

Por sus afirmaciones sobre la manipulación de la opinión pública, el *Mein Kampf* constituye una inconfundible, a la par que venenosa, contribución a la teoría política. A pesar de haber criticado los esfuerzos colectivos y sociales, Hitler reconoce su enorme poder:

> *“La manifestación de masas a gran escala no sólo refuerza la voluntad del individuo, sino que le conduce más cerca del movimiento y ayuda a crear un espíritu de equipo... Sólo una manifestación de masas puede imprimir en el individuo la grandeza de esta comunidad... Si, mientras sigue buscando su camino, viene arrastrado por la sugerente fuerza de las masas que nace del*

entusiasmo y emoción de tres o cuatro mil hombres en medio de los cuales se encuentra él mismo; si el manifiesto éxito y consenso de los miles de hombres confirma la verdad y la justicia de las nuevas enseñanzas y por primera vez arroja dudas en su mente sobre la verdad de las opiniones que hasta el momento había sostenido, entonces, si todo esto sucede, se somete a la fascinación de lo que llamamos sugestión de las masas. La voluntad, el anhelo y la fuerza de miles de personas están en cada individuo. El hombre que lleno de dudas y vacilaciones entra en esa reunión, sale de ella íntimamente reconfortado; se ha convertido en miembro de la comunidad.”

Ése es el punto fuerte de Hitler: la propaganda y la sugestión de las masas. Como él mismo afirma: “El arte de la propaganda consiste en comprender las ideas y sentimientos de las grandes masas y en encontrar, a través de una forma psicológicamente correcta, el camino para captar su atención y ganarse el corazón de las grandes masas.”

Ahora bien, Hitler considera que la “receptividad de las grandes masas es muy limitada, su inteligencia es escasa, pero su poder de olvido es enorme” por lo que “toda propaganda eficaz debe limitarse a unos pocos puntos y debe insistir en esas consignas hasta que el último miembro de la sociedad entienda lo que afirma la consigna”.

Si alguna vez te has preguntado por qué los políticos son tan dogmáticos y no hacen más que repetir una y otra vez la misma cuestión, Hitler tiene la respuesta:

“Tan pronto como sacrifiques esta consigna e intentes tratar varios temas, el efecto desaparecerá pues la muchedumbre no puede digerir ni retener el material ofrecido. De esta manera el resultado se debilita y queda, al final, totalmente anulado.”

Como las masas reaccionan lentamente siempre necesitan una cantidad de tiempo considerable hasta darse cuenta de algo “y sólo después de que las ideas más simples les sean repetidas miles de veces las masas pueden recordarlas”.

Hitler, la propaganda y el mínimo común denominador

El manifiesto político de Hitler, el *Mein Kampf*, ofrece numerosos consejos para manipular a la opinión pública. Como señala el mismo Hitler:

“La propaganda no es ni puede ser una necesidad en sí misma, ya que su función, como la del cartel, consiste en atraer la atención de la multitud y no en educar a aquellos que ya están educados o que se esfuerzan por lograr la educación y el conocimiento; en su mayor parte, su efecto debe estar orientado a las emociones y sólo en un grado muy limitado al llamado intelecto... Toda propaganda debe ser popular y su nivel intelectual debe adaptarse a la inteligencia más limitada de aquellos a quienes va dirigida. En consecuencia, cuanto mayor sea la masa a la que va destinada, menor será su nivel puramente intelectual.”

Hitler afirma haber aprendido de los ingleses los oscuros poderes de la propaganda. Tal como señala: “la propaganda de guerra enemiga era paradigmática; se limitaba a unos pocos puntos, pensados exclusivamente para las masas y perseguidos con infatigable persistencia”.

No es casualidad que en lugar de hechos, *Mein Kampf* contenga páginas y páginas irrelevantes sobre los primeros años de la vida de Hitler, sobre sus opiniones acerca de la ropa, sus descripciones de la

apariencia de los judíos, etc. El motivo es que ese libro representa un nuevo tipo de filosofía política, es un trabajo que contiene escasos argumentos racionales y que está lleno de llamamientos irracionales o emotivos, de propaganda.

La opinión oficial de los británicos sobre Hitler

Durante la década de 1930 hasta el estallido de la guerra, el gobierno británico no mostró excesiva preocupación por el hecho de que en *Mein Kampf* Hitler hubiera propuesto matar a las minorías étnicas, a los rojos y a los discapacitados. Más bien al contrario. En el *Daily Express* del 17 de septiembre de 1936, Lloyd George, al que Hitler alaba en su libro por ser un gran propagandista, aparece diciendo:

> *"Por primera vez desde la guerra existe una sensación general de seguridad. La gente está más alegre. Hay una mayor felicidad de espíritu en todo el país. Es una Alemania más feliz. Nunca he conocido a personas más dichosas que los alemanes y Hitler es uno de los mejores hombres."*

¡ADVERTENCIA! Todo el mundo (excepto quizá el Partido Nacional Británico) sabe dónde acaba la propaganda de Hitler: en las ordenadas duchas de azulejos blancos de los campamentos de la muerte. Desde entonces, ningún gobierno ha recurrido a esta técnica para acabar con las poblaciones no deseadas. Aun así, los genocidios y asesinatos en masa han salpicado el siglo XX y parece que continuarán haciéndolo en el siglo XXI. Esto sucede, al menos en parte, porque ciertos gobiernos siguen adoptando los métodos y tácticas que los nazis utilizaron para consolidar su poder a principios del siglo XX.

Alistarse a las filas marxistas

El *Manifiesto comunista*, escrito por Karl Marx y Friedrich Engels en 1847 y publicado un año después, se abre con la famosa promesa:

> *"Que las clases dominantes tiemblen ante la revolución comunista. Con ella, los proletarios no tienen nada que perder, sino sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar."*

Por desgracia, la vida real nunca es tan sencilla; así lo demuestran los diversos fracasos de las sociedades comunistas y de las dictaduras anticomunistas. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX hasta la caída del Muro de Berlín, en 1989, las grandes predicciones de Marx y Engels parecían acertadas y daba la impresión de que el mundo estaba inmerso en una lucha entre las fuerzas de los trabajadores —que abogaban por la propiedad común de los medios de producción— y una élite cada vez más asediada e impopular que se aferraba a la propiedad privada, *su* propiedad.

Pero ¿de qué va todo eso del marxismo? Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) escribieron un gran número de obras cuasieconómicas bastante pesadas. Contamos con las tres voluminosas partes de *El capital*, con *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (donde se afirma que la religión es "el opio del pueblo") y con *Tesis sobre Feuerbach* (que contiene la afirmación de que "los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo"). Sin embargo, los trabajadores de todo el mundo consideran que el marxismo está esencialmente contenido en un único documento: el breve y colorido manifiesto para el embrionario Partido Comunista. Originalmente fue escrito en alemán, impreso en Londres y finalmente traducido con rapidez al francés con el fin de inspirar la insurrección obrera de París en junio de 1848.

El Manifiesto comunista

El año en que se publicó el *Manifiesto comunista* fue el año de las revoluciones en Europa. Las protestas sacudieron no sólo París, sino también Roma, Berlín, Viena, Praga y Budapest. La insurrección de París comenzó siendo una protesta callejera contra la intervención real en el gobierno civil, agravada por la supuesta traición a los principios de la Revolución francesa de 1789. Como las masas sabían, esta revolución había prometido no sólo libertad y fraternidad (camaradería) sino también igualdad. Pero el último punto del trato nunca se cumplió, por lo que surgieron disturbios. Las tropas cargaron contra la multitud, el gobierno cayó por el consiguiente escándalo y se constituyó uno nuevo, que volvió a cargar contra los manifestantes incluso con mayor fuerza que el anterior.

Las otras revoluciones de ese año también resultaron un fracaso para la clase trabajadora. Para frustración de Marx y Engels, fueron rechazadas por los burgueses (la clase media-alta; tipos educados que poseían fábricas, granjas y cosas por el estilo). Ése fue el revolucionario telón de fondo del *Manifiesto comunista*: una época caótica en la que la clase trabajadora se oponía a las nuevas formas de explotación. Los trabajadores ya podían escoger un nuevo movimiento político, el socialismo. Hoy en día la gente utiliza los términos "comunismo" y "socialismo" como si significaran lo mismo. Literalmente, el comunismo es un sistema político que defiende que la mayor parte de la propiedad se gestione en común (de ahí su nombre), y el socialismo es un sistema de organización social en el que la

propiedad y la distribución de los ingresos queda sujeta a un control social. ¡Bastaría con un solo ismo! Pero en aquel entonces ni Marx ni Engels habían tenido mucho tiempo para el socialismo, al que tomaban por una preocupación de la clase media. Consideraban que era un movimiento respetable para las clases dominantes y la burguesía, quienes no tolerarían ninguna doctrina peligrosa ni subversiva. El comunismo, en cambio, mostraba la cara más radical de la clase trabajadora, una clase totalmente opuesta a la clase capitalista.

La tesis fundamental del *Manifiesto comunista* es que en cada época histórica el "modo de producción económico y de intercambio" dominante y "la organización social que necesariamente se sigue de él" determinan las estructuras políticas de la sociedad, así como las creencias intelectuales y las ideas. Es decir, la economía determina la vida social y ésta, a su vez, las posiciones políticas. Como se expresa en una de las frases más memorables del *Manifiesto*, de aquí se deduce que "toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de contiendas entre explotados y explotadores, opresores y oprimidos...". En el prólogo a la versión inglesa del *Manifiesto*, Engels afirma que esta idea es comparable a la teoría de la evolución de Darwin. El marxismo es la teoría de la evolución de las sociedades y es tan impersonal, y sus conclusiones son tan inevitables, como las del modelo biológico de Darwin sobre la evolución de las especies.

En 1848, el *Manifiesto* describe una sociedad cada vez más "dividida en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la burguesía y el proletariado". La burguesía (la clase media-alta constituida por tipos educados que poseen fábricas y tiendas, en oposición a las personas que trabajan en ellas por un salario y que forman el proletariado) se ha consolidado como el poder supremo en el Estado moderno y se ha puesto al mando del gobierno, al que ha convertido en "un comité para la gestión de los asuntos de la burguesía en su conjunto". El *Manifiesto* afirma:

> *"Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado sin piedad las diversas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales y no ha dejado en pie más relación entre las personas que el frío interés económico, el cruel pago al contado. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del buen burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio y ha sustituido las numerosas libertades irrevocablemente decretadas por la única y desalmada libertad de comercio."*

"En una palabra —añade Marx (¡descontándose!)— en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal."

En la sociedad industrial, continúa el *Manifiesto*, los propios trabajadores se han convertido en meros apéndices (humanos) de las máquinas y se dedican a realizar las más simples y monótonas actividades. Además, dice Marx, quienes proceden de "los estratos más bajos" de la clase media, como los

tenderos o los comerciantes, acaban convirtiéndose en proletarios, pues sus habilidades resultan irrelevantes ante la fuerza de los nuevos métodos de producción capitalista.

De hecho, el *Manifiesto* afirma que la sociedad industrial no sólo crea sino que exige un cambio constante, en comparación con la tranquilidad de la época feudal y de otras épocas. Advierte de que "una revolución continua en la producción, una incesante alteración de todas las condiciones sociales, una incertidumbre y agitación constante caracterizan la época burguesa".

El problema del capitalismo

Según los marxistas otro problema del capitalismo es que se basa en la continua explotación de nuevos mercados, tal como tiempo atrás había señalado el filósofo escocés Adam Smith en su célebre análisis sobre la creación de riqueza (*La riqueza de las naciones*, publicado en 1792; del que hablamos en el capítulo 17). La predicción marxista es que las industrias deben obtener materias primas cada vez de más oscuras y remotas fuentes, al tiempo que deben persuadir a los consumidores de nuevas y exóticas necesidades en el proceso de creación de un mercado mundial. Esta misma lógica gobierna el campo intelectual con el nacimiento de una "literatura universal". Los sistemas jurídicos, los gobiernos y los métodos fiscales deben trascender cualquier frontera. Las naciones más bárbaras tienen que ser arrastradas a la ecuación imposible y los bajos precios de los productos constituyen la artillería pesada con la que la burguesía obliga a los bárbaros a capitular. Todas las naciones, bajo amenaza de extinción, están obligadas a adoptar el modo de producción capitalista. De nuevo, el *Manifiesto* afirma:

> *"Las relaciones burguesas de producción y de intercambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de intercambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros."*

El problema del capitalismo es que, mediante la creación del proletariado, la burguesía ya ha "forjado las armas que deben darle muerte". Bueno, eso es lo que Marx y Engels creían. El recuadro siguiente, "Los ideales marxistas", añade información acerca de sus aspiraciones.

Los ideales marxistas

El *Manifiesto comunista* expone la respuesta práctica de Marx y Engels a los problemas de la pobreza y de la injusticia social de la Europa del siglo xix. Se presenta como una serie de puntos breves y fáciles de recordar:

- ✔ Abolición de la propiedad de la tierra y de los alquileres.
- ✔ Fuerte impuesto progresivo.
- ✔ Abolición de todos los derechos de herencia.
- ✔ Confiscación de la propiedad de todos los que ya no viven en el Estado o de los que se rebelan contra el nuevo gobierno.
- ✔ Centralización de todo el capital y crédito en un banco estatal.
- ✔ Propiedad y control central de todos los medios de comunicación y transporte por parte del Estado.

✔ Incremento de la producción estatal mediante fábricas y granjas; desarrollo de las tierras infrautilizadas.

✔ Obligación al trabajo de todos los miembros de la sociedad; organización de nuevos ejércitos de trabajadores, especialmente para labrar la tierra.

✔ Desaparición de la diferencia entre el campo y la ciudad: la población debe ser distribuida uniformemente en el país.

✔ Educación pública y gratuita para todos, preparando a los niños para el trabajo en las nuevas industrias.

Cuando los comunistas alcancen el poder se pondrá en práctica este programa. Hasta que esto ocurra, el *Manifiesto* concluye que los comunistas deben apoyar todos los "movimientos revolucionarios contra el orden social y político existente, poniendo en primer plano la cuestión de la propiedad".

La economía marxista: previsiones catastróficas

El marxismo es una teoría económica que prevé el fracaso del capitalismo, el cual se basa en la siempre creciente explotación de los trabajadores a manos de los propietarios de los medios de producción: tierra, fábricas y maquinaria. A medida que las condiciones de los trabajadores se deterioran, aumenta el resentimiento contra los patronos y la revolución resulta inevitable.

En lo que respecta a la tesis fundamental sobre el incremento de la pobreza absoluta, el marxismo se equivocó flagrantemente. Marx y Engels no se percataron de la enorme capacidad del sistema capitalista para aumentar la producción mediante el progreso técnico y para generar en su interior ilimitados recursos financieros. El capitalismo, por lo tanto, posibilitó un alto nivel de vida no sólo para la reducida minoría de los propietarios de fábricas y para la cada vez más expandida pequeña burguesía, sino también para los trabajadores.

GRAN IDEA

Por otra parte, autores como el ex marxista francés André Gorz, han suge-rido que la clase verdaderamente oprimida del moderno capitalismo no es la de los trabajadores, sino la de los no trabajadores: los mayores, los desempleados y los muy jóvenes (por ejemplo los niños de las calles de Sudamérica) que no pueden trabajar y dependen de los subsidios estatales o de la caridad (o de la delincuencia) para conseguir su sustento. Estas personas son muy vulnerables (ni siquiera tienen la opción de abandonar su trabajo e ir a hacer huelga) y acaban siendo ignoradas por los gobiernos, por los burgueses y por cualquier otro que esté al mando.

MÁS DE CERCA

El marxismo insiste en que, inevitablemente, el sistema capitalista oscila entre períodos de auge y períodos de decadencia y que en los momentos de declive el desempleo puede desatar revoluciones. Los economistas burgueses admiten que el capitalismo sigue unos ciclos que conllevan recurrentes retrocesos y ajustes y, en casos graves, depresiones económicas. Pero una vez más, el capitalismo se ha mostrado capaz de incorporar elementos socialistas (como prestaciones sociales o programas de creación de empleo) para superar estas crisis.

El marxismo y la psicología humana

El marxismo también es una teoría de las relaciones psicológicas y sociales. Invoca una especie de anomia o alienación como característica central de la vida en la sociedad industrial (para usar los términos acuñados por la nueva generación de científicos sociales del siglo XIX; para más detalles, ve al capítulo 17). Marx y Engels creen que la clave para la reforma de la vida social y de sus problemas tanto materiales como espirituales es la abolición de la propiedad. Sin propiedad, ya no puede haber dos clases. Sin clases, el conflicto ya no existe.

El *Manifiesto comunista* (como el anarquismo, la ideología rival en aquel entonces) exige a sus seguidores una fe ciega. En este sentido, está más cerca de ser una doctrina religiosa que una teoría científica. No es de extrañar que las palabras del *Manifiesto* arraigaran entre los “idiotas rurales” (tal como Marx y Engels llamaban a las personas que trabajaban la tierra) de las sociedades preindustriales de África, China, América del Sur y Rusia. Como se ha puesto de manifiesto en los últimos años del siglo XX, la industrialización que llegó de la mano del comunismo a Rusia y a China trajo consigo el derrumbe de la economía planificada (en la que los bienes, servicios e incluso los precios estaban regulados por el gobierno más que por las fuerzas de mercado) y el retorno del capitalismo.

Apuntarse al contrato social

Aristóteles pensaba que las personas, siendo racionales, se inclinarían de modo natural a organizarse voluntariamente en sociedades. Thomas Hobbes (1588-1679), quien escribió unos dos mil años más tarde, pensaba que las personas, siendo racionales, no lo harían.

Hobbes considera que la vida social no es más que una mezcla de egoísmo, violencia y miedo, con unas dosis de engaño. A ella se llega tras abandonar el "estado de naturaleza", una impactante expresión con la que busca despertar la ira de la Iglesia pues este estado contrasta con la idílica imagen bíblica de Adán y Eva en el jardín del Edén.

En el estado de naturaleza, Hobbes escribe, "la vida raras veces es otra cosa que movimiento, y no puede darse sin deseo y sin temor, como no puede existir sin sensaciones". En consecuencia:

> *"... no hay lugar para el trabajo, ya que el fruto del mismo se presenta como incierto; y, consecuentemente, no hay cultivo de la tierra ni navegación, y no hay uso de los productos que podrían importarse por mar; no hay construcción de viviendas, ni de instrumentos para mover y transportar objetos que requieren la ayuda de una fuerza grande; no hay conocimiento en toda la faz de la Tierra, no hay cómputo del tiempo; no hay artes, no hay letras; no hay sociedad. Y, lo peor de todo, hay un constante miedo y un constante peligro de perecer con muerte violenta. Y la vida del hombre es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta".*

Hobbes desafía a los que se oponen a esta concepción de la naturaleza humana (¿por qué Dios habría creado este tipo de raza?) invitándolos a ir a dormir con las puertas de sus casas abiertas y con los cofres de dinero sin cerrar. Afirma no estar acusando tanto a los hombres por su naturaleza como por sus acciones. "Los deseos y otras pasiones del hombre no son, en sí mismos, pecado" porque:

> *"... de esta guerra de cada hombre contra cada hombre se deduce también esto: que nada puede ser injusto. Las nociones de lo moral y lo inmoral, de lo justo e injusto no tienen allí cabida. Donde no hay un poder común, no hay ley; y donde no hay ley, no hay injusticia".*

Las ideas de justicia o equidad y los derechos son "cualidades que se refieren a los hombres cuando están en sociedad, no en soledad". La moral exige una sociedad; el hombre solitario no es moral. Sólo a través de la sociedad el hombre solitario puede escapar del miedo y lograr la paz y la seguridad. Como él afirma: "El temor a la opresión, dispone a un hombre a prevenirla o a buscar ayuda en la sociedad; no hay otro camino por medio del cual el hombre pueda asegurar su vida y su libertad".

Puede que la justicia no exista, pero las otras leyes de la naturaleza sí que existen. La más fundamental de estas leyes es que todos los seres vivientes luchan por su supervivencia y, dado que la mejor manera de sobrevivir es a través de la paz y no de la guerra, la paz se convierte en una necesidad.

Inquietud ante el malvado mundo de Hobbes

Según Hobbes, las personas son máquinas movidas por lo que él llama apetitos y aversiones. Todo el mundo busca satisfacer sus apetitos, los cuales varían sólo según el grado y el gusto particular. Hobbes

dice que la máquina humana está programada para dirigir sus energías de manera egoísta. Duda de que los humanos puedan actuar de forma altruista e incluso sostiene que una acción que parece benevolente puede responder a motivos egoístas, por ejemplo, al deseo de hacernos sentir bien. Los seres humanos se caracterizan, en primer lugar, por “una inclinación general de la humanidad entera, un perpetuo e incesante afán de poder, que cesa sólo con la muerte”.

GRAN IDEA Hobbes dice que sólo se puede evitar que las personas luchen hasta la muerte obligándolas a obedecer. Se trata de que los hombres transfieran a la autoridad soberana su derecho a usar la fuerza. De aquí nace el contrato social:

> *“La transferencia mutua de un derecho es lo que los hombres llaman contrato. La única manera de lograrlo es confiriendo todo el poder y toda la fuerza individuales a un solo hombre o a una asamblea de hombres que, mediante una pluralidad de votos, puedan reducir las voluntades de los súbditos a una sola voluntad... esto es algo más que un consentimiento o una concordia; es una verdadera unidad de todos en una y la misma persona, unidad a la que se llega mediante un acuerdo de cada hombre con cada hombre.”*

Esta nueva creación, el Estado, o como Hobbes lo llama *Commonwealth*, es “ese gran Leviatán” (un término bíblico para referirse a un gigantesco monstruo marino) que logra instaurarse sólo de dos maneras: bien cuando un hombre “a través de la guerra somete a los enemigos a su voluntad o bien cuando los hombres acuerdan entre ellos someterse voluntariamente a algún hombre o a una asamblea de hombres, confiando en que serán protegidos por ellos frente a todos los demás”.

Hobbes presenta sus ideas en un libro titulado *Leviatán* o *La materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil* (1651). La mayoría del *Leviatán* está escrito en tono jurídico, como corresponde a una teoría que persigue instaurar el orden a partir de la anarquía. Un elemento fundamental de la teoría es que incluso el todopoderoso soberano cuenta con restricciones. Ningún hombre “puede ser obligado por el pacto a acusarse a sí mismo” y mucho menos a “matarse, herirse o mutilarse a sí mismo”. Por otra parte, los pactos (obligaciones legales) establecidos por miedo son obligatorios, del mismo modo que, dice Hobbes, si alguien se ha comprometido a pagar un rescate, debe pagarlo. Afirma:

> *“La causa final, propósito o designio que hace que los hombres —los cuales aman por naturaleza la libertad y el dominio sobre los demás— se impongan a sí mismos restricciones (...) es el procurar su propia conservación y, consecuentemente, una vida más grata. Es decir, que lo que pretenden es salir de esa insufrible situación de guerra que (...) es el necesario resultado de las pasiones naturales de los hombres cuando no hay un poder visible que los mantenga atemorizados y que, con la amenaza del castigo, los obligue a cumplir sus convenios... Y los convenios, cuando no hay temor a la espada, son sólo palabras.”*

La espada tiene gran alcance y libertad en la sociedad civil de Hobbes. Para empezar, cualquier hombre que no quiera dar su consentimiento a los decretos del Leviatán, el todopoderoso Estado, puede “sin injusticia ser destruido por cualquier hombre” (con la excepción de los “idiotas por

naturaleza, los niños pequeños y los lunáticos, quienes no entienden el mandato"). Al mismo tiempo, todo aquel que tenga lo que Hobbes llama el "poder soberano", como los reyes y los presidentes, no puede ser justamente castigado, pues todo lo que él o ella hace es, por definición, justo. Ni siquiera es aceptable poner en duda las acciones del soberano, pues significaría que existe una autoridad por encima de él o de ella.

¿Qué hay de la política social en el Estado? Hobbes piensa que el Estado debe ayudar y cuidar a quienes están incapacitados para trabajar, pero obliga a trabajar a quienes no quieren hacerlo. Su igualitarismo se extiende incluso a la distribución de "cosas que no pueden ser compartidas", las cuales deben quedar en manos del Estado y pasar a ser propiedad de todos, o bien deben ser repartidas por sorteo.

Otra idea central (que todavía forma parte de la Constitución británica) es que el Estado y la Iglesia deben estar unidos, lo que resta ambigüedad a las leyes. Hobbes cierra el *Leviatán* diciendo que espera que sus opiniones no resulten demasiado controvertidas y deseando que algún día un futuro soberano se sirva de su libro como de una guía parcial:

> *"Pues baso el derecho civil de los soberanos y el deber y la libertad de los súbditos en las inclinaciones naturales de la humanidad y en los artículos de la ley de la naturaleza, de los cuales ningún hombre puede ser ignorante."*

Desafiar a Hobbes

Un siglo después de Hobbes, John Locke escribió que el contrato social de Hobbes en realidad es peor que el estado de naturaleza al que intenta superar. El motivo de la condena son los poderes arbitrarios que este contrato concede al soberano. ¿Quién, pregunta Locke, firmaría un contrato para escapar "de los turones y de los zorros si el resultado es quedar a merced de los leones"?

Los filósofos han retomado una y otra vez las ideas del *Leviatán* (tal como, dice Hobbes en tono desdeñoso, estos tipos eruditos están acostumbrados a hacer). En el siglo XIX, Nietzsche se apropió de la "voluntad de poder"; en el siglo XX, John Rawls tomó prestada la idea del contrato social para explicar cómo se toman las decisiones morales, y hoy en día, muchos científicos a menudo se remiten al determinismo social (la posición según la cual las personas piensan y actúan determinadas por fuerzas externas superiores a ellas) cuando hablan del "gen egoísta" que explica el comportamiento humano.

La idea de Hobbes de que los derechos individuales pueden deducirse de un supuesto derecho fundamental a la conservación propia ha arraigado en numerosos sistemas jurídicos. La obra de Hobbes, junto con la del abogado y político holandés Hugo Grocio, sentó las bases de estudios posteriores en el campo de la teoría política, de la ética social y del derecho internacional. A su vez, el interés que mostró por los métodos de la geometría y por las ciencias naturales trajo consigo un estilo de argumentación muy persuasivo y eficaz en el campo de la teoría política. Por último, a él le debemos la advertencia de que, por más que se intente lograr la justicia y la igualdad, la organización social acaba generando desigualdades y convirtiéndose en autoritaria, pues su origen es la lucha entre


los distintos miembros.

Maquiavelo y la salvaguarda de la libertad

El filósofo político Maquiavelo (1469-1527), durante algún tiempo secretario en la cancillería de Florencia, tiene una mala reputación. Tanto es así que, utilizado como adjetivo, su nombre sirve para referirse a alguien astuto, amoral, intrigante, pérfido o perverso. Esta fama es mucho peor de lo que se merece (su apodo fue “maestro del mal”) y en buena medida vino propiciada por sus ataques a la Iglesia de Roma, el cuerpo al que culpa de la ruina política de Italia.

Maquiavelo fue el primer escritor que dejó de lado el paternalismo de la sociedad tradicional para acercarse a las actuales ideas de la democracia (lo cual resulta un tanto paradójico si se tiene en cuenta que ofreció su teoría política a los príncipes). En sus escritos afirma que por ignorantes y vulgares que puedan ser las masas, éstas salvaguardan la estabilidad y la libertad mejor que los individuos. Maquiavelo sostiene que la gente forma un conjunto más o menos homogéneo (pues nadie es muy superior al resto) y que ningún sistema es perfecto (ya que incluso un príncipe puede llegar a corromperse), por lo que conviene que el Estado cuente con una serie de mecanismos de control. Puesto que el Estado sólo puede ser tan bueno como sus ciudadanos, los gobernantes deben ser conscientes de los peligros que comporta permitir el declive del espíritu cívico.

Pese a su reputación de cínico, Maquiavelo señala que la injusticia hace peligrar desde dentro los cimientos de la sociedad e insta a que se la combata allá donde se presente y afecte a quien afecte. Es conocido por dos de las más célebres obras políticas jamás escritas: *El Príncipe* (1532) y los *Discursos*, de 1531 (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, para dar el título completo).

Antes de Maquiavelo, los escritores medievales basaban la legitimidad en Dios, quien había expresado su voluntad a través de la jerarquía del Papa, los obispos y los sacerdotes o bien a través del emperador y de las familias reales europeas. Maquiavelo, en cambio, no duda en considerar que el poder está al alcance de todo aquel que sea lo suficientemente hábil para hacerse con él. El gobierno popular es mejor que la tiranía, no por razones morales sino por su eficacia a la hora de lograr determinados objetivos políticos: independencia nacional, seguridad y una buena Constitución. Esto significa que el poder debe ser repartido entre los príncipes, los nobles y el pueblo. Maquiavelo es la primera gran figura europea que elogia la libertad como una virtud fundamental y escribe que “todas las ciudades y países que son libres, se benefician enormemente de esta libertad”.

Por desgracia, casi nadie ha leído con atención —o ni siquiera ha leído— la obra de este autor antes de condenarlo.

Capítulo 15

En busca de la libertad

En este capítulo:

- Explorar la libertad, modo americano.
- Examinar las contradicciones de Locke.
- Presentar el liberalismo clásico de J. S. Mill.
- Fomentar el egoísmo según Adam Smith.
- Abordar la desigualdad con Rousseau.

Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales.

Declaración de Independencia de los Estados Unidos

La frase inaugural de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos no deja lugar a ambigüedades. La libertad, al menos como la entendemos los miembros de las sociedades democráticas, es una condición que damos por supuesta. Sin embargo, la historia del concepto "libertad" es complicada, pues los derechos y las responsabilidades de los seres humanos en la sociedad han sufrido cambios considerables.

En este capítulo, examinaré diferentes posturas en torno a la libertad empezando por la más importante de todas, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos; expondré después lo que los pensadores más reconocidos en la materia han dicho sobre el tema.

Exaltación de la libertad: Declaración de Independencia de los Estados Unidos

Hoy en día, la única superpotencia mundial (como a los estadounidenses les gusta autodenominarse) debe gran parte de su poder económico, cultural y militar a una fórmula política. Esta fórmula se expone en un par de documentos esbozados durante la época de la Revolución americana: la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos.

Una frase en particular ha dejado un rastro indeleble en la filosofía política. Procede de la Declaración de Independencia, en la que se afirma que todos los hombres (no las mujeres ni los indios ni los negros) son iguales:

> *"Sostenemos como evidentes por sí mismas estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que base sus cimientos en dichos principios, y que organice sus poderes en forma tal que a ellos les parezca más probable que genere su seguridad y felicidad."*

El periodista político Simon Jenkins, en una columna en el periódico *The Guardian* (Londres) en 2007, reflejaba una opinión muy extendida al declarar que "el más noble testimonio de la libertad es la Constitución de los Estados Unidos". Sin embargo, la Constitución es más bien lo contrario. Se trata de un valioso documento, sin duda clarividente y exitoso, pero que no estaba destinado a salvaguardar las libertades individuales, ni mucho menos la libertad. Condenaba a los negros americanos a la esclavitud, confinaba a los indígenas americanos en las reservas y dejaba a la mujer sin derechos civiles. Lo original de su talante se reflejaba en la voluntad de lograr el acuerdo entre diferentes posiciones y su principal objetivo fue crear eficaces mecanismos de control para evitar que predominara un único punto de vista.

La Constitución de los Estados Unidos es un célebre documento, pero en términos filosóficos no es innovador ni original. Su propósito es crear una sociedad que gire en torno al dinero y su estilo es jurídico, pues está repleto de cláusulas legales necesarias para fundar una gran empresa como iban a ser los nuevos Estados Unidos. No había lugar para observaciones filosóficas, por no hablar de discusiones éticas. Más bien, su éxito radica en su carácter empresarial, sencillo y eficaz.

Introducir las enmiendas

¿Qué ocurrió entonces con los derechos individuales de los ciudadanos, que provocaron el estallido de la guerra de la Independencia y que ahora, para orgullo de los estadounidenses, la Constitución protege? Esta y otras polémicas cuestiones fueron dejadas en manos de los políticos para que fueran

incorporadas como enmiendas al documento original. Los Padres Fundadores (los líderes revolucionarios que esbozaron el documento) se preocuparon, sobre todo al inicio, de buscar el equilibrio entre los poderes de los estados, dejando a un lado la defensa de los derechos individuales. Además, el hecho de que casi todos los estados ya hubiesen redactado sus propias constituciones y declaraciones de derechos, condujo a mucha gente a considerar que la Constitución federal era una potencial amenaza para sus derechos.

Así pues, hay que buscar los famosos derechos de Estados Unidos en las enmiendas y no en la Constitución. La Primera Enmienda concede a los individuos libertad de culto y de expresión. Dice así:

> *"El Congreso no hará ley alguna con respecto a la adopción de una religión o prohibiendo el libre ejercicio de dichas actividades; o que coarte la libertad de expresión o de prensa, o el derecho del pueblo para reunirse pacíficamente, y para solicitar al gobierno la reparación de agravios."*

Sin embargo, la religión en América, como en otros lugares, sigue siendo motivo de controversia. A lo largo de los años, el péndulo ha oscilado apoyando ora a los conservadores religiosos ora a los reformistas seculares, que a menudo se enfrentaban por oscuras cuestiones legales en el Tribunal Supremo, que es el más alto tribunal estadounidense y el responsable de salvaguardar el espíritu original de la Constitución (puedes ver más adelante el apartado "Salvaguarda de la Constitución: el Tribunal Supremo").

Otras enmiendas son igualmente controvertidas. La Segunda Enmienda declara que "siendo necesaria una milicia bien ordenada para la seguridad de un Estado libre, no será infringido el derecho del pueblo a poseer y portar armas". Eso significa que los estadounidenses tienen derecho a poseer sus propias armas, incluidas las más pesadas como ametralladoras y lanzacohetes. ¿Es una buena idea? Desde el final de la segunda guerra mundial, un millón de estadounidenses (¡se dice pronto!) han muerto por arma de fuego a manos de sus propios compatriotas. Como ocurre con otras muchas ideas de la Constitución, a sus autores no parece importarles que la enmienda indique claramente que el derecho a portar armas existe sólo para que los individuos formen sus propias milicias, algo así como una policía militar.

De modo parecido, el pueblo ha protestado contra otras cuestiones fundamentales en materia de protección. El gobierno de Estados Unidos ha violado con regularidad la Cuarta Enmienda, que protege "el derecho de los habitantes de que sus personas, domicilios, papeles y efectos se hallen a salvo de pesquisas y aprehensiones arbitrarias". Así, por ejemplo, en la bautizada como guerra contra el terrorismo, se recurrió a escuchas telefónicas, allanamientos de morada y, por supuesto, lecturas de correos electrónicos privados.

Un ejemplo más claro de por qué son necesarios los derechos, nos sitúa en los primeros años de Estados Unidos, cuando los estadounidenses, amparados por una ley especial llamada "Acta de Remoción de los Indios", confiscaron las tierras de los desafortunados indios cheroquis —una de las tribus originarias del continente que, oficialmente, era miembro integrante de los nuevos Estados Unidos—. ¿Quién tuvo tan brillante idea? Ni más ni menos que el señor Thomas Jefferson, autor de las hermosas palabras de la Declaración de Independencia que abren esta sección.

Defensa del derecho a la esclavitud

En 1781 los Padres Fundadores escribieron la Constitución; el censo de 1790 refleja que en la mayoría de estados había esclavos. De una población total de 3,8 millones de habitantes, 700.000, es decir, el 18 % de ellos, eran esclavos. Sólo Massachusetts y los distritos de Vermont y Maine no contaban con esclavos. En los estados del Sur, cuya economía se basaba en el cultivo de algodón, arroz y tabaco, la proporción era todavía mayor. Sus representantes consideraban que la esclavitud era una necesidad económica de primer orden, que, por otra parte, la Biblia permitía. ¿Qué hicieron pues los autores de la Constitución, los Padres Fundadores, con los esclavos?

A lo largo de su vida, Benjamin Franklin, científico y escritor, no granjero, tuvo a su disposición varios esclavos. En 1789 dejó escrito, “la esclavitud es un envilecimiento tan atroz de la naturaleza humana que su misma extirpación, si no se realiza con sumo cuidado, puede ser fuente de males mayores”. Se comprometió a que, el día de su muerte, concedería la libertad a uno de sus esclavos; pero éste falleció antes que Franklin, por lo que nunca logró la libertad. ¡Pobre chaval! A efectos prácticos, a pesar de las libertades sancionadas en la Declaración, en la Constitución y en las posteriores enmiendas, la esclavitud no sólo estaba permitida, sino que quedó incorporada en el corpus de la Constitución.

De la Quinta y de la Sexta Enmienda, que contienen diversos derechos legales, destaca el derecho a ser juzgado por un jurado imparcial. Se podría señalar, sin embargo, que los americanos negros a menudo se han visto juzgados por jurados blancos poco imparciales. El origen histórico de esta práctica radica en que los políticos de entonces querían que los jurados estuvieran compuestos por los suyos, lo que repercutía en beneficio de la aristocracia y no del pueblo. Una defensa igualmente bienintencionada pero ineficaz se encuentra enunciada en la Octava Enmienda, que trataba de prohibir “los castigos crueles y desusados”, pero que no ha sido capaz de evitar la rutinaria aplicación de todo tipo de castigos crueles y desusados, entre ellos diferentes modos de ejecutar la pena de muerte.

Salvaguarda de la Constitución: el Tribunal Supremo

¿A quién culpar de que las enmiendas no hayan sido tan efectivas como esperaban sus autores? Actualmente, como parte de la teoría de la división de poderes, el Tribunal Supremo es considerado el órgano que vigila y protege la Constitución. Pero nada de esto está escrito en la Constitución. Por ejemplo, en 1832, cuando los indios cheroquis lograron convencer al Tribunal Supremo de que el Acta de Remoción de los Indios (que confiscaba sus tierras y los obligaba a emigrar hacia el oeste) era inconstitucional, el presidente en aquel entonces hizo oídos sordos y dijo “que el Tribunal cumpla sus resoluciones”, tras lo cual ordenó que el ejército desalojara por la fuerza a los indios.

Que la ley lo ignore a uno es un problema, pero también lo es que el jurado no sea imparcial y esté compuesto por miembros que favorezcan una determinada causa. En Estados Unidos, por ejemplo, el presidente puede colocar a jueces “amigos” en el Tribunal Supremo, pues aunque los jueces sean designados de por vida, en ningún lugar queda estipulado cuántos jueces puede designar un mismo presidente. El presidente tiene el poder de nombrar jueces que el Senado debe aprobar, por lo que la composición política del Tribunal ha quedado regularmente influida por la ampliación del número total de magistrados.

La Constitución y la política

Finalmente, por extraño que parezca, la Constitución de los Estados Unidos no se pronuncia sobre política. El motivo es que, en la época en que se redactaron los artículos de la Confederación (que fue, de algún modo, la primera Constitución de los Estados Unidos, esbozada en 1777, y que establecía "una firme liga de amistad" entre los trece estados de entonces), no existían los partidos políticos. Existían bloques regionales y afiliaciones temporales, pero no había nada parecido a grupos políticos organizados en torno a un manifiesto o programa. Por este motivo la Constitución no explica el sistema de voto ni cómo los partidos escogen a sus candidatos; ni siquiera cómo se organizan los distritos electorales. Los Padres Fundadores no se interesaron por la democracia, tal como la gente la entiende hoy en día (la elección de un presidente por parte del pueblo), y la entendieron como medio para equilibrar los poderes de los diversos estados americanos en el interior de la unión. Nunca imaginaron que el presidente acabaría teniendo todo el control.

La Constitución de los Estados Unidos desempeñó un papel fundamental a la hora de crear la nación más rica, más innovadora y más poderosa del mundo. Pero si el poder es el objetivo de todo político, la política suele ser su perdición. Los autores de los documentos de la Revolución americana estaban más preocupados por el poder que por su puesta en práctica. Como resultado de ello, Estados Unidos es un país en el que la búsqueda de la felicidad ha conducido a un enorme poder y a una fortuna extrema, un país en que predomina la ley del más fuerte y en el que el gobierno declara guerras por todo el mundo para liderar lo que un presidente conservador —que no radical— bautizó como "el complejo de la industria militar".

Aprovecharse del comercio de esclavos con John Locke

¿No deberían aquellos que escribieron la Constitución de los Estados Unidos (está explicado en el apartado anterior) haber prestado oídos a lo que dijeron los ingleses —a quienes estaban expulsando de Estados Unidos— o, al menos, a sus filósofos? La teoría política del inglés John Locke (1632-1704), expuesta en *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1690), es considerada fuente de inspiración tanto de la Revolución americana como de la francesa en lo que respecta a los derechos fundamentales y a las libertades. La influencia de Locke puede percibirse en la Declaración de Independencia, en la división constitucional de los poderes y en la Carta de Derechos. También se percibe en la doctrina de los derechos naturales que apareció en los albores de la Revolución francesa y en la *Declaración de los Derechos del Hombre* que afirma que éstos son universales: válidos en cualquier lugar y en cualquier época. Tal como Locke defendió con rotundidad en su libro: "Siendo todos iguales e independientes, nadie debe dañar a otro en su vida, salud, libertad o posesiones."

John Locke, visionario político

El filósofo francés Voltaire dijo de Locke que era un hombre de inmensa sabiduría y que "lo que él no ha visto con claridad, yo ni siquiera lo llegaré a atisbar". Una generación más tarde, en Estados Unidos, la reputación de Locke había crecido enormemente. Benjamin Franklin se valió de sus obras para su propio aprendizaje, Thomas Paine difundió sus ideas radicales sobre la revolución y Thomas Jefferson consideró que era uno de los más grandes filósofos de la libertad de todos los tiempos. Aquí van algunas de las citas más memorables de Locke:

Sobre la limitación del poder del Estado. *"Pues siempre que el poder que se ha depositado en cualesquiera manos para el gobierno del pueblo y para la preservación de sus propiedades es utilizado con otros fines y se emplea para empobrecer, intimidar o someter a los súbditos a los mandatos abusivos de quien lo ostenta, se convierte en tiranía, tanto si está en manos de un solo hombre, como si está en las de muchos.*

"El poder legislativo actúa en contra de esa misión que se le ha encomendado, cuando trata de invadir la propiedad del súbdito y de hacerse a sí mismo, o a cualquier otro grupo de la comunidad, amo y señor de las vidas, libertades y fortunas del pueblo."

Sobre los niños y el matrimonio. *"Adán y Eva y, después, todos los padres y madres tuvieron, por ley natural, la obligación de preservar, alimentar y educar a los hijos que habían sido engendrados por ellos."*

Sobre el delito y el castigo. *"Además del crimen que consiste en violar la ley y apartarse de la recta norma de la razón, siempre que un hombre se convierte en un degenerado y declara que está apartándose de los principios de la naturaleza humana y que es una criatura nociva, hay una injuria común, cometida contra alguna persona; y siempre hay un hombre que sufre daño como consecuencia de esta transgresión. En un caso así, quien ha padecido el daño tiene, además del derecho de castigar —derecho que comparte con otros hombres—, un derecho particular de buscar reparación de quien le ha causado ese daño."*

Sobre la libertad. *"Aquel que, en el estado de naturaleza, arrebatase la libertad de algún otro que se encuentra en dicho estado debe ser considerado, necesariamente, como alguien que tiene la intención de arrebatar también todo lo demás, pues la libertad es el fundamento de todas las otras cosas."*

Todos somos iguales (bueno, casi)

Todos somos iguales; bueno, los esclavos no. Curiosamente, el filósofo que inspiró a muchos a exigir la libertad tenía otra cara mucho más siniestra.

John Locke trabajaba como secretario de un diplomático cuando conoció a lord Shaftesbury (Anthony

Ashley Cooper). El noble quedó maravillado ante los conocimientos y el ingenio de Locke e inmediatamente le propuso unirse a los suyos como su médico y filósofo personal. Ashley, que luego se convirtió en el primer conde de Shaftesbury, era una figura clave de la vida política inglesa y bajo su influencia Locke empezó pronto a desarrollar sus ideas en obras como *Ensayo sobre el entendimiento humano*, *Carta sobre la tolerancia* y *Dos tratados sobre el gobierno civil*. Este último, que tanta fama cosecharía, refleja los intereses de su patrón sobre el comercio y las colonias.

Lord Shaftesbury tenía importantes intereses comerciales en las colonias americanas. Era, de hecho, uno de los líderes de los Señores Propietarios de Carolina, una compañía con Decreto Real destinada a fundar una colonia en el Nuevo Mundo, en lo que hoy en día es Carolina del Norte y Carolina del Sur. Locke se convirtió en secretario (más exactamente, en gerente general y supervisor) de la compañía entre 1668 y 1671, además de ser secretario del Consejo de Comercio y de Plantaciones (1673-1674) y miembro de la Cámara de Comercio (1696-1700). De hecho, Locke fue uno de los cinco o seis hombres durante la Restauración (la época posterior a la guerra civil inglesa en la que se restauró la monarquía bajo el rey Carlos II) que creó y supervisó las colonias y su terrible sistema de esclavitud. Una de las tareas más importantes del puesto era precisamente la de redactar una Constitución para las nuevas colonias, lo que le permitió poner en práctica sus principios filosóficos. ¿Adónde le condujeron estos principios?

El preámbulo a la Constitución del miniestado de Locke declara que, con el fin de "evitar erigir una democracia numerosa", ocho señores propietarios (incluido el mismo conde de Shaftesbury) deberían convertirse en nobleza hereditaria con control absoluto sobre los ciudadanos, los cuales quedaban convertidos en siervos feudales.

Una cláusula legal dicta que "cualquier señor podrá enajenar, vender o ceder a otra persona y a sus herederos para siempre, su casa señorial, todas sus propiedades, con todos los respectivos privilegios y los siervos que le pertenezcan".

Otra de las regulaciones apunta que todos los esclavos deben estar "bajo la jurisdicción de su respectivo señor ya sea de señorío, de baronía o de condado, sin derecho a apelación. Ningún esclavo ni ninguna esclava tendrán la libertad de abandonar la tierra de su señor particular y vivir en algún otro lugar, sin el permiso del mentado señor, con su sello y firma".

Aún había más: "Todos los hijos de los vasallos, serán vasallos, de generación en generación." En cuanto a los africanos (que llegaron allí encadenados), la Constitución otorgaba a los colonos "poder absoluto sobre sus esclavos negros".

Dinero fácil y rápido con el comercio de esclavos

La esclavitud existía en África antes de la colonización de América. Numerosos documentos prueban que muchos hombres eran enviados como esclavos, junto con el oro, a través del desierto del Sahara, hacia el norte de África. Eran, por lo general, esclavos capturados en guerras o vendidos para saldar deudas; e incluso, a veces, eran entregados para enmendar delitos de brujería u homicidios.

No obstante, los historiadores consideran que, originariamente, esta práctica se realizaba a menor escala y que era mucho menos vejatoria. Los propietarios de esclavos africanos los trataban como si fuesen parte de la familia y, en algunos casos, trabajaban con ellos e incluso compartían comida y dormitorio. En Estados Unidos, al contrario, el comercio de esclavos

representó lo que se ha llamado una nueva “esclavitud industrial”. Los grandes señores tenían a su servicio enormes cuadrillas de esclavos anónimos que trabajaban en los campos sacando el máximo rendimiento a cosechas intensivas de caña de azúcar, tabaco o algodón. Los dueños de los esclavos no trabajaban con ellos, sino que vivían apartados en sus mansiones y contrataban a vigilantes armados con látigos para obligar a los esclavos a trabajar hasta “que cayeran rendidos”. Las condiciones de vida de los esclavos en las plantaciones del Nuevo Mundo eran inhumanas y terribles.

Las condiciones de los barcos de esclavos que iban hacia América también eran horrendas. Después de recogerlos en los puertos de África Occidental, los prisioneros eran encadenados y hacinados bajo la cubierta, donde pasaban largas semanas, en condiciones insalubres e inhumanas. Los barcos seguían una larga ruta dictada por lo que se conoce como “el comercio triangular”. Los barcos solían partir de puertos ingleses como Liverpool o Bristol y avanzaban hacia la costa occidental de África portando productos de las nuevas industrias, como objetos de hierro o productos de algodón, que luego se intercambiaban por esclavos. Cuando éstos estaban a bordo, los barcos ponían rumbo hacia las Indias Occidentales u otros puertos americanos, y así quedaba trazado el segundo lado del triángulo. A la llegada del barco, se vendían los esclavos que habían sobrevivido y se volvía a cargar el barco de productos como caña de azúcar, ron o tabaco, y se regresaba a Inglaterra, con lo que se completaba el tercer lado del triángulo. No nos sorprende que en 1723, John Housto un describiera el tráfico de esclavos como “el eje sobre el que circulan todos los negocios del mundo”.

Aunque parezca asombroso, allá por 1820, en Estados Unidos vivían muchos más esclavos (¡cinco veces más!) que colonos. No se debe olvidar que el primer presidente de Estados Unidos, el mismísimo George Washington, era dueño de esclavos y que el país, al fin y al cabo, se erigía sobre el trabajo de éstos. También la mayoría de los indios indígenas había muerto, ya fuera por guerras, enfermedades o por tener que huir de sus tierras. El único paralelismo histórico que puede trazarse, por la crueldad, el coste y las cuestiones burocráticas, es el del transporte de judíos y otras “razas inferiores” a los campos de concentración nazis durante las décadas de 1930 y 1940.

Los europeos lograron expandir el comercio de esclavos africanos que ya existía ofreciendo más dinero y mercancías, a cambio de una cantidad cada vez mayor de individuos. Semejante incentivo provocó que muchos africanos salieran a la caza de otros africanos para venderlos. Estas batidas también causaron la indigencia de mucha gente, que se veía obligada a vender a sus hijos como esclavos (tal vez ignorando las consecuencias) para poder alimentar a los demás miembros de la familia.

Cuando Locke escribió la Constitución, el comercio de esclavos transatlántico acababa de empezar. Con el tiempo, acabó siendo una de las mayores migraciones involuntarias de personas en la época moderna. Durante los tres siglos y medio que duró el negocio, alrededor de unos nueve millones de negros africanos fueron transportados a América (sin contar los que murieron en la travesía). La mayoría de los esclavos fueron transportados entre 1700 y 1850, y los ingleses lideraron el negocio, pues contaban, al menos, con una cuarta parte de la flota esclavista.

Cierto es que Locke, al igual que Shaftesbury, tenía que cumplir con sus responsabilidades públicas; pero, también tenía una opinión personal sobre la cuestión de la esclavitud. De hecho, en 1671, compró acciones en el próspero negocio esclavista de la Royal African Company (que solía marcar a sus esclavos con las letras RAC) y un año más tarde, en la Bahama Adventurers.

Posesión de esclavos: filosóficamente, nada que discutir

Durante mucho tiempo, la filosofía ha visto con buenos ojos la esclavitud. Para Aristóteles en particular (en el capítulo 2 está casi todo lo que quieres saber de él), los esclavos domésticos eran definidos como una posesión, una propiedad, algo así como “la parte separable del amo” (aun cuando consideraba que no debían ser utilizados para satisfacer el interés propio o por capricho, sino en aras del bien común y siguiendo los dictados de la razón). Aristóteles definió al esclavo como una persona naturalmente creada para su misión, tal como puede leerse en su libro *La política*:

“Aquellos hombres de los que el mejor partido que se puede sacar es el empleo de las fuerzas corporales; éstos, digo, son individuos destinados por la naturaleza a la esclavitud, pues no hay para ellos nada mejor que obedecer (...). Su razón apenas llega al grado necesario para experimentar un vago sentimiento, sin tener la plenitud de la razón. Los demás animales enteramente desprovistos de razón obedecen a las impresiones exteriores. Por lo demás, la utilidad de los esclavos y de los animales domésticos es casi la misma. Se convierten en propiedad de otros hombres, porque su seguridad así lo requiere.”

Tal vez se trate de una opinión un tanto escandalosa, pero resulta muy útil en el ámbito político. En su *Segundo tratado*, el mismo Locke afirma:

“Pero hay otra clase de siervos a los que damos el nombre particular de esclavos. Éstos, al haber sido capturados en un guerra justa, están por derecho de naturaleza sometidos al dominio absoluto y arbitrario de sus amos. Como digo, estos hombres, habiendo renunciado a sus vidas y, junto con ellas, a sus libertades; y habiendo perdido sus posesiones al pasar a un estado de esclavitud que no los capacita para tener propiedad alguna, no pueden ser considerados como parte de la sociedad civil del país, cuyo fin principal es la preservación de la propiedad.”

Los filósofos actuales no parecen preocuparse demasiado por las opiniones de Locke respecto a la esclavitud, lo cual no le resta ni un ápice de importancia al tema. En la filosofía de Locke, recordemos, la propiedad es un elemento clave de la sociedad civil, y la propiedad se logra a través del trabajo.

A pesar de todo, la postura de Locke acerca de la libertad es ambigua. En otro pasaje del *Segundo tratado*, Locke considera que la esclavitud es “un estado del hombre tan vil y miserable, y que se opone tan radicalmente al talante generoso y al coraje de nuestra nación que resulta difícil entender que un inglés, menos aún un caballero, se atreva a defenderla”. La libertad natural del hombre representa un derecho inalienable frente al poder absoluto y arbitrario. Sin embargo, para justificar la economía basada en la esclavitud, Locke pensaba que era necesario despojar de razón y, por tanto, de libertad a algunos seres humanos.

De hecho, sólo mediante la exclusión de los esclavos del contrato social y la creación de nuevos conceptos de inferioridad cultural e intelectual, Locke pudo reconciliar su fe en los derechos inalienables de las personas con las ventajas personales que le reportaba la institución de la esclavitud.

Turno para la democracia con J. S. Mill

John Stuart Mill (1806-1873) nació en Londres. Hijo de James Mill, trabajó en la Compañía de las Indias Orientales y fue miembro del Parlamento durante un breve período. Estaba particularmente interesado en los derechos de la mujer, la reforma constitucional y la economía. En 1830 conoció a Harriet Taylor, a quien debía, como indica en su autobiografía, no sus "doctrinas técnicas" pero sí sus ideas liberales.

Mill sostuvo que otorgar a la gente la posibilidad de decidir por sí misma en el máximo número de cuestiones incrementaba la felicidad, por lo que su filosofía defiende la libertad de pensamiento, de expresión y de asociación. Estas ideas sobre el papel de los individuos y de la sociedad (expuestas en *Sobre la libertad* y en *Principios de economía política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*) crearon una nueva filosofía política en las democracias occidentales: el liberalismo clásico.

Mill escribió *Principios de economía política* en 1848, la misma época en que Marx y Engels promovían la revolución proletaria. El ideario de Mill, en lo que respecta a la disposición y funcionamiento del Estado moderno, trata de emular el de su ilustre predecesor escocés Adam Smith (del que hablamos en el apartado siguiente).

Siguiendo el ejemplo de Smith, Mill argumenta que en las sociedades modernas el elemento de cooperación es fundamental. También sostiene, con gran entusiasmo, que de esa cooperación originaria puede surgir un enorme "aumento de cooperativas" y de sociedades anónimas.

> *"Cualquiera que sea la teoría que podamos adoptar respecto a la fundación de la unión social, y cualesquiera que sean las instituciones políticas bajo las que vivimos, existe un círculo en torno a cada individuo que ningún gobierno debiera cuestionar; lo que hay que determinar es dónde situar los límites a ese círculo, cuán grande debiera ser la provincia de la vida humana."*

Ésta es la esencia del liberalismo clásico. La teoría de Mill se basa más en una adaptación de la ética utilitarista de Jeremy Bentham (tratada en el capítulo 7), que en la defensa de los derechos fundamentales de ese otro gran liberal inglés, John Locke. No obstante, a pesar de sus diferentes puntos de partida, ambos autores llegan a defender una particular serie de libertades y de derechos individuales.

GRAN IDEA

Sin ocultar la clara influencia de Smith, Mill ofrece sabios consejos econó-micos a los gobiernos. Dice que sólo el trabajo produce riqueza, pero que el capital es trabajo acumulado y que puede almacenarse —e incluso heredarse— de manera legítima. Aunque originariamente esta herencia puede estar basada en la injusticia, pasadas varias generaciones, la herencia pasa a ser aceptable, pues poner remedio ante dicha injusticia podría generar mayores problemas. Por otra parte, el Estado debería impedir la herencia de riquezas en aquellos casos que fueran más allá de la obtención de "una cómoda independencia", mediante la intervención y la confiscación de bienes activos. Quienes desearan vivir algo más que cómodamente deberían trabajar para ganárselo.

Mill creía que esta influencia de Bentham causaría gran revuelo y le proporcionaría cierta notoriedad. Sin embargo, en una obra tan extensa como la suya, no fue motivo de especial interés.

¿Cuál es, por otra parte, la influencia que ha ejercido Mill? Fue uno de los primeros escritores en considerarse a sí mismo un científico social. Creyó firmemente que las ciencias sociales estaban relacionadas con las ciencias naturales y que ambas seguían métodos similares. Diferenció el estudio de los individuos, lo que hoy llamaríamos psicología, del de las sociedades, que vendría a englobar la economía y la política.

Un voto por la vida, la libertad y el afán de riquezas

Adam Smith (1723-1790) es un filósofo mucho más radical de lo que suele creerse. Filósofos anteriores a él, como Platón y John Locke, pensaban que la sociedad debía basarse en el altruismo o, al menos, en la supresión del egoísmo. Smith, por su parte, sostuvo que el egoísmo era un valor muy útil que la sociedad debía fomentar. O tal como él lo expresa, no es la benevolencia del carnicero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No había razón para rechazar el interés propio, ya que:

> *"... nunca se habría impuesto sobre tan amplio número de personas ni habría ocasionado una alarma tan general entre aquellos que defienden principios más elevados de no poseer, en muchos aspectos, tal alto grado de verdad"*.

Además de *La riqueza de las naciones*, publicado el mismo año que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776) y todavía hoy lectura casi obligada entre los políticos conservadores, Adam Smith publicó otra obra igualmente significativa: *Teoría de los sentimientos morales*, escrita tiempo después y basada en la observación de los demás (más sobre ambos libros en el capítulo 17). Para Smith, defender la justicia se convierte en la principal tarea de los gobiernos, incluso cuando son ellos quienes permiten actuar libremente a las fuerzas económicas.

La primera edición de *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* costaba una libra con dieciséis chelines y agotó sus existencias en seis meses. Su éxito arrollador se debió a que, a pesar del título, no trataba sólo cuestiones económicas. Presentaba un enfoque mucho más general sobre la sociedad, y en sus páginas la economía era vista como una consecuencia más —eso sí, necesaria— de la vida social. En la obra, Smith no únicamente se interesa por el dinero, sino también por la justicia y la igualdad. Es por ello que no le podemos culpar de que en la actualidad personas de diferentes ideologías adopten su credo (en las postrimerías del siglo XX, por ejemplo, se convirtió en el favorito de los gobiernos de derechas).

En busca de la igualdad de resultados o de oportunidades

La filosofía política de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) presta gran atención a la cuestión de la justicia, en particular, a los orígenes de la desigualdad. Comienza distinguiendo dos clases de desigualdad:

> ✔ **La desigualdad física o natural.** Diferencias de edad, de salud, de fuerza o de inteligencia.
>
> ✔ **La desigualdad moral o política.** “Los diferentes privilegios de que algunos disfrutan en detrimento de otros”, es decir, cosas como la riqueza, el honor o el poder.

Su ensayo *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* fue escrito en 1754 para ser presentado a un concurso de la Academia de Dijon. Aunque no lograra el primer premio contiene algunas ideas originales.

Afirma que aquellos que hablan incesantemente de “avaricia, opresión, deseo y orgullo” no se dan cuenta de que están introduciendo en la naturaleza conceptos que se originan exclusivamente en la sociedad. Ésta es la idea central de la filosofía alternativa de Rousseau. ¿Qué hay entonces de las supuestas ventajas de la civilización? Rousseau no parece tenerlas en alta estima pues para él representan: “... la desigualdad más extrema de nuestros distintos modos de vida, el exceso de ociosidad de unos y el exceso de trabajo de otros”.

Rousseau señala que uno de los mayores errores de Hobbes (sale en el capítulo 14) radica en haber imaginado que el salvaje comparte con el hombre civilizado una misma avidez y unas mismas pasiones. Hobbes debería haber entendido que el estado de naturaleza es un estado feliz y que se requiere un conocimiento racional y profundo del bien y del mal para que el hombre civilizado llegue a ser malvado.

En lugar de ello, Rousseau defiende que los primeros humanos vivían como animales, y no lo dice con ánimo despectivo, sino señalando que únicamente trataban de satisfacer sus necesidades físicas. No requerían del lenguaje, de los conceptos ni mucho menos de la propiedad. Rousseau recalca que gran parte del imaginario de Hobbes y Locke deriva de una sociedad basada en la propiedad y no en el supuesto estado de naturaleza anterior a la invención de los derechos de propiedad. Si advertimos esto veremos que “no se está obligado a hacer del ser humano un filósofo antes que un hombre”. El sentido de la propiedad, pensaba Rousseau, se generó cuando los humanos se asentaron en un lugar y construyeron las primeras viviendas.

Ni siquiera la unión sexual, anota Rousseau de modo pragmático, se asentaba en ningún tipo de exclusividad (parece que su propia experiencia reflejó esta costumbre, pues tuvo cinco hijos ilegítimos a los que abandonó en orfanatos). Es más probable que en el origen, las uniones sexuales representaran más bien episodios de lascivia tan pronto experimentados como olvidados, y en los que la cuestión de la descendencia apenas importaba. Ni el padre ni la madre, arguye, estaban en condiciones de saber de quiénes eran sus hijos, otorgando a la paternidad el papel determinante y desestimando toda certeza que pudiera tener la madre.

Según Rousseau, semejante estado primitivo es superior a los que le siguieron y se alteró a causa de desastres naturales, como la escasez de comida u otras privaciones. Estas penurias habrían obligado a

la gente a considerar que ciertas zonas eran de su propiedad y a vivir en grupos, lo cual implica, a su vez, el desarrollo de la comunicación y del lenguaje. Los cambios provocaron también que la gente considerara ahora de gran importancia la opinión que los otros tenían de uno. Para Rousseau, adquirir conciencia de que éramos seres caídos a raíz del pecado original de Adán y Eva en el jardín del Edén era la causa de la infelicidad del ser humano, así como de su resentimiento y de su miedo hacia el prójimo.

Por desgracia, "el entero progreso de la raza humana aparta al hombre cada vez más de su estado primitivo". Según Rousseau (y en este punto sigue a Hobbes), la sociedad conduce necesariamente al odio mutuo, a causa de los diferentes intereses económicos. El conocido contrato social de Hobbes sería, en realidad, una estrategia de los ricos para hundir a los pobres. Pero ni siquiera los ricos se beneficiarían de dicho contrato, pues acabarían corrompiéndose y alejándose cada vez más de la armonía de la naturaleza, al quedar muy por encima de un nivel de riqueza no sólo necesario sino adecuado, del mismo modo que los pobres acabarían muy por debajo de este nivel.

GRAN IDEA Para Rousseau, la justicia no es sinónimo de absoluta igualdad; significa, más bien, que cada individuo ocupa la posición que le corresponde según su talento y habilidad, es decir, según sus méritos. Desgraciadamente, la sociedad perturba este equilibrio (problema también tratado por Platón en *La República*), por lo que Rousseau considera que la misma noción del contrato social es errónea.

Rousseau propone dos leyes, o principios, "que preceden a la razón" (manera elegante de decir "anteriores a la razón"). La primera, como Hobbes ya defendió, tiene que ver con el poderoso interés por la autoconservación y por el bienestar personal; la segunda, sin embargo, tiene que ver con "una aversión natural a ver que otro ser sufre o muere, en especial si pertenece a nuestra misma especie". "El hombre natural" sólo dañaría a un semejante en caso de que su propio bienestar así lo exigiera. De este modo, Rousseau traza un paralelismo entre la humanidad y los animales, quienes, al contrario que sus amos, jamás causarían daño a otro por crueldad.

La postura de Rousseau sobre el origen de la división del trabajo nos sitúa frente a unos orígenes también perversos y extraños. Considera que la introducción del hierro (para la creación de arados y demás herramientas) no convirtió la agricultura en una actividad más fácil y eficaz, sino que representó, como todas las nuevas tecnologías, una carga para los productores de comida. "Cuanto mayor sea el número de trabajadores industriales, menor será el de manos empleadas para proporcionar la común subsistencia, sin que por ello haya menos bocas que alimentar". También hay que tener en cuenta todos los negocios insalubres del mundo moderno —trabajo en minas, fundición de ciertos metales como el plomo, etc.— así como la emigración a las ciudades, antes de afirmar que la sociedad ha mejorado la vida de las personas. Como Rousseau se apresura a decir, no se trata tampoco de volver a "vivir con los osos".

GRAN IDEA Rousseau señala que las personas fuera de la sociedad no tolerarán ser subyugadas "de igual manera que el caballo indómito golpea la tierra con sus pezuñas" y se niega a que le pongan bridas, o

como los otros animales golpean con la cabeza “los barrotes de su celda”; aun así, la sociedad civil reduce a todos a la esclavitud. Rousseau condena la explicación ofrecida por pensadores como John Locke (el apartado anterior se llama “Aprovecharse del comercio de esclavos con John Locke”), quien argumenta que el gobierno es como un padre y que “por ley natural, el padre sólo es dueño del hijo mientras éste necesita su ayuda; después de este término son iguales y el hijo es perfectamente independiente de su padre”. De hecho, el hombre se rebaja a sí mismo al renunciar a la libertad.

Si dejamos a un lado estas cuestiones y consideramos la propuesta de Rousseau desde un prisma más amplio, veremos que el filósofo defiende un Estado bastante permisivo. Al fin y al cabo, prosigue, la única manera de que el soberano y el pueblo tengan un único e idéntico interés y de que el entero aparato civil promueva la felicidad común, es que el soberano y el pueblo acaben siendo uno y el mismo (cosa que no va a ocurrir). Posteriormente, en especial en *El contrato social*, Rousseau sugiere que puede que exista un modo de superar el egoísmo: a través de un sistema de voto por mayoría en que los deseos de cada individuo se convierten en parte de la voluntad general, en vez de reflejar sus deseos personales. Comparada con ésta, su primera posición parece mucho más juiciosa.

Otra consecuencia importante es que nadie puede estar por encima de la ley, pues cuando algunos lo están, todos los demás quedan supeditados a ellos. Además, la sociedad debería contar con pocas leyes e introducir nuevas con la mayor precaución, tratando de que “antes de que la Constitución se vea alterada, haya suficiente tiempo para que todo el mundo reflexione sobre el hecho de que la gran antigüedad de las leyes es lo que las dota de un valor sagrado e inviolable”.

Capítulo 16

Estética y valores humanos

En este capítulo:

- Definiremos el arte y la belleza y consideraremos la censura.
- Aprenderemos a elegir bonitas piezas para las galerías de arte.

... cada cosa tiene una belleza propia, característica; no sólo todo lo orgánico que se expresa en la unidad de un ser individual sino también todo lo inorgánico e informe, e incluso todos los objetos manufacturados.

Schopenhauer

En este capítulo abordaremos cuestiones como el gusto en el arte y la belleza. La estética es una especie de ética preocupada por emitir juicios sobre lo bueno y lo no tan bueno, sobre lo malo y lo malísimo. Decidir sobre ese tipo de asuntos también tiene implicaciones políticas y los juicios estéticos a menudo son causa de acaloradas controversias. Pensemos, por ejemplo, el debate que se genera decidir sobre el valor de determinadas piezas, debate que tantas veces enfrenta a quienes opinan que una obra es verdadero arte (o literatura) y quienes sostienen lo contrario, que esa misma obra es un mero garabato o un pastiche *kitsch* para hacer dinero. Por si no había suficientes complicaciones, la estética se fundamenta en nociones tan difíciles de precisar como la autenticidad o la originalidad. En este capítulo trataremos de aclarar todas estas espinosas cuestiones.

Entonces, ¿qué es el arte?

¿Qué es al arte? ¿Cuál es la diferencia entre describir a un personaje con maestría en unas pocas palabras y la vacua retórica? ¿Cuándo una pila de ladrillos es una obra de arte y cuándo una mera pila de ladrillos? ¿Qué cualidad ha de tener un cuadro, una canción o una escultura para ser considerado arte?

Bien pensado, el arte es algo bastante extraño que puede ejercer su influencia en campos muy diferentes. De hecho, la explicación más habitual es que el arte poco tiene que ver con la pintura, la música o la escultura en sí mismas, sino más bien con la persona, con el artista que la crea. Es la imaginación del artista, sus sentimientos y su originalidad lo que la gente elogia cuando considera que algo es una verdadera obra de arte. Del mismo modo, un falsificador que logra una copia fiel de determinada obra de arte o que incluso elabora una nueva obra siguiendo el estilo de un artista famoso, es considerado un artista menor porque no transmite el sentimiento de originalidad o la pasión creativa.

¿Qué es el arte? Éste es el tipo de pregunta formulada por esa rama de la filosofía llamada, con algo de congoja, “estética”. La *estética* se preocupa por valorar el arte. La palabra proviene del griego “percepción” y originariamente se aplicaba a aquellas cosas que se experimentaban a través de los cinco sentidos, en oposición a aquellos objetos del pensamiento especialmente venerados por los filósofos. Sin embargo, en nuestros días, los filósofos del arte utilizan el término para discutir sobre juicios de gusto y el valor de la belleza, es decir, para formular precisamente el tipo de juicios que descartaba el uso primitivo de la palabra. ¿Confusión? ¿Desconcierto? ¡Esto es el arte!

Una de las preguntas más comúnmente planteadas en el campo de la estética es si la belleza es objetiva, es decir, si está ahí fuera y no depende de los gustos personales, o si, por el contrario, es una cuestión meramente subjetiva. Si fuera objetiva habría que enseñar a la gente a apreciar el arte con mayúsculas y a deleitarse con larguísimas piezas de música clásica. Pero si fuera algo meramente subjetivo y emocional, la opinión de uno contaría tanto como la de cualquier otro. ¡Así que todos a ponerle un marco bien elegante al anuncio de esa tenista famosa y adelante con la música rap! Pues si la belleza es subjetiva deberíamos aceptar la autoridad de la opinión de la mayoría.

En 1996, dos artistas rusos, Vitaly Komar y Alexander Melamid, llevaron a cabo un interesante experimento para cuestionar los conceptos “arte elevado” y “arte bajo”. Realizaron una encuesta entre los ciudadanos de diversos países sobre sus preferencias artísticas y trataron de dar con las imágenes que se adecuaban a estas preferencias. La obra preferida, por ejemplo, por el consumidor medio estadounidense era la de una pareja (vestida) que caminaba placenteramente a orillas de un lago en un idílico paisaje mientras una pareja de ciervos retozaba al fondo.

Pensemos ahora en ese curioso bloque de madera encontrado en el bosque y que quedaría genial dentro de una vitrina con una buena iluminación. Pero ¿esto es arte? ¿Y qué decir de ese impactante y enorme lienzo que hay en medio de la habitación y que parece todo salpicado y lleno de extrañas pinceladas? ¿Es arte? Pero ¿es que acaso el arte tiene que transmitir deliberada y cuidadosamente ideales eternos de la humanidad como la verdad o la belleza? En muchos casos así lo parece y, de hecho, muchos

expertos sostienen esta opinión.

El problema radica en que lo que el público (es decir, la persona que está frente a una obra de arte, ya sea un cuadro, un poema o un concierto) percibe no se corresponde, necesariamente, con lo que el artista ha deseado transmitir con su obra. Es cierto que los monos o la madre naturaleza no persiguen crear grandes obras de arte, pero eso no significa que alguien que tiempo después, encuentra sus creaciones no pueda considerarlas obras maravillosas. Si la intención es lo que cuenta y muchos artistas que tratan de crear obras maestras nunca consiguen crearlas, ¿qué es lo que falla? O, por el contrario, ¿cómo interpretar el éxito de algunos de los nombres más respetados del arte en el siglo XX, como Jackson Pollock, el artista de las salpicaduras y de los manchurrones?

Discusión sobre el arte y las intenciones artísticas

Todos los expertos en la materia, todas las galerías de arte e incluso casi toda la gente humilde que contempla sus obras coinciden en que los famosos cuadros de Jackson Pollock son grandes obras de arte. Ésta era precisamente la intención del pintor. Lo más curioso del caso es que los artistas más radicales del perído posterior a la segunda guerra mundial lograron hacerse un nombre gracias al apoyo explícito de... ¡la CIA! Así es, los servicios secretos estadounidenses promocionaron activamente (a través de libros, financiación, cobertura mediática y, evidentemente, galerías de arte) el arte más radical como parte de una calculada estrategia para socavar la Unión Soviética.

Todo formaba parte de una compleja estrategia para ganarse el favor de los intelectuales —filósofos incluidos—. En una entrevista televisiva de los años setenta, un antiguo agente de la CIA, Thomas Braden, bautizó esta estrategia como la “batalla por la opinión de Picasso”. Braden era el responsable de repartir los fondos del Congreso por la Libertad Cultural. Naturalmente, la mayoría de quienes recibieron dichas ayudas no tenían idea de que el dinero, ni la dirección artística, corrían a cargo de la CIA. Después de todo, los intelectuales y los grandes artistas siempre han odiado que les digan lo que tienen que pensar.

¿En qué tipo de negocios andaban mientras tanto en el imperio comunista? A través de galerías y fondos públicos promocionaban un tipo de arte muy diferente que supuestamente reflejaba los valores políticos comunistas. “El realismo soviético” era una especie de reacción ante “el impresionismo occidental” (todos esos paisajes borrosos y fragmentados, puntillistas según la jerga técnica, así como esas distorsionadas formas subjetivas); trataba por todos los medios de que en los cuadros, el pueblo tuviera aspecto de eso, de pueblo, y plasmaba escenas de tipos decentes y trabajadores que realizaban acciones dignas del proletariado, como arreglar tractores, o que retaban al espectador con una mirada aleccionadora. Cuando el arte soviético no era figurativo (así llaman a este tipo de arte), se convertía en algo lógico y matemático, lleno de precisas formas geométricas y exactos bloques de color.

Este desafío condujo a la CIA a dar dinero a artistas hippies y a gente de la que en circunstancias normales recelaba (tipos de izquierdas, a menudo antiamericanos) y que creaban feos cuadros de un mundo que parecía haberse vuelto loco. Afortunadamente, hoy en día, aficionados de todo el planeta valoran y disfrutan tanto las obras del realismo soviético como las del subversivo arte occidental. Pero la cuestión filosófica pertinente es ¿qué idea está detrás de los cuadros y de las esculturas creadas? ¿Las ideas particulares de los artistas sobre los valores sociales o las ideas políticas de la gente que las comisiona, las paga y las dirige?

Descubrir la falsificación

A nadie le gustan las falsificaciones. Pagar con dinero falso, por ejemplo, puede ocasionar problemas y las imitaciones de productos de marca, por su parte, suelen durar más bien poco (aunque a veces cuesten casi tanto como las de verdad). Pero para los filósofos, el problema de la falsificación es más metafísico.

Las discusiones habituales suelen centrarse en cuestiones como la falsificación en la pintura. Si el

cuadro real y la copia son iguales, ¿dónde está la diferencia? Cuando las galerías (tal como han empezado a hacer) invitan al público a admirar copias exactas de sus mejores lienzos (mientras los originales quedan a buen recaudo con todo tipo de medidas de seguridad) parece que nos están engañando. Pero ¿por qué, exactamente? ¡Las pinturas parecen exactamente idénticas! Como señalaría un científico, la percepción visual es la misma, así que el tipo de placer producido también habría de ser el mismo. Más de un humilde espectador se ha pasado horas y horas en una cola (¡y ha pagado!) para ver grandes obras de arte e incluso puede que haya llegado a disfrutar de una experiencia única al contemplar la obra... ¡para luego enterarse de que, en realidad, se ha maravillado ante una simple copia de seguridad! En general, si un cuadro, una escultura o incluso una grabación musical admirada por la mayoría ha resultado ser una copia o una falsificación, la gente no puede evitar sentirse estafada. Pero ¿por qué? El objeto en sí no ha cambiado, ¿qué ocurre entonces?

Cabe recordar, de nuevo, el engaño que se produjo en el concurso de la flor (de plástico) artificial más auténtica del mundo: uno de los participantes presentó una flor de verdad tratando de engañar al público y a los jueces. No hay duda de que, en el arte, las intenciones cuentan, por lo que la historia que hay detrás de un cuadro, de una escultura o de una sinfonía debería importarnos.

MÁS DE CERCA Muchos cuadros que consideramos originales no lo son en sentido absoluto pues, en realidad, el artista puede haber copiado un estilo en particular o haber realizado una serie de estudios similares. Además, la alta tecnología de nuestra época hace que cada vez sea más difícil diferenciar entre una copia y su original.

¿Arte africano o pastiche de primeras marcas?

Consideremos el caso del arte étnico, es decir, de obras como máscaras africanas o esculturas. Por su propia naturaleza, pueden parecer muy poco trabajadas y haber sido elaboradas de manera muy basta, dado que, en muchos casos, están relacionadas con ritos sexuales y antiguas tradiciones de sencillas sociedades, en las que las obras de arte delicadas y sofisticadas no tienen ninguna utilidad. Como tal, son fáciles de producir en masa a un coste muy barato y resultan perfectas para consumo de los turistas; cualquiera puede tener uno de estos objetos en su garaje. Así pues ¿cómo diferenciar una obra de arte auténtica de una pieza de refinado cinismo?

Para resolver estas dudas, parece lógico acudir a un experto como Bernard Dulon, que invierte grandes sumas de dinero en este tipo de obras y tiene su propia galería de arte étnico en París. Bernard afirma que distingue “de manera inmediata si una obra es auténtica o no” porque cada obra posee su propio “lenguaje estético, emocional y etnológico”. Otro marchante francés, Renaud Vanuxem, asegura poder diferenciar una pieza falsa de otra auténtica porque “aunque en apariencia no presenta defectos, en cuanto al sentimiento sí, pues es una obra sin alma”.

Nos encontramos de nuevo ante cuestiones metafísicas. La mayoría de la gente no cree que los humanos tengan alma, por no hablar ya de que un cuadro o una máscara africana la tengan. Sin embargo, los teóricos del arte quieren que aceptemos que las verdaderas obras de arte tienen alma y

las falsificaciones (u obras menores en general, esas como las que usted y yo podríamos crear) no la tienen. Pero ¿podría algún experto justificar esta diferencia? Denis Dutton, profesor de filosofía en la Universidad de Canterbury en Nueva Zelanda, director de la reconocida página web *Arts and Letters Daily* y autor del libro *El instinto del arte,* trató de explicar la diferencia en relación con uno de los mayores escándalos de la historia del arte: el caso de Hans Van Meegeren, un falsificador que durante décadas logró engañar a los entendidos creando copias cada vez más inverosímiles de Vermeer, el prestigioso pintor holandés del siglo XVII. Lo más extraordinario de dichas falsificaciones, copias o como quiera llamárseles, es que no eran copias de cuadros existentes, sino obras que Hans Van Meegeren creaba y presentaba como obras desconocidas y recién descubiertas del maestro flamenco.

Tal como expone el profesor Dutton (y él lo sabría bien) todas las copias tenían un estilo propio y no guardaban semejanza con otras obras conocidas de Vermeer. Pero, dado que la primera obra falsificada de Van Meegeren había sido incluida en el (supuesto) catálogo de obras de Vermeer, todas las obras posteriores parecía que también encajaban. ¡Así sucedió! Pero a decir verdad, dichas falsificaciones tenían más en común con el expresionismo alemán del siglo XX que con el estilo de Vermeer en el siglo XVII. El fraude no se debía a una falta de originalidad o de estilo propio, sino a que las obras estaban firmadas con un nombre falso. De hecho en este caso parecía que las copias sí que tenían alma, pero una bien distinta de la que se esperaba.

En fin, Hans Van Meegeren no debería haberse agenciado el nombre de un artista famoso. Ésta es la razón por la que su arte es, en definitiva, una farsa. Para los economistas y los marchantes esto basta para responder a la pregunta de qué es el verdadero arte.

Sea como sea, ¿cómo dar una respuesta convincente para el caso del arte tribal? Aquí no hay autores de renombre, sólo objetos misteriosos, motivos tradicionales y razones desconocidas. Algunos teóricos del arte creen que la diferencia esencial para discernir entre el arte tribal auténtico y las baratijas creadas para el turista es que las piezas verdaderas no muestran ningún interés por los occidentales, sino que están creadas para satisfacer unos propósitos especiales, esotéricos, es decir, propósitos que sólo conocen aquellos que comparten una misma tradición. Tal como afirma el galerista francés Denis Dutton, las mejores obras del arte tribal, ya sean africanas o de Nueva Guinea “muestran una falta de interés absoluto por nuestra percepción, más bien parecen estar creadas en otro mundo”.

Al fin y al cabo, las máscaras de chamanes africanos u otros objetos son juzgados como arte porque expresan algo importante para quienes los crearon y para el público al que iban destinados, público con el cual el artista comparte unos mismos valores. Del mismo modo se supone que la pintura occidental también es la expresión particular de una experiencia única.

Es fácil decir que la obra que un artista crea con la intención de ponerla pronto a la venta y saldar así la cuenta que tiene pendiente en el bar, es una obra poco auténtica porque no representa un verdadero esfuerzo por expresar un mensaje importante. La visión existencialista de la autenticidad a menudo se vincula a la noción de autenticidad esgrimida por filósofos y artistas en discusiones sobre estética. Filósofos existencialistas como Jean-Paul Sartre y Edmund Husserl (de los que te habla en el capítulo 12) conceden gran relevancia a la autenticidad, aunque esta afirmación no resulta demasiado clara. Para acabar de complicar las cosas, Sartre afirma que “lo real nunca puede ser bello” para después añadir “la belleza es un valor que se aplica sólo a lo imaginario... por eso es una necedad confundir la

moral con la estética". Literalmente, ser auténtico es ser real, no una copia.

Sin embargo, muchos de los grandes artistas se han visto obligados a ejercer de una manera no demasiado auténtica, apremiados a entregar bocetos y pinturas a grandes señores o ricos benefactores para no acumular deudas. De hecho, la libertad para crear lo que uno quiere es un fenómeno relativamente reciente y de la que algunos artistas actuales pueden disfrutar.

Hoy en día, algunos expertos en la materia alertan del peligro de aquello bautizado como *kitsch*, es decir, obras que utilizan los aspectos más formales o superficiales del arte con mayúsculas, que vienen adornadas con marcos espectaculares y que transmiten mensajes bastante simplones. Parece lógico suponer que este tipo de negocio nunca podría ser arte. Aun así, muchas de las grandes obras de arte se realizaban por encargo, ya fuera por la Iglesia o por el terrateniente local. Muchos de los mejores lienzos empezaron siendo elementales retratos de aristócratas que deseaban dejar constancia de sus éxitos en la vida. De ningún modo, por tanto, este marcado carácter comercial ha sido un impedimento para el éxito de estas obras.

¿Qué aspecto ha de tener el artista?

Un punto bastante espinoso (y con peligrosas implicaciones racistas) del arte tribal, las pinturas aborígenes, las máscaras africanas y todo tipo de arte étnico, es si este arte tiene un componente racial. Por ejemplo, ¿podría un australiano blanco pintar arte aborigen? Sin duda alguna parece más probable que el descendiente directo de cuarenta mil años de genes aborígenes pueda expresar con mayor autenticidad la significancia espiritual de los sueños que un artista occidental recién llegado. Pero ¿qué tipo de lógica es ésta? Al fin y al cabo, un australiano blanco podría acercarse con mayor sensibilidad a la cultura aborigen que un aborigen moderno que pintara sólo para ganarse unos cuartos y comprarse discos de rap. ¿Quién podría juzgar qué persona es más auténtica?

La censura de libros

Cualquiera que haya criado a un niño sabe lo importante que es controlar las influencias a las que queda expuesto. ¿Por qué? ¡Porque de lo contrario, podría acabar pareciéndose demasiado a ti! Platón es conocido por haber sido un gran aficionado a la censura. Su Estado ideal busca controlar todas las influencias que el pueblo puede llegar a recibir. El arte y la cultura quedan censurados no sólo para los niños, que así tendrán una educación más provechosa (y segura), sino para todos los ciudadanos de su idealizada república. Mucha gente se ha tomado en serio esta parte de su filosofía política, pues en la actualidad la censura sigue presente en muchos lugares del mundo. Los ordenadores e internet están introduciendo nuevas ideas sobre la privacidad y el control. Mientras la muy anunciada sociedad de la información se convierte en algo real, los diferentes órganos políticos y legisladores se esfuerzan por mantener el control.

Los chinos que usan internet están obligados a enviar sus comunicaciones a través de puertos y filtros especiales vigilados por el gobierno. Vietnam, Irán, Arabia Saudí y diversos Estados del golfo Pérsico han desarrollado sistemas de filtrado similares. El gobierno francés trata de reducir la presencia de la

lengua inglesa en las páginas de su ciberespacio, y en Estados Unidos, Alemania y Japón, los legisladores están continuamente luchando contra el material inmoral. En el Reino Unido, los niños están protegidos ante el inapropiado material que muchas veces llega a través del correo electrónico.

Es interesante observar que pocos países han logrado ponerse de acuerdo sobre de qué o de quién han de defender a sus ciudadanos. Tómese como ejemplo el caso de una biblioteca en el Reino Unido que tuvo que responder con celeridad ante las quejas de los padres, quienes criticaron que un libro sobre palizas infantiles y asesinatos de policías había ido a parar a la sección infantil. Pese a todo, el libro, *Punch and Judy*, era uno de los preferidos de los pequeños y estaba protagonizado por unas graciosas marionetas que han hecho reír a miles de niños desde hace mucho tiempo. Este ejemplo ilustra uno de los factores clave de la censura: lo que las autoridades necesitan controlar no es sólo el contenido del libro o del programa sino la reacción del lector o del espectador.

Apreciar el gusto estético

Los filósofos no se ponen de acuerdo a la hora de definir la belleza, lo cual no es algo inusual (tampoco concuerdan en decidir qué hace que una mesa sea una mesa, ni en el color de la nieve ni en infinidad de otras cuestiones). En la antigüedad se entendía que los elementos principales de la belleza eran la armonía, la proporción y la unidad. Hay quienes opinan que la evaluación de la belleza es un juicio estético y hay otros que no; algunos afirman que la belleza es algo objetivo que puede ser definido, como Platón hizo con su idea de belleza, pero otros sostienen que es algo totalmente subjetivo y que merece seria consideración.

Si los primeros están en lo cierto, entonces la belleza es una cualidad que está ahí fuera y que es comparable, digamos, a un color. Si, en cambio, los segundos tienen razón, la belleza queda asociada a meras respuestas emocionales. Tomás de Aquino creía en la objetividad de la belleza y dijo que “las cosas bellas son las que vistas agradan”. Immanuel Kant, por su parte, pensaba que era una cuestión personal aunque afirmase que la belleza “posee una universalidad y necesidad subjetiva”, tratando de otorgar a la belleza algún tipo de fundamento en la visión del mundo que tiene la gente.

En la actualidad, la belleza y la ética parecen ser ámbitos separados, especialmente debido al reciente interés artístico por todo lo grotesco y violento. Pero hasta no hace mucho la belleza solía enarbolar un elemento ético: ser bello era (a este respecto) ser bueno, ser mejor que feo. Por eso mismo, describimos una acción como bella o consideramos que una persona fea pero de carácter amable es una persona bella.

Examinar la estética, el arte y la belleza

En la Grecia clásica se vinculaba la belleza con la bondad. La locución *kalos kai agathos* (‘lo bello y lo bueno’) era la descripción canónica de los héroes homéricos, personajes como Odiseo de quien el viejo poeta Homero cuenta que llevó a cabo incontables hazañas, como la de acabar con un monstruo a mordiscos. Platón también vinculaba la belleza con la verdad, originando de este modo la histórica tríada filosófica de la verdad, la belleza y la bondad. Pero ¿qué relación guarda la belleza con la verdad y con la virtud? Al cristianismo siempre le ha molestado la facilidad con la que la belleza ha pasado por encima de otros valores, como hoy en día lo demuestra el hecho de que mucha gente guapa se las arregle mejor en la vida que los poco agraciados. A pesar de esto, los cuadros de temática religiosa suelen representar a Dios, a Jesús y al resto como hermosos seres y al Diablo, a Judas y a toda esa pandilla como una corte grotesca, fea y corrupta. Los encargados de seleccionar a los protagonistas de los *thrillers* también parecen tener ideas claras en torno a quién tiene pinta de ser el malo de la película y quién de ser una víctima inocente. ¿Quiere eso decir que los guapos sólo pueden cometer acciones bellas y los normales y los feos no?

Diez escándalos muy artísticos

En el diccionario de los entendidos, se llama “tensión creativa”, tanto en la música como en otras artes, al trabajo que indaga sobre los límites del público en cuanto a gustos. Además, hay mucho dinero en juego con esto de la tensión. He aquí diez ejemplos que ilustran ambos motivos:

✔ Pintura. *Almuerzo sobre la Hierba* de Manet, que retrata a un grupo de refinados aristócratas franceses de picnic en el campo, escandalizó al mundo del arte en 1862 porque una de las jóvenes aparece completamente desnuda.

✔ Pintura. *Lección de guitarra* (1934) de Balthus, que representa a un profesor acariciando las partes íntimas de una alumna desnuda, provocó un previsible revuelo. El artista manifestó que se trataba de una estrategia “para aguzar la sensibilidad del público”.

✔ Música. Jimi Hendrix, en 1969, hace una interpretación personal del himno de Estados Unidos en el festival hippy de Woodstock y causa un gran escándalo entre el público estadounidense.

✔ Cine. En 1974 la censura condena la película *Portero de noche*, que cuenta la historia de una relación amorosa entre un ex dirigente nazi y una joven y guapa prisionera (con *flashbacks* de revolcones en el campo de concentración y muchas escenas subidas de tono con atavíos nazis).

✔ Instalación. En diciembre de 1993 el obelisco de 50 metros de alto de la céntrica plaza de la Concordia en París aparece cubierto por un gran condón rojo fosforescente, obra de un grupo llamado ActUp.

✔ Literatura. En 1989 la novela de Salman Rushdie, *Los versos satánicos*, causa gran malestar entre las autoridades islámicas por sugerir que se ha hecho desaparecer algún fragmento del Corán. En 2005 unas viñetas de humor político sobre el islam en las que aparece el profeta Mahoma, provocan disturbios en diferentes ciudades musulmanas de todo el mundo, con el resultado de varios muertos.

✔ Instalación. En 1992 Damien Hirst, el artista inglés prontamente millonario, expone en una galería londinense un tiburón de 7 metros de largo en una enorme vitrina; fue la primera de una larga serie de exhibiciones de animales muertos conservados en formol.

✔ Escultura. En 1999 Sotheby’s, en Londres, vende un urinario de Marcel Duchamp como si fuera arte por más de un millón de euros (1.762.000 dólares) a un coleccionista griego. ¡El comprador seguramente había perdido la chaveta!

✔ Pintura. También en 1999 el cuadro de Chris Ofili *La Santísima Virgen María*, que representa el icono cristiano de la Virgen esculpido en mierda de elefante, levantó amplia controversia. Curiosamente fue prohibida en Australia porque (como el tiburón de Hirst) el artista estaba subvencionado por los Saatchi, quienes sacaban enormes beneficios por la controversia causada.

✔ Escultura. Gunther von Hagens, también conocido como Doctor Muerte, expone en 2008 en varias ciudades europeas una colección de cadáveres desollados colocados en posturas denigrantes, a la vez que reclama la calificación de arte para su proyecto.

En su obra *Una investigación sobre la belleza, el orden, la armonía y el diseño* (1725), Francis Hutcheson (1694-1746) argumentaba que reconocer un objeto como bello era cuestión de distinguir sus especiales cualidades estéticas de las reales o empíricas. Pensaba que la belleza de un objeto residía principalmente en su capacidad para afectar al observador de una u otra manera. Pero las diferentes clases (o géneros) de arte producen respuestas diferentes: la comedia y la tragedia, el arte exótico o la música... lo cual nos lleva a pensar que la respuesta estética o emocional de una persona depende no sólo del objeto en cuestión sino también del aspecto concreto de la obra que el espectador se detenga a considerar.

Immanuel Kant abordó cuestiones sobre la belleza y el gusto en su monumental y muy influyente *Crítica de la facultad de juzgar* (1790), argumentando que la belleza dependía de la apariencia, y con ella, de la forma y del diseño. En cuanto a las artes visuales sostenía que lo esencial no eran los colores, sino la forma que éstos crean; en música, lo importante era la relación entre los sonidos, no el timbre o el tono. El teórico del arte inglés John Ruskin (1819-1900) afirmaba, a su vez, que la belleza era esencialmente algo espiritual.

Todas estas consideraciones fueron muy influyentes en el siglo XIX, pero el XX trajo consigo una mayor preocupación por el contenido que por la forma así como un cuestionamiento ante la idea del arte y de la belleza como conceptos morales.

Glosa de la visión sublime de Kant

De aquí pasamos al poco valorado tratado kantiano sobre lo bello y lo sublime. Al pronunciar este último término deberíamos reforzar la entonación de la misma manera que lo hicimos cuando, en el jacuzzi, escuchando a Bach, decimos: “Cariño, pásame una copa de ese *sublime*, refrescante, espumoso, tonificante y filosófico Château Premier Cru.” En este estúpido ejemplo, unos pijos discuten sobre vinos y aunque la palabra parece hecha para hablar de arte elevado y de pijadas, no tiene por qué referirse exclusivamente a objetos artísticos: la música clásica es arte, el rap no. Volvamos a Kant, quien discurría sobre estos asuntos antes de que existieran férreas distinciones entre el arte elevado y bajo, entre el arte clásico y las manifestaciones artísticas populares. Kant se pregunta: ¿qué es lo sublime? Antes de dar una respuesta quedémonos con que la noche es sublime, el día es hermoso; el mar es sublime, la tierra es hermosa; el hombre es sublime, la mujer es hermosa, y así un largo etcétera. Muchos profesores escribían tratados de esta guisa en los tiempos de Kant, de hecho era una tarea casi obligatoria en aquella época.

El concepto “sublime”, término que procede del latín y significa ‘exaltado e inefablemente bello’, ha sido un elemento fundamental de las teorías estéticas sobre el arte y la filosofía occidentales desde que el desconocido esteta Longino recurriera a él en el primer siglo de nuestra era, hasta llegar a las formulaciones más explícitas a principios del siglo XVIII europeo.

El primer estudio sobre el valor de lo sublime es un tratado llamado *Sobre lo sublime*, en el que Longino describe profusamente que escuchar poesía griega clásica le produce sublimes sensaciones, algo así como emociones muy profundas, confundidas con el placer y la exaltación. Longino consideraba que el arte se basa en la metáfora, un punto que anteriormente ya habían señalado Platón y Aristóteles. Aunque fuera escrito en el primer siglo de nuestra era, el libro no fue publicado hasta 1554 (época en la que, cien años arriba o abajo, inventaron la imprenta).

A pesar de este retraso en la distribución de los libros, la influencia que ejerció Longino en el nuevo tema de moda en las artes, lo sublime, se prolongó hasta bien entrado el siglo XVII. Influyó tanto en el más radical canon literario francés como en las creaciones de los tipos británicos más conservadores, como el escritor John Dennis o el filósofo Anthony Ashley Cooper, conde de Shaftesbury. Todo ello muy sublime, "incapaz de ser descrito con palabras". Tan sublime como las caminatas que emprendían lord Cooper y, más tarde, John Dennis, por los Alpes. Precisamente en aquellos paseos estos nuevos *estetas* (amantes de la belleza) experimentaban por cuenta propia lo sublime. En los diarios de sus viajes comentaban el horror y la armonía de sus experiencias así como el salvaje tumulto de las maravillas de la naturaleza.

Fue John Dennis quien definió de modo específico la noción de "lo naturalmente sublime", o lo sublime tal como aparece en el mundo natural. John Dennis publicó sus reflexiones a finales del siglo XVII. En ellas daba cuenta de sus excursiones por los Alpes, en las que —contrariamente a sus primeros sentimientos sobre la belleza de la naturaleza, "un placer de acuerdo con la razón"— la experiencia del viaje resultó un placer para la vista (como la música lo es para el oído) pero "entremezclado con el horror y, a veces, casi con la desesperación". Por su parte, los apuntes del conde de Shaftesbury, reflejan más el gusto por la apariencia sublime de las montañas y por el asombro ante la infinitud del espacio —"el espacio me acongoja", señaló efusivamente—, y señala que lo sublime es algo de mayor calidad e importancia que la mera belleza.

Otro filósofo británico, Edmund Burke, prosiguió con el estudio del concepto de lo sublime en su libro *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* (1764). Por primera vez alguien esgrimía un argumento filosófico que señalaba que, a pesar de que lo sublime pudiera inspirar horror, también se podía obtener placer de dicha experiencia. De este modo, Burke liberaba la experiencia estética de su cómodo asiento tradicional en el reino de la belleza.

Cuando Immanuel Kant publicó su libro *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764), los filósofos coincidían en que lo sublime era muy diferente a lo bello en que era, de hecho, mucho mejor.

Semejante afirmación suponía un gran contraste respecto a la noción clásica de experiencia estética descrita por Platón y san Agustín. Para ellos, la belleza era la pureza de las formas y *lo* feo era sencillamente, la ausencia de belleza, la falta de forma, su no existencia. La fealdad era incapaz de generar sentimientos grandiosos.

Sin embargo, en su erudita explicación de la "Analítica de lo sublime" (una parte de su libro *Crítica de la facultad de juzgar*), Kant señaló las notables diferencias entre lo bello y lo sublime, y apuntó que la belleza "está vinculada a la forma del objeto y tiene ciertos límites", mientras que lo sublime

“se encuentra en los objetos sin forma” y no conoce límites.

En el capítulo titulado “Analítica de lo bello” (otra parte del libro *Crítica de la facultad de juzgar*) Kant afirma que la belleza no es una propiedad de la obra de arte o de los objetos naturales, sino la conciencia del placer que se siente tras haber emitido un juicio de gusto. Podría parecer que uno utiliza la razón para juzgar qué es lo bello, pero dicho juicio no es cognitivo (no implica ideas ni principios) “y, en consecuencia, no es lógico sino estético”. De hecho, Kant sostiene que el juicio de gusto es puramente subjetivo y se basa en “un sentimiento de satisfacción derivado de la presencia de un objeto”. Por otro lado, se trata de un placer desinteresado (es decir, un juicio objetivo) y cuanta más gente comparte esta idea de lo bueno, más universal es dicha idea.

Kant argumenta que mientras la belleza se relaciona con el entendimiento, lo sublime es un concepto que atañe a la razón “y muestra una facultad de la mente que sobrepasa todo canon de los sentidos”. Uno experimenta lo sublime cuando la imaginación se muestra incapaz de comprender la vastedad del infinito y toma conciencia de las ideas de la razón y de su representación de la ilimitada totalidad del infinito. Lo sublime te hace consciente de tu propia finitud (de lo pequeño y mortal que eres) así como también de la superioridad integral de la ley moral.

¡Un momento, profesor Kant! Mi único propósito era saber cómo diferenciar el arte bueno, la buena música y el buen cine del malo (y saber si esta diferencia, en realidad, importa). No parece que el sentimiento de finitud desempeñe un papel esencial para trazar la diferencia. Sin duda, un paseo por los Alpes puede hacernos sentir nuestra finitud pero muchas nuevas formas de arte “feo” parecen dirigirse más bien en la dirección contraria: empequeñecer el mundo y lograr que el artista se sienta alguien importante. Afortunadamente para Kant, éste no pudo ver lo que hicieron algunos artistas posteriores con lo sublime.

Reconocer la trampa de la belleza

En Estados Unidos la gente invierte más dinero en belleza que en educación o en servicios sociales. En países como Brasil, el ejército de señoritas vendedoras de productos Avon es más numeroso que los grupos de feos militares. La belleza hace triunfar ciertos productos a través de la publicidad y decide el éxito o el fracaso de películas, programas de televisión, grupos de música y, cada vez en mayor medida, de actividades de la vida real como la política, los deportes o los negocios.

La belleza no es sólo un tipo de mecanismo evolutivo, sino también y esencialmente un mecanismo para la vida social y política, tal como señala la investigadora cognitiva Nancy Etcoff, autora de libros como *La supervivencia de los más guapos* (2000). Ignorar el poder de la belleza es como tratar de ordenar a la marea que retroceda y que siga nuestra voluntad. En lugar de ello, Etcoff sugiere que es una “tarea improrrogable para la civilización en el siglo XXI aprender a vivir con la belleza y devolverla al reino del placer”.

El filósofo francés Maurice Merleau Ponty, en un artículo bastante aburrido titulado “Primacía de la percepción” (1976), sitúa firmemente “la imagen del propio cuerpo” en el centro de su filosofía y argumenta que el cuerpo “forma nuestro punto de vista del mundo” y es “la forma visible de nuestras

intenciones”. Cuando esta imagen de nosotros mismos se distorsiona, las consecuencias son enormes. Se puede atribuir a la noción de belleza toda suerte de efectos malignos (desórdenes alimenticios, ansiedad, estrés, baja autoestima, acoso sexual, incesto y violación) y negar la existencia de sus efectos positivos.

En un ensayo reciente, *El mito de la belleza*, Naomi Wolf describe cómo ha variado el ideal de belleza a lo largo de la historia y cómo “las cualidades que en determinado período se consideran bellas para una mujer son meros símbolos del comportamiento que dicho período considera deseable para la mujer”. Naomi señala que este comportamiento se debe a que durante milenios de evolución las personas han estado programadas para seleccionar a la pareja más fértil. Los hombres buscan a mujeres con una silueta parecida a un reloj de arena porque así tienen muchas posibilidades de que sean lo suficientemente maduras para tener hijos, pero lo suficientemente jóvenes para no estar ya preñadas o en período de lactancia (en cuyo caso, no son fértiles). De modo parecido, las mujeres buscan hombres altos, de fuertes mandíbulas, morenos y guapos, rasgos que representan (afirma ella) no sólo su masculinidad sino la capacidad de criar hijos. Por otra parte, el hecho de que muchas mujeres utilicen maquillaje y estén continuamente a dieta significa que se han acogido a un nuevo culto religioso: el culto de los cuerpos bellos.

Respeto por la cruenta posición de Nietzsche

Platón pensaba que el arte debía reflejar la belleza en el mundo (imitarla), idea que siguieron la mayoría de los artistas europeos hasta Nietzsche. Algunos filósofos señalan que los cambios introducidos en los estilos artísticos con la llegada de los impresionistas y más tarde de los surrealistas (quienes transformaron el mundo para adecuarlo a sus valores y prioridades) se deben, en gran medida, a la influencia del pensador alemán.

En sus escritos, Nietzsche argumenta que el arte tiene que invitar a pensar (el espectador no debe recibirlo pasivamente) y que, si no es así, no es arte de verdad.

En un célebre párrafo de *Humano, demasiado humano*, explica:

> *“El arte debe ante todo y en primer lugar embellecer la vida, es decir, hacernos a nosotros mismos soportables, a ser posible agradables, para los demás; con esta tarea a la vista, nos modera y refrena, crea formas de trato, impone a los individuos leyes de decoro, de aliño, de cortesía, de hablar y callar en el momento oportuno. El arte debe además ocultar o reinterpretar todo lo feo, eso penoso, terrible, asqueroso que, pese a todos los esfuerzos, vuelve siempre, dado el origen de la naturaleza humana, a irrumpir; debe proceder así sobre todo por lo que respecta a las pasiones y los dolores y las angustias del alma, y dejar transparecer en lo inevitable o irremediablemente feo lo significativo. Tras esta grande y aun enorme tarea del arte, el llamado arte apropiado, el de las obras de arte, no es más que un apéndice: un hombre que sienta en sí un excedente de tales fuerzas embellecedoras, ocultadoras y reinterpretadoras acabará por intentar descargarse también de este excedente en obras de arte; lo mismo que, bajo ciertas circunstancias, todo un pueblo. Pero hoy en día el arte se empieza habitualmente por el final, uno se agarra a su cola y cree que el arte de las obras de arte es lo apropiado a partir de lo cual debe*

ser mejorada y transformada la vida. ¡Necios de nosotros! Si comenzamos por el postre y paladeamos golosinas y más golosinas, ¿qué tendrá de extraño que nos estropeemos el estómago e incluso el apetito para la buena, fortificante, nutritiva comida a que el arte nos invita?”

Elegir entre el arte prohibido y el arte permitido

Actualmente, muchos padres están preocupados porque sus hijos consumen cómics manga que suelen contener una gran carga explícita de sexo y violencia. Estas preocupaciones no son recientes, pues desde hace millones de años existen esculturas y pinturas rupestres. Desconocemos si nuestros predecesores permitían el libre acceso a estas obras de arte y, si no era así, qué motivos alegaban para impedir la entrada. Sin duda, en tiempos recientes, otro tipo de arte igualmente atrevido ha suscitado enorme polémica, por ejemplo los folletines y las noveluchas de a un centavo que en la Inglaterra del siglo XIX desplegaban historias sensacionalistas de robos y asesinatos.

Estas historias en las que abundaba el sexo y la violencia escandalizaron y preocuparon a los decentes ciudadanos de la época victoriana. Temían (como Platón, y a diferencia de Aristóteles, quien pensaba que estas historietas tenían un efecto catártico) que esta clase de entretenimiento despertara pensamientos violentos y pensaban que su deber era evitar que las almas tiernas acabaran leyendo esos cuentos que narraban las batallas de jóvenes harapientos contra la policía y la aparición de cadáveres en las alcantarillas. En 1890, un periodista advertía de que “toda esta basura sucia e incivilizada circula a millares cada semana entre jóvenes que son muy influenciables, por lo que no sorprende que las autoridades tengan que lamentar un incremento de la delincuencia juvenil”. Existían pruebas para compartir los temores victorianos: la historia del amor no correspondido de Werther por la deliciosa Lotte en *Las desventuras del joven Werther* de Wolfgang von Goethe (1780-1833), que acaba con el trágico suicidio del héroe protagonista, provocó una avalancha de suicidios similares a principios del siglo XIX.

De este modo, muchas reconocidas figuras sociales de la época se dedicaron a tratar de erradicar lo que ellos consideraban una plaga de literatura pervertida. Uno de ellos, James Greenwood, escribió:

> *“Existe una plaga que está arraigando de forma cada vez más profunda, semana a semana, en tierras inglesas, en especial en la metrópoli, y que florece a una velocidad trepidante, produciendo gran cantidad de frutos que pronto se pudren, desparramando su hedor por carreteras y caminos, tentando a los ignorantes y a los desprevenidos, cultivando muerte y miserias del todo inefables.”*

Entre los títulos más populares (tal vez dejando ver la carencia de ideas) estaban *Sweeny Todd*, *El barbero demoníaco de la calle Fleet*, *Jack pie-de-muelle*, *El terror de Londres*, *Jack tres dedos*, *El terror de las Antillas*, por no mencionar a los *Jinetes de la Luna del parque Hounslow* o al *Rey de los niños piratas, el almirante Tom*. “Historias indignas, todas ahítas de vicio y de perversión cuyo rasgo más admirable, teniendo en cuenta la virulenta naturaleza de sus contenidos, es su muy limitada extensión”, escribía Greenwood en 1874.

No obstante, gente como H. G. Wells o Noel Coward eran ávidos consumidores de tan sabrosas exquisiteces e incluso llegaron a alabar abiertamente dicho género. En estas historias, los personajes vagaban por graneros abandonados y estanques cubiertos de algas, dormían entre los árboles en bosques solitarios, veían el reflejo de la Luna en las aguas a la vez que, por ejemplo, contemplaban serenamente cómo se hundía un cadáver mientras la corriente lo arrastraba, por no hablar de la celda en la que el condenado esperaba su hora sin poder evitar oír el rechinar del mecanismo de la horca.

Hoy podría parecer material más bien inocente, comparado con las cosas de las que es capaz la actual tecnología a la hora de presentar placeres horrorosos para que el *voyeur* pueda presenciar “pesadillas de pura depravación”, tal como afirmó un candidato presidencial en el año 1995.

Hollywood y la violencia

En los años treinta, una serie de películas que supuestamente ensalzaban a los gánsteres americanos causó una conmoción moral parecida a la de las historietas sensacionalistas de la época victoriana. Una de estas películas, *The James Boys as Guerrillas*, describía la historia (en parte basada en hechos reales) del enfrentamiento de los chicos del título con los federales. Se estrenó, además, en una coyuntura en la que se perseguía a estos chicos rebeldes. Había también otro tipo de ejemplos de pésimo comportamiento, como podían ser Bonny y Clyde e incluso Robin Hood.

Un nuevo código propuesto por Will Hays, un magnate del cine con conexiones políticas, ayudó a solucionar el problema. Los directores se vieron obligados a rodar escenas adicionales en las que se veía a grupos de ciudadanos preocupados por la violencia o al jefe de los malhechores muriendo al final de un modo poco edificante. De cualquier modo, para muchos estadounidenses, que los protagonistas fueran precisamente los criminales era ya una afrenta.

Afortunadamente, pasados unos años, Hollywood (salvaguardado por organizaciones como la “legión por la decencia”) trató de reinventar el género para que las persecuciones automovilísticas y los tiroteos fueran protagonizados por agentes de la ley, convirtiendo así la violencia en algo completamente ético.

Actualmente, muchas de las preocupaciones de la gente ya no tienen que ver con lo que se representa, sino con todo lo que comporta la producción de ciertas escenas de sexo, violencia u horror. Las llamadas *snuff movies* contienen grabaciones bastante desagradables que muestran, por ejemplo, el asesinato de personas o de animales reales; al morbo de las imágenes en sí ha de sumársele el morbo de que la grabación de estas imágenes sea un delito. Bien saben los programadores televisivos, al fin y al cabo, que existe un mercado para espectadores que prefieren sucesos lamentables pero reales, antes que la habitual sofisticación técnica. Igualmente, siempre se ha preferido que las imágenes de sexo (que por alguna extraña razón suelen venir censuradas junto con todo lo criminal y lo violento) sean reales y no ficticias. La película *Romance* (1999) y la escandalosa película francesa *Baise Moi* (2002), en la que una violación impulsa a dos mujeres a una carrera de violaciones y mutilaciones, puso en entredicho esta tendencia confundiendo a los censores, que no sabían bien si prohibir la película por sus escenas de sexo real, crudamente representado, o por sus imágenes ficticias de aislados momentos de violencia.

La censura es parte de la vida social, algo inevitable y deseable. Por ejemplo, las reglas que determinan por dónde se puede y no se puede andar desnudo son una forma de censura. A nadie le gustaría encontrarse en la puerta de su casa al lechero en pelotas (por más que a cierta gente le excite la idea de encontrárselo desnudo en su dormitorio). Cuando existe una amplia aceptación de determinada norma apenas se repara en ella, pero cuando una minoría se opone a ella, es improbable que el censor encuentre un argumento racional que afiance su posición. Tal como señaló Bertrand Russell en *Ensayos escépticos*: “Es evidente que ‘obscenidad’ no es un término que pueda tener una definición legal muy precisa; en el juzgado, obsceno es todo aquello que escandaliza al magistrado.”

En nuestros días, la violencia es casi indispensable pero las distintas opiniones sobre el grado de desnudez permitido en las iglesias (hablamos aquí de la decoración más que de los parroquianos)

siempre fluctúa. Miguel Ángel tuvo que lidiar para que aceptaran que, en términos artísticos, la forma humana es divina y no precisa de tapujos, en especial no los necesita cuando se la representa en los cielos. A pesar de su argumento, se colocó una hoja de higuera en las partes de sus estatuas y de sus frescos.

Actualmente, el movimiento feminista y otros movimientos sostienen que las obras de arte clásico que representan a mujeres desempeñando papeles sugerentes, o simplemente desnudas, deberían ser retiradas y debería prohibirse su exhibición en instituciones públicas como las universidades o las bibliotecas. De hecho apenas existe consenso respecto a qué constituye una representación discriminatoria o degradante. La censura del cuerpo femenino se extiende desde la prohibición casi total en ciertos países islámicos hasta una amplísima legalidad en algunas jurisdicciones laicas.

Parece que las sociedades que tratan de evitar que las mujeres se conviertan en objetos sexuales a través de la imposición de leyes muy estrictas sobre indumentaria o relaciones sociales (que limitan su derecho a hablar con otras personas o a entrar en ciertos edificios sin una compañía masculina) no logran proteger a dichas mujeres de la violencia verdadera como, por ejemplo, la de acabar asesinadas por miembros de su propia familia. Tanto el anuncio de una mujer enseñando “un poco de carne” como la violencia contra la mujer de la pornografía parecen ser una justificación de peso para la censura. Esta vigilancia contrasta con la violencia de los censores en las administraciones del Afganistán talibán quienes se dedican a promover la virtud y a exterminar el vicio de cuajo. Teniendo en cuenta el limitado rol que las mujeres desempeñan en estas sociedades que “las protegen” de dicha violencia, ciertos grupos feministas condenan la censura del cuerpo femenino como reaccionaria y opresiva.

Cuando en la década de 1990 se constituyó un estado fundamentalista en Afganistán, una de las primeras medidas consistió en la creación de un “Ministerio para la Propagación de la Virtud y de la Prevención del Vicio”. Decretaba la prohibición de la televisión, la música, así como de fotografías de personas que, por ejemplo, se afeitaban o que mostraban algo de carne en público. Al igual que obligaba a las mujeres a cubrirse desde la cabeza hasta los dedos de los pies (e incluso a quedar encerradas en casa a menos que saliesen acompañadas por un hombre), exigía a los hombres, por ejemplo, llevar pantalones largos cuando jugaban al fútbol.

Los británicos y el sexo

En el famoso juicio de 1959 conocido como el caso de “El amante de lady Chatterley”, el abogado Maervyn Griffith-Jones preguntó al tribunal británico si la novela del muy respetable intelectual D. H. Lawrence era el tipo de literatura que “los ingleses querían que sus mujeres y sus criados leyeran”.

Esta pregunta retórica no hizo mella en la sala y el jurado decidió que el señor Griffith-Jones exageraba los riesgos que el picante libro de D. H. Lawrence representaba para la sociedad. El veredicto supuso un duro golpe para quienes abogaban por reducir la indecencia de ciertas manifestaciones, pues esta causa perdió el caso y D. H. Lawrence pasó a ser considerado como paladín de la libertad de expresión artística. De hecho, la opinión pública se negó a aceptar que la novela fuera indecente y en la actualidad se la acepta como obra fundamental de la literatura.

En 1993, sin embargo, un proyecto de ley independiente en la Cámara de los Comunes logró ganar la batalla por la decencia en el caso de los *video nasties* (películas como *El asesino del taladro* o *Escupo sobre tu tumba* de contenido sexual o violento explícito). El ministro de Cultura la época, David Mellor, apoyó fervientemente el proyecto de ley, declarando: “Nadie

tiene derecho a escandalizarse ante un delito sexual, la violación sádica de un niño o un robo a un pensionista si no estamos preparados en principio para retirar vídeos indecentes de los comercios". Este proyecto de ley, junto con el posterior proyecto de ley de justicia penal, significó nada menos que "un retorno a la censura responsable", que respondía a un deseo popular, tal como anunció ese férreo guardián de la moral inglesa que es el periódico británico *Daily Mail*.

Diotima y el sexo de los griegos

Aunque haya muy pocas mujeres que sean recordadas en la historia de la filosofía, *El banquete* de Platón nos presenta a una importante mujer filósofa, Diotima, que le da una lección a Sócrates, ¡quien por una vez se digna a escuchar y recibir enseñanzas! Sócrates pide a Diotima que le explique algunas cosas sobre la belleza, a lo que ella responde señalando que la atracción por lo bello, y en especial por los cuerpos desnudos, es una etapa fundamental pero que debe ser superada en aras a alcanzar un fin más elevado. Llega a afirmar que existe un vínculo natural entre la contemplación de un cuerpo desnudo y el deseo de hacer el amor con él: se trata del deseo inconsciente de buscar la belleza eterna. De este modo, la atracción sexual y la belleza están estrechamente vinculadas.

Diotima advierte a Sócrates de que un filósofo sabio puede "enamorarse de la belleza de un cuerpo en particular" pero debe ser capaz de descubrir que esa belleza que en primer lugar le atrajo hacia el amado es la misma que le atrae hacia otro amado, pues la belleza del amado forma parte de una belleza superior, eterna. De hecho, el filósofo debe comprender (aquí Diotima le da una brizna de esperanza al feúcho de Sócrates) que la belleza de los cuerpos mortales es incomparable con la belleza del alma, "por lo que allá donde encuentre la belleza espiritual, por poco agraciada que sea la carcasa del cuerpo que la acoge, será belleza suficiente para enamorarse...". Continúa diciendo que el filósofo encuentra la belleza en las leyes, en las instituciones e incluso en los objetos y que "explorando los amplios horizontes de la belleza", el filósofo escapa de "la devoción servil del amor individual" hacia una sola persona o una sola creación humana. Al dirigir la mirada "al ilimitado mar de la belleza", el filósofo encuentra "una cosecha dorada de filosofía" en torno al conocimiento de lo bueno.

Poner a prueba los límites de la libertad de expresión

La necesidad de establecer ciertos límites a la libertad de expresión puede ilustrarse con el típico ejemplo de la mujer que, en tono de broma, grita en el cine "¡Fuego, fuego!" y ve cómo la gente huye en estampida mientras algunos mueren aplastados. Las palabras también son acciones y de ciertas acciones es de lo que se debe defender al público. No obstante, esto mismo es lo que argumentaban los moralistas de la época victoriana.

Prohibición de la incómoda música pop

A la mayoría de la gente no parece incomodarle que los futbolistas lleven pantalones cortos, pero ¿podemos decir lo mismo sobre algunas canciones pop que alientan la violencia contra las minorías? En octubre de 2001, la policía alemana pertrechó una redada (como es costumbre) contra uno de los grupos más conocidos y reconocidos de música pop.

El grupo se llamaba Landser, una palabra antigua para designar a un soldado alemán de poco rango, una clara referencia a “los buenos tiempos” de la primera y de la segunda guerra mundial. El grupo ya había tenido que vérselas con los censores por su primer nombre, Solución Final, alusión no del todo inocente a las intenciones de Hitler de matar a millones de judíos y de eslavos. Sin embargo, al grupo se le permitió titular su primer àlbum *Das Reich Kommt Wieder* (El Reich volverá). Este disco estaba repleto de canciones que incitaban a la violencia contra los extranjeros, los judíos, los gitanos y los opositores políticos (como en los viejos tiempos), pero una de las canciones requirió de nuevo el juicio de los censores.

A pesar de su militancia neonazi, el grupo esgrimía su derecho a la libertad de expresión y resaltaba la calidad de la canción, que tal vez para ellos era “una obra de arte”. No hubo lugar a la sorpresa y perdieron el caso, lo cual no quiere decir que, como en muchas otras ocasiones, no se beneficiaran de la publicidad que el asunto generó.

En 2002, el Tribunal Supremo de Estados Unidos, encargado de defender los derechos de los ciudadanos, tuvo que legislar este tipo de cuestiones; en especial tuvo que pronunciarse sobre si el derecho a la libertad de expresión ampara a quienes, como el Ku Klux Klan, portan cruces de fuego para intimidar a los estadounidenses negros. El Tribunal tomó como modelo una ley de 1919 que declaraba que allá donde existiera “un riesgo claro y presente” de delincuencia, ni siquiera ciertas palabras serían toleradas. ¿Todos contentos? No olvidemos que esta ley de 1919 hacía referencia a las campañas de los pacifistas que se manifestaban contra el alistamiento en la primera guerra mundial.

Volver a la naturaleza

Muchos de los filósofos que hoy consideramos un ejemplo de cordura y de raciocinio en un mundo completamente desorganizado y esquizofrénico son, si se les conoce mejor, no sólo un tanto excéntricos sino totalmente irracionales. David Henry Thoreau, un anarquista que vivía en un cobertizo junto a un estanque y que se ganaba la vida fabricando lápices, parece, incluso a primera vista, un auténtico loco.

Thoreau (1817-1862), nacido en Concord, Massachusetts (en términos medioambientales, situado en la zona de bosque templado en la Costa Este de Estados Unidos), es conocido por ser el poeta laureado de la naturaleza.

En la entrada del 7 de enero de 1857 de su diario, Thoreau escribe sobre él mismo:

"En la calle y en la sociedad soy casi invariablemente vulgar y disipado, mi vida es indeciblemente miserable. Ninguna cantidad de oro ni de respetabilidad podría redimirla en lo más mínimo, ¡ni cenar con el gobernador ni con un miembro del Congreso! Pero sólo en los bosques o en los campos distantes, en las sencillas plantaciones o en los pastos rastrillados por los conejos, incluso en un día triste y desapacible, como éste, cuando un aldeano estaría pensando en su cabaña, yo pienso en mí mismo, y una vez más me siento bien acompañado, y siento que el frío y la soledad son amigos míos.

"Supongo que este placer, en mi caso, es equivalente al que otros obtienen yendo a la iglesia y rezando. Yo llego a casa, a mi bosquecillo solitario, como llega a su casa el nostálgico. Así prescindo de lo superfluo y veo las cosas como son en realidad, grandes y hermosas."

Paseo por los bosques con Thoreau

Thoreau fue un radical político educado, naturalmente, en Harvard. Tras adquirir los fundamentos básicos de un filósofo convencional (retórica, lectura de los clásicos, matemáticas, etc.) regresó a su ciudad natal donde formó parte de un grupo de escritores que incluía a Ralph Waldo Emerson, líder del movimiento conocido como "trascendentalismo de Nueva Inglaterra". Este movimiento, con rasgos de culto, defendía que uno se comunica con el alma a través de la naturaleza.

En 1845 Thoreau se mudó a un pequeño cobertizo de madera, a una media hora andando desde su casa, al que llamaba su "cabaña de troncos". El cobertizo estaba situado a orillas del estanque Walden, que no es precisamente un estanque, sino un lago en mitad de los bosques (los estanques no son muy grandes y, según relataban los locales, éste era profundísimo). A Thoreau le podemos agradecer una humilde contribución al mundo del conocimiento humano: descubrió que el lago tenía 30 metros de profundidad. No está claro por qué fue a vivir allí, pues no era un lugar especialmente apartado, pero lo cierto es que Thoreau alababa tanto los bosques en estado supuestamente puro como "la campiña cultivada parcialmente". En la entrada de su diario del 1 de noviembre de 1858 escribe:

"Toma el camino más corto y quédate en casa. Un hombre vive en su valle natal como una corola en su cáliz o una bellota en su cáscara... Aquí, por supuesto, está todo lo que amas, todo lo que

esperas, todo lo que eres. He aquí la novia que has escogido, tan cerca de ti como es posible. He aquí lo mejor y lo peor que puedas imaginar. ¿Qué más quieres? Los tontos imaginan que lo que imaginan está en otro sitio.”

La experiencia de vivir en soledad en un cobertizo en los bosques le inspiró a la hora de escribir un nuevo libro, *Walden, la vida en los bosques*, que combina elogiosas descripciones de los bosques con observaciones de condena hacia la naturaleza humana y la sociedad, a la que tilda de “masa de hombres que llevan vidas de silenciosa desesperación”. *Walden, la vida en los bosques* empieza declarando que la mayoría de la gente desperdicia su tiempo tratando de adquirir bienes materiales en vez de vivir con sencillez (Platón ya se quejaba de esto) y que incluso los que dedican su tiempo a la lectura se entregan a novelas modernas en vez de disfrutar con Homero o Esquilo (aquí se nota la influencia de Harvard). Afortunadamente, según prosigue la historia, Thoreau va descubriendo que la naturaleza, en todo su esplendor, con todos sus misterios, acaba por ser mucho más interesante que los clásicos griegos. Ésta es una de las razones por las cuales sus diarios son más importantes que sus libros.

En cada entrada de su diario se observa un doble proceso. En primer lugar, Thoreau registraba con esmero sus observaciones respecto a qué tiempo hacía, qué plantas florecían, cuál era la profundidad del estanque Walden y cómo se comportaban los animales con los que se encontraba. Después, trataba de identificar y describir el significado estético y espiritual de lo que había observado. En sus páginas, Thoreau recuerda con aprobación la historia de aquel viajero que le pidió a la criada de Wordsworth que le mostrara el estudio del maestro, ante lo que ella dijo: “ésta es su biblioteca, pero el estudio es al aire libre”. Lo mismo se podía decir de Thoreau.

Valorar las maravillas de la naturaleza

Los científicos concuerdan en que los humanos nos encontramos en el centro de lo que llaman la sexta gran extinción. La última ocurrió hace sesenta y cinco millones de años y tuvo como consecuencia la extinción de los dinosaurios. En esta ocasión, se están extinguiendo de la faz de la Tierra todo tipo de criaturas, en especial mamíferos. Dicha extinción empezó hace unos cincuenta mil años, a causa del éxito inevitable de una de las especies, que empezó a multiplicarse y a extenderse por toda la Tierra, matando y destruyendo a medida que se desarrollaba. Alfred Russell Wallace (1823-1913), olvidado coautor de la teoría de la selección natural, escribió: “Vivimos en un mundo zoológicamente empobrecido, en el que las especies más grandes, más fieras y más extrañas han desaparecido recientemente.” Criaturas como algunas aves no voladoras, de las que el dodo es el caso más claro, han sido sus víctimas, al igual que el rinoceronte lanudo, el mamut o el lobo de Tasmania, así como algunas variedades del canguro gigante, de perezosos terrestres e incluso tortugas del tamaño de un coche. Añadamos el triste ejemplo de los hipopótamos pigmeos, que están en riesgo de extinción.

Un filósofo ecologista con gran gusto estético, Holmes Roston, escribe:

“Millones y millones de años de esfuerzos creativos y varios millones de especies de larga vida, han sido puestos al cuidado de una especie tardía en la que ha emergido la mente y la moral. ¿No

podría esta única especie moral hacer algo que no fuera buscar su propio beneficio, algo que no fuera considerar todo lo que produce el ecosistema evolutivo como meros remaches para sus naves espaciales, recursos para sus despensas, materiales para el laboratorio o divertimentos para su tiempo libre?

”... Si fueran fieles a su epíteto específico, ¿no debería el Homo sapiens valorar toda esta hueste de especies como algo digno de preservar solo por su valor mismo? Hay algo newtoniano (no einsteiniano) aparte de algo moralmente ingenuo, en vivir en un marco de referencia en el que una sola especie se erige como absoluta y valora todo lo demás según su propia utilidad.”

El dodo no era más que un ave pero ¿cuántas especies son necesarias? ¿Las mínimas para que los zoológicos puedan seguir funcionando, con los últimos pandas y los últimos koalas? ¿Algunos ejemplares para que las futuras generaciones los puedan ver y, si tienen oportunidad, reintegrarlos a la vida salvaje? Actualmente los científicos investigan la manera de almacenar el ADN de especies raras para, si se extinguieran, poder resucitarlas; de este modo, no se necesitarían los animales vivos, sino todo un ecosistema de probetas.

De igual modo, estas pruebas de ADN revelan que todos los animales somos bastante parecidos. Los seres humanos están íntimamente relacionados no sólo con los monos sino también, por ejemplo, con las arañas y con las caléndulas. Los humanos no somos más que organismos vivientes a base de carbono. ¿Qué significa, por tanto, toda esta cháchara sobre salvar esta especie o aquella otra? Probablemente se trate, más que nada, de una prioridad estética. No parece que el mundo necesite a los dodos siempre que Trafalgar Square siga atiborrada de palomas. Tal como Darwin señaló en *El origen de las especies*:

“Muchos años atrás, cuando comparaba y veía cómo otros comparaban las aves de las distintas islas del archipiélago de las Galápagos entre ellas, y con otras del continente americano, me sorprendía muchísimo lo vaga y lo arbitraria que es la distinción entre especies y entre variedades.”

Salvemos al gato marsupial

La mitad de las especies de mamíferos que se han extinguido a lo largo de la historia tenían un hábitat común: Australia, un país rico. Australia es la isla refugio original en la que muchos animales que no se encontraban en ninguna otra parte del mundo vivían y se criaban... hasta hace apenas cien años.

Un total de ciento veintiseis especies de plantas y animales han dejado de existir en Australia en apenas doscientos años. Actualmente, la extinción es parte de nuestro mundo natural. Sin embargo, en circunstancias normales, este alto nivel de destrucción se prolongaría durante un millón de años. No sólo el dodo, además del alca gigante o el lobo marsupial (el último falleció en el zoo de Hobart en 1936) se han extinguido, sino que especies que solían ser abundantes en los pantanosos prados del sur de Australia, como el canguro *Macropus greyi* o el canguro rata del desierto, ya sólo existen en los álbumes fotográficos. Del mismo modo, el gato marsupial, la rana de las cataratas, el bandicut dorado, el canguro rata de cola de escoba, el loro cuatro ojos de los higos o el dragón del bosque de Boyd están esperando en sus hábitats cada vez más reducidos a que los incendios, las motosierras o las excavadoras acaben con ellos.

El proceso que estamos viviendo hoy, o mejor dicho, en el que estamos participando, es un proceso cíclico de reducción de la biodiversidad. En anteriores ocasiones, las extinciones se debían al cambio climático o a ciertas transformaciones geológicas o a cambios en los cielos. La causa de lo que vivimos hoy se encuentra en el trato que la humanidad concede a la naturaleza, es decir, en la destrucción por parte de los humanos de todo lo que existe en busca de la satisfacción inmediata de nuestras necesidades.

Aun así, ¿realmente queda tan poco espacio en la Tierra para las otras especies? Aldo Leopold escribió sobre las insaciables exigencias del progreso:

> *“En una ciudad en la que hubiera seis solares disponibles para que los jóvenes de esa ciudad jugasen con el balón, podríamos hablar de progreso si se construyeran casas en uno o en dos o en tres o en cuatro o incluso en cinco de esos solares. Ocupar ese último solar significaría entonces que habríamos olvidado para qué sirven las casas. Ya no podríamos hablar de desarrollo o de progreso sino de estupidez o de escasez de miras. El desarrollo, como la virtud para Shakespeare, que crece y se convierte en pleuresía, muere de sobreabundancia.”*

Parte V

Filosofía y ciencia



—ME GUSTARÍA PRESENTARTE A PITÁGORAS JOHNSON, A ARISTÓTELES SUTTON, A PLATÓN HINKS, A DEMÓCRITO WILFORD, A HEGEL SMITH, A DESCARTES MITCHELL...

En esta parte...

“No me compré un libro de filosofía para aprender una ciencia vieja y aburrida”, me explicaba el otro día uno de mis fans en una carta. Es cierto que mucha gente quiere conocer precisamente eso, las últimas teorías sobre el universo —la cosmovisión científica—, y dejar a un lado esos rollos sobre la historia de las ideas. En esta sección, trataremos de satisfacer ambos gustos, pues aunaremos de nuevo esas dos partes de la filosofía tan frecuentemente separadas. ¿Qué hay del resultado? Para cuando se acabe el libro tendremos “una teoría para todo” y lo habremos aclarado, definido y organizado absolutamente todo. Todo, lo prometo. Y si esta parte del libro no acaba haciendo de ti un escéptico respecto a las habilidades necesarias para lograr esta hazaña, entonces nada lo hará.

Capítulo 17

De la antigua ciencia a la filosofía moderna

En este capítulo:

- Despedazar el mundo con Tales y Demócrito.
- Reflexionar sobre la naturaleza con Platón y Aristóteles.
- Entender por qué la teoría de Darwin es el eslabón perdido entre la ciencia y la filosofía.
- Buscar la polémica con Galileo.

Los argumentos más sólidos no prueban nada a no ser que las conclusiones se verifiquen mediante la experiencia. La ciencia experimental es la reina de las ciencias y el objetivo de toda especulación.

Roger Bacon

Los antiguos filósofos parecen estar en boca de todo el mundo, pero ¿quién ha oído hablar de los antiguos hombres de ciencia? Las palabras, no obstante, bien pueden confundirnos: hasta finales del siglo XVIII, lo que hoy en día se llama ciencia era el tema central de la filosofía. De igual modo (aunque resulte confuso), lo que entonces se llamaba ciencia era, en verdad, filosofía o “conocimiento de lo que es necesariamente verdadero”. Pero después de Isaac Newton —quien propuso una nueva manera de nombrar y de definir las cosas— se empezó a hablar de física y también de ciencia. Tanto Aristóteles, Kant y Descartes (en el equipo de los filósofos) como Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon y Newton (en el equipo rebautizado como el científico) estudiaban la filosofía de la naturaleza, como entonces se la llamaba.

En este capítulo echaremos un vistazo a los primeros intentos por entender ciertos sucesos y acontecimientos del mundo cotidiano, desde la gravedad hasta el fenómeno de la luz, desde los átomos hasta el mismísimo vacío (o la nada). También nos acercaremos a la ciencia de un modo más convencional a través, por ejemplo, de los esfuerzos de Newton y Darwin por entender la naturaleza mediante hipótesis sobre nuevas leyes y mecanismos subyacentes.

Teorías para todo con los primeros filósofos griegos

El principio rector de la ciencia es que el mundo sigue ciertas reglas, las cuales se pueden identificar e investigar. La más importante de estas reglas es la de causa y el efecto: si algo ocurre es porque algo lo ha provocado. De modo que, si se logra descubrir la causa, se puede evitar que el hecho ocurra o se puede intentar que ocurra justo cuando y como uno desee. Vinculado a este principio existe la creencia de que el mundo es algo ordenado y sistemático, y que condiciones idénticas producen idénticos resultados. ¿Algo no acaba de encajar? ¡Todas estas ideas son filosóficas y no se pueden demostrar científicamente!

Así que, cuando los filósofos actuales reflexionan sobre el pensamiento de los clásicos, no lo hacen por diversión histórica. Las teorías de los clásicos siguen rigiendo y ordenando nuestras ideas. *Para bien o para mal.*

Tales veía agua por todas partes

Muchas personas consideran a Tales de Mileto el primer filósofo de la historia. Si éste fuera el caso, también sería el primer científico. Vivió hace aproximadamente unos dos mil seiscientos años y fue uno de los siete sabios de Grecia por sus conocimientos matemáticos y astronómicos mediante los que trató de resolver cuestiones prácticas.

Entre los méritos de Tales se cuenta el haber predicho con exactitud el eclipse del año 585 a. C., que fue casi total y acaeció durante una batalla (dándole un toque aún más funesto a la matanza). Otra historia relatada por Aristóteles describe que sus conocimientos le permitieron augurar una buena temporada para la oliva, por lo que alquiló por adelantado todas las almazaras de Mileto. El verano llegó, y como había previsto, la cosecha fue muy abundante de modo que, habiendo acaparado el mercado de las almazaras, pudo realquilarlas y sacó un estupendo beneficio.

Sin duda, estas ganancias le permitieron dedicarse durante años a las no muy lucrativas especulaciones sobre el estudio de las esencias: la búsqueda de los rasgos definitorios de las cosas, más allá de las engañosas apariencias superficiales. Éste será el mismo problema que llevará de cabeza a Platón. Sin embargo Tales, al igual que el rebelde discípulo de Platón, Aristóteles (¡siempre en contra del jefe!), se dedicó a resolver esta cuestión investigando y observando la naturaleza, en vez de entregarse a reflexiones y procesos teóricos con los que crear nuevas y abstractas propiedades.

Tales pensaba que el alma humana debía ser una especie de imán, porque sólo los imanes lograban mover cosas a través de una fuerza invisible (la gente creía que las almas eran capaces de esto). De igual modo, sus investigaciones prácticas le llevaron a convencerse de que el mundo era, básicamente, agua. Pero ¿por qué afirmaba que el mundo estaba compuesto de agua y no, por ejemplo, de rocas? Tales comprobó que el agua se podía convertir en aire (vapor) y también solidificarse en roca (hielo). Observó también que se pueden triturar las plantas hasta convertirse en una especie de agua (marrón verdosa). Estas conclusiones no fueron ninguna necedad y posibilitaron, de algún modo, que naciera una creencia bien arraigada en nuestro mundo actual: que todo está compuesto de una sola

cosa, átomos.

Como acabamos de ver, Tales no era precisamente un necio, por mucho que Platón (que tenía una teoría diferente que promocionar) se burle de él en su obra *Teeteto*, con la historia del sabio que se cayó de bruces a un pozo mientras caminaba absorbido mirando al cielo y a las estrellas.

Dividir el mundo en átomos con Demócrito

Si Tales inauguró la búsqueda de la esencia de la materia (acabo de contarlo en el apartado anterior), el gran Leucipo dio originariamente con la primera teoría del atomismo. Leucipo sólo dejó unos breves escritos, por lo que fue su pupilo Demócrito (aprox. 460-370 a. C.) quien, nos legó unos cincuenta fragmentos y se llevó casi toda la fama.

El *atomismo* sostiene que el mundo, a pesar de la diversidad de su apariencia, está creado por diminutos (invisibles) bloques de construcción que son todos exactamente iguales. La teoría primitiva afirma que nada podía separar estos bloques. En nuestros días, sin embargo, se dividen los átomos constantemente para producir electricidad. Sea como sea, los átomos son una idea muy moderna y a la vez una idea que ya preocupaba a los antiguos hace miles de años. Una idea a la que le dieron muchas vueltas porque suponían que entre átomo y átomo debía de haber algo (lo cual es un gran inconveniente para la teoría pues ¿qué podría ser ese algo?) o no debía de haber nada, es decir, debía de haber vacío, lo cual presentaba un problema aún mayor que el desconocimiento de ese algo... Ya que ¿cómo podría un filósofo serio afirmar que la nada existe?

Leucipo lo afirmó y propuso, con ciertas dosis de romanticismo, que los átomos se encontraban en el vacío y se juntaban para formar compuestos con diferentes propiedades, antes de separarse otra vez. Demócrito añadió a estas tesis su idea de que hay una especie muy particular de átomo suave y de alta calidad que conforma el alma de las personas y que interactúa con los otros átomos más rudimentarios del mundo, dando lugar a las sensaciones. Esta parte de la teoría de la antigua ciencia ya ha sido descartada.

Hacer pedazos el mundo con los filósofos naturales

A los filósofos les encanta hablar de la nada, y la forma mejor de la nada es, sin duda, el espacio. En el principio mismo de la filosofía (documentada), Demócrito afirmó que el vacío era, simplemente, aquello que no es. Platón, que tiene la última palabra en este asunto como en muchos otros, creía que el espacio era un tipo de cosa muy especial, y que no estaba compuesto de materia como el resto del universo ni era enteramente abstracto como las ideas mismas (las misteriosas ideas de Platón se describen en el capítulo 2). El espacio era lo que estaba en el medio: "Algo invisible y sin características, que lo recibe todo y contiene de un modo desconcertante todo lo inteligible" o eso explica Timeo, el amigo de Sócrates en el diálogo del mismo nombre. La única manera de investigar sus propiedades es mediante "una especie de razonamiento bastardo (esto es, separado de sus orígenes) que no se sirva de la percepción sensible", como en un trance onírico.

La idea de Platón es más compleja que la de muchos otros filósofos y físicos, quizá más compleja incluso que la del mismo Einstein (pero no que la de la nueva hornada de teóricos subatómicos). Casi todos los demás, siguiendo a Aristóteles y a Newton, pensaron que el espacio podía ser objeto de investigación empírica y experimental, y acabaron por desarrollar un espacio absoluto altamente teórico y que era eterno, fijo y muy, pero que muy regular, lo cual ni siquiera casaba con los hechos objetivos.

GRAN IDEA El planteamiento de Platón contiene, además, ciertos elementos de la teoría de la relatividad. Tal como explica en *Timeo*, cuando los objetos reciben impresiones del flujo, éste cambia, y en el cambio afecta de nuevo a los objetos. "Se balancea de forma irregular en todas direcciones, ya que es sacudido por estas cosas, y al ponerse de nuevo en marcha las sacude a su vez". La materia actúa sobre el espacio y el espacio actúa sobre la materia. La idea de Platón es, más o menos y en pocas palabras, la teoría de la relatividad general de Einstein, ¡dos mil años antes de que Einstein la propusiera!

El no-ser y la nada

"Nada surge de la nada, habla otra vez" le advierte el rey Lear a su hija (aquí acaban mis citas literarias de este libro) pero, como muchos filósofos, ella no le hizo caso. La problemática sobre si la nada realmente existe la encontramos ya en los filósofos presocráticos de la antigua Grecia o, para ser más precisos, de Asia Menor, del sur de Italia y de Sicilia. Entre ellos destaca Parménides de Elea, quien a principios del siglo V a. C. sostuvo que hablar sobre el no-ser era adentrarse "por un camino completamente errado, dado que no se puede reconocer el no-ser (pues esto es imposible) ni hablar de él, pues el pensar y el ser son la misma cosa".

Lucrecio sobre la naturaleza de las cosas

De Rerum Natura es el nombre esnob en latín de *Sobre la naturaleza de las cosas*, una especie de poema épico compuesto por Lucrecio (aprox. 95-54 a. C.). El hecho de estar escrita en verso hace de esta obra, ya de por sí bastante inusual, algo

excepcional. Lucrecio la describe como una píldora endulzada que contiene verdades indigeribles sobre el universo, verdades descubiertas por el gran filósofo Epicuro, como la que afirma que todo en el universo está compuesto por dos elementos: el espacio vacío y unas pequeñas partículas invisibles que no se pueden crear ni destruir. El célebre experimento intelectual de la lanza trata de demostrar que el universo es infinito y que contiene todo tipo de cosas y de mundos:

> *"Imaginemos por un momento que el espacio tuviera fronteras y que alguien consiguiera llegar hasta su último límite y arrojara una lanza. ¿Pensáis que esa lanza, disparada con enorme fuerza, iría acelerando en su trayecto hasta encontrar su diana? ¿O algo la detendría antes? Hay que elegir entre estas dos alternativas pero ninguna parece satisfacernos. Más bien, nos obligan a admitir que el universo continúa sin fin. Haya algún obstáculo en la frontera que evite que la lanza siga su curso o siga la lanza su trayectoria más allá, no puede, ciertamente, haber empezado a volar a partir de la frontera."*

Este fragmento del poema de Lucrecio fue, con diferencia, la mejor descripción del universo que se escribió hasta el siglo xx; de hecho, todavía hoy sigue siendo, en cierto sentido, superior a muchos de los actuales modelos descritos. Lucrecio (o Epicuro, habría que decir) añadió un pequeño matiz al movimiento de las partículas elementales que aseguraba el libre albedrío de las personas. Sin éste, el universo y todo lo que contiene no tendría más sentido que el revoloteo incesante de pequeñas motas de polvo en un rayo de luz.

Parménides y sus discípulos, los eleáticos (como Zenón, el de la famosa carrera de la tortuga), cuestionaban las enseñanzas de Pitágoras, quien aseguraba la existencia de la nada, una especie de no-ser. Demócrito de Abdera —famoso por su teoría de que el mundo está compuesto de átomos— y otros filósofos que estudiaron varias décadas después de Parménides, insistieron, como Pitágoras, en que el no-ser existía, por mucho que Parménides se empeñara en afirmar lo contrario.



Antipático existencialismo moderno

Incluso el filósofo existencialista Heidegger (que durante mucho tiempo fue un miembro entusiasta del partido nazi y llegó a albergar esperanzas de ser su teórico más importante) otorga a la nada un lugar destacado en su sistema filosófico afirmando que "*das Nichts selbst nichtet*", que quiere decir "*la nada nadea*" ("nadear" es una palabra inventada, muy del estilo de Heidegger). ¿Qué quería decir exactamente Heidegger? Nadie lo tiene muy claro. El positivista lógico Rudolf Carnap (1891-1970) se sirvió de este ejemplo para ilustrar lo absurdo de la metafísica. Sin embargo, no es cierto que todo el mundo coincida en que la nada no existe. Muchos de los existencialistas del siglo xx trataron de elucidar qué es la nada, al igual que hicieron los clásicos. Sartre escribió que sólo a través de una toma de conciencia de la nada es posible la libertad. La nada provoca ansiedad, pero es a través de la elección como uno se define a sí mismo. La elección de Heidegger, por ejemplo, significaba servir al Führer en el proyecto de "purificar" la cultura alemana. ¡Así que cuidado con la nada, que nadea!

Como siempre, Platón también se apuntó a la discusión y en su diálogo *El sofista*, posicionándose a favor de la nada, afirma que lo que no es, de alguna manera, sí que es. Para Platón, el no-ser es, en primer lugar, algo esencial para establecer distinciones. ¡Si resultara imposible afirmar que no hay nada en el armario también lo sería afirmar que hay algo en el armario! Esta misma idea impulsó a teólogos medievales como Tomás de Aquino a sostener que es necesario que Dios cree las cosas de la nada y condujo a Leibniz a defender que la nada del espacio vacío es una etapa preliminar y anterior a la presencia de sus mónadas. Si el existencialismo es el pináculo de la filosofía abstracta, sus orígenes hay que buscarlos en las especulaciones de los antiguos filósofos sobre la estructura física del universo.

Lucha por la ciencia: Aristóteles contra Platón

Aristóteles consideraba que los orígenes de la investigación filosófica nacían del deseo innato de la gente por entender las leyes que regían el mundo natural. Para él, era de sentido común vincular los dioses de la mitología con "las verdaderas esencias" de la filosofía, pues ambos recursos trataban de ofrecer una explicación de las fuerzas de la naturaleza.

Desde el despertar de la edad científica en el siglo XVII, los filósofos-científicos han insistido en que deben desestimarse las hermosas pero irracionales historias de poetas, artistas y místicos y en que hay que aceptar sólo las explicaciones científicas sobre el mundo natural que puedan ser defendidas mediante argumentos y pruebas.

No obstante, este concepto de verdad no es tan nuevo. Aristóteles se dedicó a realizar todo tipo de estudios biológicos sobre organismos vivos, pero trató de ajustar sus descubrimientos a una teoría (teoría, por otra parte, tan imaginativa como la de los mejores mitos). En la ciencia de Aristóteles, tanto las partes individuales de cada organismo como todas sus actividades se orientan hacia un fin último: todo tiene su propósito o su función. Darwin desafió todas estas ideas mostrando la arbitrariedad de la naturaleza. Pero, aun así, otorga un propósito para todas las cosas: en su caso, la lucha por la supervivencia (a la que se dedica un apartado más adelante: "Darwin nos explica la evolución"). Las teorías de Darwin son muy explicativas pero lo mismo se podría decir de las de Aristóteles e incluso de las de los cuentecitos fundacionales de los antiguos.

De hecho, en una de las obras de Platón —una de las más ridículas, llamada *Apología*—, Sócrates desestima tanto las explicaciones basadas en las historias tradicionales como en los últimos descubrimientos científicos. Se lamenta, además, de la incapacidad de los poetas para defender o explicitar sus concepciones sobre la naturaleza:

> *"... sus afirmaciones no proceden de la sabiduría, sino que nacen de una suerte de talento o inspiración, como los videntes o los profetas ambulantes. Esta gente dice todo tipo de cosas, cosas maravillosas a veces, pero no tienen ni idea de lo que están diciendo"*.

Lectura del libro de la naturaleza con Isaac Newton

Sir Isaac Newton es un filósofo tan genial que se menoscaba su influencia en muchos libros sobre la materia para que, me temo, los demás filósofos no queden como meros peleles. Cada parte de la filosofía que estudió acabó convertida en ciencia. ¡Peligro! Sólo lo que él no estudió quedó como filosofía para los pensadores actuales.

Newton, el científico más famoso de todos los tiempos, "inventó" la Ley de la gravedad e hizo muchos otros descubrimientos útiles (que no describiré aquí) en el ámbito de las matemáticas, de la óptica (la ciencia y los misterios de la luz), de la teología y también de la alquimia.

Mostró particular interés por un elemento que él llamaba "salnitrum": un extraño compuesto mineral que contenía ácidos (en especial, ácido nítrico, para los alquimistas de andar por casa que lean esto),

una sal alcalina (como bicarbonato de soda, estupendo, entre otras cosas para lavarse los dientes) y, finalmente, un líquido de “sal volátil” (algo así como carbonato amónico, que se utilizaba en la época para despertar a la gente que se había desmayado). Con la mezcla correcta de todos estos ingredientes, Newton y los demás alquimistas creían que se podía crear una especie de ingrediente mágico que permitía que los metales crecieran como amapolas. A fin de cuentas, las amapolas crecían del mismo suelo. Dado que la Tierra contenía salnitrum, Newton y algunos otros creyeron que ésta era un enorme animal o, para ser más precisos, un enorme vegetal animado. ¿Locura? Tal vez, pero fueron ideas como éstas las que llevaron a Newton a desarrollar la Ley de la gravedad. Para Newton la gravedad no era sólo una fuerza invisible, como otras que la química había revelado, sino que representaba la mismísima mano de Dios.

A pesar de sus diversos intereses, una y otra vez volvía a la filosofía. No podía ser de otro modo, pues hasta su nacimiento, en 1642, los filósofos no establecían distinción alguna entre el conocimiento que filósofos y científicos naturales procuraban. Por ejemplo, en su mayor obra, *Principia Mathematica*, reconoce que se pueden documentar las matemáticas de la ley de la gravedad ya en Pitágoras. Newton comenta sobre el gran sabio:

> *“Mediante tales experimentos afirmó que los pesos por los que todos los tonos en cuerdas iguales eran recíprocos a los cuadrados de las longitudes de la cuerda... Las proporciones descubiertas... las aplicó a los cielos, y en consecuencia, comparando esos pesos con los de los planetas y las longitudes de las cuerdas con las distancias de éstos, comprendió por medio de la armonía de los cielos que los pesos de los planetas hacia el Sol eran recíprocos a los cuadrados de sus distancias a partir de éste.”*

En filosofía, al igual que en cualquier conversación cotidiana, el término “naturaleza” es un término elástico, poco preciso. Puede referirse a la naturaleza última del universo, al mundo de los seres vivos, al mundo no humano o, sencillamente, a todo lo que pueda existir.

La tesis de que esas cosas a las que autores como John Locke llama “ideas” en verdad son estados cerebrales —fenómenos creados por reacciones químicas en el tejido del cerebro— es una reciente reelaboración de una doctrina antigua. El filósofo británico Thomas Hobbes (siglo XVII) la describió de manera excelente, lo que ocurre es que la terminología se ha ido complicando y actualmente nos referimos a la conciencia o a lo que la gente alberga en la cabeza con expresiones como “hipótesis contingente de la identidad mente-cerebro” o “mecanismo central de los estados”. De hecho, Locke ya anunció en el segundo libro de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* que “la percepción, el pensamiento, las dudas, las creencias, el raciocinio y el conocimiento” son aspectos de una especie de “sentido interior”, un sentido en principio no muy diferente de los sentidos del olfato, gusto, tacto, etc.

Trabar amistad con la naturaleza

Para la mayoría de los griegos de la antigüedad, incluidos Platón y Aristóteles, las leyes de la naturaleza se descubrían a través de las dos disciplinas que en la época moderna se han dado en llamar filosofía y ciencia, así como también a través de la religión. Visto así, la naturaleza tendría una

inteligencia particular, una especie de mente propia que habría que descifrar para comprender las sutiles regularidades de su funcionamiento. En este sentido, entender la naturaleza, sería entender las intenciones de Dios. Ésta es una de las implicaciones de considerar que la naturaleza es algo valioso, ya sea ética o estéticamente hablando. Dado que lo natural es lo bueno, el arte verdadero es el que representa esta bondad, o se adapta a ella y la moral verdadera es la que se centra en el bien y aporta principios para que la humanidad florezca. Esta creencia general se expresa de maneras bien diversas a lo largo de la historia de Occidente, desde la teología medieval hasta los poetas románticos.



Reduccionismo y eliminativismo

La pregunta acerca de cómo funciona la mente, ¿debe responderla la filosofía o la ciencia? Al fin y al cabo, los pensamientos no se ven (por mucho que algunos científicos actuales afirmen que se pueden localizar a través de los rastros eléctricos que dejan en un escáner cerebral). El pensamiento es indudablemente invisible, intangible. ¿Para qué lo necesitamos? El *reduccionismo* es la teoría que sostiene que el pensamiento se puede reducir a un proceso puramente físico o a un proceso químico de estímulo/respuesta, de modo que el comportamiento no es más que la reacción compleja a esos estímulos.

Otra teoría reciente llamada “eliminativismo” (cuyo nombre podría evocar cómo enseñar a los niños a usar el inodoro) arroja al váter del conocimiento nociones como “mente” o “pensamiento” por considerarlas expresiones obsoletas de una época llena de supersticiones precientíficas. ¿Cómo consentir algo así? La idea central del eliminativismo (lo siento, debería decir de los estímulos químicos que provocan otras reacciones químicas) es que muchas, o incluso todos las nociones cotidianas y de sentido común de nuestro estado mental (tales como creencias, opiniones o deseos) son meras ficciones engañosas que no guardan relación alguna con nada de la realidad.

La naturaleza contrasta con el mundo artificial, es decir, con las cosas hechas por el ser humano. Su ámbito de referencia es el mundo entero y la totalidad del tiempo. Las ideas filosóficas sobre la naturaleza han variado mucho a lo largo del tiempo y algunos la han considerado arbitraria, caótica, imperfecta. Por su parte, los escritores y filósofos románticos, como Shelley, reaccionaron ante la reciente domesticación de la naturaleza por parte de Newton (que reducía los planetas a simples rocas que giran en torno al Sol) y declararon que la naturaleza, al ser superior, determinaba todos los valores.

A partir de Descartes muchos filósofos defendieron que el rasgo definitorio de los humanos es que son capaces de trascender los límites de la naturaleza a través de la razón. Para los existencialistas como Sartre, la idea de que la naturaleza humana, o la que sea, determina de algún modo el valor de la vida de una persona o las decisiones que ésta toma y con las que se da forma es falsa y moralmente degradante. De este modo, la naturaleza es una amenaza para la libertad humana, pues es un sistema mecanicista del cual hay que escapar para llegar a ser uno mismo.

Pero ¿qué es la naturaleza? Si observamos el mundo natural, descubrimos que (para lo bueno y para lo malo) todo ha sido moldeado y transformado por la mano del hombre. Nosotros somos parte de la naturaleza.

MÁS DE CERCA Como Henri Poncairé dejó escrito en el siglo XIX, “la ciencia son hechos; del mismo modo que la casa se construye con piedras, la ciencia se construye con hechos; pero un montón de piedras nunca será una casa ni una serie de hechos será necesariamente ciencia”.

Darwin nos explica la evolución

Charles Darwin (1809-1882) nació en Inglaterra, para ser más exactos, en Shrewsbury, pero no es conocido precisamente por sus excursiones por Wenlock Edge en busca de fósiles. La fama que cosechó se debe a sus viajes en el *Beagle* a tierras exóticas como las islas Galápagos, donde encontró tortugas gigantes y otras especies raras como el lagarto de lava, el pájaro bobo azul (pajaritos, para los legos) y los delfines. También viajó a Tierra de Fuego, donde quedó impresionado por los habitantes indígenas, de quienes anotó lo siguiente en su diario:

> *“¡Qué pequeño tiene que ser el cerebro de uno de estos seres comparado con el de alguien culto! ¡Cuánta diferencia y capacidad de mejora entre las facultades de un salvaje de estas tierras y las de sir Isaac Newton! ¿De dónde sale esta gente? ¿Han permanecido en el mismo estado desde la creación del mundo?”*

En su célebre obra *El origen de las especies*, que lleva como subtítulo *Por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, escribió sobre numerosas cuestiones basándose en teorías científicas previas.

En dicha obra utiliza ejemplos de especies recién descubiertas o no muy conocidas, peculiares de aquellas remotas islas, para tratar de demostrar que las especies relacionadas entre sí habían tenido un antepasado común. Mediante un proceso exitoso de adaptación a las condiciones que conducía a una mejora o mediante un fracasado proceso de adaptación que conducía a la extinción, las especies evolucionaron hasta llegar a los millones de formas diferentes conocidas en la actualidad.

Darwin aplicó su teoría también a la especie humana, lo cual suponía un revés a muchas de las creencias sociales, éticas y psicológicas arraigadas en aquella época. Según su teoría, incluso los valores morales eran otra forma de comportamiento, éste generado arbitrariamente, que servía para mejorar las posibilidades de preservación de la especie.

Sobre la relación entre la moral y la evolución Darwin opinaba que:

> *“La naturaleza moral del hombre alcanzó en parte su grado presente por el progreso de sus facultades racionales y, por consiguiente, mediante la acción de una opinión pública justa; pero sus empatías fueron haciéndose todavía más profundas y propagándose extensamente por los efectos del hábito, el ejemplo, la instrucción y la reflexión. No es improbable que después de una larga práctica las tendencias virtuosas se hicieran hereditarias.”*

Darwin proseguía diciendo que “en las razas más civilizadas” la creencia en Dios había tenido una profunda influencia en el desarrollo del código moral. No obstante, concluía:

“La fundación u origen del sentido moral reside en los instintos sociales, incluyendo la empatía; y estos instintos, sin duda, se iban ganando, como en el caso de los animales inferiores, a través de la selección natural.”

Algunos filósofos, en especial aquellos que creen que Dios desempeña un papel importante en la moral, rechazan la idea de que la ética pueda reducirse a una mera estrategia de supervivencia. Argumentan que, dado que la teoría evolutiva radica en un principio arbitrario, no parece apropiado aplicar esta teoría a la sociedad humana y a la cultura. Sin embargo, los que así argumentan olvidan un dato fundamental: Darwin sólo pretende ilustrar cómo un mecanismo simple puede desarrollar comportamientos muy complejos, incluso comportamientos morales.

Galileo y el descubrimiento de la relatividad

Galileo Galilei nació en Pisa, donde estudió medicina y, más tarde, matemáticas. Desde 1592 hasta 1610 fue profesor de matemáticas en Padua, donde aplicó sus conocimientos en la materia a los misterios del movimiento, tanto el celeste como el terrenal. En 1610 se convirtió en primer filósofo (en contraposición a otros filósofos menores) y matemático privado del gran duque de Toscana, lo que le permitió propagar sus ideas a través de una obra que cambió para siempre el estudio de la filosofía y de la ciencia.

Desafiar a los antiguos

Las ideas de Galileo llegaban, por así decirlo, con algo de retraso, pues desde la época de Aristóteles los filósofos habían defendido ciertas ideas que no sólo eran falsas (como que los objetos pesados caen a una velocidad proporcionalmente mayor que los ligeros), sino también engorrosas e improductivas. En su libro *El ensayador* (1623), Galileo se centró, sobre todo, en el análisis de Aristóteles y estableció diferencias, por ejemplo, entre el movimiento de una planta hacia el Sol y el movimiento que una persona hace en dirección a la mesa de los canapés durante una discusión sobre filosofía de la ciencia.

Examinar el mundo

Las aportaciones de Galileo permitieron establecer una diferencia más clara entre el mundo físico y el psicológico, lo que permitió realizar análisis matemáticos del mundo físico. En *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano* (1632) propone, además de los ya conocidos argumentos en pos de sistema heliocéntrico, teorías aún más originales sobre la relatividad del espacio y del movimiento.

El *Diálogo* recoge el famoso experimento mental de Galileo sobre los barcos, en el que dos amigos discuten acerca de si serían capaces de darse cuenta, desde el camarote, de si están navegando apaciblemente en cualquier dirección o de si están en un barco totalmente parado. ¿Serían capaces de detectar el movimiento del barco, por ejemplo, introduciendo en el camarote un pececillo dentro de

una pecera y observando su movimiento? ¿O acaso notarían el movimiento siguiendo la trayectoria de una pelota que se lanzaran entre ellos en el interior del camarote?

Este experimento mental, como el más bien incomprendido experimento de los dos pesos lanzados desde la torre inclinada de Pisa, se basan en la lógica, no en la experiencia. El experimento del barco demuestra que el movimiento es relativo al marco de referencia, mientras que el de la torre de Pisa prueba que todos los objetos caen a la misma velocidad o, como diría un erudito, que todo está sujeto a los mismos efectos de aceleración de la gravedad.



Galileo, lanzador de peso

Galileo nos propone un experimento: dejar caer desde la torre inclinada de Pisa un peso grande de hierro y uno más pequeño de plomo, atados entre sí. El pequeño peso de plomo ¿detendría un poco la caída del peso de hierro, actuando como una especie de globo de plomo? Si fuera así y atáramos al peso grande diez pesos más pequeños, ¿caería aún a menor velocidad?

Sin embargo, un gran peso más diez pesos pequeños significan una masa aún mayor y, por tanto, una caída a mayor velocidad que en el primer ejemplo. Esta aparente contradicción nos lleva a la conclusión de que todas las cosas caen a la misma velocidad. Si aún dudas será porque piensas que la resistencia del aire provoca que las cosas ligeras floten y no caigan directamente. Quizá por eso, la única preocupación de Galileo era el lanzamiento de metales pesados.

Un año después de su publicación, el *Diálogo* provocó que el Vaticano condenara a Galileo; lo confinaron a su granja italiana (bastante bonita, por cierto) y lo obligaron a retractarse por sus teorías. La censura se debió no tanto al debate planteado respecto a los dos sistemas astronómicos, sino al insulto directo que Galileo (que no era un modelo de modestia precisamente) lanzó al Papa. En su elegante y lúcido *Diálogo* Galileo pone las más que sabidas opiniones del Papa en boca de un personaje ficticio, un bufón llamado Simplicio.

Además de ser un gran escritor con dotes satíricas, Galileo fue un escrupuloso científico empírico, que incluyó en su método sistemáticas y efectivas observaciones que realizó gracias a su nuevo telescopio. Fue él, al fin y al cabo, quien dejó escrito que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático.

Capítulo 18

Investigar la ciencia de la sociedad

En este capítulo:

- Nos codearemos con los sociólogos más importantes.
- Invertiremos tiempo en el estudio de la economía.
- Reflexionaremos sobre la teoría del caos.

El privilegio propio del hombre es que el límite que acepta no es físico, sino moral, es decir, social. No está gobernado por un medio material que se le impone brutalmente, sino por una conciencia superior a la suya y cuya superioridad siente. Porque la mayor y la mejor parte de su vida trasciende el cuerpo y escapa a su yugo, pero sufre el de la sociedad.

Émile Durkheim

¿Existe realmente una ciencia de la sociedad? Nadie está muy seguro de ello. Ni siquiera existe un nombre adecuado: la llaman “ciencias sociales”, “sociología” e incluso “estudios culturales”. Pero bueno, tampoco vale la pena preocuparse tanto por la nomenclatura. En este capítulo estudiaremos esta rama de la filosofía, popularizada por sociólogos pioneros como Auguste Comte, Max Weber e incluso Karl Marx.

Una aproximación a la ciencia de la sociedad

Auguste Comte acuñó el término “sociología” en el siglo XIX. Entre los pioneros o los fundadores de esta nueva ciencia social están Jean-Jacques Rousseau, Alexis de Tocqueville y Karl Marx. El marxismo consideraba que la clase social era un elemento esencial a la hora de comprender las relaciones humanas y Max Weber introdujo diferentes categorías de racionalidad para explicar los motivos de las acciones humanas, además de completar las teorías de Marx sobre la lucha de clases añadiendo un nuevo elemento simbólico: el estatus social. Sin embargo, el estudio de Émile Durkheim sobre el suicidio es el que representa de manera clásica el estudio sociológico. En él, el filósofo francés demuestra que el suicidio no es sólo un fenómeno individual sino también social y que, en parte, depende de las creencias religiosas y de las estructuras sociales. (Para profundizar en Durkheim, lee en este mismo capítulo el apartado “Socializar con Durkheim”.)

MÁS DE CERCA

El objetivo de los científicos sociales no es juzgar los comportamientos ni ofrecer consejos, sino investigar los orígenes de las opiniones, de las representaciones y de las ideologías.

Para un estudio de la sociedad y no de los individuos, es necesario entender la vida humana en su conjunto. La filosofía política, en particular, no puede pasar por alto la influencia de las creencias y de las ideologías compartidas. Los antropólogos también observan y analizan los rituales, los mitos, la magia..., así como diversas formas de creencias, y las interpretan como ejemplos primitivos de pensamientos que todas las sociedades conservan, por modernas y avanzadas que puedan parecer.

El positivismo optimista de Comte

La ciencia de la sociedad se inaugura con Auguste Comte (1798-1857), un intelectual francés de clase media. Su estudio sobre filósofos católicos medievales le sirvió de inspiración para crear una nueva religión para la humanidad y para proyectar un nuevo orden social.

Entre 1830 y 1842 Comte escribió los seis volúmenes de su *Curso de Filosofía Positiva*. Al igual que René Descartes y muchos otros filósofos, Comte admiraba profundamente la precisión y la autoridad de las ciencias naturales, caracterizadas en la época (al menos entre la opinión pública) por los progresos tanto en el campo de la física como en el de la química. Su idea positivista era que los métodos naturales eran los únicos válidos para entender la naturaleza humana, tanto a nivel individual como colectivo. De este modo, la única manera de entender cómo se organiza la sociedad era a través de la aplicación de estos métodos científicos y cuantitativos a la sociedad misma para diseccionarla y descubrir qué leyes y principios la regían.

MAZAZO A LA JERGA

Los filósofos no se ponen de acuerdo en qué significa exactamente el término "positivismo" (tal vez Comte tampoco lo tenía claro, ya que él tomó el concepto de otro filósofo y economista francés, Claude de Saint-Simon, para quien trabajó como secretario durante unos años). En esencia, el positivismo puede definirse como el intento de aplicar métodos experimentales y científicos a los viejos misterios de la filosofía previamente examinados mediante el pensamiento y la reflexión.

La construcción social de la realidad

Karl Marx y Friedrich Engels describieron la sociedad como la escisión de dos clases en lucha: la de los trabajadores y la de los patronos. Sin embargo, aunque muchos especialistas en ciencias sociales son marxistas (o eso parece), la mayoría tiende a pensar que la cuestión es mucho más compleja.

El filósofo francés Louis Althusser (que mató a su esposa estrangulándola, ¿cómo podría la sociología explicar esto?) ha ejercido una gran influencia tanto en las ciencias políticas como en la sociología por su teoría sobre la ideología dominante y el aparato estatal que divide la sociedad en burócratas y políticos, por un lado, y en trabajadores y patronos, por otro. Althusser señalaba que, para mantener el poder, el Estado tenía que asegurarse de que todas las instituciones de la sociedad (la televisión y los medios de comunicación, los colegios, los institutos y las universidades, la industria y las grandes empresas) proyectaran sólo la imagen de la realidad social que pensaran adecuada para el pueblo.

El gran descubrimiento de Comte fue la ley del progreso humano (suena imponente, ¿no?). Según dicha ley, las sociedades pasan por tres estados: el teológico, el metafísico y el científico o positivo.

El rasgo definitorio de cada fase radica en la actitud mental de la gente:

- ✔ Durante el estado teológico, la gente trata de descubrir la naturaleza esencial de las cosas y la causa última de su existencia, la cual se identifica con Dios. Comte pensaba que los filósofos se habían quedado estancados en esta fase, intentando resolver eterna pero estérilmente este tipo de interrogantes.
- ✔ La mayoría de la gente, no obstante, habría transitado hacia el estado siguiente, el estado

metafísico, que implicaba un uso cada vez mayor de teoría abstracta.

- ✔ El estado final, el estado científico (o positivo), aparece cuando hay un número suficiente de personas que abandona la ilusión de la opinión (las reminiscencias de Platón aquí son más que evidentes) y que confía en la deducción lógica de los fenómenos observados.

Estos estados parecen corresponder a distintos períodos de la historia de la humanidad:

- ✔ El estado teológico se remonta desde los días oscuros anteriores a la historia escrita hasta bien entrada la Edad Media.
- ✔ El estado metafísico se sitúa en los siglos xvi, xvii y xviii, pues entonces, tras el mandato de monarcas y demás déspotas militares, se dio paso a ideas políticas como la democracia y los derechos humanos, y también al derecho a la propiedad, de enorme importancia para la vida social.
- ✔ El estado final de la historia sería, según Comte, un estado científico y tecnológico en el cual la gente planificaría racionalmente toda actividad y las normas morales se convertirían en universales. En este estado final la ciencia de la sociedad, la sociología, sería reconocida.

Los estados también pueden aplicarse a los individuos, o eso expresa Comte de manera poco convincente: “Ahora cada uno de nosotros es consciente, si repasa su propia historia, de que fue teólogo en su infancia, metafísico en su juventud y físico en su madurez.”

En fin, no hay que olvidar que Comte era un idealista, que dejó escrito que el amor era el principio rector y que habló de conducir “el sentimiento, la razón y la actividad a una armonía permanente”.

Socializar con Durkheim

Émile Durkheim nació un año antes de que Comte muriese y, como él, trató de desarrollar una ciencia de la sociedad. Durkheim intentó recurrir a los métodos de la ciencia natural (en especial, de la física y de la química) para analizar fenómenos sociales que la gente consideraba un elemento más del mundo natural. Los datos sobre la estructura de la sociedad no los halló en ningún tubo de ensayo sino, más bien, en documentos oficiales que contenían estadísticas sobre el suicidio, la población activa y los diferentes censos que registraban el nivel educativo y la religión de las personas. A diferencia de Comte, pero al igual que su contemporáneo Max Weber (1864-1920), Durkheim también quiso construir sobre esta estructura lógica una teoría más profunda y metafísica de la vida social.



Su gran teoría social defendía que:

- ✔ La moral individual e incluso la conciencia es resultado de la vida social y de la conciencia colectiva.
- ✔ La vida social se crea mediante un complejo simbolismo.

Durkheim aún iba más allá y, contrariamente a la teoría de Marx sobre la lucha de clases (debatida en el capítulo 14) trató de conseguir un nuevo consenso social sin perder los beneficios que reportaban la libertad y la emancipación individual.

Reglas y sociedad

La fórmula de Durkheim para una sociedad justa se centra en lo que él llama “conciencia colectiva” y “hechos sociales”; éstos se refieren a “las maneras de actuar, de pensar y de sentir externas al individuo” como las costumbres, las prácticas institucionales, las normas morales y las leyes de cada sociedad.

Aunque estas reglas existen en la mente de los individuos, Durkheim afirma que su verdadera forma sólo se puede encontrar teniendo en cuenta el comportamiento de la sociedad entera. Esta idea evoca las palabras que Platón y Sócrates habían dicho dos mil años antes. Como Platón (todo sobre él en el capítulo 14), Durkheim consideraba que la sociedad era, en esencia, un fenómeno moral, una creación que se originaba en el interior de un marco de valores eternos. A su vez, también como Platón, rechazó los esfuerzos por construir estructuras sociales a partir de los átomos humanos, y señaló que la sociedad es la que crea los diferentes caracteres individuales, no al revés. En su libro *La división del trabajo social* (1893) subraya las palabras de Comte: “La cooperación, lejos de haber producido la sociedad, necesariamente presupone, como preámbulo, su espontánea existencia”. A lo que Durkheim añade:

> *“La vida colectiva no ha nacido de la vida individual, sino que, por el contrario, es la segunda la que ha nacido de la primera... La cooperación es... el factor fundamental de la vida social y moral.”*

Por esta razón Durkheim rechaza la áspera visión del mundo de Thomas Hobbes en el estado de naturaleza (en el que la vida es “cruel, brutal y corta”, tal como se describe en el capítulo 14) y afirma que si la sociedad estuviera realmente basada, por ejemplo, sóolo en cálculos egoístas de intereses y contratos sociales, entonces la relación social más importante sería la economía “despojada de toda regulación y resultado de la iniciativa totalmente libre de las partes”. La sociedad no sería más que el órgano en el que “los individuos intercambian los productos de su trabajo, sin que ninguna acción propiamente social regule dicho intercambio. Si así fuera, podríamos dudar, con justicia, de su estabilidad. Si el interés propio es lo que relaciona a los hombres, no lo hace más que por unos pocos momentos”, prosigue, tratando de subrayar que la gente que sólo mira por su interés no logra aliados leales. Durkheim continúa diciendo:

> *“Allí donde reina el interés, todos los individuos se encuentran en un estado de guerra contra el resto ya que no hay nada que refrene los egoísmos y toda tregua en este eterno antagonismo no podrá durar mucho. No hay nada menos constante que el interés. Hoy él me une a ti; mañana, me convierte en tu enemigo.”*

La conclusión de Durkheim es que la solidaridad de la sociedad debe buscarse en otra parte y nos recomienda lo que él llama una aproximación orgánica. Esta aproximación, utilizada por Comte medio siglo años antes, no tiene nada que ver con la cría de gallinas al aire libre ni con la fabricación de chocolates sin pesticidas; se trata, más bien, de relacionar cada cosa con el conjunto del mismo modo, por ejemplo, que sucede en una colmena. Visto de este modo, la división del trabajo evoluciona en el medio de una sociedad preexistente. Como explica Durkheim:

> *“Es verdad que hay quien se imagina que todo obedece a convenios privados libremente discutidos, como si la acción social estuviera ausente. Pero se olvida de que los contratos sólo son posibles allí donde existe una reglamentación jurídica y, por consiguiente, una sociedad ya existente. De ahí el frecuente error de considerar que en la división del trabajo reside el hecho fundamental de toda la vida social.*
>
> *”El trabajo no se distribuye entre individuos independientes y ya diferenciados que a través de la asociación logran reunir sus diferentes aptitudes. Sería un milagro que diferencias, nacidas al azar de las circunstancias, pudieran unirse de un modo tan exacto para formar un todo coherente. Lejos de preceder a la vida colectiva, se derivan de ella. No pueden producirse más que en el seno de una sociedad y bajo la presión de sentimientos y de necesidades sociales. Esto es lo que hace que sean esencialmente armónicas.”*

GRAN IDEA

Durkheim destaca que las sociedades se construyen sobre una serie de creencias y sentimientos compartidos y que la división del trabajo emerge de esa estructura ya creada. Nos recuerda, además, que nuestra percepción y que nuestra conciencia no son un fenómeno individual sino social. Considérense, por ejemplo, cosas prácticas como la bandera nacional y otros símbolos compartidos, los códigos morales, ciertos derechos básicos o incluso ideas no escritas pero

generalmente aceptadas como, por ejemplo, que hay que darles juguetes a los niños o que bañarse en el mar tiene que ser gratis. Este tipo de reglas y costumbres compartidas, tanto escritas como no escritas, estas "representaciones colectivas", son las que, todas juntas, crean una conciencia colectiva.

Reflexionemos ahora sobre qué significa el delito y la reacción de la sociedad ante éste. Pensemos en el caso de alguien que entra en una casa y roba el televisor o la foto de los abuelos. Semejantes actos no son incorrectos por la afrenta, por la ofensa causada al propietario de dicha casa, sino porque significan una afrenta a la mismísima conciencia colectiva. Se sigue de aquí que el interés propio o incluso las consideraciones sobre los intereses de la mayoría (el objetivo de los utilitaristas, tal como se explica en el capítulo 7) no pueden producir un comportamiento moral. Al contrario, es la conciencia colectiva la que funciona como una especie de perro guardián para procurar su propio bienestar y lograr que la sociedad se asiente en ciertos principios:

> *"A menudo se ha señalado que la civilización tiende a ser cada vez más racional y más lógica. La causa es ahora evidente. Sólo es racional lo que es universal. Lo que desafía el entendimiento es lo particular y lo concreto... cuanto más cerca está la conciencia común de lo particular, más impregnada queda de su marca y deviene más ininteligible."*

Para Émile Durkheim, el simbolismo es la esencia y el elemento clave de la vida social. A través de los símbolos los individuos se comunican de una manera más efectiva y sus valores sociales se encarnan y son preservados en los símbolos sagrados.

Sociedades simples y complejas

Durkheim distingue entre dos tipos posibles de sociedad:

> ✔ **Sociedades simples.** Sociedades cohesionadas mediante tradiciones que actúan de manera uniforme sobre los diferentes miembros, los cuales son como pequeños átomos que no se diferencian entre ellos y que son totalmente intercambiables.
>
> ✔ **Sociedades orgánicas.** Sociedades con modos de organización más complejos, donde existen una serie de instituciones y tradiciones paralelas y donde los individuos forman diferentes subgrupos, cada uno con sus particulares tradiciones y normas sociales. En el interior de cada grupo los individuos pueden especializarse y ejercer una función concreta. Durkheim considera que la división del trabajo (que Marx pretendía abolir pues juzgaba que causaba desigualdad) es un aspecto deseable de esta evolución.

Existe, sin embargo, una enfermedad muy particular en las sociedades complejas. Durkheim la llamó "anomia", en el sentido de futilidad y alienación. En su libro *El suicidio: estudio de sociología,* descubrió que la autodestrucción es más frecuente en ciertos grupos religiosos (los protestantes) que en otros (en especial, los católicos). En este estudio de tanto renombre, Durkheim examinó las cifras de personas que cometían suicidio y descubrió que no se trataba sólo de una actividad individual (una tragedia) sino de una acción directamente relacionada con (y que además, reflejaba) una desintegración general de la cohesión social.

Lecciones de burocracia con Weber

Al igual que Durkheim, Max Weber (1864-1920) también descubrió que existen importantes vínculos entre algunas creencias religiosas y ciertos aspectos de la vida social que, en principio, no parecen relacionarse. No obstante, su obra de mayor renombre, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, se centra en la economía.

Según Weber, la revolución industrial en Europa supuso el rechazo de las tradicionales prácticas de la religión católica y un mayor posicionamiento a favor de la ideología protestante, que subraya la virtud de una vida dedicada al trabajo, sin otro objetivo que servir a Dios. Es decir, ser rico es ser bueno.

Esta idea contrastaba notablemente con la mentalidad de la época. ¿Acaso la Biblia no advertía, por boca de san Mateo, de que “no se puede servir a Dios y al dinero”? Bien lo sabían los católicos. Sin embargo, la nueva actitud aprobaba las ganancias económicas. No hay que olvidar, además, que la nueva ideología justificaba la reducción de salarios en pos de una maximización de los sagrados y virtuosos beneficios.

Weber señalaba que, entre todas las naciones del mundo, el desarrollo del capitalismo se había originado en Holanda y en Inglaterra, pues éstas eran naciones protestantes. Todos los cambios económicos y los descubrimientos científicos de la época nacían de este hecho preexistente y no a la inversa. De este modo, al situar lo social antes que lo económico, las opiniones de Weber coincidían con las de Durkheim.

Capitalismo

El *capitalismo* es el sistema económico basado en la producción de bienes, con el fin último de ser consumidos, por medio del capital (dinero con el que contratar personal y comprar tierras y maquinaria). Marx y Engels utilizaban dicho término como un insulto. Ellos mismos predijeron que el capitalismo finalmente causaría implosión de manera dramática, debido a sus “contradicciones fundamentales” y que sería sustituido por el comunismo. Sin ir más lejos, los economistas burgueses reconocen que el capitalismo tiene sus ciclos, con ajustes y recurrentes subidas y bajadas; y en el peor de los casos con crisis. No obstante, actualmente, parece improbable que el comunismo vaya a reemplazar al capitalismo (para saber más sobre esto puedes ir al capítulo 14).

Max Weber trabajó gran parte de su vida como profesor en diferentes y reputadas universidades alemanas, donde expuso sus variopintas e impactantes teorías. Sin embargo, durante un tiempo, trabajó como burócrata, más exactamente como director de un hospital durante la primera guerra mundial. Su teoría sostiene que las actividades no se pueden explicar únicamente en términos de causas y de mecanismos, pues deben existir también intenciones y procesos burocráticos. Weber prefiere un gobierno con sus reglas a la mera autoridad. El gobierno es el mejor guardián de la vida social porque opera a favor de la racionalidad. Pero ¿qué significa eso exactamente?

Para Weber, la mejor forma de racionalidad se da cuando la elección de medios y fines sigue una de estas dos alternativas:

> ✔ Concuerda con el canon de la lógica, con los procedimientos de la ciencia o con un comportamiento económico exitoso.
>
> ✔ Concuerda con los conocimientos teóricos y fácticos.

De otro modo, si los fines vienen motivados por valores, ya sean religiosos, morales o estéticos, o si los valores influyen en los medios empleados o los determinan, entonces el comportamiento es “racional y con arreglo a valores”. Este tipo de comportamiento no es, para Weber, tan bueno.

A veces, la tradición puede decidir sobre los fines. Al fin y al cabo, la tradición es otro tipo de valor que, según Weber, a menudo obstaculiza el progreso económico. Peor todavía: existen emociones y pasiones que afectan al comportamiento; Weber las llama “acciones afectivas” y también se oponen, como es evidente, al comportamiento racional.

Por tanto, Weber afirma que se debe perseguir la razón-instrumental (lo que el llama *zweckrational*), que es la propiamente lógica. Por ejemplo, si alguien desea comprarse un reloj de oro, se dará cuenta de que deberá hacer horas extras en el trabajo para ahorrar dinero y poder pagárselo. Weber sostiene que el capitalismo es muy racional y que se construye a base de pequeñas decisiones como ésta. Los empleados buscan otros trabajos o aceptan rebajas salariales mientras los capitalistas deciden si invierten más dinero en nuevas fábricas o si despiden a toda la plantilla (o los cambian de puesto) para incrementar los beneficios.

Tratar a las personas como entidades económicas

Aunque los economistas suelen presentar su estudio como una especie de ciencia matemática exacta, éste está profundamente arraigado en la psicología, tanto social como individual, que se origina en las normas y en las instituciones políticas. Un punto central de la economía es la racionalidad y la capacidad de elección de los humanos. Pero, al igual que sucede en las teorías de la ética utilitarista, los economistas tienden a considerar que los motivos no importan: no es importante por qué alguien compra un bote de judías; lo importante es que lo haga. Aun así, la economía está ligada, de un modo inextricable, a los juicios de valor; de hecho, ejerce una influencia sobre la ética y queda influida por ella.

La palabra “economía” procede del griego *oikonomia*, que combina *oikos*, “hogar”, y *nemein*, “manejo”.

Esa descripción, sin embargo, nada tiene que ver con nuestro concepto actual de economía, caracterizado por la sed insaciable de nuevos bienes y productos. Los pensadores de la antigüedad, al contrario que nosotros, pensaban que la naturaleza marcaba el límite natural de riquezas necesarias. Aristóteles, por ejemplo, estableció una diferencia entre la adquisición natural y el deseo perverso y artificial de perseguir riquezas como un fin en sí mismo. Aristóteles debió de haber recibido la influencia del griego Jenofonte (quien conoció a Sócrates y vivió entre los años 430-350 a. C.), que había dejado escrito un libro sobre economía (acertadamente titulado *Economía*) que incluye algunas opiniones de Sócrates sobre estos asuntos:

> *“Las así llamadas artes mecánicas arrastran un estigma social y son injustamente despreciadas en nuestras ciudades. Tales artes dañan el cuerpo de los que trabajan o son capataces en ellas obligándolos a una vida sedentaria y, en ciertos casos, a pasarse todo el día junto al ardiente fogón. Esta degeneración física también provoca la del alma. Además, estos trabajadores no tienen tiempo para practicar los oficios de la amistad y de la ciudadanía.”*

De hecho, aunque las ciudades puedan haber nacido con el objetivo de facilitar el comercio y preservar la vida humana, en la antigua Grecia se creía que el propósito último de la asociación política era promover la virtud y la vida buena.

Transcurridos aproximadamente dos mil años, el atrevido inglés John Locke se opuso a los pensadores de la antigüedad y defendió la adquisición ilimitada sobre la base de la teoría del valor-trabajo. Continuando con las enseñanzas de Thomas Hobbes (que aparece en el capítulo 14), en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Locke afirma que el ser humano posee un derecho inalienable sobre su cuerpo, lo cual le confiere, a su vez, el derecho a tomar posesión de aquellas propiedades en las que ha invertido en su trabajo.

> *“El trabajo de su cuerpo y la labor producida por sus manos podemos decir que son suyos. Cualquier cosa que él extrae del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, y la modifica con su labor y añade a ella algo que es de sí mismo, es, por consiguiente, propiedad suya.”*

Más que entender la riqueza como una herramienta para conseguir una serie limitada de fines, Locke reconoce las propiedades del dinero para superar las fronteras de la naturaleza. El granjero se puede beneficiar de la acumulación de excedentes siempre que aplique los cuidados necesarios para que no se le pudran. Si intercambia su excedente por dinero, puede dejar de preocuparse por el deterioro de sus productos. En fin, el cuerpo muere pero la riqueza sigue viva.

En este contexto, la acción humana queda reducida a un simple cálculo anticipado de costes y beneficios, sin que las consecuencias éticas importen lo más mínimo. De ahí que no nos sorprenda que tanto Locke como su jefe invirtieran mucho dinero en el comercio de esclavos.

La mano oculta de Adam Smith

El filósofo escocés Adam Smith, que pergeñó sus teorías unos cien años más tarde que John Locke, defendió que la sociedad estaba regulada por una fuerza descomunal y no humana: la economía. Consideraba que el interés propio era lo que movía el mundo.

Como explica en *La riqueza de las naciones*, publicado el mismo año que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776) y que fue un éxito de ventas en especial entre la clase política conservadora, no es la benevolencia del carnicero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. Las personas son meros engranajes en la hermosa máquina de hacer dinero:

> *"El mecanismo de un reloj está admirablemente adaptado al fin para el que fue creado: indicar la hora. Sus distintos movimientos conspiran entre sí de la forma más delicada para producir este efecto. Si fueran dotados con el deseo y la intención de producirlo, no podrían hacerlo mejor. Pero nunca atribuimos tal deseo o intención al mecanismo, sino al relojero; sabemos que este mecanismo se pone en movimiento por medio de un resorte, el cual tiene tan poca intención de producir el movimiento, como dicho mecanismo."*

Aunque el nombre de Adam Smith se haya erigido como sinónimo de la economía del *laissez-faire* (dejad hacer) en la que la sociedad queda regulada por "la mano invisible" del mercado (lee el recuadro de la página siguiente), ello no significa que este sistema no se preocupe por los más débiles, pues según Smith éste es el mejor sistema para todos, también para ellos. El mismo Smith vivió muy modestamente y donó casi toda su riqueza a la caridad.

Al igual que Freud, Smith opinaba que el comportamiento moral obedecía a la influencia ejercida por los padres, profesores, compañeros de escuela (colegas, que se dice hoy) y por la sociedad en general. La conciencia sólo actúa como una especie de "espectador imparcial" que observa y juzga. Allí donde Freud (si quieres saber algo sobre él ve al capítulo 10) sostenía que el inconsciente podía llevarnos por el mal camino, Smith consideraba que el inconsciente era un espectador imparcial, similar en su papel al superego freudiano y totalmente capaz de guiarle a uno hacia la luz. En su libro *Teoría de los sentimientos morales* afirma:

> *"Principalmente, buscamos la riqueza y tratamos de evitar la pobreza por un sentimiento humano.*

¿Cuál es el motivo de todo el esfuerzo y trajín de este mundo? ¿Cuál es el fin de la avaricia y de la ambición, de perseguir la riqueza, el poder, la preminencia?... Para ser admirados, ser atendidos, para ser considerados con simpatía, complacencia y aprobación. No es la comodidad o el placer lo que nos interesa, sino la vanidad.

”Para juzgar el comportamiento de uno mismo, es necesario —al menos por un momento— dividirse en dos personas, y que uno sea el espectador de las acciones del otro. La naturaleza nos ha otorgado el deseo no sólo de ser aceptados, sino de erigirnos como modelos.”

Pero eso resulta bastante más complicado. Existen cuatro factores que determinan el respeto de la gente por los demás: las cualidades personales, la edad, el dinero y el nacimiento. El primero es muy subjetivo, así que la edad podría ser un mejor criterio. La riqueza o el dinero, apunta Smith, son una sorprendente fuente de respeto. Se admira a la gente rica la cual se beneficia a su vez por la estima social que suscita su riqueza; por su parte, la gente pobre ni es admirada ni saca provecho de su situación.

Smith no pasa por alto la posibilidad del autoengaño, al que considera causa de “la mitad de los desórdenes de la vida humana”. En *Teoría de los sentimientos morales*, escribe: “Si pudiéramos vernos como otros nos ven, sería inevitable la reforma, pues no soportaríamos semejante visión.”

La mano invisible

Los efectos ocultos de las fuerzas económicas y del funcionamiento de los mercados se convirtieron, en terminología de Smith, en “la mano invisible”. Tal como se puede leer en *La riqueza de las naciones* (1776):

“Cada individuo en particular se afana continuamente por buscar el empleo más ventajoso para el capital de que puede disponer. Persigue su propio interés, no el de la sociedad... sólo piensa en su ganancia propia; y en este como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible para promover un fin que no estaba entre sus intenciones.”

Vale la pena notar que no dice “mano oculta” sino “mano invisible”. Es curioso cómo ciertos conceptos parecen adquirir vida propia. La idea en sí, muy influyente, es que se confía en que las fuerzas económicas guíen las acciones de las personas y las ayuden a tomar las mejores decisiones tanto para ellos como para los demás. ¿Es eso cierto? Muchos gobiernos piensan que así es, pero mucha gente opina todo lo contrario. Al fin y al cabo, para decidir quién tiene razón es preciso estudiar más filosofía que economía.

Manipulación de los mercados con J. K. Galbraith

¿Qué empuja a la gente a consumir? ¿Cuál es el significado cultural del consumo? ¿De qué manera están vinculados los patrones de consumo con la desigualdad social? ¿Qué conduce a los consumidores a comprar una u otra marca?

En las primeras décadas del siglo XX, los economistas dedicaban buena parte de sus esfuerzos a tratar de entender los gastos y las necesidades de las familias, así como a estudiar sus tendencias de gasto y de consumo según el nivel de ingresos. Pero las modas cambian, también en economía. A mediados de siglo nadie se interesaba ya por este tipo de cuestiones. Los economistas se volcaron en el estudio de grandes teorías sobre cómo las fuerzas económicas regulaban el dinero y los Estados. Dos de estas

teorías fueron conocidas como "teoría del equilibrio general" y "macroeconomía keynesiana". Vaya, que no parecía haber gran preocupación por estudiar la tasa de suicidio (como Durkheim) o por los hábitos de consumo individuales.

De hecho, los economistas ligados a la tradición de filósofos liberales del siglo XVIII (como J. S. Mill o Adam Smith) pensaban que atender al comportamiento de los consumidores individuales era una intromisión. Sostenían, como los políticos liberales, que todo el mundo debía ejercer su libertad de elección, la cual se reducía, básicamente, a escoger en qué gastar el dinero o qué compras efectuar.

Consumir más para ser feliz

La teoría económica predominante sostiene que todo el mundo toma sus decisiones sin tener en cuenta a los demás, es decir, que nuestras preferencias son independientes de las elecciones del resto de las personas. Los economistas de hoy suponen que la sociedad está formada por individuos independientes, no por grupos y mucho menos por clases.

Sin embargo, como bien saben quienes realizan estudios de mercado, es fácil clasificar a los consumidores en categorías diferentes. El hombre (porque ha de ser hombre) que se compra un Ford Escort, lee cierto tipo de prensa, le encantan los dados de peluche para el retrovisor, le hacen gracia las pegatinas tipo "Toca el claxon si estás en contra de la contaminación acústica", consume cierto tipo de programa televisivo en determinado canal y, evidentemente, vota a tal a partido antes que a tal otro. Todo esto son tendencias estadísticas, con sus excepciones que se conocen de antemano. Al fin y al cabo, la economía traza una media entre todas las elecciones individuales y ese patrón se convierte en un elemento fundamental para la teoría.

Además, la teoría económica va íntimamente ligada a la idea de que un mayor consumo significa un mayor bienestar, de que cuanto mayor es el producto nacional bruto de un país, mejor. (El producto nacional bruto es la medida que utilizan los economistas para calcular el dinero, tanto de bienes físicos como de servicios intangibles, que la población de un país genera, de uno u otro modo.)

La preocupación por la utilidad es otro de los aspectos que la economía ha heredado del siglo XIX. Fabricar acero o fertilizantes resulta muy útil (dejando a un lado las cuestiones medioambientales), pero crear música o salvar la naturaleza no es, en este sentido, tan útil. Los economistas prefieren que los bienes y los servicios se orienten a cubrir necesidades prácticas. Como ejemplo, en Estados Unidos un coche proporciona el valor práctico del transporte, además de erigirse como un objeto de consumo de potente carga simbólica.

El libro de John Kenneth Galbraith, *La sociedad opulenta* (1958), fue uno de los estudios filosóficos más influyentes sobre consumismo en la época posterior a la segunda guerra mundial. Se trata de una amplia y variada aproximación a la sociedad de consumo y del consumismo (con incursiones en la psicología, la sociología y otras disciplinas) que sirvió para definir una nueva cultura contra el consumismo. La obra de Galbraith ejerció una influencia decisiva en los movimientos radicales de los años sesenta e inspiró a los movimientos ecologistas o feministas de las décadas posteriores.

El dinero como medio para lograr la felicidad

Las dos últimas décadas del siglo XX supusieron un violento contragolpe político y una reafirmación de la cultura consumista y del dinero como principales vías hacia la felicidad. Economistas y políticos decidieron, a un mismo tiempo, que el consumidor es soberano absoluto, que la publicidad tiene un efecto limitado y que el consumo puede entenderse como una efectiva manera de crear una identidad, un significado, una serie de valores y un bienestar en la vida de los individuos. En *La sociedad opulenta* Galbraith realiza tres afirmaciones fundamentales sobre el consumo:



- ✔ La producción crea el deseo del consumidor.
- ✔ La relación entre consumo y utilidad es débil o incluso negativa.
- ✔ La presión estructural para incrementar el consumo privado agota la provisión de bienes públicos.

Galbraith rechaza la posición común que relaciona la producción y el consumo. Según esta postura, los deseos (o las preferencias) del consumidor surgen en el exterior del sistema económico y las empresas simplemente responden a dichos deseos. El éxito de la economía, por tanto, se mide por la capacidad para satisfacer los deseos del consumidor. En *La sociedad opulenta*, Galbraith afirma que sucede más bien al contrario. Argumenta que los deseos del consumidor ya no son urgentes ni intrínsecos, porque cuando la sociedad es opulenta, las necesidades básicas están cubiertas y son los departamentos de ventas y de marketing de las empresas los que crean ciertas necesidades. La publicidad genera el deseo de tener coches cada vez más potentes, más canciones en el iPod, más comida exótica, más películas eróticas, ¡incluso más libros para *Dummies*! La publicidad es la que crea "toda la gama moderna de deseos sensuales, ejemplares y letales".

Aun así, Galbraith recalca que los economistas "han cerrado los ojos (y los oídos) al fenómeno más agresivo de la economía moderna: la creación de necesidades". Y lo que es aún peor, el énfasis en el consumo privado está desbancando la preocupación por los bienes y los intereses públicos. Galbraith se muestra especialmente sensible con la cuestión medioambiental:

> *"La familia que hace una excursión en su coche color malva y cereza, con aire acondicionado, conducción asistida y servofreno, pasa a través de ciudades deficientemente pavimentadas, afeadas por los desperdicios, los edificios desconchados y los anuncios junto a postes de conducciones eléctricas que deberían ser subterráneas desde hace ya mucho tiempo. Contemplan un paisaje rural que es casi invisible por obra y gracia del arte comercial. (Las mercancías que son anunciadas gozan de una absoluta preeminencia en nuestro sistema de valores. Estas consideraciones estéticas respecto del paisaje tienen, por lo tanto, un carácter secundario. En estos aspectos no somos inconstantes.) Meriendan con unos alimentos exquisitamente empaquetados que sacan de una nevera portátil, a orillas de un arroyo contaminado, y pasan la noche en un parque que es una amenaza para la salud pública y para la moral. Y antes de adormecerse, acostados en un colchón neumático, cobijados por una tienda de nailon y rodeados*

por el hedor de la basura semipodrida, pueden reflexionar vagamente sobre la curiosa desigualdad de las mercedes que se les han otorgado. ¿De verdad es eso el genio americano?”

Los consumidores pobres, los más manipulados

La guerra fría y el nacimiento de la guerra psicológica avivó el miedo al control mental y a los lavados de cerebro que las industrias podían realizar a través de la publicidad. Esta guerra psicológica la encontramos en libros como *Los persuasores ocultos* de Vance Packard (1957) e incluso en obras procedentes del campo de la filosofía como *La industria cultural. Ilustración como engaño de masas* (1944) de Theodor Adorno y Max Horkheimer, que se convirtió en el texto canónico de la crítica académica al consumismo durante al menos veinte años, tanto en Estados Unidos como en Europa.

En dicha crítica, los agentes activos y poderosos son las empresas, no los individuos. Esta perspectiva predominó hasta la década de los ochenta. A partir de entonces, se inició un pronunciado cambio ideológico sobre el consumismo, liderado por el economista Milton Friedman y sus colaboradores políticos, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, respectivamente primera ministra del Reino Unido y presidente de Estados Unidos durante la mayor parte de los años ochenta.

Ser consumista empezó a ser visto como una cuestión más activa que pasiva. Se daba por hecho que el público era capaz de buscar su propio interés aun entre las triquiñuelas de los anunciantes, e incluso de ejercer cierta manipulación a través de sus elecciones como parte de un complejo sistema de creación y reafirmación de sus identidades personales.

La política del Estado paternalista (es decir, el Estado entendido como un viejo forrado) y la economía keynesiana (según la cual, el gobierno toma decisiones económicas mejores y más acertadas que los individuos y las empresas que forman el mercado), combinada con la defensa conservadora del individuo, produjo una paradoja social. El crecimiento de grandes compañías que operaban por todo el mundo, ajenas a las leyes nacionales y con unos beneficios mayores que el PIB de muchos países, venía acompañado de una ideología que postulaba justo lo contrario: que los consumidores individuales eran los reyes y que tenían a las empresas a sus pies.

¿Qué sucede, realmente, con la gente? ¿Son los consumidores los reyes del sistema o son víctimas de las multinacionales? Sin duda, los individuos están habituados desde hace tiempo a ser consumidores y la identidad está íntimamente ligada a una serie de elecciones sobre el consumo.

MÁS DE CERCA

Con razón, las ciencias sociales afirman que los individuos no pueden escapar de su posición en el interior de determinada clase, del mismo modo que no pueden evitar formar parte de la sociedad de consumo. Los economistas, bajo una apariencia democrática y antielitista, siguen insistiendo en el mantra de que (¡por definición!) “lo bueno son los bienes”, una postura con un claro componente político. El consumo, al fin y al cabo, tiene aspectos simbólicos y utilitaristas.

La economía clásica minimiza el papel de las motivaciones sociales (los dictados de la moda y el deseo de ser como los demás) con el fin de convertir en rey al individuo. De este modo, sin embargo,

no acierta a comprender (o a predecir) cuáles serán las futuras elecciones de los consumidores.

El consumo también refleja y reproduce otras categorías, como las identidades nacionales y la cultura rural. La realidad que hay tras el consumo es que virtualmente todos los bienes y servicios tienen unos significados y efectos sociales. La filosofía liberal no adopta una postura científica sino política frente a la economía, pues la considera como algo puramente privado, algo que nada tiene que ver con la sociedad y, por lo tanto, que no representa un objeto de estudio legítimo.

De hecho, el ideario de la economía presenta tres ejes principales, ninguno de los cuales parece estar abierto a debate entre los economistas:

- ✔ El consumo produce bienestar.
- ✔ La gente efectúa elecciones libres y racionales.
- ✔ El consumo es racional y tiene un fin práctico, es utilitarista.

Al fin y al cabo, si la reducción del consumo pudiera incrementar el bienestar general de la gente, los cálculos de los economistas acabarían por tierra. ¡Por algo prefieren no tener en cuenta semejante posibilidad!

La clase no-trabajadora

El sociólogo ex marxista André Gorz y el filósofo contemporáneo Zygmunt Baumann critican las interpretaciones marxistas convencionales de la sociedad. Ambos han redefinido la clase explotada, no en términos de propiedades o de salarios sino, más acertadamente, como "individuos que no pueden consumir".

¿Por qué no? ¿Están empachados ya de pastelitos de crema? ¿No les caben más DVD en casa? No, nada de eso; es mucho más sencillo: no tienen dinero.

En palabras de Gorz, la clase verdaderamente oprimida del moderno capitalismo no es la de los trabajadores, sino la de los no-trabajadores: los mayores, los desempleados y los muy jóvenes (por ejemplo los niños de las calles de Sudamérica) que no pueden trabajar y dependen de los subsidios estatales o de la caridad (o de la delincuencia) para lograr su sustento.

En la misma época de Marx y Engels, Mikhail Bakunin (1814-1876) expresaba sus opiniones en Rusia. Él mismo predijo un alzamiento de los "incivilizados", provocado por su deseo instintivo de igualdad. Al contrario que Marx, Bakunin pronosticó que la civilización debilitaría el instinto revolucionario y que la violencia era parte de un impulso primitivo.

Cómo desacreditar al héroe capitalista de Ayn Rand

Ayn Rand (1905-1982), con mayor grandilocuencia, Alisa Zinov'yevna Rosenbaum, nació en San Petersburgo, Rusia, donde estudió ciencias sociales pero, lejos de convertirse en una investigadora o profesora de renombre, se convirtió en guionista, una carrera que casi de modo inevitable le llevó a Hollywood. Durante años, realizó todo tipo de trabajos diversos, e incluso apareció como extra en la película de Cecil B. DeMille, *Rey de reyes*. En efecto, el rostro de Ayn Rand puede reconocerse entre la multitud de figurantes.

Fundadora del objetivismo

La fama de Rand no se debe sólo a su trabajo fílmico, por admirable que fuera. Hoy en día, es conocida por ser la fundadora de un movimiento casi filosófico llamado “objetivismo”. ¿Qué es eso exactamente? ¿Algo que ver con ser objetivo y racional, a la manera, por ejemplo, de Max Webber? Algo así, sin duda. Tiene que haber una teoría, pero no está muy claro cuál es. De cualquier modo, hay sellos del servicio postal de Estados Unidos con el rostro de Rand y un videojuego llamado *BioShock* inspirado en sus escritos.

La aportación sociológica de Rand es su defensa de una ética del interés propio y libertaria, de un capitalismo libre de cualquier traba. El trabajo sobre la ética protestante de Weber expone una creencia personal sobre el valor del trabajo duro para los protestantes (lee el apartado “Lecciones de burocracia con Weber”). La ética de Rand también se centra en las ventajas terrenales y personales del duro trabajo (o del trabajo que sea) que le convierten a uno en rico.

A Rand no se la puede considerar una filósofa, por mucho que sus admiradores la describan así. Aunque en sus libros se vislumbre cierta filosofía de vida, ésta no se presenta a través de argumentos (fundamento básico de la filosofía), sino mediante una reafirmación continua de sus principios, los cuales vagan libremente (de forma caótica, dirían otros) persiguiendo objetivos que criticar como, por ejemplo, los homosexuales, a quienes la autora considera simple y llanamente “asquerosos”. A pesar de todo esto, o más bien, debido a todo esto, el objetivismo se estudia en algunas escuelas y en, al menos, treinta universidades de Estados Unidos.

Para todos estos estudiantes serios, Rand escribió su tercera novela, *El manantial* (1943). Esta obra que expone su filosofía objetivista, se convirtió en un gran éxito de ventas, hasta el punto de que se estima que, a día de hoy, se han vendido alrededor de unos seis millones de ejemplares. ¡Millones de copias más que cualquiera de mis libros!

La visión fantasmagórica de un mundo sin grandes negocios

En *El manantial* Rand aborda un tema claramente estadounidense, el del “emprendedor como héroe” (tema que reaparece en su trabajo literario más conocido, *La rebelión de Atlas*, de 1957). La trama nos sitúa en unos Estados Unidos distópicos en que los empresarios y demás individuos creativos (la misma Ayn Rand, claro está) deciden ponerse en huelga y retirarse a un lugar apartado en las montañas para establecer allí una economía libre e independiente.

Como era de esperar, el país dedicado al afán de la riqueza acogió la obra con entusiasmo. Tras el éxito de *La rebelión de Atlas*, Rand puso en marcha una publicación consagrada a los nuevos descubrimientos sobre el objetivismo y escribió un libro sobre los orígenes de “la filosofía”, *El diccionario de Ayn Rand: Objetivismo de la A a la Z*. En él se puede leer:

> *“La filosofía de Aristóteles fue la Declaración de Independencia del intelecto. Aristóteles, el padre de la lógica, debería recibir el título de primer intelectual del mundo, en el más puro y noble sentido de esa palabra. Independientemente de los restos de platonismo que hubiera en el sistema de Aristóteles, su incomparable logro radica en el hecho de que definió los principios básicos para una visión racional de la existencia y de la conciencia del hombre: que hay sólo una realidad, la que el hombre percibe; que existe como algo absoluto y objetivo (es decir, es independiente de la conciencia, los deseos o las emociones de quien la percibe); que la tarea de la*

conciencia del hombre es percibir, no crear, la realidad; que las abstracciones son el método que tiene el hombre para integrar su material sensorial; que la mente del hombre es su única herramienta de conocimiento; que A es A.

”Si consideramos el hecho de que, hasta hoy, todo lo que nos hace seres civilizados, cada valor racional que poseemos —incluyendo el nacimiento de la ciencia, la revolución industrial, la creación de los Estados Unidos, incluso la estructura de nuestro lenguaje— es el resultado de la influencia de Aristóteles, del grado en que, explícita o implícitamente, los hombres han aceptado sus principios epistemológicos, entonces deberíamos decir: nunca tantos le debieron tanto a un solo hombre.”

Es decir, en una palabra: “tonterías”. Tonterías, sin duda, pero ¡de alto rendimiento económico! Del mismo modo, su novela *La rebelión de Atlas* ofrece visos de contenidos filosóficos, expuestos a través del discurso del héroe protagonista, John Galt. Galt se hace eco del desprecio nietzscheano por la virtud cristiana del sacrificio, afirmando que “ésta es una época de crisis moral, ocasionada por la doctrina del sacrificio” y quejándose de que “la esencia de los códigos morales del pasado reside en la exigencia de que uno entregue sus pensamientos y su vida a los caprichos de Dios o de la sociedad”.

En vez de ello, Rand nos ofrece un argumento basado en el principio del egoísmo: “Si uno debe actuar en beneficio de los demás, ¿por qué está bien visto que los demás acepten dichos beneficios? Porque ellos no se los ganaron”. Siguiendo la estela de Adam Smith, Rand opina que lo mejor sería dejar que el libre mercado decidiera:

“En una sociedad de comercio, no existe conflicto de intereses entre los hombres de estratos diferentes en la pirámide de habilidades. La gente de mayor talento, los que realizan nuevos descubrimientos e inventan nuevos productos y tecnologías son los que contribuyen en mayor medida al bien general; los demás, los de abajo, quienes aportan el mero esfuerzo físico, son, por tanto, los que salen más beneficiados.”

Como la novela, este discurso es muy largo y se extiende unas cincuenta páginas. Al final, revela la idea central de la “filosofía” del objetivismo. ¿Significaría echar a perder la trama de la novela si resumimos la idea? Entonces, voy a intentarlo. John Galt declara:

“Vencerás cuando estés listo para pronunciar el juramento que yo hice al comienzo de mi batalla: ‘Juro por mi vida, y mi amor por ella, que jamás viviré para nadie, ni exigiré que nadie viva para mí’.”

El *National Review* reseñó *La rebelión de Atlas* en 1957, tildándola de inmadura y notablemente idiota, además de apuntar que “llamarla novela significaría una devaluación del término”. A pesar de las críticas, el libro se convirtió en una especie de objeto de culto y entre sus seguidores se pueden contar figuras públicas muy influyentes como Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal; Hugh Hefner, fundador de *Playboy*; Angelina Jolie, la mujer Rambo de las películas; y Jimmy Wales, un emprendedor hombre de negocios (también relacionado con el porno, ¡negocio modélico!) al que se debe la existencia de la —no muy rentable— enciclopedia *online* Wikipedia, que trata a la autora con

mucho detalle y sumo respeto.

Descubrimiento de los mercados y la teoría del caos

¿Te has parado alguna vez a mirar con detenimiento el índice de valores de la Bolsa? Suben y bajan sin aparente control y parece imposible determinar con certeza si van a subir (¡sí, sí, un poquito más!) o si van a caer en picado. Te habrás percatado de todas estas cosas si alguna vez has invertido en valores o en acciones.

Los economistas dan por sentado que, a pesar de las arbitrarias fluctuaciones a corto plazo que afectan a las acciones y participaciones, las tendencias a largo plazo quedan determinadas por factores macroeconómicos (es decir, a gran escala) más fáciles de predecir, como los cambios tecnológicos, la productividad, las guerras o los nuevos inventos. Tradicionalmente, la economía supone que los precios fluctúan con levedad, no de manera brusca (idea que procede de la física del movimiento). Sin embargo, los precios varían ostensiblemente a raíz de ciertas noticias o, a veces, de meros rumores.

Hubo una época en que se pensaba (¡oh, qué gente más boba!) que el Sol, la Luna y las estrellas eran una especie de deidades que controlaban las vidas de los humanos. No en vano, todavía hoy existe gente (un tipo de gente que suele sacar de sus casillas a los filósofos actuales) que se toma la astrología y otras disciplinas similares muy en serio. Podemos decir con toda seguridad que, desde la época de Newton, el ser humano no sólo ha sido capaz de predecir los movimientos del Sol y de la Luna, de las estrellas y de los planetas, sino también de la fuerza de gravedad que atrae a las manzanas o a diferentes pesos de plomo. La razón es que, desde Newton, se sabe que el mundo natural obedece a ciertas leyes.

Pero, en realidad, no siempre es así, o sólo es así cuando le apetece (lo que viene a ser lo mismo). De hecho, los movimientos de los cuerpos celestes continúan siendo inherentemente impredecibles, debido no sólo a la complejidad de fuerzas que ejercen su influencia sobre ellos, sino también a las múltiples interrelaciones entre dichas fuerzas. Los astrónomos únicamente pueden ofrecer aproximaciones de por dónde andará la Luna mañana, e incluso en eso se equivocan (aunque sea por un par de centímetros).

En el mundo real, los factores más minúsculos pueden llegar a multiplicarse y provocar cambios muy profundos. En tiempo geológico, los científicos saben que los polos magnéticos de la Tierra se han invertido y eso ha causado repentinos cambios climáticos en el planeta. No hace falta más que un chispazo eléctrico para producir colosales cambios. Todos estos efectos originados, en principio, por sutiles cambios constituyen la esencia de lo que matemáticos y físicos han llamado la “teoría del caos”.

Actualmente existen potentísimos ordenadores que procesan enormes cantidades de datos, programados con todo tipo de normas para interpretarlos y que a través de innumerables cálculos emiten predicciones sobre el futuro. De este modo se intenta dar forma a las visiones del filósofo francés Pierre Laplace (1749-1827), quien predijo con total convicción que llegaría un día (eso decía la teoría) en el que una enorme inteligencia (lo que hoy llamaríamos súper súper superordenador) sería capaz de calcular los movimientos de todos los elementos del universo y, de este modo, de predecir el

futuro.

> *“Esta inteligencia sería capaz de abarcar en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y de los más ligeros átomos: nada sería desconocido para ella, y tanto el porvenir como el pasado estarían presentes en su mirada.”*

De entre las tareas comúnmente ejecutadas por estos superordenadores se encuentra la de predecir el calentamiento global. Tras millones y millones de muestras de la temperatura del aire, del mar y de la tierra, de la velocidad del viento, de las mareas, de los niveles de polvo, de las manchas solares, de las precipitaciones y de muchos otros factores, los ordenadores aplican las reglas que los expertos en la materia declaran que son (como las de Newton) descripciones exactas del funcionamiento del mundo.

Sin embargo, es difícil domar el clima, epítome de un sistema complejo que no rinde cuentas ante nadie. Esto sucede porque, de hecho, las matemáticas son mucho menos claras de lo que suele creerse. Tomemos, por ejemplo, esa suerte de matemáticas que se utiliza para medir los cambios: el cálculo. Es todo un hallazgo, pero no puede resolver la mayoría de las ecuaciones diferenciales porque las cosas varían de maneras impredecibles, de un modo no lineal. (Traza una gráfica y verás que no se pueden unir los puntos formando una línea.) No obstante, la naturaleza humana (ya sea bajo la forma de un científico, ya bajo la de un inversor de bolsa) siempre busca patrones, aun cuando dichos patrones jamás hayan existido.

En las ciencias sociales, los modos teóricos o matemáticos, tratan de explicar cómo funcionan las sociedades. Por tanto, el término “modelo” se refiere a un constructo matemático, a una serie de reglas matemáticas que supuestamente expresan con total fiabilidad cómo las cosas se transmiten en un mundo que —con el añadido de ciertas interpretaciones— describe los fenómenos observados. La justificación de este constructo matemático reside sola y precisamente en que se espera que funcione, tal como en cierta ocasión dijo John von Neumann, el respetado matemático del siglo XX.

Aunque uno se imagina que en las ciencias naturales los modelos ciertamente se ajustan a la realidad, en verdad no se trata más que de teorías abstractas, sin más justificación que el hecho de que parece que funcionan. Éstas son las tres reglas tradicionales de la ciencia que la gente suele creer:

> ✔ Los sistemas simples funcionan de manera simple.
>
> ✔ Los comportamientos complejos deben tener una causa compleja.
>
> ✔ Diferentes sistemas siguen reglas diferentes.

La teoría del caos nos informa de todo lo contrario:

> ✔ Los sistemas simples pueden comportarse de maneras muy complejas.
>
> ✔ Se puede dar un comportamiento complejo en un sistema simple.
>
> ✔ Sistemas diferentes pueden seguir las mismas reglas.

Por eso la teoría del caos puede aplicarse a la biología, al clima e incluso a la Bolsa.

Capítulo 19

Examinar la verdad científica y las modas de la ciencia

En este capítulo:

- Desmontar la ciencia para ver cómo funcionan sus distintas partes.
- Descubrir complejos problemas filosóficos en el seno de la ciencia.
- Interrogarnos sobre misterios supuestamente resueltos hace mucho tiempo.

> *Continúe esta investigación y verá que la ciencia actualmente es tan opresiva como las ideologías que una vez tuvo que combatir. No se equivoque por el hecho de que hoy casi nadie sea condenado a muerte por defender una herejía científica; (...) Los herejes en ciencia todavía sufren las más severas sanciones de esta civilización relativamente tolerante. [Parece que] la ciencia se ha convertido en una rígida disciplina y ha dejado de ser un instrumento de cambio y de liberación.*
>
> Paul Feyerabend

¿Cuánta gente crece con la idea de que la ciencia es una disciplina metódica y clara que avanza de manera constante, con la ayuda de ingeniosas técnicas y maquinaria, desde la conjetura más ruda hasta el conocimiento más sofisticado? Parece que la ciencia, como las olas del mar que llegan a la orilla, se mueva en una sola dirección; parece, también, que si tratáramos de detener ese flujo hacia el progreso, sería sólo cuestión de tiempo que los obstáculos interpuestos fueran barridos por la gran marea de los descubrimientos.

En este capítulo examinaremos los orígenes de la ciencia para, de alguna manera, dar sentido al mundo que nos rodea; analizaremos también cómo los científicos dicen que trabajan y, a su vez, veremos cómo lo hacen realmente, que vienen a ser dos cosas bastante diferentes.

Cómo preparar el terreno: la razón y la ciencia

Los grandes nombres de la filosofía occidental han dado por sentado el progreso constante de la ciencia. Descartes, considerado por muchos una figura central en el desarrollo del pensamiento moderno, declaró con firmeza que sólo quienes fueran capaces y tuvieran la voluntad de dejar a un lado sus falsas creencias (y darse cuenta con claridad de que había que dejarlas atrás) podrían identificar con precisión el conocimiento. Los filósofos debían asegurarse de basar, desde el principio, sus teorías en un fundamento sólido, ya que así podrían desarrollar el resto de sus teorías sin preocuparse de la falsedad de algún añadido posterior. Ese firme fundamento permitiría reemplazar las partes más endebles sin que la estructura se viniese abajo. Esta imagen de la ciencia como una disciplina muy sólida que cuenta, quizá, con un par de detalles que necesitan ser pulidos resulta psicológicamente muy atractiva. De hecho, es la imagen que casi todos tenemos de la ciencia. Pero los filósofos de la ciencia nos advierten de que, sencillamente, no es cierta.

Ptolomeo y las esferas

Los antiguos filósofos-matemáticos como Ptolomeo demostraron que se pueden efectuar cálculos de gran envergadura siempre que se hagan a partir de unos principios claros (o axiomas) e introduciendo posteriormente en dichos cálculos (o teorías) sólo aquellos datos que puedan deducirse lógicamente de los referidos axiomas. ¡Qué mejor modelo podría existir para la ciencia! Poco importa que el sistema astronómico de Ptolomeo fijara la Tierra en el centro del universo mientras las estrellas giraban a su alrededor incrustadas en esferas de cristal y produciendo una música celestial, pues por muy absurdo que suene en nuestros días, este sistema sirvió como excelente base para muchas otras teorías, tanto científicas como filosóficas.

Desde la época de Ptolomeo, los ideales matemáticos han guiado a los filósofos y a los científicos hacia el descubrimiento de grandes modelos basados en principios simples, alejados de las complejidades e incoherencias de la vida real.

Kant: la razón y lo poco razonable

En un principio, Kant se preocupó, sobre todo, por cuestiones científicas. Aunque hoy en día sea mayormente recordado por las reglas lógicas que extrajo como filósofo puro, a lo largo de su vida también se las arregló para elaborar extrañas deducciones a partir de sus investigaciones “científicas”. Por ejemplo, afirmó que todos los planetas del sistema solar albergan vida en ellos y añadió que esta vida es tanto más inteligente cuanto más lejos el planeta está del Sol. Sostuvo también que las personas vienen al mundo con una cantidad de sueño ya fijada y que mueren antes si pasan demasiado tiempo en la cama (¡mi padre aún lo cree así!).

Tomemos ahora por caso a Gottfried Leibniz, el filósofo inventor (del que hablamos en el capítulo 5), que dedujo que el universo estaba formado por una sola sustancia sin partes a la que llamó “mónadas”. Como Descartes, Platón y tantos otros científicos, Leibniz prefirió ajustar el universo a sus teorías antes que permitir que el universo diera al traste con ellas. Así por ejemplo, Leibniz nos explica que, a

pesar de que estas mónadas-átomos-cosas no se perciben a través de los sentidos (“son incoloras”, dice, aunque sería mejor decir que son invisibles, pues a eso se refiere), se puede deducir su existencia —de hecho, tienes que deducir su existencia— para explicar la realidad. Actualmente, los expertos en física cuántica hacen algo parecido cuando atribuyen a esas partículas misteriosas e invisibles conciencia de todas las demás partículas así como la capacidad de comunicarse instantáneamente a lo largo y ancho de todo el universo; como claramente se observa, estos físicos no se preocupan lo más mínimo por las reglas que la mecánica clásica ha expuesto en los manuales de física.

A pesar de lo que suele creerse, generalmente los científicos empiezan, tal como Jean-Jacques Rousseau recomendaba hacer, por “dejar de lado los hechos, para que no afecten a la cuestión”. ¿Suena raro? A la hora de la práctica, en el campo de la ciencia no son los experimentos los que llevan a nuevas teorías, porque todas las teorías históricamente significativas (y algunas insignificantes, también) concuerdan con los hechos. En realidad, como bien saben los políticos y portavoces, existen todo tipo de hechos, de modo que basta con escoger el que más convenga para apoyar esta u otra teoría. Al fin y al cabo, los científicos son animales políticos y sus métodos no son tan diferentes, por mucho que los científicos consideren que sí lo son.

Problemas científicos del problema de la causalidad

No sólo los filósofos, sino también los científicos, buscan las causas que explican ciertos misterios. Saber qué ocurrirá tras realizar una acción resulta útil, pero saber la causa de lo que ocurrió resulta mucho más útil. El griego Demócrito (460-370 a. C.) dijo, en cierta ocasión, que prefería descubrir “una causa verdadera” que conquistar el reino de Persia; con esto quería decir que el conocimiento más valioso es el que se obtiene al comprender las causas.

Comprender la relación de causa y efecto

En filosofía, la relación de causa y efecto (¡me pego un martillazo en el dedo y seguro que inmediatamente me duele!) juega un papel fundamental en las teorías de la percepción, en la toma de decisiones, en el conocimiento y en el funcionamiento de la mente. De hecho, Samuel Alexander (1859-1938) declaró que la causalidad era la esencia de la existencia misma. Pensaba que la capacidad de causar cosas era lo que separaba la realidad de la ficción, el mundo real del mundo imaginario.

Consideremos, por ejemplo, el debate sobre el libre albedrío. A menudo empieza cuando se plantea la pregunta: ¿Cómo podemos ser libres si hay, por ejemplo, elementos eléctricos o bioquímicos que provocan nuestros pensamientos o deseos? La discusión en el campo de la metafísica de la mente gira en torno al problema de si la mente es algo físico y es capaz de influir, causar, sucesos físicos.

El desafío de Hume

Lo dicho hasta el momento plantea una pregunta evidente: ¿A qué se refieren exactamente los filósofos cuando afirman que algo causa algo? ¿Dónde se origina este concepto? La filosofía de la causalidad empieza con la figura de David Hume (éste también sale en el capítulo 5), que fue un verdadero iconoclasta, es decir, ese tipo de persona que disfruta tirando por tierra las teorías favoritas de los demás. A pesar de haber sido educado en una familia muy devota, él era ateo y disponía de todo tipo de razones para apoyar su ateísmo (el libro que las ilustra, *Diálogos sobre la religión natural*, fue publicado muchos años después de su muerte, pues él mismo temía que causara gran controversia).

Cuando Hume examinó el concepto de causa y efecto, que Descartes ha-bía clasificado como “verdad necesaria” (es decir, que algo que no era verdadero de hecho, sino que simplemente *no podía ser* de otro modo), concluyó que el conocimiento no podía ser más que probable. Se dio cuenta de que cuando observamos repetidamente que un hecho sigue a otro, lo que hacemos es inferir (suponer) que el primero ha causado el segundo. Sin embargo, Hume dice que “no podemos comprender la razón de dicha conjunción”. Por ejemplo, si alguien se come una manzana, esperará que tenga cierto sabor; si esa persona muerde la manzana y ésta sabe, por ejemplo, a plátano, considerará que algo raro pasa. “¡Qué locura, se me ha aplatanado la manzana!”, pensará. Pero Hume nos dice que esta respuesta es poco rigurosa: “La suposición de que el futuro será como el pasado no se basa en argumentos de

ningún tipo, sino que se deriva enteramente de la costumbre".

Del ejemplo de la manzana/plátano podemos concluir que todo conocimiento tiene fallos y que no se puede creer en nada. Hume lo ve, pero, a la manera del filósofo caballeroso que era, sugiere que "el descuido y la falta de atención" ofrecen un remedio. Debemos omitir las debilidades de nuestros argumentos y seguir usando la razón cuando nos sea conveniente. Así, la filosofía sigue siendo sólo una forma agradable de pasar el tiempo, no una razón para cambiar nuestras opiniones.

Hume, con su sentido práctico de la vida, pensaba que las únicas pruebas fiables para explicar la relación de causa y efecto eran las que procedían de los sentidos. Pero, no se puede sentir o experimentar directamente las relaciones causales; en lugar de ello, éstas siempre se deducen de la observación de un hecho que sucede a otro. Estos hechos están relacionados espacial y temporalmente. Se aprieta un botón del televisor y tras un corto espacio de tiempo, la pantalla se ilumina y uno da por sentado que ha encendido el aparato. Pero podría ser que ese botón no funcionara y que nuestra hija de dos años hubiera encendido la tele con el mando desde detrás del sofá. ¡Nunca notarías la diferencia! Pero la diferencia existe y es fundamental.



La causalidad

Existen diferentes tipos de causalidad. David Hume se centró, sobre todo, en los hechos que siguen a determinadas causas (es el tema filosófico por excelencia, si A entonces B). Pero existen muchos otros tipos de relaciones causales en el mundo (como las nubes y la lluvia) que son meramente probables: está nublado, por lo que la probabilidad de que llueva es del 25 %.

Otro tipo de causalidad es la contrafactual, que los historiadores utilizan para interpretar la importancia de los hechos pasados y los abogados para repartir las culpas. Por ejemplo, los historiadores podrían argumentar que si la Luftwaffe hubiera decidido bombardear las bases aéreas en vez de los centros urbanos durante la segunda guerra mundial, Hitler podría haber invadido Inglaterra fácilmente y el mundo estaría ahora bajo una dictadura nazi. Un hecho podría haber causado otro.

No importa que en este caso todo sea pura imaginación porque para los filósofos no queda del todo claro si la causalidad forma parte del universo o si se trata de un rasgo propio del cerebro humano mediante el cual organiza las desordenadas experiencias cotidianas en nuestra mente.

Las ordenadas y prácticas expectativas que nos llevan a creer que las mismas causas producen siempre los mismos efectos, no son más que una consecuencia del recuerdo de una sucesión de hechos regulares y predecibles acaecidos en el pasado. Pero ¡acordémonos de lo que le ocurrió al pollo de Bertrand Russell en el capítulo 1!

Hume considera que, en esencia, los seres humanos son animales que poseen un lenguaje sofisticado. La razón es un producto del uso del lenguaje y los animales también pueden razonar, aunque de maneras más simples. Ofrece descripciones tanto de las emociones como de las ideas, y sostiene que el ser humano es, básicamente, una máquina estimulada por el dolor y el placer, o como Thomas Hobbes apuntó anteriormente, por los apetitos y las aversiones. Su observación de que un "es" no implica un "debe" subraya que nuestros sentimientos son los que en última instancia nos llevan a tomar

decisiones.



Por qué los cascos de hojalata producen lesiones cerebrales

Pongamos un ejemplo práctico de una relación causa-efecto que dejó atónito al público durante la primera guerra mundial.

En aquel entonces, la cantidad de soldados que llegaban a los rudimentarios hospitales de campaña con metralla incrustada en el cráneo constituía una preocupación de primera magnitud. El número de soldados heridos era muy elevado, el tiempo que tardaban en recuperarse (si finalmente se recuperaban) era muy largo y los tratamientos eran muy caros. Al principio de la guerra, se equipó a los soldados con unos gorros de tela que resultaban muy elegantes pero que no servían para nada más que para protegerse de la luz del Sol. De modo que, algún burócrata de Whitehall, después de observar el altísimo número de heridos, decidió que equipar a los soldados con cascos de acero (como los que actualmente llevan los jinetes o los que trabajan en la construcción) reduciría el número de soldados con metralla en el cerebro. Sin embargo, después de la introducción de dichos cascos, el número de lesionados en la cabeza aumentó de manera espectacular.

¿Qué pasaba? ¿Cómo demonios los dichosos cascos causaban más heridos? ¿Se trataba de una medida que empeoraba las cosas pues hacía que los soldados fueran peores esquivando las balas? ¿O tal vez llevar tales cascos conducía a los soldados a ser menos precavidos?

En principio, nadie pudo explicar el incremento de heridos a pesar de los cascos protectores. Pero, finalmente, a alguien se le ocurrió pensar que las cifras médicas registraban sólo a aquellos soldados que necesitaban tratamiento, no a aquellos que morían antes de poder llegar al hospital. En un examen más riguroso, resultaba que el número de soldados que fallecían por disparos en la cabeza se había reducido espectacularmente, pero el número de heridos se había incrementado porque el número de soldados que sobrevivían era mucho mayor.

Este ejemplo demuestra dos cosas: en primer lugar, que en las estadísticas, como en la filosofía, a menudo la pregunta es más importante que la respuesta; en segundo, que los efectos pueden variar si se cambia la manera de enfocar la causa.

En sus escritos posteriores, Hume acepta el calificativo "escéptico", como lo bautizaron sus contemporáneos. La primera víctima de dicho enfoque fue la conciencia, o el yo, como entidad. Hume advirtió que la conciencia siempre es conciencia de algo, de algún tipo de impresión, de calor, de frío, de lo que sea, así que el yo se puede entender como un haz de percepciones. Nadie puede percibir el yo observándose interiormente y menos aún observando a los demás. Hume, por tanto, dio un paso más en las enseñanzas del obispo Berkeley (que puedes leer en el capítulo 5), quien demostró que la materia no existe al probar que tampoco existe la mente.

Hume suele ser considerado el mayor filósofo inglés. Aun así, nunca consiguió trabajo en la universidad, en parte debido a la controversia causada por sus argumentos sobre la religión. Incluso su gran amigo Adam Smith (igualmente filósofo pero en aquel entonces mucho más famoso que él), que era miembro del tribunal que había de decidir sobre la candidatura de Hume como profesor de ética y filosofía neumática en Edimburgo, desaconsejó que lo contrataran. Para Hume supuso una gran decepción que uno de sus mejores amigos causara su ruina, así que acabó por vertebrar extrañas teorías sobre la causalidad como idea imaginaria.

Cómo un cisne negro puede acabar con las mejores teorías

Karl Popper es considerado uno de los mejores filósofos de la ciencia del siglo XX (como no son tantos, tampoco hay mucha competencia...). No obstante, nunca fue bien recibido en la ciudadela académica ni aceptado en los más selectos círculos académicos. Se describía a sí mismo como un "racionalista crítico"; entre los racionalistas hay autores como Descartes, Leibniz y, sobre todo, Immanuel Kant, quien sostuvo que el verdadero conocimiento se lograba a través de precisos razonamientos mentales, de ahí que generara toda una serie de reglas e imperativos categóricos. Popper eligió dicho término para marcar su diferencia con el *empirismo clásico*, es decir, el enfoque que confía en las investigaciones prácticas y en los experimentos para comprender el mundo, enfoque que los positivistas lógicos del Círculo de Viena, activos en la década de los años treinta, estaban revisando y tratando de perfilar mejor en aquella época. Contra los entusiastas del método científico, Popper argumentaba que no existen observaciones infalibles ajenas a la teoría, tal como muchos filósofos empíricos presuponen, sino que toda observación se apoya en teorías e implica una visión del mundo a través del cristal deformado (o del filtro) de conceptos previos.

Karl Popper fue también filósofo social y político, y abogaba por lo que él bautizó como la "sociedad abierta" (aquella en la que los gobiernos no guardan ningún secreto y los individuos toman todas las decisiones importantes de sus vidas). Se erigió como un implacable oponente al autoritarismo, que hoy sería lo que entenderíamos por un enorme gobierno centralizado. Salió de Austria en la década de 1930 para escapar de los nazis y destacó por ser un defensor acérrimo de la democracia liberal (y de los principios de la crítica social y de debate sobre los que ésta se funda). Sus argumentos en contra de la visión convencional de la metodología científica, basados en el razonamiento inductivo (sacar conclusiones generales a partir de algunos casos particulares), así como su defensa del principio de falsación como medio para distinguir la ciencia verdadera de la falsa, ejerció una enorme influencia en la imagen que la opinión pública tiene de los científicos (ello pese a que muchos especialistas en la materia tilden sus teorías de simplistas).

MAZAZO A LA JERGA

El principio de falsación consiste en aceptar una teoría científica hasta que una vez (sólo es necesaria una) no ocurre lo que predice la teoría; entonces se rechaza y hay que elaborar otra que incluya todos los casos conocidos. Los científicos llevan a cabo experimentos buscando confirmar las teorías, precisamente para comprobar si la teoría sigue siendo válida o, por el contrario, es falsa.

Normalmente se entiende que cuando se realiza un experimento para probar una teoría y los resultados no concuerdan con los esperados, entonces dicha teoría debe considerarse equivocada. En *La miseria del historicismo*, Karl Popper prefería decir que estaba "falsada". Con este término (falsación) la polémica con Descartes estaba servida, pues éste creía que para confirmar o rechazar una teoría bastaba con que uno la viera o no de manera clara y distinta (más detalles en el apartado de la página 392 "Cómo preparar el terreno: la razón y la ciencia").

No cabe duda de que se pueden evitar los resultados incómodos de maneras muy diferentes, por ejemplo, lanzando a la papelera los descubrimientos como muchísimos científicos han hecho a lo largo de la historia. Contamos con los casos de Galileo —a quien se le reconoce haber "probado" que la

Tierra gira alrededor del Sol y no a la inversa— y de Louis Pasteur —admirado por su descubrimiento de que los gérmenes vagan por todas partes así como por ser un pionero de la investigación para combatirlos—, quienes rechazaron que sus teorías fueran falseadas por experimentos cuyos resultados las contradecían. En ambos casos, es admirable su determinación, sobre todo cuando es vista de manera retrospectiva. En el debate científico y racional, Galileo y Pasteur perdieron (claro está, en su época). Si por norma general los científicos prefieren sus corazonadas —o sus convicciones religiosas — a los hallazgos, resulta claro que existe una marcada diferencia entre lo que la gente piensa que hacen los científicos y lo que realmente hacen.

Cambios de paradigma y la causa de las revoluciones científicas

En sus escritos (en especial en *La lógica de la investigación científica* de 1935), Karl Popper se alía con el gran escéptico del siglo XVII, David Hume, para desafiar los fundamentos de la ciencia. El fundamento básico de la ciencia es el método inductivo, opuesto al deductivo, que es el supuestamente utilizado tanto por los filósofos como por, según cuenta la leyenda, Sherlock Holmes. La deducción puede ser lógica y fiable; la inducción, sólo puede ser ilógica y poco fiable.

Incluso cuando es lógicamente imposible probar un razonamiento universal, inferir leyes generales de casos particulares constituye la base del método científico. Tómese como ejemplo la afirmación "todos los cisnes son blancos". Los científicos pueden encontrar muchas pruebas para apoyar esta teoría —un cisne blanco en el estanque de Regent's Park, otro en el zoo de Londres, dos más en el estanque Pells en Lewes—, pero esto no prueba la universalidad de la teoría, es decir, que sea cierta en cualquier lugar y en cualquier momento. Por mucho que hoy pudiéramos probar esta teoría, en el futuro podría ser diferente. Podría suceder que la ciencia encontrara cisnes negros en alguna parte. De hecho, eso lo que pasó en Australia en 1697, cuando unos exploradores encontraron, inesperadamente, una variedad de cisne negro. Hasta ese momento, los europeos estaban convencidos de que todos los cisnes eran blancos.

Dado que todas las teorías son susceptibles de que un nuevo hallazgo las destrone a pesar de que defiendan la universalidad de sus verdades, las leyes de la ciencia son mera cuestión de fe. "¡Sí, creo en la gravedad y en las leyes de la termodinámica!"

No obstante, Karl Popper se distancia de David Hume, quien era más radical, pues se aferraba a la creencia de que todo contraejemplo es decisivo. La teoría de que la Tierra era plana fue desechada cuando alguien navegó a su alrededor, del mismo modo que la idea de que todos los cisnes eran blancos fue refutada por el descubrimiento de cisnes negros. Sobre esta base, Popper propone reconstruir los cimientos de la ciencia.

Hume llegó a la conclusión de que la ciencia y la filosofía no se basaban en un fundamento —y menos aún en el fundamento de la lógica y del método—, sino en efímeras modas científicas y en preferencias estéticas. En el siglo XX, el filósofo estadounidense Thomas Kuhn prefirió seguir los pasos de Hume que los de Popper.

Recordemos, por ejemplo, la teoría de los antiguos griegos sobre los cuerpos celestes incrustados en esferas de cristal. Probablemente sea el ejemplo paradigmático para mostrar cómo ir evitando las refutaciones a una teoría. A pesar de que las pruebas derivadas de la observación cada vez ponían más de manifiesto la falsedad de las esferas de cristal, los antiguos respondían a cada nuevo problema astronómico incrementando el número de esferas. Sin embargo, un día, la vieja teoría pasó de moda y una nueva ortodoxia ocupó su lugar. Este tipo de proceso fue bautizado por el filósofo de la ciencia estadounidense Thomas Kuhn como "cambio de paradigma". Una vez acuñado el término, éste se extendió como un virus, desde las ciencias físicas hasta las sociales, e incluso a las artes y a los cursos de dirección de empresas. Se convirtió en un término tan popular que pronto la gente empezó a considerar que la idea misma suponía un verdadero cambio de paradigma.

El análisis de Kuhn sobre cómo trabajan realmente los científicos

En su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), Thomas Kuhn nos muestra que esa impenetrable e imponente fortaleza que en apariencia es el consenso científico, en realidad no es más que una fachada en continuo movimiento. Kuhn afirmó que "una comunidad científica no puede desempeñar su trabajo sin una serie de creencias heredadas" y que esas creencias forman los cimientos de una "iniciación educacional que prepara y autoriza al estudiante para la práctica profesional". La rigurosa y rígida preparación hace que las creencias recibidas arraiguen profundamente en la mente de cada nuevo miembro de la comunidad.

GRAN IDEA La mayor parte de la gente supone que la comunidad científica sabe real-mente cómo es el mundo, y no cabe duda de que los científicos responsables se esfuerzan denodadamente para defender dicha suposición. Hay que suprimir las nuevas ideas, las nuevas teorías/paradigmas "porque son necesariamente subversivas". Actuar de otro modo significaría reformular las suposiciones existentes y revaluar hechos ya aceptados; ello sería una tarea colosal, posiblemente peligrosa, posiblemente poco práctica y que, sin duda, llevaría muchísimo tiempo. De ahí que los miembros sensatos de la comunidad científica establecida muestren una feroz resistencia ante las nuevas ideas. Tal como Kuhn sostiene, en el ámbito de la ciencia, las novedades emergen con extrema dificultad y manifiesta resistencia.

Los científicos tampoco pueden operar sin una serie de creencias, pues los paradigmas son fundamentales para la investigación científica. Kuhn admite que "no puede interpretarse ninguna historia natural sin, al menos, cierto caudal implícito de creencias teóricas y metodológicas entrelazadas que permita la selección, la evaluación y la crítica".

Afirma también que, por sí solas, las pruebas no determinan las teorías y que los filósofos de la ciencia han demostrado repetidamente que un mismo conjunto de datos puede dar lugar a diferentes constructos teóricos. Es decir, se pueden reorganizar los hechos para ofrecer explicaciones completamente diferentes. Ante una teoría que cada vez presenta más problemas y deficiencias, la clase dirigente (ya sea científica, religiosa o política) encuentra más fácil modificar la idea original o suprimir la información conflictiva que abandonar la ortodoxia establecida.

MAZAZO A LA JERGA Lo dicho hasta el momento invita a preguntarnos: ¿cómo y por qué cambian los paradigmas? Para responder a esta pregunta, Thomas Kuhn asocia el proceso del cambio de paradigma que se produce en la comunidad científica, con el proceso del cambio perceptual (conceptual) que se produce en el individuo y que ocurre cuando uno se resiste al cambio en primera instancia pero tras hacer clic resulta imposible volver a pensar como antes. Vamos a ver un ejemplo de cambio perceptual. Mira el dibujo del conejo en la figura 19-1.

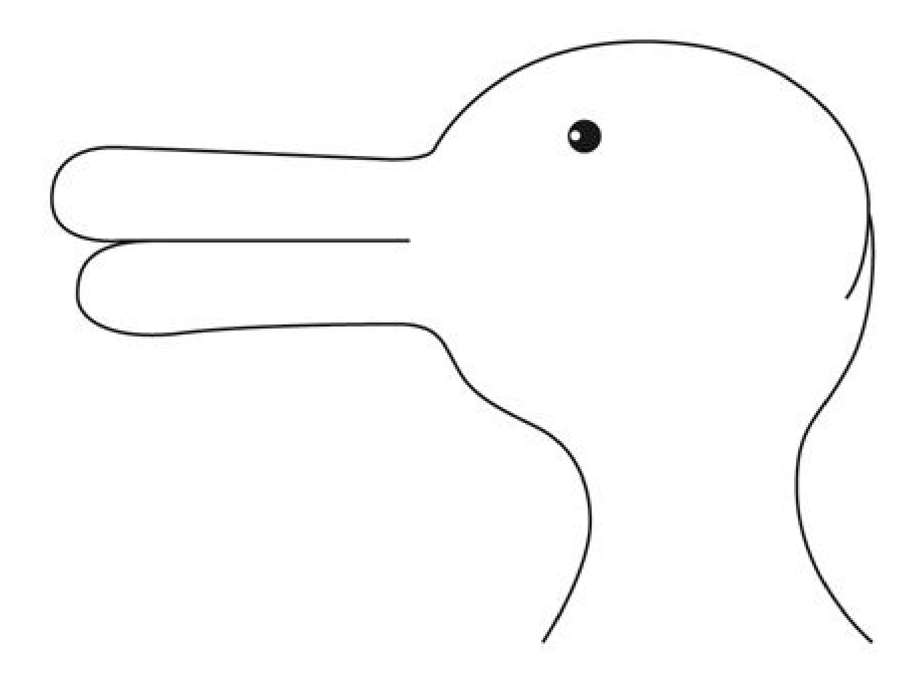


Figura 19-1: Cambio perceptual: ¿pato o conejo?

Qué bonito, ¿no? Pero... ¿qué ha pasado? Se trata del dibujo de un pato con el pico muy largo. Mira el dibujo otra vez. Este pequeño truco visual no parece muy convincente como ejemplo, pero todos conocemos casos reales de este tipo de cambios perceptuales. A veces, pongamos por caso, creemos reconocer a una amiga desde lejos porque ciertas impresiones nos la evocan, así por ejemplo, su largo pelo rubio. Pero, de repente, la chica se acerca y no se parece en nada a nuestra amiga. Es una desconocida con una bufanda amarilla en el pelo.

Otra manera de responder a la pregunta pasa por, según Kuhn, vincular el cambio de paradigma con la revolución política. Al fin y al cabo, todas las viejas reglas, todas las antiguas certezas acaban cambiando.

Paul Feyerabend y la abolición del método

Paul Feyerabend (1924-1994) fue un filósofo de la ciencia conocido por su visión anarquista de la ciencia y por su rechazo a la existencia de reglas universales. Como Hitler, Wittgenstein y el movimiento del positivismo lógico, también nació en Austria. Feyerabend, al contrario que ellos, no compartía la convicción de que la ciencia era una especie de lógica aplicada de gran potencia.

MÁS DE CERCA

Abogó, sin embargo, por un anarquismo epistemológico radical, que va más allá de las tesis de Karl Popper y de Thomas Kuhn. Los anarquistas se niegan a aceptar las reglas de los demás y Feyerabend se negó a aceptar lo que los demás entendían por conocimiento. Afirmaba que no existe, realmente, algo así como el método científico y sostuvo que la visión científica del mundo no es mejor que las otras (no es mejor, por ejemplo que la que ofrece la astrología o el vudú). Defendió que muchas de las cosmovisiones científicas del pasado eran totalmente racionales en su contexto y que sólo se derrumbaron cuando fueron examinadas desde fuera.

Paul Feyerabend trabajó la mayor parte de su vida como profesor de filosofía, no como científico, en la Universidad de California (1958-1989). Vivió en diferentes países como el Reino Unido, Nueva Zelanda, Italia y Suiza. Sus obras más conocidas son *Contra el método* (1975), *La ciencia en una sociedad libre* (1978) y *Adiós a la razón* (1987). La frescura de su prosa, clara y viva, puede que no sea del todo convincente pero da muestras de un humor y de un ingenio que a menudo se echa en falta entre los filósofos y científicos.

Cerco al método científico

Feyerabend rebate la cómoda postura que muchos científicos mantienen respecto a sus propias actividades y la crítica "cruda y superficial" de los filósofos. En un artículo titulado "Cómo defender a la sociedad de la ciencia" (1979) dice:

> *"La metodología ha devenido hoy tan llena de sofisticación que es extremadamente difícil percibir los simples errores que se encuentran en su base. Es como combatir a la Hidra —se corta una de sus horribles cabezas y aparecen ocho nuevas—. Ante esta situación la única respuesta es la superficialidad: cuando la sofisticación pierde su contenido el único modo de mantener el contacto con la realidad es ser crudo y superficial. Esto es lo que intento ser."*

Se interroga sobre las cuestiones aparentemente más ridículas para desconcertar a sus adversarios. Por ejemplo, afirma que la astrología, la medicina alternativa o la magia en general no son más irracionales que la ciencia en sí, pues también esta última está arraigada en las tradiciones humanas y en lo que él llama mitos:

> *"Usted dice que podemos criticar los mitos si los comparamos con el 'grueso del sólido conocimiento científico'. Por esto entiendo que para cada mito que se quiere criticar, existe una gran cantidad de teorías científicas confirmadas, o incluso un grupo de teorías que contradicen al mito y que son propias de la masa. Ahora bien, si examinamos el asunto más de cerca, tendremos que admitir que es extremadamente difícil encontrar teorías específicas que sean incompatibles con un interesante mito en concreto. ¿Dónde hay una teoría incompatible con la idea de que la danza de la lluvia provoca lluvia?"*

Contra la ortodoxia científica

Feyerabend señala que la manera en que los "hechos" científicos se enseñan desde muy tierna edad a los niños es idéntica a la manera en que, hace un siglo, se les enseñaban los "hechos" religiosos. Los profesores no se esfuerzan por despertar entre sus alumnos una visión crítica con la que aprender observar las cosas con perspectiva. En las universidades, la situación todavía es peor pues el adoctrinamiento se lleva a cabo de manera mucho más sistemática. La crítica está completamente ausente. La sociedad y sus instituciones, por ejemplo, son criticadas dura e incluso injustamente, desde la escuela primaria. Pero la ciencia siempre queda exenta de la crítica. La sociedad recibe los juicios de los científicos con la misma reverencia con la que no hace tanto tiempo aceptaba los dogmas de obispos y cardenales. El proceso hacia la "desmitologización" (el intento por deshacerse de todos los aspectos misteriosos o míticos de la vida cotidiana), por ejemplo, está claramente motivado por el deseo de evitar cualquier enfrentamiento entre el cristianismo y las ideas científicas. Si alguna vez

dicho enfrentamiento ocurre, entonces la ciencia siempre tiene la razón y el cristianismo siempre está equivocado.

Comparación de la mecánica cuántica con la mecánica del bricolaje

La *ciencia cuántica* es la ciencia de las muy diminutas y minúsculas cosas o *quanta*: cosas demasiado pequeñas para ser vistas ni siquiera con el mejor de los microscopios electrónicos. La física cuántica desafía el modo tradicional de funcionar de la ciencia, es decir, el modo de proceder que sigue el sentido común, que es susceptible de experimentación, que no tiene misterios y que no inventa elementos que permitan explicar lo inexplicable. De modo contrario, el mundo cuántico es "indeterminado" (imposible de ser descrito con precisión).

Sin embargo, el más grande relativista de todos los tiempos, Einstein, no lo veía exactamente así. Al respecto dijo que "Dios no juega a los dados" y que el conocimiento que se posee del mundo cuántico es defectuoso, posición también defendida, entre otros, por Karl Popper.

Interrogantes sobre la teoría cuántica

A los filósofos les chifla la mecánica cuántica porque suena a cosa seria e importante y porque, supuestamente, no está sometida a las reglas normales. Por ejemplo, la ley de causa y efecto grabada a fuego en las leyes fundamentales de la física, así como también la ley de la gravedad de Newton y otras teorías muy aburridas sobre mecánica, como la que explica que la bola de billar que golpea a otra bola de billar a una velocidad de x provocará... ¡Todas dejan de ser ciertas en el ámbito cuántico!

Todavía más. El principio de incertidumbre (lo abordaremos en el apartado siguiente) imposibilita, incluso en el plano teórico, el conocimiento tanto del estado energético exacto como de la posición exacta de una partícula.

¿Estamos perdidos? Éste es otro rasgo de la física cuántica, tal como uno de los fundadores de esta disciplina, Richard Feynman, señaló en una cita memorable: "Creo que puedo afirmar con seguridad que nadie entiende la mecánica cuántica." Me parece que se refería más a los porqués de la ciencia que a su manera de proceder. Aunque escribió un libro titulado *Mecánica cuántica* no logró explicar la ciencia. Al fin y al cabo, como afirma en el libro: "No se obtiene un conocimiento inmediato de casi nada, a pesar de conocer todas las leyes de la física tal como hoy las conocemos."

Como Feyerabend, el profesor Feynman sostiene que por mucho que la gente parezca contentarse con las explicaciones científicas, los científicos mismos (por no hablar ya de los filósofos) no deberían hacerlo. "Cuanto más se comprueba de qué extraña manera se comporta la naturaleza, más difícil resulta crear un modelo que explique cómo los fenómenos más sencillos funcionan. La física teórica ha renunciado a ello."

En otro tratado titulado *La distinción entre pasado y futuro, desde la perspectiva de las leyes físicas*, Feynman afirma que en todas las leyes de la física que había encontrado hasta el momento no parecía existir una distinción entre el pasado y el futuro. Dice: "La película debería funcionar tanto para adelante como para atrás y el físico que la observa debería abstenerse de reír", porque en la mecánica cuántica no tiene sentido hablar de pasado y de futuro. ¿Qué hacer entonces con los relojes si el tiempo deja de tener sentido? Este tipo de física socava nuestra comprensión del mundo. ¿Deberían los físicos

dedicarse a este tipo de tareas? En *El placer de descubrir* Feynman no tiene dudas en afirmar que así debería ser y sostiene que:

> *"Solamente la ciencia contiene en sí misma la enseñanza del peligro que reside en creer en la infalibilidad de los grandes maestros de las generaciones anteriores... La ciencia debe enseñarnos que hay que dudar de los expertos. De hecho, yo definiría la ciencia de la siguiente manera: ciencia es la creencia en la ignorancia de los expertos."*

Una vez dicho esto, el objetivo principal de la ciencia cuántica consiste en descubrir de qué está formado el universo. ¿No estaba formado de estrellas y planetas y motas de polvo revoloteando en un vacío perfecto? A los más curiosos esto no acaba de convencerlos. De hecho, sólo una pequeña parte del universo está formada por este tipo de material; el restante 96 % todavía es un misterio. Así que hay que inferir su presencia de las observaciones astronómicas y de las leyes de la gravedad.

En la década de 1930, el astrónomo suizo Fritz Zwicky fue el primero en darse cuenta de la existencia de una "masa no visible" en el universo. Descubrió que la fuerza gravitacional de una gran masa de material no visible —materia oscura, energía oscura, fluido oscuro, llámesele como quiera— era lo que parecía mantener unidos a las galaxias y al universo. En la década de 1970, Vera Rubin (una mujer astrónoma, ¡por fin una mujer que es reconocida por haber influido en la filosofía!) llevó a cabo observaciones astronómicas más detalladas sobre el tamaño, la forma y el movimiento de las galaxias, que complicaron todavía más las cosas. Actualmente, los físicos gastan billones de euros tratando de localizar partículas de materia oscura con el gran colisionador de hadrones en la Organización Europea para la Investigación Nuclear en Ginebra.

La materia oscura representa un grave problema para las teorías de Einstein, que no contemplaban la posibilidad de estas misteriosas entidades. No obstante, la idea de un medio invisible y unificador tiene su origen miles de años antes que las teorías de Zwicky o del mismo Einstein. Toda ciencia tiene sus demonios, y este demonio en particular ha aparecido en múltiples formas desde la antigüedad, pasando por la Ilustración y hasta llegar a las ultimísimas teorías de la mecánica cuántica. Tanto la electricidad, la gravedad, la materia atómica o la vida espiritual han requerido en algún momento los servicios de este "medio invisible" para subsanar ciertos vacíos teóricos. Normalmente, se le ha llamado "éter", una antigua palabra griega que significa "aquello que brilla" (si bien qué es eso que brilla no queda nada claro). De cualquier modo, desde la teoría de la relatividad general de Einstein, los científicos no consideran que tal medio invisible sea un tema de conversación digno y sólo lo mencionan, ocasionalmente, bajo el disfraz de una terminología diferente. Esta materia o energía oscura en realidad es lo que los antiguos, desde la época de Aristóteles, conocían como éter, el quinto elemento junto al fuego, la tierra, el aire y el agua.

Los antiguos solían inventarse nuevos nombres para las cosas que no acababan de comprender. Parece que eso ya no está de moda, excepto entre los científicos de la física cuántica, quienes bautizan nuevas partículas casi todos los días. ¡Vaya ciencia más cutre! El éter, sin embargo, se ha mantenido a través de los tiempos porque parece cubrir un enorme agujero negro en el campo de la física.

Preguntas sobre la indeterminación

Con la ciencia extendiéndose por todas partes y amenazando con darle un sentido a todo en esta vida, no es de extrañar que el principio de incertidumbre sea muy popular entre los filósofos, pues supone un pequeño agujero en la fachada del gran edificio de la ciencia. Acuñado por el físico Werner Heinsenberg (1901-1976), reconocido generalmente como cofundador, junto a Erwin Schrodinger, de la física cuántica moderna, el *Principio de incertidumbre* pone un límite a la exactitud con la que se puede especificar la posición y el momento de las partículas subatómicas, a grandes rasgos, por supuesto. Heisenberg admite que se podría concretar con exactitud una de las dos variantes pero no la otra. El físico alemán creía que esto afectaba a la capacidad para predecir el comportamiento futuro de las partículas, y de aquí, el futuro en general. Los fenómenos de la física atómica son, aun así, “reales”, pero las partículas elementales en sí mismas son meras sombras; es decir, potencialidades y posibilidades en un mundo de probabilidades.

Heinsenberg pretendía que el principio de incertidumbre perfeccionara, de algún modo, el modelo semiclásico de Einstein y de sus sesudos colegas Planck y Bohr. El modelo clásico se refiere a la muy sensata física de Isaac Newton, esa en la que las manzanas caen del árbol a una velocidad predecible (no a los clásicos de la antigua Grecia, como es habitual). Sea como fuera, volviendo a Heinsenberg, en una serie de conferencias de 1950, más tarde publicadas como *Física y filosofía*, afirma:

> *“En los experimentos de la física atómica, tenemos que vérnoslas con cosas y con hechos, con fenómenos que son tan perfectamente reales como los de la vida cotidiana. Pero los átomos o las mismas partículas elementales no son tan reales; constituyen un mundo de potencialidades o posibilidades más bien que uno de cosas o de hechos.”*

Teoremas de incompletitud

Kurt Gödel (1906-1984) nació en Austria pero desarrolló casi toda su carrera en Estados Unidos, donde conoció a Einstein, con quien más adelante entablaría una relación de amistad. Su nombre va ligado a los teoremas de incompletitud, que pueden sonar un tanto vagos o etéreos pero en verdad son muy precisos y plenamente matemáticos.

En la década de 1930, Gödel ofreció una prueba lógica que demostraba la completitud de lo que los filósofos más muermos tildan de “lógica de primer orden”, es decir, la lógica de frases como “Eric es una manzana”, “Sócrates es mortal”, “Dios está muerto”, etc. Pero la consecuencia de dicha demostración supuso abrir la caja de Pandora, pues lo llevó a afirmar que todos los sistemas lógicos que estudiaban sus contemporáneos —filósofos como Gottlob Frege en Alemania o Bertrand Russell y Alfred North Whitehead en el Reino Unido— estaban incompletos. Bueno, tal vez podríamos decir: “¡Dales tiempo a los chavales, que seguro que al final los acaban!”... No sólo eso, pues Gödel descubrió algo todavía peor: que los sistemas eran incompletos en el sentido de que eran necesariamente indemostrables. Ello indica que las matemáticas mismas, en la medida en que dependen de la lógica para su certidumbre (o consistencia), también son incompletas. Podemos

expresar los teoremas de Gödel (utilizando el nombre esnob) así:

> *"Por cada sistema formal consistente (S) que contenga una cierta parte de aritmética, se puede construir una frase en el lenguaje de S que no se puede probar ni refutar dentro de S."*

¿Cómo es esto posible, abuelito? O mejor, ¿qué quiere decir todo esto? Ante lo que el abuelito o la abuelita seguramente dirá: "Hijo mío, lo que el señor Godelio dice aquí conlleva una serie de implicaciones muy profundas tanto en las matemáticas como en la lógica, pues afirma que no hay sistema existente en el que se pueda demostrar, y de aquí justificar, toda verdad matemática. Dice que hay argumentos en las matemáticas que no se pueden probar ni refutar teniendo en cuenta los axiomas originales." En fin... ¿qué significa eso? Pues que tal vez tenga razón Zenón, cuando propuso a los físicos el famoso problema de la carrera que mostraba que, al menos en teoría, Aquiles nunca sería capaz de alcanzar a la tortuga.

Inventar extrañas fuerzas para unir de nuevo los átomos

Otra desconcertante característica de la mecánica cuántica es que sostiene que las partículas se afectan entre sí para "comunicarse" de manera instantánea a lo largo y ancho de todo el universo. No es posible ni necesario que exista un mecanismo causal, lo cual no significa que la ciencia deje de ser una disciplina respetable y científica. De modo que, si aceptamos esto, ¿por qué no aceptar también la astrología, es decir, la creencia de que las influencias cósmicas afectan a las personas, lo cual supone un desafío a las explicaciones causales (racionales)?

Los orígenes de la astrología se pierden en la antigüedad. Durante siglos fue una rama más de la filosofía como hoy en día lo es la lógica o la ética y era una parte fundamental del aparato intelectual de la gente cultivada. Los antiguos romanos confiaban en los augurios de los astrólogos acerca de futuros desastres naturales o políticos. La astrología ejerció tanta influencia que el escritor romano Tácito denunció en su *Historia* que constituía un "engañoso medio para decidir sobre los asuntos del Estado". La gente consideraba que las estrellas y los planetas formaban parte del mismo gran sistema con el que los humanos tenían que habérselas y pensaba que si lograba entender estos movimientos celestes podría conocer mejor el funcionamiento de los asuntos humanos (sin que, necesariamente, existiera una conexión simple, causal, como hoy en día afirman con sorna quienes condenan la astrología).

El apogeo de la astrología se extiende en Europa desde 1300 hasta 1700, cuando el estudio de esta disciplina era fundamental para la medicina, la agricultura, la química, la navegación, los asuntos bélicos y para todos los ámbitos de la vida. Incluso el Papa (como también, más recientemente, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan) pedía consejo a los astrólogos. Lamentablemente, en los últimos trescientos o cuatrocientos años, la astrología ha caído en desgracia entre los filósofos y ha quedado relegada al campo de la sabiduría popular más banal y a ciertas variedades de la psicología. Incluso Isaac Newton creció en un mundo en el que la astrología era considerada como uno de los estudios primordiales de la humanidad. En las universidades medievales era una de las materias centrales y formaba parte de un complejo sistema de conocimiento médico donde se estudiaban las

diferentes partes del cuerpo y la amplia gama de hierbas.

Los primeros astrólogos examinaban los cielos en busca de señales, como estrellas fugaces, que podían presagiar hechos culturales importantes, por lo general calamidades. En Mesopotamia se construyeron *zigurats*, pirámides con los bordes escalonados, y no lisos, para examinar mejor el cielo y encontrar vínculos entre los cuerpos celestes de arriba y los cuerpos humanos de abajo. Su investigación les sirvió de inspiración a los antiguos griegos para desarrollar los horóscopos personales, los doce signos (aunque fueron los nombres romanos los que pervivieron).

Por supuesto, el cristianismo pensó que estos estudios eran paganos y el año 333 el emperador Constantino prohibió la astrología en Europa en nombre de la religión cristiana. El año 2005, el recién elegido nuevo Papa condenó la astrología como uno de los males que había que erradicar, lo que muestra que esta disciplina todavía ejerce una importante influencia. Por otra parte, a pesar de la condena oficial, la Iglesia continúa hablando de la señal de los cielos o de la “estrella de Belén” y, de hecho, una mirada atenta revela que existen una gran cantidad de símbolos astrológicos en la mampostería, las vidrieras e incluso en las pinturas de las antiguas iglesias.

Aquellos que se dedicaban al estudio astrológico encontraron también problemática la cuestión de los hermanos gemelos, tal como señaló, entre otros, el filósofo san Agustín. Yo mismo tengo un gemelo, y en nuestra carta astral queda registrado que tenemos muchos puntos en común, muchos más de los que nunca habría imaginado dadas nuestras muy diferentes personalidades. Los científicos se han enfrentado a este y a otros problemas similares en repetidas ocasiones. Entre otras cosas, han mostrado que los planetas no están, como sostienen muchos astrólogos, en la misma posición en que estaban antiguamente, por lo que se relacionan con las constelaciones también de un modo diferente. Para los pensadores menos transigentes este discurso astrológico sobre las conjunciones entre tal y tal otro planeta no es más que pura palabrería. No es de extrañar que en el año 1975 alrededor de doscientos “destacados científicos” pagaran grandes cantidades de dinero a los periódicos para presentar sus objeciones a la astrología. Posteriormente este grupo fue desacreditado por Paul Feyerabend en su libro *Contra el método*, quien presentó una defensa sorprendentemente “lógica” de esta antigua disciplina. La astrología es un campo de batalla para los filósofos de la ciencia, y allí se enfrentan las más variadas posiciones.

Otro debate típico de la guerra de la ciencia, como los filósofos a veces llaman a estos debates, es el de las llamadas “medicinas alternativas”, que los más vehementes tertulianos (agitando las credenciales científicas) condenan por ser irracional y desafiar los principios de la ciencia experimental. La homeopatía, por ejemplo, da a los pacientes unas dosis infinitésimamente pequeñas de minerales y otros componentes (¡dosis tan pequeñas que tendríamos que bebernos el océano entero para asegurarnos de que hemos ingerido, al menos, una molécula activa!). Esta medicina desafía toda explicación racional; de ahí que los pensadores ortodoxos consideren que es un fraude para el público crédulo y que supone un peligro, ya que puede provocar que los pacientes pospongan la visita al médico. A pesar de que la homeopatía no tiene efectos secundarios (a diferencia de lo que ocurre con muchos medicamentos convencionales que requieren una gran cantidad de fe ciega y que, actualmente, constituyen una de las cuatro causas de muerte principales en Estados Unidos, lo que significa que alrededor de cien mil personas al año mueren a causa de estos medicamentos, correctamente prescritos

por sus médicos) y a pesar también de que logre curar, al menos, a algunas personas (de hecho en países como la India hay doscientos mil médicos homeopáticos registrados y la homeopatía es uno de los sistemas nacionales de medicina) se ha convertido, desde hace algún tiempo, en la *bête noir*, en la pesadilla, de muchos de aquellos que se proclaman defensores de la ciencia.

La comprensión tradicional sobre el funcionamiento de la astrología, tal como la expuso Ptolomeo en el siglo II d. C. recoge todo el conocimiento de los astrólogos y proporciona detalles sobre cómo elaborar horóscopos personales. Para Ptolomeo, el sistema se basaba en aspectos relativos al tiempo, a la objetividad y, sobre todo, al simbolismo. A pesar de que la astrología no encaje con muchas de las modernas ideas de la ciencia, parece ofrecer un rico y sutil despliegue de elementos culturales, estéticos y psicológicos. Las descripciones sobre los patrones astrológicos son muy ambiguas y, por ejemplo, cada signo viene caracterizado por tendencias de comportamiento contradictorias.

Por ejemplo, Capricornio (mi signo), en realidad no es una cabra de corral terca y malhumorada, sino una criatura maravillosa y mítica con una cola de pez, gracias a la cual posee una enorme sensibilidad y creatividad. El hecho de ser medio cabra concede a las personas nacidas bajo este signo las características de ser personas constantes, trabajadoras y materialistas; por su parte, la cola de pez les otorga un carácter soñador, imaginativo y espiritual. Dado que esta descripción encaja de lleno con mi personalidad, ¡la astrología debe de ser cierta! (es curioso, sin embargo, que muchas otras personas nacidas el mismo mes sean bien diferentes...). Los astrólogos afirman que, puesto que Capricornio se sitúa al comienzo y al final del Zodíaco, es decir, inicia y acaba el ciclo, es un signo especialmente ambiguo, pero lo cierto es que todos los signos contienen paradojas semejantes. Estas contradicciones no pueden entenderse a través de un pensamiento lógico y lineal, por lo que a menudo la gente rechaza esta disciplina, a pesar de que es una valiosa fuente de ideas y de perspectivas filosóficas y vagamente científicas.

Pero hasta el momento la lógica y la racionalidad sólo lo llevan a uno hasta cierto punto en la filosofía y en la vida. Queda, pues, un reducto para la maravilla y el misterio.

Parte VI

Los decálogos



—ÉSTOS DEBEN DE SER UNA PRESA FÁCIL,
UNA PANDA DE EMPOLLONES DE FILOSOFÍA.

En esta parte...

Leer libros de filosofía puede resultar una tarea extenuante, de ahí que casi nadie, ni siquiera los críticos ni los profesores de filosofía, los lean. (Yo tampoco me los he leído todos, pero no se lo digáis a nadie.) Para aquellos que no tienen tiempo de profundizar en la sustancia filosófica, esta parte contiene una breve guía de los clásicos.

Leer los clásicos o echarse una siestecita con ellos es una manera bastante pasiva de acercarse a la filosofía. Este libro trata de invitarte a pensar por ti mismo y a filosofar de manera activa, por lo que termina (pero si lo prefieres, puedes empezar por el final) con diez entretenidos y estimulantes acertijos filosóficos que te harán pensar.

Capítulo 20

Diez famosos libros de filosofía (y lo que cuentan)

En este capítulo:

- Una pequeña degustación de los clásicos.
- Algunos trucos para leer filosofía.

Aunque las obras clásicas pueden resultar terriblemente largas y aburridas comparadas con ver la tele, los auténticos fanáticos de la filosofía no deben pasarlas por alto. En este capítulo propongo diez libros que los verdaderos fans deben conocer aunque no los lean. En realidad éstos no son los mejores libros de filosofía pero cuentan con un extraño atractivo: el autor parece importante, el título suena imponente, ya se sabe, este tipo de cosas. Si deseas una pequeña muestra, un pequeño sorbo de los clásicos, éste es tu capítulo.

Crítica de la razón pura, de Immanuel Kant

La principal aportación de Kant consiste en suponer que las ideas y los conceptos de las personas dan forma a la realidad en lugar de suponer que la realidad está ahí fuera y que las ideas y los conceptos logran captarla en mayor o menor medida. Fue uno de los primeros filósofos que cobró por su trabajo y uno de los primeros profesores de filosofía en una universidad. Sin embargo, sus ingresos dependían de que sus conferencias tuviesen público y, si has leído este libro, entenderás por qué nunca dejó de lado sus intereses científicos. Cuando llevaba puesto su sombrero de científico (por así decirlo), Kant afirmaba que el mundo de todos los días, el mundo físico que nos rodea, existe; pero cuando llevaba su sombrero de filósofo afirmaba que el mundo de cada día es una ilusión y que no podemos conocer de manera directa la realidad subyacente.

La República, de Platón

¡*La República* de Platón es lo más! Hoy en día es su obra más leída (antiguamente tal vez fuera *Timeo*). Lo más importante de esta obra es que incluye una discusión bastante extensa sobre la teoría de las ideas, su máxima aportación al mundo de la filosofía (para más información ve al capítulo 2). Platón concluye la obra con una teoría esperanzadora de la vida del alma después de la muerte. Contiene a su vez un amplio comentario sobre la naturaleza del arte. Como vemos, los temas son variados. Por ello, sigue siendo la obra clásica de filosofía que todavía nadie ha superado. Las ideas son una cuestión clave, pues toda la filosofía gira en torno a ellas, aunque todavía nadie haya logrado averiguar qué son exactamente o si realmente existen. Sin duda, éste es el libro donde comenzó todo...

Temor y temblor, de Søren Kierkegaard

Digan lo que digan, Kierkegaard sabe escribir. ¿También filosofar? Bueno, tengo mis dudas... En fin, su argumento principal es que la razón nunca puede apoyar la fe, sino sólo socavarla. La creencia auténtica es un acto de fe, un salto al vacío, por lo que los tipos religiosos que filosofan están perdiendo el tiempo. Bueno, tengo mis dudas... La supuesta filosofía libre y espontánea de Kierkegaard continúa anclada en su búsqueda personal de razones para creer en Dios —como también ocurre con las filosofías de Descartes, Spinoza y otros filósofos, por no hablar de los monjes Anselmo, Aquino y Agustín (¿y por qué todos comienzan con A?)—. Unos consideran que su filosofía es original y atractiva, otros que es enmarañada e incoherente, pero lo que está claro es que no escatima esfuerzos en su entrega personal a Dios.

Ética, de Baruch Spinoza

Éstas son las primeras líneas de la *Ética*, expuestas muy metódicamente, por supuesto:

> *"Por CAUSA DE SÍ (causa sui) entiendo aquello cuya esencia implica la existencia, o sea, aquello cuya naturaleza no puede concebirse sino como existente."*

Con este poco basta. ¡Ya estoy perdido, Baruch! Spinoza no era sacerdote, pero parece que sí era muy devoto. Su mensaje afirma que sólo existe un Dios pero, por desgracia, ese Dios es el universo entero. Las personas sólo son pedazos del universo, no más importantes que, por ejemplo, las hormigas, las rocas, las plantas o los pantalones.

Todo el libro sigue un estilo pseudogeométrico, con definiciones, axiomas y teoremas o, como él afirma, proposiciones. Después de todo, el título completo del libro es *Ética demostrada según el orden geométrico*, aunque a menudo se abrevie como acabo de hacer yo.

Escribe: "No me detendré a considerar el amor, el placer, etcétera, puesto que no tienen nada que ver con lo que estamos tratando." Ahora bien, esto es lo mismo que la gente dice de su libro, que no trata de lo que les interesa, pues aunque demuestre geométricamente la existencia de Dios, éste es un Dios muy triste que no se preocupa por las personas ni presenta ninguna de las propiedades que la gente religiosa normalmente atribuye a sus divinidades. El Dios de Spinoza es más bien una especie de fantasma cósmico.

Discurso del método, de René Descartes

En primer lugar (para impresionar a la gente y que se evidencie su ignorancia), tómese nota de que el título completo es *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias*. Atención a la palabra "ciencias". ¡En realidad *Discurso del método* sólo es el preámbulo de una colección de escritos científicos de Descartes sobre la naturaleza de la luz y de los meteoros! El filósofo francés llegó a descuartizar a unos pobres monos —¡canalla!— para ver si tenían alma. No encontró ninguna prueba de ello, a diferencia de lo que sucedió cuando diseccionó cadáveres humanos y descubrió una glándula, en apariencia inútil, en el cuello.

¿De qué habla la obra de Descartes? ¿De Dios? No, en realidad el libro trata de Descartes mismo (o, al menos, su trabajo científico). Debes saber que Descartes era un tipo engreído y presuntuoso. El hecho de que tuviera tanta reputación entre los británicos y no tanta entre sus compatriotas franceses invita a pensar en una conspiración cultural para promover a uno de los peores filósofos de Francia. Pese a ello, Descartes ejerció una enorme influencia al convertir la filosofía en una disciplina más metódica, como la ciencia.

Tratado de la naturaleza humana, de David Hume

De Hume o de Anon, pues, originalmente, lo publicó de forma anónima aunque ahora los filósofos saben que fue escrito por Hume. Y luego lo elogió también anónimamente. ¡Menudo listillo! El libro empieza así:

> *“Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos géneros distintos que yo llamo IMPRESIONES e IDEAS. La diferencia entre ellos consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que se presentan a nuestro espíritu y se abren camino en nuestro pensamiento y conciencia.”*

En esta obra, Hume se muestra inteligente e hipócrita a la vez. Se burla de los que afirman que han creado un nuevo sistema para resolver todos los problemas de la filosofía ¡y luego va y crea un nuevo sistema propio para lograr justamente lo mismo! Dice que va a ser breve y continúa escribiendo cientos de páginas. Dice que las ideas de causa y efecto son defectuosas, pero que debemos seguir usándolas. Dice también que convertirá la ciencia de la ética —el estudio del bien y del mal— en una disciplina práctica (como el estudio de la fabricación de cerveza o la jardinería), pero acaba describiendo una teoría de la naturaleza humana vacía pues el corazón de las personas es impenetrable.

Hume escribe de manera clara, metódica y llana. Se preocupa por todos y cada uno de los problemas de la filosofía resolviendo la mayoría de ellos. ¡No es de extrañar que causara controversia!

Leviatán, de Thomas Hobbes

Hobbes escribe: “Señalo, en primer lugar, como inclinación general de la humanidad entera un perpetuo e incansable afán de poder que cesa sólo con la muerte.” Por ello, es necesario un poder absoluto que controle a los hombres.

Pese a sus humildes orígenes como hijo de un párroco desempleado en un apartado lugar de Inglaterra (su padre desapareció tras una pelea violenta con otro párroco en la puerta de la iglesia), Thomas Hobbes, de un modo u otro, logró llegar a la cumbre de la jerarquía social inglesa, codeándose con duques y viviendo de una renta personal cortesía del propio rey.

Por otra parte, para cuando dejó la escuela a la edad de catorce años, ya había traducido *Medea* de Eurípides del griego al latín, un logro que continúa impresionando a los comentaristas filosóficos de hoy (tal vez más de lo que debería).

Las sociedades actuales reflejan la teoría de Hobbes, según la cual, las personas actúan movidas por el interés propio y que si no se les pone límites siempre surgen conflictos. Por supuesto, otros habían pensado lo mismo mucho antes que Hobbes, pero él expresa esta idea de un modo bastante elegante. Afirma, entre otras cosas, que la máquina humana está programada de manera egoísta y duda de que esta tendencia pueda cambiarse. Para él, por ejemplo, ayudar a una anciana a cruzar la calle es un acto egoísta, pues no deja de ser un modo de sentirse bien con uno mismo. Hobbes sostiene los seres humanos persiguen un solo objetivo: el poder.

Tres diálogos entre Hylas y Philonus, de George Berkeley

"¿Hay acaso durante el día un momento más agradable, o en el año una estación más preciosa? Ese cielo purpúreo, esos cantos de los pájaros, silvestres y suaves al mismo tiempo, el fragante esplendor de los árboles y flores, el benigno influjo del sol naciente" empieza el libro. ¡Cuánta hermosura! Berkeley está a punto de demostrarle a Philonous que nada de lo que hay en el jardín existe.

La gran idea de Berkeley fue afirmar que aquello que los filósofos llamaban percepciones sensoriales no era el resultado de ninguna extraña interacción con la materia, como todos los que le rodeaban suponían, sino que Dios lo había colocado directamente en sus mentes. Por decirlo de algún modo, esto excluye al hombre como intermediario.

Berkeley formó un grupo de estudiantes en el Trinity College de Dublín para debatir sobre filosofía científica. Para combatir la amenaza del materialismo que estaba reduciendo vertiginosamente el mundo a una especie de máquina complicada, desarrolló una nueva teoría. En lugar del mundo matemáticamente ordenado y predecible de Newton y de Locke, propuso una especie de "inmaterialismo radical" con el que el mundo perdía su realidad objetiva y quedaba estrechamente determinado por quien lo observara. *Esse est percipi* o "Ser es ser percibido". Parece una tontería, ¿no? Sin embargo, lo mismo parece afirmar la física moderna, al menos en lo que respecta a la escala cuántica de lo pequeño, muy pequeño...

Es necesario señalar también que Berkeley es un poco escéptico. Piensa que casi toda la filosofía es mera palabrería. ¿Qué pasa entonces con sus escritos? Muchos filósofos han tratado de imitar los más célebres diálogos de Platón, y la mayoría de los esfuerzos son, francamente, terribles. Pero ¡los de Berkeley no están nada mal!

Ética, de Aristóteles

La idea de Aristóteles fue que la diferencia entre una buena persona y una mala persona es que una es buena y la otra es mala. No obstante, existen dos pasos en esta argumentación. Lo bueno es bueno y lo malo es malo, y esta parte es lógica aristotélica. La otra parte trata de las actitudes y comportamientos de las personas —brillante, ¿verdad?— y fue recuperada bajo el nombre de ética de la virtud en los últimos años del siglo XX, en particular por el profesor Alasdair MacIntyre. Muchos cursos de filosofía imparten ahora esta teoría, así que si estás en uno de ellos ¡ten cerca este resumen! Aquí están las primeras líneas:

> *"Toda arte y toda investigación, lo mismo que toda acción y toda elección, tienden, según se admite, a algún bien. Por eso se ha declarado con acierto que el bien es aquello a lo que todas las cosas tienden. Pero es claro que entre los fines hay cierta diferencia."*

Y al final del libro, en el libro X, sobre el placer y la vida buena: "El estudiante de ética debe, por lo tanto, dedicarse a la política."

Sin duda, Aristóteles tiene algo de razón. Sin embargo, algunas afirmaciones son abominables: las mujeres son ganado doméstico, algunos hombres han nacido para ser esclavos y cosas por el estilo.

El existencialismo es un humanismo, de Jean-Paul Sartre

El libro de Sartre es corto y tiene estilo. Perfecto para llevar en el metro. ¡Éste es el motivo por el que los franceses lo valoran tanto! ¿Pretencioso, *moi*? *Oui!* Los libros largos y aburridos son para los anglosajones. Aquí van las primeras líneas:

> *"El existencialismo ateo que yo represento declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra a sí mismo, surge en el mundo, y que después se define."*

En realidad éstas no son, literalmente, las primeras líneas. Pese a que sea un libro muy corto (¡sólo cincuenta páginas!), Sartre se las ingenia para incluir un montón de retórica vacua (pero ¡espera, debes ver su obra magna, *El ser y la nada*!). En cualquier caso, así es como termina el libro:

> *"El existencialismo no es ateo en el sentido de que se extenuaría en demostrar que Dios no existe (...) el existencialismo es optimista. Es una doctrina de acción, y sólo por mala fe, confundiendo su propia desesperación con la nuestra, es como los cristianos pueden llamarnos desesperados."*

La tesis de Sartre es que la gente debe ser responsable de sus acciones y no poner excusas. Por ejemplo, un creyente podría aprobar la explotación de los trabajadores alegando que en el cielo Dios se encargará de que su duro trabajo y su virtud sean recompensados. La creencia en Dios es utilizada como una excusa para no corregir los males en la Tierra. ¡No es de extrañar que Sartre llame "mala fe" a este tipo de actitud!

Capítulo 21

Diez acertijos filosóficos que te harán pensar

En este capítulo:

- Pasarlo en grande con algunos acertijos.
- Realizar complejos experimentos en el laboratorio de la mente.

Me encantan los problemas de filosofía y los experimentos mentales, o, para ser más exactos, los acertijos filosóficos y la ciencia ficción, pues los tradicionales problemas de filosofía suelen ser bastante aburridos. Plantean cuestiones como ¿existe el libre albedrío? ¿Cómo podemos estar seguros de que nuestras impresiones reflejan la realidad física que está ahí fuera? Este tipo de cuestiones se abordan en los cursos de filosofía y la gente debate en torno a ellas. Pero, en realidad, no resultan interesantes para nadie.

En cambio, los acertijos sobre filosofía y ciencia son fascinantes. Curiosamente, en muchos aspectos coinciden con los aburridos problemas antes mencionados. ¡Aquí va una pequeña muestra de diez acertijos típicos para abrir el apetito!

Examinar el problema de Protágoras

El problema de Protágoras es un problema clásico (también en sentido literal, pues en torno a él discutieron los antiguos griegos). Este experimento mental no tiene trampa, o si la tiene, nadie hasta el momento la ha descubierto.

La historia cuenta que Protágoras se había comprometido a preparar a un brillante joven llamado Evatlo para ser abogado. El generoso contrato estipulaba que Evatlo no tendría que pagar nada por las enseñanzas recibidas hasta ganar su primer juicio. Pero, para disgusto de Protágoras, después de haber dedicado mucho tiempo a enseñar al joven, éste decidió convertirse en músico y no defender ninguna causa en el tribunal.

Protágoras exigió entonces a Evatlo que le pagase por su trabajo, pero éste se negó, alegando no tener más dinero que aquel que había ganado como músico. ¡Ajá! Ahora viene el problema. Protágoras decide denunciar a su antiguo estudiante ante el tribunal, creando así una situación que necesariamente había de resultarle favorable, pues:

> ✔ Si Evatlo pierde el caso, Protágoras habrá ganado y recuperará el dinero.
>
> ✔ Si Evatlo convence al tribunal y gana el caso, Protágoras puede exigirle que le pague (pese a que ahora alegue ser músico), pues habrá ganado su primer caso.

Parece bastante sencillo, ¿no?

Sin embargo, el razonamiento de Evatlo es distinto y afirma lo siguiente:

> ✔ Si Evatlo pierde, entonces habrá perdido su primer caso, de modo que, según lo acordado en el contrato original, no se verá obligado a pagar por las clases.
>
> ✔ Si Evatlo gana, Protágoras habrá perdido el derecho a hacer cumplir el contrato, por lo que no le podrá obligar a desembolsar su dinero.

Los dos no pueden tener razón, pero ¿quién está equivocado? La paradoja reside en que ambas formas de argumentar parecen correctas pero llegan a conclusiones opuestas. De hecho, no existe ningún error lógico en los argumentos de Evatlo ni en los de Protágoras; pero los dos no pueden tener razón pues ello socavaría la lógica y con ella, las bases de la mayoría de nuestros razonamientos.

Ésta es la versión corta; la larga es que los enunciados se condicionan mutuamente, de modo que la primera es verdadera si la segunda es falsa, pero la segunda no es falsa si la primera es verdadera, por lo que la primera debe ser falsa, entonces la segunda... ¿Estás perdido? Reflexiona entonces sobre lo siguiente:

> ✔ La afirmación de abajo es verdad.
>
> ✔ La frase que acabas de leer aquí arriba es falsa.

Jugar en la arena con la paradoja sorites

El problema de las definiciones desconcertaba a los antiguos griegos. Por ejemplo, ¿cuándo un montón de arena es un montón? El siguiente experimento mental fue llamado el problema del montón o la paradoja *sorites* (pues en griego *sorites* significa “montón”). Trataré de explicarlo mejor.

Considérese, por ejemplo, una guardería que asegura en su anuncio que los niños tendrán un arenero donde jugar. El profesor coge una pala, cava un rectángulo y lo llena de arena. Ahora los niños tienen un arenero. Pero cada día, desaparecen unos cuantos granos. A la semana, todavía hay abundante arena en el arenero, pero a los tres meses el nivel ha descendido considerablemente. Sin embargo, el profesor no tiene ninguna duda de que la escuela todavía tiene un arenero para los niños. Un año después, sólo quedan unos puñados de arena en él. Claramente, ahora ya no es un arenero y los padres se sienten engañados. Pero ¿en qué momento el arenero ha dejado de serlo?

El problema radica en que la mayoría de las afirmaciones que hacemos son vagas. Nadie considera que un arenero deba tener, como mínimo, 100 000 granos de arena, e incluso si así sucediera, ¿acaso se notaría la diferencia con uno de 99 999 granos? Pero sigue siendo verdad que, en algún momento, el arenero ha dejado de ser un arenero.

Cuando se trata de razonar, los humanos confían en una rígida distinción: la que hay entre lo que es y lo que no es. Por tanto, si no podemos especificar cuántos granos forman un arenero, tampoco podemos saber cuándo el azul no es verde, cuándo un metro en realidad es un metro, una pala una pala y otras cosas por el estilo. Lo que es todavía peor que afirmar que todos los razonamientos se basan en aproximaciones, pues ¿con qué son comparadas las aproximaciones?

Relacionada con ésta se plantea una nueva cuestión: si un arenero es una o varias cosas (quizá un millón de cosas, si se cuentan todos los granos de arena). O pensemos en un árbol, ¿es una cosa o son varias? Si se divide el árbol en ramas, ramitas, raíces, corteza, hojas, etc., se presenta un problema parecido al de la paradoja *sorites*. En otoño, el árbol pierde sus hojas, pero sigue siendo un árbol. En invierno, un estúpido jardinero corta todas las ramas del árbol y se convierte en un simple tronco. Pero sigue siendo un árbol. Sin embargo, en mitad del invierno un vecino corta el tronco para hacer leña. ¡Todo lo que queda son las raíces del árbol! Y puede que nunca vuelva a crecer.

Reconocer el calcetín de Locke

El destacado filósofo liberal inglés, John Locke, propuso un interesante experimento mental.

Imaginemos, dice Locke, que uno de mis calcetines favoritos tiene un agujero. ¿Este calcetín será el mismo después de que lo arregle poniéndole un parche? Si así es, ¿continuará siendo el mismo calcetín si le añado un segundo parche e incluso un tercero? Y todavía más, ¿será el mismo calcetín años después cuando se haya sustituido todo el material del calcetín original con parches?

No es un experimento mental muy original; de hecho, es bastante similar a algunos de los experimentos antiguos conocidos como paradojas *sorites* (explicadas en el anterior apartado) donde los protagonistas son menguantes montones de arena o barcos que han cambiado una a una todas sus cuadernas. Sin embargo, el problema del calcetín de Locke trajo consigo una tanda de nuevas aproximaciones al problema de la identidad.

Una respuesta a la paradoja de Locke propone utilizar el concepto de "cuadridimensionalismo", como afirman David Lewis y otros filósofos contemporáneos. Este enfoque sugiere que los objetos deben pensarse no sólo tridimensionalmente sino como objetos que se extienden a través de la cuarta dimensión, la del tiempo. Desde esta nueva perspectiva 4-D, el calcetín de Locke inicia su aventura como una bola de lana que sufre después algunas manipulaciones espaciales y acaba viajando por Inglaterra y Holanda, ya sea por arriba o por debajo de la tierra, dejando por el suelo de las habitaciones molestas pelusillas. No obstante, es cierto que iniciar la aventura con la lana resulta bastante arbitrario y quizá deberíamos empezar con la oveja de la que se extrae la lana, o incluso con los átomos de la hierba que han acabado convertidos en lana, o...

Está claro que esta solución complica las nociones de identidad bastante más que un agujero en el calcetín.

Conocer las zonas más pantanosas de la mente

El personaje ficticio La Cosa (también llamada La Cosa del Pantano) apareció por primera vez en un cómic de ciencia ficción escrito por Alan Moore. Se trata de una entidad elemental que se genera a raíz de la muerte accidental del científico Alec Holland, que tras caer en un pantano se convierte en un humanoide vegetal que misteriosamente conserva intacta la memoria y la personalidad de Holland. La Cosa es "una especie de planta, que antes era Alec Holland, y ahora trata de convertirse en Alec Holland". Es también una criatura elemental que utiliza las fuerzas de la naturaleza y toda la sabiduría del mundo vegetal para luchar contra la contaminación del mundo.

No es de extrañar que *La Cosa* (1980) de Alan Moore sea considerado por los entusiastas del cómic como uno de los grandes hitos del cómic americano. La historia inspiró al profesor Donald Davidson el diseño de un experimento mental que expuso en su artículo de 1987 "Conocer la propia mente". En la versión filosófica del profesor Davidson, es él mismo quien va a hacer senderismo por el pantano y cae fulminado por un rayo. Al mismo tiempo, otro rayo cae sobre un árbol muerto cerca del pantano y espontáneamente se modifican sus moléculas pantanosas y, por pura coincidencia, el árbol toma exactamente el mismo aspecto que Davidson tenía antes de morir. Sin importarle lo más mínimo lo descabellado de la historia, Davidson afirma que su imaginario Hombre de los Pantanos tendría un cerebro exactamente idéntico al del difunto senderista, por lo que, en teoría, se comportaría como lo haría el difunto. El Hombre de los Pantanos volverá del pantano, se reunirá con su familia e irá a trabajar y, dice Davidson, se relacionará con sus compañeros, amigos y familia de la misma manera que hacía antes, al menos en apariencia.

Ahora viene la parte interesante. El profesor Davidson afirma que el Hombre de los Pantanos parece reconocer a las personas, sin embargo, "no puede reconocer nada porque anteriormente no ha conocido nada". ¡Menuda paradoja!

Davidson concluye que las afirmaciones del Hombre de los Pantanos no se refieren a nada en particular, sino que son meras respuestas programadas, como cuando suena la alarma de un reloj. Los filósofos no deberían interpretar sonidos del tipo (a modo de película de terror): "¡Ggrrr, yo, Hombre de los Pantanos!", como si se refirieran a alguna cosa en particular. Cuando el Hombre de los Pantanos le dice a su mujer: "Cariño, hoy he tenido una extraña experiencia en el pantano" no está siendo sincero pues nunca ha conocido a su mujer, aunque crea que lo ha hecho. Davidson llega a afirmar que dado que el Hombre de los Pantanos no tiene pasado no es una persona.

Este debatido experimento mental falla porque:

> ✔ El guión es evidentemente inverosímil.
>
> ✔ Parece probado que la actividad eléctrica que gobierna los pensamientos y los recuerdos en el cerebro no puede ser copiada a través de un rayo ni por otros medios.
>
> ✔ Resulta más interesante plantear problemas filosóficos creíbles que puedan afrontarse fácilmente, por ejemplo, imaginar que alguien tiene problemas de memoria y cree que recuerda cosas que en realidad no recuerda.

Perder la chaveta con el profesor Davidson

Tras el éxito del experimento mental del Hombre de los Pantanos (explicado en el apartado precedente), el profesor Davidson ofrece un nuevo intento, pero ahora deja a un lado las florituras literarias.

Davidson pide que nos lo imaginemos mirando una canica en una estantería. Supón ahora que alguien la cambia por otra completamente idéntica sin que Davidson sepa nada del cambio. Entonces, cuando el profesor vuelve a mirar la canica, aparece la paradoja. Su sensación después de mirar la última canica será exactamente la misma que al contemplar la primera, aunque sean diferentes.

Todavía más, Davidson sostiene que sus afirmaciones pueden referirse a diferentes canicas, lo que prueba que no podemos dar por seguro lo que piensa ni lo que entiende. ¡Caso demostrado!

Pelearse por la tabla de Carnéades

La tabla de Carnéades es un interesante experimento mental atribuido a Carnéades de Cirene.

La historia presenta a dos marineros, llamémosles Robin y Crusoe, que naufragan. Después de sufrir una tormenta, su barco se hunde y quedan nadando a la deriva hasta que ambos divisan una tabla. La tabla en cuestión sólo puede aguantar a una persona. Después de nadar con rapidez, Robin alcanza la tabla y justo después lo hace Crusoe. Previendo (correctamente) que si no toma el control de la tabla morirá ahogado, Crusoe tira a Robin de la misma y sale a toda prisa con ella, dejando al otro marinero abandonado a su suerte.

Poco después, un barco avista a Crusoe y lo rescata. La cuestión que Carnéades (y el capitán del barco) plantea es: ¿debe Crusoe ser encerrado en el calabozo del barco y ser juzgado por semejante acto de egoísmo?

Filosóficamente se puede discutir sobre este experimento pero, legalmente hablando, los precedentes van contra Crusoe. Como él ha movido la tabla hasta lanzar a Robin al mar, el derecho británico lo acusaría de haber matado a Robin, pues el caso R. contra Dudley and Stephens (1884) sentó el precedente de que la necesidad no es una defensa contra el cargo de asesinato. Sin embargo, si Crusoe hubiese esperado a que una ola tirara a Robin tendría todo el derecho del mundo a coger la tabla y defenderla. Pero ¡esto ya es cuestión de táctica, no de filosofía!

Abandonar la realidad con la máquina de las experiencias

La siguiente historia es un interesante cuento de ciencia ficción, con unas dosis de filosofía...

Nada más ponerse a disposición del público, la gente corrió a probar las primeras máquinas de las experiencias.

Al inicio, las máquinas eran terriblemente caras pero en Distopía, el departamento de servicios sociales ofrecía a cualquier persona que se sintiera deprimida y triste la oportunidad de pasarse un rato en la refrescante cabina, tumbarse en el sofá, colocarse el casco de las experiencias y relajarse con las simulaciones que la máquina creaba en su cerebro. Las fabulosas imágenes que generaba (como el mejor sueño que pueda imaginarse) permitían sobrevolar el Himalaya, tomar el sol en las costas del Caribe, disfrutar con el sexo tántrico... había un selecto abanico de experiencias entre las que elegir.

Como no podía ser de otro modo, las máquinas se hicieron muy apreciadas y tuvieron que fijarse estrictos límites para su uso. Se prohibió disfrutar de ellas más de diez minutos por semana sin receta médica.

¿Qué hay de malo en todo esto? ¿Acaso no resulta apetecible probar una de estas máquinas? Supongamos ahora que alguien sugiriera que las máquinas fueran comercializadas para que, quien lo deseara, pudiera disfrutar de una agradable experiencia cuando quisiera y durante el tiempo que le viniera en gana.

Habría entonces una enorme demanda de estas máquinas y el límite de los diez minutos parecería un estúpido anacronismo. Los propietarios se conectarían a la máquina durante días enteros, después de los cuales volverían al mundo real cansados, desmejorados y sedientos.

Para evitar estas incomodidades y poder prolongar las experiencias durante semanas e incluso meses, algunos ricos propietarios se pondrían en manos de equipos bien preparados de médicos y enfermeras para que les colocaran goteros y otros útiles mecanismos. Pero aun así, nada podría impedir el duro golpe psicológico de abandonar el mundo de los sueños y encontrarse de vuelta en el siempre decepcionante mundo real.

Algunos propietarios de estas máquinas podrían ir más lejos y pedir a sus médicos no despertar nunca de los sueños. Puede que prefirieran programar las máquinas, tumbarse y vivir en el mundo virtual hasta que sus cuerpos, en reposo total y conectados a goteros que les mantuviesen vivos, finalmente envejecieran y murieran.

La cuestión filosófica (en realidad, ética) es: Si tuvieses suficiente dinero, ¿probarías estas máquinas?

En los círculos de filosofía estas máquinas son conocidas como “las máquinas de las experiencias” del filósofo estadounidense Robert Nozick pero, en realidad, se trata de un clásico de la ciencia ficción. Un ejemplo lo encontramos en el relato corto “The Chamber of Life”, publicado en la revista *Amazing Stories* en octubre de 1929. A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las hipotéticas situaciones y experimentos mentales, no es tan improbable que estas máquinas puedan existir pronto. De hecho, se pueden establecer paralelismos evidentes con los efectos de ciertas drogas y con la decisión de quienes las consumen.

Si volvemos al experimento, el hecho de que en nuestro mundo la mayoría de la gente no querría sustituir la realidad por la irrealidad (por apasionante que esta última pudiera ser), conduce al señor Nozick a defender que nos importa más la verdad que el placer.

Dar un salto en el cosmos

Uno de los experimentos más influyentes de Ptolomeo trata de probar que la Tierra no sólo ocupa el centro del universo sino que está completamente inmóvil, fija como una roca. Para apoyar esta teoría, Ptolomeo muestra las extrañas consecuencias que se derivarían si, como algún filósofo anterior había sostenido, la Tierra se moviera. Si la Tierra describiera una rotación cada veinticuatro horas, ¿no resultaría obvio que un objeto lanzado hacia arriba en línea vertical no caería en el mismo lugar, sino que caería hacia uno de los lados, aunque fuese muy ligeramente? ¡Prueba a saltar y fíjate si la Tierra se mueve bajo tus pies (aunque sólo sea un poquito)!

La prueba de Ptolomeo no parece muy convincente aunque es cierto que su teoría sobrevivió a otras muchas (y mejores). Cabe destacar también, que sus experimentos no fueron, en realidad, experimentos mentales. Olvidó aquella lección de los antiguos, según la cual, la experiencia no es siempre un método fiable para quien trata de entender los fenómenos del mundo natural.

Preocupados por lo que sucederá cuando el Sol se apague

Supongamos que de repente y sin poder remediarlo, algo le pasa al Sol y súbitamente desaparece (no cubierto por una nube de humo sino absorbido por un agujero de gusano o hecho pedazos en el tejido espacio-temporal). Sea como sea, lo importante es que desaparece. Tratar de aclarar qué le sucedería a la Tierra después del apagón ha suscitado opiniones diferentes.

Ptolomeo pensaba que el mundo gradualmente se convertiría en un lugar oscuro y frío, pero que permanecería en su posición. Después de todo, creía que la Tierra estaba fija en el centro del universo, por lo que la desaparición del Sol difícilmente le podría afectar. Además, recurrió a esferas de cristal (no a la gravedad) para mantener el Sol y los planetas en su sitio.

Tiempo después Copérnico retomó el problema. Como Ptolomeo, afirmó que el mundo se convertiría en un lugar oscuro pero que lo haría de modo inmediato. Ahora bien, gracias a sus observaciones con el telescopio pudo observar Júpiter y sus cuatro lunas girando obedientemente en torno al planeta, lo cual lo llevó a pensar que si el Sol desaparecía, la Tierra saldría disparada de su órbita celeste, como una piedra sale disparada de la cuerda que de repente se rompe.

Hoy en día, todo el mundo sabe que la luz tarda cierto tiempo en llegar del Sol a la Tierra, por lo que resulta fácil dibujar una sonrisa condescendiente ante la teoría de Copérnico de que, si el Sol se apagara, la luz del día desaparecería de manera inmediata. ¡No, hombre, no! Habría tiempo de sobra (ocho minutos, para ser exactos) para conectar las luces de emergencia.

Pero ¿qué pasa con la gravedad? ¿Cuánto tarda en llegar a la Tierra? ¿También necesita ocho minutos? De hecho, la gravedad ha sido uno de los grandes enigmas tanto para los filósofos como para los científicos. Una de las propiedades de la gravedad es que actúa instantáneamente a cualquier distancia. Newton y Leibniz mantuvieron una correspondencia acalorada sobre este asunto, pues Newton estaba tratando de explicar todas las fuerzas gravitacionales del cosmos en el interior de un sistema fijo y estático.

Este experimento mental es fascinante, pues en cierto sentido se puede creer, como Copérnico, que las fuerzas gravitacionales actúan al instante y que la Tierra se saldría inmediatamente de su órbita. Pero si consideramos la cuestión más a fondo, se crearía una situación un tanto paradójica, pues los humanos notaríamos los bandazos de la Tierra al dirigirse hacia el espacio profundo y deduciríamos que el Sol habría desaparecido (en el interior de un agujero de gusano) ocho minutos antes de irse la luz.

La conclusión de Einstein es que la gravedad no podría actuar más rápido que la luz por lo que, si el Sol desapareciera, no sólo tendríamos tiempo de encender las luces, sino que hasta los marineros podrían cerrar la escotilla previendo las grandes olas causadas por los diversos efectos gravitacionales. Ahora bien, en ambos casos habría sido posible predecir la desaparición del Sol, pues para cuando el observador se hubiera percatado de su desaparición, los efectos gravitacionales ya se habrían dejado sentir.

¿Funciona el experimento? ¡Sin duda! Además, señala verdades fundamentales de las relaciones entre el espacio, el tiempo y la energía.

La teoría de la relatividad y el ascensor de Einstein

Imagina un físico que está drogado (o que ha ingerido una comida pesada y se ha quedado dormido) y que se despierta en el interior de una gran caja tirada hacia arriba a un ritmo constante por una cuerda que pende de un globo de aire caliente (confieso que adorno un poco la historia). Cuando se despierte, ¿qué creerá el físico que está sucediendo?

Aunque estará nervioso y enfadado por estar atrapado en una caja (un armario del Departamento de Ciencias Físicas, pensará él), seguramente no perciba que está siendo tirado hacia arriba (y mucho menos por un globo de aire caliente). Mientras el movimiento sea completamente uniforme no se dará cuenta, tal como ocurre cuando utilizamos el ascensor en un rascacielos donde sólo al inicio y al final del viaje sentimos algo.

Supongamos ahora que la caja (completamente insonorizada) ha ascendido tanto en la atmósfera que de repente estalla el globo de aire caliente (lo cual es física). Encerrado dentro de esta caja insonorizada y sin ventanas, ¿qué creerá el físico que está ocurriendo? Dirá: “¡Ajá! Me han metido en un cohete y me han lanzado al espacio. ¡Excelente!” Como la caja rápidamente alcanza su velocidad de escape, que es de 9’8 metros por segundo, el físico comenzará a flotar en el interior de la caja. Le parecerá que la gravedad ha desaparecido. Para cerciorarse, el físico podría probar diferentes experimentos, como dejar caer una moneda y ver si se queda flotando a su lado. De hecho, para el físico no importa qué experimento se lleve a cabo en el interior de la caja pues nada lo ayudará a distinguir si está en un estado de gravedad cero (en el espacio) o en una situación en que la rápida aceleración hacia el suelo cancela la fuerza de la gravedad.

El ascensor está diseñado para demostrar esta equivalencia entre la aceleración y los efectos del campo gravitacional. Este experimento ayudó a Einstein a construir su Teoría de la relatividad general, que superó a la ordenada pero misteriosa fuerza de la gravedad de Newton, tan útil a la hora de explicar cómo caían las manzanas. La teoría de Newton fue sustituida por la nueva idea de la curvatura del espacio-tiempo.

Filosofía para Dummies
Martin Cohen
ISBN edición en papel: 978-84-329-0097-6

Revisión especializada y adaptación: Gregorio Luri

Para Dummies es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.
Grupo Planeta, Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Edición publicada mediante acuerdo con Wiley Publishing, Inc.
…For Dummies y los logos de Wiley Publishing, Inc. son marcas registradas utilizadas bajo licencia exclusiva de Wiley Publishing, Inc.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012

ISBN: 978-84-329-0119-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com